

MIGUEL MÁRMOL

LOS SUCESOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton



MIGUEL MÁRMOL
LOS SUCESOS DE 1932 EN EL SALVADOR



Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 220

Foto de Tapa: Miguel Mármol en Praga, 1966

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia

1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawm - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO – EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja – Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLÓGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter – Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO – LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkov – Kosik - Adorno – Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917 -1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld – Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPÍA

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO

Noan Chomsky - Ignacio Ramonet

Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN

Alexei Fiodorov

Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO

August Bebel

Libro 211 DEJAR DE PENSAR

Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico

Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO

Walter Benjamin – Rudi Dutschke – Jean-Paul Sartre – Bolívar Echeverría

Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag

Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado

Comisión Editora Popular

Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

Libro 216 APUNTES SOBRE MARXISMO

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 217 PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

Daniel Guerin

Libro 218 LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 219 BABEUF

Ilya Ehrenburg

Libro 220 MIGUEL MÁRMOL – LOS SUCEOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton

JOSÉ FELICIANO AMA, JEFE DE LA INSURRECCIÓN DE 1932

“Escritos de Miguel Mármol”

José Feliciano Ama, indígena oriundo de Izalco, fue uno de los jefes destacados de la insurrección obrera y campesina de 1932. Ama sustentó la causa del Partido Comunista, por haber sufrido en carne propia la soberbia y tropelía de quienes los explotan inmisericordemente, que los deja sin sus tierras, sin sus solares, que les negaron su autoridad local, su fuero, segregados y marginados en la indigencia, siendo los propios nativos del país.

ANTECEDENTES QUE LO CONFIRMARON REVOLUCIONARIO

La injusticia que por centurias venía sufriendo la población indígena, se prolongo con el desarrollo de la agricultura, principalmente en el renglón del café. Para que los agrarios cultivaran el café en grandes extensiones, el gobierno que presidía el Dr. Rafael Zaldívar, llevó a efecto la reforma agraria burguesa. Con tal aviesa reforma, el nuevo régimen de la tierra despojó de sus tierras “legalmente” a las comunidades indígenas, y abolió los ejidos, dejando sin donde cultivar a masas de labriegos mestizos. Labriegos naturales y mestizos fueron sometidos al régimen salarial, unos, y otros al régimen de la servidumbre.

En 1881 fueron extinguidas las propiedades de las comunidades indígenas, y en 1882, decretada la abolición de los ejidos, propiedad municipal trabajada por los labriegos ladinos en aparcería y usufructo, pagándole al Alcalde los impuestos establecidos. Los terratenientes extendieron sus propiedades cuanto más pudieron, abarcando cientos de caballerías de tierra (64 manzanas de suelo conforman una caballería), unos para extender la caficultura, otros para ampliar la siembra de caña de azúcar y terceros para ampliar la ganadería. Fue así que se fue concretando el régimen salarial en el campo, y concretando el régimen de la servidumbre que somete a mozos, colonos y aparceros. Régimen de la servidumbre semejante al de la Edad Media en Europa.

Con el nuevo régimen de la tierra, también pudieron adquirir derecho de la propiedad del suelo, decenas de miles de familias rurales tanto mestizos como naturales. En Izalco, la familia Ama tuvo propiedades en buena extensión, ya que eran de las familias emprendedoras, como en Ilopango mis abuelos Chicas; pero a partir de 1894, que los conservadores volvieron a recuperar el poder político por medio de los militares oportunistas y pancistas, los agrarios procedieron a expropiar campesinos con el agiotismo leonino del 25 por ciento de interés, con el acaparamiento barato de sus cosechas, con la Ley de Prisión por Deuda, ante lo cual los campesinos preferían entregar sus terrenos que ir a la cárcel. Para expropiar a los campesinos, los terratenientes se valían de mil marrullerías y de la tortura.

JOSE FELICIANO AMA TORTURADO Y EXPLOTADO

En Cután, Izalco, Ama me mostró sus dedos pulgares con cicatrices visibles, de cuando fue torturado por los esbirros del Presidente General Tomás Regalado (1882-1903), esbirros que le arrancaron el título de propiedad de la hoy floreciente Hacienda “San Isidro” de la familia Regalado (una de las familias más importantes de la oligarquía salvadoreña)

AMA SE INCORPORA A LA LUCHA REVOLUCIONARIA

Cuando el Partido Comunista arremetió contra la expropiación de campesinos, proclamando la confiscación de la tierra mal habida de parte de los terratenientes y ex-mandatarios para restituírsela a sus antiguos dueños, Feliciano Ama, aún ya entrado en años, abrazó la causa comunista para organizar y movilizar a sus congéneres en vías de conquistar sus legítimas reivindicaciones. Los naturales para no ser observados, se reunían clandestinamente. Para la convocatoria usaban el caracol, instrumento antiquísimo de comunicación. El paso destinado para la reunión lo indicaba una hoja de plátano, una rama o una piedra. Aumentaron sus actividades cuando se intentó elegir la autoridad local propia.

Por la actividad de Ama en la campaña electoral dirigida por el Partido Comunista, el Presidente General Martínez, invitó a Feliciano a Casa Presidencial para hacerle reflexiones, advirtiéndole que ese “hueso tenía hormigas coloradas”. Ama le respondió: “Si las hormigas coloradas me devoran, no importa”.

EL FRAUDE ELECTORAL INSURRECCIONO TAMBIÉN A LOS INDÍGENAS

El 3 de enero del 32, los naturales de Izalco concurren a las urnas para depositar sus votos con fiesta en el alma, dispuestos a recuperar la autoridad perdida a partir de 1894, pero aún ganando los comicios masivamente, hubo el fraude descarado e indignante. Seguido del fraude electoral, las autoridades desataron la persecución, y con la masacre de huelguistas en los campos de Ahuachapáan, también los nativos Nahuatl se insurreccionaron.

LOS INDÍGENAS VAN AL COMBATE

Como el volcán de Izalco que al extractorar retumba estremecientemente, así los naturales nahuatl irrumpieron violentos al combate en la hora señalada, haciendo tambalear a la burguesía y al gobierno. Los Izalqueños lucharon con furor, con la Bandera Roja de la Hoz y el Martillo en alto, causándole al enemigo numerosas bajas, a filo de machete, a tiro de escopeta y revólver. Ama obtuvo del comercio local, todo cuanto necesitaron para ayudarle al pueblo necesitado, firmando vales a pagar después del triunfo. Se dijo insistentemente que la insurgencia indígena de Izalco, hizo a las burguesías del lugar, moler maíz y hacer tortillas para los revolucionarios.

Cuando Ama fue detenido, lo torturaron cruelmente para que revelara planes de la insurrección, pero el contesto carajudamente: “¡Eso no se dice!”. Enseguida fue ahorcado en las ramas de un arbusto de aceituno (olivo) de la plaza pública, para saciar cobarde venganza y sembrar el terror en la población.

La prensa diaria decía que los comunistas engañaron al héroe Feliciano Ama (expresión mía) ofreciéndole tierras, cosa que fue falsa, ya que el compañero Ama tenía tierras y graneros.

La sangre de nuestros héroes sigue y seguirá presente en la historia humilde y combativa de nuestro país.





<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

MIGUEL MÁRMOL

LOS SUCESOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

SALVADOREÑISMOS

I.- ORIGEN. INFANCIA. ADOLESCENCIA

II.- APRENDIZAJE DEL OFICIO. Ingreso a la actividad gremial. Primeras influencias revolucionarias. El imperialismo extranjero en la política nacional. Las primeras huelgas. Las primeras experiencias políticas y las primeras persecuciones. El primer amor

III.- MOVIMIENTO OBRERO INCIPIENTE EN EL SALVADOR. La actividad en la zona de Ilopango. La Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores de Ilopango. La sindicalización suburbana y los primeros síntomas de la violencia

IV.- EN EL NÚCLEO DEL NACIENTE MOVIMIENTO OBRERO SALVADOREÑO. Radicalización de la Federación Regional y sus primeros vínculos internacionales. La llegada al país de los cuadros extranjeros. La lucha de corrientes en el seno de la Regional. Las ideas y la educación comunistas. El primer núcleo comunista. La fundación del Partido Comunista de El Salvador

V.- VIAJE A LA UNIÓN SOVIÉTICA PARA ASISTIR AL CONGRESO DE LA SINDICAL MUNDIAL ROJA. Impresiones del viaje de ida y vuelta por Europa. Impresiones en la URSS. Detención en Cuba. Visión de La Habana de 1930

VI.- REGRESO A LA PATRIA. La agitación social sube de tono. Las elecciones y el arribo al poder del General Maximiliano H. Martínez. La represión gubernamental. Las discusiones internas sobre la insurrección armada popular encabezada por el Partido Comunista. Miguel Mármol en los días de la insurrección. Su captura y su fusilamiento. Su escapatoria de entre los muertos y su convalecencia

VII.- TRASLADO A LA ZONA ORIENTAL PARA HUIR DE LA REPRESIÓN. Primeros contactos con fines de reorganización partidaria. Las reuniones de Usulután. Primer análisis del porqué de la insurrección y la derrota. Los hechos de la insurrección. La barbarie represiva del Gobierno. Análisis de la “leyenda negra” anticomunista en El Salvador. Análisis militar de la insurrección y su fracaso

VIII.- LA RECONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR. El renacimiento del Partido en San Salvador. Llegada y nueva salida de Miguel Mármol de la capital. Mármol es recapturado por la policía en 1934.

IX.- EN LAS CÁRCELES DEL GENERAL MARTÍNEZ

X.- LIBERTAD BAJO SOSPECHA. El movimiento obrero salvadoreño bajo la dictadura de Martínez: la “Alianza Nacional de Zapateros”. La situación en el Partido Comunista.

XI.- LAS JORNADAS DE ABRIL Y MAYO DE 1944: EL DERROCAMIENTO DE LA DICTADURA DE LOS TRECE AÑOS. La Unión Nacional de Trabajadores y el “romerismo”. La restauración del terror: el golpe militar de Osmín Aguirre y Salinas. Mármol en el seno de “la revolución” de Guatemala. Reflexiones finales.

APÉNDICE. Cartas de Miguel Mármol

BIBLIOGRAFÍA

ARTÍCULOS



Roque Dalton y Miguel Mármol. Praga, 1966

INTRODUCCIÓN

I

Siempre consideraré como una de las grandes satisfacciones de mi vida el haber tenido la oportunidad de recoger el testimonio vital del compañero Miguel Mármol. Como escritor y como militante revolucionario, como latinoamericano y como salvadoreño, considero que esta oportunidad fue un verdadero privilegio para mí, ya que el recogimiento de ese testimonio involucró el recogimiento de unos cincuenta años de historia salvadoreña (particularmente en lo que se refiere al movimiento obrero organizado y al Partido Comunista) y de un trozo de la historia del movimiento comunista internacional y de la Revolución Latinoamericana. No digo esto por tratar de aparentar modestia o como una simple fórmula: basta entender, por ejemplo, lo que para un escritor y un militante salvadoreño significa recibir (y ser autorizado para transmitirla públicamente) amplia información, de parte de un testigo presencial, de un sobreviviente, sobre la gran masacre anti-comunista de 1932 en El Salvador (que es el hecho político-social más importante en lo que va del siglo en nuestro país, el hecho que más ha determinado el carácter del desarrollo político nacional en la época republicana).

Pero no valdría la pena hacer un análisis del testimonio del compañero Mármol, para dejar simplemente sentada esa gran satisfacción o para señalar la importancia que en lo personal le concedo al material recogido; Mi tarea en las presentes líneas, por el contrario, esta fundamentalmente determinada por el hecho de que la historia revolucionaria de El Salvador, la historia del Partido Comunista de El Salvador, los detalles de los acontecimientos del año 1932 en nuestro país (en que después de una insurrección frustrada, encabezada por el Partido Comunista en última instancia, fueron masacrados por el gobierno oligárquico-militar y pro-imperialista del General Maximiliano Hernández Martínez –verdadero instrumento de la incorporación definitiva al imperialismo norteamericano de las estructuras económico-sociales-nacionales de El Salvador– fueron masacrados, repito, en el lapso de algunos días, más de treinta mil trabajadores salvadoreños) y, sobre todo, la relación de aquellos procesos con la realidad salvadoreña, centroamericana y latinoamericana de hoy, son fenómenos extremadamente complejos y todavía desconocidos en sus detalles por el movimiento revolucionario mundial; y por el hecho de que, independientemente de la extraordinaria calidad política, histórica, humana (antropológica, pudiera decirse) del

testimonio de Mármol, éste es fundamentalmente un testimonio *personal*, que es lo mismo que decir, lejos de cualquier connotación peyorativa, *parcial*.

Estos dos hechos, la complejidad y el desconocimiento exterior del proceso salvadoreño, por una parte, y la calidad básica aunque relativamente parcial del testimonio, por la otra, me han hecho entender como útil una introducción principalmente dirigida al lector no salvadoreño (no hay que olvidar que estas páginas han sido recogidas y redactadas entre Praga y La Habana y que, por las condiciones del régimen político salvadoreño actual, es muy posible que sean leídas primeramente por un público internacional (—lo cual no niega que mis preocupaciones y las de Mármol tengan *lo salvadoreño* como objetivo final, y no sólo en este libro—) introducción muy breve y general, que estaría destinada a:

1) Ubicar al personaje testimoniante en un ámbito histórico, cultural y político que lo haga inequívoco y, en esa medida, lo más útil posible al movimiento revolucionario de hoy, aportando sobre aquél información complementaria que no aparece en su testimonio por razones de diversa índole; y a:

2) Dejar constancia de la forma y metodología de trabajo (técnica de la entrevista, manejo literario del texto, dificultades políticas acaecidas entre el momento de la entrevista-base del texto y el momento en que éste ha sido considerado listo para su publicación y que han incidido en la limitación factográfica del material resultante, etc.) que sirvieron para recoger el testimonio, así como dejar constancia de las intenciones literarias, políticas, historiográficas, etc. que han normado mi trabajo en cuanto a entrevistador, redactor (y eventual analista) del texto, etc.

No se propone aquí en cambio, al menos como una cuestión principal, el examen de los desacuerdos, dudas, rechazos parciales, etc. que en mí puedan suscitar o hayan suscitado de hecho algunas afirmaciones de Mármol con respecto a problemas concretos de la historia revolucionaria contemporánea tanto nacional como internacional. Puedo decir en términos generales que no comparto necesariamente *todos* los puntos de vista de Mármol sobre la historia salvadoreña ni adhiero a todos los juicios que hace Mármol sobre numerosos personajes (muertos o vivos) de la historia salvadoreña o del movimiento revolucionario mundial.

Incluso en algunos momentos considero que Mármol cae en posibles errores debido a problemas de memoria o falta de cabal información (como sería el caso de la militancia comunista del mayor líder burgués de masas que dio El Salvador desde 1932, o sea el doctor Arturo Romero, o la participación en trabajos partidarios comunistas de elementos desde hace tanto tiempo conocidos por su pensamiento fascistoide como los doctores Antonio Rodríguez Porth y Fernando Basilio Castellanos, hechos por lo menos muy dudosos). La razón de que estos aspectos aparezcan en el texto es la de que las afirmaciones originales de Mármol fueron sostenidas por él aún después de que yo le expresara mis dudas (y las opiniones contrarias de otros camaradas salvadoreños) y por lo tanto yo consideré que no podían ser excluidas sin atentar contra la autenticidad del testimonio. Tampoco la visión de Mármol sobre el movimiento comunista internacional es compartida totalmente por mi persona. Creo que ello es perfectamente natural. Cuando yo nací, Miguel Mármol tenía cinco años de ser militante comunista y ya había sido fusilado una vez, había viajado a la Unión Soviética y había estado preso en Cuba. Mármol se educó en el comunismo cuando Stalin era o parecía ser la piedra angular de un sistema, cuando la posibilidad de ser “el hombre nuevo” consistía en llegar a ser “el hombre staliniano”. Yo ingresé en el Partido en 1957, después de haber visto en la URSS los primeros síntomas de la “desestalinización”, y personalmente tenía tras mí un origen de clase muy complejo, una educación burguesa y una ubicación social de carácter intelectual. El problema del “stalinismo” y de la crítica al “culto a la personalidad” no vine a conocerlo más o menos ampliamente hasta en los años 65-67 en Praga, y lo conocí como un problema casi teórico, de información. En todo caso, lo conocí desde mi calidad de intelectual. De intelectual de Partido, es cierto, pero, en último caso, intelectual. Lo cual, desde luego, no es la confesión de un delito, ni mucho menos, sino el enunciado de un hecho. Todas las posibilidades de desencuentro que abre la sucesión generacional estarían pues entre Mármol (básicamente un organizador partidista) y yo, listas a multiplicarse. Todo ello independientemente. (y hablo ahora a nivel de temperamentos) de que mi tendencia natural a complicar las cosas se erizan seriamente frente la tendencia de Mármol, consistente en simplificarlas. Pero hay además otra instancia que hay que dejar por lo menos apuntada y que a mí me parece más importante que este eventual foco de diferencias que pueda constituir la impropia perspectiva histórica “staliniano-stalinista” o el temperamento. Me refiero

(no para lesionar a la modestia, sino para ejercer un mínimo de responsabilidad) a las posiciones distintas que Mármol y yo mantenemos frente a los problemas de la etapa de la revolución latinoamericana que se abrió con el triunfo cubano. Mármol sostiene, matiz más matiz menos, las posiciones del movimiento comunista latinoamericano en la expresión concreta de la línea del Partido Comunista de El Salvador. Mis posiciones al respecto (sobre las vías de la revolución, fuerzas motrices, formas de lucha y metodologías, jerarquización de las experiencias internacionales, reubicación clasista del Partido, mutabilidad o inmutabilidad del Partido, zonalización supranacional de la lucha armada, estrategia global imperialista, nuevas instancia de la solidaridad internacional, etc.) han sido expresadas pública y principalmente en mi libro sobre las tesis de Régis Debray (“Revolución en la Revolución y la crítica de Derecha”, Casa de las Américas, La Habana, 1970) y en diversos artículos políticos y culturales publicados en revistas cubanas y latinoamericanas. No he discrepado con la crítica italiana a mi libro sobre Debray cuando me señala como un escritor y un militante “perteneciente a la corriente crítica surgida en el seno del movimiento comunista latinoamericano sobre la base del triunfo de la Revolución Cubana y de la influencia ejercida por el Che Guevara”. No obstante, o mejor dicho! debido a estas razones es que me parece evitable toda *insistencia* entre la mutua diferencia de opiniones entre los conceptos de Mármol y lo míos. Mas que polemizar con Mármol, siento que mi deber de revolucionario centroamericano es asumirlo: como asumimos, para ver el rostro del futuro, nuestra terrible historia nacional. Lo cual no obstaculiza, repito, el esfuerzo por extraer experiencias, conclusiones, hipótesis de trabajo, de las realidades históricas que surgen, que se desprenden del testimonio de Mármol, esfuerzo que trataré de cumplir en materiales específicos. Tampoco señalaré especialmente mis coincidencias con los enfoques de Mármol, creo que se harán obvias para el lector en el transcurso del texto y en la orientación de mis conclusiones. Ni hablaré tampoco de las múltiples y amplias zonas en las que yo no tendría nada que opinar después de que Mármol, con autoridad innegable, las ha abierto a nuestro *conocimiento*. De aquí que los límites de esta introducción sean los arriba puntualizados.



Miguel Mármol es una personalidad legendaria entre los comunistas salvadoreños, un comunista muy conocido entre los marxistas y revolucionarios de Guatemala y un revolucionario casi desconocido por los revolucionarios latinoamericanos de hoy.

Activista del movimiento organizado de los trabajadores de El Salvador desde los años 20; miembro fundador de la Juventud Comunista y del Partido Comunista de El Salvador (Sección de la Internacional Comunista); primer delegado oficial del movimiento obrero organizado salvadoreño en un Congreso sindical Mundial Comunista (Congreso de la Federación Sindical Mundial Roja –PRO-FINTERN– celebrado en Moscú en 1930); detenido en la Cuba de Machado en ese mismo año, bajo las sospechas de ser agitador internacional y espía; participante en los preparativos de la insurrección armada abortada en 1932 en El Salvador; capturado, fusilado y milagrosamente sobreviviente en aquella oportunidad; importante elemento en la lenta y escabrosa reorganización del Partido y del movimiento obrero clandestino después de la masacre; recapturado por la tiranía de Martínez en 1934 y mantenido incomunicado y esposado durante largos meses, hasta su liberación limitada en 1936; reorganizador del movimiento obrero abierto bajo la dictadura de Martínez, principalmente del gremio de zapateros; inmerso en las luchas intestinas del fragmentado y debilitado Partido Comunista de El Salvador, entre aquellos años y los inicios de la década de los 40; participe indirecto en los acontecimientos que rodearon el derrocamiento de la dictadura de Martínez en abril de 1944 (inicio de la caída en cadena de las dictaduras centroamericanas en la Segunda Postguerra Mundial); dirigente político de masas bajo el breve gobierno provisional de Andrés I. Menéndez; activista y propagandista clandestino bajo el terror del régimen del Coronel Osmín Aguirre y Salinas (21 de octubre de 1944 - 28 de febrero de 1945); exiliado en Guatemala y militante activo del movimiento obrero guatemalteco después de la caída del Gobierno de Jorge Ubico, así como animador de los primeros círculos marxistas guatemaltecos de esta etapa; fundador y cuadro dirigente del Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista); militante y dirigente de la nueva época que para el Partido Comunista de El Salvador comenzó con el auge del movimiento popular salvadoreño en los años 50; miembro del Buró Político del Comité Central de ese partido en dicha época; dirigente campesino en los años 60, capturado, mantenido incomunicado y torturado durante largos meses por la Guardia

Nacional de El Salvador (1964); miembro del Comité Central del PCS en los momentos de otorgar verbalmente el testimonio (1966), etc., el compañero Mármol es la encarnación prototípica del dirigente obrero y campesino comunista latinoamericano de lo que suele llamarse la “época clásica”, “época heroica” de los Partidos que, como secciones de la Internacional Comunista, surgieron y se desarrollaron en la casi totalidad de los países del Continente.

Y no es eso todo lo que yo tendría que decir de la personalidad de Miguel Mármol, aun sin tener los propósitos de agotar todos los aspectos importantes de la misma. Esos son los hechos de su vida que se deben ubicar dentro de los marcos históricos, políticos, culturales, ideológicos, etc.

Aunque tocado desde muy joven por la influencia mundial de la Gran Revolución Rusa de Octubre, ideológicamente Miguel Mármol es hoy una hechura de las concepciones más generales difundidas en el seno del movimiento comunista internacional desde 1930. Los lectores seguramente conocen las corrientes actuantes en tal etapa, en el seno y en los “alrededores” del movimiento comunista. Pero al mismo tiempo es necesario decir que el compañero Mármol se decidió por una línea comunista, es decir, por la línea impulsada por la III Internacional, en el seno de un incipiente movimiento organizado de trabajadores como era el movimiento obrero salvadoreño de los años 20 y comienzos de los 30, es decir, un movimiento laboral muy heterogéneo, con gran preponderancia artesanal, campesina, etc. y profundamente influenciado, en forma inclusive simultánea, por las posiciones anarco-sindicalistas, reformistas, “mínimum-vitalistas”, etc. De acuerdo con la estructura deformada de la clase obrera en un país como El Salvador –cuya historia es un largo tránsito de una a otra dependencia–, la propia ubicación clasista de Mármol es ambigua, y, en todo caso, para conceptualizarla necesitaríamos de una definición compuesta. El mismo Mármol plantea en ocasiones repetidas este problema, en términos cuya consistencia y propiedad quedan remitidos al criterio de los lectores, cuando rechaza ser visto como “artesano” o como “un revolucionario de mentalidad artesanal”. A todo esto hay que agregar que en el transcurso de su desarrollo revolucionario, Miguel Mármol no tuvo sino esporádicas oportunidades de hacer estudios políticos marxistas más o menos profundos y más o menos prolongados.

Esto es particularmente evidente en su vida de militante hasta 1946, que es por cierto la etapa más agitada, más fructífera y más interesante, desde todo punto de vista, de esa vida. Hasta entonces, durante todo ese lapso, Miguel Mármol extrae sus experiencias y sus ideas casi exclusivamente del contacto directo con la realidad en la que *actúa*, es casi exclusivamente un revolucionario práctico. Lo cual no quiere decir, desde luego, que no haya accedido a rudimentos muy generales y sobre todo agitativo-operativos de marxismo teórico, obtenidos en las “escuelas de marxismo” que fundaron los cuadros extranjeros que envió al país la Internacional Comunista y en lecturas de folletos y materiales de información, agitación y propaganda, de todo lo cual deja constancia el mismo Mármol en su relato. Pero es evidente que el nivel de la enseñanza obtenida por uno y otros medios no disminuye de manera apreciable su calidad de revolucionario, repito, casi exclusivamente práctico. Incluso, digámoslo de una vez, relativamente *empírico*. Tampoco resta mayor cosa a tal afirmación el hecho de que sus experiencias prácticas (labor de organización sindical y política de los trabajadores del campo y la ciudad de El Salvador; primeras experiencias clandestinas; asistencia al Congreso de la Sindical Mundial Roja en Moscú; preparación de la insurrección armada popular para la toma del poder y realización de la revolución democrático burguesa, etc.) estén tan definitivamente *cargadas* de ideas políticas y de choques de ideas políticas y conlleven por sí mismas ciertos niveles de elaboración inclusive teóricos (no importa el nivel de esa elaboración). Es en Guatemala y a partir de Guatemala, de acuerdo a la elevación que para entonces ha alcanzado el nivel político de los grupos pensantes más avanzados en la zona centroamericana, donde Mármol tiene mayores y cada vez más organizadas oportunidades de estudiar el marxismo (inclusive hasta el grado de haber llegado a recibir un curso muy importante de capacitación político-sindical y de organización campesina en la República Popular China a fines de la década de los 50). He dicho todo esto no para oponer en la personalidad de Mármol lo práctico inicial a lo eventualmente teórico-práctico posterior, sino porque es necesario comprender que Miguel Mármol me ofrece el testimonio sobre su vida (en la que, como hemos dicho, los hechos más importantes acaecieron en derredor del año 1932) en época tan reciente como 1966 y ello implica la elaboración de un criterio sobre esos problemas más alejados en el tiempo con un instrumental que se ha venido desarrollando desde entonces. Miguel Mármol nos habla a todos de los sucesos de los años 20, de 1932 o de 1944, a través del pensamiento político que posee en 1966. Y aunque el

relato evidencie una gran objetividad y una constante preocupación por dejar hablar a los hechos; y aunque Mármol no suela ocultar sus posiciones y hasta sus simpatías y antipatías políticas esta situación merece ser considerada y evaluada especialmente, independientemente de que luzca obvia, para reducir lo más posible el margen eventual de desenfoque o de error político en las eventuales conclusiones.

Pero, indudablemente, Miguel Mármol es, ideológicamente, *también* producto de lo que Lenin llamaba “cultura nacional en general”, o sea, de las resultantes culturales de la historia salvadoreña anterior y en desarrollo, que se concretizaron en derredor de nuestro informante tal y como su *hábitat* socio-geográfico las conformó. En este sentido hay que señalar que Mármol transcurre su infancia y su primera juventud en la zona suburbana que circunda la capital salvadoreña, específicamente la zona del lago de Ilopango, en donde se ha venido entremezclando, por lo menos desde principios de siglo, lo que la jerga y los esquemas de los antropólogos norteamericanos llamarían componentes culturales cosmopolitas (de origen europeo, principalmente), de la clase alta local, de las nacientes (capas medias, de los trabajadores rurales móviles (peones, cortadores), de los trabajadores rurales estables (pequeños campesinos, pescadores), trabajadores urbanos (principalmente artesanos), etc., e inclusive componentes de cultura indígena (nahuas ladinizados) decadentes y sobrevivientes; y, según nuestro criterio, los elementos culturales de todas las capas y clases sociales explotadas del país en el marco de una cultura nacional: la impuesta por la oligarquía terrateniente y mono-exportadora dominante y por sus instrumentos fundamentales (aparato estatal, iglesia, ejército, cuerpos de seguridad, ideólogos, etc.) y por la influencia exterior de los varios imperialismos que para entonces se disputaban la zona centroamericana (entre ellos el imperialismo norteamericano, cada vez más preponderante) haciendo permanecer y reforzando la calidad dependiente de nuestras sociedades. Los elementos de cultura democrática producida por las capas y clases explotadas en el seno de la “cultura nacional en general” conformaron y conforman lo que llamamos la tradición revolucionaria del pueblo salvadoreño, que en la época de la formación de la personalidad de Miguel Mármol se manifestaba en diversas formas tales como la tradición simultánea-mente comunitaria y agrarista-revolucionaria de los peones y jornaleros (proletariado agrícola en proceso de desarrollo) concentrada en las hazañas de los pueblos nonualcos liderados en la primera mitad del siglo XIX por Anastasio Aquino (el personaje histórico que más impresionara al niño Mármol en la escolita de Ilopango, tal como lo afirma en la

parte I del testimonio), pueblos nonualcos que se levantaron con las armas en la mano contra el “gobierno de los blancos” en procura de tierra y derechos económico-sociales, y que, como tal tradición, recibió uno de sus peores golpes con la extinción de los ejidos y de las tierras comunales decretada bajo el gobierno de Zaldívar (1876-85), medida básica para la concentración de la propiedad agraria salvadoreña en manos de la oligarquía criolla también en desarrollo; la tradición política liberal y anti-conservadora de los próceres más avanzados de la Independencia Centro-americana, de Francisco Morazán (el gran unionista centroamericano nacido en Honduras), etc., que había tenido su gran figura y su gran mártir salvadoreño en el Capitán General Gerardo Barrios (autor desde su Gobierno (1859-63) de una amplia reforma liberal, introductor del cultivo intensivo del café, etc.) y que llegó a derivar hasta formas de gobierno paternalistas y muy relativamente anti-oligárquicas –por lo menos contrarias a los sectores más oscurantistas de la oligarquía– como fue el caso del gobierno de los Ezeta (1890-94) e inclusive quizás el de Manuel Enrique Araujo (1911-13) de los cuales ya nos habla directamente Mármol en su relato; la tradición cuasilírica del “ideal unionista centroamericano”, la patria mayor, etc. etc. Tradición conjunta (soslayada por regla general en las diversas “historias de las ideas en Centroamérica”), muy positivamente reforzada por cierto, por el auge de la lucha revolucionaria de los pueblos del mundo, cuyo perfil principal comienza a ser, a medida que avanza el siglo, el antimperialismo, evidenciado para El Salvador principalmente a través de los ecos de la Revolución Mexicana, de la Gran Revolución Rusa de Octubre y, a través de mucho más que los ecos, por la lucha heroica del General Augusto César Sandino contra los marines norteamericanos en las selvas de la inmediata Nicaragua. No es extraño entonces que los primeros sindicatos campesinos salvadoreños lleven nombres de agraristas mexicanos asesinados, que Mármol leyera –junto al inevitable Salgari de la primera juventud– un periódico que llegaba calladamente desde Panamá y que se llamaba “El Submarino Bolchevique” y nos informe de que en los años 18 y 19 hubo en El Salvador inclusive un “estilo bolchevique”, una “moda bolchevique”, es decir: zapatos bolcheviques, pan bolchevique, caramelos bolcheviques; y no es extraño tampoco que la figura individual más importante del Partido Comunista de El Salvador en la etapa del 30 al 32 haya sido Agustín Farabundo Martí, que había ganado en combate el grado de Coronel del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua dirigido por el General Sandino y llegado a ser Secretario Privado de éste.

Muchos otros salvadoreños, dicho sea de paso, pelearon contra los yanquis al lado del General Sandino.

No quiero decir que podamos simplemente liquidar todas las cuentas clasificatorias con Miguel Mármol diciendo que éste fue la encarnación inequívoca de la perfecta fusión, de la amalgama completa (dialéctica) del marxismo con los resultantes culturales nacionales de El Salvador, particularmente con los “elementos democráticos” sumergidos en la “cultura nacional” (todo ello recibiendo los ecos o los contactos directos del marco internacional de la época). Hay que considerar que no nos referimos al marxismo en general sino a aquel sistema de rudimentos ideológicos de origen marxista que llegaron a El Salvador entre 1917 y 1932 y hay que comprender (luego de conocer) el carácter caótico, embrionario, atrasado –subdesarrollado– de la cultura salvadoreña, incluso en su papel de objeto de reflexión en el proceso de toma de conciencia revolucionaria de los militantes de nuestro país. Y hay que considerar también la calidad siempre relativa (incluso en la actualidad) del desarrollo político posterior de Mármol, que le hace plantearse al final de la entrevista la pregunta: “¿Por qué soy marxista? ¿En qué sentido soy marxista?” Podría cuestionarse inclusive si alguna vez se dio en El Salvador (para permanecer), en términos generales, históricos, aquella fusión, aquel encuentro necesariamente dialéctico entre el marxismo y la cultura nacional. Este cuestionamiento nos llevaría de inmediato a la calidad del instrumento que necesariamente tendría que haber sido el agente de tal fusión (el partido marxista-leninista de los trabajadores salvadoreños), a la consecuencia de su línea política frente a la problemática nacional en todo este período histórico, base de sus reales perspectivas revolucionarias, pero creo que ello significaría –para El Salvador– querer comenzar por el final. A las soluciones teórico-históricas de esos problemas podría llegarse (como una simple vía más, desde luego, la de este libro y sus límites), a través de la discusión de los aportes de experiencia que el testimonio de Miguel Mármol pudiera eventualmente originar en nuestro país (a la luz de las realidades y necesidades actuales) y no antes.

Desde luego, también se podría estudiar o simplemente plantear con algún detenimiento el submundo de las llamadas “ideologías particulares” en Mármol: los elementos de la educación familiar a los que él mismo concede tanta importancia, fuertemente determinados por las personalidades de su abuela, su madre, etc.; su calidad de hijo natural y por lo tanto de niño doblemente discriminado en la pequeña población de Ilopango; las

supersticiones ambientales sólidamente arraigadas en la población a partir de la mitología indígena y que en el mismo Mármol han creado una indudable “psicología de lo extraordinario y de lo sobrenatural” que aunque no problematiza corrientemente desde el punto de vista de sus posiciones políticas y filosóficas, no deja de hacerlo en alguna ocasión particularmente intensa en el transcurso del relato, psicología que, por otra parte, dota de un clima nada común a diversos ejemplos de su rico anecdotario. Pero para ello debería yo tener conocimientos más que vulgares de etnología y psicología. Y abundaría entonces demasiado sobre un terreno muy complejo que prefiero mantener simplemente como un matiz en lo narrado, a un nivel que no perturbe los propósitos esencialmente políticos de la deposición del compañero Mármol y de mi trabajo elaborativo.

La esencial complejidad del pensamiento y la personalidad de Mármol, cuyo encuadramiento ambiental e ideológico he tratado de hacer muy someramente, se refleja en sus distintos niveles de expresión. En el lenguaje de Mármol se mezcla lo coloquial-cotidiano, la expresión casi folclórica, las gamas de la fabla popular, con el estilo del lenguaje cargado de palabras-claves y clichés de los marxistas-leninistas tradicionales de América Latina e, incluso, con un lenguaje de nuevo tipo, político-literario, de indudable calidad formal. En diversos momentos durante la entrevista, yo mismo tenía que hacer un esfuerzo para aceptar que no había ninguna incongruencia en que el mismo hombre que me contara su infancia con un estilo de poeta bucólico-costumbrista, fuera capaz de estructurar, con una dureza verbal extrema, indispensable, un análisis de los errores militares de los comunistas salvadoreños en el año 32 o el examen y la caracterización de éste o aquel gobierno salvadoreño sobre la base del estado de las relaciones de producción y las fuerzas productivas en un momento dado. Yo me he negado a llevar el irremediable “trato técnico” a que he debido someter el texto, a un extremo que lograra una uniformidad estilística que simplemente no existe en el personaje testimoniante. Sin embargo he querido dejar constancia de este hecho, que, por lo demás, será advertido por cualquier lector avisado, porque tiene que ver con los problemas mismos de la estructura lingüística de un libro de testimonio, género nuevo entre nosotros, cuya problemática propia se nos comienza a revelar en la práctica. En la medida que este género ofrece a los escritores e investigadores revolucionarios un instrumento y un conjunto de técnicas muy apropiados para el conocimiento profundo de la realidad de nuestros países y de nuestra época, es necesario plantearnos sobre la marcha sus características fundamentales.

Por eso es que me permitiré insistir en esta introducción sobre diversos aspectos meramente formales, elaborativos, de puntos de vista, de método y de meros “recursos” inclusive, que debimos enfrentar en nuestra labor conjunta el compañero Mármol y yo.



III

¿Cuándo, cómo y para qué se escribió este libro? ¿Cuándo surgió en mí la idea de estructurarlo en la forma actual? Recuerdo claramente que al mediodía del 13 de mayo de 1966 me encontraba confortablemente instalado en una mesa del *Club Novinaru* (Club de Periodistas) de Praga, frente a un ventanal por el que se miraba una parte de la oscura mole del Museo Nacional que corona la Plaza de San Wenceslao. El ambiente comenzaba a saturarse de olores nítidos: slivovitz, goulash, cigarrillos americanos y tabacos cubanos. Los cristales de Bohemia se aglomeraban en forma de ceniceros, colgajos, lámparas, adornos de mesa, vasos, copas, fuentes. Yo bebía lentamente una mezcla formada por mucho vodka y poco vermouth y adelantaba el estreno de un saco de tweed que debí haber usado por primera vez al día siguiente, por mi cumpleaños. De alguna parte llegaba la música del último éxito de Waldemar Matushka. Había llegado al Club, en mi calidad de

representante del Partido Comunista de El Salvador en la Revista Internacional (Problemas de la Paz y el Socialismo), acompañando, guiando, más bien, al compañero Miguel Mármol, quien se encontraba en Praga proveniente de Moscú (donde había participado como invitado en el XXIII° Congreso del PCUS) para asistir a las sesiones del XIII Congreso del PCCH en nombre de nuestro Partido. Un periodista checoslovaco lo había citado para una entrevista sobre sus impresiones ante el Congreso y aquí estaba el compañero Mármol, con un gran tarro de cerveza entre las manos, transmitiendo las opiniones partidarias a la prensa local. La última vez que había oído hablar de Mármol (pensé entonces, casi sonriendo para mis adentros) había sido en circunstancias y ambientes muy distintos. A fines de 1964 yo fui capturado en San Salvador, entregado a los cuerpos de seguridad guatemaltecos y arrojado finalmente por los agentes de estos al Río Suchiate, después de atravesar el cual pude llegar a Tapachula, ya en territorio mexicano. Habiendo pedido asilo a las autoridades migratorias de México fui sometido a un minucioso interrogatorio. Estaba yo sin calcetines (se habían quedado en el cuartel de la policía guatemalteca), con los zapatos y los tobillos fangosos, la pierna derecha del pantalón rasgada hasta más arriba de la rodilla por la zarza selvática que debía atravesar entre el Suchiate y la carretera más próxima, sin un centavo en el bolsillo, sin documentos y con casi dos días sin probar un bocado. Una de las preguntas finales de aquel interrogatorio fue la de si conocía o tenía datos acerca de Miguel Mármol, ciudadano salvadoreño. Yo tenía noticias de que Mármol había sido capturado en El Salvador hacía unos meses, torturado salvajemente por la Guardia Nacional salvadoreña a pesar de su edad y finalmente enviado a México por los mismos medios y la misma vía que yo, ante la presión del movimiento obrero en favor de su libertad. El policía mejicano insistía en obtener datos acerca de aquel “viejito” salvadoreño que había llegado también hasta las oficinas migratorias de Tapachula a pedir asilo político hacía unas semanas y que, posteriormente, desapareciera como si se lo hubiese tragado la tierra, a pesar de la vigilancia que se realizó a su alrededor. Yo negué conocer a Mármol o haber oído siquiera hablar de él alguna vez, porque había comenzado por negar mi militancia y todo contacto con los comunistas salvadoreños, de acuerdo a las instrucciones que se me habían dado para una tal eventualidad. El policía insistía en hacerme hablar sobre Mármol diciéndome que ellos estaban preocupados porque la “salvaje policía guatemalteca” lo hubiera pensado mejor y hubiera recapturado a Mármol en la misma Tapachula, para secuestrarlo y matarlo en territorio guatemalteco.

Felizmente, lo que en realidad había pasado era lo que yo suponía, pero que me cuidé mucho de decir: Miguel Mármol había regresado clandestinamente, “por veredas”, hasta El Salvador, para reintegrarse a sus responsabilidades en el frente campesino del Partido. No fue, pues, aquel policía mexicano quien me hablara por primera vez de Mármol. Desde antes de que yo ingresara al Partido (en 1957) las noticias del “sobreviviente de la masacre del 32” habían llegado a mis oídos, aunque muy distorsionadas e incompletas. Posteriormente, por razones de mi trabajo partidario, tuve la oportunidad de conocerlo personalmente, aunque nuestras relaciones nunca fueron estrechas, ni siquiera próximas: él trabajaba con los campesinos y yo con los estudiantes universitarios y los intelectuales. Y salvo en un par de reuniones clandestinas, en alguna tenida amistosa entre compañeros, no recuerdo haberlo visto más. Luego vino mi prolongado exilio, mis retornos clandestinos y compartimentados a El Salvador, que limitaban absolutamente mis relaciones personales, inclusive con respecto a la mayoría de los miembros del Partido en la capital. Por eso, compartir con aquel hombre el confort de un restaurant praguense tan exclusivo (a mi lado, en el amplio butacón se aglomeraban asimismo los últimos números de “*Les Temps Modernes*”, “*Rinascita*”, la Revista de Casa de las Américas recién llegada de La Habana y aún sin desempacar, un manuscrito con la traducción al español de los poemas de Vladimir Holan, boletines de los partidos comunistas europeos y un ejemplar de “*Los apócrifos*”, de Chapek), me parecía a la vez un contrasentido, un reclamo de mi propio pasado y una especie de premonición con un oculto significado político. Algo así había sentido hacía ya un año, conversando con un muchacho francés llamado Régis Debray.

Cuando Mármol terminó de emitir los conceptos convencionales de aquella entrevista tan típica y comprobó que el periodista estaba ya satisfecho de su labor y absolutamente dispuesto a darla por terminada, dio un gran sorbo de su cerveza y comenzó a hablar de lo feliz que se sentía de estar en un país socialista, entre amigos y camaradas, pasando un momento tan agradable, haciendo una alusión explícita a esa “mayor parte de su vida” en que anduvo “con la vida vendida”, es decir en inminente peligro de perderla. La conversación se hizo entonces anecdótica, llena de sabor, pero el periodista checoslovaco se aburría (o tenía otros compromisos) y se fue antes de que Mármol terminara de narrar las peripecias de su propio fusilamiento. Yo me sentía como transportado a mi país, el cielo-infierno de donde nacieron mis ideales revolucionarios (espacio-tiempo histórico, intelectual y sentimental –¿por qué no?– cuya cualidad de impactarme había estado durmiendo un

pesado sueño invernal durante el último año). En un momento en que Mármol dejó de hablar para tomarse un té que había llegado, humeante, a la mesa, le insinué, casi tímidamente, que tal vez sería bueno organizar algunos datos de su vida a fin de escribir un artículo para algún periódico o revista de Cuba o de América Latina. Como Mármol no mostrara resistencia a la idea, le dije que podríamos reunirnos al día siguiente para que me contara con todo detalle la “secuencia” de su fusilamiento, que yo creía daba de por sí para un artículo narrativo, para un cuento o algo por el estilo. Llegué inclusive a pensar en un poema, pero no lo dije. Efectivamente, en la mañana de mi 31 cumpleaños, 14 de mayo de 1966, nos reunimos en una habitación del hotel del Partido checoslovaco y comenzamos a elaborar el plan de un artículo. Mármol hablaba y yo anotaba lo que me iba pareciendo interesante, a la manera de un reportero de prensa que luego hará sobre sus “apuntes” una nota o un artículo. Del relato de su fusilamiento comenzaron a surgir interrogantes acerca de personajes, situaciones, antecedentes y resultantes. ¿Por qué lo han capturado en la calle, indefenso, sin armas, en las vísperas de una insurrección armada popular en cuya planificación y aprobación definitiva él había participado a nivel de Comité Central? ¿Quién era ese “ruso” que murió en el paredón de fusilamiento a la par de Mármol: un hombre de la Internacional, un héroe del internacionalismo revolucionario o una víctima inocente, un simple vendedor de santos de madera en el campo salvadoreño? ¿Todos los fusilados junto a Mármol eran comunistas? ¿No fue posible organizar acciones de rescate de prisioneros contra los exiguos pelotones de fusilamiento? ¿Hubo algún tipo de proceso o de empleo de formas jurídicas en los fusilamientos del año 32? ¿Cómo se integró Mármol a la lucha luego de su “escapatoria de entre los muertos”? El mismo Mármol insinuaba conexiones con otros acontecimientos que se le venían a la cabeza, según le parecieran más o menos interesantes. Las posibilidades de decir simplemente dos o tres conceptos caracterizantes con respecto al propio Mármol se me multiplicaron de pronto por mil, se me ramificaron angustiosamente, en cosa de una hora de conversación exploratoria. Comencé a darme cuenta de que para hablar de Mármol tendría que referirme –y no en aspectos superficiales– a la historia del movimiento obrero salvadoreño y del PC de nuestro país y que para referirme a éstos tendría que tratar de “desmontar” la imagen del gobierno del laborista Araujo, repensar el gobierno de Martínez (sobre el cual los militantes de mi generación tenemos la visión que se inicia en 1944, precisamente con su derrocamiento), hurgar en la situación internacional de una época de crisis mundial, en varias décadas de historia. Y ello no podría

hacerse en un par de artículos. Fue entonces que comencé a pensar en un libro. Durante el pequeño burgués almuerzo de mi cumpleaños le hice a Mármol la proposición de trabajar prolongadamente, durante algunas semanas, en lo que yo imaginaba como una larga entrevista sobre su vida y sobre su época. Mármol aceptó y yo hice la petición al PCCH para que le invitaran a quedarse el tiempo necesario en Praga, petición que me fue aceptada de inmediato. Así estuvimos en condiciones de trabajar a satisfacción.

La entrevista propiamente dicha se prolongó durante casi tres semanas, a través de sesiones diarias de trabajo que oscilaban entre seis y ocho horas de duración. En alguna ocasión extraordinaria la sesión llegó a consumir diez horas. Hubo asimismo “sesiones espontáneas” surgidas de conversaciones en restaurantes o paseos públicos. La entrevista fue recogida por mí directamente, escribiéndola a mano en un gran cuaderno. No se usó en ningún momento grabadoras o cualquiera otro medio técnico. Con respecto a las limitaciones que la recepción en escritura manual supone, quisiera decir que se reduce mucho en mi caso porque estoy muy familiarizado con ella. Podría remitirse hasta mis tiempos de colegial y de estudiante universitario en El Salvador, cuando la toma de notas en clase debía hacerse a gran velocidad, casi caligráficamente y simultaneando la síntesis con el detallismo. Asimismo se debe saber que tuve una larga experiencia como reportero y periodista para la prensa escrita, radial y televisada y que en los años en que trabajé como abogado defensor en la rama criminal, era mi trabajo cotidiano tener entrevistas con reos, autoridades, contrapartes, técnicos, sintetizar sus declaraciones, confrontarlas y usarlas en los debates contra la argumentación fiscal, etc. También habría que acreditarme la práctica “parlamentaria” en el movimiento político estudiantil, en que el trabajo con notas rápidas para preparar intervenciones y polémicas orales era indispensable, y asimismo mi trabajo en el seno del Colegio de Redacción de la “*Revista Internacional*” en el que casi diariamente hacía lo mismo. De tal manera que, aun tomando en cuenta que el volumen de la entrevista con Mármol fue realmente fuera de lo común, creo que podría decirse que el método de recepción en escritura manual era el que más se avenía a mis capacidades y por lo tanto el que mejor garantizaba el rigor y la autenticidad. El uso de la grabadora habría resultado compendioso en mi caso, no sólo por mi falta de costumbre y habilidad para su empleo, sino por el hecho de que contábamos con un tiempo relativamente limitado para la entrevista y porque una vez que Mármol regresara a El Salvador no había garantía en poder contar con su

colaboración posterior, no había seguridad de que hubiera alguna vez condiciones para confrontamientos nuevos, arreglos técnicos, discusión de problemas que pudieran surgir del examen minucioso del texto, etc. La recepción escrita tenía, ante esas perspectivas inciertas, la ventaja de que, antes de salir de Praga, Mármol podría ver y revisar el material recogido a mano, ampliarlo, reducirlo, modificarlo, corregirlo directamente sobre el papel y en mi presencia. También hay que comprender que todo el trabajo de este libro, en todas sus etapas, habría de ser realizado directamente por mí. No he tenido equipo técnico, ni secretarías ni mecanógrafas. Por eso era necesario tener un texto básico o absolutamente perfilado desde el principio. El tiempo confirmaría que el método de la recepción directa manual fue correcto. Sobre todo porque desde 1966 apenas he recibido de Mármol, por correo y por vía personal, algunas cuartillas de materiales complementarios, recomendaciones, etc. y, en lo fundamental, hemos caído en la mutua incomunicación: la situación de Mármol en el seno de la situación política de nuestro país así nos lo ha impuesto. Este hecho por sí solo le da al libro un carácter provisional en algunos aspectos, ya que con todo su volumen no recoge sino una parte de la vida de Mármol y aún en esta parte mantiene diversas facetas apenas esbozadas, esquematizadas. Tal vez en el futuro se den las condiciones para que Mármol y yo, o más probablemente Mármol y otros compañeros puedan llenar las lagunas, las reticencias, las ausencias y los enfoques apresurados que puedan aparecer en el texto actual. Esto, independientemente de que el libro cubre, desde el punto de vista cronológico, el período comprendido entre el nacimiento de Mármol y su experiencia guatemalteca, que se prolongó hasta la caída de Arbenz en 1954. A partir de entonces, Mármol se abstuvo de seguir testimoniando, por considerar, muy justamente a mi entender, que los hechos y personas a que tendría que referirse necesariamente, podrían dar algún margen de información confidencial y aprovechable al enemigo de clase, a los organismos de la represión anticomunista de las clases dominantes criollas y del imperialismo. Este es otro filón de la vida de Mármol que posiblemente en el futuro podrá ser usado públicamente sin peligro para los revolucionarios.

Finalmente creo que sería conveniente dejar sentado que mis intenciones al recoger el material de Mármol son eminentemente políticas, aunque en diversos momentos el material recogido se preste a enfoques históricos, etnológicos, etc. Ello me exime de mi carencia de formación especializada en materia antropológica, por ejemplo, que ha estado presente en la labor de Oscar Lewis, Jan Myrdal, o entre nosotros, Miguel Barnet. Mi nivel es en este

terreno el de un cuadro político latinoamericano de término medio, que casi terminó su doctorado en Leyes, que estudió un año de antropología en México, que conoce relativamente la historia de su país y ha estudiado las más notables obras de “literatura factográfica” producida en los últimos años, y que es, además, periodista y escritor profesional. El rigor que se debe perseguir pues en las páginas de esta introducción y en el epílogo y en la forma en que el material de Mármol es llevado al lector no es tanto el científico-técnico, como el político, tanto a nivel expositivo como interpretativo y sobre la base de que el autor trata de guiar su labor dentro de los principios del marxismo-leninismo. No soy el testigo frío e imparcial de un testimonio que hay que ubicar en un mundo de compartimientos estancos, de casillas clasificatorias. Soy un militante revolucionario inmerso en la historia que Mármol nos ha comenzado a narrar y comparto en absoluto la pasión vital del narrador por llevar esa historia en su fase actual al cauce de las masas populares. Es conveniente aclarar esto, porque, al parecer, los “sucesos del año 32” han comenzado a despertar la atención de los estudiosos y especialistas, de los latinoamericanistas, de las universidades norteamericanas.

Sobre tan dramáticos como importantes sucesos pasaron las décadas del olvido, pero en los dos últimos años han aparecido –en ediciones mimeografiadas– por lo menos dos trabajos de autores norteamericanos de alguna extensión e importancia sobre la masacre anticomunista.¹

Creo que estas y otras publicaciones hacen urgente la difusión de la realidad histórica: y nadie puede informar mejor de una masacre que los sobrevivientes. En este entendido, algunos de los objetivos concretos que persigo al llevar el testimonio de Mármol hasta su publicación, serían entre otros, los siguientes:

– Contribuir a dilucidar una serie de hechos políticos desconocidos dentro del proceso de lujuria revolucionaria del pueblo salvadoreño y del Partido Comunista de El Salvador, a fin de que puedan enriquecer la experiencia de todos los revolucionarios salvadoreños y latinoamericanos al ser confrontados con los hechos y los problemas del presente.

– Enfrentar el testimonio presencial de un revolucionario sobre la historia de las principales luchas del pueblo salvadoreño entre 1905 y la mitad de este siglo, a las versiones reaccionarias que se han hecho ya tradicionales y

¹ “Matanza: El Salvador’s 1932 Communist Revolt” de Thomas Anderson (Connecticut, U.S.A.) y “The communist Revolt of El Salvador 1932”, de Andrew Jones Ogilvie, (Harvard College, Cambridge, Massachusetts, U.S.A.

oficialmente históricas con respecto a ese mismo período y a las versiones aparentemente imparciales, “técnicas”, etc. que comienzan a aparecer en El Salvador y en otros países sobre fenómenos como la masacre de 1932, las jornadas de abril y mayo de 1944, la naturaleza de los gobiernos de Martínez, Aguirre y Salinas, Arévalo (en Guatemala), etc.

– Ayudar a la búsqueda de antecedentes políticos en la historia nacional que puedan eventualmente apoyar y reforzar las posiciones verdaderamente revolucionarias en su lucha contra las posiciones pseudo revolucionarias, anti-marxistas y contrarrevolucionarias en el seno del movimiento popular de nuestro país y de nuestro continente.

– Ratificar, con la riqueza de hechos de característica inequívocamente criolla que puebla el relato y la vida de Miguel Mármol, el carácter profundamente nacional de la lucha revolucionaria salvadoreña inspirada en el marxismo-leninismo.

– Es evidente que tales objetivos involucran otro: el de la denuncia. El de la denuncia directa e inocultable contra el imperialismo y las clases dominantes salvadoreñas, contra el sistema capitalista como modo internacional de dominación y explotación del hombre en esta etapa histórica, fuentes de la postergación y la infelicidad de nuestros pueblos. Creo que en muy pocos materiales publicados antes en El Salvador y Centroamérica se ponen tan de manifiesto como en este “testimonio de cargo” la magnitud de los crímenes históricos de todo tipo a que ha dado lugar el sistema capitalista en nuestro país. Y no sólo a través de esos terribles *frescos* en que Mármol narra trémulamente las grandes matanzas colectivas. También en esa cotidiana forma de morir que es la vida de los trabajadores del campo y la ciudad en Centroamérica y que se encarna en la misma *vida normal* del testimoniante en procura del pan para sus hijos y para sí, en procura de elementales derechos, de mínimas condiciones de existencia humana.

– Por eso es que deseché la primera trampa insinuada por mi vocación de escritor frente al testimonio de Miguel Mármol: la de escribir una novela basada en él, o la de novelar el testimonio. Pronto me di cuenta de que las palabras directas del testigo de cargo son insustituibles. Sobre todo porque lo que más nos interesa no es reflejar la realidad, sino transformarla.

La Habana, 1971.



Miguel Mármol. Praga, 1966

SALVADOREÑISMOS

ACTITUD GALLO-GALLINA: Actitud mediatizada, ambigua, conciliatoria.

ACHICOPALARSE: Acobardarse, impresionarse.

ACHIS: Interjección que denota generalmente extrañeza.

AGARRAR PATIO: Tomar confianza, seguridad.

AHUEVARSE: Humillarse, acobardarse.

A LA PURA GARNACHA: Por la fuerza.

ALMAGAMA: Parásito, sablista.

AMATE: Higuera, cuyo jugo se usa como resolutivo.

A PURO HUEVO: Por la fuerza.

ARRECHO: Hábil, eficaz, valiente, admirable.

AZACUÁN: Ave rapaz, migratoria.

BAMBA: Moneda de un colón.

BAYUNCA: Cursi, provinciana. Bayuncadas: cursilerías.

BARBASCO: Raíz que se usa para envenenar el agua y capturar así a los peces.

BOLADO: Asunto, cosa.

BOLO: Ebrio, borracho. Bolito patero: Dipsómano, ebrio consuetudinario.

BUCHE: Garganta, cuello.

BURLETA: Fantasma menor de la mitología suburbana de El Salvador. Se supone que no ataca ni daña al hombre sino solamente le hace burla desde lejos.

CABRÓN: Insulto de diverso significado en El Salvador: malo, vil, despreciable. Pero puede tener matices elogiosos: hombre duro, de carácter, etc.

CACHIMBONAZOS: Magníficos.

CACHO: Cuerno.

CANTEARLA: Errar, equivocarse.

CAYUCO: Canoa hecha de un tronco de árbol, en una sola pieza.

CIGUANABA: Personaje de la mitología indígena, hija del Dios de la Lluvia, esposa adúltera de Yeysún, se supone que se aparece a los transeúntes nocturnos para probar su nobleza o su iniquidad, en forma de una bella mujer joven y abandonada.

CIPOTES: Muchachos/as, Niños/as.

COLOCHO: De cabello rizado, rizo.

COLÓN: Unidad monetaria de El Salvador, equivalente a US \$0.40.

CONACASTE: Árbol maderero de Centroamérica.

CON EL CULO A DOS MANOS: Miedoso, afligido, preocupado.

CON LOS PIES HINCHADOS: Delatado de antemano.

COMIDA DE HOCICÓN: Dícese de algo al alcance de todo el mundo.

CONTIMÁS: Cuanto más, sobre todo.

COYOLES: Testículos, cojones, en el sentido de “atributos de coraje”.

COYOLITO: Aguardiente sazonado con la fruta de la palma llamada coyol.

CUCULMECA: Cobarde, medroso.

CUCHES: Cerdos, marranos.

CUICO: Manco, lisiado de las manos.

CUILIO: Policía (despectivo).

CUIS: Tres centavos, la cuarta parte de un real (12 centavos), moneda de 3 centavos. “De a cuis”: de poco valor.

CUMA: Instrumento de labranza individual. Machete que termina en una punta curva. Cumazos: golpes de cuma.

CURCUCHO: Jorobado, giboso.

CHACALELE: Botón o pequeño aro que gira ensartado en una cuerda al tenderla y distenderla. Juguete infantil improvisado.

CHACHALACA: Parlanchína, superficial.

CHAINEDITA: Diminutivo de Chaineada: limpieza del calzado hasta hacerlo brillar. Del inglés “to shine”.

CHANGONETERO: Chocarrero, bromista.

CHALATECO: Referente el Departamento de Chalatenango, El Salvador.

CHAPALEAR: Chapotear.

CHAPARRO: Aguardiente elaborado clandestinamente.

CHAPULÍN: Acridio, langosta.

CHELÓN: Aumentativo de chele.

CHELE: Blanco, rubio, gringo.

CHIBOLAS: Bolitas de vidrio para jugar, canicas.

CHICHEMENTE: Fácilmente.

CHIFLAR EN LA LOMA: Salir engañado en un asunto.

CHILATE: Bebida de maíz.

CHIMBOLERO: Infierno.

CHIMBOLO: Pececillo de arroyo.

CHINEAR: Cargar a un niño en brazos. De “china”: aya, niñera.

CHINCHINTORA: Serpiente famosa por su furia.

CHINGA QUEDITO: Aparentemente humilde, que hace las cosas con sigilo, hipócrita.

CHINDONDO: Chichón.

CHINTA DE PALO: Muñeca de madera, de una sola pieza, con la que juegan las niñas pobres.

CHIPILÍN: Árbol de hojas comestibles.

CHIVEADERA: Lugar donde se juega “chivo”.

CHIVO: Juego de dados.

CHOCOLIA: Insistencia, obstinación.

CHOLERO: Sirviente (despectivo).

CHOLOTON: Gordo, hermoso, grande.

CHONGUENGA: Fiesta.

CHUCHO: Perro.

CHULUPACA: De aspecto decaído, humilde.

DE A PESO: De gran envergadura, imponente.

DESCUARRANCHADOS, DESGUAVILADOS: Desastrados.

ECHAR RIATA: Actuar intensamente, trabajar, combatir.

EL TORO QUE MAS MEABA: El más poderoso.

EMPACAYADA: Giro grosero por: Daño, fracaso, castigo.

EMBUCHACADO: Metido en un agujero, preso.

EN AYUNAS: En la ignorancia de algo.

ENCHUTAR: Enchufar, meter.

ENGRIFARSE: Alarmarse, ponerse en tensión.

EN PINGANILLAS: En puntillas, caminar sobre la punta de los pies.

EMPERRADA: Enojada. Estado de iracundia

ENTELERIDAS: Entumecidas.

ENTUTURUTARME: Confundirme, engañarme.

EN UN ZAZ: Rápidamente.

ESCOBILLAS: Malezas.

ESPINILLA: Tibia.

ESTAR YA EN EL MACHO: Estar ya metido en el problema dado.

EXHIBICIÓN PERSONAL: *Habeas Corpus*.

FRESCO DE CHAN: Refresco de semillas de chan.

FORRADA: Hartazgo, comilona.

GARNATADA: Pescozón.

GAZUSAS: Agresivas, diligentes, apenas contenidas. Husmeantes.

GLOSTORAR: Enseñar modales, culturizar, civilizar.

GUANACO: Salvadoreño (originalmente despectivo, ha terminado por ser adoptado por los mismos salvadoreños como una denominación simpática).

GUARO: Aguardiente de caña.

GÜISQUILES: Verduras comestibles. En México: Chayotes.

HACÍAN SU AGOSTO: Estaban a sus anchas, obtenían ganancias extraordinarias.

HUEVEAR: Robar (vulgarismo).

INDIZUELO: Indiezuelo.

JICAMA: Tubérculo dulce.

JILUDAS: Dícese de las personas de cabellos lacios, como los indios. Las cabelleras pueden ser llamadas también *jiludas*, al ser lacias.

JIOTE: Sarna.

JOCOTUDO: Como un Jocote (especie de ciruela tropical de nuez grande).

JUIDA: Huida.

JUMA: Borrachera.

LE CAYO EN LA NUCA: Le disgustó mucho.

LE TOCARÍA PAREDÓN: Le fusilarían.

MACHETÓN: Tosco, vulgar.

MAJE: Tonto.

MALARIO: Malo, mezquino.

MANOS CUICAS: Manos deformes o inútiles.

MAMEYAZOS: Tiros, balazos. Por extensión se usa para significar tragos, golpes, etc.

MAQUILIHUE: Maquilishuat, árbol nacional de El Salvador.

MARIMBA DE HIJOS: Los hijos de una persona o familia, de mayor a menor.

MARITATES: Cosas, pertenencias.

MATALAS-CALLANDO: Aparentemente humilde, hipócrita.

MATAR SU CHUCHO A TIEMPO: Prevenir.

MECATEARSE: Esforzarse duramente.

MÉNGALAS: Muchachas del pueblo, hijas de artesanos.

ME PUSO AL BRINCO: Me alertó.

MESÓN: Cuartería, conventillo, vivienda colectiva miserable.

MILPA: Sembrado de maíz.

NAGÜILLA: Tela rústica.

NANCE: Árbol malpigiáceo que da una frutilla del mismo nombre.

NARANJAS DE CHINANDEGA: Nada.

NO SE TOCABA LOS HÍGADOS: No tenía escrúpulos.

OCOTES: Varas de madera resinosa para usar como antorchas o como iniciador del fuego.

OREJA: Confidente policial, policía secreto.

PAShte: Estropajo vegetal.

PATA DE CHUCHO: Vagabundo, viajero.

PAPATURROS: Especie de guindas verdes y silvestres.

PECHE: Flaco.

PEDIR CACAO: Entregarse, rendirse, pedir clemencia.

PELENQUE: Esmirriado (dícese principalmente del caballo).

PIJAZO: Golpe, gran cantidad, trago.

PILHUAJITOS: Trapos, ropa pobre.

PIQUETERAS: Coquetas, afectadas, llenas de poses.

PIQUETES: Estilos personales exagerados.

PISTO: Dinero.

POLONGONEARON: Del verbo onomatopéyico polongonear: golpear sobre madera, puertas, etc.

POR HUEVOS O POR CANDELAS: Por cualquier medio.

PRECIO DE QUEMA: Muy barato.

RIGIO: Obstinación, obsesión.

ROZO: Roce, relación.

SACADERA: Fábrica de aguardiente clandestino.

SAPO TOREADO: Sapo excitado, furioso.

SER LA CASCARA AMARGA CON QUE SE CURA EL JIOTE: Ser muy irascible.

SOPLARSE A: Matar a.

SHUQUIA: Suciedad.

TALEGAZO: Montón, gran cantidad. Golpe.

TALEGUEADA: Golpiza.

TAL POR CUAL: Substituto eufemístico y genérico de un insulto.

TALLE: Aspecto.

TAMAÑOTE: Grande, alto.

TAMAL PISQUE: Cocido de masa de maíz simple.

TANATES: Bultos.

TAPISCA: Corte del fruto del maíz.

TARABILLA: Dícese de quien habla velozmente.

TARTAMUDA: Ametralladora.

TARRO: Planta cucurbitácea.

TATARATA: Alocado, vacilante.

TETUNTES: Pedruscos, pedazos de ladrillo.

TENER EN AYUNAS: Mantener desinformado a alguien.

TERENGO: Bobo.

TEQUETEQUE: Onomatopeya de charla.

TOTORECAS: Tambaleantes, indecisas.

TOSTÓN: Cincuenta centavos de colón.

TUNCO: Cerdo.

TUTÍA: Problema, excusa, obstáculo.

VELÓN: Pedigüeño.

VENADEAR: Disparar sobre una persona desde lejos y a mansalva.

VERÁ CUANTAS SON CINCO: Verá cómo es difícil, se dará cuenta de la realidad.

VERGUEAR: Dar verga, golpear.

VOLAR PATA: Caminar.

YAGUAL: Enrollado de tela o trapo que las mujeres se colocan en la cabeza para cargar pesos, bultos, canastos.

YO YO: Plato único del rancho carcelario salvadoreño: dos tortillas de maíz unidas por una capa de masa de frijoles.

ZANCÓN: De piernas largas.

ZUMBA: Borrachera prolongada y patológica.

I.- ORIGEN. INFANCIA. ADOLESCENCIA

¿Que si todo lo que viví ya estaba escrito antes en mi destino? Esa es pregunta de literato y me hace pensar en aquella canción que habla de “lo que pudo haber sido y no fue”. Sin embargo, para qué llevársela uno de arrecho. Viejo y todo, lleno de experiencias y todo, cosas como éstas todavía se me hacen cuesta arriba y me ponen a cavilar. Hay muchos que me conocen y dicen que sin duda yo vine al mundo para causar líos, pero inmediatamente tienen que agregar que soy del bando de Jesucristo, de quien se cuenta les dijo a los cristianos una vez, para que no hubiera nadie a la hora de los tetuntes que dijera que lo habían engañado: “No he venido a traeros la paz sino la guerra”. Sea como sea, suponiendo que ese haya sido mi destino, no cabe duda de que los líos y yo estuvimos juntos desde muy temprano. Si yo he sido quien los atrajo o si los líos me atrajeron siempre a mí, esa es ya harina de otro costal. Y nomás para empezar a demostrarlo con los hechos de mi propia vida, sépase lo siguiente: en cuanto fue claro que mi mamá Santos estaba preñada de mí, mi abuela le echó de la casa. Como el culpable de la preñez no aparecía por ninguna parte, la barriga creciente de mi madre era considerada un deshonor imperdonable. Yo nunca he comprendido por qué los pobres le otorgamos tanta gravedad a estas cosas, pero la verdad es que seguimos negándonos a filosofar frente al espectáculo de la hija preñada a la mala. Y no es sólo por el miedo al hambre, hay otras razones aún más recovecas. Con todo y que en El Salvador los hijos nacidos de matrimonio legal o religioso siguen formando un porcentaje de a cuis. Con aquella situación desagradable para mi madre, la de andar juida de la casa, vine yo al mundo en Ilopango, Departamento de San Salvador, República de El Salvador, el día 4 de julio de 1905, día de Santa Berta, y, Dios me perdone, de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.. A los ocho días de nacido, todavía con el ombligo jocotudo, mi madre fue a presentarme a la abuela, para ver si la enternecía con mi carita y con mi llanto. Pero el problema fue además que yo era bastante feo y dicen que llanto de feo no da lástima sino cólera y como mi madre insistiera en seguir callando el nombre de mi padre, a pesar de los reclamos hechos a grandes gritos y con un leño al aire por mi abuela; pasó, como dice el tango, lo que tenía que pasar, es decir, que mi abuela nos echó de nuevo muchísimo al carajo. Mi mamá se desmayó conmigo en los brazos, salvando yo la vida por primera vez en la vida al estar a punto de ser aplastado. El hermano mayor de mi madre, mi tío Hilario, la levantó del suelo cargándola hasta el corredor de la casa donde le trató el desmayo con altamiz y alcohol, hasta que la despertó. Pero, mientras tanto, a

mí nadie me hacía el menor caso y yo berreaba, derramando lágrimas de lodo sobre el piso de tierra.

El tema de mi abuelita era que se había casado con mi abuelo con todas las de la ley y con chonguenga –cosa que, como ya dije, aún hoy no es en El Salvador comida de hocicones– y además mi abuelo había sido un español criollo de magnífica figura. “Yo me casé con un hombre pobre pero galán –solía decir ella–. Nosotros somos indios feos y yo quise mejorar la raza con mi hermoso Perfecto”. Y agregaba irónicamente: “Bonito iba a estar que yo me hubiera interesado en los caciques trompudos de Santiago Texacuangos”. Y es que al parecer, mi abuela Tomasa Hernández viuda de Mármol había sido toda su vida una mujer segura de sí, activa, de gran autoridad y gran capacidad de decisión, fruto de una vida dura y miserable, pero al mismo tiempo voluntariosa, orgullosa y firme. Católica fanática, había tenido sin embargo sus simpatías liberales por el General don Gerardo Barrios, cuya efigie, y la de su mujer, doña Adelaida, guardaba en un tubo de colores provisto de un lente. Pero el mayor orgullo de su vida había sido y era su marido. Nunca dejó de hacerse lenguas de las facciones de mi abuelo Perfecto Mármol, de la hermosura de su cuerpo, de su modestia y su bondad. Mi abuelo había sido asesinado en las inmediaciones de Santa Tecla cuando trabajaba como peón en una finca de café. Eso fue a fines del siglo pasado. Y parece que, efectivamente, mi abuelo había sido, además de galán, un hombre especial porque de él se contaban tan sólo anécdotas enaltecidas. Entre ellas, recuerdo la siguiente: Una vez, cuando llegó la época del año en que las milpas estaban a punto de tapisca, cayó en la zona de Ilopango una tremenda mancha de chapulín que amenazaba a arrasarse todos los campos. Los cultivadores corrieron desesperados a sus parcelas para tratar de defender las siembras frente a aquella plaga voraz con los pocos medios a su alcance, es decir, galones de lata para hacer ruido dándoles con un palo, matracas, antorchas para quemar hojarasca, etc. Sólo mi abuelo se quedó en su casa en el pueblo, fumando tranquilamente su puro hondureño mientras se mecía en la hamaca. Cuando todos regresaron con la noticia de que el chapulín había arrasado las cosechas, él se fue a su terreno. Estaba intacto. Entonces anunció que repartiría su maíz entre las familias más pobres del pueblo, aquellas que el paso del chapulín había condenado seguramente al hambre. Por cosas como esas decían en Ilopango que Perfecto Mármol se distinguía entre todos los demás. Casarse con un hombre así, y que eso pasara precisamente en Ilopango, pueblo de ladinos principales donde no había siquiera apellidos feos, ya que toda la gente ahí era Echeverría o Payés, le encaramó los humos

a la cabeza a la india galana que era mi abuelita Tomasa, descendiente de familias de Tonacatepeque y Texacuangos. Y cuando mi mamá me llevó a presentarme a ella, la gran cólera que le vino fue sobre todo al ver sus planes de mejorar la raza completamente venidos al suelo con el aspecto del nuevo nieto, un indizuelo feo y culo azul como el que más.

Mi madre pasó entonces días muy amargos. Según me contó después, cuando yo ya tuve uso de razón, sobrevivimos gracias a la bondad de un señor a quien llamaban Don Simón, que nos hacía la caridad de regalarnos diariamente un puñado de maíz para hacer tortillas. En cuanto crecí lo suficiente como para soportarlo sin morirme de empacho, fui enseñado a comer sopita de tortillas para reforzar el alimento de pecho. Por eso es que los pobres resultamos tan cuerudos, digo yo. Porque comer tortillas cuando uno está de pecho lo deja listo para comer hasta piedras si es necesario el resto de la vida. La vida era muchísimo más grave para mi mamá que para mí sin embargo, porque no era yo su único problema. Ella tenía otras dos muchachitas, sólo que de otro papá, que ya estaban por entrar en edad escolar cuando yo nací. Esta realidad hogareña hizo que mi madre me tuviera que abandonar bien pronto. Yo me quedaba en casa con mis hermanitas Pilar y Cordelia, que me cuidaban y me alimentaban pese a su corta edad, y mi madre comenzó a trabajar en el transporte de tabaco de Ilopango a San Salvador, cargando grandes pacas sobre sus espaldas. Hacía dos viajes por día, lo que equivalía a un recorrido de cuarenta kilómetros, la mitad con un gran peso encima. En veces hacía hasta tres viajes porque el salario apenas alcanzaba para comer. De calzado y de ropa, ni hablar. Todos andábamos descalzos y harapientos, según me ha contado mi mamá. Mi cuna era un nido de vestidos y pedazos de vestido desechados por mis hermanas y mi mamá. Felizmente mi mamá pudo conseguir empleo de cocinera en San Salvador y a partir de entonces se dedicó al servicio doméstico. Logró hacerse una muy buena cocinera y llegó a colocarse en la casa de habitación del Dr. Manuel Enrique Araujo, conocido médico de San Salvador, poco antes de que este fuera electo Presidente de la República. El Dr. Araujo fue muy bueno con mi mamá y en lo que ella estuvo trabajando en su casa, se comió en la nuestra los tres tiempos. Sobras, qué sé yo, pero mataban el hambre. Pero también vino el tiempo de la desocupación total que se prolongó por largos períodos en los cuales había que buscar la comida como se pudiera: robando fruta de los árboles en las fincas vecinas, pescando, buscando desechos aprovechables en los basureros, como cartones y trapos, para vender a las fábricas de cartón o a las jaboneras. Desde luego, este trabajo no contaba con mi ayuda, pero sí con la de mis

hermanitas a quienes mi madre debía distraer de la actividad escolar con tal de proporcionarnos el mínimo de alimentos de cada día.

Conforme fue pasando el tiempo, mi abuela Tomasa fue olvidando el rencor por mi nacimiento y poco a poco se fue acercando al rancho hechizo donde vivíamos –un casquete de paja colocado sobre cuatro horcones, unidos entre sí por paredes de lodo, sostenidas por reglas de palma y varas de caña brava– para tratar de ayudarnos. Mi abuela era la abuela por excelencia del lugar, con sus ratos de alegría y jarana, pero generalmente era la pura cascara amarga. Uno de los primeros acercamientos con mi madre después de la expulsión del hogar fue con el pretexto de que mis hermanitas y yo asistiéramos a las clases de doctrina cristiana que ella daba en su casa, a las seis de la tarde, a todos los niños de Ilopango. Mi abuelita hablaba entonces tremendamente sobre el Juicio Final, sobre los ángeles que van a bajar del cielo con sus trompetas, anunciando el fin del mundo, momento en que se levantarán de sus sepulturas todos los muertos de la tierra para ser juzgados por Dios, formando colas a la derecha los que irán a la Gloria y a la izquierda los que irán al infierno, etc. De esto me acuerdo porque durante varios años fui asiduo asistente de las clases de doctrina de mi abuelita. También recuerdo que ella insistía en que todos los hombres son iguales ante Dios y que ningún ser humano se debe arrodillar ni humillar ante otro. A mí me bendecía siempre que me encontraba, cuando yo llegaba a saludarla o cuando me despedía de ella, pero en el fondo no me perdonaba lo de ser tan feíto. Yo sí que era invariablemente cariñoso con ella: cuando estaba enferma le llevaba sopa de pescado con chipilín y limón que preparaba mi mamá, y flores, que yo recogía en las orillas del camino. En ese tiempo, lo recuerdo vagamente, Ilopango era un pueblo precioso donde abundaban las flores. Las calles estaban arboladas con naranjos y mirtos que perfumaban el aire por la mañana y en el atardecer. Cuando mi abuelita me miraba llegar con la sopa o las flores, se rendía por un ratito y me besaba con gran amor y decía que yo era su maridito que no la dejaba morir de hambre ni de tristeza. Pero ella nunca llevó fruta para mí en su yagual, solamente para mis hermanas. Y por cualquier cosa me pegaba, por tocarle las estampas de los santos o por desordenarle el canasto. Aunque siempre que se enojaba hasta el extremo de pegarme, se deshacía luego en lágrimas y hablaba de su vida pasada, de sus pobrezaas que la llevaron un día a emigrar a pie hacia el oriente de la república siguiendo a su padre, durmiendo en las veredas de la montaña, donde una noche por poco se la come un jaguar.

Mis hermanas iban ya a la escuela y en ellas se iba todo el dinero que ganaba mi mamá. La Pilar no estudiaba bien y sólo pensaba en jugar, pero como era chistosa y nos hacía reír todo el día, la queríamos y la celebrábamos. Cordelia en cambio era aplicada en los estudios e inteligente y tenía dotes de artista. A menudo la pedían a mi mamá para que la dejara participar en las veladas de la escuela o en las pastorelas del pueblo. Como en estas ocasiones había que pagar el traje del disfraz, mi mamá nos reunía y nos preguntaba si estábamos de acuerdo en no estrenar ropa para las fiestas a fin de invertir nuestro dinero en el mentado disfraz para Cordelia. Nosotros aceptábamos siempre pues nos sentíamos orgullosos de tener una hermana, artista a la que todos aplaudían y nos resignábamos a aparecer entre todos los niños que estrenaban sus ropitas, con nuestros pilhuajitos del año pasado, todos remendaditos pero, eso sí, limpios y bien planchados.

Mi madre fue para mí lo más grande del mundo. Mi mamá Santos Mármol era de estatura regular, cutis despercudido, cabellos ondulados y castaños, de mirada afable y caminar ágil. Era cordial, resignada y tolerante, pero cuando se le agotaba la paciencia había que esconderse. Era, puede decirse, como la mayoría de las madres pobres de El Salvador: católica, ignorante, severa y muy capaz de formar a sus hijos predicando con el ejemplo, frente a las peores circunstancias de la vida. Desde muy niño trató de inculcarme buenos sentimientos, amor y respeto al prójimo y sentido de la justicia. Yo considero que mi desarrollo posterior no se explica sin las luchas de mi madre por hacerme un hombre de bien. Cuando yo hacía algo malo me castigaba y me explicaba largamente el problema. En ocasiones me dejaba pasar una, dos y hasta tres barbaridades y mando más desprevenido estaba, llegaba y me decía que tantas veces le había hecho esto y aquello y que ahora me iba a castigar. Pero como me hacía conciencia de mis faltas yo no me resentía y procuraba corregirme. Ella comenzó a desarrollar en mí sentimientos religiosos y a pesar de mi corta edad muy pronto fui devoto de la Virgen María y de San Francisco de Asís. Cuando tenía problemas, dificultades o disgustos yo me iba a la iglesia a rezar tal como me había enseñado mi abuelita en la doctrina. Rezaba por mi mamá y por mis hermanas, por los amiguitos de las vecindades y por los animalitos que en veces se aquerenciaban en nuestra casa a pesar de que sólo llegaban a hambrear. Pero procuraba rezar cuando en la iglesia no estaba el cura porque me caía mal por el olor a vinagre que echaba y porque sólo quería andar chineándolo a uno y besándolo con los cachetes espinudos que tenía. Mi fe católica se fortalecía además por las soluciones que a menudo tenían nuestras necesidades más

extremas. Había días en que eran ya las diez de la mañana y no teníamos con que comer. Mi mamá encendía el fuego para aparentar que pronto íbamos a tener qué cocinar y tranquilizarnos. Entonces se arrodillaba frente a un altarcito de la Virgen que tenía cerca de la cocina de barro y me abrazaba para que rezara con ella. No habíamos terminado de rezar cuando la vecina le gritaba a mi mamá: *“Santos-ó: me ha sobrado un poco de masa. ¿No la querés para echar unas tortillas?”* Y así comíamos. Mi madre decía que era un milagro de la Virgen Santísima, que nunca nos abandonaba y me subrayaba la importancia de la oración y de la fe como algo que no debía olvidar jamás en la vida. Yo pensaba también así y los milagros me fueron pareciendo cosa corriente en la vida. Ahora que soy viejo comprendo que la explicación del fenómeno es otra. Todo se debía a que mi madre estaba ayudando siempre a sus vecinas, tan pobres como ella. Mi madre era una mano abierta. Pero precisamente por eso es que las vecinas se acordaban siempre de nosotros y procuraban ayudar también, al tener la menor oportunidad. En la escasez de los pobres está también su abundancia de corazón.

Las fiestas de Ilopango eran magníficas y se quedaron prendidas en mi recuerdo desde mis años más tiernos. Había ceremonias religiosas varias veces al año con motivo de las fiestas de San José, de San Cristóbal y de la Virgen Santísima y a la par había festejos populares diversos de acuerdo a tradiciones antiguas, entre las cuales recuerdo con entusiasmo las alboradas de los campesinos, los obreros y los pescadores. También era corriente que se organizaran paseos vecinales hacia el próximo lago de Ilopango, cuando las familias del pueblo iban en grandes grupos a comer y beber sobre las arenas de la playa, bajo los grandes amates y conacastes. En esos paseos se tocaba guitarra y mandolina y las señoritas recitaban poesías. Nunca había peleas. Eran tiempos de paz, de belleza y de armonía. Para las navidades, las ceremonias más divertidas eran las pastorelas en que participábamos los chicos y los grandes. Yo no fallaba como pastor en aquellas ocasiones, cantando lo de *“Pastores, pastores / vamos a Belén / a ver a María / y al Niño también”*. Toda aquella forma de vida se iba a destruir más tarde con la construcción del Aeropuerto Internacional y la instalación de la aviación militar en los terrenos de Ilopango. El aeropuerto y el cuartel de la Aviación mataron a Ilopango y trajeron la corrupción y los odios. Solamente hasta hace unos pocos años revivió Ilopango, a causa de la industrialización intensiva de la zona. Ahora los ilopangos son obreros industriales.

Sin embargo no hay que engañarse con las pastorales y las fiestas patronales. La pobreza era tremenda en todo el país y basta releer lo que he dicho de la vida de mi familia para darse cuenta del panorama general. Además no era sólo el hambre lo que le mordía el corazón y las entrañas al pueblo salvadoreño. Allá por 1910 era Presidente de la República el General Fernando Figueroa y si se le conocía por el apoyo de “Naranja Agria” no era por simple gracejada. El viejo bandido mantuvo al país en perenne estado de sitio y bajo una represión tremenda a causa de que el movimiento de protesta nacional contra la situación económica y el caos financiero se había agravado sumamente desde la guerra contra Nicaragua que se había librado en 1907. Desde luego, yo en esos momentos no me daba cuenta de nada y me pasaba el tiempo cazando lagartijas en los escobillales que rodeaban nuestra pobre casa, apenas preocupado cuando no había qué comer y apretaba el hambre. Sin embargo recuerdo que me daban mucha lástima los campesinos andrajosos que llegaban a buscar inútilmente trabajo al pueblo o las filas de enfermos que venían de oriente para tratar de ingresar en el Hospital de San Salvador. Sobre todo me impresionaban los carreteros que, bajo las recias tormentas en el invierno y bajo el quemante sol en el verano, pasaban atormentando con estacas de clavos que los hacían sangrar, semidesnudos ellos mismos y en ocasiones borrachos perdidos. Yo pensaba entonces que habría sido muy bueno tener mucho dinero para mandar a construirles una gran enramada por encima de toda la calle, desde Ilopango hasta San Salvador, para que en cualquier tiempo caminaran protegidos del sol o de la lluvia y no fuera tan amarga su vida. Recuerdo como una visión de cuentos de hadas una vez en que, por el mismo camino polvoso por donde pasaban los carreteros bufando y puteando a los bueyes, pasó velozmente frente a mis ojos una bellísima carretela blanca, tirada por dos caballones blancos como el algodón, que parecían chilenos por lo tamañotes y altivos. Un cochero elegante y chelón conducía la carretela dándole latigazos suaves a los animales y en el interior iba una señora a quien no se le miraba la cara porque una mantilla negra se la tapaba por completo, pero a mí me pareció que debía ser hermosísima, como la Virgen del altar mayor. Era el atardecer y todavía recuerdo la escena como quien mira una postal japonesa o una película a colores. Por aquella época yo era muy soñador, pero aquella carretela no fue ningún sueño, como iba a comprobarlo más tarde. Cuando llegaba el invierno y los crepúsculos salvadoreños se ponían brillantes de humedad, pero tristes y melancólicos, yo miraba las nubes que pasaban empujándose a poca altura, casi al alcance de la mano, haraganeando en una

vieja hamaca de pita, y le decía a mi mamá que todos deberíamos poder volar, como los pericos que pasaban en bandadas o los azacuanes misteriosos. Mi sueño era volar hasta México, donde yo pensaba que estaba el fin del mundo. “Pobrecito mi hijo –decía mi mamá, bromeando– ya se me hizo loco de la debilidad”.

Yo quería saber quién era mi padre y trataba de que mi madre me lo dijera. Pero mi madre consideraba que aquello era un secreto entre ella y él y que ni yo, que era el fruto del secreto, debía saberlo. Cuando pasaba algún señor bien vestido y de aspecto agradable, yo corría a llamarla para enseñárselo y le decía: “Mamá, ¿qué no por casualidad será ese señor mi papá?” Ella se reía y yo me quedaba triste porque aquel señor me había gustado para papá. Finalmente mi madre, tocada por mi chocolía, me dijo una vez que mi padre era el Capitán Carranza, que vivía en San Salvador. Inmediatamente yo comencé a decirlo a la gente para que todo el mundo se enterara de que yo también tenía papá. Un nombre era ya algo para mí y yo estaba alegre como si tuviera un juguete o algo así. Pero no era verdad que mi papá fuera el Capitán Carranza. El Capitán Carranza era solamente un nombre inventado por mi mamá para detenerme la jodedera. Mi papá era el por entonces Alcalde de Ilopango, Eugenio Chicas, el indio Eugenio, como le decían. Campesino acomodado, era hijo de un famoso Francisco Chicas, Chico Chicas, tenido como invencible con su espada guacaluda y que se dedicaba a recorrer los caminos nocturnos para encontrarse y entrar en combate con el Diablo o con algún mal espíritu. Chico Chicas había muerto del corazón en un camino cercano al pueblo, a deshoras de la noche, cuando se encontraba emboscado al acecho de una *burlata* que tenía aterrorizada a la población. Mi padre no había heredado la combatividad de mi abuelo y era pacífico, laborioso y afable. Eso sí: un irresponsable absoluto con los hijos que tuvo fuera de matrimonio. Que fuimos muchos. Mi pobre mamá se veía obligada a ocultar aquella paternidad porque mi padre estaba casado y ella misma era muy amiga de su esposa, doña Crescencia. Yo vine a averiguar que Eugenio Chicas era mi padre en el año en que mataron al Presidente Araujo o sea en 1913, si no me equivoco, cuando andaba yo por los ocho años de edad. Mi papá, subterráneamente y sin aparecer como mi papá, simplemente en su calidad de Alcalde de Ilopango, me hizo nombrar Mayordomo de mi barrio en las Fiestas Patronales, lo cual era una dignidad reservada a muchachos mayores o a los hombres. Yo desempeñé mi cargo en la procesión principal con una seriedad extraordinaria y al verme mi papá en aquella actitud se impresionó mucho y muy favorablemente. Esa noche se metió unos tragos de guaro y les

confesó a sus amigos que yo era su hijo. La noticia circuló por todo Ilopango hasta llegar a los oídos de la misma esposa de mi papá, Doña Creteencia, y de las hijas de ambos, mis hermanastras, que eran mucho mayores que yo. La señora y las cipotas pusieron el grito en el cielo y estas últimas comenzaron a buscarme para pegarme o hacerme daño. Efectivamente, me encontraron cuando yo volvía de hacerle un mandado a mi mamá y me apedrearon, rompiéndome la cabeza de manera seria. Mi madre me vio llegar a casa ensangrentado y al enterarse de lo que había pasado me curó como pudo y, tremendamente furiosa, me llevó consigo hacia el Juzgado de Paz local, para interponer una queja criminal. En el camino nos alcanzó, afligidísimo, mi padre, que se había enterado también del incidente. Se excusó por la conducta de sus hijas y nos manifestó que ya las había castigado, suplicándonos encarecidamente que desistiéramos de interponer la queja en el Tribunal. Mi mamá aún estaba furiosa y le dijo a mi papá:

–“Quiera Dios que este muchacho te haga malparir un día a una de esas malditas”.

Y es ahí cuando digo yo que es mejor no maldecir nunca a nadie porque esa maldición de mi mamá por poco sale real. Aunque por otro rumbo. Como mi papá era tan mujeriego y tenía tantos hijos, llegó el día en que yo anduve de novio con una muchacha que resultó ser mi hermana. Mi mamá me lo aclaró, que si no, me caso con ella. Total, que esa vez, mi mamá y mi papá se humillaron mutuamente y ya no fuimos al Juzgado. Cuando pasaron los años, esas mis dos hermanas que me apedrearon y me abrieron la cabeza, fueron muy buenas conmigo y me ayudaron mucho, pero al final o sea cuando ya fui conocido como comunista me volvieron a desconocer como hermano. Los lazos de la sangre no son absolutos y por el contrario tienen, como se dice, sus bemoles.

De la escuela tengo recuerdos felices. Y es que yo, que ahora de viejo prefiero los niños terribles a los niños buenos, fui un niño bueno y un alumno mimado por los maestros. En los recreos me ponían de celador de los demás, pues se me tenía confianza por mi buen comportamiento, pero a mí no me gustaba anotar las faltas de mis compañeros en una libreta, como era mi obligación. Tampoco me gustaba que mis compañeros trataran de sobornarme dándome dulces y refrescos para que no anotara sus faltas. Me sentía herido y luego anotaba entonces sus faltas, para que aprendieran. Mis predilecciones en el estudio eran la geografía y la historia. Mis maestros me inculcaron el respeto y la admiración por las hazañas de nuestros antepasados indígenas en la lucha

contra el conquistador español, y los próceres de la Independencia como Don José Matías Delgado y Don Manuel José Arce eran como héroes para mí. Sin embargo, el personaje histórico que más me impresionó en aquel entonces, y que por cierto me sigue impresionando ahora sobremedida, fue el caudillo indígena del siglo pasado Anastasio Aquino. El maestro decía que había cometido muchas fechorías y que sus huestes eran una banda de indios asaltantes y sanguinarios, pero a mí me gustaba mucho aquella figura del humilde peón añilero que hizo temblar el gobierno de los ricos. La geografía me gustaba porque detrás de cada nombre yo me ponía a imaginar ciudades fabulosas, montañas que llegaban al cielo o ríos mágicos. Recitaba las ciudades más importantes de los países de América que era una tarabilla, pero las que más me gustaban eran las de Bolivia que sonaban como a música: La Paz, Sucre, Potosí, Oruro, Cochabamba, Santa Cruz, Tarija y Trinidad. Por lo menos para mí eran música. Música o letanía de iglesia. No solía pelear con mis compañeros, sólo alguna que otra vez me agarré a zopapos con alguno y recuerdo que no me tocó la peor parte. Mi madre me había aconsejado mucho en ese sentido:

“Si te buscan para pelear, acuérdate que Dios te ha dado piernas para correr; pero si te alcanzan, acuérdate que Dios te ha dado dientes y puños para defenderte”.

Los juguetes de aquel tiempo que más usábamos nosotros eran el trompo de palo, los barriletes hechos en casa, las chibolas tipo “caca de mico”, la rueda, el chacalele de botón y otros, pero a mí no me atraía especialmente ninguno de ellos. Mi patio de juegos en la edad escolar fue la Laguna de Ilopango. Allí sí me sentía bien, porque era un nadador formidable y tenía gran capacidad respiratoria, al grado de que yo era el campeón de toda la zona en lo de permanecer bajo de agua por el mayor tiempo. En el agua organizábamos los juegos de mica, de esconde-el-anillo y de patrullas. En tierra en cambio era de lo más quieto y callado: mi mamá me regañaba por eso y me decía que fuera “hombre”, que a ella los novios que había tenido cuando joven le habían gustado por alegres y juguetones. Inclusive nos contaba que ella misma había sido cuando niña de un temperamento varonil, amante de los juegos de fuerza y las brusquedades. Recordaba cómo atravesaba los ríos colgándose de bejuco y cómo en una ocasión se fracturó la espinilla porque el bejuco se rompió y ella se dio contra una piedra. Había tratado de alcanzar una hermosa guayaba pendiente antes que los varones con los que jugaba en el monte. Pero a mí la gente me quería precisamente por callado y bien

educado, además de por solícito y servicial. A todo el mundo en el vecindario le hacía mandados o ayudaba en los oficios de la casa. Por eso se pasaban regalándome fruta, pescados y otras cosas. Cuando llevaba los regalos a mi mamá, me decía:

–“Vos quizás sos velón con cara de hambre, por eso te regalan tantas cosas”.

Otra actividad que me gustaba mucho era la actividad militar. Junto a nuestra casa instalaron el puesto local de la Guardia Nacional de Ilopango y yo llegaba a curiosear cuando los agentes limpiaban los fusiles y me gustaba hablar con ellos de batallas y peripecias de la vida militar. En poco tiempo yo me sabía de memoria los nombres de todas las piezas del fusil máuser. Seguía asimismo los incidentes de la historia militar mundial. Con ocasión de la Gran Guerra Mundial se vendían las cajetillas de cigarrillos con unas tarjetitas impresas representando escenas de las grandes batallas que se iban sucediendo. Yo las coleccionaba y por eso estaba siempre listo para ir a comprarles cigarrillos a los Guardias. Por medio de esas tarjetitas resulté volviéndome pro-alemán. El Comandante del Puesto tomó la costumbre de ponerme a leer el diario por las mañanas, cargado siempre con las noticias de la guerra. Todos los Guardias se sentaban a mi alrededor y escuchaban mi lectura. Yo leía con énfasis las noticias de las victorias alemanas y trataba de disminuir sus derrotas. Los Guardias, que habían advertido mi pro-alemanismo, me llevaban la contraria y yo terminaba por enojarme, llorar e irme a casa jurando no volver nunca más a leerles ni pura estaca. Pero al día siguiente volvía, haciéndome el baboso, como si no hubiera pasado nada. Yo insistía en que Alemania tenía razón en su lucha contra los aliados porque simplemente defendía su libertad de tránsito marítimo, ya que aquellos la querían tener presa y maniatada. En alguna parte habré leído eso y lo utilicé como caballito de batalla. Con mis compañeros de juegos en la laguna nunca hablábamos de esas cuestiones, sólo de las cosas de la escuela. De la guerra yo hablaba únicamente con los Guardias o con personas mayores. Y en el pueblo se decía que yo era un niño “vivo” y que tenía un gran porvenir. “Este Miguelito va a llegar lejos –decían– hay que encomendarlo a San Cristóbal”.

En la medida en que mis hermanas y yo crecíamos y nuestras necesidades se hacían mayores, la carga del hogar se fue haciendo excesiva para mi pobre madre. El trabajo permanente era, por otra parte, cada vez más escaso. De tal manera que el hambre llegó a ser una visita de todos los días en nuestra casa. Andábamos con el estómago en un hilo, con los ojos allá bien al fondo de la

calavera y hasta mirábamos visiones. Yo no se si fue el hambre, mezclada con el ambiente de superstición del Ilopango de aquella época, lo que me hizo creer en duendes y espíritus durante mucho tiempo, basándome en el firme convencimiento de haberlos visto en varias ocasiones. Ahora se me nubla este proceso mental pero algo por el estilo debe haber pasado. Muy pronto los tres hermanos tuvimos que dejar la escuela para dedicarnos a trabajar para subsistir. Yo tenía once años y apenas había comenzado a estudiar el cuarto grado de primaria. Entré a trabajar en calidad de aprendiz en un grupo de pescadores que me usaban de sirviente para todo y que me pagaban en especie: dos o tres pescados después de una faena que duraba toda la noche. Pero yo estaba contento con ellos porque me trataban bien y porque eran buenos platicadores, sobre todo en lo que respectaba a chabacanadas de hombres grandes. Sin embargo añoraba mucho la escuela y me daba rabia quedarme ignorante para siempre. Me consolaba sintiéndome crecer como un hombre en una tarea dura como la pesca. Fue por esa época que mi madre se acompañó de un hombre. Era un indio feo y terriblemente cruel que se llamaba Julián González y al que en el pueblo conocían con el apodo de “Zapato Flojo”. A mí me daba a la vez vergüenza y cólera que ese hombre malo fuera el marido de mi madre, pero por no disgustarla yo le rendí obediencia y respeto a “Zapato Flojo”. Como él era también pescador, decidí que yo pasara a ayudarlo y abandoné mi trabajo con los otros pescadores. El pescaba con nasas de carnada exclusivamente, porque no tenía otros medios. Los otros pescadores pescaban con lo que tenían, hasta con dinamita y con barbasco, una raíz venenosa y prohibida por la autoridad. La pesca con carnada se hacía en operaciones nocturnas que requerían sobre todo un sigilo y una paciencia extremas. En estos aspectos mi padrastro era especialmente quisquilloso. Cuando yo hacía el menor ruido decía que había espantado los peces y la emprendía a golpes en mi contra, sin importarle entonces el escándalo que significaba castigar a un niño en el centro de un lago nocturno, sobre un pequeño cayuco rústico. En ocasiones llegó a pegarme con los remos y me echó al agua para que yo regresara hasta la playa nadando. Muchas eran las noches en que “Zapato Flojo” llegaba a pescar completamente borracho y entonces los malos tratos contra mí se multiplicaban. Ya de por sí el trabajo era duro en cualquier condición. Por ejemplo en invierno los grandes chubascos nos volcaban a menudo la canoa. Teníamos que mantenernos sobre ella y dirigirla a la playa para evitar que se fuera al fondo del lago o que sobrenadara sin dirección y otros pescadores la rescataran y la tomaran para sí. Era duro maniobrar con ella en la más total oscuridad, bajo

el fragor de los truenos y los relámpagos. Y luego, las olas de la tempestad nos arrojaban contra las rocas, haciéndonos pasar momentos de peligro mortal, o en el mejor de los casos contra las playas cubiertas de zarza que nos desgarraban todo el cuerpo. Dos inviernos duros pasé en aquellas labores. Esto me endureció el cuero y me quitó muchos temores que antes tenía. De pronto había dejado de ser niño para siempre. Pero entonces los maltratos de mi padrastro dejaron de ser exclusivos para mí. Todo el poco dinero que sacábamos de la pesca lo gastaba él en aguardiente y cuando llegaba borracho a la casa flagelaba a mi madre y hasta a mis hermanas. Yo lo odiaba con toda mi alma. Aunque de lejos no sé, quizás ya no lo odio. Cuando yo trataba de defender a mi madre, él me amenazaba con el machete y me encerraba en un cuartuchito que habíamos agregado a la casa para guardar leña y para que la gallina pusiera sus huevos. Todo eso me iba creando pólvora en el corazón. Yo pedía consejos, pero nadie me daba respuestas satisfactorias. Todos me decían solamente que tuviera paciencia, que éste era el Valle de Lágrimas y que cada quien, si se averiguaba bien, estaba más jodido que cada cual. Pero la situación era tan desesperante para mí que un día decidí matarme tirándome desde una altura orillera contra las rocas de una pequeña ensenada del lago. Subí a la altura y ya en ella me arrodillé y le recé a San Cristóbal de Jesús para que me iluminara en mi decisión, bien confirmándome la idea de matarme y dándome valor para hacerlo o bien dándome otra idea mejor que me permitiera salir airoso de la situación. Ahí mismo se me ocurrió un plan que me pareció bueno. Y ya no me maté. Regresé a casa y le dije a mi mamá:

– “Mamá: este día voy a matar a Julián, no puedo soportar que la siga golpeando”.

Mi madre tembló a ojos vistas pero trató de aparentar calma.

– “¿Y cómo lo vas a matar? –me preguntó.

– “Cuando venga borracho y se acueste a dormir en la hamaca voy a esperar a que esté bien profundo, luego le voy a coser fuertemente la hamaca con el cordel de pescar para que no pueda defenderse y entonces lo voy a matar con mi cuchillo filudo”.

Mi pobre madre se echó a llorar y me dijo:

“Ya veo que has pensado mucho sobre eso y si te has decidido sé que lo vas a hacer”.

Luego me dijo que olvidara esa idea mala, que ella me prometía abandonar para siempre a Julián González, que ella tampoco lo quería ni lo había querido nunca y que si se había metido con él había sido para evitar que nos muriéramos todos de hambre. Después fuimos juntos a rezar y a ratificar nuestras promesas frente a San Cristóbal. Yo le apaché el ojo a San Cristóbal como diciéndole que sólo él sabía que lo de matar a Julián había sido sólo una pantomima para asustar a mi mamá y que yo estaba agradecido porque todo hubiera salido bien. Mi mamá pensaba que yo estaba prometiendo no matar a “Zapato Flojo”. En toda forma ambos cumplimos nuestras promesas, la verdadera, que era la de mi mamá, y la falsa, que era la mía. Pero todas estas experiencias no nos distraían del hambre. La situación en todo el país era de una miseria terrible, agravada con la reciente gran ruina de 1917, que destruyó San Salvador y mató a mucha gente. Otra calamidad era que ya se había entronizado en el poder la maldita dinastía de los Meléndez-Quiñonez.

Para comprender este período es bueno conocer aunque sea a vuelo de pájaro la historia de los años anteriores, examinando quizás hasta el gobierno de los generales don Carlos y don Antonio Ezeta, iniciado en 1890. Contrariamente a lo que se ha dicho en El Salvador en los últimos años, el gobierno ezetista fue uno de los más progresistas de nuestra historia republicana. Personalmente recuerdo que fue un campesino del Cantón Los Amates quien me aclaró la verdad histórica al respecto porque hasta yo mismo llegué a creer eso que tan fácil se decía a mi alrededor o sea que los Ezeta habían sido unos grandes bandidos y enemigos del pueblo. Ese camarada de Los Amates se llamaba Jesús Cárcamo, pero nosotros le decíamos “El Archivo” por la cantidad de datos históricos que manejaba. “El Archivo” era ciego, pero cuando hablaba del pasado uno podía verlo todo palpablemente en sus palabras. En tiempo de los Ezeta, él tenía apenas doce años pero recordaba nítidamente sus medidas progresistas. El General Carlos Ezeta, desde la Presidencia de la República, obligó a los terratenientes a modernizar sus fincas, les impuso la obligación de construir casas e introducir mejoras diversas e hizo que cultivaran intensivamente el café por imperio de ley. Y terrateniente que se quería oponer era terrateniente que se quedaba sin tierra o por lo menos amenazado a quedarse sin tierra. A puro huevo. Fueron reducidas las “tareas” en el campo y se fijó precio único para la unidad. Hasta entonces la tarea se venía pagando a dieciocho centavos y las medidas eran arbitrarias. Con los Ezetas la tarea se cumplía haciendo la faena en un área de diez brazadas por diez cuartas y por ella se pagaba un colón. Lo cual quiere decir que la tarea era aún menor que en los tiempos actuales, ya

que las medidas de hoy son de trece brazadas por trece cuartas. En aquella época los trabajadores del campo hacían fácilmente dos tareas y se ganaban dos colones diarios, colones de los de entonces. “El Archivo” trabajaba de niño-aguatero y ganaba un colón diario. Los patronos estuvieron obligados también a dar tres tiempos de comida variada y abundante y suficiente café, para el trabajador y su familia, o sea que eso de la cuota alimenticia con que hacen demagogia los gobernantes salvadoreños en la actualidad no es nada nuevo. El dinero corrió en el campo y los hombres cargaban sus cinturones con bambas y tostones. Los juegos de azar proliferaron y en cualquier lugar agradable los grupos de hombres se quitaban las grandes fajas de cuero y paraban las apuestas. El campesinado comenzó a consumir la nagüilla para vestirse, así como la llamada “manta colombiana”, que desde entonces se usa en el campo salvadoreño y que llegó a ser por un tiempo una especie de uniforme de la población rural. Y asimismo el campesino se puso a comprar sombreros, cumas, machetes, velas y múltiples objetos de origen artesanal. El florecimiento de los artesanos de las ciudades fue inmediato. De 75 centavos diarios que ganaban, pasaron a ganar cuatro y hasta cinco colones. Los telares del Barrio de Candelaria y San Jacinto, desarrollaban una actividad febril y mantenían a un gran número de trabajadores. Se abrió también un buen mercado para la importación. Claro está que, a la par de este auge en lo que hoy se llama el standard de vida de los trabajadores, vino también la inflación que luego hizo daño al país, pero nuestra clase y todos los pobres de El Salvador estaban felices con los Ezeta. La traba fundamental era el feudalismo. La pugna liberal-conservadora estaba en su ocaso en El Salvador pero desde Guatemala ejercía su influencia. Los feudales no se habían consolidado convenientemente en el poder en ninguna época salvadoreña anterior debido al caos general de Centroamérica. La fuerza de las armas se imponía siempre pero los gobiernos sólo sobrevivían cuando defendían el interés feudal más fuerte. El imperialismo extranjero no parecía ser aún un factor decisivo. Comenzaría a serlo luego de algunos años. Hay que decir, por cierto, que el imperialismo extranjero en su forma moderna, es decir, en este siglo, intervino por primera vez en los asuntos centroamericanos en respuesta a una petición salvadoreña: interpone sus oficios de paz en nuestra guerra con Guatemala en 1906, durante el gobierno de Escalón y en nuestra guerra con Nicaragua del año siguiente. Los guerreristas salvadoreños siempre se la llevaron de machos pero a la hora buena no supieron hacer más que pedir cacao a grandes gritos, sobre todo para que viniera a salvarlos el papá. El Gobierno del General Carlos Ezeta, un liberal-demócrata, primitivo, chocó

directamente con el feudalismo. Es cierto que fue un gobierno de mano dura, pero en el fondo fue tan previsor de las necesidades del pueblo como el de Gerardo Barrios. El clero, los feudales y el gobierno conservador de Guatemala comenzaron a conspirar en conjunto. Propiciaron bajo de agua varios levantamientos militares como el del famoso general Rivas y el del asesino de niños en Cojutepeque, Horacio Villavicencio, pero todos fueron sofocados de inmediato, inclusive con apoyo popular. Al fin hubo una insurrección en Santa Ana, apoyada por el gobierno guatemalteco, que tuvo éxito. Fue la famosa “rebelión de los 44”, asonada reaccionaria que defendió los intereses feudales y que la historia burguesa no recogió, no podía hacerlo, con su verdadero nombre ya que aquellos 44 eran 44 señoritos y 44 antipatriotas y 44 hijos de puta. Las fuerzas ezetistas marcharon en aquella ocasión desde San Salvador y sitiaron Santa Ana para imponer la ley del gobierno progresista, pero el cerco fue roto por los rebeldes y sus mercenarios con ayuda decisiva del ejército guatemalteco conservador, que era lo más negro de Centroamérica, una banda de asesinos ultramontanos. El clero había soliviantado a la población santaneca, valiente y sufrida, pero ignorante y supersticiosamente católica, asegurando que los Ezeta eran herejes y que el General Antonio, Jefe de las Fuerzas Armadas, había jurado desayunar en la ciudad rebelde sobre la imagen hecha astillas de Nuestra Señora Santa Ana. A pesar de todo, la suerte de las armas favorecía al General Antonio, pero el Presidente, su hermano Carlos, huyó hacia Panamá y se jodió todo. El General Antonio se exilió hacia México en donde se entusiasmó con las lecturas del Marqués de Volney: *“Las Ruinas de Palmira”* fue hasta la muerte su libro de cabecera. Uno de los 44 señoritos, Rafael Antonio Gutiérrez, se convirtió en Presidente Provisional de la República y la ciudad de Santa Ana fue titulada como Ciudad Heroica. Título absolutamente oligárquico, pues, y cuando los santanecos pobres de hoy se jactan de él no hacen más que seguirse apretando el lazo en el buche. La historia la hacen los hombres, decía el General Martínez. Qué huevo: la historia la hacen las clases dominantes. La situación económica se volvió terrible para el pueblo, incluso para el pueblo santaneco, ya que a pesar de todo el gobierno de los Ezeta era más del pueblo y el de los 44 era fundamentalmente enemigo del pueblo. Como era lógico este gobierno echó toda la carga encima de las clases trabajadoras. De nuevo se volvió a pagar 18 centavos por tarea en el campo y 75 centavos diarios a los artesanos de la ciudad. Volvió la miseria, sólo que corregida y aumentada. Los artesanos, que se habían acostumbrado rápidamente a bien vivir, se llenaron de deudas. Los campesinos pobres

perdieron sus pequeñas tierras. Las policías de la ciudad y los comisionados cantonales apenas daban abasto para capturar, conducir por cordillera y colocar en el cepo o en la cárcel a los deudores insolventes. Los juegos de azar dejaron de ser una diversión y se convirtieron en dramáticas intentonas de conseguir dinero. Una ola de criminalidad se desató en el campo en derredor de las chiveaderas, casas de baraja y ventas de chicha y guaro hechizo. Surgieron ladrones y criminales famosos como el tan mentado “Cara Blanca” que se echó al pico a incontables prójimos, y los asaltos estaban a la orden del día. Desde entonces es que viene en El Salvador la tradición de no contar dinero en la calle, de no portar prendedores o pulseras por lugares solitarios. Entonces fue que cogieron fama como lugares de peligro los cruces de la Calavera, los empedrados de Soyapango e Ilopango, la Garita, etc., en los cuales, bandas de “desnudos” y “tiznados” atracaban a los transeúntes y les mataban para robarles hasta los dientes de oro, si es que tenían. Veinte años iba a durar aquella situación caótica, cada vez más agravada. Y eso que se dice tan fácil, veinte años, es una cosa de padre y señor mío, por no decir una mala palabra. Pero así ha sido de triste la historia de la dominación oligárquica en El Salvador. El descontento popular estuvo siempre en el nivel explosivo y el entusiasmo original por los llamados principios de los 44 bien pronto se olvidó. Hubo cambios diversos de gobierno pero el fondo de la situación se mantuvo. Es la época de los gobiernos del bolo Regalado, Escalón y otros malarios por el estilo. La enganchada que le dieron al pueblo los 44 es parecida en esta época a la llamada “Revolución del 48”, de Osorio, los gringos y compañía. La misma mica demagógica con distinta cola, y el pueblo allá abajo, bien jodido. En 1911, como ya dije anteriormente subió a la Presidencia de la República el Dr. Manuel Enrique Araujo, médico de gran prestigio y estimado por su alma caritativa y bondadosa. Su candidatura fue propuesta e impulsada por la reacción feudal, con el propósito de usarlo como parapeto frente al descontento popular, y la verdad es que el pueblo votó por él. en masa. El plan de los mandarines sufrió un rudo choque cuando Araujo comenzó a hacer un gobierno progresista y de libertades. Impulsó notablemente las obras públicas, se pronunció en contra de una política de empréstitos que hipotecara el país e incluso se permitió tener algunos gestos independientes en política internacional, como en el caso de la intervención norteamericana en Nicaragua. Sus medidas de beneficio popular como por ejemplo la abolición de la prisión por deudas y el establecimiento de la indemnización por accidentes de trabajo para los trabajadores del campo, fueron golpes para los feudales. Araujo aducía que implantaba todas esas

medidas en cumplimiento de las leyes internacionales, pero las leyes internacionales siempre les han valido sombrero a los ricos de cada país acostumbrados a joder nacionalmente al pueblo. Tampoco fue del gusto de la reacción el establecimiento del servicio militar obligatorio sin discriminación para todos los ciudadanos y no sólo, como era costumbre, para los pobres del campo. Defendiendo este principio fue que empezó a ganar prestigio el entonces Ministro del Interior, doctor Miguel Tomás Molina. Araujo tomó medidas para dar seguridad a la ciudadanía contra la criminalidad y se dio a la tarea de organizar un cuerpo de policía rural. Así nació la Guardia Nacional, sobre el modelo de la Guardia Civil Española que entonces era un cuerpo honorable todavía. El General e Ingeniero don José María Peralta Lagos, uno de los más grandes escritores salvadoreños de todos los tiempos, autor de *“La Muerte de la Tórtola”*, que ha alcanzado grandes ediciones en la Unión Soviética, era Ministro de la Guerra y trajo instructores militares de España. La Guardia Nacional comenzó a operar. En sus orígenes jugó un magnífico papel de saneamiento social, estuvo en primera línea en la lucha contra la delincuencia en todo el país y creó su red de puestos fijos con sangre y sacrificios. En los caminos, los delincuentes asaltaban a las parejas de Guardias y en ocasiones hasta puestos completos fueron arrasados por las bandas. Los guardias eran en su mayoría artesanos de las ciudades, de buenas condiciones físicas, y aquellas luchas los endurecieron y les dieron un espíritu de casta. Fue en los tiempos de la dinastía Meléndez-Quiñonez que el gobierno imprimió a la Guardia Nacional el carácter de cuerpo represivo de actividades políticas, terrorista y criminal, que conserva en la actualidad. Fue en tiempo de los Meléndez que se acentuó asimismo la pugna entre el Ejército y la Guardia Nacional por establecer cuál de los dos es el mejor cuerpo desde el punto de vista de la técnica militar, de la organización, etc. Pero volviendo al tema del Gobierno del Dr. Manuel Enrique Araujo, hay que decir que su fin no podía ser otro que el de los hermanos Ezeta, pues su delito fue el mismo: atentar contra los intereses de los feudales. Claro que el fin del propio presidente Araujo fue mucho más dramático porque, como todos saben, murió macheteado por asesinos pagados mientras descansaba, sin la menor protección como era su costumbre en un parque del centro de San Salvador. Los asesinos habían sido entrenados en la finca de los instigadores, practicando el uso del machete en innumerables cocos, hasta estar seguros de matar con el primer machetazo, con el primer mandoble. ¿Los instigadores? Bueno, ahora se llaman las catorce familias, los barones del café, la oligarquía terrateniente. Los apellidos son disfraces diversionistas. Recuerdo que el día

de la muerte de Araujo, cuando yo llegué a mi casa, encontré a mi madre que lloraba desconsoladamente. Cuando le pregunté el motivo de su llanto, me dijo que habían matado a su antiguo patrón, el Dr. Manuel Enrique Araujo.

“No saben qué hombre ha perdido El Salvador –agregó– Dios lo tenga en su gloria, porque a mi tía Juana le salvó la vida operándola del estómago sin cobrarle un solo centavo”.

En esos días mi mamá se alistó de vivandera en el Ejército porque se decía que iba a haber guerra con Guatemala, pero todo era un ardid demagógico para tapar el asesinato de Araujo y la identidad de los verdaderos culpables. A los asesinos materiales, un par de indios analfabetos, aunque les habían prometido el oro y el moro, les dieron una fusilada que ni humito echaron. Uno de ellos se llamaba Mulatillo.

Al abandonar a Julián González, mi madre comenzó a trabajar en la venta de pescado por su propia cuenta, ya sin productor en la casa. Desde tempranas horas de la mañana bajaba a la playa a mercar el pescado y cargaba en la cabeza un gran canasto con varias libras de mojarras y bagres, chimberas y camarones e iba de puerta en puerta pregonando la mercancía. En ocasiones llegaba hasta San Salvador vendiendo el pescado y no eran raros los días en que debía volver de nuevo a la casa con el canasto aún repleto, sin haber ganado un solo centavo. Era tan mala nuestra situación que los guardias del puesto vecino decidieron darme un empleo para ayudarnos. Me pusieron a barrer el local y a traer agua para los servicios más urgentes, en un cántaro de barro, y por ello me pagaban un colón cincuenta centavos cada diez días. O sea que mi sueldo era de quince, centavos diarios. Pero como yo era acomedido, bien pronto fui encargado de otras tareas y, al final, cuando ya fui conocido mejor por los jefes, pasé a ser una especie de asistente de los oficiales, con lo cual yo me sentí bien culón porque ser asistente es un rango militar y lo llaman y le dan órdenes a uno con ese título. Anteriormente sólo me decían: “Miguelito, traé esto”. “Miguelito, limpiá aquí”, etc. El Comandante del puesto era un Teniente de apellido Funes y él fue el primero que me tomó a su servicio ya en carácter de asistente propiamente dicho. La forma como conseguí ese puesto fue la siguiente: el Teniente Funes tenía un asistente que se llamaba Ismael, un muchacho de unos dieciséis años, más fuerte y más alto que yo. Este Ismael me había tomado ojeriza y siempre andaba buscando motivo para humillarme y golpearme. Un día me golpeó fuertemente el rostro con los hules de una hondilla, sin ningún motivo, por puro gusto. Yo en vez de llorar me le fui encima, francamente endemoniado.

Pelemos como quince minutos y aunque él llevaba todas las ventajas, no pudo vencerme. Finalmente los Guardias, que habían hecho una rueda en torno nuestro para divertirse con la pelea, nos separaron burlándose de Ismael. Como yo le había desangrado la nariz, lo señalaban y le decían:

–“Le sacaron la fresa a Ismael”.

El Teniente Funes celebró mi comportamiento y mandó que le dieran veinticinco palos a Ismael, por cobarde y por bruto. Luego el propio Teniente me llevó donde mi mamá para que ella me curara los golpes, sobre todo un chindondo que tenía en la frente, como que era cacho de torete y además le dio cinco colones para que me comprara una buena camisa ya que la que andaba llevando me la había hecho tiras Ismael. Cuando regresamos al puesto, Ismael se había fugado por el ahuevamiento y la cólera y yo pasé a ser automáticamente y por derecho propio el asistente del Teniente Funes. No sería la última vez que tendría yo que usar los puños para conseguir algo en la vida. El Teniente Funes era muy bueno conmigo, me regalaba comida y dinero para llevar a mi casa y yo procuraba cumplir a cabalidad con mis obligaciones. Tenía que ver que su ropa estuviera siempre lista, sus zapatos lustrados y las armas en el lugar correspondiente. Y no me sentía mal con aquel oficio de sirvienta de adentro, como se dice en El Salvador, porque es peor el hambre. Ahora me da no se qué, porque me subleva haber sido cholero de un Guardia, aunque él fuera personalmente buena gente. El comenzó a hablar de mí a otros oficiales y algunos me hacían ofrecimientos para que me fuera de asistente de ellos. A otros pueblos grandes e inclusive al Cuartel General de San Salvador. El Capitán Bonilla y el Coronel Duque, llegaron hasta a disgustarse con el Teniente Funes porque él no quería desprenderse de mí. Yo hacía además de mi oficio, todos los días, los ejercicios del Reglamento y pronto me puse fuerte y ágil. Al grado que una vez, cuando llegó un sargento a darme órdenes en forma insultante, yo me negué a obedecerle y entonces él trató de pegarme con una vena de plátano. Yo logré quitársela de la mano y le di con ella hasta obligarlo a huir. Así comencé a criar fama de ser bastante bueno para las garnatadas y los Guardias me respetaron ya no como cipote sino como hombre. El Teniente Funes estaba orgulloso de su asistente y cuando platicaba conmigo me decía que él me iba a ayudar y a proteger para que yo siguiera la carrera militar en la que me auguraba un gran porvenir. Yo no me oponía. Yo me soñaba encaramado en un caballo con charreteras de general, inspeccionando mis tropas y teniendo un gran talegazo de asistentes que corrieran a traerme un vaso de agua con sólo que yo me pasara la lengua

por los labios. Por aquel entonces arreciaron las actividades de la oposición contra la infame dictadura de los Meléndez. La conspiración no era exclusiva de la civilidad sino que había penetrado en algunos sectores del ejército. Un día se supo que los coroneles Tomás Calderón hijo, Jefe de Armas de San Miguel, y el Coronel Juan Amaya (apodado Juan Gallina), Jefe de Armas de Cojutepeque, se reunirían con las fuerzas bajo su mando en la Villa de San Martín, nuestra localidad más vecina, para desde ahí iniciar las maniobras de invasión de la capital. El Teniente Funes recibió de San Salvador las órdenes de concentrar bajo su mando las fuerzas de la Guardia Nacional de todos los pueblos de la zona y marchar sobre San Martín. Como de todas maneras había mucha escasez de personal, hasta a mí, que era un niño de trece años, me enrolaron. Me dieron una carabina y cincuenta cartuchos y pasé a ser un soldado más: ¡Cómo son las babosadas de la vida: la primera vez que tomé las armas fue para defender a una dictadura oligárquica, odiada por el pueblo, criminal! A mí me importaba desde luego un pito el Gobierno, todavía no me daba cuenta de los problemas políticos como para tomar actitudes frente a ellos y si me dispuse a pelear fue en realidad por el aprecio que le tenía a mi jefe inmediato. No recuerdo haber tenido miedo, más bien me preparé para la inminente lucha, con entusiasmo y hasta con alegría. Sin embargo, la invasión de las fuerzas opositoras a San Martín no se produjo y luego de algunas horas de tensión, cercando esa ciudad, volvimos a Ilopango. Pero a partir de entonces el control sobre los puestos de Guardia por parte de la Jefatura de San Salvador fue más estricto. Los inspectores comenzaron a llegar a menudo y el personal de la guarnición se veía obligado a mantenerse constantemente en instrucción. Aquella nueva actividad me alcanzó incluso a mí, ya que basado en la experiencia de la pasada movilización pensé en que si de nuevo venía una circunstancia parecida yo tendría que combatir y por lo tanto era mejor estar preparado. Hasta entonces, como ya dije, me gustaba mucho todo lo referente a la milicia, pero en concreto yo no sabía nada de esos menesteres. Así que me propuse superar esa ignorancia. Primeramente me aprendí de memoria el reglamento de la Guardia. Recuerdo que el artículo más largo era el 22 y en él se quedaban trabados todos los Guardias, pero conmigo no había tu tía, yo era una grabadora repitiendo todos aquellos pormenores con una exactitud que los Inspectores ponían siempre de ejemplo a los demás. Los pobres Guardias estudiaban de tal manera el reglamento que sólo podían repetir los artículos si se los preguntaban en orden. Yo era el único que podía decirlos aunque me los preguntaran salteados, al derecho o al revés. Aprendí luego la instrucción en la teoría y en

la práctica. Los movimientos de patio, las voces de mando, el manejo de las armas y su arme y desarme. En pocas semanas me convertí inclusive en un tirador experto. Y era uno de los mejores para los ejercicios físicos con fusil, salto de obstáculos, esgrima con bayoneta calada, desarme del enemigo. La situación política de aquella época no negaba oportunidades para poner en práctica aquellos conocimientos violentos. En otra ocasión nos concentraron a todos en el Cuartel General de la Guardia Nacional en San Salvador, ubicado entonces en el edificio que luego pasó a ser la Penitenciaría Central y que tuvo que ser demolido por el estado en que lo dejó el fuerte temblor de tierra de 1965, dando lugar a que en su terreno los sobalevas de siempre mandaran a construir un parque que se llama “John F. Kennedy”. Se decía entonces que el Coronel Juan Amaya, alias Gallina, se había sublevado de nuevo y venía con grandes conjuntos de tropa migueleña contra San Salvador. El cuartel nuestro se iba a preparar para resistir el posible asalto y para que la Guardia Nacional fuera la fuerza principal del contraataque, de manera que por un par de días yo viví un clima que después iba a reconocer en las películas de aventuras, como Gunga Din. Los asistentes nos encargábamos de transportar la munición desde el Polvorín hasta las murallas, los garitones y los demás emplazamientos. Todo aquello era muy emocionante para mí y aún recuerdo el estado de ánimo que mantuve en todo momento. A mis trece años cumplidos la inminencia de la guerra era una como posibilidad de participar en un juego prohibido, de hombres mayores, y por eso estaba muy orgulloso. No entendía entonces la falta de sentido que tenían esas luchas entre facciones de unas fuerzas armadas que se desangraban para el exclusivo beneficio de las ambiciones de unos cuantos coroneles y generales. Yo miraba únicamente el aspecto superficial de la guerra. Felizmente la estancia de ese par de días en el Cuartel General me trajo también muy positivas experiencias que influyeron de manera importante en mi manera de pensar, en mi vida futura. Resultó que a pesar de los preparativos para rechazar el supuesto ataque del Coronel Amaya (ataque que, como muchos otros ataques que se esperaban en aquellos días, no llegó a realizarse), las actividades de policía común de la Guardia Nacional no se interrumpieron y sus resultados se me pusieron frente a los ojos en una forma que yo ni siquiera había imaginado: cada día ingresaban al cuartel nutridos contingentes de presos por distintas faltas y delitos: ladrones, ebrios, campesinos que habían participado en riñas y lesionado a otros, supuestos contrabandistas, fabricantes de aguardiente clandestino, jugadores de chivo y baraja, muchachos que se negaban a casarse, denunciados por mil y una causas.

Ahí me tocó presenciar una etapa del proceso policial y judicial salvadoreño que nunca había tenido la oportunidad de conocer directamente en Ilopango: la tortura. Como en la labor de transportar la munición yo me metía por todos los rincones del edificio, pude darme cuenta de que en unos cuartos interiores, oscuros y húmedos, los Guardias flagelaban bárbaramente a los reos para que estos confesaran los delitos de que les acusaban. Vi que a varios los colgaban del techo, por los dedos pulgares, con las manos atadas a la espalda, y en esas condiciones los azotaban con bergas de toro, el látigo que más duele. También les daban con las culatas de los rifles, hasta romperles la carne y hacerlos sangrar. En una de esas les tocó el turno a tres paisanos míos, muchachos muy honrados de Ilopango a quienes acusaban de haber robado ganado. Los colgaron por los brazos colocados a la espalda y un Guardia se colgaba de cada uno de ellos para aumentar el dolor con el peso de su cuerpo. Todavía me acuerdo de los alaridos que daban mis paisanos. Todos aquellos actos bárbaros y criminales me indignaron de una manera violenta y más al tratarse de gente que yo conocía como honrada. Cuando no soporté seguir presenciando aquel terrible cuadro, salí al patio y estallé en puteadas contra los torturadores, mientras me brotaban las lágrimas. Sabía que todo aquello era terriblemente injusto y que yo no podía hacer nada para evitarlo. Un Coronel de apellido Flores oyó mis insultos y se me acercó, pero en lugar de regañarme o castigarme, me abrazó y me dijo que yo tenía buenos sentimientos y que me felicitaba por ello. Después me dijo que no me preocupara tanto por lo que había visto, que la vida era así, que en veces pagaban justos por pecadores y que contra aquellas injusticias no se podía hacer nada, que la vaina es que eran órdenes superiores y formas de procedimiento normales. A mí no me convencieron las palabras del Coronel y sentí que desde aquel momento algo había cambiado en mí. Por una parte no podría ver nunca más a un Guardia Nacional sin preguntarme a cuántos pobres reos inocentes habría torturado y por otra me afligía el peligro verdadero de que un día me ordenaran a mí hacer una barbaridad de ese tipo. Comencé a preguntarme si estaba bueno que yo siguiera ganándome el pan en la Guardia. Además, cuando volvimos a Ilopango una vez terminada la reconcentración, siguieron ocurriendo cosas chocantes. En varias oportunidades los jefes me insinuaron que yo debía servir de espía contra los mismos Guardias y el resto del personal de asistentes. Querían que yo informara lo que platicaban los Guardias entre sí o con otras personas, lo que hacían cuando salían de franco, con quiénes se relacionaban, etc.

Eso iba radicalmente en contra de la forma como yo había sido educado y no solamente rechacé las insinuaciones con diversidad de pretextos sino que sentí crecer mi disgusto contra todo aquel cuerpo militar. Yo digo que en todas estas actitudes más se reflejaban las formaciones que mi madre me dio desde la más tierna infancia.

En cuestiones mínimas de la vida ella me fue dando lecciones que me iban a servir para siempre. Por ejemplo una vez yo vi que a una medio tía mía llamada Chepita le besaba las manos un hombre desconocido y fui corriendo a decírselo a mi mamá. Mi mamá me castigó y luego me amenazó:

– “Si sé que se lo has dicho a otra persona, te quemo vivo”.

Desde entonces aprendí el clásico, “ver, oír y callar”. Lo mismo podría decir del sentimiento mínimo de respeto por las personas que mantengo aún hoy por encima de toda diferencia. Recuerdo que una vez mi mamá peleó con una vecina suya en forma sumamente dura. Al día siguiente que pasamos frente a la puerta de aquella casa, la mentada señora se asomó por casualidad pero yo no la saludé porque mi mamá tampoco lo hizo. Entonces mi mamá me regañó diciéndome que el pleito no era conmigo y me hizo regresar para dar los buenos días. La vecina me saludó aunque ella y mi mamá continuaron peleadas por mucho tiempo. Pero estoy yéndome por las ramas. Al fin sobrevino un hecho que colmó el vaso de mi paciencia y yo dejé las nefastas filas de la Guardia Nacional. Muy a tiempo, como se verá luego. Las cosas sucedieron de la manera siguiente: Había entonces en Ilopango un tal Mayor López que era en realidad un esbirro terrible desempeñando el cargo de Subjefe del puesto. Les pegaba a los Guardias aun estando uniformados –acto prohibido expresamente por el Reglamento– y cuando estaba borracho, lo que sucedía muy a menudo, la vida en el cuartelito era un infierno entre sus insultos, sus órdenes caprichosas y absurdas y su cruel imaginación. Un día que se emborrachó en San Salvador perdió el espadín en el camino que iba de La Garita a Soyapango y cuando llegó al puesto de Guardia iba echando chispas de la rabia. La suerte quiso que yo fuera el primer asistente que se encontró a mano y a grito pelado me dio órdenes de ir a buscar el mentado espadín, advirtiéndome que si yo regresaba sin él me iba a colgar en el centro del patio y él propio me iba a matar a vergazos. Me uniformé, me tercié la carabina y preparé unos ocotes para alumbrarme el camino. Recorrí toda la trayectoria entre Ilopango, Soyapango y La Garita pero el espadín no apareció ni por joder. O lo ocultó la gruesa capa de polvo o alguien lo encontró y se lo hueveó.

Ya entrada la madrugada regresé a Ilopango pero decidí no entrar al puesto a dar parte al Mayor. Al rato pasó un Guardia y me preguntó qué hacía yo ahí sentado. Yo le relaté el problema y él me dijo que a pesar de todo yo debía presentarme al Mayor porque si no iba a ser peor.

– “Yo decidí ya que no entro y no entro” –le contesté.

“¿A qué te atenés?” –me preguntó.

– “En último caso –le dije– a que tengo esta carabina entre las manos y a que puedo manejarla perfectamente”.

El Guardia se mordió los labios y me dijo con voz firme:

– “Me has dado una lección, cipote. Es cierto, estos oficiales son unos grandes hijos de puta”.

Cupo el tuerce de que en esos momentos pasara por allí la sirvienta del Mayor López, que llegaba bien de mañanita a hacerle el desayuno, y ni corta ni perezosa corrió a decirle que estábamos hablando mal de él. El Mayor López, que había seguido chupando durante toda la noche, llegó en un zaz, endemoniado hasta el colmo y después de insultar al Guardia lo castigó a sostener el fusil con una mano y con el brazo tenso. Cuando iba a dedicarse a mí, el Guardia le dijo, con una voz en que se notaba que a duras penas se estaba conteniendo:

– “Quíteme ya este castigo, mi Mayor, porque si no se va a arrepentir. Lo primero que voy a hacer es denunciar que por borracho perdió el espadín”.

A todo esto yo había dado un salto hacia atrás y me había colocado junto a un arbusto y, mientras el Guardia hablaba, puse un cartucho en la recámara de la carabina. El Mayor vio al Guardia bien decidido y se achico. Le quitó el castigo y se fue hacia el interior del puesto puteando a todos los santos del cielo. Esa misma mañana pedí mi baja al mayor López y me la concedió inmediatamente, aunque sacándome unas cuentas larguísimas que no me dejaron nada del sueldo en los bolsillos. Con todo y todo tuve una suerte enorme porque esa noche, la primera vez desde hacía muchos meses que yo no dormí en el puesto de Guardia de Ilopango, aconteció la ruina de 1918, terremoto conocido como “el del desagüe de Ilopango” y todos los Guardias y oficiales murieron aplastados por la caída de las edificaciones.

El único que se salvó fue mi antiguo protector, ausente durante mi renuncia, el Teniente Funes. Y eso a pesar de que, al ver a todos sus compañeros muertos, se dio un tiro en la cabeza. Se salvó del terremoto y del tiro, el bárbaro. Suerte quiere la vida, como dicen.

II.- APRENDIZAJE DEL OFICIO

**Ingreso a la actividad gremial. Primeras influencias revolucionarias.
El imperialismo extranjero en la política nacional. Las primeras huelgas.
Las primeras experiencias políticas y las primeras persecuciones.
El primer amor.**

Cuando abandoné la Guardia Nacional, mi madre se propuso hacer los máximos sacrificios para ponerme a aprender un oficio digno. Ella siempre quiso impedir que yo trabajara en el campo, en las labores agrícolas, porque los maltratos que se recibían por parte de patrones y capataces eran tremendos, sobre todo si uno no tenía ni siquiera un pedacito de tierra, como era nuestro caso. Mi mamá no sabía nada de política pero decía que trabajar en el campo era como ser esclavo de los tiempos en que los judíos mataron a Nuestro Señor. ¡Y hay que decir que esos años de que estoy hablando no fueron precisamente los peores tiempos que ha sufrido El Salvador! Tratamos de que se me admitiera en la Escuela Normal, pero los gastos de apercaje eran imposibles de cumplir por nuestro nivel económico. El aspirante a maestro debía pagar matrícula, llevar ropa de diario y de salir, objetos de uso personal, libros, comida y medicinas, zapatos, etcétera. Después estuve a punto de aprender el oficio de telegrafista pero también por ese rumbo fallaron nuestros esfuerzos. Finalmente escogí ser zapatero, oficio que gozaba de mucho prestigio y que al mismo tiempo era bastante productivo. Inicié mi aprendizaje en Ilopango, en los pequeños talleres locales, pero pronto me di cuenta de que allí no iba a progresar mucho y que necesitaba ir a San Salvador para iniciarme en un gran taller de gruesa producción, donde se practicaran los más nuevos secretos del oficio. Después de algunos días de intentos frustrados pude ingresar como aprendiz en el taller capitalino de Felipe Angulo, llamado Zapatería “La Americana”, situado entonces frente al actual edificio del Correo Central, ese donde antes estuvo la Tesorería General de la Nación.

En él trabajaban más de cien operarios y era el taller de calzado más grande del país. En los primeros días mi trabajo consistió en barrer el local y en regar la calle y la vereda, para que el viento no levantara tanto polvo. Debía comenzar mis labores a las cinco de la mañana para que cuando llegara el primer trabajador encontrara ya barrido todo aquello. Mi pobre madre continuaba canasteando pescado entre Ilopango y San Salvador y me daba cincuenta centavos diarios para desayuno, almuerzo y cena. Como el maestro Angulo vio que yo era cumplidor me pasó muy pronto a otros quehaceres más

cercanos a la mera confección del calzado: hacer el engrudo, acarrear la suela y otros materiales. Cuando el maestro se dio cuenta que yo venía desde Ilopango, lo que suponía que para llegar a tiempo tenía que ponerme en camino antes de las tres de la mañana, me incorporó formalmente al grupo de aprendices y me otorgó como sueldo los tres tiempos de comida en el cercano Mercadito Meléndez. Fue entonces que pude aprender verdaderamente el oficio. Bien pronto fui un experto tomador de medidas, designador de estilos para clientes especiales. A la par de ese progreso en el oficio, fui obteniendo la confianza del maestro Angulo, al grado de que me encargó también de los cobros y, seguidamente, para evitarme las grandes caminatas diarias de ida y venida a Ilopango, me permitió dormir en su casa. El maestro Angulo era analfabeta pero le interesaba estar informado al detalle de la marcha de los acontecimientos nacionales y mundiales y siempre andaba metido en discusiones de todos los colores y tópicos, fundamentalmente de carácter político. Se hablaba con él de la guerra europea y sus resultados, de los avances de la ciencia, de los planetas, de los animales ponzoñosos, de las teorías sociales, y siempre hallaba uno a un hombre con opiniones formadas y sólidas. Había sido, en su tiempo, zapatero del cuartel “El Zapote”. Cuando yo pasé a dormir a su casa me pedía que le leyera los diarios y diversas novelas, así como las publicaciones que le llegaban profusamente del extranjero. La dictadura de los Meléndez era especialmente opresiva en aquellos días y alimentaba un sordo rumor subterráneo de rebeldía popular, pero los aparatos represivos eran muy primitivos y no atendían especialmente, por ejemplo, a la propaganda agitativa que llegaba del extranjero. Por su parte, la prensa nacional diaria venía cargada de propaganda contraria a una revolución acaecida en un lejano país, del cual yo apenas había oído hablar, pues sólo sabía de su participación en la gran Guerra Mundial: Rusia. Su revolución se llamaba revolución bolchevique, porque así se llamaba el partido comunista que la dirigió. Cuando yo leía acerca de las atrocidades que los diaristas salvadoreños y las agencias internacionales atribuían al poder soviético, el maestro Angulo me explicaba que se trataba simplemente de las calumnias que los intereses de los ricos de todo el mundo levantaban contra el hecho de que en Rusia los pobres y los humildes hubieran tomado el poder político. El maestro Angulo decía que así debía de ser, que los trabajadores debían mandar porque ellos producían la ropa y la comida y las casas y todo, y que en nuestro país algún día iba a pasar lo mismo que en Rusia. Todo aquello me inspiró una ardiente simpatía por eso que no pasaba aún de ser para mí una palabra que había que cuidar mucho, pronunciándola en voz

baja: *Revolución*. Y con una revista que llegaba por entonces desde Panamá y que se llamaba “*El Submarino Bolchevique*”, la propaganda comunista encontró en mí una buena disposición, un gran interés mezclado con la simpatía. Simultaneábamos aquellas lecturas tan politizadas, que tan grandes principios de liberación manifestaban, con novelitas de aventuras como “*El Tigre de la Malasia*” y otras de Emilio Salgari y Julio Verne. Las obras de este último nos hacían discutir mucho acerca de si era posible que todo lo que él narraba, viajes a la luna o al centro de la tierra, se convirtiera alguna vez en realidad. Y sin tomar una conciencia clara y completa de ello comencé a saber a través de todas esas páginas que la capacidad más hermosa del hombre es la de luchar. La de luchar contra la injusticia y la miseria, contra los obstáculos que nos mantienen atados a una condición miserable, la de luchar en aras de la libertad y la felicidad para todos. El maestro Angulo me ayudó muchísimo, pues, como he dicho, no se limitaba a ser un oyente atento, un digeridor de lecturas ajenas que causaban placer e inquietud. Más aún: periódicamente y cada vez más a menudo, organizaba en su casa reuniones secretas con personas de distintas categorías sociales. Cuando eso ocurría, los participantes se encerraban en un cuarto y hablaban en un nivel de voz ininteligible. Repito que eso me inspiraba, ponía pólvora en mí. Sólo lamentaba no tener acceso a aquellas reuniones porque el maestro, por mi corta edad, no me lo permitía. No era por falta de confianza, pues me la tenía casi total, al grado de que a la única persona a quien ponía a leerle “*El submarino bolchevique*” era a mí, no así a su propio hijastro que era estudiante universitario y que de vez en cuando opinaba favorablemente sobre la revolución bolchevique de Rusia. El clima conspirativo que era posible palpar en la casa del maestro Angulo no era un caso aislado en aquella época. En el taller, por ejemplo, se vivía en permanente agitación, se hablaba duramente contra la dinastía de los Meléndez-Quiñonez, sobre los éxitos de la Revolución Bolchevique y sobre el comunismo. La propaganda contraria a la Revolución Rusa la había puesto de moda y habían aparecido en el mercado local una serie de productos estilo “bolchevique”: caramelos bolcheviques, pan bolchevique, zapatos bolcheviques, etc. Los dos mejores oradores de la época, doctor Salvador Ricardo Merlos y profesor Francisco Morán, llegaban casi subrepticamente a la zapatería y agitaban vivamente sobre el problema de la Unión Centroamericana, el despotismo del Gobierno, la explotación imperialista del país. Asimismo nos orientaban contra el fanatismo religioso, las supersticiones y la necesidad de una concepción científica del mundo y de la vida. De ahí que todos los grandes prejuicios que yo traía de Ilopango, mi elemental

concepción del mundo y de las cosas, sufrieran golpes demoledores. En mis primeros días de trabajo en “La Americana”, yo juraba que había visto al diablo, que me había asustado la Ciguanaba y no sólo creía ciegamente en Dios sino que con el orgullo de todo ignorante me negaba a aceptar que hubiera un solo hombre que dejara de creer en él. Sin embargo en el taller me encontré con que mi maestro inmediato, Gumercindo Ramírez, era un ateo total, basado en razones poderosas por lo sencillas y evidentes. Con lo de la Ciguanaba, por ejemplo, yo había sido formado tan absolutamente por el medio, que creía sinceramente haberla visto. Aunque la verdad es que años después yo tendría a este respecto una experiencia muy rara de la que hablaré cuando sea necesario. Al volver a mi pueblo desde el taller, mis nuevas conversaciones con los viejos amigos causaban cierta alarma y yo me hacía pasar por un descreído, por una persona completamente liberada de la superstición. La verdad era que había comenzado a convertirme en un liberal hondamente desconcertado y por supuesto aún poblado de toda clase de prejuicios. Pero ya advertía que problemas como los de la existencia de Dios, del diablo o de la mismísima Ciguanaba, no eran los fundamentales, ni mucho menos. Y además yo pensaba en que si al final resulta cierto que Dios existe, seguro que de ninguna manera podrá estar en desacuerdo con la lucha de los hombres por ser libres y felices. Esta lucha me iba pareciendo cada vez más el problema fundamental. Aunque no habría sabido entonces cómo encararla.

Aunque les pese a los que ahora hablan contra la lucha de los pueblos como un fenómeno extraño a la idiosincrasia de los salvadoreños, yo diré que, entre otras formas de lucha, inclusive ésta de la insurrección armada es cosa que tiene entre nosotros una larga historia. Bastaría a manera de ejemplo historiar las ocurrencias de los años 1921 y 22. La verdad es que entonces sólo de echar ríala se hablaba, aunque es necesario decir que no existía una concepción correcta del problema sino que dominaba una idea eminentemente caudillista de la lucha política y más aún de la lucha armada. También se creía que era el ejército y sus diversas facciones la fuerza militar única y exclusivamente decisiva en el país. Los jóvenes vivíamos con entusiasmo aquel ambiente y tratábamos de hacer algo cada día para contribuir a algún desarrollo revolucionario. Fue en esa época que un nutrido grupo de artesanos y estudiantes revolucionarios que habían venido sosteniendo reuniones conspirativas, concibieron el plan de infiltrar el ejército ingresando al servicio militar en el Cuartel El Zapote. Pensaban en apoyar desde adentro una invasión armada que se decía iba a entrar al país procedente de Honduras y al mando del terrateniente progresista don Arturo Araujo,

ingeniero que luego tuvo relevante aunque triste participación en la historia de nuestro país, como se sabe. Los estudiantes y artesanos mencionados pensaban influir en numerosos soldados del Ejército para que se pasaran con todo y armas a las líneas antigobiernistas. Entre esos jóvenes había alguno? zapateros del taller del Maestro Angulo y por ello me di cuenta del plan, aunque no quisieron dejarme participar en él cuando yo lo pedí. El plan falló porque todos estos compañeros fueron rechazados por la dirección del cuartel que, o había sido informada convenientemente, o se olió el gato encerrado, o simplemente aplicó a la situación un principio que ha sido básico en el pensamiento del Ejército salvadoreño: el de no poner las armas en manos de las capas populares más desarrolladas en el sentido político, como era el caso de aquellos artesanos y estudiantes. El ejército salvadoreño sólo ha aceptado y acepta en sus filas a aquellos individuos sobre los cuales supone poder hacer una labor total de deformación ideológica y política. El campesinado, por la ignorancia en que lo han mantenido las clases dominantes y las condiciones socio-económicas del país, ha sido la víctima fundamental de este crimen histórico, por medio del cual se le ha convertido en instrumento de su propia opresión. Pero, volviendo al tema que estaba desarrollando, diré que, en nombre del pueblo, se dieron en aquel corto período los siguientes levantamientos armados: 1) El levantamiento de la Escuela Politécnica. Por diversos motivos e influencias, los cadetes de dicha escuela desconocieron al Gobierno y trataron de comenzar una ofensiva militar desde Ahuachapán. Ante la noticia de que el Ejército marchaba en su contra, se atrincheraron en unos piñales y luego de una guerra principalmente de nervios, pero que tuvo algunas escaramuzas, se retiraron a territorio guatemalteco donde pidieron asilo político. Los cadetes pensaban que con la noticia de su levantamiento el pueblo se iba a alzar espontáneamente contra la dictadura, pero ello no sucedió así porque no se había hecho el menor trabajo político de masas. 2) Levantamiento del 6° Regimiento de Ametralladoras, encabezado por Oliverio Cromwell Valle. También fue conjurado sin mayores esfuerzos por el gobierno, con un pequeño saldo de bajas. 3) Los levantamientos del Coronel Juan Amaya, a quien ya me referí al narrar mi estancia en la Guardia Nacional. Este militar lo único que hizo fue hostigar al régimen pero nunca pudo llevar a cabo una acción decisiva. Presionaba y amenazaba con la insurrección para obtener ventajas políticas. 4) Levantamiento de la Escuela de Cabos y Sargentos. En este levantamiento yo estuve a punto de participar y estuve muy al tanto de su preparación, desarrollo y fracaso. Todo comenzó con los contactos que los artesanos que

ya comenzábamos a llamarnos revolucionarios habíamos establecido en los paseos ciudadanos con los Cadetes de la Escuela de Cabos y Sargentos, cuyos individuos de tropa tenían su origen en nuestra capa social, frecuentaban los mismos lugares que nosotros y cortejaban a las mismas muchachas, las mengalas jóvenes de San Salvador. Un primo mío, entusiasmado con las ideas de la libertad, decidió meterse de lleno en la conspiración y con el objeto de crear un foco revolucionario en la Escuela de Cabos y Sargentos, ingresó en ella. Mi primo se llamaba Antonio Mármol y era zapatero como yo. Hasta su participación en aquella actividad revolucionaria trabajaba en la zapatería “La Guatemalteca”, del indio Gregorio Aguillón, zapatería de producto fino, premiada en la exposición mundial de Barcelona. Resultó que en la Escuela de Cabos y Sargentos funcionaba ya un foco revolucionario y mi primo al ingresar no hizo más que sumarse a él. Es que las condiciones eran muy propicias para crear el descontento entre los soldados. El Director de la Escuela era entonces nada menos que el General Maximiliano Hernández Martínez, quien mantenía una disciplina extremadamente severa y cruel, a base de detenciones en mazmorras y castigos corporales. Por otra parte estaba el problema de los tremendamente bajos sueldos en todo el Ejército. La idea del levantamiento prendió en el alma de los alumnos y bien pronto se estuvo en condiciones de fijar la fecha para realizarlo. El que sería Presidente de El Salvador y nos hiciera chapalear en sangre, “Pecuecho” Martínez, con la astucia que hay que reconocerle, se huelió la situación –como decimos los salvadoreños–, advirtió que algo anormal estaba pasando entre sus subalternos, investigó, sobornó, y bien pronto tuvo en sus manos los hilos principales de aquella conspiración tan poco compleja, tan marcada por la inexperiencia juvenil de sus participantes. Una noche, inesperadamente, hizo formar la tropa en el patio del Cuartel donde funcionaba la escuela y por el túnel de acceso que iba hacia allí desde Casa Presidencial, hizo llegar al propio Presidente Meléndez con el objeto de que halagara a los conjurados y los convenciera de deponer su actitud. El estallido de la rebelión estaba señalado para el día siguiente. Meléndez prometió a los alumnos-soldados una importante mejora en los sueldos y la comida, un cambio radical en el trato personal y tronó contra los agitadores que soliviantaban los ánimos. Cuando Martínez sintió que la masa estaba ya lo suficientemente impresionada, pidió que dieran un paso al frente los que aún estuvieran insatisfechos y persistieran en sus ánimos de rebeldía. Sólo ocho cabos y un sargento dieron el paso al frente, los demás se habían acobardado y cedido a los halagos y las promesas. Entre los ocho cabos estaba mi primo. Inmediatamente los capturaron y los sometieron a un

proceso militar o Consejo de Guerra. El Fiscal Militar, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, pidió la fusilación de todos los rebeldes. El abogado progresista de quien ya he hablado, doctor Salvador Ricardo Merlos, los defendió y logró salvarlos a todos, excepto al sargento, que fue condenado a varios años de prisión. Pero unos días después de dictada aquella sentencia, este sargento amaneció muerto en su celda de la Penitenciaría donde se hallaba incomunicado de rigor. En la Penitenciaría, y luego en todo el país, se decía que había sido el propio Presidente Meléndez quien lo había matado, después de presentarse ante los barrotes para exigir al sargento que se humillara ante él y le pidiera perdón de rodillas por su intentona revolucionaria. No recuerdo ya el nombre de ese valeroso soldado, pero para mí configura uno de los antecedentes revolucionarios más queridos en el desarrollo de la lucha popular salvadoreña de este siglo.

En las elecciones de 1918-19 el candidato popular había sido el Dr. Miguel García Palomo, un prestigiado profesional de corte liberal. Pero la dinastía Meléndez-Quiñonez derrotó al Dr. Palomo, imponiendo el triunfo dictatorial a punta de fusil, con el terror más salvaje contra el pueblo. El apaleo y el destierro fueron las armas principales que prepararon el resultado de las urnas. Pero hubo también muertos y heridos y presos y torturados. Por cierto que la cantidad de salvadoreños que desde aquella época emigraron a los demás países centroamericanos —especialmente a Honduras y a México— huyendo de la represión gobiernista, fue enorme. Siempre se ha dicho que el salvadoreño es “pata de chucho”, que le gusta viajar por el mundo a causa de su espíritu aventurero, pero eso es mentira. El rico salvadoreño viaja por placer y porque puede pagarse los gastos de viaje. El pobre salvadoreño emigra porque lo han echado de su parcela de tierra, porque lo persigue el gobierno o porque estaba a punto de morir de hambre a causa del desempleo. Esa es la verdad histórica y quien diga otra cosa es un ignorante o un bandido o un cobarde, que es lo mismo que ser un bandido. En el año 1921-22, para seguir el hilo de mi narración, la oposición popular se núcleo en derredor del llamado Partido Constitucional o Partido Azul, que postulaba para la Presidencia de la República al Dr. Miguel Tomás Molina, quien como ya dije había ganado mucho prestigio como Ministro del Interior del Gobierno de Araujo. El Candidato del Gobierno era el Dr. Alfonso Quiñonez Molina, un gran bandido. El Partido Azul había sido integrado como un partido caudillista, que es la forma tradicional de partido político salvadoreño, digo, de partido burgués salvadoreño, pero en su seno había mucha agitación contra la dictadura melendista y se difundían tanto las tropelías como las contradicciones

internas del régimen. Acercándome a sus núcleos fue que comencé a admirar la labor política de burgueses liberales distinguidos, civiles y militares, que se oponían a la dinastía y optaban por un gobierno democrático. Aún era muy sonado el nombre de Don Prudencio Alfaro, político liberal verdaderamente legendario, siempre en las filas de la oposición al gobierno, capaz de salir de todas las emboscadas que le tendían sus enemigos, a base de una gran capacidad para disfrazarse y maniobrar. Otro personaje famoso había sido el General Luis Alonso Barahona a quien finalmente envenenó la dictadura después de haberlo hecho volver del exilio hondureño con promesas de conciliación y de paz. También me parecía ejemplar el proceder del General León Bolaños, que había entrado en contradicciones frontales con el Presidente Meléndez a pesar de ser Jefe de Policía de Usulután. En ejercicio de su cargo, el General Bolaños hizo que los terratenientes agiotistas devolvieran a los campesinos indígenas de la zona las escrituras de propiedad de sus tierras que les habían quitado con engaños para amparar deudas ridículas. Como uno de los agiotistas, padre de quien fuera después tan famoso abogado salvadoreño y autor del Código Penal Militar o Código Rojo, Dr. Enrique Córdova, reincidiera en sus maniobras contra los campesinos, lo hizo vestir de mujer a la pura fuerza y lo hizo pasear así por todo el pueblo. El tal Córdova tuvo que reformarse a la pura garnacha. La familia de Córdova se quejó con el Presidente y el Presidente llamó la atención al General Bolaños. Algunas semanas después éste hizo encarcelar a todos los fabricantes clandestinos de aguardiente de la zona usuluteca, entre ellos varios señorones de levita y bastón. El Presidente Meléndez intervino en favor de éstos únicamente y ante tal intervención el General Bolaños puso en libertad a todos los reos, ricos y pobres. Todo esto lo puso entre los ojos del régimen, que ordenó usar la fórmula clásica de entonces: el General Bolaños fue envenenado, cuando ocupaba el cargo de Director General de Policía en San Salvador, a donde había sido trasladado por sus problemas con los feudales de Usulután. Con todas estas noticias y ejemplos yo decidí ingresar en el Partido Constitucional del Dr. Miguel Tomás Molina, liberal del viejo estilo y hombre que llegaría con limpieza de conducta hasta cumplir más de cien años de edad, cosa que es mucho decir para un liberal salvadoreño ya que el liberalismo es uno de los sectores que más canallas han dado en nuestro país. Por lo menos más traidores, eso es seguro. Bastaría con decir que don Napoleón Viera Altamirano es liberal, para que los salvadoreños lo acepten sin discusión. En aquel partido fue que tuve yo mi primera militancia política organizada. Fui nombrado, por mis contactos en la zona urbana de San

Salvador, Secretario de Comité Local del Partido Constitucional en San Martín, la población vecina a Ilopango, inaugurando en mi carrera política, por llamar así a lo que ha sido mi vida, un proceder bastante común entre los artesanos revolucionarios de San Salvador en la primera mitad del siglo: trabajar entre las masas de los pueblos, villas y ciudades cercanos a la capital, de los cuales procedíamos en buen número. Mi actuación fue tan intensa y tan entregada a la causa molinista que inmediatamente me gané el odio profundo de las autoridades locales. Ya no fui más el simpático Miguelito, sino el enemigo del Gobierno, el político del otro bando, el contrarió, el revoltoso. Y eso, de un día para otro. Fui víctima de muchos tipos de hostigamiento a medida que arreciaba la campaña presidencial y finalmente, el día 24 de diciembre de 1922 fui advertido por el farmacéutico del pueblo, don Gabriel Ortiz, de que la Guardia Nacional estaba capturando a todos los dirigentes molinistas y que yo debía huir lo más pronto posible. Fue mi primera navidad de perseguido político. ¿Qué hacer? Un primo de mi madre tenía un buen negocio de lazos y jarcia en San Martín y a él recurrí para que me sacara del pueblo. Mi tío me envolvió en un petate y junto con otros bultos de mercadería fui a parar a su carreta. Una de sus hijas se sentó encima del bulto que yo formaba y así pude salir del pueblo, no sin pasar mil y un sobresaltos, bajo las meras barbas de quienes me buscaban minuciosamente. Toda precaución era poca porque el Gobierno estaba dispuesto a los mayores crímenes para asaltar de nuevo el poder, por sobre los escombros de la oposición. Efectivamente, al día siguiente se produjo en San Salvador uno de los crímenes más negros cometidos por la oligarquía criolla y sus gobiernos: la gran masacre de mujeres molinistas en el centro mismo de la capital. El ejército y la policía ametrallaron a una enorme manifestación de mujeres de nuestro Partido Constitucional que desfilaba por las calles en forma absolutamente ordenada y pacífica, en apoyo de nuestro candidato. Los criminales uniformados se ensañaron con nuestras mujeres indefensas, disparando desde nidos de ametralladoras pesadas instaladas en diversas alturas de la capital, en cuarteles, edificios públicos, etc. y rematando a las caídas con armas cortas y fusiles. Hubo numerosas mujeres muertas y heridas y asimismo muchos hombres del pueblo cayeron tratando de defender o rescatar a sus mujeres o compañeras. La misma saña de siempre contra el pueblo, los mismos asesinos que veríamos luego en 1932, en 1944, en 1952, en 1960, en 1961, en 1966, etc. Las narraciones acerca de la cobarde masacre erizaban la piel y paraban el pelo. El ejército ocupó todo el país en estado de alerta y la lista de muertos y desaparecidos se alargó ilimitadamente. Un sentimiento de impotencia nos

invadía a los molinistas y los más radicales comenzamos a pensar que la actividad política de gritar “Viva Molina” y repartir hojas sueltas era una perfecta mierda cuando el enemigo tenía los fusiles y las ametralladoras y todo el ejército. Era pelea de burro amarrado contra león suelto. Yo había logrado ingresar, escondido en la carreta de mi tío, hasta el propio San Salvador, pero después de la masacre la persecución se puso allí peor que en cualquier otra parte y en varias ocasiones me les fui casi de las manos a los policías que andaban en busca de opositores, molinistas, sospechosos, o lo que cayera. Decidí volver a San Martín después de pocos días interminables, convencido de que ya no se les iba a ocurrir buscarme allí pues las autoridades locales se habían percatado de mi fuga. Cuando llegué me encontré con que mi madre estaba instalada en el pueblo, ya que había encontrado trabajo como vivandera nada menos que en la Comandancia de la Guardia Nacional de San Martín, dejando a mis hermanas encomendadas a gentes amigas en Ilopango. Para entonces mi abuela Tomasa había muerto ya. Lavando ropa de su hijo Hilario y su nieto Rafael, o sea, mi tío Hilario y mi primo Rafael, se pinchó una mano, el pinchón se le inconó y se murió de la noche para la mañana. Ello había ocurrido en el año de 1920, cuando mi tío Hilario había sido incorporado al Ejército forzosamente junto con su hijo Rafael, en una leva que hicieron ante las amenazas de invasión del ingeniero Arturo Araujo que ya mencioné antes. Cuando pude tomar contacto con mi mamá en San Martín, la primero que me dijo fue que mis enemigos políticos, los quiñonistas, habían tratado de perjudicarla pues le habían ido a decir al Comandante de la Guardia, tan pronto como se dieron cuenta de que ella era mi madre y de que iba a ser vivandera del puesto, que ellos la habían oído decir que iba a envenenar a todo el personal con una comida “preparada”, para vengarse de la persecución en mi contra. El Comandante la había llamado y le había dicho que tuviera mucho cuidado con que saliera aunque fuera un solo enfermito por comer su comida. Pero con su proceder correcto, mi mamá se ganó la estimación del Comandante y él cambió de tono con ella. Fue tan bondadoso que llegó a decirle que a mí se me perseguía sin motivo, por simples odios políticos de pueblo pequeño y que por la información fidedigna que él tenía estaba convencido de que yo era honrado y trabajador y que por eso quería lacemos a ambos una proposición. La proposición fue la de que si no nos parecía mal, yo me fuera a vivir a la misma comandancia, sin hacer mucha bulla y sin dejarme ver por los vecinos, pues allí estaría bien garantizado hasta que pasara aquella ola persecutoria. Cuando mi mamá me lo dijo yo pensé que se trataba de una trampa, pero ella me convenció acerca

de la sinceridad del Comandante y decidí aceptar el ofrecimiento. Al fin y al cabo, se trataba de una prolongación de mi plan de regresar a San Martín: seguro que no me iban a buscar en la boca del lobo. Todo salió de perlas. El hombre aquel me tuvo allí resguardado hasta que pasó la tempestad. Se trataba de una persona madura y muy prudente, difícil de encontrar en las filas de nuestras instituciones militares de todos los tiempos, que son engrosadas por lo peor de nuestra sociedad, por lo peor de cada sector social, y en las cuales se asciende mejor mientras más inhumano es el individuo. Recuerdo que en los últimos días de mi estancia bajo su protección y cuando ya varias personas del pueblo, incluidos algunos enemigos políticos míos, sabían que yo estaba refugiado en la Comandancia, me dio otra demostración de su ánimo sereno y de su sentido de la justicia. Mis enemigos le mandaron a decir con una vieja lenguona que yo, aprovechándome de las circunstancias, había iniciado relaciones amorosas con su esposa. La esposa del Comandante era mucho más joven que él, y era guapísima, de San Vicente, con unos ojos pestañudos y una boca de flor, que vivía allí mismo en la Comandancia. Platicaba siempre conmigo porque se aburría entre tanto Guardia bruto, pero entre ambos nunca hubo absolutamente nada más que conversaciones respetuosas e inocentes sobre temas del campo, de animales, comida, paseos, leyendas indígenas, etc. El Comandante, ante el chisme, no se partió con la primera, como se dice. Por su cuenta averiguó quiénes eran los autores del chisme y luego me llamó a su despacho. Sin darme razones, me preguntó:

– “¿A quiénes considera Ud. como sus principales enemigos en este pueblo?”

Yo le dije francamente varios nombres, sin imaginarme para dónde iba el asunto y resultó cabal que entre ellos figuraban los de mis calumniadores.

– “Tiene Ud. toda la razón –me dijo– esos sí que sin duda son malos enemigos suyos”.

Y luego me contó del infundio, agregándome que no me debía preocupar por eso, porque él no tenía motivo alguno para desconfiar de su esposa, a quien conocía muy bien; ni de mí, porque me había valorado como hombre correcto y leal.

– “En cuanto tenga la menor oportunidad voy a joder a estos chismosos, hijos de puta –terminó diciéndome el Comandante– ganas no me faltan”.

Antes de estos líos yo había abandonado el taller del maestro Angulo, la zapatería “La Americana”. Este maestro, a pesar de sus rasgos patriarcales acerca de los cuales ya he abundado bastante, era violento de carácter y cuando se exaltaba era capaz de pegar y patear a un operario. Conmigo había tenido las especiales deferencias relatadas, al grado de que algunos trabajadores que no me tenían simpatías murmuraban que yo era una especie de amanuense del maestro. Yo los enojaba más porque les decía que no podían ver ojos bonitos en cara ajena o sea que hablaban por envidia. La realidad demostraría que yo no era para el maestro Angulo ni amanuense ni chinta de palo. Sucedió que en cierta ocasión llegó una señorita a la sala de ventas para hacerse unos zapatos finos. En ese tiempo estaba de moda el llamado “estilo Dorée”, venido de Francia, que causaba sensación entre las muchachas piqueteras de la capital. Yo le tomé las medidas, pasé las órdenes a los alistadores y al final del proceso yo mismo cosí los zapatos. Pero ya en la etapa del acabado final o alguien los echó a perder o los robó, lo cierto es que los tales zapatos desaparecieron y si por nosotros hubiera sido la señorita aquella se hubiera quedado con las patas al aire. El maestro cogió un berrinche del diablo y como no aparecía ningún culpable, comenzó a insultar en conjunto a todo el personal. Yo aguanté calladamente todos sus denuestos hasta que nos trató de hijos de puta. Ese insulto es para mí como apretarle los huevos al tigre, aunque en El Salvador las puteadas anden a flor de labio desde que el niño aprende a hablar (pero la cosa, desde luego, depende también del tono en que se diga), y no pudiendo aguantar por más tiempo la cólera, me levanté del taburete de trabajo y le grité al maestro:

–“¡Si la cosa es conmigo, Maestro Angulo, se me va a callar ya!”.

El avanzó para pegarme. Era grandote y fuerte y yo estaba seguro de no poder con él, de tal manera que eché mano a mi cuchilla de oficio. Cuando me vio armado y bien plantado, se detuvo, palideció y se fue para sus habitaciones, en el interior del caserón que ocupaba el taller. Luego me mandó a decir con su mujer que era mejor que yo abandonara inmediatamente el local. Así lo hice. Dos días después el maestro Angulo, habiendo recapacitado sobre el hecho, me envió de nuevo a su mujer hasta San Martín para proponerme que olvidáramos el incidente y que todo volvería a ser como antes. Inclusive me envió dinero. Pero yo pensé que todo había cambiado ya, que yo no debía volver al taller del Maestro Angulo y así se lo hice saber a la señora. Por lo menos les había demostrado a los murmuradores que yo no era amanuense ni muñeco de nadie y que a pesar de ser suma-

mente pobre y necesitado yo tenía dignidad de hombre y trabajador. Tiempo después, avanzado el año 1921, se le incendió la zapatería al pobre Maestro Angulo y yo fui a buscarlo para darle mis condolencias. El lloró e hicimos las paces. Pero no volví para trabajar con él. En el futuro me ayudó mucho en condiciones verdaderamente difíciles. Yo lo recuerdo con cariño no sólo por sus demostraciones de amistad sino porque lo ligo a mi descubrimiento de la literatura revolucionaria.

¿Cuáles eran las grandes causas de todos aquellos fenómenos políticos en que yo comencé a participar como un pescadito de río a quien la corriente saca de su poza natal? En aquella época que se abrió en 1914 quienes tenían en sus manos las riendas financieras del país eran los imperialistas ingleses. El Salvador tenía una deuda externa de más de 20 millones de dólares, cantidad astronómica para aquel entonces y para las posibilidades y recursos del país. Esta deuda se había incrementado con la construcción de ferrocarriles, tendidos de alumbrado eléctrico y obras de gobierno no rentables, y con la fundación de bancos. El imperialismo norteamericano no se había consolidado bien en nuestra zona y con respecto al imperialismo alemán debe decirse que si bien había logrado penetrar con cara simpática en los medios populares de consumo, que preferían sus productos de alta calidad, no era para entonces una fuerza real en El Salvador, ni lo sería nunca, como tal imperialismo. Bueno, eso de que nunca quién sabe, porque en la actualidad el imperialismo alemán (junto al japonés y el israelita) es el segundo enemigo más peligroso de nuestros pueblos, después del imperialismo norteamericano. Quiero explicar con más detalle aquella situación. Comercialmente, con quien había más intercambio visible y palpable por el pueblo era con Alemania. De ahí que el pueblo hiciera gran aprecio de sus productos y de ahí que se pasara a tener una aceptación ingenuamente cariñosa, de indio, para todo lo alemán en general. Recuerdo la fama que tenían las agujas alemanas, los hilos, las herramientas de trabajo, los objetos de acero como las tijeras y las navajas Toledo-Solingen, las medicinas *Bayer* como la famosa inyección 914 contra la sífilis, conocida como la “inyección alemana”. Los gringos en cambio eran vistos con malos ojos por el pueblo a causa de sus canalladas contra México, país que históricamente ha sido considerado por los salvadoreños como nuestra familia grande, la tierra de donde vinieron nuestros antepasados. Esta situación un tanto indefinida en el terreno de la dominación extranjera comenzó a cabalgar sobre un hecho político interno: el total desprestigio y bancarrota del caudillismo militarista. En cuanto a las fuerzas sociales internas, el panorama a vuelo de pájaro era más o menos así: los terra-

tenientes eran los segundos acreedores del Estado, después de los buitres imperialistas extranjeros. Cuando los Meléndez-Quiñonez subieron al poder estaban, como grupo, en desgracia con el sector terrateniente que por su parte comenzó a maniobrar para convertir el Estado en su instrumento exclusivo, so pena de hacer efectivos sus derechos por las deudas estatales. La dinastía antinacional en el poder, para defenderse de estos tiburonicos dientes largos, entró en componendas con la serpiente marina. Al fin y al cabo, los propios Meléndez-Quiñonez eran tan sólo unas pirañas en inferioridad numérica. Entregaron la minería en manos de las compañías norteamericanas y contrataron varios empréstitos con bancos yanquis, estatales y privados. Por cierto que la explotación minera en nuestro país, intensa y breve, se hizo por parte de los yanquis en forma muy parecida a la de la explotación esclavista. Alguien debería escribir la historia de la minería salvadoreña: parecería un libro sobre criminología, que le dicen. Por su parte los Estados Unidos no habían estado conformes con la actitud neutral de El Salvador en la Guerra Mundial de 1914 y por ello decidieron agarrarse a los Meléndez-Quiñonez como apoyo político para penetrar en el país. La alta jerarquía del ejército era absolutamente germanófila, lo mismo que la burguesía no terrateniente, la burguesía importadora, y el pueblo mismo, que como hemos dicho simpatizaba y creía tener algunos intereses comunes con los alemanes. Todo este juego, impulsado en distintas direcciones por los agentes de los tres imperialismos estaba en la base de todos esos pronunciamientos y amenazas de golpes militares e invasiones de que he hablado arriba. El propio ingeniero Arturo Araujo ya era un peón del imperialismo inglés. Claro que este es un análisis que yo hice después de muchos años, siendo ya militante obrero y casi comunista. En aquellos momentos, yo y muchos de mis amigos y compañeros de militancia política caudillista fuimos posiblemente instrumentos ciegos de esas fuerzas poderosas. El odio al yanqui y la simpatía por lo alemán siguió siendo una tradición muy importante en la ideología del ejército salvadoreño durante cierto período. Muchos salvadoreños deben recordar que al principio de la Segunda Guerra Mundial el Presidente Hernández Martínez hablaría de “la podrida democracia de los Estados Unidos” y es fama de que hizo llegar al Estado mayor hitleriano un plan táctico para el desembarco de tropas ofensivas en territorio norteamericano. Sin embargo, el imperialismo es un fenómeno fundamentalmente económico y desde este punto de vista es que los norteamericanos iban a comenzar a construir su colosal futuro de explotación contra el mundo y contra nuestro minúsculo país. El préstamo que hicieron a

la dinastía Meléndez-Quiñonez (16 millones de dólares), permitiría a ésta cancelar la deuda inglesa y gran parte de la deuda interna y pasar a tratar en adelante con los nuevos amos gringos que habían comprado así ese derecho, dólar sobre dólar. ¡Bonito galardón tiene en la historia nacional la dinastía Meléndez-Quiñonez, el galardón de vende patrias! A pesar de tal situación, los otros intereses imperialistas extranjeros seguirían dando por un buen tiempo su batalla, hasta ser desplazados por completo de toda primacía por la consolidación mundial del imperialismo yanqui en la década de los años 40. Arturo Araujo iba a ser asimismo el último destacado representante de los intereses del imperialismo inglés, imbuido como estaba de una concepción laborista y cooperativista del Estado y la sociedad, concepción formada en sus años de estudiante en Liverpool. García Palomo y Miguel Tomás Molina, los pobres, jugaron el papel de representantes del capital nacional que se oponía a la dinastía gobernante y compartieron su cuota de palos con el pueblo. Claro está que los muertos los puso casi exclusivamente el pueblo, independientemente de los dos o tres generales envenenados de que hablé ya. Quisiera insistir en que los Meléndez tuvieron su bastión militar contra las diversas camarillas del Ejército en la ya tan mentada Guardia Nacional. Este cuerpo, que como ya dije antes fue una garantía para la ciudadanía en el tiempo de Manuel Enrique Araujo, fue convertido por el melendismo en un instrumento de represión que desde entonces fue intensamente politizado en un sentido reaccionario y antipopular. En verdad que quizás nunca fue un organismo ejemplar ya que originalmente fue organizada y dirigida por un coronel de la Guardia Civil Española, llamado Garrido, que alguna vez fuera guardaespaldas del emperador alemán, cuando éste visitó España, y que era famoso en España por su eficiencia en la actividad represiva. De tal palo, tal astilla. Pero de todos modos, al principio, la Guardia Nacional se dedicaba fundamentalmente a las actividades contra la delincuencia y los guardias, individualmente eran en su mayoría honestos. En la actualidad, como se sabe, la Guardia Nacional es uno de los principales instrumentos armados de la reacción salvadoreña, dirigido por los servicios de inteligencia norteamericanos y por los oficiales salvadoreños más corruptos y más crueles, como es el caso del famoso Chele Medrano. Para más joder, a la Guardia le han encasquetado el título oficial de “la Benemérita”.

¿Qué papel jugaron las masas populares de aquel entonces y qué provecho real sacó el pueblo salvadoreño de todos aquellos tejes y manejes? Es claro que la agitación y las protestas de diversa índole eran el primer reflejo del descontento popular generalizado.

Ya hemos visto cómo en el Ejército las cosas estaban candentes. En el sector magisterial, tradicionalmente tan importante en El Salvador, el problema de los sueldos atrasados había hecho crisis y había dado lugar a una franca actitud de lucha reivindicativa de hondo contenido político a cuya cabeza se encontraban los profesores Francisco Moran y Rubén H. Dimas. En realidad ambos eran muy buenos agitadores, oradores de barricada. Es lástima ver ahora cómo los años y el acomodamiento los han llevado a una posición tan pasiva, chachalaca y (en el caso de Morán) tan oportunista. En el año 21, de que estoy hablando, una medida económica gubernamental unificó en posiciones opositoras al pequeño comercio de las ciudades y a la Banca conservadora y reaccionaria: la introducción de la moneda fraccionaria conforme a la división decimal que eliminaba el uso de los cuartillos, raciones, medios y reales. El movimiento de protesta por aquella medida del régimen que, por ir contra una costumbre de uso ya inveterada, causaba muchas molestias en el intercambio comercial en pequeño y repercutía en las relaciones de crédito bancario del pequeño comercio, comenzó a producirse en los mercados de San Salvador. La Banca conservadora, al ver amenazados sus intereses usurarios, movió sus peones para inflar la protesta y como el pueblo estaba contra el Gobierno, muy pronto aquella actividad se transformó en un organizado movimiento nacional de manifestaciones y otros tipos de protesta. Se organizaron mítines en Santa Ana, Santa Tecla, Sonsonate y luego grandes marchas de protesta desde diversas ciudades del interior hacia la capital. Inclusive se usaba el ferrocarril y hasta trenes de carretas para transportar el gentío. Paralelamente, como veremos luego, se desarrollaban movimientos reivindicativos en el seno de nuestros gremios artesanales. El 28 de febrero de 1921 las fuerzas del Gobierno ametrallaron la manifestación de las mujeres de los Mercados de San Salvador. El melendismo-quiñonismo se hizo especialista en masacrar mujeres. Pero en esta primera ocasión (contrariamente a lo sucedido en la masacre posterior de mujeres que ya dejé anotada), las comadres de los mercados, lejos de amilanarse, luego de recoger a sus muertas y heridas, se armaron de piedras, palos y cuchillos y contraatacaron llegando a tomarse el cuartelito de Policía del Barrio El Calvario, que era el más próximo a los mercados y ejecutaron a varios de los esbirros que habían tomado parte en la masacre. Las carniceras fueron las que más se distinguieron en aquella batalla tan especial. Por coincidencia, ese día había terminado triunfalmente la huelga general de zapateros en pro de mejores salarios y en contra de los despidos y los malos tratos, huelga que había sido la culminación de un auge de luchas

reivindicativas del artesanado de San Salvador. Quisiera abundar un poco en el proceso de esta huelga. Voy a remontarme para ello hasta 1917 y se me va a perdonar que mi relato tenga estos retrocesos frecuentes pero necesarios. Allá por 1917 funcionaba un pacto de intercambio comercial con Honduras que beneficiaba en alto grado a la industria salvadoreña del calzado. Honduras se convirtió en el mejor mercado para el zapato salvadoreño y los talleres de zapatería aparecieron como hongos en nuestro país. Surgieron los grandes talleres y se produjo un serio proceso de concentración de los trabajadores del gremio. La demanda de mano de obra era enorme y los trabajadores del ramo comenzaron a florecer económica-mente, a vestir bien, a tener dinero en el bolsillo, a beber el mejor guaro, a unas magnolias de a cinco pesos en la solapa, a fumar habanos legítimos, a pasear por los parques con capa vueluda y pistola conchanácar en la pretina, etc. El día de pago, los obreros se pegaban con engrudo en la frente el billete de mayor valor que habían recibido. El zapato estaba dividido claramente en categorías. Primera categoría, segunda categoría y placero. Pasada la guerra mundial, vino el período de reconstrucción. El imperialismo norteamericano penetró en todos los mercados del mundo. Nuestro zapato fue eliminado paulatina pero irremediamente del mercado hondureño y nuestra industria se vino al suelo con pijazo. Los precios se hundieron y la competencia entre los talleres fue feroz. Las zapaterías, que se disputaban con mejores medios la primacía, que cada vez se parecía más a la supervivencia, eran: “La Ideal” de Luis Paz; “Búfalo”, de Pedro Meléndez; “La Moda” de Gonzalo Funes; “La Americana”, del maestro Angulo, que fue donde yo entré a trabajar, ya la hora de las vacas flacas. Las tres primeras zapaterías pagaban mejor sueldo por un producto muy fino. El maestro Angulo pagaba menos, pero daba más chance para todo el trabajo que uno pudiera cumplir. A destajo se ganaba mucho más. Y la competencia era tal que bien pronto hubo diferencias inclusive entre los mismos trabajadores del gremio. Los alistadores en general se creían los mejores, los pilares del proceso de producción del zapato, sin los cuales no se podía trabajar. Los ensueladores, más numerosos, eran discriminados y aun entre ellos había dos o tres categorías. Ante esa situación, se inició en forma clandestina un extenso trabajo organizativo a nivel nacional, liderado precisamente por mi maestro ensuelador Gumercindo Ramírez, sobre la base de apoyar una tarifa salarial que estimulaba a todos, desde los alistadores de primera clase hasta los ensueladores de tercera. La tarifa se hizo circular discretamente en forma de proyecto. Los puntos sobre los cuales se agitaba eran: bajos salarios, hambre, despidos injustificados y cada vez más

numerosos, mal trato personal, etc. Lentamente fue tomando cuerpo un criterio unánime: respaldar la tarifa con la acción directa. Hasta que se decidió en concreto ir a la huelga general de zapateros en pro de las siguientes reivindicaciones, elevación de los salarios de acuerdo con la tarifa, alto a los despidos arbitrarios y por un trato correcto de parte de los patronos. Se escogió el momento más oportuno: la época del año en que los dueños de taller se preparaban para llenar sus mostradores ante la temporada de Semana Santa, en que todo el mundo estrena zapatos para ir a las procesiones. Algunos dueños de taller manifestaron que no se oponían a las demandas y usaron el problema planteado como un elemento en la competencia patronal, buscando sacar ventajas sobre los otros dueños de taller. El maestro Angulo en cambio estuvo en contra de la huelga. La situación conflictiva se llevó a resolución ante una comisión formada por representantes de los obreros, de los patronos y del Gobierno. No hubo mayor resistencia patronal y la huelga fue ganada de plano, con dictamen completamente favorable de la Comisión. Pero el día en que se iban a hacer efectivos los acuerdos y que se iban a firmar los documentos de mutua aceptación, fue el día de la masacre contra las mujeres de los mercados y la represión gubernamental se amplió y golpeó á todo el mundo, inclusive al movimiento de huelga. El mismo 28 de febrero todos los dirigentes de la huelga fueron detenidos y apaleados y los dueños de taller se aprovecharon de la situación: se hicieron los locos frente a los acuerdos y despidieron a medio mundo, bajaron los sueldos y se entronizó el caos. El Gobierno había matado dos pájaros de un tiro: Terror contra toda la oposición en su conjunto y terror contra los primeros balbuceos serios del movimiento obrero organizado del país. Recuerdo que en esa ocasión mi maestro Gumercindo, líder destacado de los zapateros de entonces, como ya dije, que caería luego en las posiciones anarco-sindicalistas y después se volvería reformista, juntamente con el destacado opositor Dr. Salvador Ricardo Merlos, fueron obligados a limpiar excusados en la policía, con las mismas manos, durante la prisión que debieron guardar a causa de aquellos conflictos. El resultado de estos hechos en el seno de la industria del calzado fue la atomización de los talleres. A partir de entonces, un alistador y un ensuelador alquilaban una pieza, compraban los materiales y producían directamente para el mercado. Se había dado un salto atrás en el proceso de desarrollo capitalista. Por eso nuestra industria no desembocó en grandes fábricas, a pesar de que ya había llegado a la segunda fase de su desarrollo o sea a la manufactura especializada.

Más tarde, Luis Paz, dueño de taller, quiso introducir la maquinaria, pero los obreros del gremio, ante el ejemplo de los trabajadores que habían sido eliminados por la introducción de los telares mecánicos de la fábrica de Sagrera, se opusieron, coincidiendo con el resto de los dueños de talleres que no tenían medios para importar máquinas. Así unificados, lograron que el Gobierno (que ya era el de don Pío Romero Bosque) impidiera la entrada de maquinarias. De esto hablaremos en su oportunidad. Esta huelga de zapateros a la que he hecho referencia no fue un fenómeno aislado. Había estado precedida de una gran huelga de trabajadores ferrocarrileros en 1919 y otra de sastres en 1920. Las huelgas parciales habían abundado hasta entonces y siguieron produciéndose en cuanto se calmó la mayor violencia de la represión. Otro problema que hacía subir el nivel explosivo del furor popular era el de las expropiaciones que los terratenientes hacían en el campo contra los campesinos pobres y medios. Fue esa la época en que se configuró la dimensión actual del latifundismo salvadoreño. Y ello hizo que en la zona rural las masas desposeídas comenzaran a buscar sus propias soluciones frente y contra el gobierno, protector de los terratenientes geófagos. Si a esto sumamos que en la época se había dado una situación internacional francamente inspiradora para la clase trabajadora y para todos los pobres en general (con los ejemplos de la gran revolución burguesa de México, de tan hondo contenido antimperialista en sus orígenes y primera etapa de desarrollo; la Gran Revolución de Octubre en Rusia; la revolución y sus peripecias en Alemania; las tomas de fábricas de los obreros italianos; el auge proletarista en España, Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc.) se comprenderá que desde entonces el país se encontraba metido de lleno en una situación conflictiva de carácter objetivo que no tuvo para entonces salida. Pero la acumulación de esa tremenda presión tenía por lógica histórica que buscar su cauce de salida más tarde, una década más tarde. Es claro que en estas cuestiones del desarrollo y la maduración de una situación revolucionaria hay que considerar que en manos de las clases dominantes existen los paliativos, las soluciones aparentes que no hacen sino retardar las verdaderas soluciones, pero que en el momento que se aplican reportan cambios que los revolucionarios deben tomar en cuenta sin perder de vista el objetivo final. En aquella ocasión le cupo a la dinastía gobernante la triste suerte de ser escogida por el imperialismo norteamericano como su trampolín para meterse de cabeza en nuestras aguas y así los Meléndez-Quinonez capearon el temporal. Además vino el momento de la postguerra, el auge momentáneo de los precios del café. Tras los descalabros que para

algunas industrias como la nuestra causó la expansión norteamericana pareció que llegaba un chorrillo de dinero que era como el adelanto de una soñada avalancha. Se inauguró una época fugaz no de vacas gordas, sino la época en que las “vacas” (o grupos financieros especuladores) engordan. Se abrieron nuevas fuentes de trabajo en las minas y carreteras, se construyeron algunas escuelitas chulupacas y hasta los obreros llegaron a alcanzar algunas migajas de la mediocre bonanza. Los obreros y artesanos llegamos de nuevo a tener monedas de oro en los bolsillos y de nuevo nos clavamos la magnolia de a cinco pesos en la solapa. Moda bayunca qué se yo, pero moda al fin, y punto de vista para medir el nivel holgado del consumo. En cambio los militares seguían con los sueldos atrasados y andaban con el culo roto. Sin embargo el terror contra toda forma de oposición política o intentos de organización popular seguía siendo intenso. Como se trata de dar un vistazo de mi vida, no puedo detenerme en detalles porque sería la de nunca acabar. Pero, cuando digo tan fácilmente “terror” o “represión” hay detrás de cada palabra una serie tan infinita de sufrimientos de nuestro pueblo, que si uno se pone a pensar dan ganas de llorar o de salir a la calle a matar a alguien. El apaleamiento y el destierro fueron métodos típicamente melendistas-quiñonistas. Pero a pesar de todo ello ya para 1924 la organización gremial de los trabajadores había alcanzado un nivel sin precedentes en la historia nacional. En el pasado reciente, sobre todo desde 1914 se habían hecho algunos intentos organizativos en ese sentido, pero habían fallado todos, sin excepción. Ya para 1923 y 24 se organizaron varios gremios en sindicatos de hondo sentido clasista. En las ciudades grandes la labor organizativa abarcó todos los talleres y atrajo a los trabajadores individuales diseminados: zapateros, albañiles, carpinteros, fontaneros, barberos, sastres, curtidores, tejedores textiles, panaderos, mecánicos, etc. En las ciudades pequeñas y en los pueblos los sindicatos reunían en una misma organización a los artesanos y obreros de distintas ramas de la producción y los servicios y se le llamaba “Sindicato de oficios varios”. Bien pronto se dieron las condiciones para la creación de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, que iba a ser el gran instrumento con que la clase obrera comenzaría a darse su lugar en la historia salvadoreña. La creación de similares federaciones en Guatemala, Honduras y Nicaragua, y el espíritu centroamericanista profundo de la época propiciaron la formación de la Confederación Obrera Centro-americana (COCA) y con ella surgieron las primeras relaciones internacionales de los trabajadores salvadoreños. Entre los primeros funcionarios obreros que recuerdo en ese trabajo está Raúl B. Monterrosa, que era delegado

salvadoreño ante la clase obrera de Honduras, y Dagoberto Contreras, que ocupaba igual cargo en Nicaragua. Monterrosa vive aún y es dirigente de una pandilla de viejitos músicos y recitadores que se llama Unión General de Artistas Salvadoreños o algo por el estilo, que sirve para sacarle dinero a los gobiernos que van pasando, en nombre del arte y no se qué más artimañas. Como si eso fuera poco, es propietario de un supermercado llamado “Chinteño”. Y cuando oye hablar del comunismo se persigna.

Entre 1922 y 1924, dos años sumamente importantes en el proceso de desarrollo de la clase obrera salvadoreña, yo no participé en las labores propias de mi clase, es decir, en la organización sindical o revolucionaria. Después de la campaña política y ya bajo el gobierno del tristemente célebre Alfonso Quiñonez-Molina, la vida se me hizo muy difícil tanto en Ilopango como en San Salvador y tuve que refugiarme en San Martín para poder comer y vestirme. Al principio trabajé como operario en los talleres de Camilo Cerros y de Enrique Panameño. Como había sido operario de zapatería grande en la capital, tenía muchas ventajas sobre mis compañeros y maestros pues conocía bien la moda y sus cambios, además de muchos trucos nuevos para que las costuras quedaran más bonitas o los ribetes se vieran más coquetos. Las muchachas del pueblo bien pronto advirtieron esos conocimientos y habilidades y siempre pedían a los maestros que fuera yo quien les confeccionara sus pares de estreno para las fiestas. De tal manera que mis sueldos y ganancias extras aumentaron rápidamente y me propuse ahorrar lo más posible para tratar de independizarme y montar mi propio taller, aunque comenzara en un cuchitril. Cuando tuve ahorrados algunos pesos pensé en lograr algunos préstamos. Por el lado de mi familia no me preocupaba ya tanto pues mis hermanas estaban trabajando en diversos negocios pequeños con lo cual le habían quitado la carga a mi pobre madre y hasta podían ayudarla a mantenerse. De tal manera que podía luchar por mi independencia, sobre todo porque en la cabeza me zumbaban miles de ideas contradictorias sobre política y lucha social y sabía que tarde o temprano no podría atenerme a vivir del salario de los talleres. En la búsqueda de algunos préstamos que sumar a mis ahorros me pasó una cosa que aún tengo grabada en la memoria. Me aconsejaron solicitar dinero prestado a las señoras Mena, específicamente a doña Clemencia, cuya familia tenía plata como para empedrar Ilopango con las monedas. Fui y hablé de mi problema con doña Clemencia, que era una solterona galanota, chelona, como que era de Chalatenango, y de quien se contaban diversas historias que yo siempre atribuí antes a la envidia y a las lenguas largas. Doña Clemencia me recibió muy amablemente y me hizo

pasar a la sala para oír mis argumentos, invitándome a tomar café y pan de dulce. Yo me sentí un poco azorado cuando ella se sentó muy cerca de mí en el sofá de mimbre y me echa encima todo su perfume. Su piel era suave, divina. Oyó mis peticiones, por cierto hechas a media lengua, ya que en aquellas circunstancias me trabé todo y cuando estuvo enterada me dijo que pasáramos al traspatio donde había un lugar mejor para conversar. Fuimos allá. El traspatio era enorme, poblado de árboles de mango fino y de níspero, con hortaliza y animales de crianza y de ornato. Me llevó hasta una cochera, lo que hoy sería un garaje y allí me llevé una sorpresa que apenas pude disimular. Adentro, brillante en la penumbra, como en las películas de fantasmas, estaba la carretela blanca que yo viera pasar frente a mi casa en los años de mi niñez y que se había quedado grabada como una fotografía en mi mente. Le habían quitado las ruedas y descansaba sobre unos grandes trozos de cedro en forma que parecía el trono de un rey. Había una escalerita para subir y doña Clemencia me dijo que entráramos, que allá adentro estaríamos más cómodos. Así lo hicimos: nos enchutamos en la carretela. Yo me sentía como en un sueño y mi azoramiento se multiplicó. Apenas recuerdo los detalles de la conversación, sólo sé que doña Clemencia me tomó de la mano y me dijo que ella no quería prestarme simplemente cien o doscientos colones porque un joven inteligente y emprendedor como yo podría contar de su parte con una inversión permanente, que podríamos entrar juntos en los negocios pero que ella necesitaba garantías de que yo era realmente una persona seria y responsable, que yo no debería andar con otras mujeres ni buscar parrandas ni tomar tragos. Terminó diciéndome que cuando los negocios crecieran y ya yo pudiera tener una participación de capital en ellos, podría inclusive irme a vivir a su casa. Me dijo que lo pensara bien, que a buen entendedor pocas palabras y que le diera una respuesta concreta después. Como en una nube salí de aquella casa. Pero la nube no me duró más de media hora. Al contrario, después de los primeros momentos de natural excitación ya que uno no es de palo, me entró una gran cólera porque me dije: “Esta doña Clemencia lo que quiere es comprar marido”. Y me vi de pronto amarrado como un chuchito con collar de oro a las faldas de un ama que en cualquier momento me podría dar una patada en el culo y me dije que no era eso lo que yo quería hacer de mi vida. No volví para hablar con doña Clemencia que me arruinó el sueño de la carretela blanca. Pero felizmente pude conseguir algunos préstamos con amigos y vecinos de Ilopango e inclusive pude tener una pequeña ayuda económica de parte de mi hermana mayor que había tenido éxito en sus negocios, con todo lo cual compré una

máquina cosedora de segunda mano, herramientas y material para calzado y pude tener mi propio taller. No me fue mal en verdad: pronto tuve suficiente clientela como para contratar operarios ya que no daba a vasto para tanto compromiso. Paulatinamente fui trayendo a mis colegas de San Salvador que andaban mal de trabajo y un buen día mi flamante taller contó con siete operarios además de mí. La verdad es que nunca tuvimos relaciones de patrón a obrero. En aquel taller todos éramos iguales, había trabajo abundante y el dinero alcanzaba para todos. Muchos comunistas jóvenes de hoy afirman que los “revolucionarios del año 32” éramos gentes de mentalidad artesanal, cuyo anhelo máximo era llegar a tener su taller y sus operarios. Eso no es cierto: en mi caso, por ejemplo, si tuve entonces y en otras épocas de mi vida taller propio, fue por la necesidad de resolver los problemas fundamentales de todos los días, vestirse, comer, etc. en forma garantizada. Además el taller como organismo, por así decirlo, servía en muchas ocasiones como parapeto contra la actividad del enemigo pues daba respetabilidad y contactos sociales múltiples, daba un excelente manto, todo ello muy útil para la actividad organizativa y revolucionaria. En la oportunidad que vengo relatando, una vez que sentí que estábamos consolidados en lo económico con nuestro taller, decidí ampliar el campo de mis actividades en todas las direcciones. En primer lugar, como base para ir penetrando en una zona más amplia, incorporamos a nuestro mercado de ventas poblaciones como Tenancingo, Perulapía, San Pedro Perulapán, que fueron pronto plazas tan buenas para nosotros como San Martín. En segundo lugar, decidí diversificar los contactos sociales con actividades recreativas, instalando con ese fin un local para exhibir películas en el traspatio de la casa que ocupaba el taller e impulsando la práctica de los deportes. El cine fue un éxito enorme. Con un aparato alquilado dábamos funciones por las noches, siempre con el local lleno. Cobrábamos unos cuantos centavos por la entrada para cubrir los gastos del aparato y las películas y todavía nos quedaban fondos para el ahorro que comenzamos a hacer en común con mis operarios. Una orquestita de cuatro músicos amenizaba las funciones y también para ellos daba Dios, como decíamos entonces. Recuerdo que las películas que más gustaban eran las de Charles Chaplin y si la memoria no me engaña pasamos, también con éxito, alguna de Ramón Novarro, pero la gran mayoría eran películas de las que nunca más oí hablar, creo que eran mexicanas o americanas hechas con artistas mexicanos. En el terreno deportivo comenzamos por organizar un equipo de boxeo. Los compañeros del taller y yo éramos los púgiles y dábamos funciones de cuatro peleas por semana, alternando las parejas. Esto

bien pronto tuvo el inconveniente de que las peleas entre unos y otros se repetían hasta el cansancio y el público se aburría pues en la mayoría de los casos ya se había demostrado rotundamente quién era el mejor boxeador y se sabía de antemano quién iba a ganar. Además los jóvenes del pueblo no se entusiasmaron con el deporte del boxeo, sobre todo porque después de los primeros cambios de golpes se calentaban y se daban a matar y algunos querían hasta terminar el problema a cuchilladas o machetazos. A mí me noquearon más de diez veces. De ahí que todos termináramos jugando al fútbol en el equipo local y tuviéramos que vender a precio de quema los guantes y los demás implementos boxísticos. Pero con todas aquellas actividades un resultado positivo surgía: cada día nos ligábamos al pueblo más y más, y conocíamos directamente sus problemas, sus penas y alegrías. En lo que a mí tocaba, la fugaz experiencia de la campaña política anterior me había comprobado que yo era un ignorante y que por lo tanto estaba en la obligación de estudiar y aprender mucho más para poder dedicarme de nuevo a la actividad obrera y revolucionaria. Así que en la etapa del taller de San Martín que estoy relatando me dediqué también a leer y leer y leer, entendiendo que cumplía con mi obligación del momento y que así podría en el futuro ocupar mi puesto en el seno de mi gremio con mayor responsabilidad, con mayor claridad. Traté de balancear con libros mi falta de contacto con el movimiento obrero de San Salvador, que comenzó a levantarse de verdad en aquella época, sin desesperarme por la falta de actividad práctica ya que sabía que ésta vendría inexorablemente y no me debería agarrar con los calzones en la mano o sea ignorante y maje. Me convertí en un amante de la poesía, porque estimulaba mi imaginación, mi fervor. Mis autores predilectos en ese terreno eran Rubén Darío, sobre todo cuando se rebelaba contra Roosevelt y el águila del norte; don Francisco Gavidia, que tenía poemas contra las tiranías de nuestros países; Vicente Acosta y otros. Me gustaba también la poesía romántica y sensual y la poesía misteriosa. Recuerdo en este terreno a la joven Lydia Valiente, de quien llegué a recitar algunos poemas entre amigos. Recuerdo aún un poema que comenzaba con los versos que dicen: “Ser y no ser nada...”. Devoré a Camilo Flammarion y aún recuerdo la impresión que me produjo el libro “La Religión al alcance de todos”, de Barreto, libro que era muy atacado por los curas. Pero el escritor que más me llegaba entonces era Don Alberto Masferrer. Compraba, regalaba y volvía a comprar “El Dinero Maldito”. Hubo ocasiones en que salía por los caminos con una docena o más ejemplares de ese libro y los iba regalando a los carreteros que me encontraba y que supieran leer, con la intención y la

súplica de que en las estaciones que hicieran en sus recorridos comentaran aquel libro con la gente. Asimismo iba a las ventas de chicha y chaparro clandestino, acompañado por mis compañeros de taller para que no se atrevieran los bolos a meterme mi talegueada, y todos juntos hacíamos campaña anti-alcohólica basándonos en las denuncias de don Alberto. Desde entonces establecí muy buenos contactos con el campesinado.

Por otra parte, también la llamada “sociedad” de San Martín puso su atención en mí. Los ricos, las capas dominantes, son acaparadores hasta de hombres. Si alguien de la clase humilde descolla por sus cualidades, rápidamente tratan de echarle el guante para ponerlo a su servicio. Así llegó el día en que algunos de los señorones locales me invitaron a formar parte como socio de la Sociedad Local, que es una especie de Club que existe en casi todos los pueblos y ciudades y que agrupa a la llamada “gente bien” de cada lugar. Yo le fui dando largas al asunto, pues ya a esas alturas estaba seguro de que mi lugar social no estaba allí, sino en el seno de la pobreza, del pueblo, que era el lugar donde había nacido y que era el lugar donde moriré. No obstante, los señorones no se declararon vencidos a la primera y no cesaron pronto en su plan de halagos e intentos de soborno fino. Para las fiestas patronales me nombraron mayordomo por el barrio del Centro, que era el barrio de ellos, y me hicieron numerosos convites. Pero, a pesar de que no fui grosero y de que participé en sus fiestas y correspondí atenciones, mis oídos y mi corazón sólo se abrían de verdad para otras voces: las que venían de San Salvador y hablaban de los éxitos de la joven Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños, que nucleaba como nunca antes ninguna organización lo había hecho, al aún incipiente movimiento gremial y sindical de El Salvador. Un acontecimiento de lo más inesperado vino a darme la salida de aquella etapa de mi vida que ya se estaba prolongando demasiado. Y fue mi primer problema amoroso. Digo, mi primer problema amoroso serio, desde luego. Antes de eso yo ya había tenido rozo con mujer, pero ninguna me había marcado. A pesar de mi juventud y del hecho de ser popular entre las muchachas yo había evitado hasta entonces, aunque no fanáticamente, los líos de faldas. Por eso, cuando era yo quien organizaba una fiesta, las madres me prestaban con confianza a sus hijas y me las recomendaban para que las vigilara y las cuidara. Incluso iba con grupos de muchachas al río y nunca di nada que hablar a las chismosas lenguas del pueblo, grandes y variadas como las de cualquier pueblo pequeño. Bien dicen que la pequeñez de un pueblo se mide con el largor de las lenguas del vecindario. Entre las muchachas había una con la que me relacionaba mucho más por razones puramente familiares:

mi prima Carmencita, hija de mi tío Feliciano, hermano de mi mamá. Como era una muchacha joven y muy chula, de cuerpito de venado y ojos vivos, cachetíos chapudos y modos primorosos, tenía un verdadero enjambre de admiradores y yo, que por ser su primo me hacía el indiferente con ella y el que chiflaba en la loma, comencé a ser su confidente. Todo me lo contaba y yo procuraba darle consejos honestos y atinados, aunque eran consejos de gente joven y no de viejo gruñón. Hubo un momento en que el nuevo Comandante Local, el telegrafista y tres de los músicos de la orquesta del pueblo (que era la que actuaba en nuestras funciones de cine), se habían enamorado de ella a la vez. La Carmencita no mostraba preferencia por ninguno y más bien los repudiaba a todos, pero se angustiaba porque los cinco tipos se habían vuelto enemigos mortales entre sí a causa de su amor. Yo le aconsejaba únicamente corrección y le hacía ver que cualquier coquetería en aquellas circunstancias iba a ser una orden de “¡Rompan fuego!” Dado el apoyo que ella encontraba en mí en aquella situación, nuestra relación se hizo más estrecha y como los cinco pretendientes vieron que ella bromeaba y mostraba mucha confianza y cariño para mí, se pusieron más celosos que un chucho en brama y, en conjunto o cada uno por su lado, iniciaron la maledicencia contra la Carmen y yo. Bien pronto la cuestión andaba de boca en boca y estalló como una bomba cuando llegó a los oídos de mi tío Feliciano. Mi tío, en un arranque de cólera y sin hacer las preguntas y las averiguaciones que debía haber hecho, dio por verdad sentada lo que no era más que un chisme: que yo vivía con la Carmencita, que la había hecho mi mujer. Como suele suceder en estos casos, para mientras se averiguaba con más calma el asunto, me echaron encima a la Guardia Nacional. Para felicidad de mi más feroz rival, el Comandante local de la Guardia, enamorado como un león de mi supuesta seducida. Me capturaron y me remitieron al Juzgado de Tonacatepeque como estuprador. Mientras me llevaban amarrado con cáñamo por los pulgares, haciéndole bendito a las nalgas, y en medio de una pareja de guardias zamorros, mi tío Feliciano echó a mi prima de su casa, deshonorada sólo de palabra.

Finalmente mi papá intervino con abogados, los cuales consiguieron una orden de libertad bajo fianza que me liberó a medio camino del Juzgado, en plena carretera, ya que fueron a alcanzarnos a caballo porque mi viaje hacia Tonacatepeque era por cordillera. Aunque libre bajo fianza, yo había quedado muy amargado y descorazonado con aquella experiencia y sin el menor deseo de volver a San Martín.

Me fui de inmediato a San Salvador enviando una nota a los operarios del taller para que fueran liquidando poco a poco mis pertenencias y me enviaran el dinero.

En San Salvador comencé a vivir con amigos, pero casi inmediatamente encontré trabajo en un buen taller y pude alquilar mi propia pieza para vivir. La capital era un hervidero de actividad política y la organización obrera era su centro focal más visible. Desde entonces me sumé con todo mi fervor al movimiento organizado salvadoreño. De una vez por todas, para siempre. La Carmencita, por su parte, se vino detrás de mí para San Salvador y fue a buscarme a mi trabajo para hablar conmigo. Estaba triste y desolada por su papá y su familia pero quería enfrentar la vida nueva con espíritu optimista. Me dijo que si bien los chismes del pueblo eran chismes en lo que se refería a la inocencia de su cuerpo, no lo eran en cuanto a sus sentimientos hacia mí, porque era cierto que ella me quería y quería ser mi mujer de verdad y no solo en la boca de las gentes. Yo todavía traté de hacerle ver que la vida a mi lado iba a ser dura y miserable y que ella estaba aún muy joven como para echarse tantas cargas encima, que tal vez lo mejor sería que ella volviera a casa de su papá pidiendo perdón. Pero insistió e insistió y yo pensé al fin que para qué le iba a hacer mala cara a tan buena jugada del destino y la hice mi mujer de verdad.

Bien pronto estuve tan enamorado de ella como es necesario en estos casos en que uno es joven y tiene toda la vida por delante. A pesar de las cosas que pasaron años después y que conocerá quien termine de leer mi historia, que es también en parte la historia de muchas personas que me rodearon, me quisieron o me odiaron, nunca me arrepentiré de haber querido tanto y de haber hecho mi compañera a la Carmen. Fue a partir de entonces una compañera leal, sacrificada, a la vez paciente y luchadora, buena madre para mis hijos, buena mujer para mí, que mientras resistió la vida a mi lado fue la figura ideal que aparece en los sueños de todos los revolucionarios de carne y hueso.

Antes de seguir con la historia de mi vida quisiera decir algo sobre el Gobernante de la etapa que he narrado en las últimas páginas o sea Alfonso Quiñónez Molina. Por lo que ya he dicho es notable que la dinastía Meléndez-Quiñónez manejó a El Salvador como una finca, como un negocio. Pues bien, Quiñónez fue el abogado, el coyote, el capataz y el matón de tal negocio. Manejó en una mano el palo contra el pueblo y en otra el soborno y la corrupción.

Tuvo la suerte de tener un buen mercado internacional para el café ya que los precios altos le ponían en las manos unos cuarenta millones de colones al año. Fue un hombre corrupto y corruptor y tuvo medios para corromper.

A los “orejás” en los pueblos les daba concesiones para instalar fábricas de aguardiente y a sus queridas las nombraba administradoras de rentas y hasta jefas de policía en los pueblos, villas y ciudades. Era megalómano, adoraba la publicidad y gastaba millones en propaganda. Los grandes piratas internacionales, gringos y europeos, hicieron su agosto estafándolo con el truco de la publicidad pagada para formar opinión pública en el extranjero. Pero el pueblo lo odió con toda el alma y su recuerdo todavía provoca muecas de desagrado. Quiñonez fue por sus métodos de gobierno el Oscar Osorio de los años 20. Y pasará a la historia bien retratado en una coplita popular que se cantaba con música de “La cucaracha”:

Todas las muchachas tienen

en el pecho dos limones

y más abajito tienen

el retrato de Quiñonez.



Estado Mayor del General Augusto César Sandino, Mérida, Yucatán, México, 1929

Parados, izq.-der.: Cap. Rubén Ardilla Gómez (colombiano), Cap. José Paredes (mexicano), Gral. Augusto César Sandino (nicaragüense), Cap. Gregorio U. Gilbert (dominicano). Sentados: Froylan Turcios (Periodista hondureño) y el Coronel Farabundo Martí.

III

MOVIMIENTO OBRERO INCIPIENTE EN EL SALVADOR

La actividad en la zona de Ilopango. La Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores de Ilopango. La sindicalización suburbana y los primeros síntomas de la violencia.

Mi actividad en el seno del movimiento obrero de San Salvador fue bien pronto multifacética. Como seguía resintiéndome de una notable falta de preparación, a pesar de mis lecturas y de mi interés por todo lo cultural, participé activamente como alumno en la llamada Universidad Popular, dependencia educativa de la Federación Regional, fuertemente politizada en un sentido antimperialista, clasista y, de acuerdo con las inquietudes de la época, pro-Sandinista. No cabe duda de que en aquellos años agitados, la figura del gran guerrillero nicaragüense era el símbolo humano en el que se reunían todos nuestros anhelos políticos aún confusos, porque apuntaba en una dirección que era y sigue siendo valedera para la liberación de nuestros pueblos: la lucha contra el imperialismo norteamericano (y no en forma cualquiera sino en la forma concreta en que pelean los mejores hombres, la lucha con las armas en la mano, la mejor lucha). Fue en la Universidad Popular donde yo conocí personalmente a Agustín Farabundo Martí, que sería nuestro líder partidario en los sucesos de 1932, y fue en el seno de dicha Universidad donde se eligió democráticamente a Martí para que, juntamente con otros trabajadores salvadoreños, fuera a integrarse a las guerrillas del General Sandino que combatían en las selvas nicaragüenses. Las cátedras eran impartidas por muchos intelectuales y profesionales demócratas, como el Dr. Salvador Ricardo Merlos, y versaban sobre temas de la Economía, el Derecho y la ciencia de la política. Todos los profesores, felizmente, insistían mucho en situar el papel de enemigo principal que tenía para nuestros pueblos el imperialismo norteamericano y en sus rasgos más generales nos daban una idea de la estructura de la sociedad desde el punto de vista de la división clasista. La verdadera ideología del proletariado no aparecía sin embargo más que fragmentariamente, matizada con todos los ingredientes de la ignorancia, del idealismo, de la falta de información histórica, e inclusive de la tergiversación mal intencionada que ya para entonces se daba en algunos casos concretos. Pero no por ello el entusiasmo era menor. Los alumnos de la Universidad Popular nos sentíamos como el que ve la luz que señala la salida del laberinto oscuro y angustioso. Esta actividad de aprendizaje y el trabajo de propaganda que comencé a desarrollar paralela-

mente entre los obreros de mi gremio, me hizo comprender que en las nuevas circunstancias era una bobería seguir pensando en que San Salvador iba a ser para mí exclusivamente el encierro, el refugio contra mis penas personales acrecentadas en San Martín hasta el punto que ya dejé narrado. No debía enconcharme en los límites de la capital. Había comenzado a sentirme portador de una nueva verdad y creía que mi deber era comunicarla primeramente a la gente de la zona en que nací y crecí, a la gente que era más mi gente. Al fin y al cabo, el motivo de la huida de San Martín había quedado subsanado cuando me junté formalmente con la Carmen e inclusive mi tío Feliciano había vuelto a hablarme y a tratarme, convencido de que mis intenciones para con su hija eran serias y ya tenían por base sólida el amor mutuo. Y cuando me di cuenta de que tenía que vencer una gran resistencia interior para intervenir ante el público en las sesiones de la Universidad Popular y que aún venciendo aquella resistencia mis palabras siempre salían balbuceantes y totorecas, comprendí al mismo tiempo que eso no me pasaría jamás entre la gente de San Martín, Ilopango, etc., pues ahí yo conocía y quería a todo el mundo y todo el mundo me apreciaba y me respondía y yo estaría seguro de que mi palabra tendría desde el principio una verdadera influencia. Así que comencé a repartir mi actividad propagandística y organizativa entre San Salvador y mi zona natal. Pronto fui conocido en una nueva actividad, insólita para la gente de aquel entonces: fui voceador y repartidor del periódico *“El Martillo”*, órgano oficial de nuestra Federación Regional. Poco a poco aquella actividad de voceo y repartición fue tomando el carácter de lo que hoy llamaríamos una verdadera sucesión de “mítines-relámpago” y a partir de ellos fue relativamente cómodo pasar a la celebración de verdaderos mítines de propaganda organizativa que se repetían cada semana. Desde el primer momento me había dado cuenta de las magníficas posibilidades para la organización de los trabajadores en toda la zona de Ilopango y como primer paso había incorporado a varios compañeros activistas de la Regional a la tarea de vocear y repartir *“El Martillo”* y de lograr que los mítines dejaran fruto organizado. En aquellos mítines explicábamos a los trabajadores de los pueblos y de las fincas, a los artesanos y a los campesinos, los múltiples beneficios de la organización gremial, las reivindicaciones por las cuales cabía luchar dentro del marco legal de la época. La gente exponía también sus problemas, la terrible miseria en que vivían, los atropellos de que eran constantemente víctimas de parte de los patrones y autoridades. La comunicación entre la masa y nosotros tuvo el carácter de una descarga eléctrica lanzada por los cables adecuados: hubo un

resultado excelente desde el principio, pues nuestras palabras caían en tierra abonada por años y años de sufrimiento, vejaciones, miseria, engaño de los políticos tradicionales. La luz se hizo de pronto en muchas cabezas. No toda la luz en todas las cabezas. Pero se hizo la luz. La intensidad de nuestra labor se multiplicó en cuestión de días, lo cual hizo que las autoridades reaccionarias pararan muy pronto la oreja y comenzaran a vigilarnos, a controlarnos todos los pasos e inmediatamente a perseguirnos con saña. Pero ni nosotros nos amilanamos ni la masa se desinfló. ¡Qué carajos, si apenas estábamos comenzando una pelea que aún hoy no hemos terminado! Un día en que medio me descuidé me echó el guante la Guardia Nacional. La captura se hizo a causa de que un comandante cantonal de la zona de San Martín, un individuo malario de apellido Caballero, se quejó contra mí porque los reservistas del Ejército de la localidad, en vez de asistir a la parada militar que se celebraba dominicalmente allí, como era de obligación estricta, habían asistido en masa los últimos domingos a los mítines organizados por nosotros para vender “*El Martillo*” y explicar los principales conceptos contenidos en sus artículos de fondo. Me condujeron al puesto de Guardia acusado de hacer faltar a los reservistas en sus deberes militares. El comandante de la Guardia comenzó a sermonearme pero yo, que llevaba siempre en el bolsillo un ejemplar de la Constitución Política vigente, lo extraje y comencé a leer los artículos pertinentes para demostrar que nosotros los de la Regional de Trabajadores al celebrar los mítines no hacíamos sino ejercer un derecho constitucional y por lo tanto se me debía poner en libertad de inmediato. El hombre se convenció, pero antes de dejarme salir me dijo:

–“Conste, que al dejarlo libre a usted se me van de las manos 25 colones, pues ha llegado un telegrama circular de la Dirección General de la Guardia en que se anuncia que por la captura de cada uno de ustedes hay un premio por tal cantidad”.

– “¿Y quiénes son “ustedes” –le pregunté.

– “Ustedes, los agitadores”.

Me fui antes de que se arrepintiera y pensara más detenidamente en los veinticinco colones. Muy a tiempo, pues luego supe que me andaban buscando para capturarme de nuevo. El problema era que esa zona no podía ser abandonada por nosotros de ninguna manera. Ya nos habíamos tomado en serio el trabajo organizativo, como una cuestión de honor. La concentración obrera de San Salvador se nutría en gran parte de las zonas

aledañas, las de Apopa, Nejapa, Quezaltepeque, San Martín, Ilopango, etc. y los sábados y los domingos esa masa estaba presta para participar en la actividad política pero no en sus centros de trabajo sino donde habitaba: había que ir entonces a ella, había que buscarla en la zona en que vivía, en la zona en que se reconcentraba para descansar. A pesar de todo, aquel sector suburbano estaba más desguarnecido por las autoridades que la zona urbana. Y además había variedad de centros de población aislados entre sí por el monte y la distancia. Así, cuando la persecución se centró sobre mí en San Martín, yo centré por mi parte la actividad política en Ilopango, dejando en San Martín a otros compañeros menos señalados por las autoridades.

En Ilopango tendríamos una de las experiencias organizativas más hermosas de aquella época. Mi pueblo natal seguía siendo el mismo caserío soñoliento donde la sorda dureza de la vida iba pasando sin mayores convulsiones. La verdad es que aquella apariencia que mis ojos de niño aceptaron como la realidad era sólo la máscara de una situación dramática, del gran descontento popular punto menos que explosivo; el disfraz de una fuerza tremenda que solamente esperaba su cauce para plantearse como una protesta viva y actuante contra la injusticia y la miseria. A pesar del panorama altamente positivo que esta situación real planteaba y muy a pesar del cariño personal que los vecinos tenían por mí, no me fue fácil penetrar en Ilopango políticamente, es decir penetra: con mis nuevas ideas liberadoras. Hay que decir las cosas como fueron sin exagerar los colores rosados. Es que romper la cascara de las tradiciones, los temores, las prevenciones, la primera cascara sobre todo, es siempre una tarea peliaguda. Al principio la gente me rehuía en mi nueva actividad y se echaban a correr a mi respecto las bolas más descabelladas: que si yo era evangelista, luterano, masón, etc. Ignoro la razón de esos rumores porque en nuestras conversaciones nunca hablamos contra el clero católico ni tratamos sobre temas religiosos, ya que de sobra conocíamos el fanatismo ambiental de todo el país, sobre todo en aquel tiempo. Frente al rechazo original que amenazaba con hacernos fracasar en el primer impulso, decidí que antes de iniciar una amplia labor organizativa entre las masas, una labor de masas propiamente dicha, era menester dirigirme a los pocos amigos de verdadera confianza que yo tenía en el lugar y formar un grupo restringido, un núcleo original y central que en el futuro orientara, organizara y dirigiera toda la labor. Tuve pues, sin conocer nada de teoría revolucionaria, un pensamiento leninista: formar el núcleo selecto para movilizar las masas. Tuve mucha suerte en este tipo limitado de reclutamiento pues el grupo primigenio resultó ser de magnífica calidad.

Entonces fue que recluté para el movimiento obrero y para la revolución proletaria mundial a José Ismael Hernández, zapatero, de quien tanto se oír hablar en estas mis narraciones; a Vicente Ascensio, quien por cierto acaba de morir después de haber permanecido como un hombre honrado por toda la vida; a Marcelino Hernández, planificador, que moriría fusilado a mi lado en 1932; y a Reyes Presentación y Andrés Marroquín, ambos pescadores, que llegarían a militar en las filas de nuestro Partido Comunista. Estos fueron los horcones firmes, el grupo de apoyo que nos serviría para lanzarnos de lleno a la organización de la población de la zona de Ilopango. Hay que decir, en honor a la verdad histórica, que el nuestro no fue el primer intento organizativo en aquel lugar, ya que alguno; hombres progresistas habían intentado en ocasiones anteriores organizar a los trabajadores y campesinos de todas poblaciones circundantes o cercanas al lago, pero habían fracasado sin excepción en sus intentos y mantenían por ello una posición pesimista frente a nuestro trabajo, un gran escepticismo con respecto a nuestras posibilidades de éxito. Eran, entre otros, el profesor de la escuela, Héctor Calero, y un ferrocarrilero llamado Benjamín que era por entonces jefe de la estación y tenía bastante influencia en el pueblo. Ambos se aferraban a que allí era imposible hacer nada porque los habitantes eran un hatajo de brutos que no se daban cuenta ni de sus propios intereses. Nosotros sospechábamos sin embargo que ellos habían actuado siempre fuera de la realidad, que no habían planteado la organización a partir de los verdaderos problemas del pueblo y que por el contrario habían creado una barrera infranqueable entre su calidad de “instruidos” y la de “brutos” que le adjudicaban a los vecinos. Nosotros por lo tanto comenzamos nuestra labor sobre la base de investigar dónde estaba el interés de la gente respecto a la organización, en qué radicaba, con qué fines necesitaba el pueblo organizarse allí, cómo comprendería la gente que debía organizarse en una forma y no en otra. Logramos dar en el clavo y la organización fue acogida por la gente como agua de mayo. Evitamos las consignas abstractas, la organización por la organización, la organización planteada sobre puras babosadas que a nadie le van ni le vienen. No, nosotros sacamos primeramente a flote los problemas y solamente después indicamos el camino organizativo como el único medio de resolverlos de verdad. El núcleo selecto hizo una intensa labor de agitación a diversos niveles, incluyendo el nivel de persona a persona. Así se fue creando el clima y las condiciones que harían de Ilopango un verdadero foco para el movimiento obrero nacional, para la Revolución en El Salvador.

Después de esta primera etapa agitativa, el paso siguiente que dimos para ir verdaderamente hacia las masas fue la creación de un organismo público: lo bautizamos con el nombre de Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores de Ilopango. Era una sociedad mixta, antecedente en la zona de los Sindicatos de Oficios Varios, en que los trabajadores se agrupaban por el mero hecho de serlo, independientemente de su oficio específico. La Sociedad destacaba especialmente a los pescadores por su gran número y por la calidad de su espíritu de lucha, verdaderamente nuclear, como se verá pronto. Pero la heterogeneidad de la Sociedad era de varios tipos y no se debía solamente a la mezcla o mescolanza de oficios y por lo tanto de intereses específicos. Por ejemplo tuvimos problemas porque en el seno de la incipiente organización se abrió una especie de "lucha generacional". Los viejos se oponían a los planteamientos audaces del sector juvenil y tuvimos que darle salida a la cuestión organizando con cierto grado de autonomía la Sección Juvenil de la Sociedad que en definitiva vino a quedar encargada del trabajo más importante o sea del trabajo práctico de organizar al resto de la población de la zona en nuestras filas. Otro problema fue en el inicio el de las mujeres. Las mujeres de la localidad habían estado desde el principio contra nosotros. Influenciadas por el cura eran las que más regaban aquello de que los organizadores obreros de San Salvador éramos evangelistas o masones hiriendo el sentimiento católico de la generalidad. Felizmente nosotros sabíamos perfectamente que las mujeres de Ilopango, como sucede en el resto del país, tenían problemas económicos particulares y por ahí dirigimos también hacia ellas nuestra acción proselitista. Una gran parte del sector femenino de Ilopango y los cantones aledaños vivía de la venta del pescado, que a su vez era comprado a los pescadores. Así nos había hecho subsistir mi madre a mis hermanas y a mí. Un pequeño grupo de personas ricas del pueblo prestaban a las compradoras-vendedoras el dinero para la compra matutina del pescado a razón de un interés de "a diez por el peso al día". Es decir, al "módico" interés del diez por ciento diario. La que en la mañana obtenía un préstamo por tres pesos, debía pagar el pescado al pescador, venderlo de puerta en puerta, devolver por la tarde tres pesos con treinta centavos al prestamista y obtener de paso la ganancia necesaria para subsistir. Durante el día, las pobres mujeres andaban como locas para arriba y para abajo colocando la mercancía y en ocasiones no vendían nada o lo que vendían no alcanzaba para devolver el préstamo y los intereses, etc. Las deudas no pagadas se perseguían con la Guardia Nacional. Además, la que fallaba en la más mínima cosa el día de hoy o no se plegaba a los múltiples

caprichos de los usureros, seguro que no tendría mañana el préstamo necesario. La situación para estas mujeres era insoportable, tremenda. Nosotros formamos de inmediato una “alcancía popular”, en la cual por cierto se fueron todos nuestros ahorros, para eliminar de raíz aquella explotación criminal. Nuestra alcancía acordó prestar dinero a las vendedoras de pescado con un interés de “tres centavos por el peso a la semana”, o sea al tres por ciento semanal. Las mujeres se dieron cuenta a la luz de los hechos que nuestra sociedad era verdaderamente beneficiosa para ellas y para todos los pobres y dejaron de rechazarnos, ingresando masivamente en nuestras filas. Repito que ese iba a ser el gran secreto de nuestro grado de penetración en las masas salvadoreñas que siempre ha sido adjudicado por los reaccionarios a no sé qué fórmulas mágicas venidas de Rusia o del Infierno: llegamos al pueblo por la vía de sus reivindicaciones más urgentes, dando en el mero clavo, poniendo no sólo el dedo sino también la medicina en la llaga. Después del éxito de la alcancía, formamos el Departamento de Beneficencia General, destinado a prestar servicios sociales a todos los que en el pueblo los necesitaran, fueran o no miembros de nuestra Sociedad. Entre las labores de este Departamento estaban las de atender a los enfermos, transportarlos al Hospital de San Salvador cuando lo necesitaran (en ese tiempo un carro de alquiler, un taxi como se les llama hoy, por ir de Ilopango a San Salvador cobraba treinta colones y aún más, o sea más de lo que ganaba la generalidad de los vecinos en un mes), hacerles visitas, comprarles o conseguirles medicinas, etc. A este trabajo se incorporaron inclusive los reaccionarios más recalcitrantes del pueblo, los católicos que más nos fustigaban. El cura no pudo explicar cómo era eso de que los evangelistas y los masones enemigos de Dios y amigos del diablo podían practicar en forma tan organizada y nunca vista la caridad cristiana. Tan pronto como crecimos lo suficiente para financiarnos un amplio local, fundamos nuestro flamante centro cultural que vino a ser una versión ilopanguense de la Universidad Popular de San Salvador. En esta verdadera tribuna del pensamiento democrático se disertaba sobre todos los temas posibles: historia, literatura, ciencias naturales, experiencias de las artes y oficios. Por ella desfilaron los oradores más distinguidos de la época, entre ellos el Dr. Salvador Ricardo Merlos, el profesor Chico Moran; la intelectual Zoila Argentina Jovel, y, posteriormente, hasta revolucionarios extranjeros como el compañero peruano Esteban Pavletich, que también combatió como Martí en las guerrillas de Sandino y que aún vive en el Perú, escribiendo y luchando. Cuando era día de conferencia, por regla general en las actividades llamadas “Domingos

Alegres”, íbamos en parejas hasta la estación del ferrocarril local para recibir al orador programado, de tal manera que todo el pueblo se enteraba de nuestra actividad y un numeroso público engrosaba nuestras filas. Algunos grupos de la población se acercaban a nosotros nomás por curiosidad y no atinaban en los motivos de nuestras actividades. Grupos de jóvenes y viejos llegaban como quien no quiere la cosa, con cara de bobos, se sentaban en silencio, escuchaban las charlas y se iban sin decir ni pío. Pero eran los menos. La masa fundamental participaba activamente en todo. Cuando el tema lo permitía, por ejemplo en ocasión de que algún profesor llegaba a dar una charla sobre algún aspecto de botánica o mineralogía, se organizaban paseos por los alrededores durante los cuales se daba la enseñanza en vivo, ilustrándola con ejemplos prácticos del medio ambiente. Dicen que así era la escuela en la antigua Grecia y que por ello los alumnos aprendían más, porque siempre estaban con contacto directo con la naturaleza de que hablaba el profesor. Por eso los griegos fueron lo que fueron. El interés de la gente de Ilopango y de los otros cantones y pueblos era muy grande y nosotros hacíamos todo lo posible por aumentarlo. Después de las conferencias hacíamos rifas con bonitos premios y poníamos también música de guitarra y mandolina para bailar, cosa que atraía mucho a la gente joven. Yo digo que si hubiera sido necesario dar función de circo, no nos habría pesado tener que hacer de payasos o de volatines, aunque nos hubiéramos tenido que desgonzar todos. Organizamos al mismo tiempo una biblioteca que prestaba libros. Casi toda su dotación por cierto –así es la vida– nos fue regalada por el jefe de las obras del Cuartel de Ilopango, General Antonio Claramount Lucero, quien luego sería el eterno candidato a la presidencia de la República de El Salvador que a tanta gente enganchó con sus participaciones electorales puramente divisionistas. Todos los activistas de la Regional que participábamos de los trabajos de aquella Sociedad sabíamos que por su medio estábamos creando las condiciones para que nuestro contacto con el pueblo, el contacto de las ideas redentoras con el pueblo, fuera permanente y con la menor sombra de reservas posible. Además, el éxito de nuestros afanes era evidente y eso multiplicaba nuestras fuerzas. Claro que no todo era color de rosa y que además del recelo de las autoridades y de las persecuciones esporádicas, estaban las famosas y ya mencionadas malas lenguas de pueblo chico. La gente rica de Ilopango hacía correr rumores en el sentido de que algo raro había en nuestra organización, que nadie hacía el bien de gratis y que los padres no debían prestarnos a sus hijas para nuestras actividades porque luego “iban a salir preñadas sin que se

supiera de quién”. Nosotros contestábamos con las palabras de Cristo: “por sus obras los conoceréis”, o algo así. También hicimos una amplia campaña anti-alcohólica. En Ilopango, que, como ya expliqué, era un pueblo pequeñito, había más de media docena de cantinas y una infinidad de borrachos perdidos que daba miedo. Es que el alcoholismo siempre ha sido un problema tremendo en nuestro país, incomparable al de cualquier otro país del mundo. Creo que el día en que se haga la revolución en El Salvador hay que cerrar el chorro del guaro desde el primer día porque si no todo lo logrado se va a venir abajo. Incluso una hermana mía por parte de padre, la Luisa Chicas, era entonces una bola empedernida, la pobrecita, al grado de quedarse dormida en las calles o en medio de los breñales, donde le apretara la juma. Ya había perdido toda vergüenza y a menudo se engasaba. Pues bien, nuestra campaña redimió a muchos borrachos consuetudinarios y entre ellos a mi pobre hermana. Conseguimos además que las autoridades hicieran cerrar cuatro cantinas. Con estos dos éxitos de nuestra sociedad, yo en lo personal me gané la buena voluntad de mi papá por lo menos en aquel momento. Un día llegó a verme y dijo que estaba arrepentido por no haberse ocupado más de mí pues yo le había demostrado ser un hombre de bien, un hijo que pondría orgulloso al padre más encopetado. Me pidió que me trasladara a vivir a una de sus casas y dijo que en adelante sería de mi propiedad, que me la regalaba. Yo acepté el ofrecimiento y trasladé mis maritates para dicha casa, y trasladé a mi mujer. Seguidamente mi papá me dijo que quería darme en préstamo a largo plazo la suma de tres mil colones para que invirtiéndolos en el comercio del café pudiera yo tener buena subsistencia. Yo le dije que lo iba a pensar. Una semana más tarde llegó y me dijo que lo del café no estaba muy claro, pero que ya tenía elaborado el plan para invertir aquella plata en un negocio de botica en el centro del pueblo y que quería que yo estuviera al frente del establecimiento. Mi papá se hizo lenguas demostrándome que se iba a tratar de un negocio redondo para ambos.

– “Pero para que trabajemos con éxito –agregó en un momento– existe una condición: que te alejés de esa tontería de la política, porque en tus actuales condiciones cualquier inversión se viene abajo y se pierde”.

Yo rechacé su proposición y le manifesté que se me imaginaba que él estaba tratando de comprarme y que eso a mí no me gustaba. Se fue sumamente indignado, máxime porque le dije que no era la primera vez que trataban de atraerme con pisto y negocios, pero que antes los ofrecimientos habían

partido de mujeres calientes. Esa noche llegaron los otros hijos de mi papá con unos mozos que trabajaban con ellos y desentejaron la casa en que yo estaba viviendo, dejándola sin techo, de tal manera que tuve que abandonarla al día siguiente. Pensé por mi papá y por lo de la casa: “Al que da y quita le sale la corcovita”.

La actividad de nuestra Sociedad se amplió hasta labores que eran propias del gobierno municipal e inclusive del gobierno central. Por ejemplo en lo referente al arreglo de los caminos locales deteriorados y a la construcción de los que faltaban y eran más urgentes. Para cortar el camino vecinal que comunicaba a Ilopango con la carretera a San Salvador y San Martín, logramos que varios propietarios nos regalaran fajas de sus terrenos, derechos de paso, etc. La población se volcó íntegra para cubrir la necesidad de brazos. Recuerdo que desde Santa María Ostuma llegaban grupos de hombres en canoas, atravesando el lago, para trabajar en la preparación de los caminos. Las familias que por razones de fuerza mayor no podían trabajar físicamente, llevaban agua, comida, refrescos, para los voluntarios. Nuestra amplia labor de mejoras en el ornato público llegó hasta los oídos del Gobernador Departamental, el cual giró una ordenanza urgente para la Municipalidad de Ilopango a fin de que, con los gastos pagados por dicho Gobernador en su carácter personal, se iniciara inmediatamente la construcción del camino vecinal entre Ilopango y el Cantón Apulo, donde estaba la bonita playa de ese mismo nombre. El Gobernador interpretaba nuestra actividad como algo que tenía que ver con el proselitismo de un partido político electorero en formación y quería matar su chuchito a tiempo, sacar su tajada con nosotros o en contra de nosotros. Por eso trató de hacernos la competencia. Pero la gente del lugar estaba consciente de que todas aquellas mejoras y proyectos se debían fundamentalmente a la actividad entusiasta de nuestro grupo y de nuestra Sociedad y se acercaban a nosotros con gran emoción, dejando que la Municipalidad o la Gobernación cumplieran, en lo que no era más que su obligación, con mano de obra pagada. Esta rudimentaria organización en derredor de formas concretas de trabajo en común sería el germen del futuro sindicalismo de Ilopango y de la zona. Pero las labores de nuestra Sociedad hicieron también escuela a lo largo y ancho de nuestro pequeño país. Recuerdo una reunión de maestros efectuada en Ahuachapán, en donde el profesor José María Meléndez dijo:

–“Mientras en todos los pueblos y ciudades de El Salvador el sol se pone, en Ilopango nace refulgente un nuevo sol”.

El “nuevo sol” éramos nosotros, nuestra sociedad y las perspectivas de organización de la zona. Aún hay mucha gente en el movimiento revolucionario salvadoreño que dio sus primeros pasos en aquella escuela tan llena de vida. Por eso en el terrible año 32 las fuerzas represivas asesinaron a tanta gente y cometieron tantas barbaridades y crímenes en esa zona. Creo que tampoco fue una casualidad que a mí me fusilaran precisamente allí.

Independientemente de la importancia de todas estas labores que narro de manera muy general y que eran indispensables para comenzar a avanzar en firme, donde realmente nuestra sociedad comenzó a hundir sus raíces en la fértil tierra proletaria fue en el trabajo con los pescadores. Yo conocía, por haberlo vivido en carne propia, el drama de los pescadores. Vivían una existencia terrible y sus urgencias eran muchas, pero en lo inmediato elevaban dos demandas fundamentales. La principal era: “Libertad de playa”. Los terratenientes cercaban las playas lacustres correspondientes a sus terrenos y mandaban a sus trabajadores a destruir y quemar las casas de los pescadores construidas en ellas con los materiales más rudimentarios. Lo mismo pasaba en el resto del país con las playas del mar y las playas de los ríos grandes. Nosotros decidimos apoyar totalmente a los pescadores e iniciamos en todo el país, y no sólo en Ilopango, una gran campaña para pedir al gobierno que decretara la libertad de acción en todas las playas: en una zona de cien metros cuando se tratara de playas marinas, de cincuenta metros en el caso de playas lacustres y 25 metros en el caso de los ríos. 900 pescadores de Ilopango, Michapa, Chinamequita, Texacuangos y Candelaria Ostuma firmaron la petición inicial para el Presidente de la República y prácticamente todos los núcleos de pescadores del país nos enviaron por distintos medios sus adhesiones, su apoyo total y sus felicitaciones. Toda esta labor se inició ya a fines de la década de los veinte. La campaña prendió y comenzó a reflejarse en la prensa, convirtiéndose en un problema nacional. Las vendedoras de pescado se adhirieron unánimemente a nuestras posiciones. En verdad esta fue la primera demostración amplia de las grandes posibilidades de la organización combativa de los trabajadores. Porque efectivamente, éramos ya una fuerza organizada, aunque en un nivel bastante primitivo todavía. La campaña y la lucha se prolongaron sobremanera, se entremezclaron luego con la amplia lucha de todos los trabajadores salvadoreños por sus propias reivindicaciones y no fue sino hasta el derrocamiento del régimen de Arturo Araujo (fines de 1931), por las condiciones nacionales que creó aquel suceso, cuando se interrumpió esa histórica lucha de los pescadores salvadoreños. Digo esto porque recuerdo

que teníamos organizada una manifestación de más de mil pescadores por las calles de San Salvador cuando se dio el golpe de Estado que derrocó a Araujo. Ya para entonces yo actuaba como miembro del Partido Comunista y en el seno del movimiento obrero campesino a nivel nacional. La Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores de Ilopango, fue desbordada por esta actividad tan amplia de los pescadores, pero de ella sacó mil experiencias, ampliación de las miras y los objetivos de nuestro trabajo hasta entonces localmente limitado. Pero desde luego, en cuanto su actividad tomó claras características clasistas, la persecución de las autoridades en contra nuestra se intensificó. Aprendiendo a caminar sobre la marcha, estuvimos pronto en condiciones de librarnos de la represión y de trabajar con amplitud a pesar de la misma. Y es que la tendencia hacia la sindicalización era algo irreprimible. Por cierto que los pasos organizativos hacia ella también se dieron entre nosotros y nuestra zona en el seno de la lucha de los pescadores auspiciada por la sociedad. Porque además de la “libertad de playa” la otra demanda inmediata del gremio era la fundación de un movimiento cooperativista en su seno. Ahí entramos de lleno en el trabajo de organización gremial propiamente dicho. Los paupérrimos pescadores sabían que solamente unidos podrían ayudarse contra la miseria, tratar de mejorar los métodos de pesca, oponerse a la pesca con dinamita o con venenos que tanto dañaban a la fauna que les daba el sustento. Si bien al principio éstas y otras reivindicaciones se enfrentaban en forma de enormes preguntas sin solución, nosotros nos encargamos de plantear la organización como respuesta. En el primer momento fue la organización de cooperativas la que mejor respondía a aquellas necesidades. Respondía a las demandas inmediatas de los trabajadores y no asustaba más de la cuenta a las autoridades de la burguesía. Con la consigna de “crear el movimiento cooperativo” organizamos a los pescadores. Muchos de ellos fueron luego abnegados militantes comunistas: mártires durante la masacre del 32 o activistas clandestinos durante los años de la dictadura martinista y las épocas posteriores. Esta actividad cooperativista nos permitió salir del cuadro de los pescadores y tomar contacto con los trabajadores de las fincas cercanas. Nuestra propaganda reivindicativa, que no por primitiva era menos agitativa, fogosa, insurgente, halló eco inmediato en todo aquel proletariado, miserable hasta extremos espantosos. Recuerdo que nuestras primeras labores de entonces se efectuaron en las fincas y haciendas llamadas “Colombia” (propiedad de la familia Salazar), “Alicia” (pequeña extensión cultivada de café, que si no me equivoco era propiedad de los padres del que llegaría a ser Presidente de El

Salvador, el ridículo dictador José María Lemus), “Novoa”, “Escobar”, etc. En una finca que pertenecía a un coronel chileno que había sido contratado para dar cursos militares a los oficiales salvadoreños, trabajaba como mandador un compañero nuestro de la Sociedad que luego sería un destacado dirigente obrero y campesino y del Partido mismo (y que iría conmigo a la URSS en 1930), el camarada Modesto Ramírez. Nos ayudó mucho en la penetración en aquella zona. Nuestra labor no era solamente de agitación sino principalmente de organización, esto debe quedar claro. El éxito no se hizo esperar en esta nueva etapa de trabajo. Impresionó particularmente bien a la masa campesina la huelga victoriosa que desarrollamos en la hacienda “Colombia”, en procura de botiquín, aumento de salarios y mejora del rancho para todos los trabajadores. El resultado de todos estos acontecimientos fue que la organización cooperativista se relegó a un segundo plano y el interés tomó rumbos hacia la organización auténticamente sindical. Rápidamente nuestra Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores de Ilopango se transformó en el flamante Sindicato de Oficios Varios de Ilopango. Este fue ya un trabajo completamente normado por las directrices de la Regional y enmarcado en el amplio movimiento organizativo que se impulsaba en todo el país y no una iniciativa predominantemente “ilopanguense”. Desde luego que aquel Sindicato que fue el primero no sería el último. En pocos días fluíamos sindicatos de este tipo en Santiago Texacuangos, Joya Grande, Michapa y otros lugares. Lo importante de destacar aquí es que inmediatamente que se fundaban estas organizaciones, sus afiliados evidenciaban que a ellas los había llevado al mismo tiempo un interés gremial y reivindicativo y un interés político. Muchas veces antes de que nosotros comenzáramos a plantear tímidamente la lucha futura de un sindicato dado en pos de mejores salarios o de mejor trato y alimentación, los campesinos decían que lo mejor era ir pensando en cómo defender al Sindicato de las persecuciones y tropelías de los jueces, alcaldes y cuerpos armados y, mejor aún, planificar los medios por los cuales la organización podría ayudar a obtener autoridades propias de los obreros y los campesinos en los cargos públicos de la zona y, si era posible, del Departamento y, si se podía, de todo el país. Estas organizaciones comenzaron a relacionarse, con nuestra dirección y sin nuestra dirección, con otras similares del resto del país (ya construidas o en etapa de construcción) e inclusive con organizaciones del extranjero. El correo no estaba aún muy controlado. Reflejo de un grado de conciencia internacionalista puede darlo aunque sea mínimamente el hecho de que, por ejemplo, en el cantón El Matazano el sindicato naciera a la vida organizada con el nombre de Julio

Antonio Mella. Hubo en la zona central de El Salvador otros sindicatos con los nombres de Guadalupe Rodríguez e Hipólito Landero, líderes campesinos y revolucionarios de México, asesinados en su país por el enemigo de clase. Este germen de internacionalismo proletario que por entonces se reducía a honrar la memoria de los caídos en la lucha contra la burguesía y el imperialismo en América Latina, se desarrollaría posteriormente hasta servir de base a la actual tradición que ostenta nuestro Partido Comunista. Hay que hacer de nuevo una mención especial respecto a la importancia que tuvo para nosotros en este sentido la lucha del General Sandino en Nicaragua. El antimperialismo creció mucho en todos los sectores de la población salvadoreña, nuestro trabajo organizativo se apoyó mucho en ese sentimiento y nuestra organización contribuyó a extenderlo y profundizarlo. Es que en aquellos momentos hasta las fiestas de cumpleaños de cualquier hija de vecino y las procesiones de la Virgen terminaban con gritos y consignas en favor del gran guerrillero de las Segovias y en contra de los yanquis asesinos. Recuerdo que en una reunión social, cuyo motivo no recuerdo, hice gritar “Viva Sandino” hasta a mi papá. “Ya me jodió este baboso” –dijo, después del grito de respuesta, sin atinar a enojarse. Porque a pesar de su popularidad se trataba de consignas prohibidas: por un grito de esos lo metían a uno en la cárcel chichemente.

Desde que comenzamos a luchar en pro de las cuestiones de fondo de los pescadores, como ya he dicho, las autoridades a nivel local y nacional nos marcaron con cruz roja, y su persecución declarada se multiplicó. Con el crecimiento del trabajo cooperativista, las huelgas crecientes y el surtimiento del trabajo sindicalista, la represión fue peor aún. El gobierno destacó refuerzos para todos los cuerpos de seguridad de la zona, con órdenes drásticas para jodernos. Pero como también ya dije, en corto tiempo habíamos aprendido mucho y además estábamos ya rodeados por una considerable masa de población en veloz trance de politizarse hasta un nivel sumamente drástico. Pudimos dar, por lo menos por un tiempo, una victoriosa pelea frente a los intentos de las autoridades de destruir nuestras bases y desalojarnos. El pleno apoyo de la Federación Regional fue decisivo entonces. También nosotros pudimos recibir muy buenos refuerzos desde San Salvador: la Regional destacó para trabajar en aquella zona a nuevos cuadros obreros, no quemados ante las autoridades, que se hablan distinguido en la lucha sindical capitalina. Recuerdo entre los primeros cuadros que llegaron a trabajar en esas condiciones a Facundo López, indio puro, mundo de Santiago Texacuangos, y a un jovencito de apellido Acevedo. Pero a pesar de estos

buenos auspicios, las condiciones de la represión empeoraron día a día y precisamente por el crecimiento masivo de las organizaciones tuvimos que abandonar los locales en las poblaciones y basarnos en la zona puramente rural, en el mero monte incluso, como sede para nuestras reuniones, contactos, maniobras de propaganda, etc. Las reuniones silvestres fueron inolvidables tanto por lo multitudinarias como por el fervor de los asistentes y las condiciones, el clima, en que se daban. Hicieron época las reuniones masivas de organización sindical que hicimos en los montes cercanos a lugares como Chapettique, Candelaria Ostuma, Nance Verde. La reunión nocturna que celebramos en el lugar conocido como Cujuapa, hizo también sensación. Recuerdo que llegamos hasta allí desde Ilopango como delegados de nuestro Sindicato, justamente con femad Hernández, T cuando se anunció nuestra llegada, los aplausos retumbaron en la oscuridad. Para este tipo de reuniones, que comenzaron a proliferar en todo el territorio nacional, tuvimos que andar muchos caminos y veredas con Ismael. Desde Ilopango fuimos a pie hasta los departamentos orientales y occidentales, hasta Atiquizaya, Los Amates, Zacatecoluca, Chalatenango, etc. La representación de Ilopango en estas reuniones fue siempre muy aplaudida por la concurrencia. Asimismo en nuestras reuniones siempre contamos con delegados de todo el país. Ya para 1931 –y ahora estoy dando un salto en el tiempo– recuerdo especialmente una grandiosa reunión efectuada en una barranca llamada “El Papaturre”, en terrenos de la mismísima hacienda “Colombia”. A ella asistieron entre otros dirigentes comunistas, el camarada Farabundo Martí y Max Cuenca. Después de la reunión se colocaron banderas rojas en los árboles más altos del lugar. La reunión esa había sido denunciada a la Guardia Nacional por los propietarios de la finca y la Comandancia de Puesto pidió refuerzos para echarnos una especie de cerco. Nosotros supimos que la Guardia venía y sabíamos por dónde venía y cómo venía, porque teníamos vigilancia apostada en derredor de la reunión, desde gran distancia. La verdad es que con el número de gente que teníamos allí habríamos quitado a los Guardias no sólo los fusiles sino hasta los pantalones, con sólo las manos. Así fueran doscientos Guardias armados. Pero para evitar problemas mayores y para no correr riesgos innecesarios acordamos la dispersión sigilosa. Cuando los Guardias llegaron a la barranca sólo encontraron las banderas rojas.

Para asistir a aquellas concentraciones cada quien llevaba su bastimento, su comida. Era emocionante ver llegar a las familias campesinas con sus marimbas de hijos y sus paquetes de tortillas, sus batidores con el café y a

veces hasta sus perrajes para dormir en el lugar si era necesario. Cuando el Sindicato o el grupo que organizaba la reunión tenía posibilidades se mataban previamente algunos chanchos o un par de bueyes, para ser repartidos entre los asistentes. El entusiasmo, en lugar de disminuir por todas las dificultades, crecía y se reproducía.

La represión de las autoridades se hizo especialmente aguda en Ilopango, pues ellos suponían, y suponían bien, que aquel pueblo había sido un foco irradiador de tan intensa actividad de masas. Varios hechos concretos agudizaron aquella situación y finalmente hubo necesidad de que varios de los dirigentes más señalados tuvieran que abandonar el pueblo y pasar a trabajar a otros lugares. Uno de los hechos fue el siguiente: Los trabajadores de Ilopango decidimos que la fiesta del Patrono San Cristóbal debía ser celebrada en aquel año por nuestro Sindicato, cuya militancia era en mayoría católica, en forma separada con respecto a las fiestas titulares que organizaba la Municipalidad, pues en estas fiestas siempre se discriminaba a los obreros y a los campesinos y solamente se tenía en cuenta y se daba importancia a las familias ricas, terratenientes y comerciantes. El cura se puso en contra nuestra, con el grito en el cielo, argumentando que quien organizaba la fiesta era él y, como primera medida, en nombre de la Iglesia y del Papa, se negó a prestarnos la imagen del santo para hacer nuestra procesión. Pero una señora amiga mía tenía en su casa una imagen grandota de San Cristóbal y accedió a prestárnosla y con ella organizamos la ceremonia. Como el cura ya estaba endiablado y no quería ver risas en cara ajena, cerró con cadenas y candados las puertas de la iglesia a fin de que nosotros no pudiéramos entrar para culminar frente al altar mayor nuestra procesión popular. Con todo y santo nos quedamos afuera y el descontento fue enorme porque en la procesión de los trabajadores iba desfilando y cantando casi toda la población de Ilopango. Como el cura, para mayor seguridad mandó a llamar a la Guardia, ya que no las tenía todas consigo, decidimos terminar la procesión frente al templo, llevarnos nuestro santo sindical y retirarnos cada quien a su casa. Pero la provocación no paró ahí. Esa misma noche, el cura y algunos vecinos ricos le dieron fuego al altar mayor de la iglesia y armaron el escándalo, afirmando que habíamos sido nosotros los incendiarios. Frente al pueblo sin embargo, no se atrevieron a proceder contra nosotros. El fuego se apagó y nos fuimos a dormir. Proyectaban capturar al día siguiente, uno a uno, en sus casas, a todos los dirigentes del Sindicato a fin de enviarnos bajo proceso criminal a la Penitenciaría de San Salvador, pero nos cupo en suerte que en esa fecha precisamente casi todos los directivos del Sindicato tuviéramos que salir muy

de madrugada con rumbo a Tonacatepeque para asistir a un jurado que se efectuarla contra los sindicalistas de Ilopango que habían sido acusados falsamente de robo de bueyes. Porque la represión y el hostigamiento contra el pueblo no venía exclusivamente de parte de la Guardia Nacional o la Policía sino también de todo el aparato del Estado y de la sociedad, de parte de los organismos judiciales, de los terratenientes y sus bandas armadas, etc. A cualquiera lo acusaban de robo y lo procesaban, y en las fincas los vigilantes disparaban con escopeta a los simples recogedores de leña vieja y chiribiscos. Mataron a varias personas así, los desgraciados. Doña Lola de Alfaro, por ejemplo, tenía muchas propiedades en derredor del pueblo y en ellas estaban la mayoría de los “ojos de agua” y los pozos para lavar, coger agua potable y bañarse. La vieja tal por cual mandó a tapiar los pozos y comenzó a vender el agua como si no hubiera estado forrada en dinero. Con casos así era natural que se produjeran roces y problemas entre la población y quienes tanto la oprimían y amolaban. Y como dicen, tanto va el cántaro al agua que al fin se rompe. Así sucede con la paciencia popular. En aquel Jurado de Tonacatepeque que nos salvó de caer presos por lo del incendio del altar, logramos sacar libres a los compañeros, pero cuando volvíamos en triunfo supimos que en las afueras de Ilopango nos esperaba la Guardia Nacional y la policía judicial de San Salvador para capturarnos. El cura había hecho un sermón en el que nos había acusado con nombres y apellidos como incendiarios sacrílegos. Nosotros nos negamos a huir y tras eludir las emboscadas que nos había tendido la guardia, entramos al pueblo. A esa hora ya estaba reunida una gran multitud en la plaza, para rechazar las acusaciones del cura en contra nuestra y para manifestar a gritos que no se iba a permitir que nos capturaran y nos llevaran presos a San Salvador. Un buen número de hombres de aquella multitud habían llegado a la plaza con los machetes desenvainados. Por primera vez en aquella época salieron a relucir los machetes para detener la arbitrariedad de las autoridades. Los guardias y los judiciales, a pesar de que formaban un nutrido grupo en conjunto, semblantearon a la gente y como la vieran decidida a todo, se hicieron los locos y se marcharon. De tal manera que por lo menos momentáneamente pudimos eludir el proceso, pero en adelante tuvimos que vivir ya clandestinamente, sobre todo Ismael Hernández y yo. Pero, como bien dicen los que saben de angustias, a tres puyas no hay toro valiente. El hostigamiento también comenzó a venir por parte de las fuerzas del Ejército acantonadas en el Cuartel que se había terminado de instalar en el aeropuerto en construcción en las inmediaciones de Ilopango, del cual ya

hablé antes. Ya con la mera construcción del mentado aeropuerto comenzaron los líos y fricciones porque para ella se había expropiado a puro huevo extensos terrenos de propietarios grandes, medianos y pequeños, y el descontento había sido tremendo. Y luego la jodedera de los soldados. Ya dije antes que el aeropuerto mató durante mucho tiempo a Ilopango, como un cáncer. Y lo repito ahora con más razones. La economía agrícola del pueblo quedaba seriamente lesionada con los trabajos del aeropuerto ya que las grandes extensiones que habían sido arrozales y milpas, frijolares y cañaverales, en adelante iban a ser pistas asfaltadas para que aterrizaran los aviones comerciales y militares. Y si aun con aquella producción agrícola funcionando, el pueblo se debatía entre el consumo mínimo y la miseria total, fácil es imaginar lo que pasó sin ella. Y el angelito del General Claramount parece que le dio carta libre a sus soldados para que cometieran toda clase de abusos contra los pacíficos pobladores del lugar. Lo que antes había sido nuestro orgullo, o sea la cantidad de muchachas bonitas que teníamos en la localidad, comenzó a ser una desgracia más. Los soldados llegaban y, por la fuerza, se llevaban a las mujeres que les gustaban, sin preguntar si eran casadas o solteras, para tratar de cogérselas en los terrenos del mentado aeropuerto. Nuestros muchachos y nuestros hombres reaccionaron como se debe. Y los muertos comenzaron a nacer. El caso que llevó la situación al verdadero colmo fue el de un aviador militar de apellido Velado, que encerró en el cuartel a una muchachita de trece años y la violó bárbaramente. Después de hacer con ella lo que quiso, la sacó desnuda a la calle y dijo que era una puta nada más. La muchacha era muy estimada en el pueblo y no pudo aguantar la vergüenza y se envenenó. No se llegó a morir, pero el vecindario se enfureció tremendamente y cuando el malario aviador apareció muy orondo por las calles de Ilopango, fue capturado por la gente y entregado al Juez competente. La acusación se hizo en nombre de la familia, de nuestro Sindicato y de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador. El General Claramount en persona llegó a la cabeza de cincuenta soldados armados para que el Juez le entregara al aviador, pero mientras él alegaba, en derredor del Juzgado nos reunimos unos doscientos hombres armados de machetes, piedras, palos y algunas pistolas, dispuestos a no dejar salir a nadie de allí aunque se armara la de Dios es Cristo. Yo entré al Juzgado como parte de dos de las entidades acusadoras y oí la conversación. El General Claramount insultaba al juez, pero éste que estaba indignado moralmente por la fea acción del aviador, le respondía que no podía soltar al reo, que tenía que pedir instrucciones al Juez de Primera Instancia de

Tonacatepeque, su superior jerárquico. Habló por teléfono y felizmente resultó que el Juez de Tonacatepeque era un viejo huevudo y apegado a la letra estricta de los Códigos y las Leyes, porque de inmediato le dijo al Juez de Paz de Ilopango que capturara también al General Claramount y lo remitiera por cordillera juntamente con el aviador acusado, por obstrucción de la justicia y no sé cuantos más delitos. Claro que eso ya no se pudo hacer, pero el General Claramount se tuvo que ir con sus 50 soldados con la cola entre las patas y el proceso se inició en contra del aviador precisamente en nombre de la Federación Regional de Trabajadores, ya que la familia de la muchacha puso en sus manos todos los poderes de representación. Claramount se estuvo unos días ahuevado, quietecito, pero luego dio rienda suelta a su resentimiento, desatando una tremenda persecución contra nosotros y fue ahí cuando Ismael Hernández y yo tuvimos que dejar Ilopango. Estas ocurrencias no eran particulares de la localidad, de Ilopango. En mayor o menor medida, situaciones similares se planteaban por diversos motivos en todo el país. Por eso fue que en el año de 1932 la chispa insurreccional por el agudo descontento y furor de las masas prendió tan violentamente tanto en el centro del país como en Ahuachapán o en Sonsonate. Podían encontrarse diferencias superficiales entre la situación de unos y otros lugares, pero el uniforme era siempre el alto nivel de la miseria: los salarios en el campo eran de treinta y cinco centavos diarios como promedio, para dar un dato simple (14 centavos de dólar). Consecuentemente con esa realidad, la labor de agitación no necesitaba interpretaciones caprichosas, exageraciones o énfasis. No había lugar para la demagogia, eso hay que decirlo claro, bastaba con hablar de la realidad tal como era, ya fuera en términos generales o en casos particulares, para que cualquier hombre honrado se sintiera herido en lo más hondo y comprendiera por sí mismo la urgencia de cambios profundos que tenía el país. Puede ser que se tratara de una muy elemental y primitiva forma de tomar conciencia revolucionaria, pero hay que comprender que en aquel entonces no contábamos con toda la elaboración teórica, con la ayuda de toda la experiencia práctica que a estas alturas nos pueden ofrecer tantas revoluciones victoriosas que podemos observar a lo largo y a lo ancho del mundo. Yo puedo responder únicamente por mí mismo, pero puedo decir que en aquellos mítines en que se hablaba de las condiciones de trabajo, de los lecheros que morían con los riñones reventados por el exceso de trajín a lomos de caballo, de los niños que reventaban de parásitos sin posibilidad de recibir atención médica, del hambre general que azotaba en todas las direcciones, no fue nada difícil de entender, de una vez por todas, conceptos

que me sonaban en los oídos tales como “lucha de clases”, “dictadura del proletariado”, etc. Y pude comprender el deber de las organizaciones revolucionarias ante realidades como la nuestra y las responsabilidades propias de los dirigentes. La dirección de la FRTS estuvo siempre en los lugares de la pelea, en los mejores y en los peores momentos, por eso siempre contamos con el respaldo y el respeto de las masas. Nuestra consigna era: no abandonar a las masas a su suerte, si un dirigente debe ir a otro lugar a causa de la persecución, debe antes asegurar la continuidad del trabajo con substitutos eficaces. Nuestro trabajo en Ilopango, por ejemplo, dio frutos múltiples aún después de que el núcleo dirigente original debió retirarse a otra zona. Recuerdo que para cuando el General Claramount lanzó su candidatura para Presidente de la República en 1930, de la zona de Ilopango obtuvo solamente un voto: el de Hermógenes Polanco, cuyos bueyes pastaban en las tierras de dicho General Claramount.



Agustín Farabundo Mártir (5 de mayo de 1893 - 1 de febrero de 1932) “el Negro”, cambió su apellido durante la juventud en homenaje al héroe cubano Jose Martí.

IV

EN EL NÚCLEO DEL NACIENTE MOVIMIENTO OBRERO SALVADOREÑO

Radicalización de la Federación Regional y sus primeros vínculos internacionales. La llegada al país de los cuadros extranjeros. La lucha de corrientes en el seno de la Regional. Las ideas y la educación comunistas. El primer núcleo comunista. La fundación del Partido Comunista de El Salvador.

La Sede de la Federación Regional de Trabajadores en San Salvador era el centro donde nos llegaba la intensa propaganda internacional de aquella época. Recibíamos materiales de Holanda, Argentina, Francia, Italia, Estados Unidos, México, etc., en los cuales se reflejaban varias tendencias y posiciones que por entonces influenciaban al movimiento obrero mundial. Así llegaban a nuestro país las tendencias reformistas, anarco-sindicalistas, anarquistas y comunistas que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero internacional. Por el carácter gremial de la Federación Regional, la corriente que mayor acogida tuvo en los primeros tiempos fue el anarco-sindicalismo, pero también cundió en sus filas el reformismo impulsado por los oportunistas de la II Internacional desde Amsterdam. Sin embargo, con el transcurso de los días, un grupo de carpinteros, sastres, tejedores manuales, zapateros y activistas de la Liga Inquilinaria (que se había desarrollado paralelamente al movimiento sindical) comenzamos a coincidir en las posiciones comunistas, nutriéndonos en los folletos de Lossovsky, la propaganda que llegaba desde la URSS, el periódico *"El Machete"* del Partido Comunista Mexicano, el Boletín del Buró del Caribe de la Internacional Comunista, las primeras críticas del camarada Stalin a la colectivización, etc. A estas alturas nuestra Federación Regional estaba ya afiliada a la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA) que también nos prestó gran ayuda moral y material. Con grandes dificultades, a causa principalmente del atraso en el nivel ideológico de todo el movimiento, comenzó a plantearse la lucha por la dirección del proletariado salvadoreño organizado. Desde el punto de vista de su influencia real entre las masas la Regional tuvo éxito desde sus comienzos y rápidamente aglutinó en su seno a los sindicatos de mecánicos, motoristas, textiles, zapateros, panaderos, vendedores ambulantes, carpinteros, sastres, albañiles, barberos, hojalateros, saloneros, ferrocarrileros y, lo que era importantísimo, también a los Sindicatos de fincas, que estaban formados por los proletarios sólo como excepción por algunos del campo y de los

campesinos más pobres, y a los llamados Sindicatos de Oficios Varios, urbanos y suburbanos, como el que nació en Ilopango en el proceso que he narrado antes, es decir, sindicatos mixtos tanto por las diversas ramas de la producción de las cuales provenían los afiliados como porque en ellos entraban indistintamente obreros urbanos, artesanos y proletarios agrícolas. Por aquel entonces llegamos a tener en la Regional unos 75 mil afiliados (el número de trabajadores que movilizábamos e influenciábamos era aún mayor) que casi en un sesenta por ciento eran jóvenes. La lucha ideológica, precisamente por su nivel primitivo, tomaba en ocasiones numerosas los cauces más violentos y no era nada raro que en las sesiones sindicales se llegara a las manos y se apoyaran los puntos de vista a puras trompadas. También salían de vez en cuando a relucir los cuchillos. Y hasta más de alguna pistola. En uno de esos bochinches recuerdo que al Dr. Salvador Merlos lo iban a matar a puñaladas por una intervención suya muy atinada, y se salvó únicamente porque los que para entonces ya nos creíamos comunistas, actuamos unificadamente, lo defendimos de la agresión y lo pudimos sacar del local y ponerlo fuera de peligro. La enconada lucha entre las corrientes en el seno de la Regional nos convenció de la necesidad de que, persiguiéndose la unidad y la estabilidad de la organización, alguien debería ser arrojado por la ventana. Ni pensábamos en que podía ser posible una conciliación parcial o total. De manera que, en espera de las batallas siguientes, nos preocupábamos por pertrecharnos ideológicamente en el menor lapso posible. A estas alturas comenzamos a leer al camarada Lenin, que fue quien verdaderamente nos abrió los ojos hacia las nuevas formas de organización y hacia las nuevas actitudes personales y colectivas que la Revolución y el movimiento obrero necesitaban en los nuevos tiempos. Leímos poco de Lenin, lo que pudimos conseguir. Pero por lo menos conocimos *“El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo”*, *“La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky”*, etc. Hacíamos en derredor de las obras de Lenin, vida de lectores y discutidores, por así decirlo. Y es que Lenin es un mundo inagotable de enseñanzas del cual, desgraciadamente, repito, sólo pudimos conocer en aquellos tiempos pequeños folletos, artículos, fragmentos, etc. Por ese entonces comenzamos asimismo a ser atendidos por el movimiento obrero y revolucionario internacional. Con ese objeto llegaron al país camaradas de experiencia y preparación como Jorge Fernández Anaya, de la Juventud Comunista Mexicana; Ricardo Martínez, del Partido Comunista de Venezuela, a quien le decían “Rolito” y había sido activista del movimiento sindical reformista dependiente de Amsterdam, pero que luego había

evolucionado hasta las posiciones revolucionarias, leninistas, ganando gran prestigio y autoridad, por cierto; Jacobo Jorowics, marxista-aprista del Perú, en el tiempo que el APRA no era aún la bacinica que fue después y sigue siendo. El camarada Rolitos nos fue utilísimo aclarándonos los problemas de la composición social de la población del campo. Jorowics impartía Economía Política, particularmente para aclararnos el concepto de la plusvalía y su significado fundamental en el proceso de toma de conciencia revolucionaria de los proletarios explotados. Y Jorge Fernández Anaya trataba los problemas de organización. La Revolución Salvadoreña tendrá siempre una deuda de gratitud con estos camaradas que con tanto esfuerzo y abnegación sentaron en muchos de nosotros por lo menor las bases conceptuales para afrontar la lucha de clases en forma científica. Claro que es menester aclarar y decir que aun antes de la llegada de estos valiosos camaradas extranjeros, nosotros habíamos hecho por nuestra cuenta varios intentos de formar la escuela de educación comunista. El primer intento se hizo en torno al bachiller Alfredo Díaz Nuila, que tenía algunos conocimientos marxistas, fruto de sus estudios en el extranjero. El nos explicaba a un grupo de trabajadores las lecciones contenidas en *“El ABC del Comunismo”*, de Bujarin. Era un amigo muy buena gente y muy cordial con todos nosotros, pero no acabó de calar en nuestro medio de proletarios ya excesivamente golpeados por la vida. Puede ser que hayamos sido demasiado exigentes con él. Finalmente se retiró de aquella actividad educativa por las presiones de su familia, especialmente de su señora madre. Con el maestro Francisco Luarca, conocido como El Indio Luarca, medio poeta y medio compositor, masferreriano y soñador, hicimos el segundo intento en 1928, pero con este compañero, que clasistamente estaba más cerca de nosotros que el bachiller Díaz Nuila, había el problema puro y simple de que no era marxista. Más aún: desconocía hasta los rudimentos del marxismo-leninismo. Era un radical de anhelos revolucionarios, muy honesto y muy apasionado, muy “salvadoreño”, pero nada más, y por lo menos nos ayudó a elevar el espíritu de los jóvenes sindicalistas que asistíamos a sus cursos, cursos que no eran sino una mezcla muy divertida de literatura y sociología rudimentaria, en donde las figuras cumbres eran el sinvergüenza de José Vasconcelos y José Enrique Rodó. Alfonso Rochac, que luego llegaría a ser Ministro de Economía de El Salvador y que ha sido uno de los cuadros más inteligentes en cuestiones de organización económica con que han podido contar el imperialismo yanqui y la oligarquía en nuestro país –para dar al César lo que es del César–, llegaba a meterse frecuentemente en aquellas intencionadas nuestras de estudio organizado, pero sólo participaba

para confundirnos y embrollar los problemas. Repito que se trata de un hombre muy inteligente, no me ha cabido nunca la menor duda de eso, pero ya desde entonces tenía una mañosidad rara para darle vuelta a las cosas claras. Nos quería imponer el gusto por la literatura romántica, por el gusto de la forma, dejando de lado las cuestiones de contenido. Decía que Vasconcelos era mejor que Rodó porque manejaba la forma literaria con más calidad. Un día me regaló un librito encauchado en blanco: poesía romántica. Esa fue la oportunidad precisa para plantearle de una vez por todas mi inconformidad con sus posiciones. Y no porque a mí me desagradara la poesía romántica, al contrario, ella siempre me hizo vibrar, nunca fui sordo para un buen poema, inspirado, sincero, profundo, sino porque de lo que se trataba en aquellos momentos era de centrarnos en una tarea exclusiva y excluyente en el terreno del estudio y la discusión, es decir, la tarea de formar ideológicamente a un grupo de obreros y artesanos casi analfabetas que se enfrentaban con grandes insuficiencias a las durezas extremas de la lucha social. Todo lo que fuera diferente a este propósito y fuera diversionista con respecto a las necesidades fundamentales que enfrentábamos, hacía daño y había de ser combatido frontalmente. Ya fuera la poesía romántica o las discusiones sobre el fondillo de la Reina de España. Algunos compañeros decían inclusive que yo exageraba y que era de un sectarismo que daba miedo, pero aquel choque con Rochac sirvió mucho para poner las cosas en su lugar y guardarnos de maniobras, sirvió inclusive para que el profesor Luarca subrayara muchísimo más, en sus charlas, los aspectos políticos, sociales y hasta organizativos. Precisamente desde este último punto de vista puede decirse sin exagerar la nota que el Indio Luarca, incluso desde posiciones literario-sentimentales pudo hacernos ver el poder de la asociación, de las formas organizativas en el seno de una sociedad. En las excursiones que hacíamos por el campo, costumbre nacida en Ilopango pero que ampliamos en el seno de la militancia sindicalista en San Salvador, Luarca nos mostraba la armonía de la naturaleza, los insectos, las flores. Y siempre hallaba punto de comparación para una anécdota de contenido positivo para nosotros. Entre tantas y tantas anécdotas tuyas, yo recuerdo especialmente algunas que han sobrevivido a las brumas del tiempo. Por ejemplo, la anécdota de la serpiente y los zancudos. Hubo una vez, en una charca, una enorme serpiente que se comía a cuanto zancudo llegara a beber agua o a poner sus huevos en la shuquía. Como eso no podía seguir así –decía Luarca–, el más inteligente de los zancudos pidió audiencia a Dios y fue a suplicarle que eliminara a la serpiente para que sus hermanos zancudos pudieran seguir

viviendo. Dios no quería intervenir en los problemas de sus criaturas, pero por no dejar, aceptó hacer algo y le lanzó una pedrada desde el cielo a la serpiente. Pero la pedrada de Dios apenas le golpeó la cola a aquel animal y los zancudos incautos que siguieron llegando al charco fueron devorados. Entonces el zancudo inteligente organizó a sus compañeros en guerrillas. Mientras unos le picaban los ojos, otros atacaban por la panza y otros por el chunchuoiyo, hasta que al fin la serpiente tuvo que irse para el carajo y dejar el charco y para acabar de joder agarró un paludismo de tembladera que la mató bien matada. La moraleja era que cuando surge la organización hasta los zancudos pueden hacer más que Dios con todo y piedras. Otra anécdota era la de la rana y el conejo. Resulta que ambos decidieron hacer una carrera para ganar un gran premio que iba a dar el rey de la selva o sea el puma. El conejo tenía todas las de ganar porque es muy veloz y en cambio la pobre rana sólo puede dar saltos de vieja afligida. Pero entonces la rana habló con sus compañeras ranas y les pidió que se colocaran en gran número a lo largo del camino real, señalado como ruta de la competencia. A cada cerrar de ojos del conejo, una rana se ocultaba y otra nueva salía de su escondite de la orilla de la ruta y decía:

–“Apúrate, conejo lento, que adelante estoy”.

Hasta que el vanidoso conejo terminó por agotarse y las ranas, que aquel creía eran una sola, ganaron el premio. Estos cuentecitos de Luarca los recogíamos, los escribíamos y los publicábamos en la prensa obrera de entonces. La mera verdad es que nos ayudaron mucho para afilar la ingeniosidad en las tareas organizativas. Luarca nos sensibilizó mucho el espíritu sin necesidad de hacernos escoger, como quería Rochac, entre lo bonito y lo práctico, pero de todos modos no era esa educación la que exactamente necesitábamos entonces. Así se organizó un tercer grupo de estudios dirigido por el profesor Juan Campos Bolaños, migueléño. El había leído un poco de marxismo, pero su verdadera base estaba en Gustavo Le Bon y otros por el estilo. También este grupo se dispersó y era natural: la fugacidad mayor o menor de estos grupos se debía principalmente a la falta de capacidad de su dirección. Sin embargo jugaron un gran papel, tuvieron un gran valor, fundamentalmente porque agruparon en una labor común, aunque fuera una labor temporalmente fallida, precisamente a aquellos trabajadores que ya para entonces nos sentíamos comunistas o anhelábamos ser comunistas y queríamos crear las condiciones para serlo de una manera consciente y organizada. Del seno de esos grupos de estudio, precursores y

primitivos, salimos por lo menos conocedores de la crítica y la autocrítica como método de discusión y avance entre revolucionarios y además, como aprovechábamos las reuniones para discutir también los problemas concretos del movimiento obrero, gran parte de las líneas y directivas sindicales comenzaron a salir estructuradas de ahí, o sea, del grupo “comunista”. Perfectamente conscientes de nuestra propia debilidad ideológica y política, de nuestra incapacidad para impulsar hasta donde era necesario la educación de nuestros incipientes cuadros y de nosotros mismos, pusimos los ojos en el extranjero. Si el sistema de la opresión y de la explotación es internacional ¿por qué los obreros van a ser tan estúpidos de depender exclusivamente del nivel nacional? Primero fuimos a un panificador llamado Calixto para que fuera a estudiar sindicalismo a México y luego, como ya dejé dicho arriba, comenzaron a llegar los cuadros del movimiento internacional para ayudarnos. Esta fue la forma definitiva de acabar con la educación sindical y revolucionaria improvisada que, con todo y lo bien intencionada, no era propiamente marxista y menos aún leninista. Esa educación improvisada para los trabajadores se había iniciado en El Salvador allá por 1920, en el seno del Centro Cultural Obrero “Joaquín Rodezno”. Recuerdo que yo asistí irregularmente a ese centro cuando comencé a trabajar en San Salvador, porque mi maestro Gumercindo me pagaba las clases. En ese centro, el animador principal fue el profesor Francisco Morán, que daba charlas sobre los soviets y sobre las brillantes perspectivas universales de la Revolución Bolchevique, sobre lo que los rusos iban a hacer de su patria liberada. En ocasiones, hablo siempre de la primera parte de los años 20 en estos momentos, algún espectador bien intencionado le decía al profesor Morán que tuviera cuidado con lo que decía pues posiblemente habría en el auditorio más de algún policía secreto u “oreja”. Entonces don Chico tronaba y decía:

–“No le tengo miedo a los leones, contímás a los ratones”.

La consigna revolucionaria mundial en el seno del movimiento obrero era entonces la de arrebatarse la dirección a los reformistas y a los anarco-sindicalistas. A estas alturas, mi maestro Gumercindo Ramírez, el tal Raúl B. Monterrosa, unos obreros de real mérito humano y gremial apellidados Tejada y Soriano, y el famoso orador proletario Joya Peña, se habían vuelto reformistas y tataratas. Los expulsamos en 1928. No fue tarea fácil porque a pesar de sus posiciones regresivas mantenían el prestigio que les había conseguido su pasado y eran respetados todavía por la masa, pero con el peso a nuestro favor de las organizaciones suburbanas, principalmente las de

llopango y cercanías, los fregamos por completo. En 1929 se llevó a cabo el V° Congreso de nuestra Federación Regional y los que nos considerábamos ya comunistas tomamos la dirección regional del organismo. Para entonces, habiendo sido desplazados los reformistas en la forma mencionada, la pelea central se planteó con los anarco-sindicalistas. Yo quedé encargado de las finanzas de la Federación, con el apoyo de los “comunistas” y el de los anarco-sindicalistas, pero cuando éstos vieron que en el desempeño de mi cargo yo no me plegaba a sus posiciones y no hacía concesiones a su línea, como había sido su esperanza cuando me apoyaron, tomaron venganza: acordaron dejar de pagar sus cuotas y comenzaron a desarrollar una campaña de sabotaje financiero entre la base para debilitar nuestras posibilidades como dirección. En las condiciones económicas tan precarias en que se encontraba la Federación, aquel sabotaje nos hizo un daño tremendo y fue la causa de enormes sacrificios por parte nuestra y de la masa que nos seguía firmemente. El dueño del local en que habíamos instalado nuestra sede nos hizo desalojar por morosos y a duras penas logramos conseguir los fondos para trasladarnos a otro local, situado frente al Parque Belloso. Aquí el problema tomó otro carácter: como la lucha ideológica era tan subida de tono y degeneraba en frecuentes escándalos, muy poco tiempo pasó sin que los propietarios nos quitaran el nuevo local. De nuevo nos encontramos con que debíamos mudarnos, pero esta vez no podíamos pagar otro local porque la caja estaba vacía. Hicimos un extraordinario esfuerzo de financiamiento en el cual cada quien dio lo que tenía, ya fuera dinero en efectivo, objetos personales, animales domésticos para vender, joyas humildes de las mujeres, boletas de empeño, ropa, zapatos usados, muebles, etc. En una sola jornada reunimos cien colones, que eran suficientes para alquilar una casa que el Dr. Enrique Córdoba padre tenía en ofrecimiento. Entre angustias y esfuerzos de este tipo, fuimos empujando y consolidando la línea revolucionaria dentro del movimiento obrero salvadoreño, hasta hacerla por sí misma motor del desarrollo de todo el movimiento de masas del país.

Por esa época asimismo comenzó nuestro movimiento obrero a hacerse representar en diferentes Conferencias y Congresos internacionales. El obrero David Ruíz fue así a Washington para participar en el V° Congreso Panamericano de Trabajadores. Gumercindo Ramírez y Raúl Monterrosa habían ido antes de su expulsión a representarnos al Congreso de la CROM en México y habían venido muy bien impresionados por el movimiento revolucionario y anticlerical de aquella etapa de la Revolución Burguesa Mexicana. Pero la concurrencia más importante fue la que hicimos a la

Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina que se realizó en Montevideo con posterioridad a una reunión de la CSLA, en 1929, si no me equivoco. Los Delegados salvadoreños a la reunión de la CSLA fueron invitados a la Conferencia de los Partidos y recibidos en ella como “grupo comunista salvadoreño”. Ellos eran: Serafín G. Martínez, mecánico, que muriera fusilado a mi lado en el año de 1932; José León Flores, del Sindicato de Zapateros, que luego hizo estudios económicos y llegó a ser Cónsul de El Salvador en Nueva York y conocido hombre de negocios en nuestro país; y Luis Díaz, carpintero. Ninguno de ellos era comunista entonces y el único que llegaría a serlo formalmente sería Luis Díaz, quien por cierto fue elegido en su oportunidad Secretario General del Primer Comité Central de nuestro Partido, es decir, cuando éste se fundó, en 1930. Sin embargo, cuando regresaron al país, hicieron un importante trabajo de divulgación de las consignas de la Conferencia en las fábricas de San Salvador, en los sindicatos gremiales y en la Empresa de Electricidad. La cosa no llegó a más entonces porque el grueso de la actividad de la Regional se dedicaba al trabajo organizativo en el campo y las zonas suburbanas, donde, como ya he dejado esbozado, habíamos penetrado con una profundidad sin precedentes en la historia nacional. Por aquellos días, recuerdo, se dieron algunas ocupaciones de tierras por parte de los campesinos y peones, entre ellas la invasión a la finca “Turín” y a los terrenos antiguamente ejidales que se había robado la familia Salaverría. Un cura dominico, el padre Diez, español oscurantista y fanatizante, denunció a la Regional como una organización sovietizante. Así llegamos a la preparación del VI Congreso de la Regional, en un ambiente de polémica y hostigamiento. Todavía teníamos problemas económicos agudos por la actitud de sabotaje de los disidentes anarco-sindicalistas e inclusive pasaba que, por no estar claro en la mente de importantes sectores de masa quién tenía la razón en la disputa interna, muchos sindicatos se abstendían de pagar su cuota esperando mayor claridad. En aquellas condiciones, la convocatoria para el nuevo Congreso fue un golpe de audacia por parte nuestra, porque debido a la insistencia mía, la Regional se comprometió a pagar los gastos de concurrencia y estancia a los delegados de las zonas rurales, que por cierto eran mayoría. El VI Congreso fue un éxito. Pero es que para entonces ya había algo nuevo en el movimiento revolucionario salvadoreño: ya había surgido nuestro Partido Comunista.

Hasta 1929, los obreros en el terreno político éramos simples juguetes de los partidos electoreros. Los estudiantes universitarios hacían un tipo de oposición al régimen que yo calificaría de chocarrera, destinada únicamente a poner en ridículo al Gobierno de turno, sin profundizar en las causas básicas de los problemas del pueblo. Era una oposición satírica, de caricaturas, carrozas bufas, bromas y tomaduras de pelo. Esa oposición, en definitiva, favorecía al régimen social injusto, le daba al descontento popular una válvula de escape totalmente inofensiva. Aprovechándose de su innegable influencia entre las masas, principalmente en las ciudades grandes, los estudiantes universitarios proponían además a través de los diversos partidos electoreros a los candidatos que se les antojaba, aunque fueran los más descalificados, política o moralmente hablando. Los estudiantes decían que actuaban así “por joder”. Por estas vías fue que llegaron a ser electos Alcaldes de San Salvador individuos como el Dr. Antonio Romero, un borracho consuetudinario, y el famoso Severo López, apodado “Talapo”, que era verdaderamente un picaro de siete suelas. Es natural que ante tal bochornoso espectáculo fuera reforzándose en la mente de la clase trabajadora la idea de que era conveniente contar con un partido político propio, que defendiera los intereses específicos de nuestra clase en todos los terrenos. El núcleo revolucionario, el de los que nos sentíamos comunistas, al cual pertenecíamos un número cada día mayor de compañeros, estaba aún más claro frente a este problema: sabía que ese partido no podría ser cualquier partido, por el contrario, que ese partido solamente podría ser el partido marxista-leninista, el Partido Comunista. La idea pasó a concretarse más y más y tuvo las condiciones para su realización definitiva con la llegada del joven comunista mexicano Jorge Fernández Anaya, que al mismo tiempo de llegar a El Salvador para trabajar en la atención teórico-política del movimiento sindical, vino a servirnos, objetivamente, de enlace con el movimiento comunista internacional.

En marzo de 1930 se citó para la reunión de Constitución del Partido Comunista Salvadoreño. Fueron convocados a ella los cuadros más destacados, más firmes, más revolucionarios del movimiento obrero y sindical de aquella época. No forzamos la historia patria cuando decimos que nuestro Partido Comunista es hijo de la clase obrera salvadoreña, pues entre nosotros no se dio el caso, ocurrido en otros países, de que el PC se organizara primeramente en el medio universitario o entre la intelectualidad pequeño-burguesa. Nuestro PC salió de las entrañas mismas de nuestra clase obrera, de nuestro movimiento sindical, como una forma superior, política, de organización de

clase. Los cuadros intelectuales que dieron los aportes principales en el aspecto teórico, fueron cuadros ya formados por el movimiento obrero mundial. La intelectualidad pequeño burguesa salvadoreña propiamente dicha jugó un importante papel de precursora del Partido con la divulgación de algunos elementos de la ideología comunista, pero su papel directo en la creación del Partido, en los momentos de su fundación, fue escaso. En el futuro inmediato sí sería muy importante la penetración de los pequeño-burgueses, por lo menos de los pequeño-burgueses de origen, en el seno del Partido. Para bien y para mal. Pero esto se verá un poco más adelante.

Con ayuda de los pescadores del lago de Ilopango, se encontró un lugar adecuado, discreto, para la reunión de Constitución del Partido: una playa oculta por el follaje de los árboles, en las cercanías de Asino. Los asistentes a la reunión seguramente iban a ser confundidos con los grupos de paseantes que, en las tardes calurosas, llegaban hasta aquellos lugares para comer y beber, tomar fresco y bañarse. Las casas de habitación de quienes íbamos a pasar a ser comunistas de verdad, es decir, organizados, eran muy pobres: ranchitos de adobe, cuartuchos en algún mesón barato, etc. y no constituían lugar seguro para uní reunión tan importante como aquella. Entre amates y almendros, pues, se instaló la reunión de Constitución de nuestro Partido de clase.

No pasábamos de treinta o treinta y cinco personas, pero ahora yo considero que hasta muchos éramos si tomamos en cuenta que, por ejemplo, los camaradas chinos fundaron su gran Partido partiendo de una reunión de 50 personas. Después de concienzudas discusiones acordamos dejar fundado el Partido Comunista Salvadoreño y pasamos a elegir el Primer Comité Central. La memoria me falla en detalles, pero puedo decir que entre los miembros del CC que resultaron elegidos entonces, estaban los siguientes camaradas: Luis Díaz, carpintero, que pasó a fungir como Secretario General; Luis López, albañil; profesor Víctor Manuel Angulo, secretario de organización; profesor Juan Campos Bolaños, secretario de propaganda, etc. listos dos profesores fueron los primeros dos intelectuales en el seno del CC, aunque la verdad es que a esas alturas estaban ya sumamente proletarizados e inclusive trabajaban como obreros y no como profesores. Había asimismo en el CC, Secretariados de Finanzas, de asuntos sindicales, de asuntos campesinos, culturales, etc. Después de esta elección alguien planteó el problema de organizar especialmente a los jóvenes comunistas y de responder a nuestras obligaciones internacionales fundando y echando a andar la Sección

Salvadoreña del Socorro Rojo Internacional, la organización de ayuda y defensa del proletariado mundial en la lucha antimperialista que producía tantas víctimas de diverso tipo: presos, muertos, heridos, procesados, perseguidos, torturados, viudas, hijos abandonados, enfermos, desempleados, etc. Se aceptaron ambas proposiciones. La Dirección de la Juventud Comunista Salvadoreña quedó integrada por los camaradas de apellido Belloso y Sorto, ambos tipógrafos; un muchacho zapatero llamado Ladislao cuyo nombre completo se me escapa; el zapatero José Umaña, quien por cierto es policía, “oreja”, en la actualidad; el carpintero José Centeno, quien luego fue becado para ir a estudiar a la Unión Soviética, donde pasó unos años, regresando después de los acontecimientos del año 32 a Cuba, donde se quedó a vivir, perdiendo todo contacto con nosotros. Tal vez se podría preguntar a los camaradas cubanos si se supo o se sabe algo de él. Yo mismo fui electo como Secretario de Organización de la JC. Como responsables del Socorro Rojo Internacional quedaron los camaradas José Ismael Hernández, zapatero, y Balbino Marroquín, albañil. Desde luego que la fundación del Socorro Rojo no tuvo como fin únicamente el de responder a nuestra obligación internacional, como he dicho que fue introducida la proposición en aquella reunión, sino que principalmente para enfrentar las necesidades de la lucha que avizorábamos llena de víctimas de la reacción y el imperialismo. El Socorro Rojo se hizo cargo de canalizar nacionalmente no sólo la ayuda y la solidaridad internacional con nosotros sino, y en medida principal, la ayuda que a las víctimas de la represión burguesa daba el pueblo salvadoreño en general, incluidas las capas de la pequeña burguesía y de algunos sectores menos maleados de la burguesía. La Juventud Comunista por su parte tuvo como objetivos inmediatos la penetración en los medios universitarios y la organización de los obreros jóvenes. Asimismo fue la encargada principal de la penetración comunista en el Ejército, cuya masa fundamental estaba formada por el campesinado joven, reclutado forzosamente.

Ni en el partido ni en la juventud existió en aquel entonces la organización celular. Los organismos de base eran Comités Locales de ocho, doce, quince y hasta veinte personas, pero prácticamente podían crecer sin límites, y que si bien estaban supeditados a una Dirección Departamental y a la Dirección Nacional, tenían un gran radio de acción autónoma sobre todo en su organización interna y en el trabajo en su localidad. Optamos por este tipo de organización, no por ignorancia de los principios leninistas de estructura del partido, pues a esas alturas, sobre todo a través de las revistas argentinas que nos llegaban, hasta de memoria conocíamos los esquemas de una

organización celular, sus ventajas y sus fines. Pero por el nivel político específico de la masa obrera salvadoreña, por sus características, el Comité Local se adaptaba mejor que la célula a nuestras necesidades de rápido crecimiento.

A partir de entonces, de la constitución del Partido Comunista, el movimiento revolucionario salvadoreño se fortaleció multiplicadamente en todos los frentes de la vida nacional, presentando un carácter orgánico sin precedentes, una gran claridad de miras y objetivos y un elevadísimo espíritu de combate. Pero, desde luego, como consecuencia de ese auge popular, la represión del enemigo también multiplicó su crueldad. A medida que los mítines y manifestaciones se celebraban en todo el país, el número de perseguidos, de encarcelados y apaleados crecía. La lucha por la libertad de los presos, el reclamo proveniente de las fuerzas solidarias en el mundo, eran nuevos medios para elevar la conciencia de nuestro pueblo y hacer que nuestra batalla diaria trascendiera hasta el conocimiento del movimiento obrero internacional y formara parte de la actividad por la revolución mundial.

La Dirección de la Federación Regional estaba en manos de “los comunistas” y a partir de marzo de 1930 pasó a estar en manos de los Comunistas. Carlos Castillo, que era un dirigente del Partido, aunque no recuerdo si formaba parte del Comité Central, pasó a ocupar el cargo de Secretario General de la Federación. De Castillo hay cosas que se deben decir y hay cosas que no sé si se deben decir. Aunque en el seno de la Federación quedaron militando varios núcleos influenciados por el reformismo y el anarco-sindicalismo, nuestra línea partidaria pasó a encarnarse en la acción y el Programa de la misma. Es más, el programa y las tesis de los comunistas comenzaron a prender en las más amplias masas populares y no sólo en el marco del movimiento obrero organizado. Yo creo que esto se debió a que habíamos comenzado a actuar en la política nacional partiendo de nuestras necesidades concretas, de las condiciones específicas de El Salvador, aunque nuestra visión cada día se nutriera más de la concepción científica del marxismo-leninismo y de la experiencia internacional. Aunque fuera de manera primitiva y vaga, teníamos ya la idea de la importancia que tiene para la revolución conjugar las posibilidades reales del país en el seno del amplio marco internacional. Dentro de esa manera de comprender la tarea organizativa político-revolucionaria, nuestro partido se proponía encabezar al pueblo unificado en torno de un gran objetivo: la realización de la revolución democrático-burguesa. Yo creo que esa consigna era justa en aquella época y

que nuestros pasos organizativos y agitativos se ajustaron a ella en forma bastante positiva. Después de tomar en nuestras manos la dirección del movimiento obrero organizado, luchamos por su unidad y su fortalecimiento y sólo cuando estuvieron dadas estas condiciones por lo menos en la medida mínimamente necesaria, fue que pasamos a insistir en nuestro programa revolucionario, cuya realización presuponía ineludiblemente la toma del poder político por parte del pueblo salvadoreño. Se equivocan rotundamente quienes nos acusan de haber levantado la consigna de la revolución democrático-burguesa en forma mecánica, por consigna recibida de la IC. Es verdad que aquella era la consigna general de la época para los países dependientes y semicoloniales, pero en nuestro caso ello surgió del análisis de nuestras condiciones. No es cierto que con ese planteamiento, nuestro Partido trataba de mediatizar a una burguesía que no existía. Estábamos en un país que ya había entrado en la segunda fase de su desarrollo industrial, independientemente de sus muchos resabios. ¡Y entonces no existía el poderío del campo socialista como hoy! No podíamos, sin caer en la irresponsabilidad plantear de una vez las nacionalizaciones, la reforma agraria profunda o el desarrollo no capitalista de la economía como se puede hacer ahora por ejemplo en África. La revolución democrático-burguesa tendría que haber operado entre nosotros como un concepto bastante limitado, circunscrito a sus características más esenciales, y aun éstas habrían tenido que ser modificadas en la práctica para resultar óptimas en el seno de la débil estructura económica y de clases del país. Tuvimos el cuidado de no desligar esta consigna general, de la lucha diaria por las demandas más urgentes de los trabajadores y los campesinos, buscando despertar en el pueblo la confianza en sus propias fuerzas, medio para mi insuperable de la formación de la conciencia revolucionaria. Nuestros errores, incluso los errores debidos a nuestro estrecho sectarismo, no fueron de estrategia, de consignas generales como esta de la revolución y su carácter. Creo que esto quedará claro cuando yo entre a analizar los hechos de la insurrección del año 32. Repito que, eso sí, huimos como el diablo de las consignas huecas. No escatimábamos los motivos más cotidianos para movilizar a las masas. Por ejemplo, en el campo llevábamos a los peones y colonos a la concepción de la revolución democrático-burguesa, con las amenazas de huelga contra los patronos o con la realización efectiva de esas huelgas, hasta por la obtención de tortillas más grandes en el rancho diario, por mayor cantidad de frijoles en cada tiempo y la inclusión del café en dicho rancho; por la abolición de las tiendas de raya y el sistema de fichas en las haciendas; por aumentos de

salario y mejor trato; por la reparación o renovación por cuenta de la hacienda de los ranchos de paja en que los colonos vivían, etc. Los frutos de esas formas de lucha en cuanto a acercar la masa a nuestra línea programática general no se hicieron esperar. Y tampoco se hicieron esperar en el terreno de la obtención de reivindicaciones laborales, lo que aumentaba la confianza de la gente en los métodos de lucha que nosotros proponíamos. En la hacienda “Aguas Frías”, para el caso, propiedad de la familia Sol, situada en los alrededores de Santa Tecla, después de algunos días de planteada la huelga, la patronal cedió, aumentando los salarios, de 37 centavos diarios a un colón. Lo mismo pasó en la hacienda “Colombia” y en otras. Hubo una huelga de gran repercusión, dirigida, como todas las demás, por nosotros, contra la empresa constructora del balneario “La Chacra” y los Tanques de Holanda en San Salvador. Pararon en su transcurso novecientos trabajadores y se ganó un aumento del 50 por ciento en los salarios. Recuerdo que ahí tuvo gran lucimiento el entonces camarada Carlos Castillo. Perdimos una huelga muy batallada contra la empresa pavimentadora de San Salvador, pero ganamos las demandas de rebajas de alquileres en los mesones y las tarifas del alumbrado eléctrico, demandas que fueron apoyadas con grandes campañas de masas. En Santa Ana triunfamos también consiguiendo rebaja en las tarifas eléctricas, pero el triunfo fue solo aparente pues la empresa se las ingenió para reducir al mismo tiempo que los precios, las horas de servicio. Yo digo que las empresas eléctricas de El Salvador han sido unas de las mayores chupasangres de nuestra historia.

Toda esta actividad representaba, desde el punto de vista personal, sacrificios enormes. La miseria era espantosa, el desempleo era feroz. Comíamos cuando se podía y andábamos sucios y casi harapientos. El Secretario General del Partido tuvo que meter de cocinera a su mujer en una casa de gente rica y como él no tenía ni para comer diariamente, con frecuencia iba a esperarla cerca de la casa a fin de que ella le diera las sobras de comida que hubiera podido recoger en la cocina. O sea, ni más ni menos que lo que los salvadoreños llamamos “la papelada”. Yo y mi familia y el camarada Ismael Hernández y la suya, nos amontonamos en un pequeño cuarto de mesón que parecía corral de cerdos porque no nos alcanzaban los centavos para más: éramos en total siete personas, tres niños y cuatro mayores. Nuestras mujeres vendían fruta por la mañana y por la tarde hacían tamales también para vender a fin de sobrellevar la situación y a fin de que los hombres nos pudiéramos dedicar por completo al trabajo organizativo y revolucionario.

Con el año de 1930 se había abierto un nuevo período electorista. El Partido Constitucionalista, que postulaba para Presidente de la República al Dr. Miguel Tomás Molina, me ofreció un cargo como propagandista con un sueldo mensual de 150 colones. Por cierto que fue la señora madre de los hermanos Marín, los que serían héroes y mártires en la insurrección civil militar de 1944 contra Martínez, quien me hizo el ofrecimiento en nombre del propio Dr. Molina. Otro partido político, no recuerdo cuál, hizo el mismo tipo de ofrecimiento a Ismael Hernández. Decidimos, por insistencia de Ismael, consultar al Partido qué hacer frente a tales ofrecimientos, sobre la base de que mi opinión era desde el principio la de que no debíamos aceptarlos porque eso significaría ponerse al servicio de la farsa electoral de la burguesía, aún cuando en ella participaran personas más o menos limpias, como podía ser el caso de Molina. El Secretario General del Partido, camarada Luis Díaz, compartió mi opinión y nos dijo que primero estaba el prestigio del Partido, que los comunistas debíamos cuidar nuestro honor sobre todo en un medio como el salvadoreño, en el cual, por ejemplo, la gente se da cuenta de que una muchacha *era* honrada a partir del momento en que se hace público que ha metido la pata. Luis Díaz le quitó así todas las dudas a Ismael.

Claro, al lado de la inevitable miseria y de estos afanes para mantener la verticalidad de conducta de los comunistas, también surgían entre nosotros diversas actitudes exageradas extremistas y pueriles. Por ejemplo, la ola de lo que yo llamo “proletarismo estúpido” nos hizo mucho daño entonces y después. Prácticamente era considerado como un crimen el uso de la corbata por parte de los comunistas. Yo tuve que botar mis camisas de cuello porque sólo en camiseta era uno bien recibido entre los compañeros. En caso contrario caían sobre uno las burlas, las cuchufletas y en ocasiones hasta los insultos. En lugar de cinturón de cuero llegué a usar una pita de cáñamo para sostener los pantalones. Desde luego que esto era incomprensible para nuestras familias y para muchos compañeros. Hubo militantes abnegados que nos manifestaron sus dudas ante aquellas actitudes:

–“Por la gran chucha, camaradas, ¿quiere decir que para ser comunistas tenemos que llegar a ser los más pobres y andar todos jodidos?”

La presión de mis hermanas (que por cierto nos ayudaban económicamente para medio comer y para pagar la renta del cuartucho del mesón) era la más insistente: ellas no comprendían por qué, siendo nosotros obreros jóvenes, fuertes y hábiles, pasábamos tanta miseria.

Un día que llegó mi mamá a casa de mi hermana mayor en momentos en que yo estaba también allí, mi mencionada hermana me dijo en tono dramático y emocionante:

– “Hoy que está aquí mi mamá, quiero que digás de una vez en frente de ella lo siguiente: ¿a quién querés más, a esas tonterías en que andás metido o a mi mamá?”

– “Yo quiero mucho a mi mamá –le contesté, mirándola fijamente– pero estas tonterías en que ando metido son cosas necesarias para todos y alguien tiene que hacerles frente. Mi mamá me ha hablado siempre de los grandes hombres y me los ha diferenciado de los traidores. También me ha hablado de los sufrimientos de la Virgen María, la madre de ese revolucionario que era Cristo. Aquí estamos hablando nosotros tres y sé que nos queremos mucho, pero yo estoy luchando por millones de hombres, que tienen millones de mamases y millones de hijos y millones de esposas y millones de hermanos y hermanas. ¿Qué dirían Uds. si el General Sandino bajara del Chipotón y se rindiera a los gringos por complacer a su mamá?”

Mi madre me vio fijo a los ojos y luego se volvió a mi hermana y le dijo:

– “Ve, Pilar, yo lo he parido a éste y sé que sus sentimientos son buenos, a pesar de que yo no entiendo nada de lo que dice”.

Mi mamá había recibido una gran impresión hacía poco con la muerte de mi tío Feliciano Mármol, su hermano más querido, quien en su lecho de muerte le había dicho:

– “No desdeñen a Miguelito, yo lo comprendo. Esa actividad en que anda metido lo va a llevar a la muerte, pero se trata de una actividad muy grande y muy digna, en la que sólo participan los mejores de entre los mejores”.

De cuando en cuando mi mujer me contaba que algún pariente de ella o alguna amiga de confianza le aconsejaba que me abandonara, porque conmigo no había porvenir. Yo le respondía que quienes tal cosa le decían tenían toda la razón del mundo y que posiblemente se lo decían por su bien, pero que así era la triste vida de un soldado de la revolución y que yo no podía ponerle remedio a nuestra pobreza sin dejar de ser un hombre honrado. Ella me quería mucho, como quiere la mujer a su hombre, y yo la

quería a ella también mucho, como quiere el hombre a su mujer. Con la juventud y el amor disimulábamos hasta el hambre y mi mujer rechazaba los consejos sensatísimos de la gente. Eso sí, yo siempre le advertí que cuando ella decidiera otra cosa que fuera sincera y leal conmigo, porque el amor es una cosa que se puede acabar en cualquier momento, pero si queda la lealtad como lazo entre las personas, se puede superar cualquier circunstancia o se puede resolver de común acuerdo acerca de un camino mejor para ambos. Lo que sí jode todo es la mentira.

No se vaya a creer que estas miserias eran las únicas penalidades que pasábamos los revolucionarios de entonces. Cuando en varias ocasiones he dicho que: represión se multiplicaba no lo he hecho por hacer frases. Lo que pasa es que no me gusta insistir tanto en este aspecto de las persecuciones que sufrimos porque esta no es una narración de aventuras, sino simples anotaciones de mis recuerdos más generales en lo de que útil tengan o puedan tener para la juventud revolucionaria de hoy. Y porque yo sé que a los revolucionarios de verdad nunca les ha gustado insistir demasiado en sus desgracias. Pero la verdad es que todo el odio y la saña de la burguesía y de sus títeres de turno se derramaba sobre nosotros cada día más. Ya durante los últimos meses de 1929 y durante 1930 yo tenía que usar varios escondites y refugios para huir de la policía y hasta me vi obligado en varias oportunidades a disfrazarme. Mi refugio principal seguía siendo Ilopango porque allí la gente me conocía más y me protegía mejor. Y luego, pasaba que las autoridades, sobre todo la Guardia y la Policía tenían un personal intercambiable que no se quedaba mucho tiempo y por lo tanto no llegaban los esbirros a conocerlo a uno a la perfección. Los campesinos de los alrededores me hicieron un pequeño subterráneo y en él trabajaba a cualquier hora con mi máquina de escribir, haciendo octavillas, manifiestos, documentos, etc. Unos niños, hijos de comunistas, eran mis centinelas y avisaban la proximidad de la Guardia o de simples peatones con una campanita o con el estallido de unos cohetillos que yo mismo les compraba. Se divertían ellos y me ayudaban mucho a mí. En las ciudades grandes, sobre todo en San Salvador sí que tenía que andar con pies de plomo. En una ocasión tuvimos una cita en el Parque Centenario con Carlos Castillo. Hablamos unos minutos y nos separamos. Al tratar de salir nos vimos rodeados por la policía. A Castillo lo capturaron pero yo pude escaparme. Cuando lo volví a ver me dijo que lo habían soltado después de un interrogatorio acompañado de una santa paliza. Luego, la casa de nuestras mujeres, digo, la casa de la mujer de Ismael y la de la mía, estaban

permanentemente vigiladas. Los policías llegaban a fingir ser borrachos que dormían la mona en plena calle, para ver si me sorprendían. Pero siempre me les pude zafar e inclusive me las arreglaba para ver a mis criaturas, que siempre han sido, la debilidad de mi corazón. Una vez logré penetrar en mi casa pensando que no había vigilancia en los alrededores. Mi hijito estaba gritando como un loco porque se había cagado en los pañales y no estaba la mamá en la casa. Cambiándole los pañales estaba cuando por la ventana alcancé a ver que la policía estaba rodeando la casa. Con gran dolor de mi alma tuve que dejar a mi hijo todo cagado y me escapé por el techo, por una parte desentendida que había. Después me fui caminando por los techos de las casas vecinas hasta poder saltar hacia una vía férrea y me perdí en el monte. Otra vez que estaba escribiendo un manifiesto contra Araujo, me sorprendieron tres policías. Pero conmigo había dos camaradas jóvenes y fuertes que demostraron estar dispuestos a romperse la madre con los cuillos. Estos salieron corriendo con intenciones de pedir refuerzos y nosotros aprovechamos para escapar. Un vecino, que era guatemalteco, que ni siquiera era amigo de nosotros, pero que suponía en lo que andábamos y se dio cuenta del conato de escaramuza, entró al cuarto nuestro, tomó la máquina de escribir y los materiales y lo colocó todo en el asiento del cochecito de su niño, sentando a éste, lleno de pañales, encima de todo el bulto. De inmediato llegó un grupo grande de policías pero ellos ya no hallaron nada en la casa. Luego el guatemalteco, usando siempre el cochecito como transporte, nos llevó la máquina y los documentos a un lugar donde le avisamos que lo esperaríamos. Había gran simpatía popular en favor nuestro. Incluso una vez que me escapé de las manos de la policía, saliendo de un refugio que tenía en las inmediaciones de la Maestranza General del Ejército por un albañal de aguas negras, resultó que vine a desembocar en una calle pavimentada y de mucho tránsito y cuando los vecinos del lugar me vieron salir, creyeron que era algún ladrón fugitivo y me quisieron capturar. Pero cuando les dije que yo era simplemente un obrero perseguido por razones políticas, me abrieron paso, me señalaron una ruta segura y hasta me dieron dinero.

Y ni se diga nada de nuestros militantes. Existía un alto nivel de disciplina tanto en el Partido como en la Juventud y también en amplios sectores del movimiento sindical. Puede ser que se haya caído en extremismos de rigidez, pero la verdad es que a base de disciplina y de ejemplo, la unidad revolucionaria, y proletaria fue pronto un hecho. La puntual asistencia a las reuniones era una exigencia permanente y seria, así nos tocara a los

dirigentes recorrer a pie decenas de kilómetros a monte traviesa. En una ocasión yo tenía que dirigir una reunión de pescadores al otro lado del lago. Como estaba lloviendo a mares, los riachuelos habían crecido mucho y hubo uno que era imposible de atravesar a pie. El tiempo pasaba y yo no hallaba cómo hacer para seguir. Primeramente pasó una carreta con los bueyes medio desbocados y el carretero luchaba por controlarlos. Cuando le dije tímidamente que si por favor me llevaba encaramado en la carreta para atravesar el río, el hombre, con la cabeza puesta exclusivamente en su problema con los bueyes descontrolados, me mandó a la mierda. Cuando pasó otra carreta ya yo le hablé al carretero con tono de autoridad: “¡Alto ahí!” Y me llevó, por miedo. Luego, por la pena y porque era lo único que llevaba, le di una peseta. Llegué a las cinco de la mañana a la reunión y los pescadores no estaban reunidos. Pero cuando llegaron los primeros, con la seguridad de que no iba a haber reunión ni nada por el estilo, se avergonzaron de ver que yo ya estaba allí y fueron corriendo a traer a los demás y la reunión fue una maravilla. Eso enseñaba: el dirigente, así llueva, truene o caigan rayos del cielo, debe cumplir siempre con la masa y darle ejemplo.

Claro que también metíamos la pata. Ya dije algo del proletarismo estúpido. Creo que la peor manifestación de aquella actitud fue la destitución de su cargo en la Dirección del Partido de quien fue el Primer Secretario General, el camarada Luis Díaz, quien siempre fue un buen comunista. Sucedió que en una manifestación muy combativa que se llevó a cabo en Santa Tecla y en la cual participaron unas doce mil personas, hubo varios muertos y heridos por la brutalidad policiaca y numerosos camaradas nuestros cayeron presos batallando contra las fuerzas represivas. Entre ellos cayó preso el camarada Secretario General. Fueron procesados y reclusos en la Penitenciaría local. Pero resultó que en esa ciudad había una señora millonada de apellido Guirola, doña Violeta creo que se llamaba, la cual había hecho una promesa a la Virgen del Carmen en el sentido de que si curaba a un niño enfermo que ella tenía, iba a cumplir con una obra de caridad anual. Como el cipote se curó, la señora se sintió obligada con la Virgen del Carmen y una vez al año llegaba hasta la Penitenciaría y regalaba a cada preso un sobrecito con un billete de a peso adentro. La cosa era ya una tradición y cuando llegaba el día de la caridad de doña Violeta, la Dirección del penal no andaba preguntando el parecer de los presos sino que de una vez los formaba en el patio y ahí pasaba la vieja repartiendo los sobrecitos.

En esta ocasión que cuento le tocó también su sobrecito de a peso al Secretario General del Partido Comunista Salvadoreño. Cuando éste contó el hecho, sin darle ninguna importancia, a unos camaradas que le visitaron el siguiente domingo, estos se indignaron y pusieron la queja al Comité Central y este organismo acordó destituir a Luis Díaz de la Dirección del Partido “por haber aceptado limosnas de la oligarquía”.²

* * *

:“LA ORGANIZACIÓN COMUNISTA”.

Capítulo XXXII del libro *“Revolución Comunista. ¿Guatemala en Peligro?”*

La Internacional Comunista está formada por los Partidos Comunistas de todas las naciones del mundo, y al Partido de cada país se le denomina Sección de dicha Internacional. Un Comité Ejecutivo Internacional que para mayor brevedad se denomina “Komintern”, tiene la dirección de la Internacional a su cargo. El CEI es el que dirige a todos los PC del mundo y tiene su asiento en Moscú, capital de la URSS, regida por un gobierno de obreros, campesinos y soldados que forman SOVIETS, lo que quiere decir “Consejo de Obreros, Campesinos y Soldados”, dirigidos por el PC Ruso.

El PC se propone organizar al proletariado, sustituyendo el sistema económico individualista por el colectivismo de Estado; tendencia que ha sufrido el más sonado fracaso debiendo ceder el campo al capitalismo de Estado. Para lograr la implantación de sus doctrinas ha aplastado sin piedad al capitalismo, la aristocracia, la burguesía de las ciudades y la rural, y los kulaks, con el fin de mantener el poder de la clase proletaria, que comprende al trabajador industrial, al» campesino y elementos conexos.

² Para que el lector pueda hacer sus propias comparaciones, reproducimos aquí un fragmento del Capítulo XXXII del libro de Schlésinger, que se refiere a la organización comunista. Ejemplo típico de la literatura anticomunista elemental y ultramontana, mezclando medias verdades, datos y documentos manejados sin rigor ni responsabilidad, este texto de Schlésinger tiene sin embargo el interés de referirse a problemas que el texto de Mármol aclara definitivamente: la fundación del PC, el tipo de organización inicial del partido (parte IV del texto de Mármol), etc. Asimismo este texto es una visión típicamente reaccionaria de los aspectos internacionales del movimiento comunista centroamericano. De la confrontación con el texto de Mármol surgen tan evidentemente las falsedades de Schlésinger, que nos sentimos dispensados de mayores comentarios a su respecto

La Sección Salvadoreña de la Internacional Comunista era una organización circunscrita a las demarcaciones geográficas de la República de El Salvador. Existió la idea de que esta Sección abarcara a los cinco países de la antigua nacionalidad centroamericana; pero la diversidad de condiciones impidió la realización de ese proyecto y en cada república del Istmo se organizó una sección de la Internacional. En El Salvador se denomina Partido Comunista a la Sección y está dirigida por un Comité Central. El Partido, a su vez, está dividido en otras subsecciones, que dirigen los Comités Ejecutivos Departamentales; dentro de los cuales hay asimismo otras subsecciones locales dirigidas también por Comités Ejecutivos Locales Regionales. Dentro de todo este engranaje existe el sistema celular, que para mayor eficacia de la organización es la agrupación de hombres por fábricas, fincas o puestos militares. Todas las células de una circunscripción local obedecen al CEL; éstos al CED y todos al Comité Ejecutivo Central, que a su vez depende y obedece las instrucciones de la Internacional Comunista, con sede en Moscú.

Para que el lector se compenetre con mayor facilidad de la organización celular, se reproduce el siguiente documento:

“PARA EL MEJOR ÉXITO DE LA CAMPAÑA DE RECLUTAMIENTO EMPRENDIDA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR, EL COMITÉ CENTRAL DA LAS SIGUIENTES INSTRUCCIONES, QUE DEBEN SER PUESTAS EN PRACTICA INMEDIATAMENTE”.

1°—La célula es la unidad básica de nuestra organización y es la que agrupa a los miembros del Partido en el lugar donde trabajan o viven. Nadie puede ser miembro del PC sin serlo de una célula del Partido. En la célula el miembro del P ejerce el derecho de participar en la formulación de la política del P y en la elección de los organismos dirigentes. También es en ella donde cada militante da cuenta y se hace responsable de sus actividades.

2°—Se organizan células en todos los talleres, fábricas, oficinas, almacenes, barrios, calles, fincas, haciendas, ingenios, plantaciones, pueblos, valles y aldeas, regimientos y cuarteles.

3°—La célula está integrada al menos por cuatro camaradas, quienes tienen a su cargo el Comité Ejecutivo de la célula, el cual consta de cuatro secretarios: Secretario General, de Organización, de Finanzas y de Agitación y Propaganda. El reclutamiento deberá hacerse fortaleciendo las células ya existentes y organizando nuevas.

4°–El Comité Ejecutivo de la célula depende del CEL. este del CED y este del CC del Partido.

5°–En las células de barrio o de calle, se organiza a los trabajadores de pequeños talleres, dependientes de comercio, sirvientes domésticos, estudiantes, etc. y que no pueden organizarse donde trabajan. En las células de fincas, haciendas, ingenios y demás plantaciones, se organiza a los obreros agrícolas, sin temor de tomar en cuenta a los campesinos pobres más combativos y entre los cuales hay elementos valiosos y realmente revolucionarios.

6°–El Secretario General del Comité de la Célula, es el que lleva al día el trabajo general de la célula y es el que establece el contacto con el organismo superior. El Secretario de Organización tiene a su cargo el trabajo de reclutamiento para fortalecer su célula, debiendo de llevar un libro de inscripciones con seudónimos, haciendo constar en dicho libro la edad del camarada, el sueldo que devenga, el oficio y el lugar de trabajo. El secretario de Finanzas es quien lleva el control económico de la célula, para lo cual deberá también disponer de un libro, rayado con espacios para cada uno de los meses. El Secretario de Agitación y Propaganda es el encargado de repartir el material de propaganda en todo el sector que domina la célula, para lo cual deberá disponer de un grupo de camaradas que le ayuden en su trabajo.

7°–La cuota mensual está fijada en 0.06 cts. y la cuota de ingreso en 0.10 cvs. Tomando en cuenta que si un camarada deja de pagar sus cuotas por tres meses, queda automáticamente fuera del Partido. Sólo podrán exceptuarse de esto a los compañeros que enfermen, que estén en huelga o desocupación, debidamente comprobadas. De la suma recaudada por ingresos corresponde el 50% al CC, el 25% al CED y el 25% a la organización que cotiza, es decir, a la célula.

8°–El Comité de Célula debe reunirse dos veces por semana, al menos, y la célula, una vez por lo menos. Las nuevas adhesiones a la célula se proponen al Comité Central, quien es el llamado a discutir las y aprobarlas o no. En cada adhesión deberá constar la edad del camarada, el oficio, el sueldo que devenga, el lugar donde trabaja y su actuación anterior en alguna de las organizaciones de base.

9°—Para los efectos de la penetración de la política del Partido y de llevar a la práctica sus tendencias, se deben organizar FRACCIONES COMUNISTAS, en los Sindicatos, Ligas Campesinas, Cooperativas, Ligas Anticlericales, Ligas Antimperialistas, Asociaciones Deportivas, Congresos, Socorro Rojo Internacional, Conferencias, Municipios, Parlamentos y Asambleas. Las FRACCIONES COMUNISTAS dependen directamente de las células a que pertenecen los camaradas que integran la FRACCIÓN. LA FRACCIÓN COMUNISTA ES EL ARMA DE LA CÉLULA y consta por lo menos de dos miembros”.

*

En el Congreso Comunista Latinoamericano reunido en junio de 1929 en Buenos Aires, el delegado de Guatemala, Villalba (Luis Villagrán) repetía la frase de otro camarada sobre que “la IC había descubierto tarde a la América Latina y especialmente a la América Central”, donde existían grandes simpatías por el Comunismo. En esa oportunidad, Villalba encarecía a los delegados presentes que dedicaran más atención al movimiento revolucionario de los países del Caribe. Se lamentaba de la falta de experiencia del Partido de Guatemala, donde las tesis de la IC eran casi ignoradas y la organización celular se había conocido hasta 1929. Otro tanto argumentaba el delegado salvadoreño Diéguez, quien afirmó que el PCS llegó a organizarse casi espontáneamente. Manifestaba en son de queja, que la Federación Regional de El Salvador nació sobre las bases de una sociedad amarilla; que el Consejo de esta agrupación trataba de penetrar en las masas y organizar efectivamente a todos los trabajadores; pero que estos mismos habían opuesto una lucha tenaz contra tales pretensiones. Alabó la labor de un denodado trabajador en pro de la causa y se refirió “al inteligente González Aragón, de nacionalidad nicaragüense, que supo llevar sus convicciones al alma popular”, sosteniendo que el Partido Comunista nació del seno de las organizaciones sindicales. Es indudable que el poder público ayudó a estos trabajos, porque el mismo delegado afirma que al principio se les vio con “benevolencia” y que sólo se les creía “elementos exaltados”; pero que cuando llegaron a darse cuenta de que se trataba de un Partido Comunista, desarrollaron una táctica de destrucción, pretendiendo alejar a los trabajadores, lo que no fue posible conseguir.

Los sindicatos salvadoreños estaban en íntimo contacto con las agrupaciones mexicanas de la CROM, dirigidas desde las esferas oficiales por un hombre público de la nación azteca: don Luis H. Morones.

Delegados salvadoreños fueron al Quinto Congreso de esta agrupación, pero nada sacaron en limpio, porque los trabajos estaban a cargo de los intelectuales “a quienes jamás debe darse la dirección de los Sindicatos, porque siempre traicionan nuestras aspiraciones”, como dice el delegado salvadoreño en su informe al referido Congreso Comunista de Buenos Aires. Afirma además, para sostener esta terrible tesis: “que en El Salvador, todos los intelectuales han traicionado la causa, con la sola excepción de un estudiante, que ha sabido conservarse dentro del criterio eminentemente revolucionario sin defecionar”.

Los sindicatos salvadoreños se desprestigliaron bastante, porque sus fondos desaparecían de las tesorerías; y esto, desde luego, enfriaba el entusiasmo de los que entregaban su pequeña contribución para los gastos indispensables de la causa, razón por la cual ésta no progresa mucho. Pero del descontento “surgió la nueva agrupación esencialmente comunista”. Tanto los guatemaltecos como los salvadoreños enviaron a México delegaciones especiales para que se les instruyera en la forma que debían desenvolver sus actividades, porque según sus declaraciones no tenían un derrotero conocido sobre el cual llevar adelante los trabajos. En Guatemala fue la “Unificación Obrera” la que, transformada en “Unificación Obrera Socialista”, cobró tintes del todo definidos; pero perseguida por el poder público se retrajo en sus actividades y sólo se concretó a organizar algunos sindicatos, entre los cuales figuraba el de Panificadores. En 1925, después de realizar el acto en memoria de Lenin, sufrieron un atropello, su imprenta fue destruida y se arrestó al agitador Del Piñal, quien permaneció 13 meses en la cárcel. Ese mismo año llegó de México una delegación que trajo instrucciones para transformar el PC de Guatemala en PC de Centroamérica, como una sección de la IC. Fue entonces cuando tanto delegados de Guatemala como algunos de México arribaron a El Salvador y estos fueron los que organizaron definitivamente en el seno de los Sindicatos, el PC. Los delegados regresaron satisfechos al darse cuenta de que El Salvador ofreció un campo “propicio para las nuevas ideas”. A su retorno a Guatemala, organizaron una sociedad femenina denominada “1° de Mayo” y a continuación los delegados mexicanos regresaron a su país convencidos de que habían llenado su objetivo. De 1925 data el funcionamiento del PC de El Salvador. (Nota de RD: Schlésinger confunde la fundación del PC de El Salvador, llevaba a cabo sólo en marzo de 1930, con los intentos verificados en la década de los 20 sobre todo en Guatemala, por fundar el PC Centroamericano o los PC de cada país centroamericano, que se esfumaron en el vacío).

En El Salvador el sindicalismo no dio el resultado apetecido y sólo la organización eficiente del comunismo reavivó la intensidad del movimiento social. La actividad de éste aumenta con la propaganda eleccionaria de 1926... pero se nota la desorientación... y “la falta de verdaderos dirigentes que encauzaran a las masas por los derroteros del comunismo”. El PC de El Salvador, como se desprende de la correspondencia, estaba íntimamente ligado con los PC de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, sirviendo de eslabón, el Consejo Obrero Centroamericano (COCA). Después del Congreso Latinoamericano pasó el control de cada uno de ellos al Secretariado del Caribe, con sede en Nueva York, organizado a petición del venezolano Martínez.

Para la Dirección Interna se organizó un CC Ejecutivo con sede en la capital salvadoreña y con su Secretario General Octavio Figueira. (Nota de RD: Octavio Figueira fue uno de los seudónimos de A. Farabundo Martí, quien llegó a El Salvador después de fundado el PC, como representante del Socorro Rojo Internacional). Este CC Ejecutivo se componía de diversos secretariados: Relaciones Exteriores, Interior, Finanzas y Agitación; y cada uno de ellos emite órdenes en su ramo... A la par de la IC, dentro del radio de su jurisdicción, se mueve otro organismo de caracteres distintos. La IC es la directora política de la campaña comunista y la segunda una especie de Sociedad Protectora de los Perseguidos, denominada “*Socorro Rojo Internacional*” con sede en Moscú pero con diversos secretariados en las grandes ciudades de la América Latina. El Secretariado del Caribe del SRI tiene su sede en Nueva York y el de Sur América radica en Buenos Aires. Esta Cruz Roja de los ejércitos comunistas desenvuelve una labor eficiente y agencia fondos por todos los medios de recaudación, como la venta de botones para las solapas, de literatura y otros similares. El SRI mantiene el más completo acuerdo con las agrupaciones comunistas y actúa de vez en cuando, de efectivo propagador de las tendencias rojas, Martí, entre otros, no ejercía dirección inmediata sobre las fuerzas comunistas de El Salvador; era un agente directo, una especie de vocal de la IC: un personaje sobresaliente en comparación con los agitadores que formaban los Comités Central, Departamental y locales. El SRI estaba dividido en Secciones. La Sección Salvadoreña sólo se entiende con el Secretariado del Caribe, haciendo caso omiso de todo sistema jerárquico...

La organización del Partido es mucho más consistente que un sistema que tiende a amontonar hombres con fines políticos. Los dirigentes comunistas necesitan hombres convencidos, fanáticos, que no discutan las órdenes que

se imparten, aunque sean las más descabelladas y arbitrarias. Para engrosar sus filas ejecutan una serie de trabajos preliminares y una vez preparados los candidatos, exigen que ellos soliciten su ingreso a las filas revolucionarias, para quedar por ese hecho más obligados a la disciplina férrea, instituida como necesidad vital del comunismo. La labor preliminar es la preparación del ambiente, a cargo de los buhoneros, de los vendedores ambulantes que se deslizan por todos los rincones del país, desarrollando su actividad dentro del sistema que se expone en capítulos anteriores. Fácil es comprender que esta hábil propaganda penetra en los cerebros de los campesinos, excita los sentimientos más sensibles: la necesidad y la vanidad, sentimientos congénitos en todas las capas sociales y en todas las razas. Después del vendedor ambulante que ya había sembrado un deseo, que ya había agitado una tendencia natural en las masas, pasa el agitador, proclamando sin ambages la necesidad de cambiar un régimen que no establece el equilibrio social, que sostiene un estado de desigualdad condenado por la justicia, un sistema de explotación al amparo del cual los burgueses se adueñan del trabajo, del sudor de los proletarios, mientras éstos gimen bajo el yugo de la más denigrante opresión económica. Una vez abonado el campo y preparados los cerebros, se asoma el catequizador, que revela los secretos del sistema comunista, del nuevo credo que ha abolido por completo las desigualdades e injusticias. Habla de Rusia y de México donde los obreros son los amos y señores, donde ocupan las casas de los ricos, donde son dueños de las haciendas valiosas, de las fábricas, de los talleres, de los almacenes y las tiendas; y finalmente habla del comunismo fuerte y compacto de El Salvador, que lucha por las prerrogativas y el bienestar del proletario salvadoreño. Despertado el interés, el agente rojo se explica en términos más concretos, y presenta una solicitud para el ingreso a las filas del PC. Estas solicitudes, que obran en número crecido entre los documentos secuestrados por la policía, dicen:

“Al CC del PCS, Sección de la IC.

Estimado camarada: Yo de años de edad, trabajador; por la presente solicito ser admitido en el PC, sometiéndome, desde luego a sus estatutos. Pro Comité Central, fraternalmente, firmo Responsable

Dirección

Aceptado el solicitante, queda enrolado en las filas, comprometido a respaldar y acatar las disposiciones del Partido y la IC. Como condición previa al ingreso, es indispensable que el Candidato se someta a una especie de interrogatorio terminante, que se reduce a las preguntas siguientes:

1°—¿En qué partidos políticos ha militado?

2°—¿Cuántas veces y en qué puestos públicos ha estado?

3°—¿Qué puestos ha desempeñado en los partidos políticos?

4°—¿Qué tiempo de servicio militar ha prestado y qué grado ha obtenido?

5°—¿Ha estado preso por cuestiones sociales?

6°—¿Tiene documentos de los servicios que haya prestado

7°—¿A qué organización obrera o campesina pertenece o ha militado antes en organizaciones sindicales de la clase obrera o en organizaciones campesinas?

8°—Nombre de los padres o de alguno de ellos; pero en el caso de que vivan. Dichos nombres los anotará en hoja aparte el camarada organizador.

9°—El nombre de la compañera de hogar y de sus hijos.

10°—¿Qué poblaciones del país conoce? ¿De Centroamérica o de otros países?

San Salvador....., de.....de 193

Responsable..... Seudónimo del solicitante.....”.

*

Simultáneamente se envían a las diferentes agrupaciones comunistas, los formularios de inscripción, y las circulares para instruir a los Comités Departamentales acerca de la forma en la cual deben efectuar sus trabajos y que dice así:

“PC de El Salvador, Sección de la IC. CC. Departamental de Organización

Camarada Secretario de Organización del CED de Santa Ana, del PCS,
Sección de la IC.

Estimado camarada:

Con la presente le adjuntamos la fórmula de la boleta de ingreso al Partido, debiéndose llevar el trabajo de organización con las bases siguientes:

1°—En el presente se debe admitir ingresos al Partido presentando las boletas de ingreso de los solicitantes al CED.

2°—El CED, por conducto de la Secretaría de Organización, dará cuenta de las solicitudes de ingreso al CC para cumplir con el punto 8 del Boletín de Organización del que ya tienen Uds. conocimiento.

3°—Para que el CC discuta la solicitud de ingreso bastará con el envío de los nombres de los solicitantes, es decir que no deben ser enviadas las boletas de ingreso al CC.

4°—La boleta de ingreso debe ser firmada por el solicitante, quien adoptará un pseudónimo que será el que se asentará en el libro de que se habla en el punto 6 del Boletín de Organización. En el libro no debe aparecer más que el pseudónimo.

5°—Las boletas de ingreso se deben tener en lugar absolutamente seguro.

6°—El libro de inscripciones no debe llevar ningún encabezamiento.

7°—En cuanto exista el número de camaradas que pueda integrar una célula, se les debe convocar a una reunión constitutiva de célula.

8°—Todo camarada que sepa de alguna o de algunos camaradas que quieran ingresar al Partido debe presentarlos al Secretario de Organización para que éste les dé a firmar las boletas de ingreso.

9°—El Secretario de Organización pasará nota al Srio. de Finanzas, de los nuevos miembros.

10°—La anotación de los seudónimos deberá hacerse a fin de cada mes, para que vayan en orden de fecha los ingresos, o sea hasta tener recogidas todas las boletas de ingreso. Esto en el caso de que no sea solo el Secretario de Organización quien realice los ingresos.

Quedamos de Uds. fraternalmente.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Por el Departamento de Organización, el Secretario. AFRE”.

V

**VIAJE A LA UNIÓN SOVIÉTICA PARA ASISTIR AL
CONGRESO DE LA SINDICAL MUNDIAL ROJA****Impresiones del viaje de ida y vuelta por Europa. Impresiones
en la URSS. Detención en Cuba. Visión de La Habana de 1930**

Por medio del camarada mexicano Jorge Fernández Anaya, se comunicó a nuestro joven Partido que la Federación Regional estaba invitada para asistir al Congreso de la Sindical Mundial Roja (PROFINTERN), que se llevaría a cabo en Moscú, capital de la Unión Soviética. Fue una gran alegría para los comunistas y los trabajadores organizados en la FRTS que aún no acabábamos de salir del cascarón y ya éramos tomados en cuenta para un acontecimiento del proletariado mundial, de la gran familia de los trabajadores que no querían seguir bajo el yugo del capital. Luis Díaz fue elegido primeramente para hacer el viaje, dado su rango de Secretario General del Partido, pero como fue expulsado por el tonto problema que expliqué, se tuvo que hacer una nueva elección. En esta salió favorecido con el voto de la Dirección del Partido, la *Juventud Comunista* y el *Socorro Rojo*, el camarada Modesto Ramírez, campesino. Pero después llegó la noticia de que los invitados salvadoreños eran en realidad dos y se procedió a una nueva elección. Fue entonces que se presentó mi candidatura y que resulté electo para hacer el viaje, todo ello en ausencia mía, por cuanto yo estaba dedicado a tareas organizativas fuera de San Salvador y no pude asistir a aquella reunión. La elección fue bastante reñida entre varios candidatos, pero la representación campesina en los órganos de dirección de la Regional me apoyó con vehemencia y fui elegido. Yo no quería viajar. Un poco porque le tenía miedo a eso de ir tan lejos, al otro lado del mundo, yo, que nunca había salido ni a Guatemala; otro poco porque efectivamente tenía un enorme trabajo en el frente sindical juvenil; y otro poco porque mi mamá estaba sumamente enferma del corazón y yo tenía miedo de que la impresión por mi partida le pudiera precipitar el colapso final. Cuando planteé mis dudas y mis razones para tratar de rechazar el viaje, Fernández Anaya, que fue quien me comunicó el acuerdo de la dirección, se pegó la endiablada del siglo y me exigió que fuera consecuente con el mandato de la Dirección y de la masa que aquella representaba. No se trataba de un paseo, de un viaje turístico, sino de una tarea revolucionaria de gran responsabilidad. Al final me resumió su criterio sobre lo que yo debía hacer y no me habló, por cierto, con elegancia.

–“Ve, cabrón –me dijo– si andás con babosadas te vas a arrepentir toda tu vida porque esto no es juego. Si tus camaradas han votado por vos es porque te tienen confianza, así que me vas a ir preparando tus tanates, porque, si seguís de necio, yo mismo te voy a sacar del país a puras patadas”.

De tal manera que yo pensé que debería hacer de tripas corazón y disponerme a rodar mundo al lado de Modesto Ramírez. Desde luego, mi sueño dorado era hacía mucho tiempo poder conocer la Unión Soviética, pero ya puesto en el macho y frente a los problemas personales y de trabajo que tenía, la duda me había entrado fuerte. La regañada de Fernández Anaya me puso firme. Hay veces que una buena puteada vale más que un consejo dado con palabras del Manual de Carreño sobre buena urbanidad.

Supongo que cuando salimos de El Salvador corrían los primeros días de junio del año 1930. Hacía unos días nomás que estaba entre nosotros, para incorporarse a nuestro movimiento en representación del Socorro Rojo Internacional, el camarada Agustín Farabundo Martí, que había acumulado un gran prestigio en el movimiento obrero y comunista internacional, por lo menos a nivel latinoamericano, y era ya un cuadro activo de la Internacional, destacado por ella en el Trabajo del SRI, en el Buró del Caribe. Martí había pasado a ser una figura legendaria al incorporarse en nombre nuestro a las fuerzas guerrilleras del General Augusto César Sandino en las selvas nicaragüenses, en cuyas filas había ganado en combate el grado de Coronel y había pasado a ser Secretario Privado de Sandino. Tenía el prestigio del combatiente a tiros que, quiérase o no es el prestigio que más acepta la masa porque sabe que se gana arriesgando el esqueleto y el pellejo. En un hombre que está dispuesto a sufrir, morir y matar por sus ideas, dice la gente, se puede confiar. Y tiene razón. Martí rompió con Sandino por razones ideológicas. Aún considerando a Sandino un gran patriota antimperialista, rompió con las concepciones nacionalistas estrechas de este gran caudillo popular que no compartía la visión revolucionaria marxista-leninista de la lucha de clases y del internacionalismo proletario que Martí ya tenía bien metida en la cabeza y en el corazón. También puede ser que el Negro Martí, que era tan intransigente en los principios, no haya tenido la flexibilidad suficiente para tratar con un aliado como Sandino, pero el caso es que la ruptura vino. Con la ruptura entre Sandino y Martí se desbarató la posibilidad de un entroncamiento entre la gesta guerrillera nicaragüense y el movimiento obrero de orientación marxista que entró en aquel momento en toda

Centroamérica en un período de auge. ¿Eran métodos opuestos? ¿Era lo mismo que se plantea hoy entre “guerrilla” y lucha de masas? Eso que lo digan los estudiosos de la historia y los teóricos, que yo estoy aquí únicamente para contar lo que me costó y me consta. Y este es un testimonio de mi pasado y no un documento en que yo esté planteando los problemas a que se enfrentan hoy nuestros partidos. Martí se convertiría muy pronto en la figura principal de nuestro Partido y de todo el movimiento revolucionario de masas de El Salvador y sería el hombre-símbolo de la insurrección campesina-popular de 1932 y la figura fundamental de la historia del movimiento comunista de nuestro país. Pese a que su participación en la lucha salvadoreña abarcó un período cortísimo, la huella que dejó en nuestra historia ha sido y es profunda, aunque no del todo clarificada por falta de estudios serios al respecto, lo cual es culpa de nosotros los revolucionarios. En los marcos de esta conversación yo no me atrevería a hacer ningún alarde para profundizar en el significado de la figura del Negro Martí en nuestra historia. Eso es para los comunistas que ya tuvieron tiempo de ir a la Universidad. El Negro aparecerá de nuevo en el transcurso del relato porque fue el más activo, el más abnegado, el mejor, sin duda, de todos nosotros. Pero no haré su interpretación, que por otra parte es una labor partidaria indispensable. Algo creo que se ha hecho. Se ha publicado ya algún esbozo biográfico de Martí, pero se precisa más, se precisa ir al fondo de su personalidad (todavía viven muchos que lo conocieron de cerca, familiares suyos, amigos) y de su papel en la primera etapa de nuestro movimiento obrero y revolucionario, su verdadero papel en la organización y las actividades del Buró del Caribe del *Socorro Rojo*, etc. Por ahora sólo quiero dejar sentado que cuando yo salí hacia la URSS, el negro Martí recién llegaba a El Salvador después de haber permanecido en México, Nicaragua, etc., dedicado siempre a la tarea revolucionaria internacionalista. Los meses en que yo estuve fuera bastaron para que, a mi regreso, me encontrara a Martí convertido en nuestro líder indiscutible, en el máximo dirigente comunista de El Salvador.

Unos días antes de salir fui a avisar a mi madre del viaje. Ella simuló contentura y a pesar de su dolencia y en contra de mis súplicas, quiso ir a comprarme ropa nueva para la larga travesía. Ella decía que no entendía dónde quedaba Rusia, pero sí sabía que había que darle la vuelta al mundo para llegar. Yo no quería que me comprara ropa pero ella insistió y me dijo que le concediera el gusto de comprármela.

–“Que en el extranjero no crean que te estás muriendo de hambre –me dijo– y que por lo menos se vea que tenés segunda mudada”.

Después me enteré que diariamente iba hasta la Iglesia Catedral para rezar por mí, llorando frente a la Imagen del Salvador del Mundo, para pedirle que me diera suerte en mi largo viaje y que me devolviera a la patria con bien. Cuatro días antes de nuestra partida murió. La enfermedad del corazón se le complicó con una fiebre cerebral. La estuvo atendiendo el doctor Dionisio Merlos, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Yo recibí la cruel noticia mientras trabajaba en labores de propaganda, defendiendo los derechos de organización y la libertad de las vendedoras ambulantes, que desde entonces eran víctimas favoritas de la Policía Municipal. Quedé estremecido, hecho pedazos por el más negro dolor. Mi ánimo no se confortaba con nada y la verdad es que inicié el viaje por puro compromiso y sentido del deber, mezclado con cierta inercia y con un dejarme llevar por los acontecimientos. Así me sentí otra vez en la vida, cuando perdí a mi primera mujer. Cuando la perdí en vida. Mi madre no sólo había sido la que me parió, fue muy importante para mi formación, para mi vida de revolucionario.

Salimos por fin, con Modesto Ramírez hacia Guatemala, con el propósito de embarcarnos rumbo a Europa en Puerto Barrios. A pesar de mi tristeza y mi luto me impresionó mucho, recuerdo, la belleza de Guatemala, sus montañas, sus selvas, y sus ríos donde saltaban los peces. Por primera vez caí en la cuenta de que habían países más bonitos que el mío y no sólo por los adelantos, ya que en Guatemala todo el mundo andaba también con el culo roto, sino por su naturaleza y su aire. Apenas paramos lo necesario para comer y dormir en la capital y otras ciudades. En Puerto Barrios tuvimos algunos contactos con el movimiento obrero organizado del lugar. Intercambiamos experiencias, charlas. Con el sigilo necesario, para que la policía no nos detectara y pudiera impedir nuestro embarcamiento. Yo nunca jamás había visto el mar. Y a los barcos solamente los conocía por el cine. De aguas sólo sabía de mi lago de Ilopango, donde había sido el rey de mí mismo, a pesar de la miseria y las durezas de la vida. En cambio la inmensidad del mar, las moles de los barcos aquellos me asustaron, porque me hacían sentirme pequeñito e impotente. Nos embarcamos en un navío alemán, el “Rugia”, más grande que un edificio o que una cuadra de casas. Entre tantos sentimientos e ideas encontradas, comenzó a ser dominante en nuestras preocupaciones la gran responsabilidad que iba a caer sobre nuestros hombros en la reunión mundial proletaria a que nos dirigiámos. Nuestra

misión era a primera vista sencilla y concreta: informar de los logros del movimiento obrero salvadoreño a las organizaciones de trabajadores de todo el mundo, recoger la experiencia de viva voz del proletariado mundial y retornar a El Salvador con ese caudal. Pero en la práctica yo no le hallaba el final a la pita y me entraba a cada rato el miedo de los resultados que se iban a obtener confrontando nuestras ideas de pobres palurdos de país chiquito con las de los dirigentes del movimiento obrero mundial.

En el hotel en que nos alojamos en Puerto Barrios, que era hotel sólo de nombre ya que en la realidad era un cucarachero asqueroso, habíamos conocido a un señor dinamarqués, cholotón y simpático, vendedor de lentes para anteojos al por mayor, y habíamos entrado con él en a amistad de los que viajan juntos. Una vez a bordo del “Rugia”, este señor nos invitó a tomar unas cervezas en el restaurant del barco y por estar en el téquete-teque de la charla yo no me di cuenta del momento en que zarpamos, a pesar de la pitazón de las sirenas y de la algarabía de todos los pasajeros y tripulantes. Cuando salimos a la cubierta estábamos ya mar afuera y no se miraba tierra por ningún lado. Me encanté con el mar y ver tanta agua me produjo verdadera euforia. El mar llegaba hasta el firmamento por todos lados. Nuestro amigo dinamarqués nos fue explicando minuciosamente el funcionamiento del barco, pues entendía mucho de maquinarias a caldera y además había sido marinero por algún tiempo. Hablaba el español como si estuviera haciendo gárgaras pero le entendíamos todo. También se miraba que era buen vendedor porque tenía una labia tremenda. Desde que salimos de El Salvador, y con orientaciones del Partido, Modesto y yo nos habíamos trazado la consigna de no aceptarle a nadie conversaciones políticas para no tener ningún percance, ya que los agentes de la policía de los gobiernos, los agentes fascistas y los reaccionarios activos andaban viendo a quien jodían por todas partes y era menester desconfiar de todo el mundo. Por eso fue que al señor dinamarqués sólo le aceptábamos charlas de máquinas, lentes de aumento, microscopios y babosadas por el estilo, siempre poniendo unas caras de *Juan-vendéme-la-conserva* que daban lástima. Sin embargo, el interés por los asuntos mundiales, por los grandes acontecimientos políticos de aquel entonces tendría que surgir de un momento a otro, sobre todo en un viaje por mar en el que tantas personas conviven y se aburren durante muchos días. Así sucedió. En la mesa que nos tocó a Modesto y a mí para hacer nuestras comidas, fueron colocados además dos señores italianos y un mexicano que evidentemente miraban con desdén y comienzos de burla a nuestras pobres personas que desde muy lejos olían a pobre, a obrero o

campesino de país pobre. La verdad es que uno, aunque se trajée lo mejor que puede, siempre enseña la colita de pelado. Yo dejaba estar a los tipos, me hacía el baboso y me decía para mis adentros que al fin y al cabo los dos pobres guanacos íbamos a un destino más lejano que el de ellos. Pero las cosas no quedaron allí. Ellos nos buscaban plática pero para jodernos y chunguearnos. Pasando por frente al puerto de Corinto, en las costas nicaragüenses, el mexicano en tono burlón nos preguntó, aunque ya se lo habíamos aclarado varias veces, que si éramos salvadoreños. Después que le respondimos que sí, nos preguntó por el General Sandino, por lo que pensaba el pueblo salvadoreño de él. Como yo me sentía picado, más que todo por joderlo y contestarle algo desagradable, le dije que los obreros de toda Centroamérica habíamos apoyado la justa lucha del General Sandino contra los invasores yanquis, pero que a esas alturas estábamos sumamente indignados por la reunión que el jefe guerrillero nicaragüense había sostenido con el Presidente de México, Calles.

–“¿Y por qué esa cólera? –me preguntó el mexicano.

–“Porque el Presidente Calles –contesté– no es sinó un pelele y un perro guardián del imperialismo yanqui”.

El hombre se puso furioso al instante y yo me preparé por si intentaba sonarme un trompón. Me gritó que eso se lo tendría que probar inmediatamente. Entonces yo, que en ese tiempo estaba bien afilado con las cifras y los datos de la propaganda internacionalista que recibíamos, me le fui encima con la avalancha:

–“Más claro no canta un gallo –le dije–. ¿Cuál es la base de la economía mexicana? ¿De quién son los bancos, la industria petrolera, los ferrocarriles, las minas, las plantas eléctricas, las comunicaciones? Dígame, hágame el favor...”

Los amigos italianos del mexicano no participaban directamente en la discusión, pero empezaron a embromarlo por la acorralada que yo le estaba pegando.

“Te ha puesto las banderillas el salvadoreño –decían, riéndose.

Y el mexicano no pudo salir con bien y al final no atinó sino a decirme:

–“Es que Ud. es comunista, eso es lo que pasa”.

–“Al saber le está poniendo nombres raros, señor –le dije– lo único que pasa es que en El Salvador hay periódicos todos los días y el que sabe leer, aprende algo, a pesar de tanta mentira. Yo. no sabía que Calles había prohibido los diarios en México, pero eso de que usted no sepa en qué país vive me lo comprueba, dispénsame”.

Desde entonces perdió el espíritu burlón a costa nuestra y más bien se volvió amable y pudimos platicar galán para matar el tiempo. En realidad no era mala gente, era más bien jodión. Al llegar a Puerto Limón fraternizamos, tomando unas cervezas. Cuando se despidió de nosotros en Cartagena de Indias, el puerto colombiano tan bonito, el mejicano se mostró muy gentil y cuando yo le dije que viajaba hacia Berlín para curarme de una seria enfermedad nerviosa, me abrazó afectuosamente y me dijo:

–“Deseo que una vez que se cure usted en Berlín, pueda seguir hasta más allá, por ejemplo a Moscú”.

Y agarrándome con ambas manos la cabeza, agregó: “Esta cabecita debe llenarse de las nuevas ciencias”. El mejicano y los italianos iban a Colombia a rescatar el cadáver de un piloto que había perecido en un accidente famoso, un pionero de la aviación interamericana que se destortó todo en Colombia y de cuyo nombre no me acuerdo en este momento. Era algo así como César o Císar.

En Cartagena me di cuenta de la subida a bordo de un nuevo pasajero: un joven moreno, colucho, algo inquieto, que me dio la impresión de ser un intelectual. Con discreción pude averiguar que era ciudadano ecuatoriano y que se apellidaba Quevedo. No sé por qué le eché el ojo y procuré acercármele para conversar. Esa misma noche entablamos conversación, en cubierta. Yo le pregunté su opinión sobre la guerra del Chaco y de inmediato salió a relucir el léxico que yo esperaba. El me habló de monopolios, imperialismo inglés, chauvinismo y cosas por el estilo y yo desempaqué más palabritas también. Al final nos identificamos mutuamente y nos abrazamos. Era estudiante de Derecho y viajaba también a Moscú en nombre del movimiento comunista ecuatoriano. Yo me sentía contento, rebozante, por haber encontrado en nuestro camino, a tan tempranas alturas del viaje, a un hermano de otro país movido por nuestra misma causa.

Desde luego, el barco iba poblado por un pasaje bastante heterogéneo. Gentes de muchas nacionalidades y credos. Recuerdo a un grupo de checos que hablaban español, a toda una colonia de palestinos medio desguavilados, a unas amables señoras guatemaltecas que iban a Europa de vacaciones, cosa rarísima en aquellos tiempos en que ya para ir a México había que ser rico. También viajaba con nosotros un técnico cervecero alemán (alemán de Alemania, no alemán de mierda) que regresaba a su país después de instalar la fábrica de cerveza “Polar” en San Salvador. Había otro alemán joven (este sí resultaría siendo un alemán de mierda), que para combatir el aburrimiento se dio a organizar charlas diarias sobre todos los temas posibles para las cuales invitaba a todos los pasajeros, ya en calidad de oyentes o de improvisados conferencistas. A mí me puso a hablar sobre problemas sociales y obreros, supongo que me había semblanteado bien. Yo, un poco por bayunco y otro poco por rigió de hablar, acepté inmediatamente la invitación y di una charla sobre los problemas que afligían al mundo de los trabajadores en aquellos días: la crisis mundial, el desempleo, las emigraciones, la represión gubernamental-patronal, etc. Inclusive me referí a las luchas intensas que desarrollaba la clase obrera alemana, y el organizador de las charlas, que era un cultor de la burguesía de su país discrepó conmigo violentamente, gritándome que si yo creía que los trabajadores alemanes eran explotados y victimados por el régimen burgués, no debería ir a Alemania. Le dije que yo tenía la ventaja de llevar dinero y de ir simplemente en busca de atención médica.

–“Ud. es un ejemplo típico del hombre promedio del trópico –me dijo gritando– un loco de mentalidad estrecha que va a buscar salud a Europa, pero que se permite hablar mal de Europa”.

Yo no me di por ofendido y le dije que los enfermos abundaban más en las sociedades explotadas, pero que los culpables de las enfermedades de nuestros pueblos y de nuestras sociedades eran los amos del capitalismo internacional, incluida en sitio muy destacado la alta burguesía imperialista de Alemania. Cerramos la discusión para no pasar a palabras mayores, pero posiblemente el tipo corrió la voz entre la tripulación alemana en el sentido de que yo era anti-alemán, porque a partir de aquel día los marineros comenzaron a jodernos la paciencia a Modesto y a mí. Cuando paseábamos por la cubierta, los tales marineros tamborileaban y aullaban para demostrar que nos consideraban indios salvajes. Un día me enojé de verdad y ya me disponía a saltar encima del grupo de alemanes que limpiaban el piso y que

hasta dejaron de trabajar un rato para organizamos la burla, pero un pasajero checo me contuvo y me calmó.

“Todo el problema consiste en que alguien ha dicho a los marineros que Ud. es japonés –me explicó– y resulta que en este barco, que en la pasada guerra mundial fue de guerra, trabajó disfrazado de cocinero chino un peligroso espía japonés que al parecer dejó muy malos recuerdos a los alemanes”.

No iba a ser la última vez que alguien pensara que yo era japonés, pero en aquella ocasión tal especie no me causó la menor gracia. Comencé a desear que pasaran los días con velocidad de pájaro para desembarcar lo más pronto posible, pues en aquel ambiente me sentía vejado e impotente. Como un dato curioso agregaré aquí que los momentos en que mejor me sentía eran los de tempestad marina. Las tempestades no me hacían huir hacia el camarote como a los demás pasajeros porque yo era entonces el muchacho del lago, el hombre del agua, no me mareaba ni nada. En cambio los demás, hasta los propios marineros llegaban incluso a echar las tripas con el zangoloteo de algún chubasco fuerte.

Poco a poco nos fuimos acercando a Europa. Los barcos de entonces iban a paso de tortuga. Pasamos por las Azores, pudimos visitar Plymouth y algún otro puerto que no recuerdo. Finalmente, un amanecer lleno de niebla, frío y húmedo, desembarcamos en Hamburgo. Quevedo, el ecuatoriano, nos ayudó muchísimo porque hablaba bastante bien el inglés, pero con todo, como nadie nos estuvo esperando, comenzamos a tener dificultades. Un negro que vendía caramelos en el puerto y que hablaba inglés, se entendió con Quevedo y aceptó servirnos de guía hasta algún hotel barato donde depositar nuestras pertenencias y poder así seguir buscando nuestros contactos sin impedimenta. Pero todos los hoteluchos eran demasiado caros para nosotros, que no habíamos llegado a Europa a temporal. Finalmente el negro nos condujo hasta un club de marineros que si bien mostraba en la puerta una bandera roja que nos llenó de esperanzas, estaba repleto de borrachos que gritaban y cantaban hasta más no poder. Nadie nos atendía allí, nadie nos comprendía, porque nadie hablaba inglés y mucho menos español, pero para mientras, como decimos nosotros, comenzamos a servirnos unas grandes guacaladas de cerveza con ginebra y ron, que muchos marineros bolos nos ofrecían. A alguien se le ocurrió ir a buscar a un joven marinero que entendía español porque viajaba por las rutas del Caribe y Sur América y que al llegar resultó ser comunista. Dos pájaros de un tiro. A partir de entonces todo se fue

solucionando. Aquel camarada avisó al Partido y unos minutos después llegó a recogernos un camarada llamado Walter, trae era diputado por el Partido en el cuerpo legislativo alemán. Después de ofrecernos la bienvenida en nombre del proletariado de Alemania, nos dio excusas por no habernos esperado en el Puerto, ya que nuestros avisos no habían llegado, y nos condujo a un alojamiento que ya nos tenían reservado. Era un hotel modesto, pero muy decente, decorado con fotos de Marx y Lenin. Allí nos entregaron 44 marcos por cabeza, para gastos de bolsillo, por los cuales firmamos un recibo. En el vestíbulo del hotel nos encontramos con otros delegados latinoamericanos al Congreso de la PROFINTERN que habían llegado o estaban llegando. Camaradas de Brasil. Argentina (un campesino de apellido Díaz), Uruguay (el camarada Suárez). Llegó asimismo a reunirse con nosotros una camarada soviética llamada Irma, que iba a ser nuestra intérprete o *perivochi*, como dicen los soviéticos. Estaba casada con un mexicano y había vivido en Guadalajara varios años, de manera que nos entendimos muy bien desde el principio. Ella decía siempre que seguía siendo leningradense de corazón y de costumbres, pero la verdad era que se le había pegado el estilo mexicano por el lado simpático.

Como primera providencia colectiva, decidimos organizamos todos los que hablábamos español, a fin de resolver conjuntamente los problemas de la vida cotidiana. Mi camarada Modesto Ramírez quedó nombrado jefe de cocina, el ecuatoriano Quevedo fue encargado de las compras y en mi mano quedaron las finanzas. En los días siguientes, Quevedo y yo salíamos a recorrer las tiendas y comprábamos salchichas, huevos, jamón, leche y chocolate. Eos dependientes de tiendas y mercados eran muy amables con nosotros y nos hacían muchas fiestas y benevolencias. Una noche, el marinero comunista que nos había conectado con el camarada Walter, me llevó a mí solo a recorrer los cafés y cabarets de Hamburgo, lo que resultó algo, verdaderamente nuevo para mí. Yo sólo había visto cabarets en películas. Me gustaron mucho las orquestas de todo tipo y me alegré de la cabeza con la cantidad de cervezas que nos atravesamos. El camarada marinero conocía muchas amigas y bailamos con ellas hasta muy tarde, al grado que cuando regresé al hotel, la portera, una viejita muy simpática, me haló las orejas en son de broma, cómicamente, diciéndome en alemán “parrandero” según tradujo el camarada marinero. La intérprete soviética. Irma, que se hacía acompañar por su hijita, me llevó al día siguiente a recorrer las iglesias de la ciudad. Yo acepté por pura educación, pues no me interesaban para nada las iglesias, pero ya en el lugar me impresioné mucho, me alegré de haber

aceptado el paseo pues vimos catedrales imponentes, nunca imaginadas por mí en El Salvador. A la salida de una de esas iglesias pasamos por una calle de putas y las mujeres callejeras, tal como lo hacían con todos los hombres que pasaban por allí, me agarraban del brazo y me halaban para sus cuartos y sólo a puros guiñones me podía escapar. La compañera soviética lloró, pues le pareció horrible aquello. Yo pensé para mis adentros: "Es raro esto, aquí las putas están cerca de las iglesias, porque lo que es en los cafés y los cabarets de anoche no vi ninguna".

Aunque, a decir verdad, uno nunca sabe nada en estos terrenos. Quizás era porque las putas de la calle eran más pobres y se parecían más a las de mi país y las que estaban en los cabarets se parecían a las mujeres de los ricos de El Salvador, sólo que menos bayuncas.

El día primero de agosto, si no me equivoco, se llevó a cabo en Hamburgo un desfile obrero muy nutrido, con ocasión de celebrarse el día Internacional contra el imperialismo, en el cual participaron representaciones de todos los gremios y sindicatos de la ciudad. A la cabeza del desfile marchamos, junto con los altos dirigentes locales, los representantes de los trabajadores latinoamericanos. La gente se aglomeraba en nuestra ruta y gritaba "*Rot Front*" ("frente rojo", pienso yo). De repente, nos salió al paso la caballería y trató de detener la manifestación apresando a uno de los más altos dirigentes obreros alemanes, pero la violenta reacción de la gran masa no les permitió ir más allá y tuvieron que soltar al detenido y la manifestación prosiguió. Luego se hizo un mitin, en una gran plaza. En él, los oradores plantearon en términos generales las mismas demandas contra el desempleo y la miseria que nosotros solíamos plantear en El Salvador. En nombre de los latinoamericanos habló Suárez, el uruguayo, que entre otras cosas planteó nuestra admiración por el nivel de organización de la clase obrera alemana y dijo que con una organización así, en el Uruguay ya se habría tomado el poder. También echó su pijacito, sin necesidad digo yo, porque estábamos en casa ajena, cuando les dijo a los obreros alemanes que a ellos les faltaba el calor y la algarabía de los obreros latinoamericanos para manifestar. O sea que de una vez les dijo pendejos a los trabajadores alemanes. Era mero metido este camarada Suárez pero lo hacía por fervor revolucionario, no por joder. Al día siguiente, la prensa reaccionaria de Hamburgo arremetió contra los agitadores extranjeros y se notaba que, en el fondo, lo que más había molestado era lo del discurso del camarada Suárez.

Llegó al fin la hora de continuar nuestro viaje. Convenimos todos en no atravesar Polonia porque había que ir en tren y, con las disposiciones fronterizas, el destino final de nuestro viaje habría quedado en evidencia y nos habrían podido inclusive detener. Así que salimos de Alemania clandestinamente a bordo de un buque soviético, porque tampoco fue posible conseguir una visa alemana de salida para viajar a la URSS. En una camioneta cerrada nos metieron a todos los delegados que estábamos en Hamburgo hasta las mismas bodegas del barco y allí permanecimos hasta que la nave estuvo en alta mar. Entonces llegó un sargento de la marina soviética y nos condujo hasta el comedor, comunicándonos por medio de Irma que en unos minutos se nos daría el saludo oficial de bienvenida. Fue el capitán del barco quien nos recibió en nombre del pueblo y del Gobierno de la Unión Soviética. Se trataba de un muchacho muy joven, rubio encendido, sumamente amable. Nos sirvieron un almuerzo ni muy muy ni tan tan, término medio, y luego nos designaron camarotes para descansar. Eran camarotes sin lujo pero mejores que las instalaciones del “Rugia”. Esa noche, después de la comida, nos invitaron para ver una función de teatro preparada por la misma tripulación. Los camaradas, hombres y mujeres, que nos habían servido la comida y que se estaban encargando de lavar la ropa, hacer nuestras habitaciones, etc., desempeñaron sus papeles con gracia y naturalidad. Y la representación tenía un gran contenido revolucionario. Otra noche de aquellas tuvimos la oportunidad de asistir a una asamblea del grupo sindical-marinero del barco. Los dirigentes eran los fogoneros y otros obreros y marineros comunistas, y el capitán y los oficiales se tenían que sentar entre la masa, en las bancas de atrás. El Comité Sindical y la célula del Partido eran el poder político del barco, el capitán y los oficiales eran solamente los dirigentes técnicos. Estos hechos nos emocionaban muchísimo a Modesto y a mí y a todos los demás camaradas, porque según sabíamos (y a los guanacos nos lo confirmaba la experiencia del “Rugia”), en los barcos capitalistas la situación es completamente distinta y las jerarquías de la explotación marcan el panorama. En el “Rugia” hasta los más explotados marineros se consideraban superiores a nosotros y el Capitán del barco sólo asomaba los bigotes en el comedor de los pasajeros de primera clase y eso muy allá de cuando en vez. Aquella relación distinta entre los hombres que encontramos en el barco que nos sacó clandestinamente de Alemania, fue la señal de que habíamos llegado a la Unión Soviética, a la primera revolución socialista de la historia humana.

Llegamos a Leningrado sin novedad. Cuando entramos en el puerto, salió a la superficie, para gran sorpresa nuestra, una flotilla de submarinos rojos que nos había venido escoltando desde alta mar. Nuestra ansiedad era inmensa. Durante la rápida travesía por Europa habíamos tenido la oportunidad de ver una serie de puertos grandes, bulliciosos y alegres, con todos los contrastes sociales que se quiera pero en general muy atractivos. Cuando desembarcamos en Leningrado sin embargo, nos golpeó verdaderamente la gran pobreza general. Leningrado presentaba un aspecto descuidado, con los edificios destruidos o en construcción, los parques marchitos o lodosos a pesar de ser pleno verano, las calles sucias y silenciosas, los monumentos todos retorcidos, la gente mugrosa, etc. Y en los malecones del puerto se miraban montones de muchachos y hombres, mujeres y viejos, evidentemente desocupados, echando al agua sus cañas de pescar y esperando interminablemente la picada de los peces. Nos llevaron al hotel Inglés, muy cerca de la enorme Iglesia de San Isaac, que es una de las más lindas que he visto en mi puñetera vida. El hotel mismo estaba bastante descuidado y presentaba un aspecto medio sombrío que lo deprimía a uno de al tiro. Ninguno de nosotros decíamos absolutamente nada a los camaradas soviéticos que habían acudido a recibirnos, desde luego; sólo nos mirábamos mutuamente y poníamos caras largas. Y esperábamos que algo bueno ocurriera en cualquier momento, aunque sólo fuera para darnos ánimos. Comimos un poco en el hotel y luego nos dividimos en grupos para ir a recorrer la ciudad. Recuerdo como si fuera ayer que la primera buena impresión que me entró por los ojos de todo aquel ambiente, fue la visión de una rueda muy entusiasta de civiles y soldados que tocaban el acordeón y la guitarra y bailaban y cantaban juntos. Era un hecho muy sencillo, pero fue muy significativo para mí. El día que en mi país fraternizaran así las autoridades y el pueblo, tendría que haber pasado algo muy serio y tendría que seguir pasando. Caminamos muchísimo por la enorme ciudad y terminamos, Modesto y yo, por perdernos en aquellos barrios. El clima era inclusive caluroso y la noche duraba pocas horas, no más de cuatro o cinco. Llegamos a un local donde entraba y salía mucha gente y pensamos que allí podríamos comer. Pero resultó ser un teatro popular. La gente notó que éramos extranjeros y pronto estuvimos rodeados de un gran grupo que, supongo yo, nos preguntaba por nuestro origen. Enseñamos nuestras credenciales de la PROFINTERN y nos dimos a entender en el sentido de que teníamos hambre. La palabra "restaurante" se entiende en ruso. No nos llevaron a ninguna parte, pero allí mismo la gente sacó de sus bolsas de mano pan negro y embutidos, cebollas y pepinos y nos improvisaron unos

sandwiches enormes. Hasta té nos dieron en plena calle. Luego nos metieron al teatro y vimos la función sin entender ni papa, aunque la cosa era de volarle la cabeza al capitalismo mundial y hacer la revolución en todas partes. Cuando aquello terminó, un grupo de ciudadanos nos acompañó hasta el hotel y en el recorrido nos encaramaron varios tragos de vodka de un porrón que uno de ellos andaba llevando en el lomo. Cuando nos reunimos con el resto de los latinoamericanos, cada quien tenía una aventura que contar. Al día siguiente salimos a recorrer la ciudad ya en forma organizada, todos los delegados juntos, con intérpretes. Había notable actividad en la construcción y reconstrucción de la ciudad y en la limpieza de calles, pero la falta de asfalto y pavimento hacía que muchas zonas de tierra enfangaran rápidamente a la ciudad a la menor lluvia. Además la gente no se disciplinaba en lo de no botar basura en cualquier sitio. Fue muy curioso para nosotros ver que en los andamios y en los equipos de limpieza trabajaban solamente mujeres pero también hay que decir que eran mujeres las que manejaban los teodolitos y otros aparatos de precisión. El camarada Suárez, como siempre, preguntó por qué trabajaban las mujeres y ellas mismas contestaron por medio de los intérpretes que en primer lugar por tradición y en segundo porque los hombres laboraban en cuestiones de mayor importancia en el frente de la producción. Suárez insistió y dijo que quería saber por qué era que todas las obreras trabajaban tan lentamente y para dar un ejemplo pidió una piocha y mostró cuál era el ritmo al que él creía que debían trabajar. Todas ellas se rieron mucho y contestaron que la prisa era propia del tiempo de los zares y que en la actualidad ellas no eran esclavas hacían lo que podían.

Todos los delegados escribimos cartas dirigidas a nuestros países, relatando las primeras impresiones en la URSS a nuestros Partidos, movimientos sindicales, camaradas y familiares. El camarada Suárez pidió que le dejáramos leer las cartas para hacer una especie de supervisión fraternal. La verdad es que a mí no me gustó mucho aquello y pensé que Suárez ya la cagaba, pero por no armar líos acepté y entregué mi carta. Suárez se indignó por el estado de desilusión general que las cartas revelaban, pero a mí me abrazó efusivamente enfrente de todos pues yo no interpretaba pesimistamente lo que habíamos visto y daba en mi carta una visión con perspectiva futura. Mi ventaja era que yo conocía al dedillo las cifras del desarrollo de la URSS por medio de la propaganda soviética que llegaba a El Salvador y sabía que detrás de aquel cuadro de pobreza aparente había una realidad positiva, aunque todavía dura y difícil, propia de un país en largo período de nacimiento. Envié directamente mi carta desde la URSS a El Salvador, por cierto que el Partido

me criticó luego por eso, pero aquella carta y las siguientes llegaron a su destino sin novedad.

Sin previo aviso, un día de esos nos cambiaron de hotel. Nos trasladaron a un hotel tremendamente lujoso, exclusivo para diplomáticos y técnicos extranjeros de alto nivel, contratados por el gobierno soviético para ayudar a la construcción socialista. Toda esta gente era insolente y pesada y actuaban, cada uno de ellos, como si le estuvieran haciendo un favor de gratis al proletariado mundial. Las mujeres de los técnicos se mostraron molestas por nuestra presencia y nos hicieron demostraciones de desprecio y yo me volví a sentir como a bordo del “Rugia”, aunque comprendía que simplemente habíamos caído en una isla de capitalismo en medio del mar socialista y había que hacerse el loco, dorar la píldora. Felizmente sólo estuvimos dos días allí y partimos hacia Moscú por ferrocarril.

Inmediatamente después de llegar a la capital soviética fuimos a las oficinas de la PROFINTERN (Sindical Mundial Roja) para recibir nuestras credenciales definitivas como delegados al Congreso contra la presentación de los mandatos que nos acreditaban como representantes de la clase obrera de los respectivos países. En la sede de la PROFINTERN tuve una gran sorpresa cuando al pasar por un salón alguien dijo en voz alta: “Ahí viene Miguel Mármol”. Eran dos camaradas de Guatemala a quienes conocía por sus visitas a nuestro país y a quienes teníamos mucho cariño: Antonio Ovando Sánchez, carpintero, y Luis Chigüichón, panificador. Después de acreditarnos, los camaradas soviéticos nos invitaron a un gran almuerzo en el comedor del Palacio en que la PROFINTERN estaba instalada y que, por cierto, era de un lujo esplendoroso, a tal grado que había sido uno de los sitios predilectos de los zares. Yo le decía a Ovando Sánchez que en nuestros países no habríamos podido entrar en un lugar así sin que primero nos bañaran y nos perfumaran. En aquel almuerzo pude comprobar que era justa la fama que tenían los camaradas soviéticos en el arte de echarse sus mameyazos y no emborracharse, pues la verdad es que cuando nosotros ya estábamos viendo doble con tanto vodka ellos parecía que sólo estaban calentando motores. En los días siguientes hicimos vida rutinaria esperando la apertura del Congreso y pudimos conocer muy bien la ciudad y sus espectáculos. Vimos la ópera, el ballet y el circo, que a mí fue lo que más me gustó, sobre todo por los animales amaestrados. El ballet nunca me ha entusiasmado y los balletistas soviéticos, con todo y ser soviéticos, no me convencen. Para mí que ser bailarín de ballet necesita amujeramiento y cuando salen ahí brincando con

las nalguitas templadas, me dan ganar de gritar una chabacanada. La ópera rusa sí me gustó, porque es más ronca que la italiana y las que llegan a San Salvador. Los coros esos de los cosacos y los boyardos parecen una tormenta. Luego, comenzamos a tener reuniones preliminares de información para ir enterándonos poco a poco de los temas que se iban a discutir en la importante reunión internacional. Yo me propuse a no faltar ni siquiera a una reunión a pesar de que otros camaradas salían con muchachas soviéticas y me invitaban a mí a hacer lo mismo, e inclusive invertían su tiempo en chupar y parrandear. Mi conducta me consiguió el aprecio de algunas delegaciones. Recuerdo particularmente que los anarquistas argentinos presentes en el Congreso me felicitaron públicamente por mi conducta responsable.

Como nos daban 16 rublos cada cuatro días y no teníamos mayores gastos, algunos queríamos ahorrar e invertir dinero en objetos útiles que sirvieran a los compañeros a nuestro regreso al país, por ejemplo una máquina de escribir, una cámara o algo por el estilo. Sin embargo, al enterarse de tales proyectos, el tal camarada Suárez del Uruguay, por su nivel político y su preparación (y por su metidencia también, vamos a ser francos) se había convertido en algo así como el jefe de los latinoamericanos, nos reunió y nos hizo una crítica furibunda, acusándonos de haber llegado a acumular dinero precisamente al país del socialismo, y llegó a pedirnos que le dejáramos registrarnos los bolsillos. Partiendo de posiciones correctas, al camarada Suárez siempre terminaba por írsele la mano, se iba al otro lado del río. Nosotros le explicamos que queríamos el dinero para una máquina de escribir que luego sería usada en el trabajo revolucionario en nuestros países y que no se trataba de ningún negocio personal ni de ningún ahorro para lucrar, pero no pudimos convencer a la mayoría impresionada por el fogoso discurso de Suárez e inclusive el Secretario General de la CSLA, Miguel Contreras, que se encontraba presente en la discusión, lanzó la consigna de gastar todo el dinero que nos llegara a nuestras manos. Entonces, por disciplina, comenzamos a invertir nuestro estipendio en vodka, vino, dulces, frutas. Entre los asistentes a aquella discusión, que se convirtió¹ en un mitin contra el ahorro, recuerdo al camarada Valdez, de Honduras; a un negro panameño cuyo nombre se me escapa; a los camaradas Sastre y Piedrahita, de Colombia, y a otros. Quedamos en regularizar las reuniones entre latinoamericanos por todo lo que durara nuestra permanencia en la URSS, para tratar en conjunto todo tipo de problemas comunes y comenzamos a funcionar como un grupo organizado. En estas reuniones volvió a surgir a cada momento el problema de la impresión negativa general que había causado entre los delegados el

aspecto casi miserable de las dos ciudades soviéticas que habíamos conocido. Esto hizo que inclusive el propio camarada Lossovsky, que era el máximo dirigente del sindicalismo mundial de la época, viniera continuamente para hacernos las aclaraciones pertinentes.

–“Cierta camarada de Filipinas –nos dijo Lossovsky en una ocasión– opinaba que es penoso ver que en el transporte de la ciudad de Moscú se usen todavía carretones y vehículos de tracción animal, cuando en Filipinas, país atrasadísimo, el transporte es moderno y eficiente.

– Yo le pregunté al camarada filipino –agregó Lossovsky– si estos carretones moscovitas son de la clase obrera soviética o del imperialismo y si en Filipinas son de la clase obrera filipina o del imperialismo extranjero los transportes modernos”.

Yo creí entonces que aunque el argumento del camarada Lossovsky era exacto y apuntaba a una diferencia fundamental, habría sido mejor aceptar paladinamente los atrasos del transporte y de otros aspectos de la vida soviética de 1930, problemas propios de un país bloqueado, que estaba inaugurando un nuevo mundo con tremendas desventajas, de todo lo cual no tenía por qué avergonzarse la dirigencia soviética. Porque por el camino de que lo nuestro es bueno porque es nuestro, aunque sea pura basura, se puede llegar muy lejos. Algunos camaradas latinoamericanos por su parte –nos dijo en otra ocasión Lossovsky– hablan mucho de las lujosas vitrinas europeas, en donde hasta los huevos están en algodones coloreados y envolturas de lujo, y agregan que aquí en la URSS no hay nada en las vitrinas. Yo los invito a ver con sus ojos el movimiento fabril y hacer sus compras en las cooperativas de consumo. Dicho y hecho. Fuimos primero a las fábricas: aquello era una fila interminable de maquinaria pesada que día y noche salía para ser instalada en la producción y el servicio. Algo que hablaba por sí solo del empuje y de las perspectivas del país soviético. Fuimos a las cooperativas y no pudimos comprar nada por las colas enormes que formaba la ciudadanía para obtener ropa, zapatos, guantes, tela, comida en conserva, discos y libros, objetos para el hogar. Como dejamos nuestros deseos de hacer compras para las horas de la noche, en las que se nos dijo que había menos concurrencia, nos fregamos por completo porque para entonces ya no quedaba nada que comprar, toda la disponibilidad había sido adquirida. Lossovsky explicaba que en Europa la gente no tenía dinero con qué comprar, había escasez de capacidad de compra, y por eso la burguesía se veía obligada a estimular la

compra mediante la propaganda y la presentación de los objetos, debiendo invertir grandes sumas en este rubro, sumas que también salían de la explotación de los trabajadores. En cambio en la Unión Soviética la gente tenía dinero y compraba tanto que la producción no alcanzaba en muchas ocasiones a cubrir la demanda. Era muy cuidadoso en los detalles el camarada Lossovsky y nos ayudó a todos a ver más profundo, entre la maraña de problemas de la construcción del socialismo. Otra de las advertencias que nos hizo este dirigente soviético fue la de no hacer caso a las mujeres que nos salieran al paso proponiéndonos el amor, pues generalmente las prostitutas que quedaban en la URSS eran gentes comprometidas con el enemigo, espías, y podrían ser utilizadas para localizarnos y obtener información sobre nosotros. El enemigo externo e interno acechaba todos nuestros pasos. Desde entonces, todos los compañeros que habían estado echando sus cañitas al aire dieron marcha atrás por completo. La verdad es que Lossovsky gozaba de un extraordinario respeto, casi de una idealización entre todos nosotros. En su folleto sobre cuestiones sindicales habíamos aprendido muchísimo desde antes de conocerlo, allá en nuestros países, y todos apreciábamos en lo que valía su ayuda teórica para el nacimiento de nuestros movimientos y organizaciones.

En los días siguientes se organizaron diversas conferencias formales sobre aspectos de interés de la vida y la economía soviéticas, dictadas por especialistas en la materia. Por ejemplo, para nosotros los zapateros, un dirigente obrero de la rama hizo la historia de la industria del calzado en Rusia y la URSS. En la etapa final del zarismo existían unos 23 mil zapateros repartidos en más de 400 talleres, con una producción anual de 7 millones de pares de zapatos. Los burgueses se calzaban con la fina zapatería importada de Francia, Italia o Austro-Hungría, pero había 193 millones de personas que no podían calzarse. Y hay que entender que en el terrible clima de invierno eso era mortal para mucha gente. El gremio de zapateros ruso fue tradicionalmente revolucionario y sus miembros tuvieron brillante participación en las luchas insurreccionales. Ello valió para que sus filas fueran diezmadas por los asesinatos, las torturas y los exilios de la represión. Esta situación del gremio, unida a la crisis general postrevolucionaria, hizo que incluso aquella pinche producción de 7 millones de pares, descendiera mucho. Fue hasta en 1924, siete años después de la toma del poder, que la producción se niveló en los antiguos siete millones. Ese año se verificó el Primer Congreso de los Zapateros Soviéticos, que aprobó un nuevo plan de producción como preparación para entrar al plan Quinquenal de la URSS. Se planificó un

aumento rotundo de la producción con minuciosidad de cálculos: para tantos millones de pares tantos millones de cuchos y tantos millones de bueyes que necesitarán tanto volumen de forraje, tanta cantidad de madera para hormas, tantos millones de tela para forros, etc. Con planes preparatorios como éste se sentaron las bases del conjunto del Plan Quinquenal: el incremento de una rama obliga con sus necesidades al incremento de las demás. Los resultados de toda esta planificación fueron exitosos y la prueba era que al estar nosotros recibiendo aquella información, la producción de zapatos alcanzaba ya los 127 millones de pares anuales. Sin embargo, dada la inmensidad de la población de la URSS, todavía quedaban millones de descalzos.

Dirigentes obreros de otros países también nos comunicaron sus experiencias de lucha. Recuerdo especialmente las charlas que nos dio el dirigente sindical italiano, camarada Giermanetto, sobre las experiencias del movimiento obrero en la clandestinidad anti-Mussolinista. Cada una de sus respuestas a nuestras preguntas era verdaderamente una conferencia notable. Los camaradas soviéticos contestaban asimismo a nuestras preguntas más variadas. Era evidente su interés para que regresáramos a nuestros países con una visión lo más completa posible de la URSS. ¿Por qué había tanto borracho en la URSS? Bueno, lo que pasaba era que el alcoholismo había sido un mal tradicional en el país, arraigado en las gentes por generaciones. Después de la toma del poder, por cierto que contra la voluntad de Lenin, se declaró una dura Ley Seca que fue contraproducente porque lo único que produjo fue el aumento del alcoholismo clandestino y, como cosa curiosa el clero y otras fuerzas reaccionarias aprovecharon en su favor el resentimiento de los bebedores. Luego se abolió el Decreto de la Ley Seca y se comenzó un trabajo de masas contra el alcoholismo, sobre bases médicas, culturales y de sucedáneos, que estaba dando buenos resultados. Todo este trabajo estaba a cargo de las organizaciones del Partido, los Sindicatos y las organizaciones de masas.

Acerca de las condiciones de vida en la URSS de aquellos tiempos, recuerdo los siguientes datos: había racionamiento en los artículos de consumo y la alimentación era muy modesta. Solamente en 5 días por mes era posible consumir carne y leche a los adultos normales. Los niños, ancianos y enfermos comían carne y leche a diario. Pero lo más importante era que la gente tomaba todas aquellas dificultades con un gran espíritu y una gran comprensión. Todo el mundo sabía las razones de fondo de aquellas dificultades y los motivos que impulsaban a soportarlas y superarlas. Desde el

dirigente de masas hasta los niños de las escuelas estaban al tanto de los problemas, del trabajo de construcción socialista, de las dificultades y de las perspectivas, porque el Gobierno soviético decía al pueblo exactamente la verdad y no lo engañaba con falsas promesas o con sueños alejados de la realidad, como hacen los políticos en el Estado burgués. Incluso los jóvenes de la URSS de hoy no están tan informados sobre su país como aquellos que yo conocí en 1930. Esto explicaba por qué el pueblo estaba tan unido en la resolución de los problemas y echaba todo el peso de su fuerza contra los saboteadores y enemigos. La lucha de clases era intensa aún. El clero conspiraba, contra la Revolución y estimulaba el sabotaje. Los kulaks mataban el ganado y envenenaban los bebederos públicos. Pero todos ellos tenían que andar con pies de plomo porque el pueblo vigilaba sus conquistas. La lucha se reflejaba hasta en el tipo de dinero que se usaba. Nosotros los delegados recibíamos para gastos de bolsillo papel moneda y todo andaba bien hasta que necesitábamos operar con moneda fraccionaria, en centavos o kopeks, como se llaman allá. Como los reaccionarios traficaban con las monedas de níquel, que enviaban de contrabando a la China y el Japón, las monedas fueron prácticamente retiradas de la circulación. Los vueltos de los billetes, los cambios, se daban anotando la cantidad en un papelito sellado. Esos papelitos no se podían utilizar para los fines de los reaccionarios, pero desde luego causaban muchas molestias al comercio en pequeño. Lo de las colas nos molestaba mucho, y a mí personalmente me desesperaba. Los camaradas soviéticos nos manifestaban que era necesario el control y por ello había cierta lentitud en las transacciones comerciales, lo cual originaba las colas. Antes de que se estableciera el control, los reaccionarios se aprovechaban para hacer daño al pueblo y promover la escasez. Antes del control era común que los reaccionarios compraran grandes cantidades de pan y luego lo botaran o lo usaran para alimentar a los cerdos. Un día asistimos, todos los delegados al Congreso, a un gigantesco mitin en el cual fue orador principal el mariscal Budionny. Fue un discurso brillante el del gran jefe militar, señalando varias fallas en la organización de la industria y refiriéndose en detalle a las lagunas que aún existían en la conciencia de los obreros frente a los sacrificios que imponían las necesidades de la producción. Había obreros por ejemplo que abandonaban sus fábricas para buscar mejores salarios en otro sector y así perjudicaban el plan de la fábrica que contaba con su fuerza de trabajo. En la solución de todos estos problemas Budionny otorgó gran papel a la Juventud Comunista. Asimismo fustigó a los saboteadores, los enemigos públicos número uno de entonces, sobre todo a los saboteadores contra la

alimentación popular y la maquinaria. En la vigilancia revolucionaria hasta los niños pioneros tenían señalado su papel como ojos del Partido. Pocos días más tarde, por cierto, se capturaría una extensa red de saboteadores, algunos de cuyos jefes fueron fusilados con el asentimiento unánime del pueblo.

El Congreso fue un gran éxito. El informante general fue el camarada Lossovsky, pero hubo un co-informador, el representante del sindicalismo rojo de China, que informó sobre la situación y necesidades del movimiento obrero en los países coloniales, semicoloniales y dependientes.

El Congreso reflejó la amplia gama de la experiencia sindical mundial y debo decir que esto se dio en un clima crítico y autocrítico como en muy poco de los Congresos políticos a los que luego asistí en el transcurso de mi vida. Yo informé sobre El Salvador a la clase obrera mundial ahí representada. Nuestro informe se refirió a las formas de explotación existentes en el país, la organización de la clase obrera y del campesinado y las luchas revolucionarias, y estaba ampliamente ilustrado con hechos, con detalles extraídos de la realidad cotidiana. Recuerdo que causó honda impresión entre los oyentes la exposición acerca de las condiciones de vida en que se debatían los peones y campesinos de la Hacienda Cangrejera, propiedad de la familia Guirola, en la cual los hombres trabajaban de sol a sol por un jornal de 37 centavos de colón (15 centavos de dólar), semidesnudos y recibiendo tan sólo una ración de tortillas de maíz y frijoles cortados, que era exactamente el mismo tipo de forraje que en dicha hacienda se daba a los cerdos. El informe fue recibido en general con gran interés y después de haberlo rendido, recibí durante varios días muchas preguntas y consultas sobre la experiencia salvadoreña de parte de delegados de muchos países.

En el seno del Congreso se organizaron dos reuniones formales de sindicalistas rojos latinoamericanos. La primera reunión versó exclusivamente sobre los problemas de la organización en el campo. Hubo una gran discusión por ejemplo acerca de si los colonos y los campesinos pobres podrían ingresar a los sindicatos agrícolas con provecho para la Revolución. La tesis triunfante fue la de limitar los sindicatos agrícolas exclusivamente para los proletarios agrícolas. Los colonos, campesinos pobres, etc. podrían hacer su lucha desde otras organizaciones como las cooperativas, etc. y los sindicatos deberían seguir siendo en el campo, lo que son o pretendían ser en las ciudades: núcleos sólidos de la clase obrera. Esta cuestión había quedado clara para nosotros a partir de la experiencia de organización rural en El Salvador y que esa fuera la tesis triunfante en aquella reunión nos llenó de orgullo. Ello

quería decir que no estábamos caminando por las ramas, ni arando en el mar. También se invirtió gran esfuerzo en dejar claramente establecido para todo el mundo los esquemas fundamentales con los que la Sindical Roja enfrentaba en aquel entonces el programa de la composición de clases en el campo y las condiciones económicas concomitantes. La segunda reunión de latinoamericanos se hizo en torno a asuntos políticos: el carácter de la revolución en nuestros países (que se contaban entre los del grupo denominado “coloniales, semicoloniales y dependientes”, ya que entonces aún no se había acuñado eso de “países subdesarrollados” o “del Tercer Mundo”), las formas de organización legales o ilegales, las formas de lucha (armadas y pacíficas) y su adecuada combinación, etc. El camarada Manuisky, gran cuadro soviético de la Internacional y el Socorro Rojo, fue solicitado por nosotros para que nos ilustrara algunos aspectos teóricos de aquellas discusiones que nos enredaban por mucho tiempo. Hubo sin embargo unanimidad de criterio por parte de nuestras delegaciones en los problemas más fundamentales como por ejemplo el del carácter de la revolución en la zona latinoamericana. Todos coincidíamos en que el tipo de revolución que se nos imponía para entonces era la revolución democrático-burguesa. Sin embargo, cuando recuerdo los acontecimientos del año 32 en El Salvador, comprendo que aún teníamos los conceptos revolucionarios como simples fetiches o imágenes, como entes abstractos independientes de la realidad, y no como verdaderos guías de la acción práctica. En 1932 hicimos una insurrección comunista para luchar por un programa democrático burgués, hicimos soviets en algunos lugares del país pero el contenido de ellos era el de un organismo municipal de origen burgués. ¡Bien caro pagamos el no entender la calidad de instrumentos que tienen los conceptos!

En aquella reunión de Moscú se llegó inclusive a formular un programa concreto de la revolución democrático burguesa latinoamericana: confiscación de la tierra mal habida por los gobernantes, confiscación de la tierra usurpada por los latifundistas y su redistribución entre el campesinado, nacionalización de las empresas extranjeras, socialización de las propiedades donde existieran sindicatos capaces de mantener una administración eficaz, nacionalización de la banca, estímulo al desarrollo industrial, etc. De nuestras intervenciones en el Congreso y de nuestra exposición de experiencias en las reuniones con los latinoamericanos nos quedó la viva satisfacción de poder aportar elementos valiosos al movimiento obrero revolucionario mundial. El trato que recibimos indicaba nuestro prestigio internacional ganado en pocos años: la reputación de nuestro movimiento de masas era evidente. A instancia nuestra se aceptó

para la América Latina la operatividad de la tesis según la cual un partido comunista pequeño pero con prestigio y hegemonía de dirección real sobre las masas puede iniciar la revolución, la lucha por la toma del poder en forma directa, tomando en cuenta desde luego las condiciones objetivas de cada país. Pero es claro que en esos momentos nosotros los salvadoreños no dominábamos a cabalidad los problemas de la estrategia y la táctica revolucionarias, entendidas en un aspecto estricto, científico. Creo que no se nos podía exigir tanto. Eramos verdaderos principiantes y éramos principiantes del año 1930, que no es lo mismo que serlo modernamente, cuando ya hay tanta experiencia al alcance de la juventud revolucionaria. Nuestro enemigo local, la burguesía de El Salvador, no era tampoco el enemigo armado hasta los dientes que es hoy. No era desproporcionada-mente más poderoso que quienes, como nosotros, queríamos mecerla para dormirla y darle con una piedra en la cabeza. Pero también es cierto que nosotros no teníamos los manuales de marxismo de hoy, ni los aportes del movimiento internacional de hoy. Martí, Luna y Zapata, los tres intelectuales mártires del año 32, leían *El Capital* en traducciones hechas del francés, mecanografiadas y hasta a mano. Yo también decía que leía *El Capital*. Pero ¿a quién se le va a ocurrir que yo pudiera haber entendido algo de eso? Lo que entendíamos eran los planteamientos teóricos hechos a nivel de propaganda y divulgación, el idioma de las resoluciones y los Congresos. De ahí que los salvadoreños encajáramos bien en el seno del Congreso Mundial de Ja Sindical Roja que he venido relatando.

Una vez terminadas las sesiones del Congreso, hicimos una extensa gira por el interior del país soviético. Rostov, Tiflis, el Cáucaso, fueron estaciones de nuestro derrotero, que cumplimos a bordo de trenes, autos, carretas, e inclusive a caballo y aun a pie. El grupo con el que yo hice la gira estaba formado en su gran mayoría por latinoamericanos. El único representante de otra zona era un campesino norteamericano, que no hablaba sino unas palabras en español. Formamos nuestra propia organización interna en el grupo, adoptando todas las medidas de seguridad ante la posibilidad de que el enemigo tratara de seguirnos la pista. Inclusive usamos seudónimos. El mío era "Guerrero". Asimismo organizamos un periódico mural que escribíamos todos a mano, denominado "Duro y Parejo", lleno de críticas y autocríticas y que se colocaba en los lugares visibles de los vagones en que viajábamos. Cada uno de los compañeros tenía una responsabilidad: preparar la comida cada día, hacer la limpieza de los compartimientos o de la vivienda en que parábamos temporalmente, etc. El campesino norteamericano un buen día

nos criticó al compañero guatemalteco Chigüichón y a mí, por rehuir el trabajo de hacer la comida y repartirla. Lo hizo en una nota de *“Duro y Parejo”* que parecía un editorial. Nosotros, por sacar la pata, comenzamos a cocinar en abundancia y a repartir grandes dosis de comida a cada quien. Pero entonces nos botaron de ese cargo para siempre pues se dijo que íbamos a agotar las provisiones en tal despilfarro.

Uno de los lugares que más me impresionaron en aquel recorrido fue una mina de carbón llamada Chasplin, cerca de Rostov. Para nosotros, trabajadores de países de tan poco desarrollo industrial, fue muy aleccionador comprobar el ritmo de trabajo de los obreros soviéticos. El trabajo era durísimo, pero a la par del esfuerzo que el mismo les exigía, las prerrogativas de que gozaban ellos y sus familiares eran inmensas. Fraternalizamos con los obreros de aquella mina y comimos con ellos. Recuerdo que yo me pegué una forrada de fruta que hizo que hasta el camarada mexicano Valentín Campa, que nos acompañaba, se pusiera a bromear conmigo. Después llegamos a Tiflis, la capital de Georgia, la tierra del camarada Stalin. Ahí nos recibió el Presidente de la República en su palacio amarillo. Desarrollamos en esa ciudad un intenso programa de visitas: nosotros queríamos ver todo y los soviéticos querían mostrarnos todo, de ahí que apenas dormíamos. Un día de esos yo lidereé una huelga para descansar siquiera un día. Triunfamos: dormimos más de veinte horas y luego continuamos en el mismo ritmo agotador. También recuerdo con emoción la llegada a Bakú, el gran centro petrolero. Nos recibieron los diputados del Soviet local y lo más notable en ellos era el descuido en la vestimenta. La ropa remendada y sobreremendada, los pies con pedazos de zapatos. Junto con ellos pusimos una corona en la tumba de los veintiséis diputados del pueblo que fueron asesinados por la reacción y las tropas del imperialismo extranjero, en famosa ocurrencia revolucionaria que conmovió al mundo. Fue un acto vibrante y combativo y los latinoamericanos dimos la nota esperanzadora con nuestros himnos revolucionarios: Caballería Roja, la Internacional, Hijo del Pueblo y el Himno de la Juventud Comunista Uruguaya.

Después del recorrido, regresamos a Moscú por la carretera militar que partía de Tiflis. Se plantearon los problemas del largo viaje de regreso a nuestros países. El camarada Manuilsky nos pintó un cuadro bien jodido de la situación: diversas policías de Europa y América Latina estaban esperándonos para aprehendernos. En el caso de algunos delegados y de algunos países, el peligro era mortal. Había habido múltiples imprudencias por falta de

experiencia conspirativa de los viajeros y la mayoría de los delegados estábamos chequeados. Regresábamos, como se dice en El Salvador “con los pies hinchados”. Con estos antecedentes se me planteó por parte de los camaradas soviéticos que me quedara a estudiar por un tiempo largo en la URSS, unos cuatro años, pero yo rechacé fraternalmente el ofrecimiento y planteé en cambio que se ofrecieran varias becas a compañeros salvadoreños del movimiento sindical y revolucionario. Se aceptó de inmediato mi pedido y se otorgaron 4 becas de estudio para cuadros salvadoreños. Por cierto que solamente, después de algunos meses, se aprovecharon dos de esas becas. Fueron así a estudiar a la URSS Aquilino Martínez y José Centeno, ambos de la Juventud Comunista. Aquilino Martínez, luego de terminar sus estudios trató de regresar a El Salvador, pero fue capturado por los nazis al pasar por Berlín, quienes lo torturaron en una forma bárbara y le aplicaron unas inyecciones raras. Aquilino resistió la tortura y no les dio a los criminales aquellos ninguna información. Incluso trató de írseles de las manos, suicidándose: se arrojó desde un cuarto piso en un descuido de los verdugos. Finalmente lo enviaron como reo hacia El Salvador, pero cuando llegó era evidente que estaba bastante perturbado de la cabeza y el gobierno salvadoreño lo metió al Manicomio. El otro becado, el camarada Centeno, ante aquella experiencia, tuvo que variar su ruta y logró llegar a Cuba, pero dadas las condiciones reinantes en El Salvador en aquella época (1934) tuvo que quedarse en La Habana. Nunca más supimos de él.

Salimos de la URSS en noviembre, por el puerto de Leningrado, a bordo del carguero soviético “Herzen”. El clima se había puesto tremendamente frío. Nevaba y llovía y uno se ponía tristísimo. Dejamos el barco soviético en Kiel y ahí mismo comenzaron las dificultades. El registro que comenzaron a hacer los policías portuarios a quienes desembarcamos fue minucioso, pero los que nos tocaron al uruguayo Suárez y a mí constituyeron una verdadera sorpresa ya que al abrir la maleta de Suárez se encontraron con varias insignias del martillo y la hoz y solamente se vieron la cara entre sí, sonrieron con nosotros y nos pusieron en el equipaje el sello de “Revisado”. Llegamos a Hamburgo, a Colonia y a Lieja en ferrocarril. En este último lugar la policía belga me detuvo por mi aspecto de japonés y me trataron de interrogar en ese idioma. Pero al final quedó en claro que yo era latinoamericano y me soltaron. Parece que en esa época los espías japoneses pululaban por todas partes. Finalmente llegamos a París. Nos esperaban en la estación unas camaradas venezolanas encargadas por la Internacional Comunista de atendernos y protegernos, ya que, según ellas mismas nos dijeron, el espionaje enemigo en París era

intenso. Vivíamos saltando de un hotel a otro para evadir la persecución de la policía francesa e internacional y nos hacíamos pasar por artistas latinoamericanos, ya que las muchachas tocaban guitarra y mandolina y las andaban cargando como disfraz. Estuvimos 26 días en París en esas condiciones. A pesar de esa movilidad, la Internacional estaba en contacto con nosotros y nos hacía llegar un boletín diario de noticias de nuestro interés. Por medio de este boletín supimos que el barco en el que viajaban los camaradas brasileños había sido ametrallado en el trayecto. A un camarada mexicano de apellido González lo mataron las autoridades locales al regresar a su pueblo. A los representantes obreros alemanes los habían expulsado en bloque de sus trabajos. Un camarada mexicano bastante joven que viajaba con nosotros, cogió una preocupación exagerada y terminó por trastornarse de la cabeza. El camarada Machado, del Partido Comunista de Venezuela, que estaba en París y había terminado sus estudios de Medicina, lo atendió. A mí se me quedó grabada para siempre la cara de aquel compañero enloquecido, pobrecito, tan flaco y con sus ojos amarillos inyectados en sangre. Hay que tenerle miedo al miedo, he dicho siempre yo. Y personalmente es al miedo a quien yo temo más: lo obliga a uno a morir antes del tiempo.

Los salvadoreños fuimos los últimos en salir de París por problemas diversos, pero fundamentalmente porque el camarada que representaba la Internacional allí, el camarada Hercle, que por cierto también representaba a los sindicatos soviéticos en Francia, nos dio muy poca plata para nuestro viaje y tuvimos que buscar el barco más barato del mundo para regresar. Esto fue porque el representante de Honduras, un tal Valdez, se había robado la plata del viaje de su delegación y había dejado escaldado al tal camarada Hercle. A mí no se me habría pasado nunca por la cabeza que en el seno del movimiento pudieran existir ladrones, pero desde aquella experiencia yo digo que es mejor prevenir, porque luego es tonto quedarse diciendo: “El camarada es intachable, pero lo cierto es que la plata se perdió”. La verdad es que el mundo que dicen hizo Dios es como un ciempiés cojo, así dicen las viejitas.

Después de muchas vueltas, ubicamos un carguero francés “El Magdalena”, que hacía viaje hacia el Caribe y que aceptaba pasajeros para redondear las ganancias y no llevar lugares desocupados. Los camarotes para el pasaje eran tremendos pero, ni modo, no era posible regresar nadando. Para embarcarnos viajamos a Le Havre y ahí esperamos el día de zarpar. Ya para las vísperas estábamos sin hotel, durmiendo en los parques y sobreviviendo a una dieta

de puras frutas y agua y uno que otro caramelo. En los alrededores del puerto hicimos amistad con otros futuros pasajeros de “El Magdalena”: comerciantes en pequeño en su mayoría palestinos. Con estos antecedentes hasta los malos catres del barco y la comida fea fueron para nosotros cosas de reyes. La travesía fue más aburrida esta vez. La primera escala que hicimos fue en Tenerife, Islas Canarias, y para mí fue un gran gusto volver a oír el español, a pesar de que las primeras palabras que oí fueron las de un marinero canario que venía en un remolcador y que gritaba a los del barco nuestro para que le tiraran un cable: “Me cago en Dios, con estos cabrones”. Ahí subieron varios marineros españoles para reforzar la tripulación y entre ellos venía un barcelonés socialista que hizo muy pronto gran amistad con nosotros. Cuando le dijimos que habríamos de desembarcar en Cuba a fin de tomar en La Habana otro barco que nos condujera a Centroamérica, este compañero nos advirtió que la situación en la isla era sumamente grave desde el punto de vista político, ya que Cuba vivía en perenne Ley Marcial bajo la dictadura criminal de Gerardo Machado y la policía cubana no se tocaba los hígados para encarcelar, torturar o asesinar a los revolucionarios, aunque se tratara de ciudadanos extranjeros. Decidimos tomar una serie de medidas urgentes para no llegar a La Habana como idiotas y caer de cabeza en manos de la policía. Con Modesto Ramírez hacíamos simulacros de interrogatorios para tratar de agotar las posibilidades que la policía tuviera para sorprendernos. El marinero barcelonés se ofreció para bajarme a tierra una serie de materiales impresos del Congreso que yo traía, pues a los tripulantes los policías no los registraban a causa de que todos eran cómplices en el contrabando de mercancías. Sin embargo, además, yo preparé mi abrigo, cosiendo entre sus forros mis apuntes personales del Congreso y otros papeles más importantes. Así nos preparábamos para llegar a Cuba, con la inquietud creciente sobre todo por las circunstancias del tedioso y lento navegar del barco a lo largo de días y días en que no veíamos más que el mar. Mi entusiasmo poético por la inmensidad del agua se me había acabado con el primer viaje y ya entonces me daban ganas de prenderle fuego a aquel montón de olas.

Otros marineros hablaban maravillas de La Habana. Decían que tenía las mejores putas del mundo, a precio de quema; el mejor ron del mundo y el mejor tabaco del mundo. Y contaban las aventuras más increíbles, que me hacían ponerme colorado, aunque no he sido nunca un santulón. A mí no me interesaban demasiado aquellos cantos de sirena. ¡Iba a andar yo pensando en putas, cuando se suponía que en La Habana me esperaba asimismo una de las policías mis corrompidas y represivas de América Latina!

Al llegar a La Habana los acontecimientos se precipitaron. El barco fondeó en la bahía como a las seis de la mañana, pero la policía del tal Machado no nos dejó ni desayunar, pues de inmediato se presentaron a bordo un gran número de policías y alinearon en dos columnas distintas a los pasajeros. Ya de una vez: una fila para los que iban a pasar normalmente la Aduana, compuesta en su totalidad por pasajeros de primera, excepción hecha de uno o dos a quienes mandaron de mal modo a la otra fila, y otra fila para los que quedaban detenidos desde aquel mismo momento. Ni decir en qué fila estábamos Modesto Ramírez y yo. Junto con unos inmigrantes italianos quedamos detenidos en la cárcel de Tiscornia, donde nos encontramos a centenares de cubanos y extranjeros detenidos por diversos problemas, que no habían podido entrar normalmente en Cuba. De los pasajeros de tercera que venían en el barco, casi todos tuvieron que pasar por Tiscornia, unos sólo por unas horas y otros se quedaron días e inclusive después que nosotros salimos. Después del mediodía llegaron unos policías de aspecto desgarrado y registraron nuestras maletas. No hallaron nada porque no llevábamos nada, sólo nuestras mudadas humildes. Me dijeron que me quitara el abrigo, que me iba a asar por el gran calor que hacía, pero yo me hacía el loco y les decía que tenía un frío tremendo, que no sólo era friolento de nacimiento sino que andaba llevando unas fiebres palúdicas que me hacían temblar del frío interno.

–“Además –les dije– el estado de nervios que me produce esta detención injustificada, me da más frío”.

Cuando empezaron a interrogarme, me di cuenta que de nuevo estaban creyendo que yo era japonés y sospechoso, algo así como un espía. Yo los mandé mucho al carajo y les dije que hablaba español mejor que ellos, que yo era salvadoreño y que no me jodieran más por mi cara de indio, que los indios americanos habían venido de Asia y que por eso nosotros parecíamos japoneses y que yo no tenía la culpa de que los cubanos no supieran distinguir a un indio de un japonés ya que la culpa era de los españoles que habían acabado con todos los indios de Cuba y no había dónde comparar. Finalmente nos dijeron que deberíamos dejar allí nuestras maletas, para revisarlas con aparatos científicos y para fumigarlas contra cualquier peste y nos llevaron a unos galrones de detención, especialmente contruidos para que nadie se escapara, mientras no se resolviera nuestra situación. Felizmente se tragaron lo de que yo era friolento y no me quitaron el abrigo, pues aunque por dentro yo estaba hecho una sopa de tanto sudar, conservaba mis papeles.

Comenzamos, Modesto y yo, a ver de qué manera podríamos lograr contactos con el mundo exterior, plan máximo con los comunistas cubanos que aunque al parecer andaban a salto de mata por la represión, más de alguna cosa podrían hacer por nosotros. Los días pasaban, sin embargo, y nuestra situación no cambiaba ni para adelante ni para atrás. Estábamos tan presos como en cualquier penitenciaría. Hicimos poco a poco una semi-amistad con una jovencita cubana, muy linda por cierto, que se pasaba el día cortando flores en el jardín de la casa del Director de aquella prisión, a quien todo el mundo le tenía más miedo que a la peste bubónica y la fiebre amarilla juntas. Comenzamos con charlas tímidas, bayuncas, sobre películas y sobre canciones, y luego ella nos llevaba libros y periódicos para matar el aburrimiento y se quedaba largos ratos platicando con nosotros sobre nuestros países y los viajes por el mar, etc. Hasta que una vez nos dijo que ella era precisamente la hija del Director y nos prometió interceder en favor nuestro ya que estaba convencida de que éramos buenas gentes, honrados y humildes, y que todo sería seguramente un error. Nosotros quisimos ayudarnos también y después de conseguir permiso para escribir al exterior, enviamos una carta hacia El Salvador, comentando las noticias de los periódicos de La Habana que se deshacían en elogios para Machado. En nuestra carta agregamos algunos elogios para el tirano, echándole flores, seguros de que los censores cubanos de correspondencia los leerían. La carta pasó bien y cuando regresamos a nuestro país nos enteramos de que se había recibido normalmente. Las cosas que uno tiene que hacer en la vida... Como a los dos días de haber puesto aquella carta, nuestra amiga nos dijo que su papá, el temido jefe de la cárcel, se levantaba muy temprano por la mañana y salía al jardín a recortar los arbustos y las parras con una hoz y unas tijeras y que a esa hora estaba de buen humor como para que le habláramos de nuestro problema. Como un león recién comido. Así lo hicimos: nos levantamos temprano a velarlo y lo abordamos en cuanto empezó a mochar matas. Tan exitosamente, que el hombre nos dio cita en su oficina para ese mismo mediodía. Cuando llegábamos, estaba esperándonos acompañado de su secretario, que sería encargado de anotar en taquigrafía toda la conversación. El Director comenzó a hablarnos de El Salvador y vi claramente que aún maliciaba de que no fuéramos salvadoreños. De mí, parece que seguía necio con que era un espía japonés. Me preguntó en qué fecha habían llegado los españoles para conquistar el país, además de múltiples otros datos de nuestra historia y nuestra geografía, que yo para entonces manejaba de memoria. Me solté a hablar de El Salvador hasta por los codos, pero poco a

poco fui llevando la plática hasta los terrenos de Maceo y Martí, que en una época de su vida revolucionaria habían estado exiliados en Centroamérica y hasta habían tenido amores, hijos, grandes amigos y enemigos, como les suele pasar a los grandes hombres, que hay que decir que no son de palo. Y ahí sí que se soltó él a su vez porque resultó que decía ser un martiano ferviente y me dio una verdadera conferencia sobre el Apóstol de los Cubanos. Parece que antes de la revolución cubana, Martí tenía una serie de supuestos seguidores que eran unos sinvergüenzas. Por lo menos aquel Jefe de Tiscornia estaba mejor para discípulo de Hitler que de Martí y también es verdad que a El Salvador muchos estafadores han usado el nombre del Apóstol para lucrar e irla pasando, engañando viejos que se la llevan de liberales. A media plática, convencido el director de que éramos efectivamente salvadoreños, mandó a llamar al Cónsul de nuestro país acreditado en La Habana. Era un viejo indio de Armenia de apellido Blanco, padre de un periodista guanaco que vivía en San Salvador, muy influenciado por cierto por el Aprismo y por el viejo maricón de Raúl Haya de la Torre. El tal Cónsul andaba en la mera luna y llegó con un tufo a ron que no era sólo de tres tragos, de manera que lo pudimos convencer de que veníamos de Europa porque éramos marineros a quienes una compañía de barcos en la que habíamos trabajado nos había dejado chiflando en la loma, varados en Francia y que con mucho esfuerzo habíamos conseguido dinero para regresar a nuestra patria. Allí mismo el Cónsul salvadoreño ofreció al Director garantías por nosotros y le pidió en nombre del gobierno salvadoreño que nos dejara continuar nuestro viaje. De no haber sido por él habríamos salido libres hasta en 1959, cuando triunfó Fidel Castro.

Como teníamos necesidad de obtener una visa guatemalteca para entrar a Centroamérica por Puerto Barrios, tuvimos que ir hasta La Habana a buscarla. Nos mandaron desde Tiscornia custodiados por un agente policial a quien se le veía la cara de pícaro a un kilómetro de distancia. Lo sobornamos rápidamente con algunos obsequios y algunas cervezas en el mero puerto habanero, a fin de que nos permitiera viajar en auto de alquiler hasta el consulado chapín y que nos dejara curiosear un rato por las calles de La Habana. Localizamos un auto de alquiler y nos fuimos hacia el centro de la ciudad, con las cabezas fuera de las ventanas y preguntando por todo. Como era evidente que íbamos custodiados, el chófer del auto nos preguntó que si éramos cubanos. Cuando le dijimos de dónde éramos, dijo en voz alta:

–“Ah, salvadoreños y presos en Cuba, ¡qué tiempos vivimos! Es que todos estos policías y gentes del Gobierno son unos cabrones, que no saben tratar a la gente decente porque se han creado entre ladrones y criminales. Y para acabar de joder, quien los manda a todos es un viejo hijo de puta que se llama Machado”.

Yo me puse nervioso porque olí que ya venía el lío y no sabía qué pensar ni qué hacer. También había la posibilidad de que el hombre fuera un provocador que anduviera buscando aplicarnos la ley de Caifás: el que está jodido, joderlo más. Pero el policía apenas dijo en voz baja al chófer:

– “No jodas, chico, que no es para tanto”.

Y todavía el chófer le contestó:

–“Tú cállate, cabrón, que no eres el último de tanto sinvergüenza”.

Nos llevó al Consulado de Guatemala y nos esperó hasta que nos dieron las visas, y luego nos llevó a pasear por La Habana. La ciudad no se miraba alegre, había una atmósfera tensa. Lo que sí valía la pena eran las muchachas: en los parques, las calles y las tiendas, verdaderas chuladas de hembras, de tipo español y mulatas, negras y aindiadas. Cuando pasamos por el Capitolio el chófer lo señaló y nos dijo:

– “Vean esa mierda: nos va a costar en total más de 18 millones de dólares y todo para que el viejo hijo de puta pueda cenar a gusto con los gringos. Da vergüenza Cuba, señores”.

Nosotros sólo le contestábamos que no entendíamos nada de política pero que lo único que podíamos decirle era que en El Salvador las cosas eran peores, había más miseria y ni siquiera tenía uno el consuelo de tanta mujer bonita. El policía por su parte solamente se hacía el baboso ante las palabras del chófer y miraba para el cielo o para el horizonte. Pasamos a almorzar a un restaurante y el chófer nos dio una serie de detalles sobre el país que hablaban mucho de la situación de corrupción y terror que existía bajo el machadato.

–“La clase obrera no se calla la boca en Cuba –decía el chófer– pero la situación es muy crítica. La policía asesina a mansalva. No se puede formar grupos en las esquinas porque se les dispara de inmediato, sobre todo por las noches y en los barrios. Las multas sangran al pueblo en forma insoportable. La crisis económica es profunda y el

gobierno quiere exprimir al pueblo lo que les saca a los ricos que lo sostienen. Se paga multa por tener sucio el instrumento de trabajo, el auto en mi caso. Incluso hay que pagar multa por portar un reloj de bolsillo grande porque se le considera arma contundente. En fin, que esto es una mierda”.

Finalmente el chófer nos llevó de nuevo al puerto y a pesar de que insistimos en pagarle un precio justo ya que se había pasado el día con nosotros, no quiso cobrarnos ni un centavo. A lo mejor se trataba de algún camarada comunista, pero nosotros ni por su bondad y simpatía nos identificamos. En realidad, no era la primera vez que oíamos hablar así contra el gobierno de Cuba en la misma Cuba. En Tiscornia todo el mundo hablaba en voz alta de política y se discutía con calor hasta de marxismo, pasando por todos los temas habidos en este mundo y en el otro. Como estos cubanos son algo bulliciosos siempre me hacían creer con sus discusiones que ya se iban a malmatar por causa de la política o la astronomía, pero nunca llegaban a las manos. No son como nosotros, que antes de un grito o una llamada de atención en voz alta ya han salido los cuchillos o los machetes a hablar. Pero sea como sea, se mira que nunca se han dejado doblegar por los tiranos y por algo será que ellos han sido los primeros latinoamericanos en quitarse de la nuca al imperialismo yanqui.

Después no tuvimos más dificultades. Tomamos otro barco rumbo a Puerto Barrios y fue al llegar allí cuando yo sentí que habíamos terminado nuestro primer viaje por el mundo y que regresábamos al país y al hogar vivitos y coliteando.

VI

REGRESO A LA PATRIA

La agitación social sube de tono. Las elecciones y el arribo al poder del General Maximiliano H. Martínez. La represión gubernamental. Las discusiones internas sobre la insurrección armada popular encabezada por el Partido Comunista. Miguel Mármol en los días de la insurrección. Su captura y su fusilamiento. Su escapatoria de entre los muertos y su convalecencia.

Cuando llegamos a Puerto Barrios, Guatemala, pasamos milagrosamente el control de migración gracias al buen humor de un funcionario que al nomás vernos el pasaporte salvadoreño dijo que todos éramos hermanos centro-americanos y nos puso el sello de entrada sin hacer preguntas. No nos registraron ni nos entretuvieron. En un dos por tres estuvimos en la calle. Libres y con el sentimiento de estar ya prácticamente en El Salvador porque ultimadamente desde allí nos podríamos ir aunque fuera a pata. Cuando tomamos contacto con la organización de los portuarios sin embargo, nos dijeron que nos habíamos salvado por un pelo porque el control político era riguroso y por cualquier sospecha iba uno a dar al bote. Le echamos bendiciones a aquel funcionario aduanal, contento quizás porque acababa de palabrear un su buen rato con alguna muchacha. Suerte te dé Dios más que inteligencia. decía en vida mi mamá. Mientras estuvimos en Puerto Barrios, logramos hacer unos trabajitos de divulgación comunista. Dimos charlas a los obreros bananeros y a grupos de amigos y simpatizantes de las ideas revolucionarias, pero luego los compañeros de la localidad nos dijeron que nos habíamos extralimitado y que de seguro que la policía andaría ya buscándonos. De tal manera que arreglamos la forma de irnos lo más pronto posible a Guatemala. En esta capital nos recibieron excelentemente los camaradas del movimiento obrero organizado. Los delegados guatemaltecos que habían asistido al Congreso de Moscú, Ovando Sánchez y Chigüichón, aún no habían regresado de la URSS de suerte que a nosotros nos tocó dar a los núcleos obreros y revolucionarios guatemaltecos los primeros detalles sobre el país soviético y el Congreso Mundial de la Sindical Roja. En la capital guatemalteca se encontraba por entonces nuestro compatriota Miguel Ángel Vázquez, deportado de El Salvador por comunista. Este compañero fue, junto con los que quedaron mencionados en su oportunidad, uno de los primeros

introdutores de las ideas marxistas en Centroamérica y era en realidad una personalidad muy respetada por su talento y su gran información. Como conocía idiomas, sobre todo el francés, leía los impresos marxistas de Europa y los traducía para uso del movimiento revolucionario de nuestros países. Algún día habrá que rendirle el merecido homenaje a este camarada que después de tantos años de lucha abnegada y difícil, después de años y años de angustias, postergaciones y miserias, sigue fiel a los principios de la Revolución. En Guatemala, Miguel Angel Vázquez nos presentó a mucha gente revolucionaria y fue para nosotros gran alegría comprobar cómo en toda Centroamérica el movimiento popular cobraba auge y firmeza. Vázquez nos mantuvo ahí por más de un mes pues tenía instrucciones precisas del Partido Salvadoreño en el sentido de extremar las precauciones ya que el gobierno de nuestro país había emitido órdenes de captura contra Modesto y contra mí, en todos los lugares fronterizos y en todo el país. Pero el deseo de regresar a nuestra tierra ponía ajuate a nuestros corazones y al cabo de unos días decidimos correr todos los riesgos, en vista de que el resto de las instrucciones del Partido no acababan de llegar. Organizamos un plan y un itinerario para llegar a El Salvador. Determinamos que Modesto Ramírez, que era menos conocido que yo, intentara entrar normalmente por ferrocarril. El tal Modesto entró fácilmente, pero una vez que llegó a San Salvador, por estar con su familia y los camaradas fue postergando el darme aviso, de manera que yo me quedé en la luna. Esperé todavía algunos días y terminé por decidirme a marchar por la misma vía que Modesto. Antes de partir, el camarada Vázquez me avisó que ya se conocía en todo El Salvador que yo había viajado a la URSS, pues los anarco-sindicalistas se habían encargado de publicarlo en su prensa, de manera que la cosa pintaba fea. Al llegar a la frontera salvadoreña tuve el primer susto. El oficial de policía del puesto fronterizo resultó ser Rosalío Colorado, vecino precisamente de San Martín y conocido mío, y quien, por cierto, había tenido problemas conmigo por cuestiones de celos ya que su esposa era amable y atenta conmigo y él interpretó la cosa de otra manera. Ni modo, tuve que toparme con él, cara a cara. Para sorpresa mía, él hizo el trámite con mis papeles de manera normal, después de saludarme y decirme que qué tal me había ido en el viaje. Agregó que él no tenía orden de captura para mí y que no iba a poner de su parte para joder a un paisano, pero me aconsejó que a partir de entonces me cuidara mucho porque sin duda alguna iba a correr mucho peligro al internarme en territorio salvadoreño ya que todo el mundo decía que yo era comunista y que venía de Rusia quién sabe con qué intenciones revoltosas. En

la primera estación, ya dentro de El Salvador, encontré a una señora conocida mía cuyo nombre no recordaba en aquel momento que me dijo exactamente lo mismo, agregando que me podían capturar de un momento a otro. Comencé a extremar las precauciones, pasando largos ratos encerrado en el baño, permaneciendo atento en cada momento por si había que saltar del tren. Así pude llegar hasta Apopa, una población muy cercana a San Salvador. Era el 30 de diciembre de 1930. Salté del tren cuando éste se estaba poniendo en marcha hacia la capital y esperé hasta encontrar un transporte adecuado para completar mi viaje. Conseguí que un camión de carga, que entraba por la noche en San Salvador, me llevara como pasajero.

Al siguiente día de haber llegado a San Salvador tomé contacto con el Partido y fui recibido de inmediato por el Comité Central para cambiar algunas impresiones, las primeras. Ya en Guatemala había sabido de varios cambios en la composición de la Dirección y aquí los vine a comprobar. Narciso Ruiz, surgido del Sindicato de Panificadores, había sustituido a Luis Díaz en la Secretaría General, pues éste había sido separado de la Dirección por el tonto motivo que ya dejé relatado. Luis Díaz estaría por cierto alejado del Partido muchos años, pero reingresó en 1944 y luego en 1965 ó 66. Otra agradable sorpresa fue encontrarme con que una de las figuras que más se destacaban en la lucha del pueblo era Agustín Farabundo Martí, que gozaba de un prestigio enorme. Su fuerte personalidad y firmeza de convicciones estaban respaldadas por su pasado: luchador antimperialista en México había sufrido allá cárceles y maltratos, después de haber abandonado sus estudios de leyes en El Salvador e irse a rodar tierras para conocer directamente la explotación, la vida de los pobres. Después se incorporó a la lucha Sandinista, como ya dejé relatado. Martí, como creo que también lo dije antes, no era miembro del Comité Central del Partido pero trabajaba muy cerca de este organismo, representando oficialmente al Socorro Rojo Internacional en el país. También me enteré que habían ingresado al Partido y trabajaban cerca del núcleo de Dirección los camaradas Alfonso Luna, Mario Zapata, Moisés Castro y Morales y Max Ricardo Cuenca, intelectuales jóvenes de gran valor.

Mis primeros contactos con el Partido los hice, como es imaginable, en la clandestinidad, pero no se pudo guardar por muchos días el secreto de mi llegada a San Salvador. Bien pronto comenzaron a llegar a verme grupos de obreros y campesinos de Ilopango y San Martín y aún de otros lugares, para que les contara mis impresiones de la URSS. Algunos hasta llevaban cuadernos y libretas para anotar mis respuestas. El interés era grande y

variado. No se contentaban con panoramas generales, sino que solicitaban información detallada. ¿Era cierto que había hambre y persecución religiosa en el país de los Soviets? ¿Era cierto que no había libertad de reunión? A cada problema yo le iba dando una explicación. ¿Qué era eso del amor libre? Yo les explicaba que no era el relajó que censuraba hipócritamente la prensa burguesa, sino que, por el contrario, se trataba del enaltecimiento de las relaciones del hombre y la mujer en las nuevas relaciones sociales basadas en la liberación del hombre de la explotación. ¿Y lo del trabajo esclavo? ¿Y eso de que a uno le quitan a los hijos? Yo les conté del sistema de salas-cuna y de la atención a la infancia, de cómo gracias a todos esos medios la mujer trabajadora podía ser madre sin problemas de índole material. ¿Qué piensan los obreros soviéticos de la solidaridad con la lucha de los trabajadores de todo el mundo? Les hablé del mitin que habíamos tenido con los obreros de la fábrica de pan más grande del mundo y lo que nos manifestaron allí aquellos compañeros: que trabajaban también para nosotros. ¿Hay católicos en la URSS? Yo les conté mi experiencia con una mujer que me había planteado así el problema: yo soy católica y creo en Dios, pero mis oraciones las hago antes de acostarme ya que no tengo tiempo para invertir en el culto pues de día trabajo y de noche estudio astronomía; Dios me comprende y está contento conmigo, puesto que me bendice y me da felicidad. Les expliqué ampliamente a los campesinos que me visitaban el funcionamiento y las condiciones de vida de los koljoses lo mismo que mis experiencias en las unidades del Ejército Rojo que visitamos. También aclaré las dudas sobre un problema que se agitaba entonces en la prensa reaccionaria salvadoreña: el del supuesto *dumping* que la URSS iba a causar al colocar de golpe y porrazo sus productos en el mercado internacional, posibilidad negada evidentemente por el bloqueo y la falta de relaciones económicas internacionales, dos armas del imperialismo contra la patria soviética. Llegó la cosa a tanto que tenía que dedicarme a hablar todo el día sobre la experiencia soviética e inclusive durante parte de la noche, ya que seguían viniendo comisiones tras comisiones de campesinos y obreros para escucharme. Desde luego, yo no exponía solamente las cosas bonitas de la URSS, la cara rosada; también exponía los grandes problemas que confrontaba el enorme país: la falta de alimentos, los enormes déficits de la producción ante las necesidades de la gran masa de población, la falta de cuadros técnicos suficientes para desarrollar en la medida requerida la producción, el sabotaje del enemigo, etc. Y por encima de todo, por encima de lo bueno y lo difícil y lo malo, resaltaba la lucha titánica del pueblo soviético y su Partido Comunista para

superar aquel estado de cosas. Asimismo les relataba a los compañeros aspectos de las personalidades que conocimos y con las cuales tuvimos relaciones directas: Lossovsky, Manuilsky, Voroshílov, el legendario mariscal Budionny. Lossovsky era de lo más popular entre el proletariado salvadoreño. Yo conté cuando estuvimos en su casa con él y su joven esposa y cómo Modesto Ramírez había hecho un asado de carne a la salvadoreña y cómo brindamos por los trabajadores salvadoreños y cómo jugamos a las penitencias. Por cierto que al camarada Lossovsky le tocó como castigo en el juego imitar a un perro orinando con la pata encaramada y a Modesto le tocó cantar una canción campesina salvadoreña.

Fue tal el interés de la gente por mis informaciones que el Comité Central del Partido decidió que deberíamos informar a la masa en actos públicos. De tal manera que escribí un informe muy amplio (que luego se extravió, en 1932) y lo leí en varias concentraciones masivas, legales unas y clandestinas otras, en diversos lugares de la zona de Ilopango, en Santa Tecla, en Ahuachapán y en diversos mítines secretos para campesinos, mítines a los cuales llamábamos “de barranca”. En este tipo de concentraciones reuníamos a trescientos o cuatrocientos campesinos en una barranca o cañada, en plena oscuridad y les hablábamos durante toda la noche. Para esto se necesitaba una organización perfecta, para dar seguridad a la masa y evitar las intervenciones de la autoridad. Era un clima verdaderamente emocionante el de este tipo de reuniones por el fervor que se advertía, por la esperanza revolucionaria que se levantaba en la gente. Recuerdo un mitin especialmente concurrido y combativo, en un lugar de la finca “La Montañita”, en Ahuachapán. Allí se daría precisamente el estallido de la huelga después de las elecciones de 1932, huelga que sería aprovechada por el gobierno de Martínez para desatar la represión masiva. Mi labor de propaganda sobre la Unión Soviética se extendería prácticamente, mezclada con el trabajo político del momento desde luego, hasta que ya avanzado el año 1931 las autoridades se pusieron a perseguirme de una manera feroz y tuve que limitar muchísimo mi actividad pública y mis intervenciones largas. La mediana legalidad que había tratado de ganarme por consigna del Partido se me vino abajo muy pronto y tuve que pasar a actuar clandestino del todo. La labor secreta de organización y agitación debió profundizarse y se puso en primer lugar en la orden del día. Personalmente me tocó organizar y atender núcleos clandestinos de la Juventud Comunista, comités locales del Partido en Soyapango e Ilopango. Seguidamente, con camaradas de estos lugares, regresamos a San Salvador para organizar y orientar grupos de hasta quince miembros de la Juventud y

el Partido en los barrios de Candelaria, Concepción, El Calvario, San Esteban y Mejicanos. Todos estos grupos tenían que reunirse en las afueras de la ciudad para eludir la persecución de la policía. Puntos de reunión muy concurridos fueron los terrenos de la Flor Blanca, que entonces eran baldíos; los alrededores de la Chacra; el cerro de San Jacinto, etc. Modesto Ramírez trabajaba conmigo en todo esto y recuerdo que era un compañero incansable, que se mecateaba día y noche, durmiendo dos o tres horas diarias y comiendo cuando se podía. Al mismo tiempo de la organización clandestina continuaban las labores de organización de los Sindicatos de la Regional, en cuyo seno los comunistas procurábamos ser los mejores, los que daban el ejemplo, porque de aquellas filas era de donde salían los nuevos cuadros para el Partido. La verdad era que solamente en el lapso en que nosotros habíamos estado en la URSS, el movimiento salvadoreño se había multiplicado por cien. Desde luego, las autoridades andaban gazuzas detrás de nosotros y teníamos que usar mil y más trucos para garantizar nuestra seguridad y la continuidad del trabajo. Qué tiempos aquellos. Para celebrar las reuniones nocturnas colocábamos lámparas determinadas en los rancheríos aledaños y para vigilar las reuniones hasta los niños de la localidad participaban, dando señales con cohetillos o con campanitas cuando se acercaban las patrullas de la Guardia o del Ejército, etc. Ya desde Guatemala me habían informado que el movimiento de masas en El Salvador había tomado una envergadura enorme y que lo que más faltaba era precisamente cuadros capaces de dirigir toda aquella gigantesca labor. El Partido, la Juventud Comunista y la Regional debían hacer un esfuerzo que estaba aún en desventaja con lo que se necesitaba, aunque se multiplicara cada cuadro en diversas tareas agotadoras. El Buró del Caribe de la Internacional Comunista nos enviaba materiales de información y orientación y en la medida de lo posible nos transmitía las experiencias de otras zonas del mundo, pero todo eso era una gota de agua en el desierto.

Nuestro movimiento de masas tenía un profundo contenido democrático, antimperialista y revolucionario: la labor secreta de organización rendía frutos a ojos vistas en los actos masivos de protesta y de lucha contra la represión gubernamental, en pro de las reivindicaciones de los trabajadores del campo y la ciudad, por la democratización del gobierno tanto bajo Pío Romero Bosque como bajo Araujo, contra la intervención imperialista en Guatemala a través de la entrega ubiquista, contra las represiones antipopulares del imperialismo en el mundo. Nuestra actividad de masas tuvo eco en la prensa obrera y comunista internacional de la época.

Desde luego, esta labor tenía que pagar su precio. El enemigo era a pesar de todo más fuerte y más organizado que nosotros. Las cárceles comenzaron a estar y a permanecer llenas de presos políticos, para solidarizarse con los cuales elevaba su actividad el Socorro Rojo Internacional. Asimismo se comenzó a llevar a cabo una amplia campaña gobiernista para expulsar del país a todos los extranjeros revolucionarios de que hubiese noticias. Un caso especialmente sonado fue el de la expulsión de los camaradas guatemaltecos Ernesto Juárez, zapatero, y Emilio Villagrán, carpintero, que se habían ganado el cariño de las masas salvadoreñas por su abnegada labor. A los presos políticos los mandaban a trabajar forzados a la carretera hacia Cojutepeque, que estaba abriéndose entonces, pero la actividad de protesta masiva que desarrollaba el SRI hacía que el Gobierno se viera obligado a ponerlos por regla general muy pronto en libertad. Romero Bosque había hecho un gobierno democrático y amigo de los obreros solamente en sus primeros dos años de mando, después nos reprimió y nos golpeó duramente.

La actitud firme en defensa de las víctimas de la represión gubernativa que mantenía el Socorro Rojo, hizo, por otra parte, que sus dos dirigentes principales, Agustín Farabundo Martí e Ismael Hernández, fueran hechos prisioneros por la policía en un intento de parar el movimiento solidario. Ambos se declararon inmediatamente en huelga de hambre como protesta por su detención. Martí era un peleador nato a quien nada impresionaba, era de una agresividad que afligía a cualquiera, espíritu que le venía de su absoluta identificación con la causa de los humillados. El decía que un dirigente de los pobres debe ser de lo más soberbio al enfrentarse con el enemigo de clase. Y yo creo que tenía razón de pensar así, sobre todo por cuanto le tocó vivir una época de auge revolucionario en la que era urgente despertar la conciencia de un pueblo por tanto tiempo dormida y atenazada. En la ocasión que vengo relatando (yo no había vuelto aún de mi viaje a la URSS), Martí y Hernández se pasaron cuatro días en huelga de hambre rigurosa, al cabo de los cuales el Director de Policía, General Leitzelar, los hizo llevar a su despacho oficial y cuando estuvieron en su presencia, les dijo en tono conciliador y amable:

–“¿Cómo se encuentran estimados señores?”

Y Martí le contestó con voz fuerte:

– “Como se encuentran siempre los hombres, grande hijo de puta: ¡firmes!”

Hay camaradas en el Partido a quienes les da pena contar estas cosas, porque dicen que esa fue una malcriadeza de Martí. A mí me parece que fue algo sensacional. Martí en esos momentos era la expresión de un movimiento de protesta popular, representaba la masa golpeada y vilipendiada por los esbirros de todas las categorías. En la cúspide de la oleada de fragor popular no se debe andar con diplomacias y medias tintas ni mucho menos con componendas. La diplomacia queda para cuando la lucha no es tan frontal y rugiente. Si al General Leitzelar, que posiblemente no era de los peores militares que ha tenido El Salvador, le cayó aquella puteada en la frente, enhorabuena: no es cuestión de pedir disculpas, al contrario. Claro que en aquellos momentos la actitud de Martí dejó turulatos a los oficiales que lo custodiaban. Algunos de ellos sacaron sus pistolas y se las pusieron en el pecho al Negro. Uno de ellos le dijo que tenía que pedirle perdón al General Leitzelar y el Negro respondió dándole una patada en la espinilla al oficial. Los devolvieron a la celda a puros empujones con la seguridad de que con hombres como aquellos no se iba a llegar a conciliaciones. Dos días después sacaron a Martí del país, con rumbo a los Estados Unidos, a bordo de un barco mercante. Al llegar a Estados Unidos le propusieron continuar hacia la URSS, con el viaje pagado por el Gobierno salvadoreño. Martí se negó a desembarcar en territorio norteamericano y no quiso saber nada de continuar el viaje hacia la URSS. Regresó en el mismo barco a Centroamérica y logró eludir la vigilancia y fugarse en el puerto nicaragüense de Corinto, entrando en contacto con el movimiento revolucionario de Nicaragua y organizando de inmediato su regreso a El Salvador, a su puesto de combate. Mientras tanto, Ismael Hernández se había quedado preso, soportando en la soledad el rigor de la huelga de hambre. Primero estuvo once días sin comer y entonces las autoridades lo comenzaron a trasladar de cárcel en cárcel para eludir el gran movimiento de protesta que habían desatado en su favor y a nivel nacional los trabajadores organizados. Llegó un momento en que lo metieron al manicomio, engrilletado, en una celda donde pasaban arrojándole agua todo el día. Ismael no se doblegó un solo momento y se mantuvo firme, negándose a comer mientras no se le comunicara la orden de libertad. Cuando estaba en el manicomio, el Presidente de la República, don Pío Romero Bosque, pidió que lo llevaran a su despacho con el propósito de amedrentarlo y hacerlo ceder. Lo llevaron a Casa Presidencial engrilletado y envuelto en una capa de hule, pues de tanto permanecer bajo los manguerazos de agua, se había hinchado monstruosamente de todo el cuerpo. En cuanto estuvo frente al Presidente, éste comenzó a increparlo a grandes voces:

–“Usted es un inconsciente y un bandido. Un hijo sin corazón y un irresponsable. ¿Cómo puede Ud. soportar que su madre ande de cárcel en cárcel tratando de salvarlo? A Ud. le bastaría renegar de esas sus ideas rebeldes y estúpidas para volver al seno de la sociedad. Estamos dispuestos a darle esa oportunidad si Ud. demuestra el consecuente arrepentimiento”.

Como Ismael comenzó a sudar a chorros, don Pío ordenó a los esbirros que le quitaran la capa de hule que lo cubría. Los policías así lo hicieron y entonces se mostró el cuadro terrible. Ismael engrilletado y horriblemente hinchado. Don Pío se impresionó y vaciló y entonces Ismael pasó a la ofensiva:

–“Los inmorales, los crueles, los que producen tanto dolor en las familias del pueblo son Uds. Yo sirvo a los intereses de los humildes y por eso no me importa sufrir estas pruebas. Yo soy un comunista que trata de ser consecuente con su manera de pensar, como lo hacen los comunistas en todas partes del mundo”.

Don Pío agachó la cabeza y dijo que no sabía que estuvieran tratando así a los presos políticos. Agregó que iba a ordenar la libertad inmediata de Ismael y que le iba a dar dinero para que instalara un negocio y se olvidara de las ideas revolucionarias a fin de no tener que pasar más por estas pruebas tan tremendas. Ismael se negó a recibir un centavo y lo único que pidió fue que le devolvieran sus herramientas de trabajo, que le habían decomisado al ser detenido. Don Pío ordenó su libertad bajo estricta vigilancia. Ismael volvió a la calle directamente de Casa Presidencial y posteriormente el Partido lo sacó de San Salvador, hacia oriente, para que pudiera perderse de vista a la policía. Ismael se instaló entonces en San Miguel. Por cierto que en esos días hubo un conflicto social de gravísimas proporciones en San Miguel. El llamado “levantamiento Sotista”. El administrador de la millonaria familia Meardi en aquella ciudad, que se apellidaba Soto, fue acusado injustamente de malversación. Soto era un hombre muy bondadoso y muy honrado, conocido entre la población por sus actos de ayuda a los pobres. Los jueces vendidos al dinero de los Meardi condenaron a Soto, pese al clamor popular y el pueblo, repentinamente, se levantó con violencia contra las autoridades locales. En realidad, nada hacía esperar un levantamiento así, pero la violencia de las masas se desató por aquel motivo. El pueblo saqueó y despedazó las bodegas y los almacenes de los Meardi y desconoció a las autoridades departamentales. El Presidente de la República decretó el Estado de Sitio en todo el Departamento de San Miguel y envió al Ejército a controlar la situación. Se

tomaron diversas medidas, de acuerdo con la familia Meardi, para localizar y borrar el descontento y la violencia fue controlada rápidamente. Ismael Hernández, pese a sus condiciones físicas precarias (por poco le amputan la pierna como resultado del daño que le hicieron los grilletos y la hinchazón del agua) logró aprovechar aquella situación violenta para organizar una buena base de Partido y del *Socorro Rojo*. Incorporó a nuestras filas, a partir de la lucha “Sotista” a mucha gente de peso y de gran arrastre popular, con ascendiente sobre las masas campesinas de la zona. Incluso a partir de entonces se fue organizando una milicia clandestina que llegó a tener 700 miembros bien escogidos, que, por cierto, para los sucesos de enero de 1932, estuvo acantonada en el cementerio de San Miguel esperando las órdenes necesarias para tomarse militarmente la ciudad.

Como es fácil entender por estos relatos, no hay derecho para que los jóvenes comunistas de hoy digan olímpicamente que todos nosotros éramos hombres de arraigada mentalidad artesanal. Aunque estrictamente hablando es cierto que la mayoría de nosotros (hablo de los cuadros dirigentes) éramos artesanos, la vida que hacíamos era de revolucionarios proletarios. Lo que pasaba es que nosotros no permanecíamos mucho tiempo trabajando en un mismo taller porque la presión del trabajo, de masas, el excesivo trabajo político, nos lo impedían. Los patronos no nos tenían confianza como trabajadores estables. Y es que efectivamente, no íbamos a perder el tiempo haciendo un par de zapatos de señora en los momentos en que era necesario producir un manifiesto. Por eso pensamos en el pequeño taller propio, para ganarnos la vida y conservar la independencia. En el período de luchas al que me vengo refiriendo yo trabajé según recuerdo, después de salirme del taller del maestro Angulo, en los establecimientos de Luis Rivas; en “La Elegancia”, de Cirilo Pérez, contigua al Primer Regimiento de Infantería; en la zapatería de un señor llamado Prudencio, que era de Zacatecoluca y quien por cierto hasta lloró cuando me tuve que ir para otra parte; e incluso en la zapatería de don José Enrique Cañas, que fue un excelente patrón conmigo, que en varias ocasiones me ocultó de la policía y que fue quien me regaló el par de zapatos con que hice el viaje a la URSS. Pero entre taller y taller, y entre el taller y la lucha, yo no tenía la mentalidad artesanal de estar pensando en el taller propio por el taller propio, en la maquinita por la maquinita. Repito: si uno pensaba en tener su tallercito era por la libertad que éste daba de trabajar sin horario y poder dedicarse a conveniencia al trabajo político. Si algunos de nosotros tuvimos nuestro taller en esa época fue por razones tácticas y no por ser artesanos pequeño-burgueses. Así fue en el caso mío, en los casos de

Ismael Hernández o de León Ponce. Además había otras razones fuera de la del tiempo libre: el taller lo encubría a uno. Como dueño de taller uno pasaba a ser el *maestro don* Miguel Mármol, lo cual era más estimado por la generalidad de la gente que eso de ser el compañero Mármol, el operario Mármol. Y eso no denota arribismo de ninguna especie. Se trataba nada más de aprovechar las mejores condiciones para penetrar en círculos más amplios. Desde luego, hubo un momento en que la represión llegó a un nivel tan agudo que nuestros tallercitos tuvieron que ser abandonados en manos de compañeros no quemados o de una vez cerrados. La represión no era localizada, se efectuaba en todo el territorio nacional. Yo trabajaba mucho en perfeccionar mis métodos para eludir la acción de la policía, al grado de que en esta etapa de intensa persecución solamente una vez caí preso. Fue a principios de 1931, durante las actividades de la campaña electoral en que nosotros participábamos. Ocurrió en ocasión de un mitin de masas en Juayúa y caímos Chico Sánchez (el dirigente campesino de Izalco que sería fusilado en el año 32) y yo. La Guardia Nacional nos retuvo en las cárceles locales y nos amenazaron con matarnos, a pedimento, según ellos, del Alcalde Emilio Radaelli, que moriría por cierto en las acciones del 32. En esa ocasión las masas de Juayúa protestaron en forma violenta y las autoridades tuvieron que soltarnos. La gente se dispersó y entonces nos volvieron a capturar. Pero las masas volvieron y nos tuvieron que soltar de nuevo. Es conveniente detenerse un poco en lo de estas elecciones, pues ellas estuvieron muy ligadas al estallido de la insurrección popular. Las elecciones para diputados y alcaldes a que me voy a referir ya fueron bajo el Gobierno de Araujo. que había subido al poder con apoyo popular pero que se había desprestigiado rápidamente. El proceso electoral sería interrumpido por el golpe de Estado que derrocó a Araujo, organizado y de inmediato aprovechado directamente por el archicriminal general Maximiliano Hernández Martínez. Estas elecciones significaron el cierre de toda solución pacífica para el problema político salvadoreño de aquella época. ¿Por qué fue que los comunistas participamos en aquellas elecciones? En realidad nosotros no hicimos sino recoger una inquietud de las masas. Las condiciones en todo el país eran terribles desde el punto de vista económico porque la crisis mundial del capitalismo estallada en 1929 azotó a nuestro país en forma especialmente perturbadora. En el campo la situación era en extremo miserable, había hambre de verdad y una auténtica desesperación entre las masas campesinas. Estas masas comenzaron a intensificar su labor política canalizando sus inquietudes hacia nuestras filas.

Y bastó apenas esta primera expresión política del campesinado y de los peones agrícolas para que la burguesía y el gobierno, para que los terratenientes y sus aparatos de poder, iniciaran la violencia contra el pueblo. En realidad hubo violencia organizada de la burguesía contra las masas trabajadoras de El Salvador desde 1930. Los terratenientes incendiaban los sembrados de los campesinos pobres y medianos, echaban el ganado en las milpas de los colonos y los aparceros, usaban el despido masivo contra el proletariado rural como medio para descargar la crisis en el lomo de los trabajadores, creando además un clima de terror físico en el cual los crímenes a nivel individual fueron innumerables. Las fuerzas represivas del gobierno colaboraron en la creación de este clima, pues bastaba la menor denuncia de los terratenientes contra los trabajadores para que se castigara a estos sin misericordia. La represión más aguda por aquél entonces fue la que se dio en la finca “Asuchillo”, en el Departamento de la Libertad, a principios del año 31. Sucedió que se convocó a una reunión del Sindicato de esa finca para discutir sobre los problemas de la crisis económica. El dueño de la finca prohibió la reunión y llamó a la Guardia Nacional. Llegó un destacamento de este cuerpo que disparó contra la gente reunida y hubo muchos muertos. Con ese motivo, Farabundo Martí salió de la clandestinidad y fue a entrevistarse con el Presidente Araujo, pero no logró ningún entendimiento con el mandatario laborista. Farabundo se violentó e insultó al Presidente. En la calle lo capturaron y lo enviaron a la prisión, pero Farabundo se declaró inmediatamente en huelga de hambre, como en su detención anterior. Veintisiete días estuvo el Negro Martí en huelga de hambre y veintisiete días estuvo el pueblo salvadoreño en las calles peleando por su libertad. Hubo una gran agitación en la prensa alrededor de la prisión de Martí y de los actos de masas y el desprestigio del gobierno araujista se multiplicó. Este desprestigio, desgraciadamente, fue capitalizado por los enemigos políticos burgueses del gobierno de Araujo y abrió las posibilidades de maniobra al astuto y zorro ministro de la guerra de aquel régimen debilitado, el General Martínez, que había sido candidato a la Presidencia en las elecciones que le dieron el triunfo a Araujo. En todo caso, la lucha por la libertad de Martí culminó exitosamente ya que se decretó su libertad ante la presión de las masas. ¡Y pensar que hay más de un escritor salvadoreño revolucionario que ha tratado de reducir este hecho a un incidente provocado por el Negro Martí pasado de copas, puteando al Presidente Araujo y encarcelado por tan ridícula circunstancia! No era Martí el único preso político del país. Las cárceles retumbaban de gente y los destierros estaban a la orden del día. La violencia oficial comenzó

a generalizar en las masas un nivel de respuesta cada vez más adecuado. Grandes combates de masas e incluso choques frontales contra el Ejército y la Guardia Nacional, se daban en Sonsonate, Santa Ana y otros lugares del país. Por ejemplo el 17 de mayo de 1931 hubo en Sonsonate una concentración popular en favor de la libertad de Martí. Contra ella intervino violentamente la caballería de Santa Ana conjuntamente con tropas del Regimiento de Sonsonate y se armó la de Dios es Cristo, una masacre tremenda. Mataron a diez o doce compañeros y hubo decenas de heridos graves, golpeados, presos. Frente a esa violencia, la masa y no el Partido, comenzó a plantear a través de los Sindicatos y otras organizaciones, el deseo de dar la batalla a la burguesía en las elecciones para Diputados y Alcaldías Municipales. El Partido Comunista no había participado en las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Araujo y que tienen la fama no del todo falsa de haber sido las únicas elecciones verdaderamente libres que se han dado en El Salvador en este siglo. Por eso al viejo zorro de don Pío algunos le siguen llamando “el padre de la Democracia Salvadoreña”. En aquellas elecciones habían participado varios otros candidatos, tales como Claramount, Enrique Córdova, Miguel Tomás Molina, el General Martínez, etc. Las masas habían elegido a Araujo. Y a pesar del golpe de Estado que se veía venir las masas no estaban convencidas de que la vía electoral estuviese agotada sino todo lo contrario. En ese tiempo, el control de una Alcaldía permitía el control completo del gobierno local, policía municipal, funcionarios judiciales, etc. Las masas creían plenamente que un cambio de autoridades en el aparato administrativo resolvería realmente muchos problemas. Era una verdadera necesidad de las masas que se planteaba en las concentraciones en forma pertinaz. A mi modo de ver los comunistas no entendimos que a pesar de la debilidad última de aquel planteamiento, el mismo significaba el gran anhelo de politizar su lucha que tenían los trabajadores salvadoreños. Pues no hay que olvidar que a pesar de la violencia en que se enmarcaba la lucha de nuestro Partido y del movimiento obrero organizado, ella era hasta entonces y fundamentalmente una lucha económica. Incluso a aquellas alturas el Comité Central hizo circular una resolución prohibiendo estas instigaciones para participar en las elecciones municipal-diputadiles, recordando a las masas que nos encontrábamos en una lucha económica y que no había por lo tanto que hacer política. En nombre de la Juventud Comunista y de la Regional de Trabajadores me tocó a mí y a muchos compañeros la labor de calmar al pueblo en este terreno. La verdad es que La masa se disciplinó. Pero ya en octubre el Partido acordó la participación en las elecciones después de una

prolongada y violenta discusión interna. Esta discusión se hizo en el seno de un pleno ampliado del CC en el cual hubo representación de todos los organismos de masas, que se llevó a cabo clandestinamente en los terrenos de lo que hoy es la Colonia Flor Blanca, que entonces era campo abierto. Los representantes de la Juventud Comunista y de la Regional de Trabajadores estuvimos en contra de la participación en las elecciones, pero no por los motivos que había esgrimido antes el Partido o sea los de no confundir la lucha política con la lucha económica. Por el contrario, nosotros dijimos que la consigna economista que había prevalecido hasta entonces había apagado el entusiasmo político del pueblo, pero que la realidad concreta desfavorable era la siguiente: las elecciones iban a ser en diciembre y por lo tanto quedaban apenas unas semanas para el trabajo de agitación y propaganda y que en último caso, aún suponiendo que se pudiera hacer un trabajo exitoso y que inclusive pudiéramos lograr una buena votación que nos permitiera ganar algunos puestos, estos nos iban a ser negados sin duda alguna por el fraude electoral que preparaba el Gobierno o por la fuerza del aparato represivo y que tales ocurrencias, en medio de la agitada lucha de clases nacional iba seguramente a desatar la violencia generalizada, a alturas que no estábamos preparados todavía para dirigir y encauzar revolucionariamente. El CC mantuvo su nueva tesis de participar en las elecciones y los mejores exponentes de la misma en aquella discusión fueron los camaradas Moisés Castro y Morales y Max Ricardo Cuenca. Moisés Castro dijo que aún cuando no ganáramos las elecciones, la campaña nos serviría para hacer contacto con el pueblo, para darle a conocer nuestra posición y para pasar a organizado políticamente sobre la base de un programa amplio. En realidad sus argumentos fueron muy convincentes, como lo han sido los argumentos de quienes siguen defendiendo el “contacto electoral con la masa” en los últimos años. Max Ricardo Cuenca se atenía a lo que él llamaba la disciplina de las masas y decía que nuestro trabajo debería consistir en reforzar esa disciplina y alinear a las masas en dirección a los propósitos a largo plazo del Partido. Yo diría hoy que nos debimos haber preguntado seriamente (y esta es una pregunta que se debe hacer siempre un Partido) hasta qué punto estábamos nosotros en capacidad de garantizar una línea de masas frente a la violencia organizada del Estado burgués. En todo caso, Farabundo Martí estuvo de acuerdo con Castro y Morales y con Cuenca y finalmente todos aceptamos ir a elecciones, con la reserva propuesta por la Juventud Comunista y la Regional de Trabajadores (a través de mi persona) en el sentido de que, simultáneamente, se debería trabajar en la preparación de una gran huelga nacional de

los peones cafetaleros, planificada para conseguir aumentos sustanciales de salarios, pero que podía avanzar hasta posiciones políticas si se le relacionaba con un evento como las elecciones. Este planteamiento era sumamente importante para nosotros. Era un gran avance en el terreno huelguístico de los trabajadores salvadoreños pues se trataba de una huelga concebida a nivel nacional, que contemplaba además la posibilidad de la solidaridad de los trabajadores de otras ramas de la producción y dejaba atrás el trabajo tradicional de las huelgas parciales. De esta discusión informamos inmediatamente al Buró del Caribe de la Internacional Comunista, pidiendo una opinión, un consejo.

La verdad es que nunca recibimos respuesta sobre el particular. De inmediato se nombró la Comisión Electoral, adjunta al CC, que sería el organismo por medio del cual el Partido y el movimiento revolucionario salvadoreño dirigirían la campaña. Yo fui nombrado responsable para la movilización en el Departamento de San Salvador, en lo referente a los pueblos y zonas rurales del Departamento. En esos días salió de la cárcel el entonces camarada ebanista Carlos Castillo, cuadro destacado por el Partido en la Dirección de la Regional, de quien ya he hablado varias veces, y lo primero que hizo cuando me encontró fue regañarme por no haber sostenido firmemente en el Pleno ampliado la posición de la Regional de no ir a las elecciones. Castillo tenía entonces mucha influencia y logró convocar para una reunión de reconsideración de los acuerdos tomados, que se llevó a cabo también en los terrenos de la Flor Blanca. Asistí a esa reunión por indicación expresa de Castillo pero al llegar me di cuenta de que mi presencia no les fue simpática a Max Cuenca y otros camaradas. En esa reunión yo retomé el problema de no ir a las elecciones. Pero todos los asistentes me acallaron y dijeron que era un problema ya votado y aprobado. Castillo coincidió conmigo: el fraude electoral sería fatal y ante él el pueblo recurriría a la violencia. Y dio informaciones concretas. Dijo por ejemplo que en Ahuachapán la población tenía ya preparado un plan en el sentido de que si se le arrebatara el triunfo por fraude, se asaltaría el cuartel y se impondría la voluntad popular con las armas en la mano. Castillo aseguraba que nuestro Partido no estaba en capacidad de dirigir al pueblo en una insurrección por la toma del poder. Max Cuenca dijo que la experiencia de las elecciones sería un precedente histórico y se puso a citar a Lenin. El resultado de la reunión fue que se confirmó el acuerdo de ir a elecciones. Mi labor pasó a ser, por disciplina, la de rehacer y elevar el ánimo político electoral del pueblo, estando personalmente en desacuerdo con aquella actividad.

El tiempo pasaba volando y los acontecimientos se precipitaban, de hora en hora. Hubo un momento en que se citó a una reunión urgente para considerar una serie de informes secretos que habían llegado a la dirección del Partido y que evidenciaban que se avecinaba un golpe de Estado contra el Gobierno de Araujo, posiblemente inspirado por el mismo Ministro de Defensa, el General Martínez. Varios camaradas nos pronunciamos en principio por adelantarnos al golpe de Estado, llevando a las masas a la insurrección nacional, pues era de preverse que un gobierno encabezado por el General Martínez, responsable individual y directo de la mayoría de las masacres y represiones que he venido relatando, iba a tener el carácter de una feroz dictadura terrorista antipopular. Creo que la perspectiva de una dictadura tal le quitaba todo cariz aventurero a una insurrección planteada en aquellas circunstancias y la verdad es que contábamos con fuerzas populares suficientes para ser optimistas. Ya veremos en adelante qué era lo que nos faltaba. Farabundo Martí estuvo sin embargo muy sereno ante nuestras proposiciones y dijo que no importaba tanto que el General Martínez tomara el poder, que en todo caso nuestras posibilidades reales de evitarlo eran muy escasas y que una insurrección nacional era demasiado precio para evitar el ascenso de un gobierno dictatorial. Agregó que inclusive las condiciones para el éxito de una insurrección se darían mejor bajo un gobierno criminal. Farabundo citaba copiosamente a Lenin y decía que el Ejército Salvadoreño no estaba todavía suficientemente desprestigiado ante el pueblo y en cambio los gobiernos civiles como el de Araujo tenían para entonces un desprestigio total. Era posible por lo tanto que el golpe de un militar como Martínez encontrara apoyo en sectores importantes. Farabundo dijo que no nos deberíamos dirigir a la insurrección sino a la toma de medidas para enfrentar positivamente el golpe de Estado, resguardar las organizaciones, mantener la influencia de masas en las nuevas circunstancias, etc. Esa misma noche llegó a la reunión quien era nuestro Candidato a Alcalde de Ahuachapán, un obrero de apellido Contreras. Llegó agitado, para informar que el Cuartel de Ahuachapán estaba sitiado por un contingente de 900 campesinos que habían decidido cobrarse las cuentas por las arbitrariedades de que eran víctimas por parte de las autoridades militares. Informó que de nada habían valido las exhortaciones del Comandante del Regimiento, Coronel Escobar, y que los dirigentes locales del Partido Comunista pedían un delegado del Comité Central para que fuera a calmar a los campesinos y para que lograra que se retiraran a sus casas antes de que comenzara la matanza. Yo fui designado para hacer esa labor y partí inmediatamente. Al llegar a Ahuachapán hablé a

los sitiadores y pude convencerlos para que se retiraran hacia sus trabajos. El Coronel Escobar dijo:

–"Estos hijos de puta sólo entre ellos se entienden".

Ocho días después se dio la misma situación: setecientos campesinos sitiaron decididamente la Comandancia Local. Es decir, la gente en Ahuachapán, y en todo Occidente, estaba moralmente en armas. De nuevo fui yo el destacado para pacificar a la masa y de nuevo tuve éxito, pero en esta ocasión los campesinos me dijeron que esa era la última vez, que yo debía decir al Partido que tuviera cuidado con seguir mandando a la gente a echarle agua al fuego, pues los próximos delegados pacificadores (incluso si era yo mismo) iban a correr el riesgo de que "se les encaramara el machete aún antes que al enemigo de clase". La gente estaba caliente, no daba para más. El Partido me ordenó que me quedara en la zona de Ahuachapán para continuar allí el trabajo preelectoral en el campo. La labor fue tremenda y sometida a todas las presiones. Yo trabajaba de día en la ciudad y de noche en el monte, comía cuando podía y dormía una vez cada tres días. Y cerca de las fechas señaladas para las elecciones, comencé a sufrir alucinaciones por la debilidad y el exceso de trabajo: llegué a ver Guardias Nacionales que me disparaban y me mataban y llegó el momento en que caí con patatús, desvanecido. El Socorro Rojo me llevó a Santa Ana y de allí me enviaron a San Salvador, pero no pude descansar ni siquiera una semana pues la dirección local de Ahuachapán reclamó mi presencia allá. La perspectiva de que se desatara la violencia ya no era un fantasma lejano, aquello se sentía venir a la vuelta de la esquina. Yo tenía mucho miedo de que viniera la violencia generalizada porque sabía que al pueblo le iba a tocar la peor parte y por ello en mi trabajo trataba de canalizar la furia popular hacia la perspectiva de la huelga general, nivel intermedio entre el electorerismo y la insurrección. Esto no lo sabía el Partido, era una labor puramente personal. Y es que en esos momentos, quienes estábamos en los frentes de masas conocíamos realmente el desarrollo de la lucha, y nuestras opiniones tenían que prevalecer sobre los cálculos que allá en el Comité Central se hacían en nombre de la doctrina. Creo que por no haber hecho esto con mayor profundidad y en forma organizada fue que perdimos en forma tan aplastante la batalla de 1932. Porque la dimos, como decimos los salvadoreños, con los calzones en la mano.

A las reuniones electorales del Partido llegaban en todo momento una corriente de información muy completa acerca de los preparativos que el enemigo hacía para masacrar al pueblo. En esa época la contrainformación enemiga funcionaba muy mal. Inclusive llegaban a vernos oficiales del Ejército que eran simpatizantes nuestros para decirnos que el plan del Gobierno de asegurarse las elecciones y destruir el movimiento revolucionario salvadoreño era fundamentalmente un plan militar, de eliminación física de nuestros cuadros. Para ese plan, desde luego, la eliminación de Araujo por Martínez iba a ser un factor acelerador. También nos informaban estos oficiales de que en algunos sectores del ejército, sobre todo entre los oficiales, clases y soldados más jóvenes, había disposición de volver los fusiles contra la alta oficialidad y el gobierno, en favor del pueblo. En estas condiciones mi posición se había ido concretando más: mi tesis era que si venía el fraude electoral había que evitar la violencia provocada y refrenar a las fuerzas organizadas, pero si las provocaciones eran tantas de parte del Gobierno que llegaran a necesitar una respuesta, habría que encauzar la violencia popular hacia la huelga general nacional, huelga general política en cuyo seno podría gestarse la insurrección armada por la toma del poder en condiciones más favorables. El 2 de diciembre de 1931 yo dirigí una gran reunión campesina en las proximidades de Ahuachapán. Después de terminada ésta, me dirigí a dicha ciudad, pero en el camino me interceptaron los miembros de varios comités de mujeres campesinas que me esperaban para hablar de sus problemas y de las elecciones. Ellas me dijeron que circulaba insistentemente el rumor de que se había producido un golpe de Estado, que ese golpe de Estado era nuestro y que el camarada Martí había tomado el poder para los pobres de El Salvador. Mientras hablábamos, algunos aviones militares sobrevolaban la zona. Al llegar a Ahuachapán supe que el golpe de Estado que el Partido esperaba se había producido, que el siniestro general Maximiliano H. Martínez había tomado el poder y que era el hombre fuerte que realmente gobernaba tras la fachada de una “Junta de Gobierno” que había sustituido a Araujo. Efectivamente la Junta desaparecería de la escena en cosa de horas. Ya en aquellos momentos circulaba profusamente en Ahuachapán un llamamiento a la unidad nacional en torno a la Junta y al General Martínez, firmado en Santa Ana por Cipriano Castro, conocido político burgués. Todo el material de propaganda de este tipo que cayó en manos de nuestros camaradas fue quemado de acuerdo a mis instrucciones. Yo me fui apresuradamente hacia la capital, para tratar de hacer contacto con el Comité Central. Cuando el golpe ocurrió, la campaña electoral estaba ya bastante adelantada y los comunistas

teníamos candidatos para Alcaldes y Diputados en todo lo que nosotros llamábamos la zona revolucionaria del país o sea, la mayor parte del Centro y el Occidente de la República. Entre nuestros candidatos recuerdo a Marcial Contreras, a quien postulábamos como Alcalde de Ahuachapán; al chófer Joaquín Rivas, candidato para Alcalde de San Salvador, etc. Olvido los nombres de nuestros candidatos en Sonsonate y Santa Tecla, que triunfaron abrumadoramente cuando llegaron los comicios. De nuestra planilla de Diputados por San Salvador sólo recuerdo a Ismael Hernández. Quiero adelantar que los comunistas obtuvimos indiscutibles triunfos electorales en Sonsonate, Santa Tecla, Ahuachapán (aunque aquí, como se verá, tuvimos que retirarnos al final de la votación y declararnos en huelga), Colón, Teotepeque, etc. Esto no fue una sorpresa para nosotros, nuestros cálculos en todos esos lugares lo anunciaban, esa era la perspectiva que ya teníamos cuando se vino el golpe de Martínez y por eso fue que tal suceso no nos achicopuló. Por el contrario, el Partido ante el golpe dispuso que continuara nuestra campaña electoral y qué se acentuara la agitación abierta en favor de nuestras candidaturas. Todos los que estábamos en la clandestinidad relativa salimos de una vez a la calle y reactivamos el local público del Partido que estaba ubicado frente al Parque Centenario en San Salvador. Creímos que ante la compleja situación había que actuar con audacia. El golpe de Estado y sobre todo la figura del General Martínez había traído el desconcierto incluso a algunos sectores reaccionarios poderosos. Como Martínez era teósofo, había venido haciendo propaganda anticlerical, lo cual había perturbado a la Iglesia Católica Salvadoreña, que tradicionalmente ha sido un elemento unificador muy eficaz de las diversas tendencias de la reacción criolla. Bien pronto nos dimos cuenta de que había varios sectores políticos que no hallaban de momento qué hacer y ello nos allanaba el camino a una actividad abierta de mayor intensidad. Nos vimos obligados a abrir locales públicos en Ahuachapán y Sonsonate y en las zonas rurales de estos dos departamentos los comunistas transitábamos como si ya las fincas y haciendas fueran del pueblo, tal era el apoyo de masas con que contábamos entre el campesinado. Hacíamos propaganda abierta a partir de todos los niveles de la organización del Partido: en los mítines públicos hablaban Farabundo Martí, Alfonso Luna, Mario Zapata, hablaba yo mismo, etc. Intensificamos nuestra propaganda impresa y el periódico de los intelectuales del partido, "*Estrella Roja*", que aparecía en el seno del movimiento estudiantil, multiplicó su tiraje. La misma masa nos decía que no habláramos tanto, que nos cuidáramos porque el enemigo estaba acechando, esperando tan sólo la mejor oportunidad de

destruirnos completamente. La inquietud opositora contra el nuevo régimen crecía sin embargo día a día en todos los sectores de la población. Bien pronto hubo acción entre los estudiantes de secundaria y los universitarios, los primeros sobre todo, en protesta contra la disciplina militar que quería imponerles el nuevo Ministro de Instrucción Pública. En medio de tantos datos agitativos, el Gobierno de facto decretó sorpresivamente que las elecciones deberían celebrarse el 3 ó el 5 de enero. A los partidos burgueses se les había avisado esta fecha con gran anticipación a fin de que se nos adelantaran. Nosotros respondimos intensificando aún más la campaña propagandística. Nuestros mítines proliferaban en los barrios de las ciudades, en los pueblos, en las fincas, en los cruces de caminos, en las carreteras y hasta en las playas. La propaganda reaccionaria atacaba ferozmente: su consigna de fondo era atemorizar a las masas para separarlas de nosotros y para ello levantaban la amenaza de la masacre anticomunista que preparaba el régimen. En esta actividad, el clero, a pesar de sus reservas con Martínez, jugó un papel verdaderamente nefasto. Las elecciones se harían separadamente. Primero se votaría para alcaldes y al día siguiente para diputados.

El día de la votación para Alcaldes se ha quedado grabado patente en mi memoria. Aquello parecía más que todo una fiesta, pero bajo el jolgorio aparente la tensión era bárbara. Todos los partidos contendientes se presentaron con gran aparato. Todos llevaban marimbas y hacían repartición de tamales, café, marquezote y horchata en los lugares de votación, menos el Partido Comunista. En este aspecto changonetero se distinguieron el Partido Fraternal Progresista del General Antonio Claramount Lucero y el partido de Gómez Zárate, que no ahorraron pisto ni esfuerzos en su afán de sobornar a las masas. Todas esas candidaturas hacían el juego en el fondo al martinismo y, después se supo evidentemente, a la ya entonces creciente penetración norteamericana en nuestro país. Araujo había sido el último peón salvadoreño del imperialismo inglés. El Partido Comunista ni en la forma actuaba como ellos, la alegría y el entusiasmo la ponían los oradores y los coros de niñas hijas de obreros y campesinos que cantaban canciones revolucionarias, por ejemplo, “Bandera Roja”, “La Internacional” y “Caballería Roja”. Recuerdo que los turistas extranjeros que estaban hospedados en el Hotel Nuevo Mundo aplaudían a nuestros oradores, cuyos discursos eran los únicos que mostraban contenidos de algún nivel, y el pueblo en general llevaba agua, refrescos y fruta para nuestros equipos de agitadores. La masa votante más fuerte fue indiscutiblemente la nuestra. El Partido Laborista de Araujo había sido fuerte hasta el derrocamiento de éste. Ante el golpe de

Martínez, el laborismo se desmembró y su masa se dispersó, nutriéndonos a nosotros y a otros partidos. El ideólogo de Araujo, don Alberto Masferrer, salió del país con la cola entre las patas y terminó por morirse de flato. La votación para alcaldes comenzó a las ocho de la mañana. Todos los oradores de los otros partidos, aunque nos atacaran, reconocían el orden y la disciplina con que los votantes comunistas se habían presentado ante las urnas. Es interesante saber que no hubo violencia mutua entre los partidos contendientes. La violencia vino del poder estatal exclusivamente, que no contaba aún, dado lo reciente del golpe martinista, con los instrumentos políticos necesarios para participar en los comicios de manera eficaz, propiciando el fraude en su favor, etc. Al ser entrevistados todos los candidatos por la prensa nacional y extranjera, los nuestros lucían los más serenos, los mejor orientados y los menos ambiciosos. A las colas de votantes nuestros en San Salvador, venían a unirse los votantes de los pueblos cercanos que ya habían votado allá y que concurrían al centro de la ciudad para animar a sus camaradas. Aparte de todo este panorama estimulante, los trucos del aparato oficial contra los comunistas comenzaron a funcionar desde el principio: nos anulaban votos con cualquier pretexto, retardaban la votación de nuestros compañeros y trataban de confundirlos, ya que entonces el voto no era secreto sino que se hacía de viva voz. Muchos de nuestros votantes se confundían con estas maniobras, por tratarse de trabajadores sencillos y sin malicia política. Mientras tanto, el Ejército había instalado nidos de ametralladoras en todos los lugares altos de la ciudad, en azoteas, monumentos, cuarteles, etc. No hubo el menor desorden en aquellas elecciones, sin embargo. Los militares se quedaron con las ganas de ametrallar al pueblo. Por el momento. Una de nuestras desventajas fundamentales fue la de que cuando terminó el tiempo de votación, la mayor parte de la multitud que se quedó sin votar era de comunistas. Después de terminada la votación, los activistas nos reunimos con el objeto de hacer un balance de la jornada y sacar experiencias. Yo critiqué el tipo de agitación que se hizo frente a la actividad electoral concreta, dije que no se le había dado a la propaganda y a la agitación un contenido de exhortación para el triunfo, que sobre la base de entender que lo principal era la difusión de nuestro programa se había descuidado crear en las masas el ánimo de la victoria. No bastaba con que los comunistas asistiéramos a las urnas como buenos alumnos, ordenaditos y bien peinados. Por otra parte señalé que por puro sentimentalismo habíamos puesto a votar primero a la masa rural de las afueras de la ciudad y que las anulaciones que se hicieron a innumerables

votos de esta masa inexperta en estos manejos, retrasaron en demasía la votación y al final del día la mayor parte de nuestros compañeros y simpatizantes se quedaron sin votar. Finalmente señalé que el Partido no había coordinado toda la labor de promoción electoral en una forma global y que había habido mucha dispersión de esfuerzos. Todas mis críticas fueron aceptadas por la dirección del Partido.

Al día siguiente se llevó a cabo la votación para diputados. Con las experiencias obtenidas de la votación para alcaldes, los obstáculos y los trabazones para nuestro triunfo fueron eliminados en lo fundamental y en las primeras horas de la mañana ya fue evidente en todos los lugares que arrasáramos con todos los partidos a nivel nacional. El Gobierno se decidió entonces atacar a fondo. Y aduciendo diversos pretextos que no convencieron a nadie, hizo suspender la votación y anunció que la misma se llevaría a cabo algunos días después. Los partidos políticos burgueses emitieron débiles protestas. Nosotros protestamos enérgicamente pero llamando a nuestras masas votantes a la serenidad. Hay que comprender que en ese entonces no existían en el país las cadenas de radio o de televisión que nos permitieran comunicarnos con todos nuestros correligionarios en forma rápida. Una cosa era cierta y eso lo supimos con los reportes telegráficos que recibimos en el transcurso del día: el pueblo salvadoreño había votado más por nosotros que por ningún otro partido político hasta el momento de suspensión de las elecciones y en algunos lugares, como los que adelanté arriba, la votación había concluido ya con nuestro triunfo indiscutible. El pueblo no sólo había votado por nosotros sino que nos había ayudado a organizar nuestra participación electoral y había dado una gran batalla al lado nuestro.

Esto nos llenaba de optimismo. Pero todos estos hechos eran puros acontecimientos idílicos en el seno de la verdadera tormenta que estaba a punto de estallar en las entrañas mismas del país. La noche siguiente al día de las fallidas elecciones para diputados, el Comité Central de nuestro Partido llamó a una reunión secreta y extremadamente urgente. Se trataba de escuchar el informe que nos traía el camarada Clemente Estrada, de origen nicaragüense, a quien apodaban “el Cenizo”, que desde hacía un tiempo estaba destacado por el Partido en Ahuachapán. Informó que en aquella ciudad se había comenzado a votar normalmente, que los comunistas se habían presentado en una fila compacta cuyo grueso era de más de cinco mil hombres, pero a la hora en que comenzó la votación, nuestra columna había sido rodeada amenazadoramente por la Guardia Nacional, armada de fusiles

y ametralladoras. La provocación llegó a extremos tales que los camaradas decidieron retirarse de la votación y regresaron a sus lugares de trabajo con la disposición de iniciar de inmediato la huelga general de protesta por aquellos desmanes. Al mismo tiempo la huelga iba a plantear algunas reivindicaciones económicas locales. Efectivamente, la huelga comenzó a organizarse. El centro de la misma fue la finca “La Montañita”. Los dueños de esta finca cafetalera, ante la actitud de los trabajadores, que les fue comunicada por el Sindicato en forma oficial y respetuosa, hicieron llegar al lugar un fuerte destacamento de la Guardia Nacional. Hasta el mediodía la situación fue normal, los Guardias estuvieron inclusive conversando en forma amistosa con los huelguistas. Pero luego, los patronos de “La Montañita” se llevaron al destacamento a almorzar y emborracharon a todos los Guardias y los convencieron con obsequios, halagos y amenazas, para que reprimieran a los campesinos.

Los Guardias regresaron al lugar en donde aquellos estaban reunidos y los provocaron hasta el grado de asesinar a balazos frente a todo el mundo al camarada Alberto Gualán, dirigente campesino de la Juventud Comunista y de herir gravemente a otros compañeros, hombres, mujeres y hasta niños. Los compañeros huelguistas se indignaron y respondieron a aquella agresión gratuita y criminal, ajusticiando a catorce Guardias Nacionales. Aquel hecho hizo cundir la alarma entre los terratenientes de la zona, los cuales lograron que el Gobierno enviara apresuradamente a la feroz caballería de Santa Ana a rodear el lugar de los hechos y a tomar venganza contra los campesinos, sin distinguir entre los que habían participado en el incidente de “La Montañita” y el resto de la población pobre. De Ahuachapán no enviaron tropas para esa represión pues tenían miedo de dejar desguarnecido el Regimiento. Una ola de terror criminal se desató a partir de aquel momento en todo occidente, principalmente en Santa Ana, Ahuachapán y Sonsonate. Las informaciones sobre muertos, heridos, torturados, atropellados y presos, comenzaron a llegar al Comité Central como una catarata. Discutimos aquella situación gravísima con minuciosidad y espíritu sombrío, a decir verdad. ¿Qué podíamos hacer? La discusión se prolongó mucho y yo propuse tomar el toro por los cuernos, es decir, propuse ni más ni menos que había que intentar parlamentar directamente con el General Maximiliano Hernández Martínez. Martínez había asumido en los primeros días después del golpe, la Presidencia de la República. Aquella proposición mía cayó como sal en la herida, como limón en la concha, pues se trataba de hablar y parlamentar con el hombre más odiado del país. Todos los camaradas pujaron inconformes y

me hicieron mala cara. Recuerdo que esta reunión era en una casa del Barrio de Lourdes y en aquellos momentos la tensión fue tanta que yo tuve que salir un rato al patio a darme aire, porque sentí que me ahogaba. Cuando volví a entrar, el negro Martí tenía en Jas manos un libro en francés y lo leía y dijo que yo tenía razón, traduciendo un párrafo en que se decía que en determinadas circunstancias el estado mayor del Proletariado o sea el Comité Central del Partido Comunista, puede parlamentar con el Estado Mayor de la burguesía o sea con el Poder Ejecutivo del Estado. Martí aseguró que así decía el libro. Quién sabe. Y quién sabe qué libro era aquél. Lo cierto es que me dio la razón. Se serenaron los ánimos y se decidió solicitar la audiencia. La audiencia se pidió en nombre del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador al Presidente de la República, general Maximiliano Hernández Martínez. Y fue concedida inmediatamente por el dictador. Acordamos invitar a la prensa nacional, pero la prensa no asistió. Entonces los periódicos principales eran *“La Prensa”*, *“Diario Latino”*, *“Patria”*, etc. *“El Diario de Hoy”* del sinvergüenza de Viera Altamirano –uno de los más grandes picaros de Centroamérica– fue fundado después, con dineros oscuros. Entre los delegados nombrados por nuestro Partido para hablar con Martínez, iban Clemente Estrada y otros compañeros de Ahuachapán, y Luna y Zapata.

El objetivo nuestro era el de hacer proposiciones concretas al Gobierno. El Partido Comunista se comprometería a calmar los ímpetus de los trabajadores a condición de que se suspendiera la represión. A esta actitud, por supuesto, se le pueden hacer todas las críticas que se quiera, desde el punto de vista de la táctica de un Partido Comunista, pero creo que ante el pueblo salvadoreño ella prueba suficientemente nuestro ánimo de paz. Se llegó el momento de la reunión en Casa Presidencial. Nosotros nos quedamos tragando gordo. Cuando los delegados volvieron, venían cabizbajos y pálidos. Ni hablar del interés con que les escuchamos. En primer lugar informaron que no habían podido hablar directamente con el Central Martínez, pues éste se había excusado argumentando que tenía un fortísimo dolor de muelas, y en su lugar y representación había enviado para hablar con los camaradas al Ministro de la Defensa, General Valdez. Mientras se llevaba a cabo la entrevista con dicho general, cuentan los delegados, Martínez asomó la cabeza por un ventanal con un pañuelo atado a la mandíbula. Con el General Valdez no se pudo llegar a ninguna parte. Los camaradas destruyeron toda su argumentación tendenciosa y calumniosa y dejaron claramente establecido que los terratenientes y el gobierno salvadoreño eran los responsables directos del estado de violencia que vivía el país. Inclusive acusaron al Gobierno de estar

creando conscientemente, con base en la crisis generalizada, una situación que desembocaría en el caos nacional, en una verdadera hecatombe, a fin de sacar la ganancia de los pescadores en río revuelto. Sólo que el río iba a ser de sangre popular. El General Valdez, muy nervioso, vacilante e indeciso, se limitó a repetir una y otra vez que con él no podrían negociar nada, pues no estaba facultado para ello por el Ejecutivo. Los camaradas tuvieron que retirarse sin haber logrado el menor resultado, excepto, quizás, el de la humillación. Al salir de la sala en que se había efectuado la reunión, se acercó para hablar con Luna y Zapata quien era para entonces Secretario Particular del Presidente Martínez, Jacinto Castellanos Rivas, quien con los años llegaría a ser un destacado miembro de nuestro Partido y quien por cierto nos representó en Cuba después de la Revolución. Jacinto se despidió amablemente de los camaradas, abrazándolos, y les dijo que desgraciadamente la gente del gobierno estaba cerrada en sus posiciones irresponsables y que él creía que lo único que quedaba por comprender era que si bien el ejército tenía muchos fusiles para disparar, los trabajadores salvadoreños tenían muchos machetes que desafilan.³

³ El escritor anticomunista Jorge Schlésinger, en su libro “Revolución Comunista, Guatemala en Peligro”, se refiere a la entrevista PC-Gobierno salvadoreño en los términos siguientes: “Los acontecimientos referidos (el incidente de la finca “La Montañita”. Nota de R.D.) Ocurrían el 7 de enero de 1932 y este mismo día en San Salvador, el Comité Central Ejecutivo nombró a los camaradas Clemente Abel Estrada, Alfonso Luna, Mario Zapata, Rubén Darío Fernández y Joaquín Rivas, para que integrasen una comisión que al día siguiente debía abocarse con el Presidente de la República, general Martínez, y protestar a su presencia de la manera más enérgica, por los atropellos efectuados por las autoridades de Ahuachapán. En el pliego de esta comisión, se exige al camarada Estrada que sostenga ante el Presidente que las huelgas se efectúan por necesidad de reivindicaciones económicas y políticas. Firma este pliego el Secretario General Interino Octavio Figueira (Farabundo Martí. Nota de R.D.) Las comisiones piden la correspondiente audiencia para hablar con el Presidente de la República, pero el General Martínez se niega a recibirlos pretextando una repentina enfermedad, indicándoles que en su lugar, los recibirá el Ministro de la Guerra, Coronel Joaquín Valdez. Los comisionados informan que se apersonaron ante el referido funcionario y que al interpelarlo sobre los sucesos sangrientos de Ahuachapán, el Ministro les respondió que él no tenía conocimiento alguno de lo sucedido, porque eso era del resorte del Ministerio de Gobernación. Dicen los comisionados que propusieron al Coronel Valdez que se entrara en un sendero de cordura, insinuando para el efecto que se *suspendieran las hostilidades*, retirándose los Guardias, y que ellos –los comunistas– harían porque los huelguistas continuaran en su huelga pacífica y esencialmente de reivindicaciones económicas. Esta exigencia no sólo era absurda sino perversa, en vista de las instrucciones dadas por el CC que excitaban a los afiliados para que entraran en la huelga política por el choque de las autoridades. Los comisionados terminan su exposición en esta forma: “El Ministro se salió por la tangente manifestando que necesitaba antes que le diéramos el contenido moral y político de las doctrinas comunistas y sobre si el PC es una organización que aspiraba sólo a reivindicar en lo económico o si aspiraba irrumpir en lo político. En resumen, el coronel Valdez desbarró largamente sobre doctrinas revolucionarias, manifestando al final que no podía aceptar un pacto con el CC del PC, desde el momento que ésta era una organización clandestina que no ha presentado para su aprobación sus estatutos correspondientes. Se levantó y se fue...”. “...Tal es el resultado de nuestra gestión oficial. Extraoficialmente, Jacinto Castellanos Rivas afirmó que podíamos tener la seguridad de que el gobierno retiraría sus fuerzas en presencia de una actitud pacífica de los camaradas en huelga.

En esa misma reunión informativa, y de una manera muy firme, yo propuse que llamáramos a las masas salvadoreñas, inmediatamente, a la insurrección armada popular encabezada por el Partido Comunista. Enumeré las condiciones favorables que a mi juicio existían para el triunfo de la misma y el logro del poder político para la posterior realización de la revolución democrático-burguesa. A estas alturas, la reunión se llevaba a cabo ya con Farabundo Martí en calidad de Secretario General Interino, por la ausencia del Secretario General efectivo, Narciso Ruiz, panificador, que a su vez había sustituido a Luis Díaz, y que se encontraba en aquellos días desempeñando tareas organizativas urgentes en Sonsonate. Max Ricardo Cuenca y otros intelectuales se retiraron de la reunión por diversos motivos y, según se supo después, habían ido a buscar refugio seguro para capear la tormenta que se avecinaba. La discusión fue intensa, acalorada. Farabundo Martí finalmente estuvo de acuerdo con mi proposición, aceptando que el deber del Partido era el de ocupar su puesto de vanguardia al frente de las masas, para evitar el peligro inminente, mayor, y deshonoroso para nosotros, de una insurrección incontrolada, espontánea o provocada por la acción gubernamental, en que las masas fueran solas y sin dirección al combate. La reunión había durado toda la noche entre el 7 y el 8 de enero de 1932. Se aceptó pues unánimemente (hablo de los presentes, no de los dirigentes que se retiraron) la realización de la insurrección armada popular. No se trataba de una decisión apresurada e irresponsable: dentro de la vertiginosidad de los acontecimientos se pensó mucho y se planificó mucho. Yo propuse que dada la madurez de la situación revolucionaria, se agotaran todos los preparativos en ocho días, al cabo de los cuales debería abrirse el fuego: ese tiempo bastaba para preparar toda la labor y permitía guardar la sorpresa que Lenin exigía en este caso. Pensando en la exactitud cronológica que Lenin también reclamaba, yo dije que la insurrección debía hacerse no el 15 de enero ni el 17 sino precisamente el 16 a las cero horas. Se aceptó en principio mi proposición y se dispuso que fuera el Comité Central el organismo que se hiciera cargo de la cuestión militar. Farabundo Martí y otros camaradas se encargaron de buscar contactos operativos con oficiales amigos en el Ejército, búsqueda de armas, elaboración de material bélico tal como explosivos, etc., organización de las comunicaciones con diversas zonas del país, incorporación

Nosotros nos retiramos manifestando a Rivas que declinábamos toda responsabilidad ulterior en el Gobierno y protestando por las masacres aludidas". Firman todos este informe. Siguen las firmas de los delegados.

Miguel Mármol, contrariamente al caso de otros documentos insertos en el libro de Schlésinger no me dio seguridad de que este informe haya sido escrito por la delegación del Partido. Sin embargo su contenido coincide en lo fundamental con el relato del mismo Mármol sobre la reunión.

de otros sectores sociales y políticos a la lucha (por ejemplo, personalidades políticas democráticas, movimiento estudiantil, etc.), búsqueda de dinero, etc. También fueron encargados esos mismos compañeros de elaborar el manifiesto de la insurrección que se dirigiría al pueblo. Seguidamente se dividió el país en zonas de operaciones y cada compañero de la Dirección fue destacado en una de ellas. El CC procedió a nombrar los Comandantes Rojos que serían los encargados de las comisiones militares en las sub-zonas, en los centros de trabajo, en los regimientos, en las organizaciones de masas, etc. y que responderían de sus actividades ante dicho CC. En las acciones de la insurrección desatada, los Comandantes Rojos cumplirían las funciones militares de un capitán al frente de su Compañía. Pero las comisiones militares tenían además como núcleos de dirección militar otras atribuciones que iban más allá del mero combate. Dichas comisiones iban a estar encargadas de hacer las labores de organización revolucionaria en el seno del Ejército, repartir las unidades en pelotones operativos de diez hombres, buscar armas, ubicarlas en los lugares de repartición y proceder a repartirlas en el momento indicado por el CC, hacer sabotaje en las líneas de comunicación, determinar los itinerarios públicos y secretos del Ejército de la burguesía, formar compañías de zapadores (se formaron realmente en San Miguel, Usulután, Santa Cruz Michapa, pero no llegaron a operar), controlar los ferrocarriles y otros medios de transporte, etc. En nuestros cálculos contábamos con la incorporación a nuestras filas de los cuarteles de Sonsonate y Ahuachapán, donde nuestra penetración era importante, y con la adhesión de por lo menos núcleos relativamente numerosos del cuartel de Santa Tecla. Teníamos también, en la capital, el apoyo de dos compañías del Sexto Regimiento de Ametralladoras que era un regimiento de gran tradición democrática, de dos compañías de la caballería, un núcleo pequeño de soldados del Zapote (Regimiento de Artillería) y con todos los soldados de la guarnición de la Aviación de Ilopango. A última hora supimos que también contábamos con el apoyo de dos compañías de soldados del Regimiento de San Miguel, en oriente, que en torno a ellos y en espera de una acción conjunta, más de setecientos ciudadanos migueleros estaban reunidos en el cementerio local, listos para emprender las operaciones. También teníamos núcleos de oficiales en varios otros cuarteles, pero estos contactos los manejaba única y exclusivamente Farabundo Martí. Es decir, que en el seno del Ejército teníamos una fuerza más que suficiente para, con el apoyo activo de las masas insurrectas del campo y las ciudades, derrumbar el aparato del estado burgués. Por otra parte los sindicatos del campo estaban en pleno

desarrollo de una actividad tendiente a la huelga general. Prácticamente estaban en condiciones de propiciar una situación en la cual el proletariado agrícola y rural pudiera dirigir al campesinado en la insurrección revolucionaria.

Los sectores de la pequeña burguesía revolucionaria, y esos eran otros contactos que iba a mover casi exclusivamente Martí, se iban a utilizar para formar el Gobierno: me refiero a cuadros como el Dr. Merlos, Dreyfus, profesionales radicales, etc. La organización se desplegó en general con eficacia inicial. Hasta esas alturas la represión no había logrado minar el aparato con que se contaba para la insurrección, ni siquiera parar su organización y fortalecimiento. La consigna a esas alturas era ya la de ocupar cada quien su puesto y esperar la orden definitiva. Sin embargo, cuando el 14 de enero volvimos a reunirnos en torno al CC para discutir los últimos detalles, nos encontramos con una pésima noticia: se proponía aplazar la insurrección para el día 19. A ninguno de los asistentes nos gustó aquella peligrosa proposición, pero Farabundo Martí nos calmó diciéndonos que el aplazamiento se había hecho frente a una posibilidad muy real de que se incorporara al movimiento revolucionario la oficialidad y la tropa del Primer Regimiento de Infantería. A estas alturas Farabundo era ya más que un Secretario General Interino: por la fuerza de los hechos y por su calidad de dirigente, la jefatura suprema tanto dentro del Partido como en la organización para la insurrección, había quedado en sus manos. La insustituibilidad del Negro fue de seguro una de nuestras mayores debilidades. Lo cual hace más grave la actitud de varios de los camaradas intelectuales que hallaron en la hegemonía de Martí el pretexto para enojarse, para alejarse de la labor revolucionaria y negarse a prestar cualquier colaboración. Martí, intelectual él mismo, pero bien proletarizado, decía que eran unos vacilantes carcomidos por la ideología pequeño-burguesa. Yo propuse en nombre de la Juventud Comunista que el Comité Militar Supremo (nuevo organismo que se proponía, basado en la membresía del CC) se organizara exclusivamente con obreros, como una forma para acabar con tanta vacilación. Después de la reunión nos distribuimos en las zonas de operaciones que se nos habían asignado para comunicar a los mandos intermedios la posposición: a nadie le gustó la noticia. Y al regresar a San Salvador después de esta tarea, nos encontramos con algo peor aún, con otra posposición: se aplazaba el comienzo de las acciones para el día 22 de enero. Llevar esta nueva disposición a la masa enardecida fue una tarea verdaderamente seria. A todo esto el enemigo había logrado ya una gran cantidad de información sobre nuestros propósitos y cada día, cada hora que

pasaba, estaba acorralándonos más y más. Y eso que el enemigo tenía un servicio de información y contrainformación muy deficiente. Nuestro servicio de información era peor y no teníamos servicio de contrainformación. Sobre todo el enemigo se dirigió a destruir desde el principio nuestra dirección política y militar, nuestros núcleos de más alto nivel. Mi hermana mayor tenía un amigo que era policía de investigaciones y que le pasaba información pues era simpatizante nuestro. Por su medio pudimos saber que la policía tenía controlado al Negro Martí, a Luna y a Zapata, que conocía la ubicación del escondite en que estaban y que iban a capturarlos de un momento a otro. Yo fui a verlos de inmediato para advertirles del peligro y para darles informaciones provenientes de Santa Ana que hablaban de un inminente levantamiento de inspiración araujista, para el cual, se decía, habían entrado armas a montones desde Guatemala. Martí, ante mis informaciones alarmantes, se puso a reír nomás y me dijo que yo no debía tener miedo –se negó a tomar en serio lo del peligro de ser capturado– y me dio un paquete de bombas de las que habían estado confeccionando en el traspatio de la casa. Incluso se puso a calmar a los dueños del lugar, que se alarmaron con mis noticias. Se trataba de una familia amiga del Partido que vivía cerca del Colegio “María Auxiliadora”. Martí me dijo que yo debía ir a San Miguel y ponerme al frente de las acciones en esta zona oriental, pero yo le dije que ya había sido designado para trabajar en la dirección de las acciones que estarían a cargo de la guarnición de la Aviación en Ilopango y que esa era una misión demasiado importante como para dejarla tirada. Martí estuvo de acuerdo. Total que yo me fui y, a pesar de mi insistencia, ellos no dieron importancia a mi información. Esa misma noche los capturaron a todos. Mi hermana llegó llorando a mi habitación para avisarme y yo me fui a refugiar a la casa del maestro José Enrique Cañas, pues suponía que el siguiente capturado iba a ser yo. Inmediatamente se convocó a un pleno ampliado del CC para considerar la situación. Para esta reunión convocó Max Cuenca, quien salió para ello de su escondite y llevó la voz cantante en el Pleno. Planteó en términos violentos la suspensión inmediata del trabajo insurreccional pues ya había muchos camaradas presos, entre ellos los dirigentes del movimiento que concentraban en sus manos los más importantes contactos militares. Yo me opuse a tal pretensión y dije que los trabajadores de la República estaban ya moralmente en armas, que los habíamos engañado mucho y que a estas alturas no los podríamos detener aunque quisiéramos e hiciéramos los más desesperados esfuerzos. Max Cuenca insistió en la suspensión de la insurrección: dijo que no era posible ir imbécilmente a un levantamiento

armado acerca del cual el Gobierno sabía prácticamente todo y frente al cual el Ejército sólo estaba esperando el primer gesto nuestro para cerrar la trampa a sangre y fuego contra todo el movimiento revolucionario y democrático del país. Informó, cosa que nosotros no sabíamos aún, que el Gobierno ya había dado los primeros pasos para institucionalizar la represión y había decretado el Estado de Sitio en toda la zona central del país. Estado de Sitio que seguramente se extendería a las otras zonas de inmediato. La mayoría insistimos en que la vacilación era la muerte prematura de la insurrección, que ya era demasiado tarde, que si nos frenábamos íbamos a perder hasta la capacidad de defendernos frente a la terrible represión gubernativa que iba a ser desatada con insurrección o sin insurrección. No nos equivocábamos en esto. Impusimos tal criterio y se acordó por el pleno continuar aceleradamente el trabajo insurreccional y hacer varios ajustes y cambios en el plan de las acciones. Max Cuenca, a pesar de sus opiniones, quedó encargado de restablecer los contactos que había manejado Farabundo y en términos generales se dispuso aparentar la línea de la huelga general nacional para comenzar la movilización de nuestras fuerzas hacia la insurrección. Se quedó en no atacar a los destacamentos del Ejército sino hasta cuando fuera irremediable y preparamos instrucciones y equipos de cuadros para confraternizar con las tropas que salieran de los cuarteles. Al mismo tiempo se dispuso que se cortaran las carreteras para impedir la circulación de los motorizados del Gobierno, cortar desde ya los sistemas de comunicaciones, tratar de fijar al enemigo en las ciudades, aislándolo en ellas y evitando que circularan abastecimientos del campo a la ciudad. Se nombró en el seno del CC una comisión de Información y Enlace que se encargaría de hacer circular las disposiciones de la Dirección Revolucionaria en todos los niveles del movimiento. El CC sin embargo, después de la caída de Martí, Luna y Zapata, se encontraba falto de información acerca de muchos detalles vitales que era menester manejar para orientar correctamente la insurrección. Era ya 20 de enero y no había una información completa de los medios materiales y humanos con los que contábamos: no sabíamos mayor cosa acerca del número y calidad de las armas que tenían nuestras fuerzas, ignorábamos el número exacto de batallones rojos formados y apenas había datos sobre la integración de los mandos en todos los niveles, del reparto de responsabilidades concretas, etc. Ignorábamos lo fundamental de la dislocación y los movimientos de las fuerzas enemigas a nivel nacional y sólo teníamos datos esporádicos y no relacionados dentro de un marco general. Los pocos datos seguros con los que contábamos estaban guardados

celosamente por un número reducido de camaradas del CC y no llegaban al conocimiento de quienes los necesitábamos para obrar en consecuencia. Por otra parte estaba el hecho de que el CC del Partido, a causa de la captura de los camaradas referidos había quedado integrado muy inconvenientemente desde el punto de vista de la unidad de criterio, la mayoría eran camaradas de concepciones encontradas entre sí, de bajo nivel, más y menos sectarios. Creo que a esas alturas nuestro Comité Central no era capaz, en la práctica, de convertirse en una eficaz e indiscutida fuerza coordinadora y directora de toda la labor revolucionaria. En el seno del CC campeaba un increíble desconocimiento acerca de la importancia de la información y su uso revolucionario, una tremenda subestimación acerca del manejo de la técnica militar insurreccional. *Hasta última hora el Partido manejó la insurrección como un hecho político de masas simplemente, sin desarrollar una concepción militar específica del problema. Simplemente no se reparó nunca en que los problemas militares pasan a ser los fundamentales una vez que se ha decidido hacer la insurrección y que los problemas militares se solucionan con una técnica y una ciencia especiales, que tiene sus propias leyes, etc.* Nosotros trabajamos a las masas como si el alzamiento nacional fuera simplemente una forma más elevada de trabajo en el frente sindical, en el frente de masas del Partido. El plan militar central casi no era plan militar, como lo veremos más adelante. Como si eso no fuera bastante, contábamos con escasísimos medios materiales: no teníamos ni medios de transporte, ni dinero, ni fuimos capaces de obtenerlos. El mero día 22, fecha señalada para el inicio de la insurrección, yo andaba coordinando células en San Salvador (trabajo previo al de las operaciones con la guarnición de Ilopango), a pie, y sin ni siquiera un cortaplumas en el bolsillo. Y lo que más duele es que el espíritu revolucionario de la masa era tremendamente elevado: un espectáculo muy serio que no era para que lo estudiaran los sociólogos treinta años después, sino que debió haber sido el Norte de la brújula insurreccional del Partido. Ya para ese terrible 22 de enero, el enemigo nos había cogido la iniciativa: en lugar de un partido que estaba a punto de iniciar una gran insurrección, por lo menos en lo que se refería al aparato de cuadros de San Salvador, dábamos el aspecto de un grupo de desesperados, perseguidos y acosados revolucionarios. De un momento a otro se abandonó prácticamente el trabajo y todo el mundo trató de ponerse a salvo de la represión desatada. El enemigo no esperó nuestra famosa Hora Cero para iniciar sus acciones militares contrarrevolucionarias. A los pocos camaradas que en San Salvador manteníamos contactos mutuos a nivel cercano a la Dirección nos comenzaron a llegar las noticias del inicio de

la lucha en diversos lugares. Cuando esas noticias se referían a lugares que no estaban considerados por nosotros como zonas de operaciones, era evidente que había sido la provocación del Ejército lo que había hecho que la masa reaccionara con violencia, dando excusa para proceder a su completa liquidación. A pesar del estado de desorganización en las comunicaciones, el llamado insurreccional del CC había llegado a diversos lugares de Occidente y las masas organizadas, disciplinadamente, habían comenzado asimismo a entrar en acción. Noticias en este último sentido llegaron a San Salvador, sobre todo procedentes del Departamento de Sonsonate, hacia donde el gobierno despachó una gruesa columna punitiva al mando del General José Tomás Calderón, siniestro asesino, apodado “Chaquetilla”. Desde el primer momento se supo que la sangre corría a ríos y que la lucha era completamente desigual y desfavorable para el pueblo, a causa de la mayor organización y el total predominio de volumen de fuego de las fuerzas del Gobierno. En momentos en que andaba por las afueras de San Salvador, habiendo perdido contacto con la Dirección por falta de un enlace que falló, me encontré con el camarada Dimas, fiel militante, y me dijo que yo debía ocultarme inmediatamente, por lo menos mientras se hallaba la forma de enviarme a occidente, que era donde se estaba combatiendo de verdad y en donde había que concentrar fuerzas. Me dijo enseguida que tenía un buen refugio en el Barrio La Esperanza y hacia allá nos fuimos. Llegamos a una casa ruinoso, cuyo dueño estaba destilando aguardiente en un alambique de contrabando y se puso muy nervioso cuando Dimas le explicó que yo iba a esconderme allí un par de días. En esas estábamos cuando llegó a la casa un camarada del Partido llamado Alberto Monterrosa, quien al verme me saludó sin el menor tacto, llamándome por mi propio nombre. Al oír mi nombre el dueño de la casa pegó un respingo y se puso más nervioso aún. Se llamaba Pedro Escobar y era precisamente un informante de la policía que desde hacía dos años andaba siguiéndome la pista. Yo me había enterado de sus informes e inclusive los que firmaba con el seudónimo de “Platero”. Y con mi llegada le había caído en las manos a semejante hijo de puta, la perla del cielo. Al poco rato pidió que lo perdonáramos, que tenía que salir a buscar un mandado. Yo estaba en guardia, aunque eso de que Escobar fuera confidente de la Policía no lo confirmé sino hasta años después, y le dije a Dimas que nos voláramos de allí. Dicho y hecho. Nos trasladamos a la casa de Rogelio Morales, que había sido candidato a no sé qué cargo en la Planilla Municipal del Partido para San Salvador, que vivía en el Barrio Lourdes. Allí tuvimos la sorpresa de que, como a la media hora, llegó el tal Pedro Escobar. Estaba ya aferrado a su

presa y no quería soltarla. Aquello sí que me puso al brinco. Para quitármelo de encima le di dinero para que fuera a comprar una botella de guaro y en lo que él salió, pedí a Morales ropa para cambiarme y le di orientaciones para qué confundiera a Escobar, escabulléndome de la casa inmediatamente. Pero resultó que en mi camino, al llegar a la vía férrea, pude ver que venían en dirección contraria unos veinte policías de investigaciones, con las armas en la mano. Sin duda me estaban echando un cerco. Yo me tiré a una faja de monte que había cerca y pude darles un rodeo sin que me vieran y logré salir a la Avenida Independencia. Allí me encontré con el camarada Pineda, un miembro de la Juventud Comunista, que me invitó a entrar y quedarme en su casa, pero yo le dije que me estaban siguiendo de muy cerca y que no quería comprometerlo. Pineda todavía me dijo que no lo ofendiera, que para él, morir a mi lado sería un gusto. Una lluvia de ceniza se había desatado sobre San Salvador, al parecer proveniente de la erupción de un volcán en Guatemala, cuyo fragor se escuchaba en la lejanía y hacía decir a la gente que era la artillería de las fuerzas araujistas que habían invadido desde Guatemala el país y que combatían en Occidente. Pineda insistió en acompañarme por lo menos mientras no me alejara de la zona de peligro y así lo comenzó a hacer, pero yo le dije que ya se me había ocurrido un lugar al cual ir, muy cerca de allí. Sólo así lo convencí de que volviera a su casa. Efectivamente, me dirigí a casa del camarada Chilano, un activista del Partido que vivía en la calle Celis. Allí mismo me coparon. Desgraciadamente el oreja maldito, el tal Pedro Escobar, conocía las casas de todos los comunistas de la zona y llevó a todas ellas a la comisión policial que me buscaba. Pasó que me tomé demasiado tiempo en cambiarme de ropa nuevamente, ya que Chilano me ofreció la suya, y los policías me agarraron con los pantalones en la mano. Traté de luchar pero los policías eran muchos y bien armados y no tuve más que aceptar mi derrota.

Todavía me duele pensar que los comunistas éramos tan idiotas que ni siquiera garantizamos que cada cuadro tuviera en las manos por lo menos una pistola desde el momento en que se decidió ir a la insurrección. No sé en qué carajos estábamos pensando. Sólo eso explica que dirigentes ya de mi nivel, que se suponía arriesgábamos seriamente la vida al ser capturados, cayéramos en las garras de la policía sin disparar un tiro, sin herir siquiera a un pinche oreja. Bajo una lluvia de golpes, mis captores me condujeron a las oficinas de la Policía Judicial, que así se llamaba entonces la policía secreta, situadas en una casa frontal al Cuartel en que se encuentra aún hoy la Dirección General de Policía. Al nomás llegar me metieron al interrogatorio.

Me interrogó un comandante llamado Gregorio Aguillón. Yo lo conocía muy bien pero él no se acordaba de mí: él había sido obrero panificador y luego Guardia Nacional en San Vicente y posteriormente llegó a Comandante de puesto en Soyapango. Durante el interrogatorio entró en la habitación otro conocido mío, un ex-sargento de la Guardia llamado Arturo Martínez, a quien le pedí que interviniera en mi favor, ya que me habían detenido injustamente, etc. El tipo se asustó cuando le hablé y solamente balbuceó que él siempre me había conocido como buena gente, antes de salir velozmente de la habitación. Aguillón me interrogó acerca del lugar de reunión de la Dirección del Partido, acerca de las horas y lugares del inicio de la insurrección y acerca de los arsenales comunistas. Desde luego, yo sabía muy poco de todo aquello, pero lo poco que sabía me lo tenía que tragar, de manera que comencé a desviar las preguntas y a replicar en otras direcciones. Le hablé hasta de su propia vida.

–“Yo lo conozco a Ud. –le dije– y sé que siempre ha sido pobre, como nosotros los comunistas, como yo. Si en estos momentos le pido que me preste dos pesos, seguro que no los tiene. Esta es la lucha de los pobres contra los ricos y es terrible que sean pobres como Uds. los que los ricos usan para reprimir a los demás pobres”.

Y por ahí me le fui y él no me pudo llevar a rozar siquiera los temas que le habían mandado sacarme. Al cabo de una hora más o menos, terminó el interrogatorio y me llevaron al interior, hasta una celda oscura, de doble reja, en los meros sótanos. En las inmediaciones había otras celdas, repletas de reos. Recuerdo haber reconocido en una de ellas al Dr. Salvador Ricardo Merlos. Los cuilios que me llevaron a la celda me advirtieron que pronto iban a volver por mí para otro interrogatorio, pero que éste iba a ser bravo de verdad. Efectivamente, al cabo de unos cuantos minutos, llegaron de nuevo y me llevaron directamente a la oficina de la Dirección General de Policía, en el cuartel de enfrente. Allí me esperaba el propio Director General, el temible coronel Osmín Aguirre y Salinas; el Subdirector, un coronel cuyo nombre olvidé; y un secretario. Por cierto que el más agudo para tratar de joderme en todo el interrogatorio iba a ser el tal secretario, pues como siempre pasa en estos casos, el hombrecito trató de ganar méritos a mis costillas. Me preguntaron en primer lugar por el viaje a la URSS y por mi militancia partidaria. Yo evité decir todo lo que pudiera ser información utilizable por ellos contra el movimiento, pero les conté de la URSS y de la esperanza que ésta significaba para los pobres del mundo y traté de dejarles en claro cuáles

eran las motivaciones profundas de la lucha de los comunistas. Por momentos el interrogatorio se convertía en discusión pura y simple. Como cuando el tal Osmín Aguirre manifestó solemnemente que en El Salvador no había clases sociales. Además de malo era ignorante el criminal éste. Yo le dije:

–“Eso no es motivo de discusión. Es fácil probarlo. Incluso en esta habitación hay clases sociales. Entre Ud. que no trabaja y vive como un rey y el Secretario que trabaja como una mula y vive con el culo roto, hay la diferencia de pertenecer a distintas clases sociales. Si tuviera más tiempo se lo probaba minuciosamente, en el plano nacional”.

Osmín saltó hecho un basilisco, pálido y desencajado, y me gritó:

–“No vas a tener tiempo, infeliz, porque aquí mismo y en este mismo día te vas a morir”.

– “Con eso no me ahueva, mi Coronel –le contesté– los comunistas siempre estamos listos para morir. No necesitamos ni confesión”

El coronel se apartó bufando y recomenzó el interrogatorio: los planes del Partido, descripción de nuestros efectivos, dónde y cuándo iban a comenzar nuestras operaciones de mayor volumen. Yo no les dije nada, pero la verdad es que ellos tampoco fueron excesivamente insistentes. Creo que tenían sin mí, suficiente información. En total estuve allí más de una hora y luego fui devuelto a las celdas. En el corredor adyacente a la Dirección, había un nutrido grupo de policías uniformados, con gruesos látigos en las manos, y cuando salí armaron gran alboroto. Gritaban:

–“Déjenoslo a nosotros, dénos el permiso mi Coronel, pónganoslo en nuestras manos unos pocos minutos y le vamos a bajar los huevos hasta los carcañales”.

Yo escupí ostensiblemente contra el suelo y ellos roe amenazaron:

–“Ni tratés de dormir que ya mero vamos a ir por vos y te vamos a hacer mierda. No vas a ser el primero”.

Me quedé sumido en mis pensamientos en la celda de la Judicial. Noté que habían vaciado las celdas de los ladrones y sólo quedaban ocupadas las de los políticos. A los pocos minutos llegaron de nuevo por mí. En una habitación bien iluminada habían hecho una serie de conexiones eléctricas que iban hasta un sillón metálico, grande como los de las barberías, y habían echado

cortinas negras sobre las ventanas. Adentro estaban unos veinte policías judiciales al mando de un comandante llamado Balbino Luna, que por cierto todavía vive, metido a creyente evangelista. A empujones me hicieron entrar y cerraron la puerta tras mí. Me sentaron frente a una mesita y comenzó un nuevo interrogatorio, sólo que esta vez intervino un personaje que no había aparecido antes: un abogado que hacía las funciones de notario y asentaba constancia protocolaria de mis respuestas. Esta pantomima se llama “Consejo de guerra” o Juicio militar, en la cual el reo nunca sabe nada sino hasta cuando está condenado y ha sido la fórmula para legalizar innumerables crímenes cometidos por las autoridades militares en la historia de El Salvador. Las preguntas me las hacía el comandante Luna. Volvieron a lo mismo: la insurrección acordada, jefes, lugares de reunión, organización, locales, efectivos, etc. Frente a la presencia del notario tuve que ser mucho más cauto en mis respuestas. Me preguntaron si era comunista y con dolor de mi alma –y aunque lo había aceptado antes, frente Osmín– dije que no, que simplemente era un dirigente obrero de la Regional. ¿Y el viaje a la URSS? Bueno, aunque el sistema de vida de la URSS era el socialismo, dirigido por el Partido Comunista, no sólo los comunistas podían viajar hacia allí y les conté de los muchos turistas del mundo capitalista que vi en Leningrado y Moscú. Yo no había sido invitado por la *Komintern*, que era la Internacional Comunista, sino por la *Profintern*, que era el organismo internacional del movimiento obrero organizado. Claro, después de tantos años y de tantas experiencias, me miro la cara de tonto que debí haber tenido en aquella ocasión. ¿Cómo se me pudo ocurrir que con este tipo de defensa y este tipo de diferenciaciones iba a impresionar a los interrogadores en favor mío? Finalmente cerraron aquel interrogatorio superficial y pasaron a las amenazas de tortura. El notario cogió sus papeles y se fue. Los policías me desnudaron, me descalzaron y me hicieron sentar en el sillón metálico. El interrogatorio continuó allí, pero en un tono grosero y burlón. Eso me enojó y me hizo gritarles a los policías:

–“Uds. son unos cobardes: lo que pasa es que no tienen valor para matarme y están con estas payasadas. Dejen de mariconadas y háganme pronto el sacrificio indio”.

Los impresioné.

–“¿Qué es eso del sacrificio indio?” –preguntaron.

–“Pues consiste en amarrarlo a uno con alambres eléctricos al rojo vivo y luego darle fuego a uno con leña o zacate verde. Eso duele como la gran puta”.

–“Qué desgraciados son estos comunistas –dijo un policía– ni ellos mismos se quieren”.

Después supe que entre aquel grupo de judiciales se encontraba el agente que avisó a mi hermana acerca de la inminente captura de Martí. También supe luego que en la celda para ladrones que estaba contigua a la sala en que se desarrolló todo este interrogatorio, se había quedado al descuido un ladrón que escuchó todo y que al salir libre fue a contarlo a casa de mi hermana. Luego de una media hora me dijeron que me vistiera y me sacaron de ahí. Me llevaron esta vez a las celdas de la Policía Nacional, las de la planta alta. Estas, que son un buen número y bastante grandes, estaban que reventaban de obreros y campesinos. Al grado de que todos estaban de pie, unos junto a los otros, sin poder sentarse ni mucho menos acostarse. Empecé a reconocer caras de camaradas del Partido, de la Juventud, de la Regional, todos ellos mostrando huellas de las torturas y los golpes recibidos. Con el primero que hablé en la atestada celda en que me metieron fue con Gerardo Elías Rivas, llamado “Cafecito”, un líder anarco-sindical, muy puro y sincero, equivocado políticamente, pero una magnífica persona. Se había educado en México. Un grupo de migueleros “sotistas”, entre los cuales recuerdo a un señorón elegante y galán, de apellido Fortis. Otro se llamaba Virgilio y un tercero, Humberto Portillo. Estaban también allí dos jóvenes chalatecos bastante elegantes pero muy tristes, que eran desconocidos para mí; el famoso líder araujista Neftalí Lagos, buen periodista, de Jocoro; y una gran cantidad de trabajadores y empleados a quienes tampoco reconocí.

El hacinamiento era terrible: uno defecaba y comía en un espacio reducidísimo. El olor de la pequeña letrina de hoyo era espantoso. Y frente a la puerta de la celda estaba emplazada, apuntando hacia nosotros, una ametralladora de trípode, cuyos manipuladores nos amenazaban a cada rato con disparar. Entró la noche. Desde los garitones cercanos comenzaron las ametralladoras a disparar al aire, para amedrentar a la población capitalina. A cada momento pasaban los aviones de guerra rumbo a occidente: iban a bombardear a los campesinos de Armenia, San Julián, Izalco, Sonsonate. Desde ahí me comencé a dar cuenta de que nada nos había salido bien, pues a esas alturas, según nuestros planes originales, todos los aviones militares del gobierno salvadoreño deberían estar controlados o destruidos por la

acción de los grupos que iban a tomar el aeropuerto, en colaboración con la propia guarnición del lugar. Yo mismo había coordinado el plan y había dejado bien adelantados los contactos, al grado que mi captura no necesariamente tenía que haber paralizado las operaciones. Al día siguiente, después de una noche de nervios verdaderamente terrible, llegó a la celda la prensa diaria con la noticia a grandes titulares de la muerte del doctor Jacinto Colucho Bosque. Los titulares de prensa eran enormes y decían: **ASESINADO POR LOS COMUNISTAS**, como si aquella muerte hubiera sido la primera de todo aquel proceso y el gobierno no hubiera ya asesinado a aquellas alturas a centenares de campesinos. Las noticias relataban en términos espeluznantes cómo un grupo de campesinos había dado muerte a este profesional, después de interceptar su auto en la carretera de Sonsonate. Los términos de todas las noticias al respecto estaban dirigidos a crear en las capas urbanas el mayor terror, presentando a los comunistas como desalmados criminales que con un machete en la mano se habían lanzado a una orgía de sangre y terror. La prensa trataba además de aterrorizar a la población anunciando inminentes asaltos de las “hordas rojas” a la capital y planes de los comunistas de asesinar a todos los propietarios privados, grandes y pequeños, y de violar a todas las mujeres, doncellas, casadas, jóvenes y viejas. Ese clima de terror iba a servir para justificar el real crimen del gobierno y de las fuerzas armadas contra el pueblo salvadoreño. Los jóvenes chalatecos fueron los únicos que se alegraron al ver los periódicos. Yo les pregunté porqué, ya que aquellas noticias eran, sin duda, parte de nuestra sentencia a muerte.

–“Ese Colucho Bosque recibió el castigo de Dios –me dijeron–. Ese es el culpable de nuestra desgracia actual. Por razones de enemistad personal nos acusó de comunistas allá en Chalatenango, y marcó de rojo nuestras puertas lo mismo que las puertas de otras personas inocentes. Por eso estamos presos. No somos comunistas, pero si ese canalla se fue ya adelante, a nosotros no nos importará morir. Ya fuimos vengados de antemano y no vamos a parar en el purgatorio por causas de rencor. Ahora ya podemos perdonar a semejante hijo de puta”.

Por cierto que los que mataron a Colucho Bosque fueron unos campesinos de Colón que estaban encargados por el Partido de controlar el tránsito en la carretera de Occidente, y cuando detuvieron el carro de aquél, reconocieron al profesional que en tiempos del gobierno araujista los había llevado con engaños a trabajar a la carretera de Chalatenango, y una vez allá, los había hecho jornalear como esclavos, maltratándoles y exprimiéndoles, y luego los

había hecho arrojar de la zona sin pagarles, valiéndose del apoyo que recibía de las autoridades locales. En realidad aquel carro fue el único atacado, cosa inexplicable si se tratara de asesinos desenfrenados y si se sabe que como al carro de Colocho, detuvieron a muchos carros que transitaron por Colón antes y después de comenzada la masacre oficial, los inspeccionaron y los dejaron seguir. Pero lo que la prensa quería era azuzar la represión contra el pueblo y sus informaciones no analizaban nada sino que se limitaban a ser groseras deformaciones horrorizantes. No tenían para cuándo terminar con lo del vandalismo rojo y demás epítetos. Y nosotros veíamos venir nuestro fusilamiento como algo indiscutible. Cafecito entró en miedo por aquella razón y comenzó a reclamarme en tono subido, echando la culpa al Partido Comunista por la situación en que nos encontrábamos. Yo le discutí con disgusto y me violenté con él. El señor Fortis nos calmó, diciéndonos que si íbamos a compartir la misma suerte era un error estar peleando. Pero el miedo empezó a crecer en horas de la tarde. Cuando llegó la noche la desmoralización era tremenda y hasta yo mismo comencé a sentir que las fuerzas morales me flaqueaban. Era nítido el sentimiento colectivo de la proximidad de la muerte. Entonces decidí tomar una medida radical. Me paré en el centro de la celda y les dije a todos en tono golpeado:

–“Si sigue este miedo que nos está matando a todos antes del tiempo, me voy a poner a gritar vivas al Partido Comunista, para que nos hagan pedazos de una vez con esa ametralladora que nos está apuntando”.

Esto calmó bastante los ánimos y por lo menos terminaron los conatos de lloriqueo. Hasta algunas bromas salieron a relucir por ahí, haciéndonos reír a la fuerza.

Pero nadie dormía en la celda. Ni por la aglomeración, ni por el calor, ni por el nerviosismo. Como a eso de las diez de la noche retumbó un grito en medio del silencio:

–“¡Miguel Mármol, al recinto!”

El compañero Cafecito me dijo en secreto que no contestara, que de seguro estaban sacando a la gente para ir a fusilar. Pobrecito Cafecito, esa fue la noche en que murió él también, sólo que en otro paredón. Vino un segundo grito, ya muy cerca de la celda, llamándome. Yo contesté golpeado:

–“¡Aquí estoy, carajada!”

En lo que los policías abrían la puerta, repartí mi comida entre los que se quedaban, el rancho de tortilla y frijoles y unos huevos que nos habían logrado meter desde la calle los familiares de algunos reos. Me sacaron a empujones, tomándome del pelo y pegándome hasta con las pistolas. No me dejaron ni ponerme la camisa, me la amarraron a un brazo después de atarme fuertemente las muñecas a la espalda. Yo todavía les dije, para no perder la moral:

–“No saben ni amarrar como la gente, chambones”.

Ahí me dieron un codazo en el estómago que me sacó el aire y me hizo ver lucitas. A pura riata me bajaron al patio, al grado que yo pensé que ahí mismo me iban a matar. Pero no, me habían llevado allí para reunirme con otros reos. En pocos minutos estuvimos reunidos 18 prisioneros, casi todos camaradas del Partido o sindicalistas de la Regional. Entre ellos recuerdo a Manuel Bonilla, líder del Sindicato de Trabajadores de Hotel, un muchacho de unos 25 años, miembro de la Juventud Comunista; a Rafael Bondanza, un gran camarada del Partido, maquinista del ferrocarril de Sonsonate; al camarada Marcelino Hernández, panificador; a Santiago Granillo, paisano mío, oriundo de Ilopango y especialmente odiado por las autoridades porque se había dado el lujo de verguear uno por uno a todos los aviadores militares del aeropuerto, pues era un hule el muchacho aquél para dar y quitarse los zopapos, además de magnífica gente (esa noche, por cierto, por estar tan mal recomendado por los de la aviación, se ensañaron con él y le cortaron los brazos al cadáver); a mi camarada Dimas, de la Juventud Comunista, de quien ya hablé antes; a Serafín G. Martínez, líder sindical y trabajador de la Singer, que por cierto no era miembro del Partido; a Alfonso Navas, sastre comunista y hombre muy estimado en su gremio, por trabajador y honrado; al ruso y su ayudante, etc. Este ruso era un extranjero que se dedicaba a vender imágenes de santos en las zonas rurales y la gente decía que era un comunista soviético de la Internacional, pero la verdad es que nunca tuvo contacto conmigo ni con el Partido, que yo sepa. Era joven, alto, rubio, bien parecido y tenía tipo eslavo. Y si no era comunista, la verdad es que murió como si lo hubiera sido, con una serenidad tremenda. Su ayudante, un muchacho muy joven, de Santa Tecla, no quería salir de la celda en que se encontraba, pero lo sacaron a culatazos y así le rompieron la cabeza. Cuando nos estaban alineando en el patio, llegaron unos oficiales del Ejército y preguntaron por mí. Luego discutieron conmigo superficialidades acerca del por qué de la insurrección. Bondanza y Bonilla se dirigieron a ellos y a los policías en son de arenga, diciéndoles que llegaría el día en que se convencerían de la bondad del

comunismo y del crimen que el Gobierno estaba cometiendo entonces con nuestro pueblo. Los oficiales contestaron simplemente que ya habían terminado con la insurrección comunista y que en todo el país había miles y miles de muertos. Por lo demás no se mostraron agresivos ni nos ofendieron. Unos policías grandotes terminaron de amarrarme por los brazos con cuerdas fuertes y tan apretadamente que comencé a sentir como si la sangre se me quisiera salir por la boca. El cuerpo me comenzó a temblar y entonces ellos comenzaron a burlarse diciéndome que tenía miedo. Yo les reclamé ofendido y les dije que era sólo por la presión de la sangre y que en realidad tenía menos miedo que ellos, que ellos en mi lugar ya se habrían cagado tres veces. Un camión grande entró en el patio para llevarnos. Los policías comenzaron a obligar a los reos a subir, a puros culatazos. Yo no pude subir porque la cama del camión era muy alta y entonces dos policías me guindaron de los brazos y me tiraron al camión como si fuera una maleta. Caí todo doblado junto al ruso y le pedí que me permitiera recostar la cabeza sobre sus piernas. El hablaba con acento pero en correcto español, y me respondió con gran cordialidad:

–“Acuéstese, camarada, no tenga pena”.

Así salimos de la policía velozmente y enfilamos con rumbo a los alrededores de la ciudad, precisamente en dirección a mi zona natal, cosa que se me hizo evidente cuando pasamos frente a Casamata, donde un piquete de soldados nos pasó una inspección. A cargo de nuestra custodia iban en el camión diecisiete policías nacionales armados con fusiles máuser, el Jefe de la Comisión, llamado capitán Alvarenga, que iba en la cabina con una ametralladora de mano alemana, de las llamadas “Solotur”, y el chófer, que también llevaba una “Solotur”. Por cierto que el tal capitán Alvarenga falleció algunas semanas después, de fiebres intestinales, impresionado quizás por tantos y tantos crímenes como aquellos. Se fue en caca el hombre. Al pasar por Soyapango nos salió al paso un pelotón de Guardias Nacionales que tenían tendida una emboscada y pidieron que fuéramos entregados a ellos para fusilarnos allí mismo. Dijeron que nos querían “beber la sangre”. El capitán Alvarenga se negó, alegando que la misión era de él y que él la iba a cumplir. Entonces fue que supimos claramente y de una vez por todas nuestro destino. Los guardias finalmente accedieron a dejarnos pasar y les dijeron a los policías que podían actuar con tranquilidad, ya que esa zona estaba controlada por ellos y por tres o cuatro patrullas militares en ronda constante. Yo pensé que en medio de todo había tenido suerte porque me iba a tocar morir cerca de mi pueblo, cerca de donde está enterrado mi ombigo.

Como hubo inquietud en el grupo al saberse de plano que no teníamos salvación, los policías comenzaron a repartir culatazos e insultos. Para qué toda aquella crueldad si todos estábamos amarrados como si fuéramos tamales de azúcar. A Serafín G. Martínez le rompieron la boca y los dientes con el cañón de un fusil. Al fin paramos en un lugar bien oscuro que corresponde al cantón El Matazano, jurisdicción de Soyapango. Había entonces un camino vecinal de tierra, muy polvoriento. Actualmente está ahí la carretera hacia el Aeropuerto o Boulevard del Ejército, en la parte que está frente al Motel Royal, un poco más adelante de la fábrica de zapatos ADOC. La luna brillaba en el cielo, pero los árboles hacían que el lugar permaneciera oculto en la oscurana. Nos bajaron a todos del camión a punta de culata. Yo me tiré como pude y quedé como sembrado en el suelo y llegó un policía a ayudarme y me quitó el sombrero de un manotazo. Pero yo lo puse en firme y él se retiró y no me siguió jodiendo. Cuando me incorporé al grupo, sacaron de él a empellones a Bonilla y a Bondanza y los pusieron contra el paredón. Serafín Martínez, con la boca toda llena de sanguaza y de pedazos de dientes le decía al Capitán Alvarenga que no mataran a Navas, porque tenía cinco hijos. Era una gran alma Serafín. Pero yo que siempre he sido bruto y endiablado, le dije en voz alta:

–“No les pida nada a estos hijos de puta, que a matarnos han venido”.

Los faros del camión iluminaban la escena. Quince policías se formaron en pelotón de fusilamiento, mientras los otros dos y el chófer y el jefe nos apuntaban a nosotros. El jefe dio la voz de:

–“Preparen, Apunten y Fuego” casi de una sola vez.

Digo yo que por los nervios. Pero la tropa estaba muy nerviosa también y de la primera descarga sólo hirieron levemente a nuestros dos compañeros. Con la segunda descarga los hirieron bien, pero los compañeros no cayeron, aguantaron a pie firme los bergazos, aunque en la cara se les vio la muerte. En veces sueño todavía con sus gestos. Bondanza gritó: “¡Viva el Partido Comunista!” La tercera descarga fue certera y los dos se desplomaron. El Capitán Alvarenga preguntó:

–“A ver, ¿quién es el que quiere morir ahora?”

–“Yo –grité, y di un paso al frente.

El pelotón de fusilamiento estaba a un lado del camino y el paredón estaba del otro. Los policías sudaban, a pesar del frío de verano. Todo el cuerpo me picaba y yo no me podía rascar por el amarre de los brazos. Comencé a atravesar el camino, cuando oí una voz serena:

–“A la par del camarada Mármol moriré yo”.

Era el ruso. Como pudimos nos estrechamos la mano dándonos las espaldas y juntándonos, y nos pusimos frente al paredón con actitud altiva. El jefe dio la voz de mando y nos vino encima la primera descarga. No nos tocaron y yo pensé que eso era por puro joder, por prolongarle a uno el martirio.

–“Ni a tirar bien han aprendido, cabrones –les dije, con calma.

Los policías todavía nos tiraron dos descargas más, que sólo nos rozaron, y el Capitán Alvarenga comenzó a putearlos. A la cuarta descarga sí me hirieron, a la altura del pecho, pero felizmente no de adelante para atrás sino de lado, por la postura que adopté al sonar la voz de “¡Fuego!” Los tiros me atravesaron la tetilla y el brazo izquierdos. Para mí la herida fue sabrosa, pues al salirme la sangre a borbotones se me alivió la presión que las ataduras de los brazos me hacían. Yo no me acordé ni de bajar santos del cielo ni de nada. De mi madre sí me acordé. Pero más que todo, no sé por qué, aún allí y en aquella situación, yo sentía que iba a salir de aquel lío, que no me iba a morir allí. De todas maneras caí, pataleando, por la fuerza de los impactos. El ruso no cayó, aunque fue herido también, en el pecho o en un hombro. Cuando unos policías del pelotón llegaron a ayudarme a incorporar, ya yo estaba otra vez de pie.

– “Putá –les dije– así no vamos a terminar nunca”.

No sé de dónde me salía aquella serenidad, aquel sentimiento de invulnerabilidad. Vino otra descarga. Aquí sí me dieron bien. Sentí varios golpes en el cuerpo y un como timbrazo, un como golpe eléctrico en toda la cabeza. Después vi una luz intensa y perdí el sentido. Al despertar estaba de bruces, manando sangre de la cabeza. Mi pensamiento estaba claro. El cuerpo del ruso estaba sobre el mío y todavía goteaba sangre caliente. Cerré los ojos e hice lo posible por respirar sin ruido, aunque me salía sangre por la nariz. .Oí que el camión calentaba el motor, pero lo peor vino cuando pude oír que el bandido del Capitán Alvarenga ordenaba que le dieran el tiro de gracia a cualquier cuerpo que diera señales de vida. A Bonilla y a Bondanza los encontraron todavía vivos. Oí la voz de Bondanza que decía:

–“Mátennos de una vez, hijos de puta, con un chorro de tiros”.

Bonilla gritó:

–“Viva la Internacional Comunista, Viva el Partido Comunista Salvadoreño. Viva la Unión Soviética, Viva el camarada Stalin, Muera el General Martínez!”

Y Bondanza contestaba. A mí me dieron ganas de contestar también, pero me contuve. Los policías los insultaron y les dispararon repetidas veces. Luego llegaron hasta donde yo estaba tendido. Levantaron el cuerpo del ruso, que no dio señales de vida. Un policía me iba a tirar a mí, oí cómo el cerrojo del fusil cortó el cartucho, pero el otro le dijo:

–“Eso es gastar pólvora en zopes ¿no ves que tiene los sesos de fuera? Lo que podemos ver es si tiene dinero.”

Al ruso, después me di cuenta, un balazo en la frente le había abierto la cabeza y le había saltado los sesos y parte de la masa de sus sesos me cayó a mí en la cabeza y parecía que eran mis sesos salidos por las heridas sesgadas que tenía en ambas sienes. Me rompieron el pantalón buscando pisto. Yo sólo tenía ochenta centavos que era lo que me había quedado después de que mandé al traidor Escobar a comprar guaro. El capitán Alvarenga ordenó que le cortaran las pitas de amarre a todos los cadáveres, para que los enterradores los pudieran arrastrar mejor a la fosa al día siguiente. Entonces fue que machetearon todo el cadáver de Granillo. Luego siguieron cortando los amarres a puros machetazos. Me hirieron seriamente en los dedos y en el brazo que de todas maneras ya tenía muerto por las heridas de la fusilada. Entonces se fueron por fin. Para mí habían pasado los siglos y había vuelto a nacer. Cuando oí el camión bastante lejos, me incorporé dificultosamente y fui a ver si no había algún otro camarada vivo como yo. Todos estaban bien muertos. Me llevé el sombrero café, nuevecito, de Serafín G. Martínez, porque nunca me he acostumbrado a andar sin sombrero.

A duras penas y con la sensación de estar naciendo de nuevo, comencé a alejarme del lugar. Atravesé con sumo cuidado una milpa, tratando de no alarmar demasiado a un perrito que ladraba por ahí. Llegué a una línea férrea. La cabeza comenzó a darme vueltas. Cuando acumulaba fuerzas para poder subir al terraplén, se oyó venir un tren y yo me tiré de cabeza entre la milpa, felizmente crecida y llena de breñales. La luz del tren era sin embargo muy intensa y por las dudas me metí en una zanja lodosa que había cero de allí. No

me arrepentí, a pesar de que todos estos movimientos me hacían doler tremendamente las heridas, sobre todo las de las manos y los brazos. En realidad ni sabía cuántas heridas tenía encima. Y digo que no me arrepentí porque desde el hoyo alcancé a ver con claridad contra el cielo las siluetas de los soldados que hasta encima de la locomotora venían, en actitud de alerta, fusil en mano. Se trataba sin duda de contingentes que llegaban de Oriente para reforzar la represión en la capital y en Occidente. Cuando el tren desapareció en la oscuridad seguí mi camino sigiloso. Me preocupaba sobre todo lo de las famosas patrullas de vigilancia que se suponía infestaban aquella zona, de acuerdo con lo dicho por los Guardias Nacionales de Soyapango que nos quisieron “beber la sangre”. Siempre caminando por el monte fui rumbeando hasta las faldas del cerro de San Jacinto. En el recodo de una quebrada, sin embargo, me topé cara a cara y de repente con un grupo de hombres que estaban como descansando o acechando, y que al sentir mis pasos se incorporaron apresuradamente. Se me fue el alma al fondillo. Me quedé parado en la oscuridad, pensando que había caído en la boca del lobo nuevamente, pero al ver que ellos no avanzaban contra mí, ni decían nada, me alejé unos pasos y corrí luego en dirección contraria. Después de correr unos metros sentí el vacío bajo los pies: caí en una zanja. Por la debilidad que me causaba la abundante pérdida de sangre, me fue muy difícil salir, a pesar de que no era una zanja muy honda. Yo tenía miedo que al detenerme o caerme, la sangre que botaba se empozara y quedara como huella. Silenciosamente di un nuevo rodeo y así pude llegar a un filón del Cerro de San Jacinto que nacía allí. Cuando comenzaba a trepar, me salió un perro ladrando: pude distinguir que muy cerca había un ranchito. Con la bulla del perro salieron del rancho hombres armados con escopetas y por supuesto yo pensé que eran patrulleros o guardias. No había ni cómo esconderse, de manera que les grité que no me fueran a matar. Ellos dijeron que me acercara y así lo hice, explicándoles mientras tanto que yo era un enfermo de Cojutepeque que me dirigía al Hospital Rosales para curarme, pero que al pasar por la carretera a Soyapango encontré que estaban fusilando a unos hombres y que los policías al verme me habían disparado, acertándome e hiriéndome, y que por puro milagro había logrado escapar. Yo estaba hecho una lástima, cubierto de sangre, lodo, polvo y hojas. Uno de los hombres fue al interior del rancho y trajo un candil de gas para alumbrar y cuando la luz me dio, todos se asombraron. Uno dijo:

–“Compañeros, es el camarada Mármol a quien tenemos aquí”.

Entonces fueron saliendo de entre los arbustos y de atrás del ranchito otros muchos hombres, unos con escopeta, otros con machete. Eran unos cuarenta compañeros los que se reunieron a mi alrededor. Me preguntaron cómo me sentía, si creía vivir o no. Yo les dije que estando en manos de ellos, viviría. Pero que era mejor que nos fuéramos de ese lugar porque toda la zona era peligrosa para un grupo tan grande y tan mal armado. Partimos sin que se especificara el rumbo y el destino. Mientras caminábamos, aquellos compañeros discutían entre sí, reprochándose y reprochando a un camarada por haberles quitado el impulso de ir a asaltar a los pelotones de fusilamiento y salvar así la vida de quién sabe cuántos camaradas. Sobre todo se enojaban cuando yo les decía que los policías del pelotón que nos había fusilado estaban más miedosos que sus víctimas. Cuando nos alejamos suficiente-mente monte adentro me hice cargo de la situación operativa de aquellos compañeros: no era conveniente que se alejaran mucho de la zona pues en ella estaban sus casas y sus familias pero tampoco era posible permanecer unidos y tan mal armados, pues hacíamos mucho bulito. Un grupo armado y disciplinado, mucho menor que el nuestro, nos podría despedazar. Opté por recomendar a los compañeros que se dispersaran en grupos pequeños, de cuatro o cinco y que si eran sorprendidos por patrullas o destacamentos militares, que dijeran simplemente que velaban por el orden en las cercanías de sus viviendas. Propuse que me dejaran descansar cerca de un rancho abandonado y que me recogieran al amanecer. Me oculté bien, entre una frondosa guía de tarro que colgaba de un guachipilín. Había muchos perros en los alrededores y los ladridos no me dejaban dormir, fuera de que las heridas me dolían muchísimo. Al amanecer regresaron algunos de los camaradas con sus mujeres, trayéndome tortillas y huevos. Yo les dije que lo que más necesitaba era refugio para reponerme y ellos dijeron que lo mejor sería ocultarme en una quebrada cercana, llamada “El Guaje”, profunda y encerrada. Yo estuve de acuerdo y para allá fuimos. Me descolgaron quebrada abajo con unos bejucos y dos camaradas que descendieron conmigo me prepararon un sitio para dormir. La quebrada estaba en tierras propiedad de la familia Meléndez y eran tierras cañeras, azucareras. Cuando desperté eran como las cuatro de la tarde y los camaradas me limpiaban las heridas con agua de cogollos de chichipince. Enterraron mi camiseta ensangrentada y me ayudaron a ponerme la camisa, que no se me había manchado casi nada porque siempre la tuve amarrada a un brazo, el brazo sano. Era una camisa kaki, fuerte, que por cierto me había comprado en Hamburgo. Así comencé a convalecer, gracias al amoroso cuidado de aquellos

compañeros campesinos, la flor del pueblo. Comenzaron a llegarme noticias, pese a que la zona estaba supervigilada por el enemigo. Supe que mi familia ya había sido avisada de que yo vivía, pero no lo creían. Lo que sí había sido cierto es que el día siguiente del fusilamiento llegó el Juez de Soyapango, Maximiliano Rodríguez, a levantar un acta antes de que enterraran los cadáveres de mis camaradas y anotó que sólo había diecisiete cadáveres y que el de Miguelito Mármol no estaba. Mis hermanas habían sido advertidas de que por las dudas de que yo hubiera huido y estuviera vivo, lloraran sobre cualquier cadáver. Así lo hicieron. Pero llegó mi papá y al ver que mi cadáver no estaba, gracias a Dios en voz alta y los policías que iban resguardando al Juez lo querían fusilar allí mismo. La gente que había llegado al lugar a reconocer a sus deudos, lo salvó con sus protestas. También supe que se habían librado nuevas órdenes de captura contra mí. Me describían con un ojo de menos y desfigurado por terribles heridas en el rostro. Lo más tremendo para mí en aquellos días eran las descargas cerradas que se oían al anochecer: vidas de camaradas y personas inocentes que no iban a tener mi suerte. Nosotros habíamos sido solamente algunos de los primeros fusilados. Los asesinatos continuaban en gran escala. A los pocos días de estar en la quebrada, me llegaron a avisar urgentemente que más o menos 20 parejas de Guardias Nacionales y 4 patrullas militares, o sea, más de cien hombres en total, se acercaban a nuestro escondite buscándome y que seguramente habían encontrado algunos rastros porque venían ametrallando las barracas y las cuevas. Inmediatamente organizamos la fuga. Nos costó un mundo salir de la barranca a causa de mi debilidad, pero al fin lo logramos. Subimos rumbo a la cumbre del cerro de San Jacinto, caminando todo el día. A tiempo nos fuimos porque de cuando en cuando escuchábamos descargas cerradas de fusilería y traqueteo de ametralladoras a nuestras espaldas, allá abajo. Ya entrada la noche encontramos un hogar de campesinos acomodados, pequeños propietarios. Los camaradas explicaron nuestra situación, pero el jefe de familia, que estaba felizmente solo en la casa, nos echó al carajo. Los camaradas no tuvieron más remedio que obligarlo a colaborar, pero como el hombre diera muestras de estar sumamente encolerizado, decidimos atarlo a un árbol, por las dudas. Descansé en su cama y comí de sus sandías y guineos. No sé cómo, el tipo logró soltarse y tratar de huir montado en pelo en su caballo. Los camaradas lograron atajarlo a tiempo. Pero yo manifesté que lo mejor era irnos de allí y así lo hicimos, luego de amonestar al campesino y decirle que si nos denunciaba se iba a ver en graves problemas con nuestros compañeros de los alrededores. Era difícil descansar en el monte pues había

demasiadas plagas de insectos en el lugar: entre hormigas, mosquitos y avispas, el sueño era imposible. Además, los aviones de reconocimiento sobrevolaban a toda hora y el tiroteo no terminaba de atormentarnos. Desde la altura del cerro mirábamos de cuando en cuando el campo de aviación y nos dábamos cuenta cómo se turnaban los aviones en la vigilancia. Mi debilidad era extrema y me desmayaba a cada rato. Pero así permanecimos ocultos en el monte, comiendo sólo fruta verde y raíces tiernas, unos cuantos días. Hasta que yo decidí regresar a la ciudad, a San Salvador, arriesgándome por obtener una curación decente de mis heridas que empeoraban día a día. Los camaradas no querían dejarme ir solo y yo no quería que ellos se arriesgaran por mí. Por fin llegamos a un acuerdo. Acepté que me acompañaran cuatro de ellos y a los demás les recomendé que se mantuvieran enmontados unas semanas más, mientras pasaba lo peor de la refriega, ya que la mayor seguridad consistía en permanecer en contacto pero clandestinamente. Luego podrían ir poco a poco, de acuerdo con las noticias, buscando el rumbo de sus hogares o de un sitio de trabajo permanente. Conservando el contacto mutuo, esta era mi mayor recomendación, para no romper la cadena. En horas de la noche cogimos cerro abajo para tratar de entrar a la ciudad por el lado de la Chacra. Al llegar a ese lugar, nos encontramos con que el mismo estaba sumamente vigilado. Cerca de cincuenta soldados estaban acantonados allí y ello se debía a que prestaban protección a las bombas de agua que alimentaban la capital. Tuvimos que dar un rodeo, atravesando el río: los camaradas me hicieron pasar en silla de mano. De la ciudad llegaban a nuestros oídos los estallidos de los disparos de fusil; operaba todavía con máximo rigor la Ley Marcial. Decidí que los camaradas volvieran desde allí a sus hogares o a sus refugios y yo entré solo a la ciudad. Sobre mis hombros llevaba una frazada, el último regalo de la fraternidad revolucionaria de mis salvadores. Por cierto que yo entré a San Salvador sin pensar en el desenlace trágico que para ellos tendría aquella operación. Los cuatro compañeros se ocultaron esperando un momento propicio para atravesar de nuevo el río. Lo hicieron cuando lo consideraron prudente pero en la mitad del vadeo fueron sorprendidos por una patrulla militar. Mataron a dos camaradas. Uno escapó. Y el cuarto fue hecho prisionero, herido. Antes de que lo asesinaran en la policía, dijo:

–“Mátenme, no importa, ya salvamos a quien queríamos salvar”.

Tuve mucha suerte, pues al nomás ir subiendo la cuesta de La Chacra, me crucé con una comisión de policías judiciales armados. Yo bajé la cabeza y puje un “buenas noches” y ellos me dijeron adiós y pasaron de largo. Al parecer me confundieron con algún conocido pues estaba mortalmente prohibido a los civiles transitar en aquellas horas de la noche y todos los individuos de autoridad disparaban contra todo lo que se moviera si no contestaba las voces de alto. En ocasiones ni siquiera las voces daban y de una vez dejaban ir los plomazos. Hasta perros y gatos amanecían muertos por culpa de la Ley Marcial. Tan es así que toda una generación de borrachitos noctámbulos de San Salvador desapareció en menos de una semana bajo el fuego de los retenes y los resguardos. Entre ellos recuerdo al famoso Chumbulún, vecino de La Tiendona, bolito patero, a veces muy simpático y a veces muy malcriado, que amaneció serenado una mañana de aquellas. Asimismo pasé frente a un retén del Ejército que tenía instaladas sus ametralladoras frente a la *Cervecería Polar* y los soldados me vieron y alguno hasta me saludó con la mano. Seguro que me estaban confundiendo con algún amigo de la zona, un amigo de policías y soldados. Desde lejos vi que en la estación de Oriente había una gran cantidad de Guardias Nacionales instalando ametralladoras de trípode, de esas que nombran “patas de gallina”. Di un rodeo y eludí también la estación de Occidente, llena de policías de línea. Llegué a la 24 Avenida Norte, esa calle donde en la actualidad sólo putas y perdición hay: a cada rato me tenía que meter en los zaguanes o en los predios baldíos, para evitar que me vieran las patrullas motorizadas que zumbaban para arriba y para abajo. Ni un alma transitaba en la calle en aquellas horas siniestras. Yo sentía el alma en un hilo por el cansancio, la debilidad, el entumecimiento que me causaban las heridas aún abiertas y medio infectadas, y, por qué no decirlo, el miedo tremendo. Llegué hasta el mesón donde estaba viviendo mi mujer con mi hermana, pero en la pieza que ocupaban no había nadie y estaba cerrada por fuera con candado: pensé que habían huido de allí en busca de un refugio más seguro. A pesar de saber que en la vecindad vivía un policía a quien le decían don Amado, me quedé en un rincón del patio, para esperar que con el amanecer alguna persona conocida o amiga diera señales de vida. Hice muy bien porque lo que había pasado era que mi hermana se había cambiado para otra pieza del mismo mesón y cuando amaneció salieron ella y mi compañera para comprar comida y entonces me les hice presente. Se llevaron un susto bárbaro, pues lo último que esperaban era que yo me atreviera a volver allí. Llorando, me dijeron que efectivamente tenían noticias de que yo vivía, pero que no sabían

si creerlas o no y que inclusive, por aquello de las dudas, me habían hecho un altar en la habitación, donde me estaban rezando el novenario por el descanso de mi alma. Yo las calmé, después de dejarlas llorar un rato para que se desahogaran, y luego les dije que no era prudente dar a pensar que yo estaba vivo y que por lo tanto había que continuar y hasta prolongar los rezos. Detrás del altar, que tenía unos cortinajes que les había prestado un amigo sacristán, me improvisaron un lecho para descansar y allí me quedé incluso cuando llegaron los vecinos a rezarme. Como mis heridas despedían un fuerte mal olor, yo había aconsejado a mi hermana que dijera que el mismo se debía a que había regado veneno para las ratas y que seguramente alguna rata se había muerto y se estaba descomponiendo entre las paredes. El rezo me divirtió muchísimo, pues los vecinos, amigos y conocidos hacían muchos recuerdos de mí, de momentos tristes y alegres. Pero mi hermana, por la aflicción de que algo fuera a revelar mi presencia, le metía a las oraciones una gran velocidad a fin de que la gente se fuera rápido. Desde las seis de la tarde, hora en que por la Ley Marcial comenzaba la prohibición de transitar por las calles o salir de las casas, no teníamos que preocuparnos por la indiscreción de los vecinos, pero, de todos modos el lugar era peligroso para mí ya que todo el mundo sabía que allí vivía mi hermana y mi mujer y en cualquier momento podría llegar la policía y sorprenderme. Una amarga noticia llegó días después a terminarme de fregar la vida, al grado que casi me olvidé de mi penoso estado y de mis propios dolores: había trascendido a conocimiento público que Farabundo Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata habían sido condenados a muerte por un tribunal militar y que el tirano Martínez les había negado el indulto. También llegó a mis oídos que en Izalco había sido colgado el gran líder indígena Feliciano Ama y que en Sonsonate habían fusilado sin juicio a mi camarada Francisco Sánchez. Casi inmediatamente después se confirmaron estas noticias por la prensa. Los detalles de la muerte de Martí, Luna y Zapata, me hicieron pedazos el corazón de comunista. Murieron como vivieron: fieles a sus convicciones, al Partido y al pueblo. Los periódicos decían que Martí había rehusado defenderse ante el Tribunal Militar porque no se quería acoger a las leyes contra las que luchó toda su vida, que se negó a confesarse con un cura católico y que antes de morir había aclarado que consideraba al General Sandino el mayor patriota del mundo. Sobre esto se ha escrito ya en nuestro país y no creo que yo deba abundar. En todo caso, más adelante volveré a referirme a estas muertes heroicas, dolorosísimas y llenas de enseñanzas. Abrumado por el dolor de las noticias y por el empeoramiento del estado de mis heridas, urgí a mi hermana

para que controlara a un operario mío que no se había metido en ninguna actividad política ni sindical y que no estaba fichado, llamado Pedro Martínez, persona honesta y de mi completa confianza. Pedro solía pasar rumbo a su casa por las inmediaciones de nuestra pieza y muy rápidamente lo localizamos. Logré vencer sus temores y sus resistencias, totalmente lógicas en tan peligrosos momentos, e hice que alquilara una pieza para mí en el Barrio de San Sebastián. Felizmente mi hermana y mi mujer conservaban algunos ahorros. Pedro cumplió su misión y aceptó acompañarme hasta la nueva pieza. Mi mujer y mi hermana me hicieron la última limpieza de mis heridas con agua oxigenada y alcohol y me desearon suerte. A la dueña de la pieza le dijimos que yo había sufrido una caída por andar de borracho y que estaba convaleciendo después de salir del Hospital. Pedro me dejó en la habitación, en el puro suelo, y quedó de volver con una cama de lona. Pero no volvió más: de la impresión que tuvo por acompañarme en aquellas condiciones le vino una fiebre nerviosa que no le permitió dar paso. Después de pasar la primera noche encerrado y sin poder dormir (a esas alturas ya yo también tenía una fiebre bárbara por las heridas), llegué a verme la dueña de la pieza y de buenas a primeras me dijo:

–Ud. no tiene golpes de borracho y yo sé que la historia que me contó su hermana es una mentira: Ud. tiene heridas de balazos y está infectado a juzgar por el tufo. Yo le puedo salvar, porque soy enfermera graduada, pero me tiene que decir la verdad de lo que le ha pasado, porque, si no lo entregaré a las autoridades”.

Yo la vi fijo a la cara y le pregunté:

–“¿Cree Ud. en Dios?”

–“Sí –me dijo ella”.

–“Entonces –continué yo– por respeto a su Dios le voy a decir la verdad. A mí me escaparon a matar los del Gobierno porque me calumniaron mis enemigos acusándome de comunista. Me llamo Miguel Mármol, soy un hombre honrado, obrero zapatero, y he luchado por los derechos de mis hermanos, los pobres”.

Ella se tranquilizó y me dijo que qué casualidad, que ella había estado en el velorio de mi mamá y que ahí había oído hablar de mí aunque no me había visto en ningún momento, pero que ella creía que yo estaba fuera del país, en Rusia.

–“Bueno –agregó– que le valga el santo de su nombre. Ahora ya estoy comprometida y le voy a ayudar. Lo voy a curar y lo voy a restablecer”.

Yo tosía mucho por la sangre que me fluía de la nariz a la garganta con cualquier movimiento que hacía y ella comenzó por pedirme que tratara de dominar la tos, ya que el vecindario no era de confianza. En las otras piezas de la casa vivían, entre otras personas, un tío de la buena señora que era ordenanza en Casa Presidencial (lo cual, según ella, era una garantía y un peligró) y un músico de la Orquesta de los Supremos Poderes

–“es bueno –dijo ella– pero siempre anda muerto de hambre y por pisto lo puede vender”.

– “Además –me dijo– aquí viene mucho la esposa del General Mauro Espínola Castro”.

Yo le di la dirección de mi hermana para que allá le dieran dinero para las medicinas que yo necesitaba, pero con la prohibición absoluta de que ellas me visitaran. La señora de la casa, que se llamaba Lucía, me salvó la vida. Cierto es que no quiero ni acordarme de las curaciones que me hacía en el pecho desgarrado y putrefacto, a base de tintura de yodo y alcohol, pero la verdad es que tuvo conmigo mano de santa. Bien pronto me cicatrizaron los surcos más graves y estuve en condiciones de hacer ejercicios para desentumir los músculos y las articulaciones lesionados. La señora Lucía me contó una vez que en una casita cercana de la nuestra se encontraba refugiado otro comunista herido y que ella lo estaba atendiendo también. Este camarada se repuso antes que yo y se fue para otro refugio. Nunca supe de quién se trataba, sólo que también había llegado como yo, alquilando pieza, cruzado a balazos y hediondo a carne podrida. En aquel plan de convalecencia estuve más de cuatro meses. Y desde entonces bendigo a aquella señora tan buena y espero que si Dios existe también la habrá bendecido por aquella caridad revolucionaria. Y lo digo yo, que soy comunista y no creo en Dios. Y eso vale más que si lo dijera un cura.

VII

**TRASLADO A LA ZONA ORIENTAL
PARA HUIR DE LA REPRESIÓN**

Primeros contactos con fines de reorganización partidaria. Las reuniones de Usulután. Primer análisis del por qué de la insurrección y la derrota. Los hechos de la insurrección. La barbarie represiva del Gobierno. Análisis de la “leyenda negra” anticomunista en El Salvador. Análisis militar de la insurrección y su fracaso.

Cuando ya estuve en condiciones físicas de reintegrarme a una vida de actividad, la señora Lucía me propuso un trabajo como administrador en una finquita en los alrededores de Santa Tecla, pero yo no acepté porque en esa zona era bastante conocido y de nada me habría servido usar un nombre falso, documentos falsos, etc. Por otro lado, entre abril y mayo, hubo fuertes temblores de tierra en Zacatecoluca y se decía que en aquella zona se encontraba trabajo con facilidad a causa de la reconstrucción y de que la mano de obra había huido hacia otras zonas. No sé por qué en El Salvador los grandes problemas políticos siempre suceden a la par de los terremotos, inundaciones y otras catástrofes. Pero tampoco decidí irme para Zacatecoluca. Un paisano de Soyapango, el compañero Toño, logró establecer contacto conmigo y me aconsejó salir de San Salvador cuanto antes e instalarme en algún pueblo de Oriente, zona donde la represión no había profundizado tanto. Me acuerdo que se ofreció para irse a “rodar tierra” conmigo, hasta hallar una ubicación conveniente y segura. Mis hermanas y otros familiares hicieron una colecta para que yo pudiera irme a Oriente o, mejor, a Honduras. Yo recuperaba fuerzas día tras día, pero mi aspecto juvenil había quedado deteriorado: estaba flaco y amarillo, como un ticuriche, es decir, como un tuberculoso. Decidí salir de San Salvador rumbo al Oriente del país. Al fin y al cabo allí en San Salvador no estaba haciendo nada y la represión no me permitía ni pensar en buscar contacto con el Partido, si es que quedaba alguien del Partido. Fui a ver a mis hijos antes de partir, para despedirme debidamente. Sabía que en aquellos días yo tenía la vida vendida. En realidad, ahora que estoy viejo, me doy cuenta de que la mayor parte de mi vida la pasé con la vida vendida pero aquellos días del 32 fueron los peores, sin duda. Me reuní con mi mujer y mis hijos en casa de mis hermanas y como llegaron otras amistades cercanas, por primera vez pude oír comentarios populares

acerca de los acontecimientos que habían caído en las espaldas del pueblo salvadoreño desde enero. Según aquellos informantes, ninguno de los cuales era comunista, todo el mundo era unánime en condenar las barbaridades del Gobierno, pero nadie tenía una idea exacta de lo que había pasado. Se decía, eso sí, que había miles y miles de muertos en todo el país y estaba claro que quien los había matado había sido el Gobierno y no los comunistas, y no los trabajadores acusados de bandidos y asesinos. La prensa diaria vomitaba veneno sobre la supuesta barbarie roja y las iglesias y los púlpitos eran tribunas de agitación en la que se pedía la cabeza de los demonios comunistas sobrevivientes. Sin embargo el pueblo no se engañaba del todo, aunque el terror había causado el efecto de silenciar toda protesta, toda investigación. De los camaradas por los que yo preguntaba, figuras públicas, conocidas, del Partido, nadie sabía nada. Se les daba por muertos o por desaparecidos, huidos a otros países, presos, etc. Según decían algunos, no había presos comunistas: comunista capturado había sido comunista muerto. Posteriormente comprobamos que sí hubo muchos presos que permanecieron años y años en las cárceles martinistas. Algunos murieron en ellas, otros lograron sobrevivir. El impacto de la muerte de Martí, Luna y Zapata era palpable entre la gente del pueblo. Varias leyendas circulaban ya cerca de la actitud que los tres tuvieron durante el juicio militar y frente al paredón. El Partido lograría al cabo de muchos años la versión exacta de esas muertes por medio de Jacinto Castellanos Rivas que acompañó a Martí en la capilla ardiente, toda la última noche, y que estuvo con él hasta el último momento. Por cierto que Martí le pidió a Castellanos que lo acompañara en todo el trance aquel y al despedirse para ir al paredón, le dijo: “Jacinto, vos vas a ser de los nuestros algún día”.

Y así fue. Los únicos beneficiados de la situación, a primera vista, claro, eran los miembros de la Guardia Nacional, cuerpo que se había destacado como ningún otro en la represión, el asesinato, las violaciones, etc. Los Guardias recibieron de inmediato dádivas y prebendas del régimen. Comenzaron a mostrar dientes de oro, leontinas que desentonaban sobre el uniforme, anillos, relojes finos, etc. y comenzaron a tener plata para ponerles cuarto a sus queridas, vestir bien a sus hijos y salir a pasear los domingos bien trajeados, como honorables ciudadanos de la clase media con la pistola entre la camisa y la nalga. Cuando pude reunirme con mi familia pues, fue para mí muy interesante recibir toda aquella información de amigos y parientes. La reunión sin embargo tomó un giro que yo no esperaba. Al ver el amor y los llantos con que me recibieron mis hijos y mi mujer, e impresionado por sus

ruegos y su insistencia, yo acepté que me acompañaran en la huida. Correríamos juntos todos los riesgos y si nos capturaban nos capturarían a todos y la pasaríamos igual. Así lo hicimos. Llegamos a Zacatecoluca a pie y allí nos confundimos con los damnificados del terremoto, que eran un montón. Pero la situación en la zona era más grave de lo que pensábamos: había verdadera hambre y nada de trabajo. El panorama era el mismo que se vio y que se verá en derredor de todos los terremotos que han ocurrido u ocurrirán en el país en el seno del injusto sistema capitalista: la gente pobre hecha una miseria, durmiendo en las calles, enfermos y hambrientos; amenazados y amenazando con la peste; los comerciantes haciendo su agosto, pescando en río revuelto; y los ricos muy bien, en sus buenas casas que nunca se caen con los terremotos, asistiendo a los oficios religiosos a dar su queja a Dios porque no nos mató de una vez a todos. Ahí estuvimos un día y una noche y luego tomamos el tren para Usulután. La Guardia se encargaba de arrojar del tren, a culatazos o a planazos de machete a los damnificados que querían irse hacia cualquier parte sin tener con qué pagar el pasaje.

Nosotros por suerte pudimos pagar con los pocos pesos que habían recogido nuestros familiares y amigos. Pero en Usulután la situación, aún sin terremoto, era tan trágica como en Zacatecoluca. La falta de trabajo era tal, que muy pronto nos vimos obligados a plantear de nuevo la separación de la familia. Envié a mi mujer y mis hijos para San Salvador antes de que se agotara la plata de los pasajes. Y yo me quedé a fajarme con el hambre en Usulután. Ir más al Oriente era inútil, la situación seguiría siendo la misma: pobres hambrientos y nada de trabajo. Mi ánimo, al quedarme solo, se volvió una basura y hubo momentos en que pensé buscar un árbol floreado para ahorcarme y terminar de una vez por todas con tanta desgracia y tanto sobresalto. Todo el peso de la derrota del pueblo me caía encima como una montaña. Eso que dicen los pequeño-burgueses que el mal de muchos consuela a los tontos es una cortina de humo. Porque yo me considero bien tonto y la verdad es que siempre me acabó de amolar la desgracia de los demás. Entre gente alegre, yo nunca podría estar triste. Pero en aquel cementerio de pobres que era El Salvador en 1932 estuve a punto de morirme de flato.

Después que mi familia se fue, me quedé viviendo en el alero de una casa en ruinas, que por un colón cincuenta centavos me alquiló una señora llamada Simona García. En realidad aquellas ruinas sólo me servían para defenderme un poco del sol durante el día, ya que de noche se metía la lluvia y el frío. El hambre era sin embargo la peor enemiga. La poca comida que había en

Usulután estaba por las nubes. Yo me levantaba temprano y comenzaba a recorrer los barrios de la ciudad en busca de trabajo, pero como siempre fracasaba, tenía que salir al monte a buscar comida. Varios días me los pasé comiendo salteado y solamente sopas de hojas de chipilín y plátanos sazones que lograba robar de las fincas cercanas.

Un día, desesperado por el hambre, decidí arriesgarme yendo a buscar trabajo en el centro mismo de la ciudad. Al pasar frente a una casa en construcción, me topé de pronto con un camarada del Partido, el camarada Antonio Palacios, que repellaba una pared subido en una escalera. Cuando me vio, por poco se cae de la escalera, del susto, ya que me consideraban bien muerto y bien enterrado. Nos abrazamos emocionadamente. Palacios me dijo que él terminaba la mitad de su jornada a las doce del día y me invitó a que nos reuniéramos entonces para comer. Efectivamente, a las doce en punto fui a buscarlo para que me llevara a almorzar. El trabajaba para la familia del Dr. Córdoba y me llevó a comer a la cocina de la casa. A mí se me aguaba la boca sólo de pensar en la forrada que me iba a meter. Comenzando a comer estábamos cuando apareció la dueña de la casa y al verme y no reconocerme se enojó mucho y regañó a Palacios, diciéndole en mi mera cara que nadie lo había autorizado para llevar vagos a comer a aquella casa. Con gran sentimiento tuve que irme, dejando un buen pedazo de carne de tunco, de cuyo olor todavía me acuerdo. A Palacios se le caía la cara de vergüenza, pero yo le dije que no se preocupara, que a estas y a otras humillaciones deberíamos acostumbrarnos porque éramos nada más que los representantes del proletariado derrotado y que la burguesía, además, es cruel siempre, incluso sin saber que a quien ofende es precisamente un comunista. Para la burguesía es bastante saber que somos pobres para insultarnos y jodernos.

–“No hay que dejar que se olviden estas cosas” –decía Palacios, casi llorando.

Yo me fui y no volví a buscarlo. ¿Para qué? Lo único que iba a conseguir iba ser apenarlo. De tal manera que seguí comiendo hojas de chipilín, desayuno, almuerzo y cena. Un día decidí invertir mis últimos 18 centavos en una buena platada de arroz y frijoles en el mercado de la ciudad. Efectivamente, fui y comí. Pero al bolsearme para pagar, habían desaparecido mis centavitos por un agujero del bolsillo.

Pasé una gran vergüenza, pero felizmente la mujer del comedorcito me dijo que no me preocupara, que le pagara después, cuando pudiera. Al día siguiente volví al monte, a buscar comida. Pero las matas de plátano estaban ya que ni señas porque habían cortado hasta los últimos racimos, y el árbol de chipilín que me surtía de hojas había terminado por quedarse pelón.

Evidentemente no era yo el único que tenía necesidad de hacer uso de aquellos minas de comida gratuita. Me pasé entonces cuatro días sin comer, sólo bebiendo agua. El cuarto día de vigilia me encontré en el monte con un muchacho que había cortado unos cocos y le pedí que me regalara uno, que estaba muriéndome de hambre. Me resultó bravo y me mandó al carajo, diciéndome que si quería cocos que me subiera al palo. Yo no tenía fuerzas ni para responder al insulto, menos para subirme a un palo de coco. Para invertir el tiempo en algo útil y para olvidar un poco el hambre decidí ir a lavar mi ropa a un río cercano. Lavando mis mugrosos pantalones con pura agua y bejucos encontré en uno de los ruedos un objeto redondo: una moneda de a centavo. Con ella le compré tres tortillas a una muchachita que hacía su venta entre las lavanderas. De tal manera que regresé del río con ropa limpia y tres tortillas, muy contento. En el camino me encontré con una casa en cuya puerta estaba una mujer que me miró fijamente.

–“¿Para dónde va –me preguntó– con esas tortillas?”

–“A comérmelas –le dije– pero no tengo sal”.

–“Pase a mi casa – me dijo– cómaselas aquí tranquilo, le voy a dar la sal”.

Así lo hice y me senté a su mesa, pero ella no me dio sólo la sal sino una comida completa: arroz y frijoles, plátanos fritos, huevos y café. Cuando terminé de comer me dijo que yo la había conmovido porque me parecía mucho a su hermano menor.

–“Lo vi igual que mi hermanito y pensé que a lo mejor así estaría sufriendo él del hambre, porque se fue hace meses a Honduras en busca de trabajo”.

Me dijo que fuera a comer a su casa cuando quisiera y que ella me iba a buscar trabajo. Se llamaba doña Úrsula Meléndez y estaba casada con un señor de apellido Galea.

–“Mi marido también es de buen corazón –me dijo”.

Yo me fui bien sustento, pero decidí no volver para no molestar a una familia que también era pobre, pero como mi casa en ruinas estaba cerca de allí, los hijos de la señora me localizaron y en las horas de comida llegaban a decirme que mandaba a avisar su mamá que ya estaba servida la mesa. El señor Galea y la señora Úrsula me dijeron que me trasladara a vivir a su casa, que mi casa se iba a derrumbar en cualquier momento y que me iba a aplastar, y que yo podría ayudarlos en algunas tareas domésticas mientras no consiguiera trabajo pagado. Me agregaron que no tuviera pena, que ellos se defendían bien económicamente porque los ayudaban sus hijos grandes que eran Guardias Nacionales en Sonsonate. De manera que acepté quedarme unos días, sólo mientras no encontraba trabajo. La noche que comencé a vivir en casa de mis nuevos amigos fui a oír la Banda Municipal al parque más céntrico de Usulután, porque ya no aguantaba el rigor de la vida y necesitaba distracción. Me situé en un lugar oscuro y retirado, para escuchar la música y meditar en mi suerte. Perdido estaba yo en mis pensamientos y apenas noté que a mi rincón llegó a acuchullarse otro oyente. Hasta que casi me gritó:

–“¡Camarada Mármol!”

Era un compañero del Partido, de cuyo nombre no me acuerdo, que también andaba huyendo por aquella zona. Intercambiamos experiencias y vimos que nuestros panoramas eran casi idénticos: hambre, sobresaltos, terrores, falta de trabajo, etc. El camarada me dijo que él seguiría viaje al día siguiente, hacia San Miguel o La Unión, y me dejó un peso, a manera de recuerdo. Para mí era un capital, no un recuerdo. Al día siguiente fui a pedir trabajo en la zapatería del maestro Humberto Flores, ya que la señora Úrsula había averiguado que a ese taller le había encargado el Regimiento local un buen lote de zapatos para los soldados. Efectivamente, era así y el maestro me dio trabajo. El salario consistiría en dos colones al mes y un papel que me autorizaba para hacer mis tres tiempos diarios en un comedor cercano al taller. ¡Para mí aquello era el despertar a la vida! Comencé a trabajar, aunque aún estaba medio manco, con las manos cuicas y enteleridas. Pero la experiencia de zapatero de la capital, en talleres más desarrollados y modernos, me daba a pesar de todo ciertas ventajas y mi trabajo fue muy bien apreciado. Como sucede siempre en los talleres de zapatería, la conversación entre los operarios se refería siempre a los temas políticos del momento. En esos días el gran escándalo de la prensa, destinado en parte a hacer olvidar la situación nacional, era la feroz guerra del Chaco. Todos comentaban las noticias espeluznantes que publicaba la prensa –como si en el

país no hubiera habido algo igual o peor— y yo, poco a poco, fui introduciendo mis opiniones al respecto. Como los archivos del registro civil de Usulután habían desaparecido en un incendio, yo pasaba como un usuluteco llamado Elías Guevara, que se había ido del pueblo hacía muchos años. Mis opiniones sobre la guerra del Chaco hicieron que los operarios comenzaran a decir que yo era inteligente y versado. Bien pronto la tertulia se amplió con la llegada de los intelectuales progresistas del pueblo, ya que el taller era uno de los pocos lugares en donde se podía hablar de política sin mayor peligro. Entre ellos recuerdo a un señor de apellido Osegueda, al poeta Canelo, etc. Un día se planteó el tema de la esencia de la política. ¿Qué es la política? Yo en realidad era bruto, no tenía la menor prudencia ni aún después de la terrible experiencia por la que había pasado y pronto comencé a dar opiniones de fondo.

—“Hay quienes opinan —les dije— que la política es la economía concentrada”.

—“Ah la puta —dijo el poeta Canelo— este Guevara sabe mucho”.

Un día llegó a buscarme al taller un usuluteco llamado Humberto Portillo, que tenía fama de ser comunista y que había estado preso en San Miguel como uno de los participantes en el movimiento “sotista”, de que ya he hablado. No me halló porque yo había salido a hacer unas compras de cuero con el maestro Flores, pero dijo a los operarios que había tenido conocimiento de mis opiniones y que él estaba de acuerdo con ellas. Después supe que él me había recomendado inclusive con el maestro Flores, diciéndole que yo era digno de aprecio. No me defiendas, compadre, como dicen. Pues el resultado inmediato fue que el maestro comenzó a entrar en sospechas sobre mí y la situación se hizo tensa. Comencé a buscar un nuevo trabajo. Un día me encontré casualmente con un zapatero que había conocido en San Salvador, Nicolás Aguila, que no era de la causa pero sí un magnífico amigo personal. Había instalado un pequeño taller en Usulután y me llevó a trabajar con él. Allí estaría más seguro, pensé yo entonces. Y efectivamente, no me arrepentí del cambio. Después de algunos días de trabajar duro para su taller, Aguila me llevó a su pieza y me convidó a unas cervezas. Luego de dos o tres cervezas, cuidadosamente, como quien ha pensado mucho lo que va a decir, me declaró:

–“Mirá Miguelito, yo sé que vos seguís siendo comunista y que serás comunista hasta el fin de tu vida. Yo no creo en ni mierda. En lo único que creo es que la humanidad es ingrata y estúpida y que no vale la pena sacrificarse por ella. Los hombres son en su gran mayoría unos borregos que sólo buscan llenar la panza. Creo que Uds. los comunistas tienen razón en casi todo lo que dicen y que se necesita ser muy bruto para no darse cuenta de ello. Muy bruto o muy poco cristiano. Pero en este país, Miguelito, la gente es más bruta que yo, y te aseguro que yo soy bien bruto. Y la gente que no es bruta es miedosa y calzones flojos y a los que como Uds. quieren luchar en favor de los pobres siempre se los va a terminar de llevar la legión de putas. Ya ves lo que ha pasado en los últimos meses, la gran matazón. Y creo que no va a ser la última vez. Conmigo no contés para nada en tus trabajos políticos porque yo ya perdí la fe en la vida y me da hasta basca pensar en la política que va a surgir en este país después de tanta mortandad, ya que sólo los sinvergüenzas han quedado vivos y libres para moverse. Lo único que te quiero decir es que aquí en el pueblo hay unos cuantos locos como vos a quienes les encanta esa babosada del comunismo y quieren seguir siendo mártires. Allá ellos y allá vos. Te los voy a presentar, porque yo los conozco de otros tiempos en que tenía ilusiones. Y que sea lo que Dios quiera. Pero eso es lo último que voy a hacer por ustedes. Yo no me quiero meter en nada”.

Yo le respondí a Nicolás que respetaba sus opiniones y deseos, pero que a mí no me engañaba: no se había apagado el fuego de su corazón y la prueba era lo que me estaba proponiendo, pues, aunque fuera en un nivel pequeño, aquel era un acto revolucionario.

“Meditá más profundamente sobre vos mismo –le dije–. Si eres un hombre honrado y comprendés que la razón está del lado de nosotros, más tarde o más temprano vamos a estar en la misma trinchera”.

Y después de darle un abrazo, lo urgí para que me presentara a los otros “locos”, simpatizantes del comunismo en Usulután.

Nicolás Aguila cumplió al centavo con su corazonazo y me puso en contacto con Francisco Blanco Martínez, zapatero, y con los sastres Luis Dávila y Lorenzo N. No me había mentido. Efectivamente eran gente muy dispuesta a comprometerse de verdad. Ligerito luego mostraron su madera de revolu-

cionarios y yo sentí que de nuevo corría sangre por mis venas y que se borraba la neblina de mis ojos, la que me había tenido tan alicaído en los últimos meses. La posibilidad de volver a organizar, a actuar, a luchar, fue como una inyección de vida en mis pobres huesos todavía doloridos hasta el alma. De inmediato fui a contactar a Antonio Palacios, a quien no había visto desde que la vieja de la casa donde él trabajaba me echó con las cajas destempladas. Ambos teníamos experiencia de organización y trabajo político con obreros y campesinos y con los tres nuevos compañeros fundamos una célula que, por nosotros y ante nosotros, pasó a ser la célula central del Partido Comunista en el Departamento de Usulután, con sede en la cabecera departamental y con el propósito de ampliar su influencia hacia las zonas campesinas. Comenzamos a reunirnos para elaborar planes, para localizar a los amigos y a los simpatizantes entre la población, para estudiar la teoría, que aunque la aprendiéramos memorísticamente, nos iluminaba grandes trechos del camino a recorrer. El terreno social, eso sí, era extraordinariamente fértil y la prueba está en que dentro de la primera semana de labor ya hicimos contacto con otros tres compañeros que formaron un círculo de estudio bajo mi dirección, y planes concretos de acercamiento a unas quince personas más, bien escogidas, y eso solamente en el barrio donde estaba situado el taller de Aguila. Nuestra preocupación fundamental era sin embargo lograr contactos y hacer trabajo organizativo con los campesinos y por ello comenzamos a recorrer la zona los fines de semana. En ocasiones salíamos desde el viernes por la noche. Muy rápidamente tejimos nuestra red citadina y rural entre Usulután y Santiago de María. En esta última ciudad tuvimos la suerte de encontrar a la familia Pineda, a los padres y hermanos del muchacho de ese apellido, miembro de la Juventud Comunista, que me invitara a refugiarme en su casa de la Avenida Independencia, casi inmediatamente antes de que me capturaran en enero. A él también lo capturaron y lo fusilaron. Sus padres y hermanos llenaron el vacío que él había dejado en nuestras filas. De nuevo nos vimos rodeados del amor de los campesinos, de su solicitud. Las reuniones en el campo comenzaron a menudear, recuerdo que por las características de aquella zona costera dichas reuniones se acompañaban con unas grandes comilonas de coco. El primer coco era para que nos laváramos las manos con el agua, el segundo coco era para beberle el agua y el tercero para que le comiéramos la carne. Luego podía uno beber el agua y comer la carne de un mismo coco. Ya en agosto teníamos reuniones de finca que atraían hasta a treinta personas en cada ocasión. El sastre Luis Dávila tenía una gran influencia entre la población de aquellos lugares y en

muchas aldeas y pueblos nos apoyamos en él para penetrar. La verdad es que en toda aquella zona no había habido devastación represiva y la población estaba prácticamente intocada. Pero también era verdad que en esa zona el trabajo anterior del Partido y la Regional había sido prácticamente nulo. Para entonces la perspectiva allí era favorable sobre todo porque el enemigo estaba relativamente descuidado. Y el Gobierno de Martínez creía además que había liquidado para siempre la actividad comunista de El Salvador.

Desde el punto de vista del contenido, nuestras primeras reuniones de organización y propaganda se caracterizaron por tratar de examinar críticamente, con los escasos elementos de juicio que se poseían en el pozo clandestino a que habíamos sido reducidos, la justeza de la línea insurreccional, la oportunidad de la insurrección, la forma en que ésta fue llevada a la práctica, los resultados obtenidos y la reacción del enemigo contra las masas, el fracaso militar y la situación nacional después de los sucesos y, finalmente, la perspectiva para las fuerzas revolucionarias bajo las condiciones de terror impuestas por la férrea dictadura martinista. Como resultado de las discusiones llevadas a cabo en aquellas reuniones de Usulután y sus alrededores, elaboramos un informe de unas treinta y cinco páginas titulado “*El por qué de la insurrección y su fracaso*”, una copia del cual se envió posteriormente a México y otra a la URSS. No sé cuál de las copias llegó a su destino porque una cosa cierta es que cuando me volvieron a capturar, en 1934, en la policía me pasaron por las narices una copia de dicho informe. En él se llegaba a la conclusión de que, a fines de 1931 y a principios de 1932 existían las condiciones para plantear a las masas salvadoreñas la toma inmediata del poder mediante la insurrección armada de las clases trabajadoras de la ciudad y del campo con el fin de implantar la revolución democrático-burguesa que mejorara las condiciones socioeconómicas de la clase obrera y propiciara su desarrollo; que entregara la tierra a los campesinos necesitados y que desarrollara la industria de la naciente burguesía nacional, que se vería liberada así de las ataduras imperialistas. De haber habido éxito y de haber tenido el respaldo de la existencia de un campo socialista como el actual, el tipo de revolución a plantear de inmediato habría sido, claro está, la del desarrollo de la economía no capitalista sobre la base de la más profunda reforma agraria, las nacionalizaciones, las paulatinas socializaciones y la liberación nacional antimperialista. Pero para entonces...

Las condiciones que establecieron *la existencia de una verdadera situación revolucionaria* y que reclamaban el planteamiento de la acción por parte del Partido ante las masas (que es un asunto que no se suele examinar entre

nosotros actualmente y que es omitido o disminuido entre otros por el Dr. David Luna en sus análisis, asunto sin lugar a dudas fundamental) eran las siguientes:

1°) La crisis de la economía mundial capitalista iniciada en 1929 llegó a El Salvador y se cebó en las masas con especial crueldad. Los precios internacionales del café se vinieron al suelo. El hambre apareció en todo el país y la desesperación de las masas trabajadoras llegó a un nivel sin precedentes. La burguesía estaba totalmente desconcertada ante la crisis económica y por el nuevo giro político nacional desde el fracaso de Araujo y su caída. La crisis económica planteaba además a la oligarquía salvadoreña, que vio con espanto las movilizaciones de las masas, un momento crucial: su salida de la crisis y las posibilidades de su desarrollo como poder político nacional en las nuevas condiciones del mundo dependían del aplastamiento del movimiento revolucionario popular.

2°) Crisis política nacional. Furia contenida de las masas radicalizadas por el derrocamiento del Gobierno de Araujo, derrocamiento llevado a cabo por una facción civil-militar manejada desde las sombras por el General Martínez a escasos nueve meses de asumir el poder con gran apoyo popular y gran pompa ceremonial. Repudio unánime a los golpistas y al nuevo gobierno.

3°) Repudio internacional al nuevo Gobierno. A un mes y días de asaltar el poder, o sea, cuando se planteó seriamente por nuestra parte la posibilidad insurreccional, el Gobierno de Martínez no tenía el reconocimiento diplomático de ningún gobierno del mundo.

4°) El Salvador era uno de los eslabones más débiles del imperialismo en esta parte del mundo. Aún más: El Salvador era un campo de batalla de varias contradicciones interimperialistas, pero todos los imperialismos eran relativamente débiles con respecto al país. No se podía decir rotundamente que el imperialismo yanqui o el imperialismo inglés tuvieran la sartén salvadoreña por el mango en aquel entonces. Inclusive el General Martínez manifestaba claramente sus simpatías germanófilas y se inclinaba por el nazifascismo. Desde luego, ya el imperialismo yanqui preparaba su asalto al país y pronto llegaría a desplazar a los demás imperialismos, primero después de la masacre del 32, cuando jugó a la carta del General Martínez y luego, definitivamente hasta hoy, al salir victorioso de la Segunda Guerra Mundial. Es interesante ver cómo en la historia nos encontramos con numerosos casos en que el eslabón más débil del imperialismo en una zona es fortalecido por medio de la violencia: masacres contra el pueblo, guerras locales entre

naciones hermanas, conflictos fronterizos, etc. Si el pueblo no se apresura a usar la violencia revolucionaria para dominar la situación favorable en un momento histórico, o, como nos sucedió a nosotros, si se usa mal la violencia, el imperialismo pone más tarde o más temprano su empujón de violencia reaccionaria y fortalece su sistema de dominación local.

5°) Había extremo descontento de la burocracia estatal y de los servidores y trabajadores del Estado en general por la radical reducción de sus salarios (reducción fijada en un 30 por ciento), dispuesta por el gobierno martinista.

6°) Había una tremenda indignación entre las masas campesinas por el acentuamiento de la explotación y la extrema violencia que la clase patronal y las fuerzas represivas gubernamentales habían venido desarrollando en contra suya en todo el país: trato de esclavistas a esclavos en fincas y haciendas, salarios de hambre, rebajas de salarios en forma arbitraria e inconsulta, despidos masivos injustificados, desalojos en contra de los colonos, negación sistemática de arrendar tierra, agravamiento de las condiciones de trabajo para los aparceros, destrucción de las cosechas de los campesinos inconformes por el método de quemar los sembrados o echar sobre ellos el ganado de pasto, cierre de los pasos a través de fincas y haciendas –inclusive en el caso de que dichos pasos tuvieran la categoría de caminos vecinales–, represión directa y enconada de la Guardia Nacional en forma de encarcelamientos, expulsiones de domicilio, quema de viviendas, violaciones de mujeres, torturas y asesinatos contra quienes se atrevieran a protestar. Todo esto, agravado por el desempleo y hambre y todas las demás miserias extremas que trajo la crisis económica, y por el arrebatamiento del triunfo electoral a los comunistas y demás sectores progresistas en los que los campesinos y peones depositaban sus últimas esperanzas, todo ello, hizo que la masa rural entrara en una actitud insurreccional aguda. Las masas urbanas del centro y el occidente apoyaban en lo fundamental el clamor que venía del campo. Las masas populares no querían seguir viviendo como hasta entonces.

7°) Intensa agitación político-ideológica y propaganda social de distintos sectores extremistas, como los anarco-sindicalistas, los demagogos electoreristas, los araujistas (que habían hecho de la promesa del reparto de tierras –luego incumplida– la base de su propaganda en la campaña presidencial), etc.

8°) Contábamos con un Partido Comunista que, aunque poco experimentado y con grandes vacíos ideológicos y teóricos, tenía una gran disciplina y gozaba de una enorme popularidad y autoridad. Su dirección era aceptada por el

movimiento obrero organizado, por el movimiento campesino (en el seno del cual su línea era realmente indiscutida) y era muy dominante en el movimiento estudiantil y entre la intelectualidad pequeño-burguesa. Además nuestro partido contaba con un buen núcleo de soldados comunistas y hasta con grupos de oficiales situados en lugares claves de la organización militar de la burguesía, como veremos más adelante. En este aspecto creo que podemos decir que contábamos con suficiente fuerza dentro del ejército como para iniciar una insurrección masiva, apoyada en dicha fuerza para dar un primer golpe devastador de sorpresa, desde dentro del aparato represivo burgués. El PCS tenía, ya a los dos años de su nacimiento, las características de un núcleo de vanguardia que, dentro de las condiciones del país en aquel entonces, podría ponerse a la cabeza de las masas y plantear la revolución. En ese sentido cubríamos todos los requisitos que habían sido señalados en las reuniones informales entre comunistas en la Conferencia de la Sindical Roja en Moscú o sea que al lanzarnos a la insurrección no nos salíamos de los criterios corrientemente aceptados en el movimiento comunista internacional de la época. Ello nos hacía esperar asimismo que, si nuestra insurrección se veía coronada con el éxito y ante la toma del poder por el pueblo se producía una intervención extranjera contrarrevolucionaria, imperialista, tendríamos la solidaridad material y moral de todos los partidos comunistas del mundo, del movimiento obrero internacional y de la Unión Soviética de Stalin.

9º) Contábamos también con un programa amplio de la revolución democrático burguesa con el que esperábamos tener un gran campo de maniobra frente al imperialismo y poder incorporar a la revolución a las capas medias, neutralizando inclusive, por lo menos temporalmente, a la oligarquía terrateniente. Este programa tenía un criterio y una sistematización de los problemas inmediatos de gobierno en la primera etapa de la revolución. Incluso estaba ya designada la persona, el negro Martí, que se encargaría de coordinar los contactos para la integración de un nuevo gobierno democrático y amplio, con participación de profesionales consecuentes con el pueblo, etc. La toma del poder por parte de la clase obrera y el campesinado para hacer la revolución democrático-burguesa no era una consigna sectaria. El movimiento obrero organizado, aunque de composición primaria ya que el desarrollo capitalista de nuestro país era escaso, tenía un prestigio enorme a nivel nacional y era una fuerza verdaderamente decisiva. Entonces no existían la AGEUS, las organizaciones profesionales, los frentes únicos democráticos. Los problemas políticos populares se discutían fundamentalmente en el seno del movimiento obrero. Y de la población rural ni se diga. Era (campesinos

pobres y peones o proletarios agrícolas) la mayoría aplastante de la población (más del 75 %) y estaba en su conjunto en las posiciones más radicales e incluso tendía o comenzaba a tender hacia una insurrección espontánea.

10°) Las vías legales estaban agotadas. En primer lugar las grandes masas no creían más ni en los partidos políticos burgueses ni en el juego electoral burgués. La demagogia del Partido Laborista de Araujo fue la que dio al traste con la fe en los partidos tradicionales y el fraude electoral contra nosotros hundió a todo el sistema electoral ante los ojos de las masas. Las masas indígenas y campesinas, por ejemplo, habían creído que un cambio de autoridades resolvería sus problemas, como ya expliqué, es decir, un cambio de autoridades que llevara a las diputaciones y alcaldías a autoridades indígenas, campesinas, etc., a autoridades provenientes de esas capas superexplotadas. Esta demanda fue muy sentida por la población y por ello fue que nuestros candidatos, extraídos realmente del seno de la masa, obtuvieron tanto respaldo. El fraude terminó con las ilusiones y la masa engañada y dolida vio que sólo el camino de las armas significaba una garantía para ella.

No creo coger cara de profesor o académico al decir que creo que bastan estos aspectos de la realidad salvadoreña de entonces para comprobar que nos encontrábamos con una situación revolucionaria típica y que era necesario pasar a la acción. No creo que se nos deba atribuir aventurerismo pequeño-burgués por haberlo hecho. Incluso lo hicimos demasiado tarde, como pendejos, lo hicimos después de que el enemigo había comenzado la represión y nos había asestado golpes demoledores en los aparatos de dirección, en los núcleos militares básicos, poniéndonos por completo a la defensiva. Creo que nuestros errores fueron de derecha y no de izquierda. Nuestros errores fueron por una parte de vacilación en la aplicación de una línea que en lo fundamental correcta, lo cual no permitió el aprovechamiento de la oportunidad adecuada, la sorpresa, el mantenimiento de la iniciativa, etc. Nuestros errores fueron también de un tremendo desprecio por los medios materiales para la insurrección: armas, transportes, medios económicos, comunicaciones, etc. Y desde luego, nuestros fundamentales y principales errores fueron de tipo militar y organizativo, como tendré chance de explicarlo más adelante. Nosotros creíamos que teníamos un partido suficientemente capacitado para dirigir la insurrección. Este es tal vez uno de los aspectos que se pueden discutir de acuerdo con los resultados, pero después de los hechos, es decir, ahora. Lo que quiero decir es que creo que estábamos a la altura de lo que corrientemente se entendía en aquel tiempo

a nivel internacional como un partido capacitado para dirigir a las masas en la acción hacia el poder. En nuestra forma organizativa y en nuestra actividad seguíamos las normas leninistas fundamentales, tratando de adaptarlas a nuestro medio. ¿Me van a decir ahora que debimos haber supuesto que un partido leninista clásico no es un organismo suficientemente capacitado para plantearse la toma del poder si no tiene resuelto el problema militar? Pues eso era exactamente lo que nosotros suponíamos. No éramos niños de pecho. Como ya lo he dicho, nosotros creíamos que con la fuerza con que contábamos en el seno del ejército bastaba para iniciar la insurrección y tener suficientes cuadros de mando para poner al frente de las masas insurrectas de acuerdo con el plan operativo elaborado y del cual hablaré después. Incluso quiero decir que yo en lo personal lo sigo creyendo, incluso ahora que ya puedo citar muchas frases de Lenin sobre este tipo de problemas.

Quisiera hacer aquí un paréntesis y aprovechar para decir de una vez por todas que nosotros no recibimos “órdenes” ni “consignas” de la Internacional Comunista para “hacer” la insurrección. La participación de nuestro partido en aquel acontecimiento histórico de nuestro país es responsabilidad exclusiva de los comunistas salvadoreños. No cabe duda que en aquella época predominaba en el seno de la IC una tendencia sectaria que sin duda tenía una influencia importante en nuestra manera de pensar. Pero la decisión, el análisis previo y la forma en que se emprendieron las acciones fueron exclusivamente nuestras, basadas en los datos locales de nuestro país, de acuerdo a nuestro punto de vista. En este sentido, a la Internacional Comunista no le cabe en los sucesos del año 32 en El Salvador otra responsabilidad que la de haber sido el marco histórico-mundial proletario en el cual se movía nuestro Partido. Digo esto porque los publicistas burgueses y la prensa salvadoreña se han aburrido calumniado y mintiendo en el sentido de que los sucesos del 32 se llevaron a cabo en aplicación de órdenes concretas provenientes de Moscú, de la Internacional, de Stalin mismo. Esto es una estupidez y una bandidencia más del enemigo de clase. Tampoco es cierto que la URSS o la Internacional nos proporcionara cuantiosos medios económicos para hacer la insurrección. La única y escasísima ayuda económica que durante algún tiempo recibimos del extranjero fue a través del Socorro Rojo Internacional y para eso que no pasaba de cincuenta dólares al mes, ayuda destinada a las familias de los caídos en la represión, a la defensa de los presos, etc. Si hubiéramos recibido de fuera grandes cantidades de dinero, o armas, etc. de seguro que hubiéramos puesto a parir por mucho tiempo al Gobierno del general Martínez y no nos hubiera caído

tan destructivamente la acción reaccionaria. Desde luego es menester decir también en voz alta algo que nunca negaríamos: los comunistas salvadoreños del 32 entendíamos que con nuestra labor revolucionaria contribuíamos también a fortalecer las posiciones del comunismo en el mundo y que en concreto nuestra labor ayudaba directamente a la consolidación y al desarrollo de la Unión Soviética, única patria donde el proletariado había tomado entonces el poder. Los comunistas siempre hemos sido esencialmente internacionalistas y precisamente por eso es que somos los mejores patriotas: porque nuestro deber internacional más alto consiste en hacer la revolución en cada uno de nuestros países. Aclaro este punto porque es importante y porque es justo y porque es verdad.

También es conveniente situar, por muchos motivos y para ordenar la discusión que se pueda dar algún día sobre estos acontecimientos, el carácter leninista de la actividad del Partido Comunista Salvadoreño desde su nacimiento hasta la masacre del 32. Creo que los hechos siguientes lo fundamentan:

–Nuestra actividad estuvo dirigida principalmente a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo (artesanos y obreros urbanos, empleados; campesinos pobres, semi-proletarios y proletarios agrícolas), es decir al sector explotado fundamental del país;

–Estuvo ligada como lucha de masas a todas las capas susceptibles de incorporación o sea: campesinos medios, dueños pobres de taller, pescadores, vendedores de pequeño comercio ambulantes o no, inquilinos de tierra y vivienda, estudiantes y profesionales, burgueses progresistas, etc. Para cada sector, nuestro Partido elaboró programas de demandas específicas sobre las cuales basar su integración a la lucha. Se organizó a los desocupados en demanda de pan y trabajo;

–Se conquistó por parte nuestra, la dirección de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños, principal organización de masas del país, arrebatándola de manos de los reformistas y anarco-sindicalistas, lo cual, a más de una necesidad concreta en nuestro país para el desarrollo del movimiento revolucionario, era un problema planteado a nivel mundial para todo el movimiento comunista;

–Se proclamó muy principalmente nuestra ligazón internacional con todos los revolucionarios del mundo y con todos los explotados. Proclamamos entre las masas nuestro apoyo a la lucha antimperialista del General Sandino en

Nicaragua, a la China revolucionaria, etc. y nuestra solidaridad con el movimiento internacional de los obreros y campesinos organizados y con la Unión Soviética;

–Organizamos y dirigimos huelgas económicas amplias y numerosas en la ciudad y el campo y realizamos incontables y amplias acciones de masas (mítines, concentraciones campesinas –públicas y secretas–, manifestaciones políticas y sindicales, acciones de agitación y propaganda, etc.) contra la injusticia social y el imperialismo, contra la política represiva del régimen, que elevaron la conciencia de las masas y contribuyeron a profundizar la crisis política nacional;

–Teníamos asimismo una política concreta (la revolución democrático-burguesa en los términos que he dejado expuestos) y un programa detallado. Por cierto que todas las copias de este programa desaparecieron y no he podido volver a ver ni una desde entonces. Habría que preguntarle a los camaradas soviéticos si no tienen ejemplares en el Archivo de la Internacional, porque nosotros les enviamos entonces un montón.

Ahora bien, para dar un panorama completo, los pro y los contra, quiero decir que quienes en el interior del Partido se oponían rotundamente a la insurrección, daban, para fundar su criterio, las siguientes razones:

1º) Que solamente teníamos una influencia parcial en el país y que no contábamos con el apoyo de la zona Oriental de la República. Esto era falso. Teníamos hasta apoyo militar en la zona Oriental y el trabajo de agitación, organización y propaganda era amplio, aunque menor que en el centro y occidente. Además contábamos con que una vez tomadas todas las imprentas y los periódicos, podríamos inundar Oriente con nuestra propaganda, destacar equipos de agitadores especializados, etc.

2º) Que había muchos compañeros presos que podían ser masacrados por el Gobierno en cuanto comenzáramos las operaciones. Lo que habría de haberse planteado era la forma de rescatar a estos camaradas, pues los resultados fueron que el Gobierno de todas maneras mató a los presos que ya tenía y a muchos miles más que andaban “en libertad”. Cuando se discutía esto en la dirección del Partido, los presos se contaban aún con los dedos de la mano: los hermanos Mojica de Sonsonate, el camarada Zafarrancho, Gabriel Mestica, el camarada Erizábal, etc. Y luego Martí, Luna, Zapata.

3°) Que el imperialismo norteamericano por mucho menos de lo que nosotros proyectábamos había invadido Nicaragua y no dejaría pasar 24 horas sin lanzarnos la invasión militar directa en el caso de que tomáramos el poder, y que no estaríamos en capacidad de hacer frente a sus tropas modernamente equipadas y con gran organización. Esta tesis se nos echó en cara antes y después de la insurrección y no sólo en El Salvador sino en el seno de la Internacional. Camaradas como Panelón, del Partido Argentino, y Siqueiros, del Partido Mexicano, la esgrimieron contra nosotros. Nosotros sin embargo no creíamos (y yo veo aún que había mucha razón en nuestra apreciación) que una intervención armada directa del imperialismo fuera fatal, segura. No eran tan fuertes entonces como para hacer lo que les diera la gana. Inclusive después de la masacre, cuando quisieron desembarcar tropas, el General Martínez no los dejó bajar a tierra como ellos querían. Pero incluso ante la realidad de una intervención yanqui de gran envergadura, el General Sandino nos había mostrado ya el camino desde las selvas segovianas de Nicaragua: la guerrilla en la montaña, la guerra nacional contra el invasor. Y en el caso salvadoreño (partiendo de la posibilidad de triunfo insurreccional que estamos planteando) los yanquis iban a tener que enfrentar una lucha de masas que para entonces, es decir, cuando ellos desembarcaran, ya habría destrozado el poder de la burguesía local. La cosa no era tan sencilla. Además, el programa de la revolución democrático-burguesa daba, como he dicho, campo de maniobra frente al imperialismo. Claro, que en este terreno hubo también camaradas que se fueron del otro lado, es decir que subestimaban por completo el peligro imperialista y que simplemente creían que éste se iba a quedar con los brazos cruzados para siempre y que hasta nos iba a ayudar. Eso sí ya era orinarse fuera de la bacinica, como decimos los salvadoreños.

4°) Que nuestro partido no estaba en capacidad de dirigir a las masas hacia la insurrección, ni política, ni organizativa, ni militar, ni ideológicamente. En este aspecto hay que establecer algunas diferencias, digo yo. Creo que nuestro partido habría estado en capacidad de dirigir una insurrección en la que se hubiera tenido y conservado la iniciativa y la sorpresa. Pero la verdad es que, por las vacilaciones y los retrasos, por las groseras violaciones de las más elementales medidas de seguridad conspirativa, la insurrección vino a iniciarse por nuestra parte, como lo he dicho más de una vez, cuando ya el Gobierno había asesinado a todos los oficiales y soldados comunistas dentro del ejército burgués, había capturado y liquidado o estaba a punto de liquidarlos, a la mayor parte de los miembros de la dirección del Partido y de las organizaciones de masas. Creo que es mejor pasar a los detalles de la

insurrección, para no seguir hablando un poco en el aire. Pues hay que recordar que no estoy tratando de meterme en una discusión teórica.

El inicio de la insurrección se aprobó para el día 16 de enero en una reunión llevada a cabo el 7 de enero, como ya dejé relatado. Ya para el 14 de enero era evidente para todos nosotros que el gobierno tenía información fundamental sobre nuestros planes. En vez de acelerar los preparativos y precipitar los acontecimientos (ya que no había ninguna posibilidad de dar marcha atrás dado el estado de ánimo de las masas que se habrían insurreccionado espontáneamente en ausencia del Partido y dadas las provocaciones armadas del Gobierno y del ejército contra la población campesina) se aprobó en el Comité Central un nuevo aplazamiento del inicio de las acciones, esta vez para el día 19. Este día fue capturado Farabundo Martí, el dirigente más reputado y autorizado del Partido, junto con los camaradas Luna y Zapata, importantes dirigentes del movimiento estudiantil, de las masas urbanas de San Salvador y del partido. Después de largas discusiones se aprobó la insurrección para el 22 de enero. A esas alturas, prácticamente, ya había comenzado la represión en gran escala. El día 16, por ejemplo, nuestros camaradas soldados del Sexto Regimiento de Ametralladoras comenzaron a limpiar sus armas para iniciar las acciones, ya que seguían las consignas emitidas el día siete. Los oficiales se extrañaron muchísimo con aquellos movimientos y hubo además la denuncia directa de un sargento a quien los camaradas le revelaron los planes de alzamiento para tratar de atraerlo. Ese mismo día, con tropas de otros cuarteles y de la Guardia Nal. que llegaron sorpresivamente al Sexto, asesinaron a casi todos los camaradas soldados y clases y los pocos sobrevivientes fueron encerrados en la Penitenciaría hasta su muerte, como en el caso de un camarada sargento de apellido Merlos, y otros. Para nosotros aquel asesinato masivo significó en términos operacionales la pérdida de dos compañías de ametralladoras, que habrían sido determinantes si hubieran podido actuar plenamente en el inicio de la insurrección. Asimismo fueron muertos o controlados, reducidos a la impotencia, nuestros camaradas del Cuartel de Casamata (Primer Regimiento de Caballería, donde se perdió totalmente una compañía, por liquidación física), del cuartel El Zapote (Primer Regimiento de Infantería) y de la Aviación. Además de los asesinatos masivos en el interior de los cuarteles, la Comandancia del Ejército dispuso un mutuo traslado de tropas y oficiales entre unos y otros cuarteles de la República a fin de descoordinar toda posible operación de alzamiento interno. A los más reconocidos como comunistas se les siguió asesinando en estos traslados, incluso a pelotones y

compañías completas, a los cuales el mismo ejército les tendía emboscadas de destrucción total. Asimismo se hizo, un rápido y masivo reclutamiento forzoso de tropa en Oriente, donde nuestra propaganda era débil, tropa con la cual se reprimió en la zona Occidental y en el centro. No estuvimos en capacidad, en aquellas circunstancias, de coordinar la acción con los núcleos que teníamos en Oriente tanto dentro del ejército como en la población de San Miguel y la Unión, que se habían organizado en contingentes para militares armados, incluso hasta con compañías de zapadores, sanitarios, etc.

Este descalabro inicial en el seno de nuestros núcleos en el Ejército fue terrible para nosotros, decisivo en realidad, de acuerdo con nuestro elemental plan militar que expondré en sus rasgos generales más adelante.

Para comprender hasta qué punto el Gobierno nos tomó la delantera y nos construyó (a nosotros y al pueblo salvadoreño) una trampa mortal, hay que conocer el documento falsificado y atribuido a la Secretaria General del Partido, que con el nombre de *“Instrucciones al Comunismo Salvadoreño para su ofensiva general del 22 de enero de 1932”* comenzó a circular abundantemente por todo el país, por lo menos a partir del día veinte. El documento es el siguiente, con todos sus puntos y comas:

“A LOS COMITÉS EJECUTIVOS DEPARTAMENTALES DEL PARTIDO COMUNISTA.
INSTRUCCIONES GENERALES URGENTES.

1º) Todos los comandantes rojos deberán operar obedeciendo las órdenes de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC.

2º) El día 22 de enero de 1932, a las doce en punto de la noche, deberán estar movilizados y listos para el asalto de los cuarteles de las cabeceras departamentales todos los contingentes de nuestras organizaciones revolucionarias, empeñando así la acción inmediata para la toma de dichos cuarteles, así como los puestos de la Policía y la Guardia Nacional.

3º) La acción sobre las fuerzas de la Guardia Nacional deberá ser decisiva, no dejando con vida a ninguno de estos agentes, apoderándose de todas las armas y municiones que tengan.

4º) La acción revolucionaria contra la burguesía deberá ser lo más contundente que sea posible a efecto de que, en pocas horas de terror inmisericorde, quede reducida a la más absoluta impotencia, empleando contra ellos los medios oportunos, es decir: fusilación inmediata o muerte en cualquier otra forma, sin detenerse en nada.

5°) A la casa de todos los burgueses, propietarios y terratenientes conocidos, deberán penetrar nuestras fuerzas, acabando con todos ellos y respetando sólo la vida de los niños y poniendo a disposición de los Comités Ejecutivos Departamentales del Partido Comunista, todos los fondos de dichas casas y todo lo que guarden en sus bodegas o graneros.

6°) Deberán ser abiertos todos los almacenes y casas de Bancos, apoderándose inmediatamente de todo lo que en ellos se encuentre y poniéndolo todo a las órdenes inmediatas de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC.

7°) Deberá procederse a la requisa de los carros y camiones, lo mismo que a la requisa de toda la gasolina que se encuentre en las tiendas, almacenes y casas particulares.

8°) Las casas vacías y desocupadas, deberán estar listas para ser ocupadas para el acuartelamiento de la fuerza del Ejército Rojo y para el abrigo de las familias de obreros y campesinos.

9°) Inmediatamente después de la toma de los cuarteles y demás puestos de la Policía y la Guardia, y de haber sido reducida a la más absoluta impotencia la burguesía por la acción violenta y decidida de las fuerzas del Ejército Rojo, deberá iniciarse la marcha sobre la capital, disponiendo para ella de todos los vehículos que se tengan, a efecto de que dicha marcha sea lo más rápida posible.

10°) A las órdenes de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC deberán estar dos carros de los mejores, los cuales deberán ser manejados por camaradas de la más absoluta confianza.

11°) A todo contrarrevolucionario, así como a todas las fuerzas restantes, deberá fusilárseles sin previo consejo de guerra, inmediatamente de ser capturados.

12°) Toda resistencia de parte del Ejército blanco, así como a todos los que en una forma u otra se opongan a la marcha y desarrollo de las operaciones del Ejército Rojo, deberá ser castigada inmediatamente con la pena de muerte.

13°) El abastecimiento de las fuerzas del Ejército Rojo deberá verificarse nombrando para ello comisiones especiales, quienes se encargarán de la alimentación y vestuario.

14°) Deberá organizarse la Cruz Roja, en la cual deben tomar parte todas las camaradas y a disposición de dicha Cruz Roja deberán ponerse todos los vehículos que sean necesarios. A todos los profesionales, como médicos, practicantes de medicina y de farmacia que se nieguen a prestar sus servicios a las fuerzas revolucionarias, deberá tratárseles como contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente. Y a los que voluntariamente se pongan a las órdenes de nuestras fuerzas, deberá tratárseles con toda clase de consideraciones.

15°) Deberá organizarse el cuerpo de telegrafistas y telefonistas, procediendo a la custodia, por medio de tropas rojas, de las oficinas que caigan en poder de nuestras fuerzas, fusilando a los empleados contrarrevolucionarios que traicionen o se nieguen a trabajar al servicio de la Revolución.

16°) Las imprentas deberán ser custodiadas, poniendo inmediatamente a trabajar todos los empleados que tengan bajo la Dirección del Partido Comunista, entendidos para que se encarguen de la edición de manifiestos comunistas, diarios, periódicos, etc. A los que se nieguen a prestar estos servicios deberá tratárseles como contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente.

17°) Las fuerzas del Ejército Rojo deberán ser tratadas bajo la más estricta disciplina revolucionaria, considerando como contrarrevolucionarios a todos los que desobedezcan las órdenes y fusilándolos inmediatamente.

18°) En vez de Municipalidades, deberán proclamarse los Soviets, los cuales deben constituirse por Consejos de Obreros, campesinos y soldados, quienes administrarán la producción y el reparto de la producción con poder suficiente para proceder por su cuenta contra elementos contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente.

19°) A las órdenes de los Soviets deberá quedar una policía que infundirá con los hechos el terror más grande a la burguesía, capturando y fusilando a todos los elementos reaccionarios y contrarrevolucionarios que aún queden vivos después de la toma de las cabeceras departamentales.

20°) Los Comités Ejecutivos Departamentales quedarán ampliamente facultados para proceder a la toma de todas las medidas que tiendan al afianzamiento rápido de nuestra fuerza y a la conquista inmediata del poder, sabiendo de antemano que todo el éxito de la acción dependerá de la decisión y disciplina que se emplee en los momentos de la lucha, sin olvidar que mientras la toma de los cuarteles de la capital no se verifique, nada casi

se habrá hecho. Por consiguiente todos deben saber que el objetivo principal es la toma de los cuarteles de la Capital y el aplastamiento de la gran burguesía capitalista que en ella vive.

21°) Las fuerzas revolucionarias podrán hacer uso de los ferrocarriles, tratando como contrarrevolucionarios a todos los empleados que se nieguen a prestar sus servicios, fusilándolos inmediatamente.

22°) Deberá darse preferencia para marchar sobre la capital a las carreteras, haciendo uso de todos los carros y camiones que se tengan disponibles y estableciendo un contacto con las tropas de retaguardia por medio de correos en forma de estafetas.

23°) Nada deberá detener a las fuerzas revolucionarias. La menor vacilación será fatal. La ofensiva debe ser desarrollada a toda costa. La defensiva es, como lo sabemos, la muerte de la insurrección. Los golpes deberán descargarse contra todos y contra todo aquello que se oponga a la marcha y desarrollo de nuestras operaciones. Todos los obstáculos deberán ser salvados con empuje revolucionario y con la mayor de las audacias.

24°) Ofensiva general y el mayor terror contra la burguesía, aplastándola en pocas horas y reduciéndola a la nada.

25°) ¡Que vivan las tropas del Ejército Rojo, que lucharán gloriosamente por la conquista del poder! ¡Que vivan los Guardias Rojos! ¡Que vivan los valientes soldados del Ejército Rojo. ¡Que viva la Revolución Proletaria! San Salvador,

16 de enero de 1932. Secretaría General”.

Como se ve, se trata de un documento muy malicioso y muy hábilmente confeccionado, que circuló mucho y realmente nos hizo bastante daño, pues nos presentó ante los ojos de mucha gente sencilla como una bandada de asesinos, sedientos de sangre, que fusilaban por cualquier cosa y sin preguntar o hacer juicio. También tenía este documento el propósito de atemorizar al Ejército, a los elementos de la Guardia Nacional y la Policía, al hacerles creer que nuestras intenciones eran de asesinarlos a todos. Con esto el Gobierno perseguía que sus tropas y cuerpos de seguridad nos combatieran hasta el último tiro y no creyeran en nuestra propaganda que los invitaba a pasarse a nuestras filas y que en verdad estaba dando resultados formidables en diversos cuarteles, como el mismo enemigo reconoce, a través de Schlésinger, por ejemplo. Este falso documento perjudicó sobre todo porque estaba redactado en un lenguaje muy parecido al nuestro y porque señalaba muchas actividades que indudablemente nosotros tendríamos que desarrollar

en el curso de la insurrección (y acerca de las cuales se había discutido en diversas reuniones a nivel de Dirección), con la requisita y ocupación de muchos servicios públicos, sobre todo en materia de transportes y comunicaciones. Lo único, que el documento ese le daba a la actividad insurreccional una mano de sangre tal, que repugnó mucho en contra nuestra, inclusive en el seno de nuestras propias filas, dando lugar a mucha confusión. Fue en documentos como éste que las fuerzas represivas trataron de basar la justificación del asesinato masivo de más de 30 mil campesinos y obreros: alegando que se trataba de una acción preventiva contra los crímenes programados supuestamente por los comunistas. Eso, independientemente de las bolas que se echaron a correr: que íbamos a violar a las mujeres, que íbamos a ahorcar a todos los curas, etc. Y en documentos como éste fue también que, posteriormente, se basaron algunos Partidos hermanos de la Internacional para decir que el nuestro no era un Partido, sino una partida de macheteros. El enemigo logró su objetivo confusionista en todos los niveles, inclusive en algunos que no tenía en su mente. La verdad fue distinta. Si nuestro Partido hubiera llamado a degüello, si hubiera cometido ese crimen irresponsable y contrarrevolucionario, el drama salvadoreño habría sido aún más catastrófico porque si a alguna organización obedecían las masas populares, sobre todo las masas campesinas, en nuestro país, era a nuestro Partido, a nuestro Comité Central. Baste decir, como ya veremos luego en detalle, que los muertos causados por nuestras fuerzas insurreccionadas fueron alrededor de veinte y casi todos ellos cayeron en combate, exceptuando uno o dos casos en que se cayó ciertamente en un exceso reprobable. En cambio el Gobierno, repito, al desatar la represión, no paró la masacre hasta haber asesinado a más de 30 mil de nuestros hermanos, la gran mayoría de ellos absolutamente inocentes de toda participación en el trabajo revolucionario.

Examinemos ahora con más detalle los hechos de la insurrección frustrada y de su terrible represión.

Las acciones de insurrección popular se llevaron a cabo principalmente en el occidente del país, como es sabido. En Tacuba se asaltó la Guardia Nacional y se tomó el pueblo por uno o dos días, instaurándose un soviét local. En Ahuachapán las masas sitiaron el cuartel departamental y plantearon un duro combate, pero no se logró dominar la situación. La acción más grande fue la de Sonsonate, donde los campesinos se tomaron el edificio de la Aduana y varios otros puntos estratégicos. Se asaltó el cuartel del Regimiento Departamental pero el fuego de las ametralladoras nos hizo mucho daño. Sin

embargo, diecisiete de nuestros combatientes lograron penetrar al cuartel a puro machete, pero por la falta de apoyo con un buen volumen de fuego fueron aislados del resto de la masa y fusilados en plena acción. Sonsonate es la tercera o la cuarta ciudad de El Salvador en orden de importancia. En Juayúa se tomó el cuartel local, se instauró el Soviet y por tres días la bandera roja ondeó allí al lado de la bandera de El Salvador. Con la represión posterior creo que ninguno de los miembros del Soviet de Juayúa sobrevivió. Como dice el tal Pedro Geoffroy en uno de sus poemas: *“Al primer Soviet de América, lo hicieron mierda a balazos”*. Tanto habló de mierda Pedrito en sus versos que terminó bañándose en ella. En Izalco, asimismo, un contingente de unos dos mil camaradas se tomó el pueblo durante tres días y tres noches y sólo mediante el ametrallamiento y bombardeo aéreo fue que dicho contingente se retiró, dispersándose. Nahuizalco se tomó por completo, por un período igual. En Teotepeque las acciones estuvieron dirigidas por el padre de Farabundo Martí, quien comenzó por tomarse la Alcaldía a punta de pistola. Nuestras fuerzas se posesionaron asimismo por breve tiempo de Tacuba, Ataco (que era el pueblo natal de los compañeros Cuenca, cuyo padre y hermanos menores fueron ahorcados luego por el Ejército y las llamadas Guardias Cívicas), Salcoatitán, Colón, Sonzacate, Turín, San Julián (que fue seriamente bombardeada y ametrallada por la aviación del régimen) y estaban listas para caer sobre Armenia y Ateos. La intensa y bien organizada represión del régimen nos desalojó de todas nuestras posiciones, desorganizó nuestras columnas y lanzó a la fuga, en alocada dispersión por los campos y montañas, a nuestros camaradas y simpatizantes, creando así las condiciones para el aniquilamiento masivo y prácticamente sin respuesta de la población. El asesinato de miles y miles de salvadoreños fue fríamente planificado por el Gobierno martinista y los altos mandos militares, con el total respaldo de los núcleos más poderosos de la oligarquía criolla y la naciente burguesía local, y fue llevado a la práctica contra el pueblo en general, indiscriminadamente en lo que tocaba a campesinos y obreros, a lo largo y ancho de todo el país y no solamente en las zonas de acción, aunque en estas zonas, desde luego, la matanza fue mucho mayor. Se trataba de borrar todo vestigio de organización popular eliminando físicamente la militancia real o potencial de las organizaciones democráticas y populares, incluidas las menos radicales. Y se trataba de hacerlo para siempre, para crear una desolación que durara años y años. Los primeros días murieron cerca de dos mil hombres diarios y luego se siguió asesinando al por menor durante dos o tres meses, en toda la República. Y a nivel de asesinato individual, prácticamente durante los trece años del

Gobierno del General Martínez. A los compañeros que se trasladaron a otras zonas, los localizaban por las listas de vecinos que se elaboraban en las oficinas de telégrafos y correos por medio del recibo de cartas, e inmediatamente los mandaban a matar, y a los que permanecían cerca de sus pueblos los mataban en cuanto eran reconocidos. Las extensas listas de votantes comunistas usadas para las elecciones dieron la base para la localización y la liquidación de miles de personas. Comisiones de Guardias Nacionales y policías secretos, vestidos de paisanos, recorrían las fincas del país en los días de pago y a quien reconocían como revolucionario o simpatizante comunista, o a quien creían reconocer, lo sacaban de inmediato de la fila y lo iban a matar ahí nomás, en cualquier matorral. Los demás campesinos oían los tiros y los gritos y sabían que había caído un comunista más. El terror era, pues, tremendo. Además, en cada localidad se organizaron guardias blancas contrarrevolucionarias llamadas “Guardias Cívicas”, formadas por elementos burgueses, oportunistas, delincuentes o fanáticos reaccionarios, que se encargaron de localizar y entregar a los cuerpos armados a las personas clasificadas anteriormente como comunistas o progresistas, y asimismo de cometer por la propia mano asesinatos, robos, violaciones, torturas, etc. en contra de las capas humildes de la población. Inclusive personas que luego han pasado a la historia de nuestro país como demócratas y hasta progresistas, formaron parte de estas gavillas de criminales y participaron en las más tremendas fechorías contra el pueblo. Ni se diga la cantidad de odios y pleitos personales que se zanjaron por estas vías cobardes.

Es imposible relatar siquiera aproximadamente los detalles de la barbarie desatada en todo el país por la represión del gobierno burgués del General Martínez. Han pasado muchos años y ya en la cabeza de nuestros compatriotas se han acumulado prejuicios casi inmovibles sobre el 32. Desgraciadamente también las grandes cifras nos dejan fríos y tampoco nos comunican la verdadera intensidad de aquellos acontecimientos. Y también es cierto que el imperialismo en todas partes del mundo ha seguido cometiendo crímenes enormes que dejan atrás el terror de aquellos días que nosotros creíamos insuperable. Pero creo que el drama del 32 es para El Salvador lo que fue la barbarie nazi para Europa, la barbarie norteamericana en Vietnam, un fenómeno que cambió por completo, en sentido negativo, la faz de una nación. De parte del pueblo salvadoreño hubo en los acontecimientos del año 32 más de treinta mil muertos, lo cual era más del dos y medio por ciento de la población de aquella época. No echamos en la cuenta

a los heridos, golpeados, torturados, etc., sólo a los muertos. Tratemos de recordar que cada uno de esos muertos no era un simple número sino una persona con anhelos, dolores y sentimientos; con nombre, apellido, intereses, opiniones, familia, amigos. Es verdaderamente terrible. Y como decía, los sobrevivientes pagaron también un precio enorme: heridos, torturados, apaleados, presos, mujeres violadas, niños que quedaron huérfanos, familias que desde entonces pasaron su vida huyendo de la muerte y de la persecución, hambreados, expulsados de sus hogares, familias divididas, personas despojadas de todo lo poco que tenían, etc., etc., para no hablar de los miles y miles de compatriotas que tuvieron que salir huyendo con solamente la ropa que tenían encima hacia otras tierras como Guatemala, Honduras, Nicaragua. Hay que decir que la más grande oleada masiva de migración salvadoreña rumbo a Honduras se produjo en el año 1932. Desde ese año maldito todos nosotros somos otros hombres y creo que desde entonces El Salvador es otro país. El Salvador es hoy ante todo, hechura de aquella barbarie, así lo creo yo firmemente. Todo lo demás son colochos, adornos, caramelos para babosear al pueblo. Puede que haya cambiado el estilo de los gobernantes, pero el modo de pensar básico que aún nos gobierna es el de los masacradores de 1932. Basta pensar en muchos nombres de civiles y militares que hoy ocupan los principales puestos en la administración pública y en las fuerzas represivas. Digo todo esto porque la verdad es que no sé por dónde empezar para tratar aunque sea parcialmente esto de los crímenes cometidos por los ricos y por el Ejército salvadoreño contra el pueblo en aquel entonces. Sólo diré que las mayores masacres colectivas se dieron en Soyapango (donde se fusiló a la mayor parte de los prisioneros capturados en San Salvador y en Oriente), Ilopango, Asino (igualmente), el Playón (Cujuapa) donde mataron a un gran contingente de camaradas o simpatizantes capturados en distintos puntos del país y de una vez, por puro sadismo, a todos los presos comunes que trabajaban forzados en una carretera que pasaba por allí; en Santiago Texacuangos, en Colón, Comasagua, Tacuba, Izalco, Juayúa, Salcoatitán (donde asimismo se ametralló a una gran multitud congregada en la plaza pública), Zaragoza, Teotepeque, Jayaque, alrededores de Santa Tecla y Ahuachapán. En Armenia, un General de apellido Pinto mató personalmente a 700 campesinos después que sus soldados los obligaban a abrir la fosa, uno por uno. El General Ochoa, gobernador que fue de San Miguel, obligaba a los capturados a caminar de rodillas hasta donde estaba él sentado en una silla, en el patio del cuartel, y les decía:

–“Vení olé la pistola”.

Los reos le suplicaban por Dios y por sus hijos, le lloraban y le imploraban, pues antes de entrar al patio habían oído los disparos intermitentes. Pero el bárbaro general insistía y convencía:

–“Si no olés la pistola es que sos comunista y tenés miedo. El que nada debe, nada teme”.

El campesino olía el cañón y ahí mismo el general le pegaba el balazo en la cara.

–“Que pase el otro” –decía luego.

El famoso “héroe” de la lucha contra Martínez en 1944, el Coronel Tito Tomás Calvo, fue el verdugo de Izalco y tenía una variante hija de puta con respecto al truquito del General Ochoa. Cuando llegaba el campesino preso y amarrado, le decía:

–“Abrí la boca y cerrá los ojos, a ver cómo tenés las muelas”.

Simulaban que era un examen físico para el reclutamiento forzado. Cuando el hombre abría la boca, Tito Calvo le daba un tiro en el paladar. Todos estos hechos los conoció medio mundo en El Salvador. Lo que pasa es que mucha gente suele hacerse olvidadiza a su favor. Este mismo famoso “héroe”, Tito Tomás Calvo, ametralló en la iglesia de Concepción de Izalco, que era un simple ranchón con atrio, a más de doscientas personas de una sola vez, la mayor parte mujeres y niños. En Chanmico y Las Granadillas, los Guardias Nacionales incendiaron todos los ranchos en una zona de veinte kilómetros a la redonda y violaron a todas las mujeres mayores de diez años. A los hermanos Mojica, que estaban presos en Sonsonate desde antes de las acciones, los asesinaron después de horribles torturas, aunque no habían participado como era lógico, en las acciones. En Tacuba, como ya dije, ahorcaron al anciano padre de los compañeros Cuenca, que no había participado en las actividades políticas de sus hijos, juntamente con los únicos de entre ellos que tampoco habían participado, como el caso de Benjamín, que era un niño. A un camarada de Nahuizalco lo ahorcaron en presencia de su familia y luego los soldados lanzaban el cuerpo al aire tomándolo por los brazos y las piernas y otros lo recogían aún en el aire, enganchándolo con las bayonetas. Del cuartel de Ahuachapán salía la sangre en corriente, como si fuera agua o meados de caballos. Un teniente que estuvo de servicio allí contaba llorando que los campesinos al ser fusilados por grupos en el patio

cantaban *“Corazón Santo Tú Reinarás”*, una canción católica y que entre los charcos de sangre él y los soldados del pelotón de fusilamiento habían visto clarito la imagen de Cristo y que se negaron a seguir matando y protestaron ante la superioridad. La protesta fue hecha en términos tan contundentes que el Comandante del Cuartel ordenó parar momentáneamente la masacre. Allí se salvó Modesto Ramírez. Siete hermanos de apellido Alfaro fueron acusados falsamente de comunistas en la Finca San José juntamente con su anciano padre. En el mismo portón de la finca los fusilaron a todos, sin permitir siquiera que el anciano fuera a su casa que estaba ahí nomás, para cambiarse de ropa, ya que pidió como última gracia morir vestido de blanco. Escenas terribles como estas se repetían en toda la zona occidental y central del país. En Izalco, para el ahorcamiento del respetado líder indígena Feliciano Ama, llevaron a presenciar el espectáculo a los niños de las escuelas,

–“para que no olvidaran lo que les pasa a los comunistas que osan levantarse contra sus patrones y las autoridades establecidas”.

La aviación pasó días y más días ametrallando las zonas rurales: persona que se movía era persona que hacía escupir fuego a los aviones. La gente de Feliciano Ama en los alrededores de Izalco fueron masacradas así y por medio de la infantería punitiva. Por cierto que Ama ha quedado en la historia nacional como el último gran representante de la rebeldía indígena, seguidor de la tradición de Anastasio Aquino. Ama había ingresado al comunismo y con él había ingresado a nuestras filas lo más puro de nuestra nacionalidad. Pero Ama no había entrado a la lucha en calidad de indio, sino en calidad de explotado. La familia Regalado por ejemplo, le había robado toda su tierra y lo había hecho apalear y colgar por los dedos. Yo lo había conocido después de los sucesos del 17 de mayo cuando acudí a elevar el ánimo de las masas frente a la represión. Nos reunimos en Sonzacate, lo recuerdo. Ama era seco, cobrizo, de dientes anchos y sanos. Estaba determinado a la lucha y me narró los atropellos que había sufrido: me mostró en sus dedos las huellas de la colgada. En un montecito me enseñó hasta donde llegaban las propiedades que aún le quedaban, que no era pequeña extensión y me dijo que iba a repartirlas entre los indios que nada tuvieran. Me dijo también que el Presidente Martínez lo había mandado a llamar para amenazarlo y exigirle que se retirara de la lucha, que le había dicho que "ese hueso tiene hormigas y que esas hormigas se lo iban a comer", pero que él había contestado al mandatario que ambos tenían obligaciones, que cada uno debería cumplir con su deber. Siguiendo con los ejemplos de barbarie diré que todos los caseríos de la zona alta del Departamento de Ahuachapán, absolutamente

todos, fueron arrasados por la metralla. Ni siquiera preguntaban o capturaban, el fuego y el plomo era el único argumento. En el caso de los ranchos de paja, primero disparaban y luego entraban a ver si había gente en el interior. Un chófer que años más tarde ingresó al Partido y que aún milita en nuestras filas nos cuenta que trabajaba en una finca cafetalera de Ahuachapán y que el 25 ó 26 de enero fue obligado por un destacamento del Ejército a conducir un camión de carga al que se le instaló una ametralladora en la cabina. En el montacarga del camión se instaló también un pelotón de soldados con armas automáticas. Salieron a patrullar, a “celar el orden”, y a cualquier grupo de campesinos que encontraban en su camino, ya se hallaran conversando o vinieran caminando, sin previo aviso, a una distancia de treinta metros o más, los despedazaban con el fuego de la ametralladora y de sus armas personales. Luego, el capitán que iba al mando, con una cuarenta y cinco en la mano, obligaba a nuestro actual camarada a seguir la marcha del camión pasando encima incluso de los moribundos que se retorcían en el suelo dando alaridos. Este compañero estuvo loco casi dos años, de la impresión que le dio sentir cómo se ladeaba el camión al pasar sobre los promontorios de cadáveres.

–“Bien clarito sentía cuando se quebraban los huesos o se reventaban los cuerpos. bajo las llantas” –recuerda el compañero.

En San Salvador, a un nutrido grupo de artesanos y empleados furiosamente anticomunistas que se llegaron a presentar a un cuartel para pedir armas o para ingresar en el Ejército e ir a combatir a los comunistas, los pasaron adelante cortésmente y una vez en el patio los fusilaron a todos. Eran más de cien. Durante años y años la gente del campo se quedó encontrándose a cada rato con la desagradable sorpresa de ver surgir de la tierra una mano de esqueleto, un pie, una calavera. Asimismo a cada rato aparecían los animales domésticos, cerdos, perros, etc. con una mano podrida o un costillar humano entre los dientes. Los perros hicieron su agosto desenterrando cadáveres cuyos asesinos apenas los habían cubierto con una delgada capa de tierra, ya que no había tiempo de hacer fosas profundas, había que seguir matando. Los zopilotes fueron los seres más bien alimentados del año en El Salvador, se les veía gordos, con los plumajes lustrosos como no se les vio nunca ni se les ha vuelto a ver, felizmente. La Guardia Nacional fue la institución represiva más feroz. A ellos los habían engañado mucho y los superiores habían publicado supuestos documentos nuestros como el que ya dejé expuesto, en donde se decía que íbamos a acabar hasta con el último Guardia después de torturarlos y vejarlos, y que íbamos a matar a sus familiares, etc. Con ese temor y ese

engaño, y con el odio anticomunista que les habían inculcado en nombre de la Patria, la Religión, etc., los que un buen día habían sido honestos combatientes contra la delincuencia, se transformaron en bestias sanguinarias, sin escrúpulos ni piedad. La acción típica de la Guardia era, al llegar a cualquier ranchito campesino, ametrallarlo. Luego los sobrevivientes, si es que los había, eran alineados fuera de la casa. A los varones mayores de diez o doce años se les fusilaba, con o sin previa tortura, con o sin interrogatorio. A las mujeres mayores de doce años y que no fueran ancianitas, se les violaba allí mismo, en presencia de sus madres, padres, maridos o hijos. Cuando no quedaban sobrevivientes se ponían los cadáveres en una horqueta o una estaca y se les agregaban rótulos en que se advertía que esa era la suerte que esperaba a todos los comunistas y que había que escarmentar y colaborar con la Guardia, o bien que se trataba de una familia ultrajada y asesinada por los comunistas. No se crea que exagero. No se crea que estos son inventos propios de la imaginación de un comunista que busca justificarse y justificar a su Partido. No. Los mismos gobiernos oligárquicos sucesivos de El Salvador han reconocido estos hechos en más de una ocasión y además, pese a que su línea general ha sido la de echar sobre los mismos una gruesa cortina de humo, la verdad suele surgir cada cierto tiempo para llenar de vergüenza a la nación. Hay por ejemplo un documento oficial muy importante, entre muchos otros que obran en nuestro poder, que aparece en la *Historia Militar de El Salvador*, del Coronel Gregorio Bustamante Maceo (quien, dicho sea de paso, es hijo natural del Titán de Bronce Cubano, el General Antonio Maceo), publicada en la Imprenta Nacional salvadoreña por orden del Ministerio del Interior en 1951, bajo el gobierno anticomunista y represivo del Coronel Oscar Osorio, un gran admirador por cierto del General Martínez. Dice lo siguiente el Coronel Bustamante Maceo refiriéndose a los sucesos del 32:

“Así fue que en diciembre de 1931 se efectuaron grandes levantamientos populares en los Departamentos Occidentales de la República, organizados por los líderes principales Farabundo Martí y los estudiantes Mario Zapata y Alfonso Luna, quienes tenían su cuartel general en los suburbios de San Salvador, donde fueron capturados y fusilados inmediatamente sin forma de juicio alguno. Y habiéndoles cogido varias listas de adeptos en que figuraban nombres de muchos obreros residentes en la capital, todos fueron perseguidos y fusilados a medida que iban siendo atrapados. Inclusive obreros inocentes, que fueron denunciados por inquinas personales. Pues bastaba el chisme de una vieja cualquiera para llevar a la muerte a muchos hombres honrados y cargados de familia. Todas las

noches salían camiones cargados de víctimas de la Dirección General de Policía hacia las riberas del Río Acelhuate, donde eran fusilados y enterrados en grandes zanjas abiertas de antemano. Ni los nombres de esos mártires tomaban los bárbaros ejecutores. El General Martínez movilizó fuerzas para enviarlas a combatir los levantamientos, dando órdenes sumamente drásticas, sin restricción alguna, a los jefes que mandaron esas tropas. Las ametralladoras comenzaron a sembrar el pánico y la muerte en las regiones de Juayúa, Izalco, Nahuizalco, Colón, Santa Tecla, el Volcán de Santa Ana y todos los pueblos ribereños, desde Jiquilisco hasta Acajutla. Hubo pueblos que quedaron arrasados completamente y los obreros de la capital fueron diezmados bárbaramente. Un grupo de hombres ingenuos que se presentó voluntariamente a las autoridades ofreciendo sus servicios, fue llevado al interior del Cuartel de la Guardia Nacional, donde, puestos en fila, fueron ametrallados sin que quedara uno vivo. El pánico cundió. Varios comerciantes extranjeros pidieron auxilio a sus respectivas naciones y el Gobierno británico envió barcos de guerra al Puerto de Acajutla, desde donde pidieron permiso al Presidente Martínez para desembarcar tropas en auxilio de sus conciudadanos. Pero él no concedió tal permiso, alegando que su autoridad era suficiente para dominar la situación. Y en prueba de ello les transcribió un parte telegráfico, fechado en la ciudad de Santa Ana, transmitido por el General don José Tomás Calderón, que decía: “Hasta el momento llevo más de 4 mil comunistas liquidados”. La matanza era horrorosa: no se escaparon niños, ancianos ni mujeres; en Juayúa, se ordenó que se presentaran al Cabildo Municipal todos los hombres honrados que no fueran comunistas, para darles un salvoconducto, y cuando la plaza pública estaba repleta de hombres, niños y mujeres, pusieron tapadas en las calles de salida y ametrallaron a aquella multitud inocente, no dejando vivos ni a los pobres perros que siguen fielmente a sus amos indígenas. El jefe que dirigió aquella terrible masacre, pocos días después, refería con lujo de detalles aquel hecho macabro en los parques y paseos de San Salvador, jactándose de ser el héroe de tal acción. Las matanzas siguieron al por menor, efectuadas por las famosas “Cívicas”, organizadas por el General Martínez en todos los pueblos, compuestas de hombres perversos que cometieron abusos incalificables contra la vida (de las personas), las propiedades y la honra de niñas inocentes. Diariamente informaban al Mandatario el número de víctimas habidas en las 24 horas transcurridas y el despojo de bienes era tal que hasta las aves de corral

quedaron agotadas. Las crónicas publicadas, por distintas personas afirmaron que el número de muertos ascendió a más de 30 mil, pero en realidad no bajaron de 24 mil los asesinados. Jamás podrán olvidarse los aciagos meses de diciembre de 1931 y los de enero, febrero y marzo de 1932”.

Hasta ahí llega el documento del General Bustamante Maceo. Creo que no hay necesidad de hacer comentarios sobre él.

La sangre de todos esos miles y miles de inocentes asesinados y vejados todavía clama justicia, del cielo o de la tierra, aunque a los revolucionarios nos corresponde lograr que esa justicia sea de la tierra. Venganza no. No somos revanchistas románticos sino que pretendemos ser revolucionarios científicos, que trabajamos con las leyes de la historia. Buscar una simple venganza sería deshonar a nuestros muertos. Pero sí debemos perseguir la justicia revolucionaria frente a tan espantoso crimen. Y ella no puede ser otra que el logro de los fines últimos que perseguían las masas salvadoreñas al levantarse contra la injusticia social: un cambio de régimen social, la victoria de la Revolución. Hasta mientras no venga esta justicia, nuestra nación, así se cansen de engañar al pueblo los demagogos nacionalistas, no podrá ser parte del mundo civilizado, de la humanidad libre y de cara al progreso que ya ha echado a andar en todos los confines de la tierra.

Pero no hay que esperar a que la revolución triunfe para ir aclarando al pueblo estas verdades de su historia reciente. Incluso creo que mientras los sucesos del 32 no estén dados en la cabeza de los trabajadores salvadoreños, la vanguardia revolucionaria tendrá para su trabajo un obstáculo ideológico muy serio. Porque la calumnia sistemática contra los comunistas salvadoreños tiene ya casi cuarenta años. Al tiempo que las fuerzas represivas disparaban los primeros tiros contra el pueblo, la prensa burguesa, la radio, los curas católicos, los maestros en las escuelas y la Universidad, etc., comenzaban una campaña enorme (que no ha terminado hasta ahora y más bien se ha agravado con la incorporación de nuevos medios de difusión como las cadenas de radio y TV, el cine, etc.) para tergiversar los hechos del gran crimen y echarnos a los comunistas todas las culpas de la matanza y de los incontables atropellos. Desde entonces se comenzó a pintarnos como una horda de desalmados que entrábamos en las ciudades machete en mano, asesinando y saqueando, volándole la cabeza a los propietarios y violando a las vírgenes. Se echó a correr, recuerdo, entre otras infamias, la especie de que los comunistas habíamos repartido entre nuestras filas unos bonos que

daban el derecho de pasar la noche con la mujer que uno escogiera una vez que estuviera en nuestro poder la población de que se trataba. La pequeña burguesía timorata temblaba en sus casas, pensando en sus ahorritos y en la virginidad de sus hijas. Los oligarcas permanecían tranquilos y alardosos porque sabían perfectamente que el asesinato masivo estaba de parte de ellos y que los atropellos se cometían en su nombre, contra las clases menesterosas. Los hechos son por otra parte de una objetividad mayúscula. ¿Dónde están esos numerosos “vejámenes” cometidos por nuestras fuerzas en las poblaciones que cayeron en nuestro poder? Los “grandes abusos” contra las mujeres de la burguesía por parte nuestra nunca pasaron de uno o dos casos en que, por razones de extrema necesidad, los camaradas hicieron que incluso las “mujeres distinguidas” participaran junto a sus sirvientas y mujeres humildes voluntarias en la confección de comida para la tropa hambrienta. Los muertos que nuestras tropas causaron fueron en combate o en defensa propia, con la excepción de uno o dos casos en que, como ya lo he reconocido, se cayó en un exceso criminal que desde luego nosotros habríamos sido los primeros en juzgar y castigar, en cuanto hubiera habido oportunidad. Tampoco quiero decir que una insurrección popular se hace con pinzas, algodoncitos y ceremonias. En una insurrección lo menos que se espera es que haya muchos muertos de ambos bandos y en una batalla las formas de matar no son bonitas ni mucho menos. Se insiste por ejemplo en que nuestros camaradas mataron bárbaramente a los Guardias de la Aduana de Sonsonate porque los mataron a machetazos y sus cadáveres estaban desfigurados. ¿Qué quería la burguesía? Los Guardias de la Aduana se defendían y nos atacaban a balazos y nosotros solamente teníamos machetes. ¿Qué debíamos hacer? Seguramente para nuestros acusadores calumniosos, nuestros muertos sí eran “bonitos”, “civilizados”, “a la moderna”, porque murieron asesinados a balazos de ametralladora y fusil. Es el colmo ese redamo y esa argumentación.

Pero veamos los hechos de nuestra supuesta barbarie a partir del momento en que se hizo el llamado a la insurrección popular por parte del Partido. Los datos de la propia prensa burguesa y reaccionaria y de los libros y folletos escritos al respecto por cagatintas o instituciones del régimen militar e inclusive de algunos estudios de especialistas anticomunistas norteamericanos, comprueban que los comunistas causamos los siguientes muertos en las acciones de insurrección o de defensa ante la represión desatada:

a) Dr. Jacinto Colocho Bosque, su acompañante el Sr. Víctor Duran y (esto el único que lo dice el Schlénsinger en su venenoso libro) el chófer que los conducía a ambos. Fueron muertos en la carretera de San Salvador a Sonsonate, al pasar por las alturas de Colón, cuando entre los patrulleros rojos que los detuvieron hubo quienes reconocieron a Colocho Bosque como el propietario que los había tenido sometidos a trabajos forzados en la carretera a Chalatenango y era culpable de mil y una tropelías, como yo pude deducir de los relatos que me hicieron los compañeros de celda antes de que nos fusilaran. Si el hombre no se defiende en la forma que lo hizo, la cosa no habría pasado de un par de pescozadas. Desde luego, la muerte no se justifica por la venganza y repito que nosotros habríamos juzgado a los culpables y deducido sus responsabilidades con el mayor rigor revolucionario. Pero si fuera verdad que estos camaradas que mataron a Colocho Bosque eran unos simples asesinos, ¿cómo se explica –ya lo pregunté antes– que fuera a él y sus acompañantes a los únicos que mataran, si en sus manos estuvieron centenares de familias que pasaron en sus autos por el lugar, hacia San Salvador, hacia Santa Ana o hacia Sonsonate y que fueron sometidas a control comunista de tránsito

El telegrafista de Colón cuyo nombre no se menciona y el Comandante Local y Secretario Municipal del mismo lugar, Coronel Domingo Campos y Efraín Alvarenga, respectivamente.

El telegrafista era odiado por la población porque era confidente de la Policía y el Comandante Local era un esbirro tal, que mantenía perennemente emplazada una ametralladora pesada en la Comandancia, apuntada contra la Plaza donde se reunía el pueblo. Los tres murieron en combate, defendiéndose a tiros, no fueron asesinados como dicen las fuentes burguesas.

El terrateniente Tobías Salazar, en el Departamento de Ahuachapán, y el hacendado Juan Germán, en el mismo Departamento. Fueron muertos al chocar y disparar contra patrullas comunistas.

Señor Miguel Cali, Alcalde de Izalco, y Rafael Castro Cárcamo, vecino de la misma localidad, que había sido candidato a la Alcaldía de Chalchuapa. Fueron muertos en combate abierto, cuando trataron de impedir la entrada de las fuerzas comunistas en la ciudad.

Emilio Radaelli, comerciante y terrateniente de Juayúa. Coronel Mateo Vaquero, también de Juayún. Con respecto a la muerte del primero hay varias versiones, algunas de las cuales dicen que fue muerto por sus enemigos personales, que aprovecharon la confusión y le robaron las famosas joyas que poseía y de las que nunca más se supo. Otros dicen que murió, pistola en mano, defendiéndose de los que suponía le iban a incautar sus bienes, etc. El Coronel Vaquero murió en plena refriega, tratando de imponer su autoridad a balazos.

Murieron asimismo los ya mencionados Guardias de la Aduana de Sonsonate, que no pasaron de cuatro o cinco.

El Teniente Francisco Platero, de las fuerzas represivas, que murió en las operaciones.

El mayor Carlos Juárez con dos de sus soldados y el General retirado Rafael Rivas, que murieron en combate en la toma de Tacuba.

En Nahuizalco fueron heridos los vecinos Alejandro Martínez, Alejandro García, Antonio Roca y Rafael Ramírez.

En total pues, 17 muertos, más cuatro o cinco de la Aduana de Sonsonate, veintiuno o veintidós muertos, y cuatro heridos. Ese fue el saldo en contra de la burguesía y de las fuerzas reaccionarias de la insurrección comunista de 1932 en El Salvador. Veintidós muertos, la casi totalidad de ellos en franco combate y el resto en circunstancias no del todo determinadas, y cuatro heridos, son las cifras que se nos pueden achacar a los comunistas en esta acción. El resto de los treinta mil muertos que hubo es culpa negra y eterna de la oligarquía y la burguesía salvadoreñas, del Ejército de la tiranía de Martínez, del sistema capitalista dependiente del imperialismo norteamericano que todavía subsiste en nuestro país. Como dije, más o menos Marx, acerca de la represión llevada a cabo contra los comuneros parisinos “la burguesía se vengó de una manera inaudita, *del miedo mortal* que había pasado”. No se vengó del daño real que le hicimos, porque no le hicimos apenas ninguno.

Puede ser que haya habido más bajas, pero esas son las que ha dado y esgrimido siempre la reacción y ya se sabe que ella no desaprovecha para encajarnos cuanta acusación calumniosa encuentra a mano. Por otra parte, ¿dónde están las mujeres que violamos, los hombres que torturamos, los grandes saqueos que hicimos? Tuvimos tiempo suficiente para hacer y deshacer en numerosas ciudades, antes de que nos desalojara la represión.

Por el contrario, salvo los daños causados por los combates, salvo algunas irrupciones violentas indispensables que apenas cobraron sustos y causaron destrozos, las ciudades que cayeron en nuestras manos fueron respetadas escrupulosamente, reorganizadas con prisa, incorporadas a una nueva manera de vivir siendo iguales los unos y los otros. En la prensa de la época y en todo lo que se escribió desde entonces al respecto, sólo se habla del miedo, del temor, de lo que podría haber pasado, de lo que se imaginaban los comerciantes. Pero ¿dónde están nuestros atropellos contra las poblaciones que dominamos completamente por tres días y más? Claro está que habrá señorítigas para las cuales ayudar a echar un par de tortillas de maíz para un ejército de campesinos descalzos debe haber supuesto un ultraje mayor que la muerte, pero de ahí a aceptar que la conducta de los comunistas justificaba una represalia tan vasta, hay una distancia criminal que ni la burda soberbia de las clases dominantes salvadoreñas puede hacer desaparecer. Aun suponiendo que nuestras acciones hubiesen dado lugar a 22 asesinatos verdaderos e indiscutibles, no hay palabras para calificar los treinta mil y más asesinatos que cometió el Gobierno del General Martínez en nombre de las clases dominantes salvadoreñas. Y es que la gran verdad, la verdad de fondo, es que estas treinta mil muertes no estuvieron dirigidas exclusivamente contra nosotros, no estuvieron dirigidas a propiciar la destrucción del Partido Comunista de El Salvador, del Partido que existía en 1932. Ese gran crimen se hizo para traumatizar y mutilar al pueblo salvadoreño para un largo futuro, para asegurar las condiciones del dominio oligárquico-imperialista en el país, para instaurar una “paz de cementerio” que fuera la base de una férrea dictadura militar como la de Martínez, que por cierto duraría nada menos que trece años. Fue un asesinato colectivo perfectamente planificado, y maquinal y fríamente ejecutado y sus consecuencias fueron determinantes en la historia posterior de nuestro pueblo. Lo siguen siendo hasta ahora, según mi criterio. Treinta mil salvadoreños asesinados en pocas semanas, es el argumento más grande que tiene hasta ahora el anticomunismo en El Salvador. Y su manipulación ha sido sin duda alguna magistralmente dirigida en el sentido reaccionario. Los años de dictadura martinista, la continuación del régimen militar hasta la fecha, el volumen de la propaganda imperialista durante décadas, la labor de los púlpitos, la escuela, etc. han logrado echar sobre nuestro honor revolucionario la carga terrible de aquel gran crimen, mientras los verdaderos criminales, los cuadros de mando del ejército fascista-imperialista que ha pasado por “ejército nacional de El Salvador”, los burgueses que asesinaron a tanta gente, incluso por el mero gusto de probar

sus escopetas nuevas en las filas de las tristemente célebres “Guardias Cívicas”, los confidentes y los cobardes que hicieron de la denuncia un *modus vivendi*, los instigadores, los que pagaron la iniciativa militar con dinero contante y sonante, los curas que bendijeron las ametralladoras que diezmaron a nuestro pueblo humilde, esos, han estado casi sin interrupción en el poder político nacional en los últimos años largos, casi cuarenta años, unos siendo ya substituidos por los hijos o por sus discípulos, otros permaneciendo aún, a pesar de su edad, prendidos con dientes y uñas al presupuesto, mostrando una cara de ancianitos que ya comienza a hacer olvidar a nuestro pueblo el furor y la saña con que actuaron en 1932. A mí no me gusta andar con discursos, pero los recuerdos de aquellos días terribles me hacen hervir la sangre y me exaltan hasta hacerme echar lágrimas de furia. Si la verdad no fuera la que estoy exponiendo y si la verdad estuviera en manos de: gobierno y de la burguesía, en sus versiones, ¿por qué es que sigue siendo prácticamente prohibido en El Salvador hablar de 1932? ¿Por qué hasta los periódicos de aquella época tremenda han desaparecido de las bibliotecas y hemerotecas, de los archivos de las mismas empresas periodísticas, que se ofrecen como servicio público? ¿Por qué nuestros historiadores y periodistas se siguen conformando con dar a la juventud la visión esquemática, falsa y criminal de “la matazón que en 1932 hicieron los comunistas”, y no se atreven a plantear con pelos y señales la verdad desnuda? ¿Es que cuesta tanto aceptar que desde entonces venimos siendo gobernados por un sistema absolutamente manchado por la sangre de nuestros hermanos, padres e hijos? Hay que decir que inclusive los comunistas hemos tenido una actitud profundamente negativa e incorrecta a este respecto. Independientemente de que desde 1932 nuestro Partido ha sido sumamente débil, perseguido, reprimido, y ha trabajado en condiciones terribles, la verdad es que no hemos hecho todo lo suficiente para profundizar en aquel acontecimiento que formó la historia contemporánea de nuestro país. Y una cosa es cierta: que el comunista que no tenga claro el problema del 32, su significado y sus experiencias, no podrá ser un buen comunista, un buen revolucionario salvadoreño. Pero no se trata sólo de llevar la claridad a las filas selectas de nuestro Partido. Debemos acabar de una vez por todas con nuestra “leyenda negra” a los ojos del pueblo y poner las cosas en su lugar. Inclusive en lo que se refiere a las graves responsabilidades políticas que nos corresponden como Partido. Cuando estas cosas estén históricamente en su lugar, los comunistas salvadoreños también estaremos en nuestro lugar adecuado, como nunca quizás lo hemos estado

antes en el país. Sólo entonces podremos enterrar de verdad y con honor a nuestros muertos. A los que murieron asesinados en los montes y las ciudades, a los que murieron en la clandestinidad, después de años de persecuciones, humillaciones y miserias; a los que se pudrieron en las cárceles, a los que se quedaron en las salas de tortura; a los que tuvieron que salir huyendo con los hijos a rastras, con una mano adelante y otra atrás, para Guatemala, para Honduras sobre todo, para Nicaragua y más lejos aún, buscando un lugar que les permitiera, algún día, olvidar tanto horror.

Algunos de estos aspectos, aunque ciertamente no todos, fueron introducidos en aquel informe preliminar que elaboramos en las reuniones de reorganización llevadas a cabo en Usulután, y que fuera enviado al extranjero, como ya dejé anotado. Quiero decir que en la actualidad estoy expresando puntos de vista en los que también ha tenido que ver la maduración del tiempo, la meditación de los últimos treinta y tantos años, la poca elevación que mi nivel político pueda haber experimentado. En todo caso, aquel informe recogía lo esencial, lo más urgente de poner en conocimiento del movimiento revolucionario internacional de la época.

Quisiera ahora decir unas palabras sobre los aspectos estrictamente militares de nuestra concepción insurreccional de entonces. Concretamente, sobre el plan militar que el Partido se propuso desarrollar, el plan militar que iba a ser el esqueleto de la insurrección, de la acción para la toma del poder. El plan era sumamente sencillo, como correspondía a quienes lo elaboraron: los miembros de una dirección partidaria que no tenían conocimientos de estrategia militar ni de táctica militar, que no habían leído a los clásicos de la guerra y que no contaban, hay que recalcar esto lo más posible, con la experiencia internacional del presente. Para esa época ni sabíamos quién era Mao-Tse-tung y los mariscales soviéticos que ganaron la Segunda Guerra Mundial estaban en las academias o eran todavía tenientes, digo yo. El Che Guevara y Fidel Castro eran aún dos niños con dientes de leche. Es decir, no estaba elaborada la teoría de la lucha armada antimperalista de los pueblos subdesarrollados y nuestro antecedente fundamental era la insurrección de los obreros rusos encabezada por Lenin, por medio de la cual se tomó el poder y se dio lugar al nacimiento de la URSS. El plan de nuestro partido se basaba en una idea central, que fue detectada tempranamente por el enemigo, como ya he dicho: la toma de los cuarteles principales del ejército en todo el país con el objeto de quebrar en lo fundamental las fuerzas esenciales del enemigo, en uso del factor sorpresa, y con el de apoderarse del armamento liviano y pesado para entregarlo a las masas populares del campo

y la ciudad y formar así el Ejército Rojo de El Salvador. Una vez armadas, estas masas se dislocarían convenientemente para tomar el control de todo el país, desde el punto de vista militar, administrativo y político, de acuerdo con las orientaciones y las formas organizativas indicadas por el Partido Comunista y las organizaciones de masas, etc. Para normalizar la vida institucional del país después de la toma del poder, éste pasaría en el nivel local a las manos de los Consejos de Campesinos, Obreros y Soldados (Soviets).

Para tomar los cuarteles y posesionarnos de las armas, nos planteábamos dos métodos distintos:

1º) la toma del cuartel desde adentro, que se daría en los casos en que en el interior del cuartel tuviésemos la organización comunista de soldados suficientemente fuerte, como pasaba en el Sexto Regimiento de Ametralladoras, la Caballería, etc., en San Salvador. Estos contingentes habían recibido instrucciones de actuar antes que nadie, serían los encargados de abrir el fuego de la insurrección.

2º) La toma de los cuarteles desde fuera, o sea por medio de la acción directa de las masas. También se contemplaban posibilidades de un caso intermedio: cuarteles que se tomaran por la acción de las masas pero con un apoyo limitado desde adentro, cuando la fuerza interna no fuera suficiente para decidir por sí la situación. También se tuvieron en cuenta algunas variantes, de acuerdo con las particularidades de algunos contingentes especiales en alguna rama de las fuerzas armadas burguesas, como era por ejemplo el caso de la aviación. En este caso se había dispuesto la captura de todos los aviadores y su encarcelamiento, con la excepción del oficial piloto Cañas Infante, que se había mostrado en sus actuaciones como un hombre avanzado y progresista. A Cañas Infante pensábamos obligarlo a bombardear las posiciones del Gobierno que resistieran el empuje de las masas o el alzamiento interno de los soldados.

Desde luego cada cuartel como objetivo en concreto tenía su propio plan de asalto o levantamiento, que contemplaba sus características especiales. Este plan asimismo incluía diversas maniobras para sorprender al enemigo, para reducir la efectividad de sus fuerzas o inutilizar su contraataque.

Para las acciones de la insurrección interna en los cuarteles, los soldados comunistas deberían actuar en unidades pequeñas, correspondientes a las células del Partido organizadas, bajo el mando de Comandantes Rojos elegidos secreta pero democráticamente. Una vez que el cuartel estuviera en

manos de las fuerzas revolucionarias y se procediera a armar al pueblo, cada soldado, comunista o simpatizante, habría pasado a ser, por regla general, Comandante Rojo de un grupo de cinco civiles, que a su vez quedaban supeditados a la Célula Militar de la cual provenía su Comandante. Por su parte, el Partido había ya nombrado Comandantes Rojos civiles que dirigirían a pequeños grupos para las operaciones en los Departamentos de Sonsonate, La Libertad, Ahuachapán y Santa Ana. Incluso cuando se tratara de operaciones de gran envergadura masiva (por ejemplo el asalto de un cuartel grande, como el Regimiento de Sonsonate) nuestras fuerzas actuarían internamente divididas en pequeños grupos con gran autonomía de acción.

La represión se desató antes de que hubiéramos terminado de coordinar a nivel nacional este plan y antes de que hubiéramos montado la organización mínima correspondiente. Por eso fue que una vez capturada la dirección del Partido y liquidadas las fuerzas comunistas dentro del Ejército, la gran masa con que contábamos para la toma del poder en todo el país, quedó dispersa, desorientada, sujeta a instrucciones contradictorias, sin saber qué hacer. Desde luego que la falta de organización a nivel nacional no sólo fue causada por la avalancha represiva de enero de 1932 sino en general por las condiciones del clima de terror fascista impuesto contra todo tipo de organización popular y democrática a lo largo de 1931. Quiero aclarar: sí teníamos en funcionamiento, a duras penas, una organización a nivel nacional, pero exclusivamente para movilizaciones de la masa para actividades abiertas, no armadas, gremiales, economicistas, etc. Esas condiciones y la calidad amplia del movimiento de masas de El Salvador habían determinado asimismo que llegáramos a la etapa preinsurreccional con un alto grado de infiltración enemiga en nuestras filas, lo cual permitió al Gobierno estar informado en lo esencial, de nuestros pasos. La verdad es que fuimos excesivamente tibios en esto, pues muchas veces dejamos seguir militando en paz a traidores contra los que había pruebas abrumadoras y a los que era indispensable aislar e inclusive ejecutar.

La falta de coordinación, la desaparición de la Dirección Nacional en el momento más álgido, el descuido en las medidas de seguridad conspirativa, la falta de organización adecuada a nivel nacional para las tareas netamente militares de la insurrección, fueron, creo yo, las principales causas del fracaso militar, base del fracaso total.

Habría que discutir, desde luego, si el plan militar mismo era adecuado o no, si daba margen a la flexibilidad ante el cambio posible de las circunstancias o no. Algunos piensan que aquel plan militar no era efectivamente un plan militar sino un esquema muy general al cual le faltaban los detalles. Yo estoy inclinado a estas alturas a creer eso, pero en todo caso se trata de un problema para especialistas en asuntos militares de la Revolución. Creo que no me corresponde a mí entrar a hacer un análisis profundo y una crítica total en este aspecto. Solamente he querido adelantar una serie de datos generalmente desconocidos por los salvadoreños, que podrán ser examinados por nuestros camaradas más jóvenes y rendir buen provecho para el análisis. Yo no tengo las capacidades ni los conocimientos suficientes. Y creo que esta no es tarea de ninguna persona aislada, por capaz que sea, por bien formada marxistamente que esté. El resultado de un análisis individual frente a un problema tan complejo y tan conscientemente enmarañado, será siempre parcial. Es que se trata de una tarea de organización revolucionaria, de Partido, que los comunistas salvadoreños no hemos cumplido todavía. ¿La razón profunda? Hay muchas: desidia, exceso de trabajo, opiniones divergentes entre los camaradas a nivel de dirección partidaria, temor a las consecuencias políticas inmediatas que pueda tener una labor de revelación de verdades tan serias en el seno de una situación dominada todavía por el enemigo de clase, temor a que la historia nos desautorice, poco dominio de los instrumentos de análisis marxista, criterios erróneos que nos alejan del estudio de los problemas históricos y de todo lo que no sea la elaboración de la línea política y de acción para la próxima semana, etc. Y sin embargo, insisto, se trata de una labor revolucionariamente indispensable. Por mi parte yo no le tengo ninguna clase de temor. Por el contrario, creo que sólo moriré tranquilo si mi Partido y mi pueblo demostraran haber aprendido las lecciones fundamentales de la hecatombe del año 32.

Sobre la represión contra los núcleos comunistas en el seno del Ejército salvadoreño, Schlésinger, en su libro ya citado, omite algunos hechos denunciados por Mármol. Si se sabe que este autor escribió su libro con material que le fuera entregado por la policía salvadoreña y en calidad de plumario pagado por la oligarquía guatemalteca y salvadoreña, su versión evidentemente complementa a la de Mármol sin desvirtuarla. La versión de Schlésinger es la siguiente (págs. 176 a 179):

“El estado de efervescencia y los progresos de la agitación roja en El Salvador, aumentan en proporciones inusitadas. Las autoridades locales persiguen constantemente a los agentes provocadores, porque desde las elecciones municipales y de diputados, los dirigentes del comunismo se habían descubierto y efectuaban públicamente la propaganda a base de ofrecimientos para los suyos y de amenazas para los adversarios.

En los cuarteles han cundido las noticias acerca de los progresos de la catequización entre los cuerpos de tropa. Los jefes y la oficialidad se muestran intranquilos, sabiendo que la simpatía de la tropa hacia los camaradas –como principiaban a decir–, se hacía a cada momento más visible y hasta más entusiasta. De vez en cuando, entre grupos aislados de soldados, uno de todos da lectura a los boletines del SRI o a cualquier otra pieza de la literatura comunista que furtivamente llegaba hasta los centros del Ejército, con el marcado propósito de socavar los cimientos de la institución que podía ser un escollo para el establecimiento definitivo de la nueva modalidad política que proyectaban imprimir al Estado.

El 16 de enero de 1932, en el Sexto Regimiento de Ametralladoras, un soldado de apellido González se presentó al sargento Fernando Hernández, denunciando una conversación sostenida entre varios soldados, los cabos Trejo y Merlos y el sargento Pérez, en la cual se insistía en que debía acabarse con los jefes y oficiales del cuartel, por ser representativos de la burguesía militar. El sargento Hernández, sin perder tiempo, llamó a un sargento de su intimidad de la compañía sospechosa, para preguntarle con un tono de compañerismo que infundió confianza al interrogado, sobre cómo iban las cosas. Este contestó que todo estaba arreglado; que sólo se esperaban las órdenes definitivas para proceder, y para convencerlo le mostró la hoja en que se incitaba a los soldados a pronunciarse a favor de comunismo. Conociendo estos detalles, el sargento Hernández dio al Capitán del Cuartel el parte correspondiente, entregándole la hoja subversiva que tenía en su poder. Este funcionario dio aviso inmediatamente al Comandante del Regimiento, quien hizo levantar a todos los jefes y oficiales (era de noche cuando esto ocurría) para celebrar una junta secreta y tratar de resolver lo conveniente, discutiendo sobre la hoja mencionada y otras dos más que se habían recogido al soldado José Santa Ana.

Se rigorizaron los servicios de ronda a cargo de la oficialidad, comisionándoles a Javez para que con la mayor exactitud averiguasen lo que había en el fondo, fijando una hora determinada del día siguiente para conocer las informaciones obtenidas. Esta recomendación fue de mucho éxito porque los oficiales, ya prevenidos, pudieron darse cuenta de los pormenores del movimiento y adquirir nuevas pruebas; entre estas, la del acercamiento de un automóvil al cuartel en una noche fijada de antemano, para dar con su bocina las señales que indicarían el momento para que se procediera al arresto o asesinato de los jefes y para que se abriese la

puerta del cuartel, donde debían equiparse los soldados del Ejército Rojo. Ante estos detalles de una veracidad indiscutible, el Comando del Regimiento no permitió la salida de los jefes y oficiales, mientras autorizaba el franco de la tropa, dando cuenta al propio tiempo de la situación al Presidente de la República. Acto seguido se ordenó la concentración de todas las armas automáticas, dejando solamente las piezas de los torreones y encomendando su custodia a la oficialidad.

El día 18 hubo un conato de insubordinación pero fue sofocada inmediatamente por el capitán del Cuartel en unión de los tres jefes del cuerpo.

El Comandante General del Ejército, por medio del Ministerio de la Guerra, dio amplias facultades al jefe del Regimiento para que reprimiera en cualquier forma, todo intento de sublevación. Este, ante tales órdenes, se puso de acuerdo con los directores de la Guardia Nacional, de la Policía y de la Penitenciaría Central y una vez entendidos, envió pelotones de soldados sospechosos de la segunda compañía hacia las distintas dependencias apuntadas, donde al llegar se les arrestaba, dando de baja al resto de la referida compañía. El cuartel se reforzó con la Escuela Militar y después con tropas de otras guarniciones.

Enjuiciados los detenidos, declararon en sus respectivas indagatorias su complicidad y la existencia del movimiento revolucionario bajo la dirección del Partido Comunista. Que los agitadores Joaquín Rivas y Carlos Hernández, chófer éste último del Regimiento, fueron los que pusieron en contacto a algunos soldados con Martí. Por esta indicación se procedió a la captura del líder y de sus lugartenientes Alfonso Luna y Mario Zapata.

En el día de la acción comunista se acercó el automóvil e hizo las señales convenidas, pero al bajar sus tripulantes se les recibió con un fuego nutrido de ametralladoras, secundadas por la acción de la infantería, ya colocada en orden de batalla en posiciones ventajosas.

La serenidad del comandante del regimiento, coronel Felipe Calderón, y el valor de su oficialidad, salvaron la situación, sofocando el pronunciamiento proyectado sin que se derramara la sangre de los comprometidos. Sujetos los culpables a los tribunales militares, cayó sobre ellos la sanción correspondiente, evitándose con tales medidas el desastre a que hubiese dado lugar la pérdida de un cuartel de efectiva importancia militar.

También en el Regimiento de Caballería de la capital comenzaron a notarse los indicios de una posible insurrección. Los soldados se muestran huraños, callados, pero con cierta zozobra, como si estuvieran en las vísperas de graves sucesos. Estas condiciones preocupan a los Jefes que ya sabían algo del estado difícil porque atravesaba el país y que notaron el poco entusiasmo de la tropa en el desarrollo de los acontecimientos del 2 de Diciembre, al efectuarse el golpe militar que derrocaria al ingeniero Araujo.

Por estos motivos y debido a revelaciones vagas que le hicieran, el jefe del cuartel hace un llamamiento a la oficialidad del cuerpo y a algunos de los ya licenciados. Pretextando el aseo del armamento ordena que todo lo automático se distribuya entre los oficiales, dejando a la tropa únicamente la fusilería ordinaria. Toma estas medidas con el subterfugio de que, por tratarse de armas modernas, procurábase instruir a los oficiales para que estos a su vez instruyan a los soldados.

Alguien dicta una conferencia sobre la mecánica de las nuevas ametralladoras, con lo cual se devolvió la confianza a los soldados comprometidos que, de momento, habíanse creído descubiertos.

Pero estas armas ya no vuelven a los almacenes; quedan en poder de los oficiales quienes al entrar la noche se colocan en los puntos más dominantes del cuartel; de donde, a la vez de defenderlo, pudieran proceder contra las cuadras de la tropa al notar movimientos sospechosos de la masa. El 19 de enero, a las diez y media de la noche, comienzan a formarse grupos de hombres a regular distancia del cuartel, pero atentamente observados por los centinelas, se prepara la defensa. Ya habíase notado que una compañía completa se acostaba con los rifles al lado, sin dejarlos en los guardacantones como de costumbre. Sobre esta compañía, se redobla la vigilancia y se colocan en determinados sitios varias ametralladoras para barrerlos al menor movimiento. Uno de los grupos que rondaba el cuartel se acerca demasiado a los muros. Se nota que llevan armas cortas y algunos fusiles. Entonces se les marca el alto por el centinela más avanzado y como no se detuvieron se hizo el primer disparo sobre ellos, como señal convenida de antemano, para abrir el fuego. Atacan violentamente y al fragor del tiroteo la compañía sospechosa comienza a moverse lentamente como tratando de echarse sobre el cuerpo de guardia; pero en este momento, secundando el fuego de los murallones abiertos contra los asaltantes, las máquinas del centro abren el suyo contra los sospechosos que, al verse atacados inmisericordemente, se amontonan en desorden facilitando en esa forma el exterminio. Los asaltantes, cuando se enteran de que el cuartel no se entrega como estaba convenido, huyen desbandados, perdiéndose en los barrancos cercanos, pero dejando el campo sembrado de cadáveres”.

Bastaría un ligero análisis para hacer más que evidentes las contradicciones existentes en las versiones de Schlésinger, sobre todo en lo que se refiere a los sucesos del Sexto de Ametralladoras. Resulta increíble que los jefes adoptaran un procedimiento tan arriesgado por razones humanitarias (“el dar licencia a los soldados para luego hacerlos prender en otros cuarteles”) en momentos en que en los cuarteles salvadoreños se fusilaba hasta a quienes llegaban a ofrecer su colaboración, como podrá verse en el documento del Coronel Bustamante Maceo citado más adelante por Mármol. Como una información complementaria he de decir que en la página 179 del ejemplar del libro de Schlésinger que está en mi poder, Mármol escribió al margen con su puño y letra la siguiente aclaración; referida a los sucesos de la Caballería:

–“Esto de los asaltos del 19 de enero es falso. Hicieron la alarma de que Neftalí Joya –líder araujista– invadía la capital y ametrallaron a nuestros soldados de caballería”.

VIII

LA RECONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR

El renacimiento del Partido en San Salvador. Llegada y nueva salida de Miguel Mármol de la capital. Mármol es recapturado por la policía en 1934.

Después de todos aquellos trabajos de análisis y discusión, que consumieron bastantes reuniones, reabrimos el trabajo organizativo partidario en el Departamento de Usulután. Una de las primeras tareas consistió en reagrupar a los camaradas o simpatizantes dispersos en aquella zona, que fueran residentes de la misma y se hubieran quedado sin contacto o hubieran llegado huyendo desde Occidente. Toño Palacios, oriundo de San Miguel, ayudó mucho en esa labor. El núcleo inicial de Usulután actuó como núcleo de dirección, ya que no teníamos contacto con la dirección del Partido, o más bien dicho, no sabíamos si existía en el país una dirección de Partido o restos de la misma.

Cuando ya tuvimos un mínimo de organización marchando, decidimos utilizarla de inmediato en labores políticas, dirigidas a las masas, en el criterio de que no deberíamos pasar mucho tiempo en el subterráneo. Por el contrario había que demostrar al Gobierno y a las masas la vitalidad del Partido de los comunistas, había que dar señales de vida y de acción, para demostrar que ni las masacres ni la ola de terror podrían sepultar completamente a un movimiento revolucionario inspirado en principios justos y humanos. Una de nuestras principales labores al principio fue la de enviar protestas al Gobierno y sus sectores de apoyo por todos los atropellos antipopulares de que teníamos noticia. Enviábamos las protestas por telegrama o por correo, y siempre desde poblaciones lejanas. Disfrazábamos los telegramas con lenguaje comercial o de otro tipo para que el telegrafista los pasara, pero los destinatarios (policías, verdugos, patrones déspotas) los comprendían perfectamente y sufrían sus efectos. Con las cartas no había problema porque entonces el correo no era la agencia policial tecnificada que es ahora. Pero de todas maneras era imposible ocultar que nuestra actividad renacía sobre todo en la zona Oriental del país. Luego pasamos a elaborar y a difundir propaganda de tipo sindical, exhortando a la clase obrera del país a reorganizar sus aparatos de defensa gremial, destrozados por la represión. Una vez que avanzamos en este trabajo pasamos a preocuparnos por elevar la calidad de los nuevos militantes de nuestras células rurales y ciudadanas. Yo

personalmente preparé esquemas de organización hasta reunir un verdadero cuadernillo de esquemas que circuló mucho en las células. Esto era bastante mecánico al principio e incluso los muchachos aprendían de memoria los cuadros como si fueran lecciones de geometría, pero de todos modos nos sirvió de mucho para ir formando a los nuevos militantes en la idea de que la organización comunista tiene sus normas, sus reglamentos, sus formas específicas de funcionamiento que si bien no son dogmas rígidos, ya que deben adaptarse antes que nada a las circunstancias de la realidad, sirven para crear un marco general y operativo. Recuerdo que con mi esquema organizativo logramos gran éxito entre los trabajadores de una de las principales tenerías de Usulután, la de los hermanos Paniagua, ya que los afiliamos a todos, incluso a los aprendices. Además extendíamos poco a poco nuestro círculo de simpatizantes entre la pequeña burguesía de comerciantes, estudiantes, profesores. Recuerdo al profesor Luis García, de Usulután, que sin entrar a militar en el Partido nos fue de mucha ayuda en tareas de contacto. Ya para el mes de noviembre nos sentíamos con suficiente fuerza como para manifestarnos en acciones más públicas y sonadas. La primera oportunidad que se nos dio fue la de organizar la protesta contra la introducción de la fotografía en la Cédula de Vecindad, medida que resultaba excesivamente costosa para los ciudadanos, sobre todo para los pobres del campo y que, ligada a las necesidades de identificación y control anticomunista, iba a ser origen de muchos nuevos atropellos contra el pueblo. Decidimos hacer una “carteleada” en la mera ciudad de Usulután.

El profesor García pintó una buena cantidad de carteles en cartón grueso, con letras de color verde, en los que se rechazaba el uso de la fotografía en la Cédula. Por la noche, diversas comisiones de nuestras células colocaron los carteles en los sitios más visibles y transitados de la ciudad. El barullo que se armó en la mañana siguiente fue del diablo. Algunas personas decían que el color verde de las letras indicaba que se trataba de una acción de los partidarios del Dr. Enrique Córdoba, el viejo opositor burgués de quien ya he hablado. Sin embargo, el contenido de las consignas alarmó a las autoridades por su claro carácter de clase: era evidente que se trataba de los comunistas. La tropa del Regimiento de Usulután entró en actividad después de que su jefe informó y pidió instrucciones a San Salvador. Esa misma noche comenzaron los allanamientos y las capturas, después que implantaron la ley marcial en la localidad. En algunos intentos de captura los vecinos se defendieron como pudieron e inclusive hubo varios muertos en las refriegas. Nosotros seguimos asistiendo a nuestros trabajos en los talleres y fuera de

algún caso aislado, debido sobre todo a la casualidad, nuestros militantes no fueron molestados por la represión, lo cual quería decir que estábamos manejando bien el trabajo clandestino. Mi ex-patrón, el maestro Humberto Flores vio su taller visitado por la policía y el ejército y agarró flojera de piernas. Comenzó a acusar gente. Y a asegurar que la carteleada no era trabajo de los cordobistas sino de los comunistas jefeados por Elías Guevara o sea por mí. Pasaron unos días y la represión no cejaba. Un día llegó a nuestro taller, a probarse unos zapatos, una cliente medio alegrona, que había sido querida de un marinero extranjero y comenzó a hacerme bromas que tenían más de una doble intención. Me llegó a tocar la cabeza y a decirme:

–“Yo sé lo que hay en esta cabecita, reyecito sin corona”.

Y yo sólo me hacía el baboso, silbando y dándole a los zapatos. Para mientras, yo ya le había echado el ojo a un pozo cercano, cubierto por un breñal, que podría servir para esconderme en caso de apuro. Otro día, cuando estaba absolutamente imbuido en mi trabajo cayó en el taller un pelotón de policías al mando de un tal capitán Landaverde. Pero nomás fue el susto, pues solos nos tomaron los nombres y las direcciones y se fueron. Sin embargo a mí el aire me comenzó a parecer pesado, pasé muy inquieto el resto del día. Ya cerca del fin de la jornada de trabajo llegó al taller todo pálido el hermano del maestro Humberto Flores, diciéndonos que aquél, a pesar de ser su hermano, lo había denunciado como comunista, por cóleras familiares, y que ya la policía lo andaba buscando. El olfato me dijo que ya Usulután se había hecho demasiado peligroso para mí. Hice venir al taller a Chico Blanco Martínez y le di instrucciones para que se trasladara a la pieza en que yo estaba viviendo (ya había salido de la casa del señor Galea porque nunca me quisieron cobrar renta y me dio vergüenza estar de almágana) y que si llegaba la policía que dijera que él solo vivía allí y que a mí ni me conocía. Le ofrecí buscarlo en cuanto pasara el peligro. Con el hermano del maestro Flores, quien por cierto aquella vez fue que vio por vez primera en su vida a un comunista, me fui por veredas del monte a Santa Elena Grande. Flores trabajaba a destajo para la zapatería de un tal Capitán Colato, allí en Santa Elena, y me colocó a mí como sustituto mientras él seguía hasta San Miguel o más allá, porque su temor era como para irse hasta el mismo Polo Sur. La verdad es que salimos justamente a tiempo de Usulután porque la misma noche en que huimos asaltaron mi casa y se llevaron preso a Chico Blanco, pero como no le pudieron probar nada por la excelente coartada que tenía, ya que la noche de la carteleada él había estado en un velorio a la vista de todos, lo tuvieron que

sacar. Desde Santa Elena continué centralizando la actividad clandestina. Establecimos un enlace permanente por medio del correo para las cosas de rutina y un enlace especial, personal, por medio de Luis Dávila, para la actividad más clandestina. Luis jugó un enorme papel de enlace recorriendo toda aquella zona que conocía como la palma de su mano y en la cual, como ya dije, era muy querido y respetado. Desde Santa Elena Grande establecí por fin contacto con San Salvador, aunque no sacamos nada en claro, simplemente que había en la capital algunos camaradas que andaban a salto de mata, en condiciones terribles. Extendimos nuestra red de organización a Ilobasco y a la Unión inclusive. La correspondencia era nutrida, al grado de que el propio cartero me dijo una vez:

–“Ni a Gómez Zárate le escriben tanto como a Ud.”

Gómez Zárate era el Presidente de la Corte Suprema de Justicia y con tanto preso y tanto lío judicial era el hombre que más peticiones, súplicas y cartas recibía en todo el país. Creían las pobres gentes que era un paño de lágrimas y resultaba el hombre más duro que una piedra, guardián de la ley de los ricos. Aquellas palabras del cartero me hicieron pensar mucho y adoptar nuevas medidas de seguridad. Sin embargo yo confiaba mucho en la extensa red de contactos personales y de amistades que hice en la zona muy rápidamente. Como era un buen zapatero, ganaba bastante plata y por ello disponía de medios económicos relativamente holgados en medio de la pobreza general. Compraba fruta y la regalaba a los niños de las escuelas y así me ganaba a los padres y a los maestros, compraba cantaritos de chicha fuerte y los regalaba a mis amigos, ya que yo nunca he sido rigioso para chupar. A menudo surtía con café, cigarros o pan dulce los rezos que se organizaban en honor de santos, en ocasión de velorios y otros motivos. De manera que la gente me tenía bastante simpatía. Sin embargo no todo era paz y dulzura, sino que había que andar con pies de plomo. Como se sabe, la zona de Usulután es una de las más violentas del país: la gente se agarra a balazos o a machetazos hasta por una mala mirada, máxime cuando hay trago de por medio. En tres ocasiones escapé a que me matara un distinto borracho que venía dispuesto a soplar al primero que encontrara en su camino. En una de esas ocasiones, el bolo era un hombronazo desalmado a quien nombraban “Garitón”. En su atarantamiento se le metió en la cabeza matarme y sólo por la agilidad me le zafé de los machetazos y me fui corriendo. Entonces el tal Garitón echando espuma por la boca, fue a la cantina para desahogarse, se echó un par de tragos más, y mató a

machetazos a la cantinera, una señora de la vida alegre, blancota ella, de Chalatenango. Otra vez me tocó aguantar una mala vaina en el mismo taller. Resulta que yo estaba haciendo unos zapatos finos por encargo del señor Alcalde, el cual por cierto se había hecho amigo mío, me trataba de lo mejor y hasta me había dado un boleto de identificación para que no pasara dificultades con las autoridades militares, cuando de repente este mismo, el Alcalde, llegó al taller como un huracán, cayéndose de borracho. Se dedicó a fastidiar y a hacer bromas pesadas a todos los trabajadores y finalmente, como viera que yo no le hacía el menor caso ni me reía, vino y se me sentó en las piernas y empezó a pereguetear como si yo fuera su caballo. Yo le dije que me dejara en paz, pero como él insistiera en su peregueteo, me paré violentamente y lo aventé contra el suelo, empujándolo por el culo con el cabo de la navaja. Todos soltaron la gran carcajada y el hombre se puso hecho un diablo y salió para la Alcaldía diciendo que ya iba a mandar una comisión de policías para que me llevaran preso. Ni modo, tuve que darme de nuevo a la huida. Como ya había pasado un tiempo prudencial me arriesgué a volver a Usulután. Los camaradas se reunieron para considerar mi regreso y acordaron que en vista del riesgo extremo que yo corría en la zona, lo mejor era que saliera para Honduras por un tiempo. El acuerdo se comunicó por medio del contacto que habíamos logrado hacer con San Salvador, en la esperanza de que ya hubiera Dirección de Partido constituida y pudiéramos recibir una orientación. No recibimos nada en concreto del Partido pero recibimos la comunicación de un pequeño grupo de anarquistas capitalinos que se estaba organizando y que ya tenían contactos internacionales, en la cual me ofrecían un viaje de descanso a España. Yo decliné la invitación porque consideraba que eso me podría alejar de la lucha quién sabe por cuánto tiempo, ya que uno puede estar seguro de cuándo sale de su tierra pero no de cuándo volverá. Total, que decidí armar viaje para Honduras. Salí de Usulután con 18 centavos en la bolsa. Subrepticamente pasé por Santa Elena para cobrar al Capitán Colato 30 colones que me debía como salario, pero el hombre no me pudo pagar porque no tenía nada en caja y yo no insistí porque él había sido muy bondadoso conmigo. Continué mi camino. Después de algunas horas me encontré con un señor de a caballo en los momentos que se apeaba para almorzar del bastimento que traía. Yo le di los buenos días y él me dijo:

–“Venga para acá, amigo, si es que va lejos, que a mí no me gusta almorzar solo”.

Y me dio de comer abundantemente y al final, como armamos la gran plática y yo le conté que andaba más pobre que un gato peche, se despidió de mí regalándome un peso. Así llegué por fin a Jucuapa en donde tenía como contacto al tío de Toño Palacios, que era el platero de la localidad. El me recibió muy bien, pero la mujer era muy pésima y recelosa y como yo tenía un peso y dieciocho centavos en el bolsillo no tenía necesidad de estar aguantando malas caras y me fui a comer al mercado. Me senté en un comedor y estaba pidiendo la comida cuando entró un tipo desconocido para mí pero que al verme puso una cara de susto tremenda y salió chaqueteado, corriendo. Esto me puso en guardia y me hizo cambiar de comedor. Comí en otra parte, en el establecimiento de una muchacha a quien había conocido en la actividad proselitista de los últimos meses, quien por cierto no me quiso cobrar la comida. Suerte quiere la vida, pensaba yo, aun en medio de mi desgracia general. Dormí en el traspatio de la platería del tío de Palacios y al día siguiente de madrugada él me sacó del pueblo y me dio indicaciones para proseguir el camino a Oriente. No tenía un centavo, el pobre, pero me regaló dos anillos de oro, a escondidas de su mujer, para que yo los rematara en la primera necesidad. Volando pata iba yo cuando en un cruce de caminos me encontré con dos muchachas.

–“Buenos días, les dije al pasar –acelerando el paso.

–“Miguelito, por Dios Santo –dijo una de las muchachas, asustada– venga para acá”.

Yo volví y le dije:

–“Creo que se equivoca, yo no me llamo Miguelito”. “Cómo no –me dijo ella– si yo lo conozco bien. Ud. es hijo de la señora Santos Mármol, que Dios en Gloria la tenga, y por cierto que yo lo creía más que muerto”.

No pude más y me rendí, aunque no acababa de reconocerla.

–“¿Se acuerda de su amigo Pelo de Cucho? –me preguntó– pues yo soy su hermana”.

Efectivamente, Pelo de Cucho era un amigo mío de Ilopango y entonces yo le conté a ella mi desgracia, pensando en que tal vez podía serme útil aquel encuentro. En eso estaba, cuando apareció una patrulla de Guardias, fusil en mano, al mando de un tal teniente Ríos, a quien yo conocía bien y que tenía fama de sanguinario y cabrón. De una vez me registraron y ya me fueron amarrando. Yo les dije que iba para San Miguel porque había recibido un

telegrama informándome que mi hermano estaba grave de muerte en el Hospital, que yo era de Usulután y que era persona honrada, aunque pobre. Las muchachas intercedieron por mí y finalmente los Guardias me soltaron, diciéndome:

–“Bueno pues, andáte a ver a tu hermano. Pero tené mucho cuidado porque la próxima vez que te veamos te vamos a trabar bien”.

Después de un viaje sin mayores incidentes llegué a San Miguel donde esperaba ser recibido en la casa del papá de Toño Palacios, don Abel. En el puesto de policía que controlaba la entrada y salida a San Miguel me llevé otro susto: allí estaba haciendo el control, uniformado de policía, un exzapatero de apellido Silva que me conocía más que a su madre. Pero yo me metí entre un grupo de campesinos que mostraban sus papeles a otros cuillos y el bandido no me vio. El papá de Toño Palacios me recibió muy bien, pero me aconsejó que no me quedara en San Miguel porque el control policial era tremendo y él mismo estaba chequeado a causa de sus anteriores actividades revolucionarias. Pasé allí unos pocos días y luego me impuse otra meta que me parecía segura: un cantón cercano a Gotera que se llamaba Delicias. Desde ese cantón habíamos recibido en Usulután y Santa Elena unas cartas magníficas por su fervor revolucionario, provenientes de un herrero que decía estar dispuesto a entregar hasta la última gota de sangre por la actividad revolucionaria de la clase obrera. Eran unas cartas estimulantes y encendidas. Además nos decía siempre que tenía un trabajo político y organizativo tan completo en la zona en que vivía, que parecía como si ya se ejerciera allí el poder popular. Con esos antecedentes me fui a Delicias. Mi decepción fue enorme. Efectivamente, el herrero existía, pero cuando le planteé quien era yo y le pedí ayuda, recordándole sus excelentes cartas, el hombre no se hizo cargo de nada y dijo ignorarlo todo. Por lo que hablaba, parecía una persona distinta de la que escribió las cartas. Al principio yo creí que él eludía la conversación por la presencia de su mujer, pero después hablamos a solas y nada lo hizo cambiar. Finalmente le pedí que me hiciera un solo favor: guiarme hasta el otro lado de la frontera de Honduras. El tipo tampoco se hizo cargo, pero me dijo que podía viajar sin cuidado, que el Gobernador hondureño del Departamento colindante era progresista, etc. De manera que una noche me puse en camino hacia Honduras. Me fui sin despedirme, a la medianoche, pues el herrero ni siquiera me permiso dormir en el interior de su casa sino que me dio un petate viejo para que me acostara en el traspatio, bajo el sereno de la noche. ¡Era todo un intelectual, el hijo de puta, digo,

suponiendo que era él efectivamente quien escribía aquellas cartas tan emocionantes! A la salida del sol me encontré con un viejito a quien pregunté a qué altura del camino estaba la línea divisoria con Honduras. El me preguntó por su parte si yo llevaba mis papeles en regla y yo le dije que no, que iba huyendo de la pobreza y que no había tenido un centavo para sacar documentos. Entonces me aconsejó que no se me ocurriera pasar a Honduras por esta zona porque había mucha vigilancia por ambas partes y que a cada rato mataban gente que intentaba el paso ilegal.

–“Como veo que Ud. desea trabajar, –me dijo– voy a darle una dirección de alguien que necesita gente para trabajar en su finca, cerquita de San Miguel”.

¿Qué hacer? Las dificultades me habían desorientado y mis vacilaciones eran grandes. Decidí regresar a San Miguel. Pese a hacerlo por veredas y atravesando fincas, fui controlado y capturado por un grupo de peones de una hacienda, pero los convencí de que era simplemente un caminante extraviado y no un delincuente en fuga y me soltaron, después de darme un poquito de leche y un pan. Caminé el resto del día y la noche me cayó encima junto con un hambre de los mil demonios. Me sentía desfallecer. Caminaba unas cuadras y me tenía que sentar para juntar fuerzas. Así, cayendo que levantando, llegué hasta las márgenes de un río. La luna estaba tierna y el terreno era abierto sin selva ni mucho matorral. Bebí de la corriente pero no se me calmó el hambre. Como el camino por el que venía desaparecía en el río, decidí caminar por una de sus orillas más o menos en la dirección que me parecía era la de San Miguel, esperando encontrar un nuevo camino o toparme con alguna persona que pudiera orientarme. Efectivamente, después de caminar algunas cuadras, hallé un grupo de pescadores tirando una atarraya en una poza pacha formada por un recodo del río. Los saludé y les pedí orientación, y como los viera amables les dije que me estaba muriendo del hambre y que si no me podían regalar algún pescado que les sobrara para comérmelo aunque fuera crudo. Uno de ellos me respondió:

–“Ay, señor, si tuviéramos le dábamos suficiente para su sustento y hasta se lo asábamos, pero el problema es que en toda la noche no hemos podido agarrar ni un chimbolo. Nunca habíamos tenido tanta mala suerte”.

Y me agregaron que si me esperaba tal vez caía algo y sin duda ellos me darían por lo menos lo suficiente para coger aliento y seguir mi camino. Me senté, pues, a descansar, mientras ellos seguían tirando la atarraya.

La tiraron dos o tres veces y nada, ni un pinche pescado. Yo me sentía un poco adormecido por el cansancio de la caminata, pero las mordidas del hambre no me dejaban pegar los ojos. En eso apareció allí una muchacha bastante bonita, que nos preguntó el camino para ir a un lugar llamado Santa Cruz o algo por el estilo. Los pescadores salieron del agua y se quedaron viendo a la muchacha, que con su carita triste en medio de la noche avanzada y en aquellos parajes llenos de polvo, era la imagen patente del desamparo. Ellos le indicaron el camino y le dijeron que tuviera cuidado, que no era nada bueno para una muchacha como ella andar sola por esos lugares a altas horas de la noche. Ella solamente dio las gracias y siguió su camino, desapareciendo de nuestra vista tras de un cerco de piedra que se perfilaba sobre un desnivel del terreno. Casi inmediatamente se oyó una carcajada de loca y un como alarido que nos paró el pelo a todos. Los pescadores dijeron:

–“Ave María Purísima. Era la Ciguanaba”.

Pero uno de ellos cortó el momento de terror, gritando:

–“Miren la atarraya, se llenó de pescado”.

Efectivamente la atarraya se movía y los pescadores se metieron al río para jalarla. La sacaron llena de pescado y camarón. Uno de ellos sacó una botella de guaro que tenía enterrada bajo una piedra y todos nos metimos un gran trago para quitarnos el susto. Allí mismo se hizo fuego y asamos camarones con sal para comer. Los pescadores dijeron que aquel cargamento de pescado había sido regalo de la Ciguanaba a causa de que ninguno de nosotros había mostrado mala intención en su contra cuando se nos presentó en forma de muchacha bonita, pero que habría bastado con el menor intento de abusar de ella para que se hubiera convertido en un monstruo y nos hubiera jugado la cara dejándonos idiotas para el resto de la vida. Cuando se me subieron los tragos agarré valor para ir a ver si alcanzaba a la muchacha o a la Ciguanaba, pero no encontré huellas de nada. Yo les decía a aquellos hombres que todo era una pura coincidencia y que no había que dejarse sugerir. Que lo de la Ciguanaba era un cuento de camino real, una simple superstición. Sin embargo, por si las moscas, decidí no continuar camino en aquellas oscuras y esperar a que amaneciera para dirigirme a San Miguel. Con la barriga llena de camarones, me dormí a la orilla de aquel río. Al día siguiente, pensando en la Ciguanaba todavía, me despedí de mis amigos pescadores y seguí mi camino. Llegué a las orillas de San Miguel en la misma mañana pero no pude entrar a causa de la vigilancia policial evidentemente acrecentada. Cuando llegó la noche logré meterme por extravíos y me fui directamente a casa de

don Abel Palacios, quien se mostró conmovido por mis fracasos, aunque me hizo burla cuando le conté lo de la Ciguanaba. Desde entonces me guardé aquella experiencia para mis propias cavilaciones. El día siguiente salí a buscar trabajo. En la dirección que me diera el viejito que me convenció de no ir a Honduras; ya no necesitaban trabajadores y por el contrario muchos desocupados rondaban por allí. De manera que decidí correr otra vez el riesgo de volver a Usulután por una nueva ruta, un camino que remontaba el Volcán de San Miguel. La ruta era buena porque en ningún momento me topé con autoridades. Pero precisamente por ello tenía su inconveniencia: era una ruta de bandidos y maleantes. A cierta altura de mi camino se me aparejó un maleante que venía comiendo papaturros. Comenzó a platicar conmigo hablando de matonerías y haciendo plantas de forajido. A mí me dio miedo porque el tipo era grandote y fuerte, así que yo también me puse a hablar de matonerías, diciendo que yo no me dejaba joder de nadie, que debía varios delitos de sangre y que hasta más de un muertito tenía en la conciencia, que como amigo yo era amigo de verdad pero como enemigo era terrible y que hasta la Guardia Nacional se cagaba de miedo conmigo. Llegamos a una casa y entramos a pedir de comer. La gente de allí era pudiente y nos sirvieron con ganas. Una vez que terminamos, los señores de la casa nos dijeron que tomáramos lo que sobraba para comerlo en el camino. El matón se abalanzó y echó todo en su maleta y no me dejó nada a mí. Los señores no dijeron nada porque supusieron que luego nos repartiríamos aquel bastimento. Ya en el camino le reclamé al matón por aquel acaparamiento y el tipo se me hizo el gallo y me insultó. Entonces yo le dije que mejor nos separáramos porque yo ya estaba con los meados calientes y no fuera a pasar una barbaridad. Me le adelanté, pero como el tipo era zancón no podía perderlo por más que yo caminaba recio. Al fin llegué a un rancho de campesinos y entré a pedir una tortilla. El tipo se detuvo, esperando a que yo saliera. Yo les conté a los campesinos el incidente y ellos me dijeron:

–“Tenga cuidado, que ese hijo de puta debe ser malo: se le echa de ver en el talle”.

Felizmente llegó un carretero que llevaba un cargamento hacia Batres y me fui con él, como ayudante. De Batres me metí a Usulután sin incidencias.

Contacté con los camaradas y se decidió que yo hiciera una vida por completo clandestina, trabajando de noche como zapatero para ganarme la vida y entregando mi producto a otros compañeros para que ellos lo metieran a los talleres y cobraran por él. Fueron días de hambre, limitaciones y amarguras.

Sin embargo no nos desesperábamos, sobre todo porque nos solían llegar noticias de todo el país sobre el renacimiento lento y dificultoso del movimiento revolucionario. El primero de mayo de 1933 lo celebramos desde la clandestinidad, pero infinidad de carteles y banderas rojas que aparecieron en los árboles y cercos rurales, a las orillas de las carreteras y caminos, tanto en Usulután como en Jiquilisco, Jucuarán, Santiago de María, etc., hablaban elocuentemente de nuestra existencia y de nuestra actividad. El 5 de agosto de 1933 se tomó la decisión de que yo regresara a San Salvador. Ya la organización de Usulután podía controlar toda la zona Oriental sin mí y ya se hacía indispensable un alto grado de coordinación con la dirección que suponíamos funcionaba de alguna manera en la capital. Me había pasado más de un año huyendo, pero la labor había sido fructífera desde el punto de vista político y organizativo. Disfrazado de enfermo, con una toalla enrollada en la cabeza, tomé el tren expreso hacia la capital. Siempre he tenido buenos recuerdos de Usulután a pesar de las desgracias que he relatado hasta acá y de las que relataré. La gente fue muy buena conmigo y pude convalecer de mis heridas físicas y morales y hasta echar un poco de carnes y un poco de color en los cachetes. Inclusive quiero decir, para terminar, que tuve allí un bonito amor. Me enamoré de la directora de la escuela en Santa Elena, una bella señorita de apellido Guerrero. No quiero decir nada más porque luego ella se casó por aquellos lares y seguramente mantendrá su hogar. No fui muy correspondido que se diga, pero sí un poquito. Su figura fue bálsamo en las llagas de mi corazón. De ese episodio dulce conservo una pequeña prosa, muy romántica, pero que me gusta mucho de entre las cosas que he escrito. Bayuncadas de uno.

La llegada a San Salvador fue decepcionante para mí. El aspecto de la capital era triste y desolador. Se respiraba el miedo por todas partes y hasta en las cantinas los borrachos eran tristes y silenciosos, cosa que es el colmo para un salvadoreño, que cuando se echa sus farolazos se cree el rey del mundo, el más hombre, el más rico y el más galán. Además, la pobreza que se miraba en la calle era tremenda. Los comercios, vacíos. Y el control policial era tan evidente que uno podía eludirlo de lejos, pero para la ciudadanía común era fatal. Los pocos camaradas sobrevivientes estaban todos dispersos. Sin embargo se hacían reuniones de cuando en cuando para aprovechar alguna oportunidad de trabajo, con el esfuerzo de nuevos camaradas de Santa Ana y otras zonas occidentales que habían escapado a la masacre más violenta. Ellos habían dado por reorganizado el Partido y se procedió a reconocer como Comité Central el equipo de Dirección que funcionaba en San Salvador. En

aquella época es que comenzó la labor partidaria de camaradas como León Ponce, Roca y otros, camaradas santanecos que llegarían a ser figuras centrales de esta nueva época del Partido salvadoreño, forjadores de varias generaciones de comunistas, que compartirían conmigo inclusive los trabajos iniciales de organización proletaria y comunista en Guatemala, ya para la época de la llamada “revolución guatemalteca”. Recuerdo que en esta ocasión que me reintegré a los trabajos del Partido en San Salvador, mis primeros contactos fueron con el camarada Monterrosa; con un camarada Antonio, apodado “El Diablo”, de quien creo hablé antes y que moriría en 1934 de una fulminante tuberculosis que le vino a causa de las brutales apaleadas que le dieron en la policía nacional; el camarada Ramón Ríos; el que había vuelto a ser Secretario General, camarada Narciso Ruiz; el camarada Francisco Morales; el camarada Jorge Herrera, de oficio barbero, que aún vive, en Panamá; el camarada Dionisio Fernández; el camarada a quien le decíamos el ronco Félix; el entonces camarada Julio Fausto Fernández, que llegaría a ser Secretario General del Partido y una figura más o menos internacional y que luego traicionaría pasándose a las filas del enemigo con todo y cartuchera, filas en las cuales llegó a ser Ministro de Justicia del régimen criminal de Lemus (1956-1960) además de filósofo cristiano y profesor universitario y juez de primera instancia y diplomático y no sé cuántas cosas más. Por cierto de Julio Fausto era entonces un joven optimista y muy activo en la lucha y me impresionó favorablemente desde que lo conocí en Paleca, en una reunión clandestina, por su entusiasmo e inteligencia. Era de esos muchachos brillantes a quienes se les nota el ajuste del talento en las manos y en los ojos. Siempre llegaba a las reuniones contando los pequeños éxitos organizativos y los grandes planes para el futuro. Leía y nos hacía leer de todo, reproducía nuestros manifiestos a máquina después de corregirles el estilo y hacía que sus amigos estudiantes y compañeros pequeño-burgueses los distribuyeran en sus respectivos círculos sociales. Una verdadera lástima su destino posterior, su falta de firmeza disfrazada con una conversión al cristianismo que no le han creído nunca ni los curas. Pero así es la vida. Más bien dicho, así es la lucha de clases en la cabeza de los aliados del proletariado.

Como mi trabajo partidario creció, hice venir de Oriente a Toño Palacios y conjuntamente nos encargamos de organizar los correos con las células del Partido en todo el país. Hacia Oriente pudimos organizar un correo diario. Fue por la vía personal, por medio de un brequero de ferrocarril que vivía en La Unión, cuyo nombre se me olvida pero de quien sé que en 1954 llegó a ser

Secretario General del Partido Comunista de Honduras. Además de servir de correo con las organizaciones de Oriente, este camarada iba colocando en los buzones postales de su recorrido, cartas de protesta contra el régimen y sus atropellos cotidianos.

En San Salvador volví a juntarme con mi pobre mujer, en condiciones sumamente dificultosas. No pasábamos más de tres días en un mismo mesón para que no me localizaran los aparatos policiales, en uso de la táctica de salto de mata. Además, el trabajo para malganarse la vida no se miraba por ninguna parte y las hambreadas eran terribles. En comparación, mi vida en Usulután había sido de príncipe. Pero a pesar de los miedos, del estómago vacío, del desamparo en que trabajábamos, del desligamiento con las masas, nuestra organización crecía, el reclutamiento se mantenía constantemente y sin abandonar el estricto criterio selectivo. El Partido vivía y se desarrollaba. Que cada uno de nosotros estuviéramos muchas veces a punto de morir de hambre o de tristeza, eso no importaba. Todo era difícil entonces y la verdad es que donde no mirábamos perspectivas poníamos la fe, el orgullo, la cólera, la necesidad, los huevos o las candelas. Los muertos pesaban miles de quintales, toneladas. Pero también pesaban de arriba para abajo, no sé si me explico. Quiero decir ¿cómo iba a aceptar uno que estaba equivocado cuando sabía que por nuestra verdad había muerto gente como el Negro Martí, como Luna y Zapata ? Eramos ignorantes y nos sentíamos ignorantes. Yo soy viejo ahora y sigo siendo ignorante. Pero la burguesía no nos va a aplastar jamás por saber más. El problema es otro. Es de leyes históricas. Y aunque nosotros no las manejábamos bien, las olíamos, las sentíamos en la punta de la lengua. Y sobrevivíamos. Y sobrevivimos. Y estamos en plena pelea. Y tenemos un mundo socialista. Y un Vietnam. Y una Cuba. En fin, eso lo sabe todo el mundo, no es necesaria la propaganda.

En cierta ocasión, debe haber sido por allá por julio de 1934, me avisaron que se había reclutado a un nuevo camarada y que yo debía tomarle el juramento de ingreso al Partido. Era el camarada Porfirio Huiza. La ceremonia sería a la luz del día, en el mero parque Centenario, casi enfrente de donde había tenido su local el Partido. Ahora me parece que aquello fue una tontera, pero entonces esas actitudes temerarias nos servían de mucho moralmente, nos servían para sentirnos en todo momento desafiantes frente al poder enemigo. A la hora señalada, llegué al parque. Detrás de mí venía un grupo de protección integrado por tres camaradas que se hacían los indiferentes, cada cual caminando por su lado. El nuevo camarada llegó puntualmente. Nos sentamos en un banco y sin más ni más le pregunté:

–“¿Jura Ud. ser fiel, cumplir con los mandatos de la clase obrera, entregar su vida a la causa de los pobres y los explotados?”

Y Huiza dijo:

–“Sí juro, camarada. Ya ya de una vez juro que si no sirvo, mejor que me maten”.

Yo le respondí:

–“No hay que hablar de la muerte, camarada. La clase obrera lo que necesita es la vida y la acción de los luchadores. En nombre del Comité Central del Partido Comunista Salvadoreño, sección de la Internacional Comunista, lo declaro a Ud. miembro activo de nuestras filas”.

No había acabado de decir esta frase cuando uno de los compañeros del grupo de protección pasó cerca de mí y dijo:

–“Camaradas, nos ha rodeado la Policía”.

Efectivamente, un grupo como de siete u ocho policías nos estaba echando un cerco paulatino, que le dicen, y ya estaban como a treinta metros.

–“Ahí tiene su primer trabajo, camarada” –le dije a Huiza.

Y como vi que él avanzaba amenazador contra los policías, le ordené firmemente:

–“No sea baboso, lo que nos toca ahora es correr”.

Y ayudados por el grupo de protección nos fuimos al carajo. Los cuilios alcanzaron a capturar a un camarada del grupo, que no se les pudo zafar y trató de perderse por la zona del arenal, hacia lo que hoy es la Colonia El Bosque o la Colonia Guatemala.

Los contactos con el interior del país mejoraron notablemente y de nuevo nuestra actividad principal comenzó a dirigirse a la zona occidental. Entre nosotros y los santanecos logramos parar una organización en Sonsonate. Julio Fausto Fernández trabajaba macizo, a pesar de que ya había llamado la atención de la policía. En esos días yo me encontré un magnífico refugio en una casa del Barrio La Esperanza, casa que era de una muchacha medio pizpireta que le dio trabajo de sirvienta a una de mis hermanas. Esta muchacha era de origen muy humilde, pero por bonita y por simpática le cayó bien al Cónsul de España, el tal Sagrera, que era además industrial y comerciante, quien la hizo su dama y le puso casa. Estaba loco el hombre por

ella. La muchacha le había tomado aprecio a mi hermana y además estaba horrorizada por los crímenes que habían cometido las Guardias Cívicas y el Ejército, de tal manera que cuando mi hermana le pidió posada para mí por un par de días, le dijo que no se preocupara, que yo podría vivir allí todo el tiempo que fuera necesario. Entonces mandé a mi mujer y los cipotes con mi otra hermana a un mesón de allá por la Garita y yo me encerré a preparar materiales de estudio y esquemas de organización en la casa del gran amor del cónsul de España. Mis contactos partidarios se hacían cerca de allí, para no quemar la casa, en un lugar oculto entre piedras y breñales, al nivel de la corriente del Río Arenal, cerca del puente de la Esperanza. Allí nos veíamos con los camaradas por la noche, a pesar de los peligros de la Ley Marcial, peligros entre los cuales el más seguro era que las patrullas nocturnas lo cosieran a balazos a uno al sólo verlo. En más de alguna ocasión tuvimos que encender alguna luz para leer mensajes en la oscuridad y, supongo yo que por mediación de las viejas vecinas supersticiosas, comenzó a circular el rumor de que en el Arenal salían las almas de los muertos a penar porque de seguro allí había cadáveres de fusilados enterrados por la policía y que, como quizás debían algo en este mundo, andaban todavía penando y mostrándose a los ojos de los vivos. Esta versión llegó hasta la prensa y de pronto los titulares comenzaron a hablar del “Gran Fantasma Rojo del Puente de la Esperanza” y tuvimos que suspender las reuniones allí, no fuera que nos venadearan para matar al fantasma, ya que por muy fantasma que fuera, por el mero hecho de haber sido llamado “Rojo”, seguramente que iba a ser blanco de los cuilios sin que estos preguntaran previamente si se trataba de un alma de esta vida o de la otra. Fue en esos días que se desató un temporal verdaderamente terrible y el arenal se convirtió en una creciente peligrosa. Llovía y llovía sin parar, mientras yo le daba a la máquina de escribir. Una noche la lluvia fue tan fuerte y los vientos tan huracanados, que el río comenzó a zumbar y a subir de altura y a llegar cerca del puente. La casa en que yo estaba había sido construida en el barranco encima del río, pero era de cemento y ladrillo, basada en pura piedra y no había problema. Pero yo me preocupé mucho pensando en la suerte que podían correr mis hijos con aquella tempestad, viviendo como estaban en un mesón de paredes de bahareque y lodo. El mesón quedaba muy cerca del río Arenal también, pero a la altura de la Garita, a unos dos kilómetros de donde yo me encontraba. Yo tenía miedo de que el mesón se derrumbara y sepultara a mi gente. De tal manera que les dije a las señoras de la casa y a mi hermana que iba a salir para ver a mis hijos. Ellas se opusieron porque dijeron que un hombre solo bajo la lluvia

sería blanco de los retenes escondidos en menos de lo que canta un gallo. Pero yo insistí y les dije que no era justo que yo estuviera tranquilo entre paredes de ladrillo y cemento, con todas las comodidades, mientras a lo mejor mis hijos y mi mujer ya estaban muertos por el rigor del temporal. El río zumbaba allá abajo y yo más me afligía. Al final, siguiendo mi corazonada, salí de la casa a pesar de las súplicas de las mujeres y del papá de la muchacha del Cónsul, que estaba entonces allí. Con gran cuidado y caminando por veredas en medio del chaparrón, logré llegar sin problemas hasta el mesón donde vivían mis hijos y mi mujer. Felizmente todo estaba normal y el mesón no se había caído. Mi mujer y mis hijos, lo mismo que mi hermana, me recibieron con gran alegría y me dieron café. A la media hora de estar yo allí, polongonearon fuertemente la puerta. Yo pensé, dado el tono de los golpes, que era la policía o un perseguido por la policía. Saqué de una gaveta de la mesa de mi hermana la pistola que ella había comprado para cualquier emergencia y mi mujer fue a abrir. Cuál no sería nuestra sorpresa al ver llegar a mi otra hermana con la muchacha del Cónsul de España, todas lodosas, golpeadas y medio desnudas. Sobre todo la muchacha dueña de la casa. Había perdido la bata con que estaba vestida cuando yo la dejé y venía solamente en ropa interior, toda rasponeada de las piernas. ¿Qué había pasado? Pues simplemente que unos quince minutos después de que yo salí de aquella casa, se oyó una gran traqueteazón y las paredes comenzaron a rajarse y el piso a inclinarse y toda la casa comenzó a moverse. La fuerte corriente del río había terminado por socavar la parte del barranco donde estaba asentada la casa y esta se fue deslizando con todo y cimientos de piedra y terminó por caer al río, siendo destrozada por aquellas aguas descontroladas. El papá de la muchacha se había ido en la creciente y seguramente se había ahogado entre el lodo y los troncones. La mamá de la muchacha, que pudo salir a tiempo de la casa, no había alcanzado a llegar hasta donde nosotros y se había quedado descansando a medio camino, golpeada y completamente agotada. Yo salí a buscarla y la llevé al mesón. Felizmente ellas tenían un negocio de cantina en las inmediaciones de la Avenida Independencia y para allá se fueron a vivir, completamente desmoralizadas por la terrible muerte del jefe de familia. Lo que menos sentían era la casa porque la muchacha estaba segura de sacarle otra al Cónsul de España. Yo sentí de nuevo que me había pasado muy cerca la muerte. Tuve que quedarme a vivir en aquel mesón y desde allí reorganizar mis contactos y mis actividades partidarias. Pero como posiblemente mi mujer ya estaba detectada por la policía pronto comenzamos a sentir que

había vigilancia en las proximidades. El cerco se estrechó y llegó el día que ya no pude salir de la pieza. Posiblemente los esbirros esperaban la noche para irme a sacar del pelo sin escándalo mayor. Para colmo de males llegó a verme Antonio Palacios con dos camaradas nuevos de Santa Ana que me quería presentar. Yo no pude avisarles a tiempo y cayeron en el cerco, quedándose encerrados conmigo. Entonces yo propuse un truco. Toño Palacios era muy parecido físicamente a mí y yo le propuse que fuera a comprar algo a la pulpería más cercana, lugar donde estaban concentrados más policías que en otros rumbos, para ver qué pasaba. Efectivamente, lo confundieron conmigo y lo capturaron. Incluso le dispararon cuando intentó huir, pero felizmente no lo hirieron. A todo esto yo había intentado salir por la parte trasera del mesón pero al llegar al zaguán me encontré con un cordón de policías que aguardaban pistola en mano. Tuve que regresar y enfilé para mi pieza. Cuando llegué cerca vi que habían metido en ella a Toño Palacios y lo estaban interrogando a gritos. Llevaba la voz cantante un famoso esbirro, el comandante Campos, que asimismo trataba de asustar a mi compañera para que “cooperara con la autoridad”. Yo seguí de largo y los policías que estaban en mi pieza no me dijeron nada: creyeron que era un simple vecino que pasaba por allí. En esos momentos comenzó a llover con cierta fuerza. Salí entonces del mesón por la puerta principal caminando a todo lo que me daban las piernas. Pero en la esquina más cercana estaban dos policías que me conocían mucho, un tal Esquivelón, que era un verdadero perro, y un tal José Rivas, que inclusive había sido miembro del Sindicato de Saloneros en el seno de la Regional. Lo que me valió fue que el aguacero arreció tremendamente y pude correr y aunque los perros me dispararon no me pudieron herir. Además, como eran hombres mayores y pesados no se atrevieron a corretearme bajo aquel aguaje. Di un rondín por terrenos baldíos y fui a salir por allá por la Chacra. De allí tomé un bus con rumbo al centro, pero al pasar por la Avenida Independencia recordé que mis protectores de la casa que se había llevado el río, y mi propia hermana, estaban instaladas cerca de allí, así que me tiré del bus en marcha y fui a buscarlas.

Cuando llegué a la dirección que me habían dado, donde yo nunca había estado antes, me di cuenta de la naturaleza real del negocio de aquellas señoras. No era solamente una cantina común y corriente. Era además una chaparrería o sea una fábrica y expendio de aguardiente clandestino y, para colmo de males, era también una casa de citas, con putas de la casa y con piezas para llevar mujeres. Pero cuando se trata de salvar la vida, hasta las casas de putas agarran cara de conventos. Las señoras me acogieron con

cariño y me dijeron que podía quedarme con ellas allí, aunque mi hermana no había querido quedarse al ver de qué se trataba el negocio. Me advirtieron sin embargo que si en la casa del barrio La Esperanza todo había sido tranquilidad, aquí en el negocio la cosa iba a ser de constante peligro porque lo mismo llegaban militares que civiles, abogados que médicos, estudiantes que policías, curas disfrazados de empleados o periodistas. Había pues que tomar algunas medidas. Para comenzar me corté el pelo a la raíz y me dejé crecer el poco bigote que tengo y para justificar mi presencia en la casa, sobre todo con las putas que son boconas y que aceptan soborno de la policía, pasé a ocupar un cargo determinado en el negocio: nada menos que el de preparar el aguardiente clandestino. Este trabajo me permitía además estar alejado del público, en un cuarto del traspatio. En dos o tres días aprendí a la perfección el oficio y no sólo destilaba el chaparro y el coyolito en el más puro estilo de Cojutepeque, sino también el guaro de nance y marañón, de piña e jicara, y me inventaba diversas mezclas para producir variantes en la calidad, en el sabor, en la aspereza o la delicadeza de los tragos. Hasta con algunas especies y yerbas experimenté para mejorar el bouquet del guaro, aprendiendo asimismo la química de la adulteración de licores como el anís del mono y la crema de menta. Estos licores además, agregados al guaro por cucharaditas daban resultados magníficos. Pero sobre todo tuve un éxito enorme con el coyolito, que fue elogiadísimo inclusive por un grupo de militares que llegaron una noche de parranda y se emborracharon con mi producto y hasta querían llevarme al cuartel para que instalara y manejara allá una sacadera para la oficialidad. Las señoras de la casa decían que Dios me protegía a pesar de todo, pues aunque me había puesto el castigo de ser comunista, también me había dado muchas gracias para sobrevivir, entre ellas buena mano para hacer guaro, virtud que tiene una persona entre mil, así como los que encuentran tesoros enterrados o fuentes de agua subterránea.

Mientras tanto, mi compañero había salido de la cárcel y había logrado hacer contacto con los camaradas y conmigo y nos había enlazado, pero la vigilancia en San Salvador era feroz y nos paralizaba por días y días. Para acabar de joder, un tipo llamado Sanabria, que era policía, logró infiltrarse en el Partido, a pesar de que yo personalmente había expresado mi seguridad de que no era una persona de confianza y me opuse a su ingreso. Este Sanabria logró localizarme y de nuevo volví al salto de mata, hasta que se me ordenó salir de San Salvador y viajar de ida y vuelta por Oriente, mientras en los círculos del Partido se echó a correr la noticia de que yo me había ido definitivamente para Honduras, a fin de que por medio de la infiltración la policía se tragara la

píldora y aflojara la presión en mi contra. Por muchas razones, entre ellas la de que mi mujer estaba a punto de dar a luz, tuve que volver pronto a San Salvador. La vigilancia no había menguado y el control, sobre mi mujer, parientes y amigos era extremo. Me mantuvo entonces saltando entre San Salvador y las poblaciones vecinas, como Soyapango, Ilopango, Mejicanos, etc. En varias ocasiones se detuvo por corto tiempo a mi mujer o a mis hermanas, y los policías, cada vez que asaltaban nuestras piezas, robaban todo lo que hallaban a mano, para hundirnos más aún en la miseria. No tuve más remedio que buscar refugio en San Martín en la casa de otra mi mujer que yo tuve y de la cual no he hablado hasta aquí, ni hablaré más, por razones que sólo a mí me importan. Me refiero a la Adelita Anzora, con quien tuve una hija llamada Hildita. La Adelita me recibió muy cordialmente y no se negó a darme refugio, a pesar del tiempo transcurrido entre nuestras relaciones y aquel entonces. Pero lo primero que me dijo fue que se alegraba de que yo hubiera aparecido porque un hombre bueno y honesto le había propuesto contrato de matrimonio y como yo era el padre de su hija quería saber mi parecer para no tener problemas después.

–“Yo no he aceptado todavía la propuesta –me dijo– en la esperanza de poder hablar primero con usted”.

Yo le dije que me parecía magnífico, que ella merecía un buen hombre y mi hija un buen padre y yo no podía ser ni lo uno ni lo otro para ellas por mi vida azarosa y llena de peligros, y por mis otros compromisos. La Adelita me dio de comer y me tuvo en su casa por unos días, al cabo de los cuales volví a meterme en la boca del lobo que era San Salvador. Al irme me dio una caja de fósforos. Adentro había colocado, todos doblados, varios billetes de a peso.

Pero hasta el hecho de viajar por carretera se estaba poniendo duro para entonces. Ya por esos días registraban hasta las carretas de bueyes y para viajar por bus había que identificarse, ya que el chófer elaboraba una lista de pasajeros que entregaba en los puestos de policía a la salida de las poblaciones. Supe por medio de amigos bien enterados que entre San Salvador y Cojutepeque se movía una comisión de policías, comandada por un tal Hinestroza, que me buscaba especialmente a mí. Yo llegué a sospechar que a alguno de mis familiares detenidos le hubieran podido sacar algo en los interrogatorios, porque veía que la persecución se hacía cada vez más atinada. Conseguí trabajo por unos días en una zapatería de Cojutepeque, hasta que supe que habían capturado de nuevo a mi mujer, junto con una sobrina de cortos años. Por cierto que lo de la nueva cárcel de mi mujer lo

había soñado hasta el detalle, unos tres días antes de recibir la noticia. Mis amigos me sacaron de Cojutepeque y de nuevo dije que iba para Honduras, pero me quedé en San Rafael Cedros. Pasé unos días hambreado hasta que ubiqué un buen taller de zapatería propiedad de un maestro llamado Granillo, que era alcalde vitalicio del pueblecito aquél por gracia del General Martínez y obtuve colocación, haciéndome pasar por bolo en convalecencia. Allí me llevé una de las más grandes y agradables sorpresas de mi vida, al encontrarme cara a cara con el mismísimo camarada Ismael Hernández, mi viejo compañero del movimiento obrero, del Socorro Rojo y del Partido! Los dos contuvimos la emoción por el inesperado encuentro y fue hasta concluir la primera jornada que pudimos encontrarnos en un lugar discreto y hablar de nuestras desgracias y perspectivas. Ismael me informó de muchas cosas que yo ignoraba y que hablaban del peligro que me rodeaba. Por ejemplo me dijo que la policía había repartido, solamente en la zona de Cojutepeque, Ilopango, San Martín, San Rafael Cedros, etc., nada menos que 700 fotografías mías entre chóferes del servicio público, Comandantes locales, Guardias Nacionales, patrullas campesinas, etc. y que por ello yo no debía seguir dando la cara y que lo mejor era salir de una vez por todas para Honduras y, para mientras no se hallaba un contacto bueno, lo mejor era encerrarme y comer de lo poco que ganaba Ismael. Yo acepté lo de irme para Honduras pero me negué a encerrarme. Necesitaba ganar unos pesos para el viaje, y podía aprovechar los días que se invertirían en hacer los contactos. Esto de hallar los contactos que me permitieran llegar hasta Honduras era un trabajo lento y desesperante. Menos mal que en el trabajo todo me iba bien y me sentía en confianza entre los operarios, casi todos originarios de San Rafael, muchachos jóvenes, honestos y respetuosos. El Alcalde y dueño del taller, Sr. Granillo, era paternalista y simpático. Un fin de semana me invitó a una fiesta y nos pusimos a beber guaro junto con el Comandante de la Guardia local, para el cual, al parecer, no habían alcanzado las fotografías mías que se habían repartido, porque estuvo de lo más amable conmigo, dicharachero y cantador. Se llamaba Capitán Quevedo. La tardanza de las noticias con respecto a mi viaje era lo único que me inquietaba. Pero poco a poco el plan fue cogiendo forma: tendría que salir por Usulután, a caballo, con un guía que me llevaría por veredas hasta territorio hondureño. Haciendo planes y castillos en el aire estaba yo, cuando un día llegó al taller para pedir trabajo un tipo que era conocido mío desde la infancia, ya que habíamos sido condiscípulos en la escuelita de Ilopango. Se llamaba Máximo Colorado y entre él y yo nunca había habido simpatía. El tipo obtuvo trabajo, pero se

dedicó a no hacer nada y no me perdía de vista. Yo me hice el loco y actuaba como si no lo conociera. Pero me dio mala espina su presencia. Precisamente entonces me avisaron que el día siguiente, 26 de noviembre de 1934, tenía que irme para Usulután a fin de salir desde allí para Honduras. Por la tarde, como era la costumbre, fuimos todos los operarios del taller a bañarnos al río cercano. Una vez que terminamos de bañarnos, regresábamos al pueblo entre bromas y juegos, cuando a mí me dio una corazonada y decidí desaparecerme de una vez y adelantar mi salida hacia Usulután. Regresé al río pretextando que había olvidado algo. El tal Máximo Colorado regresó tras de mí, diciendo que él también había olvidado no sé qué. Aquello sí me alarmó. Y había sobrada razón porque había caminado escasos metros de regreso al río cuando me topé cara a cara con dos viejos conocidos: el tal esbirro Esquivelón y un policía joven de apellido Cruz, a quien apodaban “Paris”. No pude ni reaccionar porque antes de que me acabara de convencer de que eran ellos, ya me tenían encañonado con las pistolas tendidas:

–“Al fin caíste, pajarito –dijo Esquivelón.

–“Este pajarito tiene su nombre –repuse yo, golpeado– y ese nombre es Miguel Mármol”.

Esto lo dije porque me di cuenta de que unos cuantos operarios habían regresado para acompañarnos al río y se habían quedado pasmados al ver la escena aquella. Me llevaron al pueblo y al taller entre la sorpresa de todos. Los policías me dijeron que me mudara de ropa para irnos de inmediato a San Salvador, pero yo recordé que en la otra ropa tenía unas cartas partidarias y les dije que lo que llevaba encima era mi única ropa. Me identifiqué ante todos los operarios con la esperanza de que la noticia de mi captura llegara a oídos de mi gente, de mis familiares y los camaradas del Partido, porque a Ismael ya no lo vi más y supuse que había huido. Efectivamente, bien pronto correría en las poblaciones vecinas, hasta llegar a San Martín, la voz de mi captura. Me metieron en la cárcel municipal de San Rafael Cedros mientras llegaba el transporte para ir a la capital. En el camino me encontré con Máximo Colorado y frente a todo el mundo le grité:

–“Vos me has entregado, traidor, sucio, pero el pueblo te las va a cobrar todas juntas algún día”.

En la cárcel, Crucito, el policía joven, fue amable conmigo. Me dijo que si quería comer y le respondí que si me iba a dar algo bueno o si me iba a dar cerveza con la comida, que me la fueran sirviendo. Crucito cumplió. Luego, los

guardias de la localidad comenzaron a decirme que mejor me arrepintiera de una vez por todas de mis ideas comunistas, que ultimadamente yo estaba equivocado y que contra el General Martínez nadie podía. Yo les expliqué los motivos de nuestra lucha y ellos solamente se me quedaban viendo, callados. En un momento, Crucito me dijo:

–“Vea Mármol, yo siento mucho que a mí me haya tocado capturarlo. Pero así es la vida, así es el destino. Se lo digo porque esta noche quién sabe qué va a ser de usted y no quiero que vaya a pensar que yo tengo algo personal en su contra. Usted es un hombre valiente y se lo puedo decir: esta noche prepárese para cualquier cosa”.

Después de algunas horas me llegaron a sacar para llevarme a la estación del tren. El camino era oscuro y ya las calles estaban desiertas para entonces. El tal Esquivelón quería matarme y hasta me empujaba para que yo corriera y él pudiera alegar que por eso me había disparado, pero yo no le di el gusto. Crucito, que iba de subalterno, mantenía una buena actitud. Sin embargo, cuando llegamos a la estación, la gente del pueblo comenzó a reunirse para demostrarme simpatía. Fue muy emocionante aquello porque a pesar del miedo y la represión, a pesar del bajo nivel político de aquella localidad, la gente todavía se atrevía a despedir a un preso comunista. En la estación me encerraron en el cuarto del telégrafo. Allí pude darme cuenta de que estaban detenidas y controladas todas las cartas, todos los telegramas que significaran protesta contra el régimen y estaban haciendo una clasificación para reprimir a los firmantes. ¡Un papel criminal cumplieron los telégrafos nacionales en la represión martinista! Antes de que llegara el tren vino el Capitán Quevedo con un pelotón de Guardias (cuando me capturaron estaba fuera del pueblo) y les dijo a Esquivelón y Crucito que me entregaran a él, que me iba a tronar allí mismo.

–“Entréguenme a este hijo de puta, por vida suya” –gritaba, ante el horror de la gente.

Pero Cruz le dijo que no podían entregarme porque yo era reo de ellos. El Capitán Quevedo, que ya no estaba para cantarme canciones, me gritó: "Uds. los comunistas se atienen a que el Ejército Rojo de Rusia los venga a salvar". Yo me encandilé y le grité a mi vez:

–“No pronuncie ese nombre heroico con esa boca cochina”.

El Capitán medio se ahuevó y la gente comenzó a murmurar en su contra. Una señora le preguntó a Crucito que si le daba permiso para regalarme una gaseosa. Paris dio el permiso y la gente comenzó a darme chilate, refrescos, pan. Yo le decía al Capitán Quevedo, cada vez que aceptaba algo de la gente:

–“Ya vé, Capitán con quién cree Ud. que está Dios, ¿con usted o conmigo?”

Y el viejo cabrón echaba chispas de la furia. Finalmente vino el tren y Esquivelón y Crucito me subieron a él, bien esposado. En el tren viajaban como veinte guardias, así que no hubo necesidad de que Quevedo fuera con su pelotón custodiándome hasta San Salvador y pude viajar por lo menos en paz. Una muchacha medio loca que viajaba en el tren cantaba sin parar aquello de “tipi-tipi-tín-tipi-tón, tipitipitín-tipi-tón, todas las mañanas junto a tu ventana canto esta canción”. Y las viejitas rezaban el Rosario en sus camándulas de semillas blancas.

IX

EN LAS CÁRCELES DEL GENERAL MARTÍNEZ

Al llegar a San Salvador nos esperaba en la misma estación un vehículo cerrado que de inmediato nos condujo hasta las oficinas –ya casi familiares para mí– de la Policía. Mis custodios me desempacaron al llegar, como un trofeo, en son de victoria, y desde que cruzamos las puertas de aquella dependencia comenzaron todos a mofarse de mí y a amenazarme con suplicios y fusilaciones. Sólo Cruz se mantenía callado. Incluso llegó a recibirme el nuevo Director de la Policía, Coronel Linares, quien me bañó de insultos de pies a cabeza. Me llevaron a una habitación interior y me hicieron desnudarme y cuando vieron las cicatrices que presentaba en el pecho y los brazos, en las manos y las piernas, dijeron bien contentos que no había duda, que yo era efectivamente el Miguel Mármol que buscaban y que además yo no era brujo ni nada por el estilo, porque era evidente que me calaban los balazos como a cualquier mortal. El Comandante Balbino Luna llegó a dar fe de la identificación y levantó un acta. Por fin me dejaron solo, teniendo la cuadra de oficiales como celda. Cuando me llevaron el rancho para comer, rehusé diciendo que no tenía hambre. Balbino Luna llegó para ordenarme comer, pero yo insistí en que no.

–“Siempre malcriado este cabrón –dijo– hasta que no le arranquemos la cabeza no se va a componer”.

–“No es malcriadeza, Comandante –contesté–; lo que pasa es que no tengo hambre porque mi pueblo me dio abundante comida. Mañana será otro día y entonces comeré, pero desde ahora le pido que me traiga abundante y buena comida y no este rancho de mierda que me ha traído ahora”.

Me dormí como pude en el suelo de la cuadra y no desperté sino hasta las ocho de la mañana del día siguiente, cuando me fueron a sacar para el primer interrogatorio.

A puros empujones me llevaron a una oficina donde me esperaban los dos interrogadores: el Comandante Campos y un agente de apellido Monterrosa, conocido por el apodo de “Ojos de Culebra”. Campos comenzó a hablarme suave y serenamente y a presentar sus preguntas en forma cautelosa, como para ganar mi confianza. Por sus preguntas, por la dirección de sus preguntas, yo me fui dando cuenta de que el Gobierno tenía bastante información sobre

nuestras actividades, sobre la estructura del Partido antes y después de la insurrección, sobre los niveles organizativos con que habíamos comenzado de nuevo a trabajar y sobre nuestros planes de desarrollo. Evidentemente, con tantos presos comunistas y simpatizantes como habían pasado por las salas de tortura desde enero de 1932, los archivos policiales más de algún aumento habrían tenido. Conmigo, Campos insistió en hablar sobre mis actividades en los últimos dos años, mis contactos, las organizaciones secretas que yo dirigía e influenciaba. Yo les dije únicamente que aceptaba ser comunista, que aceptaba haber participado en las actividades preparatorias de la insurrección de 1932 de acuerdo con la línea de nuestro Partido, que me declaraba responsable único por aquellos cargos y que no había más culpables.

–“Si alguien tiene que pagar todavía por todo eso, yo soy ese alguien –les dije– con cárcel o con la pena de la vida, lo mismo me da”.

–“Claro está que vas a pagar –contestaron– pero poco a poco, no todo te va a salir tan fácil, porque vos debés muchas cuentas y una sola muerte sería como un premio”.

De ahí en adelante cambió el tono de las preguntas y el interrogatorio se volvió duro y violento. Llegó la cosa hasta a gritarme:

–“Una cosa nos vas a aclarar en menos de que canta un gallo: ¿por qué has dicho que el excelentísimo General Martínez es un canalla y un asesino?”

–“Eso es Ud. quien lo está diciendo –repliqué– mis planteamientos de crítica al régimen siempre han sido políticos, no personales”.

–“Pues nosotros te vamos a probar lo contrario, grande hijo de puta, hipócrita”.

Y fueron a traer un legajo de papeles entre los cuales escogieron un documento que me arrojaron a la caía con furia. Era nuestro famoso *“El por qué de la Insurrección y su fracaso”*. Campos decía que ese documento era un insulto para el Presidente y que ellos sabían que yo lo había escrito.

–“El documento es mío –dije– pero es un análisis político, no un insulto”.

Ellos insistieron:

“Queremos que nos digás aquí mismo si mi General Martínez es un asesino. Sí o no”.

En ese momento entraron a la oficina tres o cuatro policías más, todos mal encarados.

–“Lo único que les digo es que me hago cargo de este documento. Ustedes hagan lo que quieran. No está en mi mano evitarlo”.

Hubo un momento de tensión y Campos dio por terminado el interrogatorio. Volví al encierro en la cuadra de oficiales. Cuando me encaminaba hacia ella un reo que estaba barriendo el corredor se sorprendió claramente al verme, por poco bota los ojos. Más tarde averigüé que se trataba del ladrón que se había quedado haciéndose el bobo en la celda donde me iban a torturar, un día antes que me fusilaran, en enero del 32, y que luego había avisado a mi familia. De nuevo estaba preso, es el ciclo de los ladrones en El Salvador. Los días primeros pasaron sin novedad, aunque la peor enemiga de los presos, la incertidumbre, comenzó a joderme. Me sacaron de la cuadra y me metieron en una pequeña celda aislada de las demás. Un día el ladrón de quien he hablado se las ingenió para hacerme llegar un papelito en que me decía que ya mi hermana sabía de mi nueva detención y que estaba haciendo todo lo posible por ayudarme. Por medio de escondites en huecos, papelitos y señales me comuniqué regularmente con este buen ladrón y le indiqué la forma de hacer una cadena de reos y de familiares de reos que nos permitieran una comunicación constante con el exterior. Como los ladrones eran los que más ingresaban y los que más salían de la cárcel, la movilidad de la cadena era muy buena y la cantidad de colaboradores era grande. Pero de todos modos la comunicación ya en el exterior era difícil y peligrosa. Mi hermana, que era mi mejor contacto en aquellas circunstancias estaba constantemente vigilada por la policía y tenía que cambiar de vivienda a menudo para eludir siquiera temporalmente el control. A pesar de todas las precauciones llegó el día en que un buen ladrón llamado Monterrosa que llevaba una carta mía a mi hermana, fue interceptado, detenido y torturado salvajemente. La red se nos derrumbó por un buen tiempo, pero logramos reestructurarla siempre con la colaboración de los ladrones y rateros. Por cierto que unos meses después de aquel incidente el pobre Monterrosa murió atacado por el colerín, en una celda de la Policía. Mi hermana reclamó el cadáver y lo enterró en “La Bermeja”, el cementerio de los pobres. Mientras tanto, mis amigos, familiares, y los núcleos dispersos del Partido en San Salvador no cejaban en sus intentos de liberarme. Pedían Amparo para mí a la Corte Suprema de Justicia, exhibición personal tras exhibición personal. Pero todo era inútil. La respuesta de la Policía era que yo no estaba detenido,

que no me encontraba preso en las celdas de la Policía, de la Guardia o la Penitenciaría; que el Gobierno sabía que yo había perecido en los sucesos de 1932. La incertidumbre me mataba a pausas y a veces pensaba que era mucho mejor acabar con todo de una vez. Rompiéndome la cabeza contra las paredes o los barrotes, abriéndome las venas o en cualquier otra forma posible. Pero eran crisis pasajeras. Siempre hallaba fuerzas para reaccionar y decirme que yo tenía que vivir, que yo debería volver a la libertad para ayudar a reorganizar la lucha, para ofrecer mi experiencia, aunque fuera pequeña y confusa, a los trabajadores salvadoreños que más tarde o más temprano tendrían que tomar conciencia del camino revolucionario.

Las condiciones personales de mi detención eran sumamente duras. En primer lugar estaba incomunicado de rigor, aunque como ya he dicho pude construir mi red de comunicaciones por medio de los compañeros ladrones. En segundo lugar, y esto sí que era bien jodido, estaba permanentemente esposado. Al principio estuve incluso esposado de pies y manos. Luego, sólo de las manos. Pasé esposado meses y meses, más de un año, al grado de que las uñas se me crecían tanto que se me encolochaban y me hacían llaguitas en las manos. Me quitaban las esposas solamente para hacer mis necesidades mayores y para eso tenía que insistir y pelear. En más de una ocasión dejaron que me cagara en los pantalones y me hicieron permanecer así por dos o tres días. Hay que imaginarse lo que es vivir, comer, pensar, todo cagado. Ahora bien, yo ni a putas les pedía cacao, ni a putas les demostraba debilidad. Cagado y todo, yo permanecía altivo y soberbio y no había cabrón de éstos que me mirara fijo a la cara. Cuando se cansaban y me sacaban para lavar la ropa, entraban en la celda con la cabeza gacha o hablando de otra cosa o silbando, haciéndose los babosos. No me permitían bañarme nunca excepto en una ocasión como ésa y tampoco me permitían rasurarme o cortarme el pelo. Así que yo parecía el Salvador del Mundo, el Colochó de Catedral, pero lo único que sin colochos sino con mechass jiludas de indio. Las amenazas a muerte eran cosa diaria y más de una vez hicieron la pantomima de que me sacaban a fusilar. Yo creo que muchas de las cabronadas aquellas venían de parte de los oficiales de guardia que cuando estaban aburridos trataban de divertirse a costa mía, los muy hijos de puta, por no decirles nada peor. Sin embargo, lo que más me atormentaba era cuando me decían que habían capturado a un camarada y que me iban a llevar a ver cuando lo torturaban. En tres o cuatro ocasiones me llevaron a ver sesiones de flagelamiento y de tortura. Era horrible. Yo trataba de gritar para darle ánimo a los compañeros pero de inmediato me golpeaban y me sacaban del lugar. Nunca reconocí al

torturado, en parte porque no me permitían fijar mucho la atención sino que me tenían en movimiento, en parte porque tal vez se trataba de compañeros nuevos, desconocidos para mí, y en parte porque ellos ya estaban desfigurados, monstruos, por los golpes de aquellos desalmados. En una ocasión me hicieron saber que en las celdas policiales había, sin contarme a mí, 34 comunistas incomunicados. Un día me llevaron a verlos desde lejos, a la hora en que les repartían el almuerzo. Los hacían comer caminando en círculo y cada vez tenían que caminar más rápidamente. Al que se detenía lo flagelaban con un látigo. Era una escena espantosa. Y el que no lo crea, que trate de almorzar corriendo, mientras alguien lo amenace con un látigo. A pesar de la distancia logré reconocer al camarada Antonio, a quien apodaban “El Diablo” y al camarada Pedro Sosa. Este me vio también a mí, pero otro día, cuando me llevaban a tomar una medicina para la fiebre y me hizo señas desde lejos. Una de las medidas que tomaron en la policía para mantener oculta mi detención fue la de cambiarme de nombre. Así era difícil que se filtrara, según ellos, que yo era Miguel Mármol. Me llamaron desde el principio, oralmente y por escrito, Carranza. Yo les decía a los policías que mi nombre era Mármol, pero como conmigo sólo tenían contacto los policías de mayor confianza, mi rechazo era inútil. De manera que al cabo de un tiempo, casi inconscientemente, me dejé llamar Carranza. Además, cada vez que se presentaba un abogado a hacer efectivos los trámites de alguna Exhibición Personal en mi favor, me trasladaban a las celdas secretas que siempre han existido en el interior de la Policía, a los cuartos de tortura, hasta que el tipo se iba. Siempre se enteraban con suficiente tiempo de que el abogado iba a llegar, porque de la misma Corte Suprema de Justicia avisaban por teléfono al Director de Policía, para que no hubiera sorpresas en el transcurso de la pantomima. Había asimismo abogados que solamente llegaban a la oficina del Director y le preguntaban si yo estaba preso: el director ponía cara de baboso y decía que no y entonces el abogado levantaba un acta y se iba al carajo lo más pronto posible. Un buen día llegó hasta los barrotes de mi celda el Coronel Juan Ortiz, Comandante Departamental de Sonsonate, que se había destacado en la represión contra el pueblo a partir de 1932. Llegó arrogante, a insultarme, con el odio pintado en su cara de indión.

–“Ahora te haces el humilde, hijo de puta –me dijo– asesino del 32, bandido. Ya voy a ordenar que te saquen de la celda para romperte el hocico a patadas”.

– “¿Quién es el asesino –le contesté– Ud. o yo? ¿Acaso no fue usted el Comandante de Armas que dirigió la masacre del 25 de mayo? Yo no he matado a nadie, pero Ud. y las fuerzas de la Caballería de Santa Ana están bañados en sangre”.

El tipo se había creído que yo no lo conocía y se quedó helado. De ahí en adelante se le bajó el vapor y ya no me pudo clavar entre los ojos la mirada furiosa.

–“Hablemos de otra cosa –dijo– que nada me gana discutiendo con vos cosas del Gobierno”.

Al ratito hasta retiró el voseo y comenzó a tratarme de usted.

–“¿Es que no está usted de acuerdo con lo que está haciendo por el país mi General Martínez? Hay reparto de tierras entre los campesinos, crédito agrícola, semilla seleccionada para los pequeños propietarios, Ley Moratoria, etc.”.

– “Esas son solamente algunas de las cosas por las cuales hemos luchado los comunistas –le contesté– y por negárnoslas han preferido Uds. asesinar al pueblo. ¿Cómo no voy a estar de acuerdo con el reparto de tierras o con el crédito? Pero con lo que no estamos de acuerdo es con la forma en que se llevan a la práctica las medidas teóricas del Gobierno: se reparten algunas manzanas de tierras pedregosas e inútiles donde no crecen ni las escobillas, se da crédito a intereses elevados que no pueden aguantar los pobres y sí quienes no los necesitan con urgencia, se compromete a los productores pequeños a vender sus cosechas a precios de hambre”.

Todos estos argumentos estaban basados en hechos reales y se referían a grandes maniobras que hacía el Presidente Martínez y su camarilla para obtener grandes ganancias fraudulentas y mantener la prédica demagógica. El Coronel Ortiz anotaba mis respuestas en una libreta, con un lápiz colorado.

–“¿Tampoco está de acuerdo con las 'casas baratas'”? –gruñó.

–“El problema –le dije– es que en ellas no viven los obreros ni los campesinos sino los burócratas incondicionales del régimen”.

Mientras él seguía apuntando, llegó hasta la celda otro militar, que entonces era guardaespaldas del Presidente Martínez y que luego ascendió hasta llegar a ser Jefe de Tránsito y convertirse en el terror de los chóferes, por sus multas excesivas, chantajes con los permisos de manejar, detenciones por las más mínimas faltas al reglamento, etc. Se llamaba Capitán Colorado y le decían de apodo “Hormiga Loca”. Lo mismo: comenzó a insultarme hasta que por su propia cuenta se fue rebajando y terminó por acompañar al Coronel Ortiz en lo del interrogatorio sobre las medidas económicas del régimen. Insistió sobre mi desacuerdo con el sistema de las casas baratas o casas de bajo precio para empleados y yo le amplí sobre su carácter demagógico y sobre que lo que habría de hacerse sería extenderlo para beneficio de obreros y campesinos y que el pago de la renta debería ser un bajo porcentaje del salario del trabajador. Adelantado estaba yo en la materia, si se sabe que una medida como esa sólo ha sido posible después de la victoria cubana, con la legislación de Reforma Urbana, siendo Cuba el único país de América que puede mostrarla realizada hasta la fecha. Al rato llegó otro militar —el día estaba florido, como se dice—, el Juez Especial de Policía, un hombre endiablado y malo llamado Héctor Muñoz Barillas y se sumó a la discusión no sin antes comenzar por putearme y decir que todos los comunistas éramos unos pelados insolentes y soberbios a los que había que bajar los humos a punta de verga. Como el tono de la discusión se elevó, llegaron varios oficiales más y algunos judiciales a presenciara. El atracón fue duro, pero no me pudieron amilanar. En estos casos el que parpadea pierde y el que se deja bajar los calzones no sirve ni para hacer tamales.

—“Lo que pasa —decía Muñoz Barillas— es que Uds. son unos ambiciosos y unos inconformes. Con desórdenes y huelgas ganaron el salario de un colón diario en la finca “El Agua Fría”. Si las cosas hubieran seguido como Uds. querían, hoy estarían pidiendo diez colones diarios”.

— “¿Y por qué no, mi Capitán, —le contesté— el afán de progreso es innato en el hombre. Pongamos el caso de Ud. Primero fue soldado, y cuando consiguió la jineta roja de cabo quiso tener la amarilla de sargento. Hoy ya es capitán. Y si llega a General, de al tiro va a querer ser Presidente. Así son los trabajadores también, lo único es que ellos tienen todo el derecho porque buscan el bienestar de la mayoría, buscan que acabe toda explotación”.

El hombre se me fue para otro lado: comenzó a atacar a la Comuna de París y acusó a los obreros franceses de haber desatado un baño de sangre.

–“Sí –le dije yo– igualito a nosotros. Desatamos un baño de sangre, pero la sangre que corrió fue la nuestra. Uds. no desataron nada, lo único que hicieron fue apretar el gatillo de los fusiles y las ametralladoras”.

–“¿Qué carajos sabe Ud. de la Comuna de París? –me gritó–. ¿Acaso habla Ud. francés?”

–“No –le dije– pero, ¿acaso conoce Ud. París como lo conozco yo?”

Se puso colorado y me dijo:

–“No. No conozco París”.

Ahí acabó la discusión que, desde luego, tuvo otros incidentes de los que ya no me acuerdo. Muñoz Barillas dijo que otro día íbamos a continuar platicando, ya que yo era un comunista obstinado que no me quería convencer con verdades cristalinas y que ese día ya se le había hecho tarde y su señora lo esperaba afuera en el automóvil. Prometió mandarme unos libros donde se refutaba para siempre la doctrina comunista, diciéndome que yo debería estudiarlos detenidamente. La despedida no fue ya tan zamarra. Fue inclusive de “cúidese”, “coma bien” y “mucho gusto de verlo”. Pero el muy maldito pasó un informe terrible sobre mí a la Fiscalía Militar, pidiendo que se me considerara reo de alta peligrosidad, comunista rematado e incorregible, y que se buscara modo de llevarme al paredón, por las vías legales o por las otras.

Estas visitas, aunque me alteraban los nervios, me sacaban del aburrimiento y me mantenían alerta. Yo las deseaba cuando los días, igualitos los unos a los otros, iban pasando lentamente. Un día amanecieron febriles todos los policías. Apresurados, correteando, recibiendo y dando órdenes, limpiaban los corredores mugrosos con agua, quitaban las telarañas del techo con los escobetones, ponían en orden los muebles de las oficinas e inclusive algunos de ellos se bañaban y se cambiaban de ropa. La excitación era tal que a mí se me imaginó que a lo mejor el General Martínez iba a dejarse caer por allí y querían causarle buena impresión ya que el tipo era un fanático del orden y la limpieza. Me equivoqué por un escalón, pues quien llegó efectivamente fue el General Tomas Calderón, alias “Chaquetilla”, que había sido el Jefe de

Operaciones Punitivas en toda la zona occidental para el año 32 y que ahora era Ministro de la Guerra. Llegó hasta mi celda, afable y cortés, conjuntamente con el Director Linares, quien por el contrario no era capaz de quitarse nunca el gesto agrio de la cara. Este viejo Linares estaba toda la vida como si hubiera comido alacranes y hasta daba risa por lo empuarrado que aparecía siempre. Los acompañaba un grupo de policías. El General Calderón comenzó a preguntarme por mi viaje a la URSS. Recuerdo todavía su voz en las primeras palabras:

–“¿Usted es el señor Mármol, no? ¿Ud. es el que fue a la URSS?”

No me tuvo que preguntar dos veces. Yo le comencé a narrar mis experiencias y procuraba enhebrarlas con los motivos de la lucha de los comunistas salvadoreños. El General Calderón hizo salir a todos los policías y se quedó solamente con Linares. Dirigiéndose a éste, en una pausa que yo hice, “Chaquetilla” dijo:

–“Sí, Coronel, hay que comprender al Sr. Mármol. Yo creo que el Sr. Mármol no es un delincuente, el Sr. Mármol es un apóstol. Pero es el apóstol que predica una causa que muy bien pudo haber prendido en Rusia con éxito, porque en Rusia la miseria y el clima han atormentado al hombre, pero que entre nosotros no puede conducir sino a desastres, como el que pasó recientemente. Porque entre nosotros no existe eso de las diferencias sociales. En nuestro país nadie se muere de frío, ni de calor, ni de hambre, ni de sed. Dios nos ha dado una naturaleza amable”.

Yo me calenté ante aquella salida y lo refuté y le dije que no me viniera con eso de que en nuestro país no había una situación espantosa, que era lamentable que la horrible experiencia del 32 no les hubiera quitado la venda de los ojos.

–“Si quiere ver muertos de hambre –le dije– salga de aquí y déle una vuelta a la manzana, a pie, siquiera una vez. O vaya a visitar por la noche los portales del centro. O camine por el campo cuando no hay corta de café. Después me cuenta”.

De inmediato se me hizo el loquito.

–“Vamos a hablar de otra cosa, vamos a tratar de entendernos –me dijo– yo no he venido aquí a martirizarlo sino a razonar. ¿Por qué ama Ud. la guerra, Sr. Mármol?”

–“Yo no amo la guerra, General, no soy belicoso. Soy un simple zapatero pacífico”.

–“Pero Ud. ha propiciado una revolución, Sr. Mármol”.

– “Ah, pero eso no es lo mismo. Si hemos escogido el camino armado para la Revolución es porque los ricos y el Gobierno nos han cerrado todos los demás. Y Ud. bien sabe cómo hemos ido a la Revolución sin entender ni un pelo de cuestiones militares. Ud., como buen hijo de Marte, sabe bien que si el ejército se pudo imponer al pueblo fue porque dominaba el arte de la guerra y tenía las armas y las bombas que faltaban a las masas populares. Y eso sin que entremos a hablar de la matanza inútil que se hizo entre los trabajadores y campesinos que ya habían sido derrotados militarmente y controlados por completo”.

–“Sr. Mármol –me dijo, gravemente– Dios está siempre de parte de los buenos. La guerra se decide en favor de quien tiene la mejor estrategia y táctica, las mejores ametralladoras, cañones y bombas. Pero es Dios quien decide que las mejores bombas estén en manos de los buenos. Por eso la humanidad progresa con un equilibrio semejante al de la naturaleza. Piense bien en esto, Sr. Mármol”.

Me estrechó la mano por entre los barrotes y se despidió:

–“Le deseo que obtenga pronto su libertad y que mientras tanto esté Ud. tranquilo, sosegado. Está Ud. en manos de un gobierno de orden, que se rige por el mandato de la ley”.

El trato para conmigo mejoró por una temporada. Los guardianes no tenían especial interés en joder por su cuenta a un reo a quien visitaban coroneles y generales, capitanes y Ministros, y los que antes me jodieron por su cuenta, lo pensaron mejor. Por mi parte modifiqué también la actitud agresiva con vistas a aprovechar al máximo las nuevas condiciones. La libertad era entonces mi objetivo fundamental. Allí enjaulado como un animal no le servía de nada al Partido ni a la Revolución ni a la Virgen de Candelaria. Un día que estaba particularmente abatido, me cayó en la celda un pedazo de periódico que traía el viento y en él leí una frase del Dr. Enrique Córdoba:

–“Cuando un reo no tiene defensa, lo mejor que puede hacer es tener buena conducta en la cárcel”.

Eso confirmaba mis ideas, aunque la frase proviniera de un enemigo de mi clase. Poco a poco, sin deponer la dignidad, comencé a acatar las órdenes lógicas de los guardias y a ser menos amargo con ellos. Hasta entonces, si un guardia me decía que no estuviera parado en la puerta de la celda y que me fuera a sentar en un rincón, lo mandaba mil veces a la mierda. A partir de entonces me decían “Córrase para adentro, Carranza” y yo me metía. Ya no putíé más a nadie y comencé a poner cara alegre. Solamente una vez me exploté en aquella etapa. Fue una vez que me sacaron de la celda para ir a hacer mis necesidades a un excusado que había en el patio, ya que estaban manguereando el hoyo que yo usaba. Me extrañó que nadie me acompañara hasta el mismo excusado como hacían siempre que se daba el caso, sino que desde el corredor un cuilio me dijera: “Andá a aquel excusado”. Yo fui e hice mis necesidades, pero al salir me di cuenta de que los muy cabrones habían soltado en el patio a un venado enorme que le habían regalado al Coronel Linares y que era un animal salvaje y marrullero, con grandes cuernos y unas pezuñas que hasta sacaban chispas de las piedras. El animal me vio y me embistió y a mí me dieron ganas de hacer mis necesidades otra vez. Hay que considerar que yo estaba esposado y que tenía una debilidad tremenda por falta de alimentación adecuada, la ausencia de sol, las enfermedades, las fiebres, etc. Arañando con desesperación, me le pude colgar de los cachos una vez que me quité el primer envión y me le prendí con toda el alma. Pero el animal era tremendo de fuerte y me dio una arrastrada madre por todo el patio, causándome golpes y raspones. Al fin llegaron varios policías con lazos y correas y me lo quitaron de encima, muertos de risa.

–“Ve pué –decían– este Carranza sí que jode. Quería botar al Gobierno y no puede voltear ni a un pobre venadito”.

Yo les dije desde la puta que los parió para arriba, extensiva al venado de mierda aquél y al Coronel Linares. Por cierto que este Coronel Linares –que esté donde esté, en el cielo o en el chimbolero, todavía ha de ser el mismo indio empurrado, bilioso como chinchintora– tuvo un final extraño, que vino a favorecerme a mí de manera directa. Me contó después mi hermana que en aquellos días ella estaba prendida del Santo Niño de Atocha, rezándole y poniéndole candelas para que intercediera ante Dios por mí y yo pudiera ser libre. Como el Niño de Atocha se venía haciendo el terengo y pasaban los meses sin que mi situación cambiara, mi hermana, que creía que el más culpable de mis penas era el Director de Policía, le planteó un trato al santo de su devoción:

–“Santo Niño –me cuenta que le dijo– ya que no le quieres dar la libertad a mi hermano, te pido una de dos cosas: o que se muera de una vez mi hermano para que tú lo recibas en tu santo seno, o que se muera quien más lo maltrata, para que se caigan los obstáculos a su libertad”.

Mi hermana dice que entonces tuvo un sueño en el que se le presentó un ángel que le comunicó:

–“No tengás miedo, hijita, tu hermano va a vivir mucho, va a hacer huesos viejos”.

Así que mi hermana insistió en sus peticiones con el Santo Niño de Atocha. Yo ya de viejo la he fregado mucho con todo ésto, diciéndole que debió buscar a un santo menos tranquilo, pues todo el mundo sabe que el Niño de Atocha tiene metido un gran clavo en el culo y ni parpadea. Pero la verdad es que en este caso, si la cosa fue culpa de él, fue rápido como una liebre. Resulta que al mismo tiempo que mi hermana, la madre del camarada Antonio Nuila, de Cojutepeque, que estaba entre los treinta y cuatro comunistas presos en la policía, andaba desesperada queriendo saber de su hijo, gestionando su libertad, dando vueltas en todas las oficinas del Gobierno, hablando hasta con los palos y los chuchos callejeros. Como el bandido del Coronel Linares no la quería recibir, ella le pidió un día audiencia con otro nombre y supuestamente para tratar otro asunto, concerniente a un reo común. Linares, engañado, la recibió. Una vez dentro de la oficina, la señora le dijo que ella era la mamá de Nuila, que quería saber si su hijo estaba vivo y en qué condiciones y que quería verlo. Linares se puso endiablado y le gritó a la pobre mujer: “Cállese y váyase, vieja malcriada”. Y la hizo sacar de allí con los ordenanzas. Después comenzó a putear a quienes habían dejado entrar a la señora y en su furia loca pegó un feroz puñetazo en el escritorio. Allí mismo le agarró un dolor fortísimo en la mano que se le fue agravando con las horas y se le pasó al brazo. A los ocho días se murió, entre terribles dolores, generalizados en todo el cuerpo. Por eso digo yo que esté donde esté debe parecer como sapo toreado, echando leche.

Como sustituto de Linares, el Presidente Martínez nombró Director de Policía al Coronel Juan Francisco Merino Rosales, un militar que tenía la fama de ser la cascara amarga con que se cura el jiote, a la par del cual el finado habría parecido una monjita humilde. Los policías, los orejas, los oficiales, se estaban cagando con la noticia del nombramiento y sólo eran piquetes para

mantener perfecto el funcionamiento diario de la cárcel y las oficinas. Yo pensaba: “Si estos bandidos le tienen tanto miedo a este hombre, lo que es a mí me va a llevar la legión de putas”. Un buen día tomó posesión de su cargo en horas de la mañana. Por la tarde andaba ya inspeccionando las celdas. Yo lo vi y lo oí, desde lejos. Era un viejón elegante, de gran vozarrón. Preguntó:

–“¿Dónde está el reo Miguel Mármol?”

Yo, un poco tragando gordo, le contesté, sin garbo, pero serenamente:

–“Aquí estoy, señor, firme”.

Mi aspecto lo debe haber conmovido: estaba mugroso, con una melena que me caía por los hombros, esposado y con una capa de hule que me habían encaramado para hacerme sudar una fiebre que me había entrado días atrás.

–“¿Cómo lo tratan, Mármol? –me preguntó.

–“Ya lo vé Ud. Coronel” –dije.

–“¿Lo han flagelado?”

–“No, señor. A quienes han flagelado a sido a mis compañeros, los treinta y cuatro reos que se encuentran en las celdas bajas del otro patio”.

–“¿Y por qué no le han cortado el pelo?”

Me sonreí.

–“Yo no estoy así por mi gusto, Coronel”.

Entonces el hombre les gritó a los cuilos con voz de volcán:

–“¿Quién carajos es el encargado aquí?”

–“El Coronel Grande –contestaron, todos lívidos”.

Llamen inmediatamente a Grande –ordenó. El Coronel Grande llegó excusándose y dijo que en la última semana no había barbero, que había estado enfermo, etc. Merino lo paró en seco:

–“No me diga que ese pelo le ha crecido a este hombre en las últimas semanas”.

–“Además –metí yo mi cuchara– el barbero ha estado aquí desde que me trajeron, es el sobrino del comandante Balbino Luna”.

Merino me miró sin decir una palabra y luego le dio órdenes a Grande en tono enérgico:

–“Mañana mismo me sacan a este hombre al sol y que se bañe bien y que le corten el pelo y si está enfermo que le den medicinas o que lo vea el enfermero”.

Y dio la vuelta y se fue, seguido de los temerosos subalternos. “Achis –pensé yo– ¿y este bolado?” Al día siguiente, cabal: me sacaron a asolear, a bañarme y me hicieron un corte de pelo a la francesa que todavía me acuerdo. Por la noche me metieron un catre en la celda y dejé de dormir en el frío suelo. Yo ya había perdido la cuenta de los meses que llevaba en aquellas condiciones tan pésimas y dormir de pronto en cama de cristiano me hizo ver el cielo abierto. Hasta soñé con mujeres y otras bayuncadas bonitas. El Coronel Merino Rosales llegó a verme y a hablar conmigo varias veces. El tono no era precisamente amable, pero se mostraba respetuoso, como un militar de tradición ante su enemigo capturado. Dejó de llegar a mi celda ante mi insistencia en que me quitaran las esposas. Yo le decía que era una medida inútil pues toda escapatoria era imposible ante la vigilancia de que era objeto. Seguramente lo de las esposas era un martirio ordenado desde arriba, por el mismo Pecuecho Martínez y Merino por no discutir eso conmigo optó por suspender las visitas. Además en varias oportunidades le manifesté que el régimen alimenticio era terrible, que llevaba siglos enteros comiendo yoyos en el almuerzo y en la cena y que lo peor era que ante mí los policías se hartaban con su rancho normal que, aunque no fuera un banquete, me hacía chillar las tripas de envidia. En todo caso, la situación mejoraba después de las visitas de Merino. Los cuilios charlaban conmigo y hasta me dirigían palabras de consuelo. Desde luego, no se trataba del inicio de una luna de miel. Eran relaciones entre enemigos, mejoradas por las circunstancias y el tiempo. Y por mi propia indefensión. Como el Coronel desapareció sin resolverme el problema de las esposas y la comida, decidí tratar de hacer algo por mí mismo. Primeramente comencé a sondear a los vigilantes más cercanos. Hubo días en que tuve vigilancia hasta dentro de la celda y por ello había tiempo y condiciones para hablar y convencer. Los dos policías que más frecuentemente tenían la tarea de vigilarme eran dos picaros de siete suelas, pero impresionables. Uno era un flaquito muy joven que se la llevaba de arrecho y a quien le decían “el Pollo” y el otro era un hombrón de unos

cuarenta años, mal encarado, conocido como “Capitán Sospecha”. El Pollo era más débil de carácter y yo comencé a agarrar patio con él. Un buen día, cuando se estaba rempujando su almuerzo frente a mí, yo no aguanté más y le dije que me diera comida de la suya, que no aguantaba más el rancho de yoyos. El se negó en principio pero yo le dije que considerara que la situación política podría cambiar de un momento a otro, que se diera cuenta de que sus jefes no eran babosos y llegaban a hablar a cada rato conmigo y que no sería nada extraño que inclusive yo llegara a ser su jefe en una nueva situación.

– “Si eso llega a pasar y Ud. se ha portado mal conmigo, Pollo –le dije– le voy a pegar una jodida que hasta los chuchos van a aullar. Lo menos que voy a hacer será tejerme una hamaca con sus barbas. Entonces va a saber cuántas son cinco”.

Desde entonces el Pollo me comenzó a dar de su comida y me mandaba de vez en cuando panes con queso o frijoles y hasta caramelos de leche de burra. El Capitán Sospecha comenzó a darme de su comida por su propia cuenta, quizás aconsejado por el Pollo. Como la cosa me saliera bien, decidí dar otro paso más. Un sábado en que les pagaron su sueldo a los cuilios, todos pasaban frente a mi celda contando los billetes y las monedas. Cuando pasó otro de mis guardianes conocidos, Chebito, que era del Guayabal, lo llamé, lo miré fijo, y le dije:

–“Chebito, déjese caer con un tostón de ese pisto que lleva ahí, porque si no me lo da, todo su sueldo se le va a hacer nada, lo va a perder o no le va a alcanzar ni para comprar un tamal pizque. Yo sé lo que le digo. Déme los cincuenta centavos, para su bien”.

Chebito se impresionó y me dio el tostón. Hay que comprender que desde que no me morí al ser fusilado, agarré entre los cuilios y los orejas una fama de brujo bárbara. Su origen campesino y sus contactos con el hampa hacen que los policías sean muy supersticiosos. Pero hubo también otros hechos casuales que contribuyeron a formarme la aureola. Precisamente unos días antes de pedirle el tostón a Chebito, yo le había pedido 10 centavos a otro guardia de cuyo nombre no me acuerdo y era el encargado de alimentar el venado del Coronel Linares mientras estuvo allí. Este guardián cultivaba una hortaliza en el patio. Yo le dije por broma que si no me daba los diez centavos se le iba a secar una mata de güisquiles que era su mero orgullo y entonces él me mandó al carajo. Yo no sé lo que pasó, porque el tipo la regaba todos los

días, pero lo cierto es que la tal mata de güisquiles se secó y los rumores sobre mis poderes ocultos crecieron una vez más. De tal manera que cuando Chebito se impresionó y cayó con los cincuenta centavos era porque ya tenía sus antecedentes. A partir de entonces los policías y los empleados de la oficina de control de reos, en los días de pago, llegaban y me daban sus pesetas y mis tostones. Decían que cuando me hacían una caridad les abundaba la plata y les alcanzaba para todo y que eso se debía a que yo tenía pacto con el diablo y grandes poderes para hacer el mal o el bien a enemigos y amigos. Menos mal que nunca me ligaron con la muerte repentina del Coronel Linares, porque seguramente que no me hubiera valido el Santo Niño de Atocha. Así fue como comencé a tener mis pesos hasta para mandar a traer comida de la calle y para sobornar a uno que otro ladrón nuevo, a fin de fortalecer la red de comunicación con mi familia. Mi hermana se enteró por mis mensajes de estos cambios y aumentó la intensidad y la frecuencia de sus gestiones en favor de mi libertad. La policía y el gobierno seguían negando mi detención, a pesar de que diversas asociaciones, personas amigas, etc., seguían enviando recursos de Exhibición Personal en mi favor, Amparos, etc. Los Jueces Ejecutores, por la presión de mis amigos y familiares, se volvían a veces relativamente acuciosos e inspeccionaban las celdas buscándome, pero lo único que se conseguía era que mis carceleros tomaran medidas más estrictas para ocultarme. Una vez, el Juez llegó antes de lo esperado y ya no me pudieron ocultar en las celdas de tortura del sótano, por lo que me metieron de cabeza en un horno apagado de la cocina y allí estuve tragando ceniza como cuatro horas. Por otra parte, no pasó mucho tiempo sin que comenzara otra novedad. En aquellos días el ingreso de nuevos reos fue intenso y variado. Las nuevas contradicciones sociales, afloradas en la misma paz de cementerio que dejó la gran masacre, se dejaban ver ya en toda su gordura y producían conflictos diversos que, a su vez, producían presos al por mayor. Grandes contrabandistas, desfalcadores, estafadores de altos vuelos, opositores al régimen, conspiradores no revolucionarios, etc., llegaron a cambiarme la rutina de los meses transcurridos. Recuerdo cuando llevaron bien enchachado a don Jorge Restrepo, un señorón de la alta burguesía, todo lloroso y nítido en vestido y zapatos blancos, que se había visto complicado en un negocio fraudulento de canela. Asimismo me acuerdo de que en unas celdas que estaban frente a la mía, aunque bastante retiradas, metieron a un grupo de oficiales de la caballería acusados de complotar contra Martínez. El principal acusado era el General Antonio Castañeda, mejor conocido como General Buñuelo, por la nariz que se manejaba. También metieron en esas

celdas a varios oficiales jóvenes acusados de ser partidarios del General Claramount, el eterno aspirante a la Presidencia de la República de El Salvador. No faltaban, desde luego, los estudiantes universitarios, pero estos por regla general no hacían huesos viejos en las celdas. Los llevaban un día, les pegaban una buena apaleada por la noche y al día siguiente los sacaban exiliados para Honduras o Guatemala, todos descuadernados. Yo procuraba entrar en contacto con los reos nuevos, con el fin de ayudarlos moralmente y levantarles el ánimo y asimismo para que supieran que yo estaba allí y lo pudieran difundir a su salida. Así envié mensajes al periodista Martínez, un guatemalteco muy buena gente que dirigía la revista literaria llamada “*Cipactli*”, así nombrada por una princesa indígena del tiempo de Atlacatl, a quien apresaron, digo, a Martínez el chapín, no a la Princesa, porque no sé qué escrito le cayó en la nuca al dictador. Como lo vi triste, le mande papelitos reconfortantes. Hasta presos extranjeros cayeron entre nosotros por aquellos días. Recuerdo especialmente a un preso cubano, miembro de la organización “Joven Cuba” que estuvo esposado frente a mi celda por algunas semanas. Era elegante, alto, discutía con los policías arrogante y soberbiamente y no se ahuevaba. Los policías se quejaban de que “se cagaba en el coño de sus madres” y lo querían verguear. Hubo un día en que lo vi triste y abatido y eso me molestó en el alma y por medio de un ladrón que repartía ese día los yo-yos le mandé un papelito para rehacerle el ánimo, de cuyo texto todavía me acuerdo, letra por letra. Aquello lo animó y lo puso macho, aunque por la disposición de la celda no podía verme él a mí, sólo yo a él. Pero desde entonces hasta en la hora de comerse los yo-yos silbaba y tarareaba. Lo entrevistaron los periodistas, pero nunca supe si sus declaraciones aparecieron en alguna parte. Un día lo llegaron a traer y se lo llevaron y no lo volví a ver más. Llegaron los tiempos de la Olimpiadas Centroamericana y del Caribe. El clima estaba precioso, con unos cielos azules y altos. Los cuilios entraban y salían alegres, olorosos a jabón de olor y a talcos. Como en veces les decía versos campesinos, me decían “poeta”. Unos en son de burla, otros con respeto.

Mi enfermedad del estómago se declaró de pronto abiertamente en forma de terribles dolores y vómitos constantes. No detenía nada de lo que me comía y comencé a enflaquecer y a debilitarme en extremo. Informé a mis hermanas que me sentía morir. Ellas hablaron con un abogado, el Chino Pinto, muy famoso porque se quebró la pata al tirarse por primera vez en El Salvador desde un avión, en paracaídas, y porque se fue caminando hasta Panamá y porque una vez se metió a beber champán en la jaula de los leones del Circo

Atayde, para una propaganda de beneficencia. Este Chino Pinto, aunque era anticomunista y medio chachalaco, había ayudado legalmente a algunos camaradas en la época dura de la masacre. Por su medio se planteó un amparo urgente a la Corte Suprema, pero el viejo cabrón del Gómez Zárate declaró paladinamente que se había probado que yo morí en 1932 y que por lo tanto mi caso estaba cerrado. Yo creo que en algún lugar del mundo debe haber un abogado totalmente honrado. Inclusive en nuestro Partido tenemos varios abogados que son buena gente, buenos camaradas, defensores de los derechos de los trabajadores, pero eso de que entre los abogados están los hombres más sinvergüenzas del mundo es una verdad más grande que el Cerro de San Jacinto. Yo estoy seguro de que era el mismo Gómez Zárate quien informaba a la Policía de las Exhibiciones y los Amparos, pues frente a cada recurso legal la vigilancia en mi torno se estrechaba más y más. El día 6 de noviembre de 1935 por poco me muero del dolor de estómago. Cómo sería el dolor que todavía me acuerdo de la fecha exacta. Me dieron un purgante de aceite de castor y pasé más de un día sin comer. Esta situación me hizo pensar. Al parecer el Gobierno no tenía mayor interés en asesinar me. Lo que querían era amolarme lo más posible en la cárcel, dejarme allí quien sabe cuánto tiempo hasta podirme, evitar que yo volviera a las tareas políticas. Tal situación podría ser explotada por mí mediante una huelga de hambre que pudiera ser respaldada por una presión exterior de familiares y amigos. Los resultados podrían ser varios. Tal vez el fin de la incomunicación y el paso al régimen común bajo proceso, lo cual me permitiría ver a los familiares, trabajar en los talleres de la Penitenciaría, tratar de fugarme. Tal vez, inclusive, pudiera lograr que me pusieran en libertad. Como mejor notablemente del estómago después del purgante, decidí fortalecerme un poco para plantear de hecho mi huelga de hambre. Comí lo mejor que pude los días ocho, nueve, diez y once. Con un lápiz que tenía escondido hice varias copias de una nota declaratoria de huelga de hambre, con explicación de motivos, propósitos, condiciones y reclamos. Una de las copias iba a ser para el Director, coronel Merino Rosales; otra, para mi familia, a fin de que hicieran la bulla y no me dejaran ayunando en el aire; otra, para los camaradas presos que estaban en la otra sección de la cárcel, a fin de que se enteraran que yo pedía también con mi huelga de hambre la libertad de ellos; otra más para un secretario que trabajaba en las oficinas policiales y que se había mostrado deferente conmigo, con la esperanza de que si todo me salía mal, él pudiera difundirla en el futuro; y una última copia, que metí en un agujero de la pared de la celda, para que la encontrara quien señalara el

destino. El día doce llegó a darme el rancho del almuerzo, precisamente el policía que participó en mi captura, Crucito, apodado “París”. Como yo no tomara los yoyos que me alargó, me dijo:

–“¿No va a comer hoy, Carranza?”

–“Yo no me llamo Carranza –le contesté– me llamo Miguel Mármol y en este día, 12 de noviembre de 1935 me declaro en huelga de hambre para obtener mi libertad y la de mis camaradas, o morir en el intento. Comuníquelo a sus jefes, por favor”.

París se llevó la comida y fue a llamar al Mayor Marroquín, Subdirector de la Policía, quien llegó hasta mi celda y a quien le entregué la nota que había preparado para Merino. Marroquín me dijo que se la entregaría. Un par de horas más tarde llegaron unos policías con unas tablas y las clavetearon sobre la puerta de mi celda, de tal manera que no se me pudiera ver desde afuera y quedara yo en la más absoluta oscuridad e incomunicación. Me eché sobre mi catre y me dispuse a iniciar esa nueva lucha. Lucha conmigo mismo y con mis carceleros, grandes y chiquitos. Ayuné totalmente, inclusive sin tomar agua, los días doce y trece. La debilidad general que arrastraba me hacía estragos, no tenía reservas de ningún tipo y al tercer día de huelga amanecí con un aspecto de cadáver que daba pena. Me sacaron al patio para asolearme, acostado en un canapé. Allí pasó una cosa muy curiosa. Al Mayor Marroquín, después que se llevaron al venado del Coronel Linares, le habían regalado a su vez una venada también salvaje, a la que había bautizado con el nombre de Chita. La tenían amarrada en el patio para mientras no se disponía hacerla a la barbacoa. La Chita era más grande y más fiera que el venado de Linares. Yo sabía que una vez le zampó un pezuñazo en el pecho a un cuilío que le llevaba zacate para comer, que lo tuvieron que llevar al hospital medio muerto. Pues bien, todo fue que la animala viera que me sacaron a asolearme y se encabritó en tal forma que a los pocos minutos de forcejear rompió el lazo y se vino trotando y resoplando hacia mí. Yo pensé en mi interior: “Tras corneado apaleado, ya me va a somatar todo esta venada de mierda”. Los policías corrieron para protegerme, de pura lástima, ya que yo era totalmente una piltrafa. Pero, cuál no sería la sorpresa de todos, y la mía también, al ver que la venada llegó tranquilamente a lamerme las manos y a olerme el cuerpo, terminando por echarse junto al canapé como un perrito. Los cuilios intentaron bromear:

–“Ya encontró dama Carranza –chistaban–, se enamoró de Carranza la Chita”.

Pero yo de reojo vi que más de alguno se persignó diciendo: “Ave María Purísima, sin pecado concebida”. La cosa no paró ahí. Cuando llegaron a traerme para encerrarme de nuevo, la Chita volvió a encabritarse y se puso como la gran puta de brava, corcoveó y tiró patadas y aunque la controlaron un rato, todavía llegó a golpear las maderas que cerraban la puerta de mi celda y se quedó resoplando y hueliendo por entre las hendiduras durante un buen rato.

–“O este Carranza tiene de verdad pacto con el diablo o es el niño bonito de Nuestro Señor” –decían los cuilios.

A saber qué hicieron a la Chita, a saber para dónde se la llevaron, tan chula que era. Pasaron tres días más. Yo tomaba solamente algunos sorbitos de agua al día y estaba por morirme. Me desmayaba a cada rato pero me hacía conciencia de que había que continuar. Los guardianes llegaban y me decían que estaba loco y me ofrecían comida especial, pollo, bistecs. Lo que más me atormentaba eran los vómitos que me vinieron con una furia tremenda, albarda sobre aparejo en un estómago vacío. El día 17 me sacaron de nuevo a asolear al canapé y yo desafiante, para que vieran que aún estaba fuerte, me senté en un sillón. Desde su celda, el general Buñuelo Castañeda me hacía gestos y aplaudía mi actitud con las uñas de los dedos gordos, que es el aplauso secreto de El Salvador. Con otras señas me decía: “Hinche los huevos, amigo. Bravo”. Esa tarde llegó a verme el Coronel Merino Rosales. Llegó muy cordial, hablándome con palabras suaves y estilo paternal.

–“Mi amigo –me dijo– he venido a verlo para pedirle que coma. No hay necesidad de que siga destruyéndose. Vengo a asegurarle que Ud. va a obtener su libertad. Pero debe Ud. suspender esa huelga de hambre que no le hace bien a nadie”.

–“¿Cómo puedo saber, Coronel, que ese ofrecimiento va a ser cumplido?” –dije, con vocecita.

–“Si no le basta mi palabra, amigo –me dijo– qué prueba desea?”

–“Quiero ver a mi familia” –contesté.

–“Eso no es problema, eso podemos arreglarlo –declaró– lo único es que no quiero que lo vean en el estado en que se encuentra. Por eso le propongo un trato. Si Ud. comienza a comer y a reponerse, yo voy a avisar a su casa inmediatamente para que le traigan ropa y dentro de quince días lo pongo en libertad. Todo esto bajo mi palabra de honor”.

Yo lo pensé un momento y no le vi mala cara a la situación, de tal manera que le dije a Merino:

–“Bien. Creo que Ud. es un militar pundonoroso y que no va a faltar a su palabra. Acepto su proposición. Comeré”.

Me llevaron un rancho especial con esencia de hígado de buey, pollo en arroz aguado con chipilín y fresco de chan. El Jefe de Celdas, Coronel Grande, me tuvo que quitar la portavianda de la mano porque yo estaba devorando muy de prisa y me dijo que eso me podía dar un cólico mortal. Comí poco a poco y al final hasta me metí la mitad de una cerveza. Después dormí 24 horas seguidas, de un tirón. Al despertar me llevaron más comida y yo me daba el lujo de escoger lo que más me gustaba y hasta pedía caprichos.

–“Esto llévenselo que me hace daño –decía a los cuilios tráigame una rodaja de piña, que es buena para el estómago débil”.

Un día me llevaron ropa nueva, diciéndome que la enviaba mi familia. Al parecer, el Coronel me estaba cumpliendo el trato. Tres o cuatro días después llegó mi hermana Cordelia a verme. Se echó a llorar y dijo que en cosa de meses yo había envejecido veinte años. Inclusive me dijo que cuando le notificaron que podría verme, el policía que lo hizo le dijo:

–“En la Policía ha aparecido un viejito que dice que es hermano suyo”.

Efectivamente, me habían salido muchas canas y tenía la cara cueruda y amarilla. Yo consolé a mi hermana y le dije que yo iba a salir de un momento al otro, que había que dejar las preocupaciones pues lo peor había pasado ya. Pero los días se iban volando y la situación no cambiaba. Una vez cumplido el plazo de quince días, le puse una carta al Coronel Merino, recordándole el trato, por aquellos días soñé que en un parque bellissimo estaban repartiendo juguetes y golosinas para los niños y que yo era todavía un niño y fui para que me dieran algo. Una vieja odiosa y repugnante me apartó con malos modos de la fila y dijo que para mí no había juguetes, pero una señorita lindísima como que era hada, salió a defenderme y me dio juguetes. Yo interpreté el sueño de esta manera: los juguetes y las golosinas eran mi libertad, la vieja odiosa era el general Martínez, la señorita linda y buena era el Coronel Merino. De tal manera que yo le puse una nueva carta a dicho Coronel, diciéndole que yo estaba consciente de que la oposición a mi libertad venía de su superior, el Presidente de la República, pero yo le insistía a él en la

palabra de honor empeñada. Merino no me acusó recibo, pero me mandó a decir que tuviera un poco más de paciencia, que todo se arreglaría. El policia que le había llevado mi carta me chismeó que Merino, después de leerla, había dicho:

–“Este Mármol es sabio. Ya se dio cuenta de que es mi General Martínez quien lo mantiene embuchacado contra viento y marea”.

El 7 de enero de 1936, tuve una buena noticia: pusieron en libertad a todos los comunistas presos. Pero conmigo, naranjas de Chinandega. Pasaron otros quince días y yo comencé a desesperarme francamente. El día 21 de enero le envié una nueva misiva al Coronel Merino, estableciendo ya un plazo concreto para iniciar de nuevo una huelga de hambre. No había vuelto a recibir visitas desde que vi a mi hermana. Por la tarde del mismo día 21 llegaron a sacarme de la celda y me dijeron que me podía bañar, al tiempo que me entregaban un jabón de coche y un pashte. Mientras me bañaba, me pidieron los zapatos para darles una chaineadita, ya que no habían visto jamás el betún. Me dijeron que me pusiera la ropa nueva, pues iba a tener visita. Pero hicieron una pregunta que me dejó ver el cielo abierto de par en par.

–“Estas cosas que tiene debajo de su cama, Carranza, ¿se las va a llevar o nos las va a dejar de herencia?”

Eran unas bobadas como un batidor de barro sin oreja para tomar café, una paila, una cuchara, una camisa y un pantalón harapientos, etc. A las cinco de la tarde finalmente me quitaron las esposas. Tenía más de catorce meses de estar perennemente esposado. Me dijeron que el señor Director me llamaba a su despacho. Allí, efectivamente, el Coronel Merino me esperaba. Nos quedamos a solas. Después de invitarme a sentarme, me dijo con tono amable:

–“Amigo, por fin se va usted libre, de regreso a su casa y a su familia. He cumplido mi palabra aunque con algún tiempo de retraso. Yo quería que su libertad fuera incondicional, pero eso ya no depende de mí. De tal manera que siento comunicarle que el Gobierno le otorga la libertad, pero le impone el cumplimiento de algunos requisitos. En primer lugar deberá Ud. permanecer en San Salvador. No podrá salir de los límites urbanos. Además, tendrá que presentarse y reportarse a esta Dirección General, todos los sábados por la tarde. La contravención de estas disposiciones anulará su

libertad. Los compañeros suyos que han sido libertados antes están sujetos a las mismas disposiciones. Si Ud. cumple con ellas, yo le hago una promesa formal: mientras yo sea Director de Policía, su libertad estará garantizada”.

Yo le dije que estaba de acuerdo con los requisitos y agregué:

–“Le voy a hacer otra promesa. Mientras Ud. sea director de Policía, voy a estarme quietecito. Después no respondo”.

–“Magnífico, amigo –dijo Merino– estamos de acuerdo”.

Y salí de su despacho. Hacia la calle. Hacia una nueva cárcel. Sólo que más amplia y más llena de gente.

X

LIBERTAD BAJO SOSPECHA**El movimiento obrero salvadoreño bajo la dictadura de Martínez: la “Alianza Nacional de Zapateros”.
La situación en el Partido Comunista.**

La libertad aquella tenía cara de palo: la situación en mi casa era tremenda por la miseria arrasadora que había chupado la sangre de los míos. Mi hermana Cordelia vivía en un mesón derrengado, su marido estaba sin trabajo hacía un año y sus hijos descalzos y sin camisa. Mi otra hermana peor, pues se encontraba enferma. Mi mujer y mis hijos arrinconados, arrimados en San Martín con unos parientes, comiendo salteado y soportando mil penurias. Nadie me daba trabajo por miedo a complicarse en mi situación, pues era evidente que yo siempre andaba con cola, es decir, que la policía me andaba siguiendo y no me dejaba ni para orinar. Mis amigos no me daban la cara: estaban pobres y desempleados y temían que les pidiera dinero o les cayera en sus casas a la hora de comer. Pero lo que verdaderamente me indignó fue que los camaradas del Partido conjeturaban sobre las razones del gobierno para dejarme en libertad tan de pronto. O sea, que sospechaban de mí. Nada decían de los comunistas liberados antes, pues como estaban todos juntos en la cárcel, unos con otros respaldaban su conducta. Se me hostigó y se me acorraló y de nada valieron mis protestas. Me sentía desesperado, confuso y con ganas de irme a colgar del primer árbol que encontrara. Mi mujer, por otra parte, me pedía que nos uniéramos, que viviéramos juntos de nuevo aunque el hambre se hiciera mayor. Se me partía el corazón de ver a mis criaturas chorreadas y descalzas, vestidas con harapos y enfermándose a cada rato. Para estar juntos nos dedicamos a vivir ambulantemente como grupo familiar, durmiendo en los portales públicos pero logrando también que algún viejo amigo, como Nicolás Chinchilla o Jesús Menjívar, nos diera posada en su casa o en su pieza, para dormir en el suelo. En una ocasión conseguimos que un prestamista nos diera unos pesos al “módico interés” de no sé cuánto por ciento. Con esa plata compramos carne en San Martín, para revenderla en las barriadas de San Salvador. Yo transportaba la carne a lomo, en un gran canasto comprado al fiado y mi compañera anunciaba. Pero el hostigamiento policial nos echó abajo el negocio. Los policías nos corrían a los clientes, pese a que fui a protestar y a recordar las promesas al Coronel Merino. Nada: la persecución cesaba un día y se reiniciaba con mayor fuerza. Logré que me dieran trabajo en un nuevo taller de zapatería en San Sebastián, donde no me conocían, pero a la semana de estar allí llegó una comisión de judiciales a

hablar con el patrón y me despidieron inmediatamente. Entonces, en la cumbre de la rabia y la impotencia, escribí una carta al dictador Martínez diciéndole que mi libertad era una patraña, que no me dejaban ganar el pan para mis hijos y que aquello era ilegal y atentatorio, que para eso mejor me volvieran a zampar en la cárcel o me volvieran a fusilar. La respuesta de Martínez fue sorpresivamente inmediata. Me envió a dar explicaciones y una tarjeta personal para el Ministro de la Guerra, que ya entonces era el General Andrés Ignacio Menéndez, cuyo apodo era “Cemento Armado” por lo almidonados que usaba los uniformes y por lo rígido que se paraba, aunque era sapito y gordito. En la tarjeta se le decía a “Cemento Armado” que me diera una concesión para suministrar zapatos al Ejército y que me dieran las facilidades para cumplir. Me di cuenta de la maniobra. Me hostigaban y me jodían para desesperarme y hacerme aceptar trabajo del Gobierno. Yo llevé la tarjeta al Ministerio y dije que no aceptaba suministrar calzado al Ejército pues no tenía medios de producción. Felizmente encontré trabajo en una zapatería de Santa Tecla en que se producía para la gente pobre de los barrios y del campo. Además de hacer los zapatos tenía que salir a vender. El hostigamiento de la policía fue menor porque yo iba a hacer mis ventas hasta las playas de la Libertad .y los cuillos comprobaron que no hacía propaganda política. Y como no hay mal que dure cien años ni lomo que lo resista, las cosas mejoraron. Mi mujer consiguió trabajo, mi hermana tuvo éxito con un negocio de queso y comenzamos a superar aquella dura etapa. Pero no hay bien que por mal no venga, pues cuando uno está torcido hasta los chuchos lo mean. El tuerce me salió por otro lado. Mi mujer comenzó a cambiar, se negaba a obedecerme, pasaba días sin hablarme, y a mostrarse muy distinta, liberal, rara, me parecía que era otra, con desplantes que nunca le había conocido. Un día me dijo francamente que ya no quería nada conmigo. Al parecer había encontrado otra ilusión. Yo traté que me dejara por lo menos a los cipotes, pero fue imposible. Nos separamos y yo quedé destrozado. Aquello creó en mí una neurastenia profunda. No le hallaba gusto a la comida ni por el hambre que pasaba; la gente me disgustaba, la sentía hostil y enemiga. Pensé en matarme. Alejado del Partido por sospechas falsas, abandonado por mi mujer cuando las cosas mejoraban, hostigado por la policía, solo y triste, pensé, repito, en matarme y acabar con todas las penalidades. Sin embargo, en medio de aquella desesperación, una luz de esperanza me decía que no debía doblegarme, que por lo menos las cosas no podían ponerse peores y que, si cambiaban, tendría que ser para bien. No tenía ni siquiera el consuelo de la literatura revolucionaria porque no había a

mi alcance libros ni folletos que pudieran inspirarme nuevas fuerzas. Lo que sí me sostenía era el recuerdo de la lucha. De pasado reciente en que me sentía útil en medio de la masa de obreros y campesinos en cuyos ojos vi muchas veces la confianza en mí, en el dirigente comunista que yo no tenía derecho a dejar de ser, no importa cómo fueran de grandes las ingratitudes de la vida y los hombres. Para eso, pensaba, mejor hubiera movido las patas cuando me fusilaron, para que me metieran el tiro de gracia. Pero si tanto rigio tuve por vivir ¿por qué carajos voy a terminar suicidándome? Con estas ideas me fui controlando poco a poco, tratando de olvidar los problemas irremediables, como el abandono de mi mujer. Trabajaba poco, lo necesario para mal comer, y no podía hacer planes serios. Un día, una muchacha me encargo hacerle unas sandalias baratas, porque lo único que tenía era un colón con cincuenta centavos. Se las hice, con poco material y mucho ingenio, y quedó encantada, decíéndome que si yo podía hacer más así, ella podría colocarlas entre sus amigas. La cosa prendió y mis sandalias fueron muy solicitadas. Luego hacíamos solamente sandalias y tuve que entrar en tratos con un tal negro José, para que saliera a vender mientras yo me quedaba trabajando en la confección. El dinero comenzó a llegar, pude alquilar pieza propia y pagar a José. Como el negocio de queso de mi hermana había prosperado, me prestó dinero para montar de nuevo un tallercito. Mejoramos la idea de las sandalias y comenzamos a hacerlas en varios modelos. Ante la miseria general y los altos precios del calzado, las sandalias se vendían como agua de mayo. Pasaron las semanas y tuve dinero para ampliar el taller aún más, conseguí créditos y pronto la zapatería fue más rendidora que el negocio de queso de mi hermana. Dos meses después de la ampliación tuve ya 25 personas trabajando y cinco vendedoras. Varios camaradas vinieron a trabajar conmigo, entre ellos Ismael Hernández y Pedro Sosa, que habían pasado tantas miserias como yo. Nuestro taller era muy especial porque la escasez nos lo imponía. Hacíamos la comida en el mismo taller, en común, para ahorrar, y por ello llegamos a comprar también en común la ropa, para obtener descuentos en las tiendas. Nos impusimos un régimen de vida y de trabajo que nos permitiera progresar unidos y prepararnos para lo que viniera. Se prohibió el consumo de bebidas embriagantes y la borrachera era causa de expulsión del colectivo. Hacíamos paseos a ríos, lagos y playas e inclusive comenzamos a estudiar algunos problemas sociales. Con muchísima cautela, pues temíamos a que la policía nos tuviera infiltrados. Pese a nuestro cuidado, en más de una ocasión fui citado a la policía donde se me regañaba por “haber vuelto a las andadas” y estar organizando una nueva forma de

agrupación comunista. No faltaban tampoco camaradas del Partido que decían que ya me había vendido al Gobierno y que de ahí venía mi relativa prosperidad y mi libertad para trabajar. Otros afirmaban que con el dinero que el Gobierno me había dado, yo había instalado un taller para explotar a un nutrido grupo de trabajadores. La verdad es que en aquel taller las ganancias se repartían: yo no ganaba más que la mayoría de los operarios. Pero cuando la gente dice “este macho es mi mula”, no cesa en su afán de joder por nada del mundo. Más de algún compañero llegó a decir que yo era agente de la policía, “oreja”, y que se debía tener cuidado conmigo. Yo explicaba mi situación y la limpieza de mi conducta, pero quienes así me acusaban no oían razones. Y los otros camaradas, los que sabían por experiencia que yo seguía siendo un revolucionario, me decían que no era necesario que explicara nada a nadie, que tuviera paciencia con la calumnia. Yo vivía con el hígado mordido, pero me limitaba a demostrar a todos los compañeros del taller la forma en que administraba el dinero que me habían prestado mi hermana y otras personas, hacía cuenta de los gastos, del precio de los materiales, precio de venta de las sandalias y las ganancias, a fin que se viera lo equitativo de mi proceder. Y al fin y al cabo logré un contacto con lo que quedaba funcionando del Partido. El camarada Fidel Gutiérrez, estudiante muy pobre, hizo contacto conmigo por medio de mi familia. Me dijo que un grupo de comunistas había seguido trabajando organizadamente y me mencionó entre ellos a Alejandro Dagoberto Marroquín, Julio Fausto Fernández y Amparo Casamahuapa, intelectuales los tres. Los pocos comunistas sobrevivientes habían hecho algún reclutamiento, alguna penetración entre el movimiento estudiantil y hasta habían impulsado algunas protestas contra el régimen. Gutiérrez me contó que en los días en que salieron los últimos comunistas de la cárcel e incluso en la semana en que yo salí, se iba a lanzar propaganda del Partido en la capital, pero que tal acción se había suspendido para no complicarnos tan inmediatamente. El cuadro más capaz del Partido era Dagoberto Marroquín, recién vuelto de Buenos Aires, donde se había politizado y radicalizado hasta ingresar y militar en el PC Argentino. Yo hice saber a aquellos camaradas mi deseo de entrar en contacto para informar de mis actividades desde 1932, pues hasta la fecha ninguna dirección partidaria me había tomado cuentas y ello aumentaba muchos equívocos. Si bien hice labor partidaria a mi regreso a San Salvador en 1933 y contacté con un grupo reconocido como dirección del Partido (Ponce, Roca, etc.) la verdad es que se trató de contactos personales y nunca hubo una reunión orgánica de autocrítica para dejar atrás las prácticas del pasado y

tratar de avanzar. La cárcel había significado para mí un alejamiento prolongado de la actividad y a mi salida la situación era otra, en el país y en el Partido. Para entonces, por ejemplo, ya había un grupo de intelectuales preparados, que habían leído marxismo y habían hecho vida universitaria. Cuando yo estuve en San Salvador militando en la ocasión anterior, el único intelectual era Julio Fausto Fernández. Mis primeras peticiones de contacto fueron rechazadas. Fidel Gutiérrez se me desapareció por un tiempo y yo anduve tratando de buscar otros contactos. Finalmente pude volver a ubicarlo e insistí en mi reclamo. Lo único que pedía era que me escucharan. Y asimismo que recibieran de mí una serie de enlaces con la zona oriental, a fin de verificar si todavía estaban abiertos para el trabajo. Después de muchos titubeos y dudas, luego de discusiones internas en que los camaradas que me tenían confianza presionaban a los que no me la tenían para nada, fui invitado a una reunión del Partido. La primera reunión desde mi retorno a la llamada libertad. Asistí con gran emoción y me decía que bien habían valido la pena todos los sacrificios, las privaciones y la firmeza, ya que el Partido vivía, había logrado revivir de entre las cenizas y la sangre, y nos probaba que una organización es indestructible si tiene en sus manos la verdad del momento, a pesar de errores, desviaciones, insuficiencias, etc., y a pesar del poderío enemigo. Yo no sabía cómo estaban organizados los sobrevivientes, cómo se incorporaban los nuevos militantes: no me importaba. El Partido vivía. Eso era lo principal. Lo demás había que convertirlo en motivo del trabajo diario, de nuestra vida. Recuerdo que aquella reunión fue en una amplia casa del Barrio San José. Estaban presentes unos diez compañeros, en su mayoría estudiantes, caras nuevas. Dagoberto Marroquín, Amparo Casamalhuapa, Antonio Rodríguez Porth, Fernando Basilio Castellanos, Julio Fausto Fernández, etc. Me abrazaron con efusión y me dijeron que mi nombre y mis sufrimientos inspiraban a la nueva generación de revolucionarios salvadoreños. Muy someramente me informaron de los métodos organizativos que estaban empleando y de las actividades que planificaban. Luego se pasó a discutir sobre cómo ligar el Partido nuevamente con el pueblo, cómo sacarlo a la calle otra vez. Yo opiné que era menester reconocer la intensidad del daño causado por el enemigo, que deberíamos partir de una realidad: el aparato del Partido había quedado destruido.

–“Antes de lanzarse a la calle –dije– hay que reconstruir el aparato, reorganizar y poner a funcionar la dirección e intensificar el reclutamiento clandestino. Si salimos a la calle como estamos, vamos a ir a parar todos a una misma celda o a una pequeña fosa común”.

Dagoberto estuvo de acuerdo y convenció a los demás. A pesar de que no fue nunca una personalidad brillante y más bien era apagado y cauteloso, Dagoberto impresionaba en aquellos tiempos por sus conocimientos, muy por encima del nivel medio de todos los demás militantes. Muchas cosas que él decía chocaban con lo que me había enseñado la experiencia, el trabajo cotidiano; pero, en general, ninguno de nosotros dudaba de que con la preparación que traía de la Argentina y con la práctica a desarrollar en el seno del Partido, Dagoberto se iba a convertir en un cuadro de dirección capacitado y ágil y que, a la par de Julio Fausto Fernández, iba a tener a su cargo una tarea muy importante: la de fortalecer ideológicamente el retoño de Partido que empezábamos a cultivar. Como primera providencia confeccionamos una lista con nombres de camaradas, ex-camaradas con posibilidades políticas y morales para reingresar, simpatizantes y personas de pensamiento progresista con los cuales sería posible hablar, para tener una idea aproximada del sector que nos podía servir de nuevo punto de partida. Yo pude dar mucha información porque conocía a todos los sobrevivientes en todo el país y conocía la conducta de cada quien en las cárceles, durante la represión, etc. Además los compañeros informaron de organismos creados mientras permanecí en la cárcel y que yo no conocía; para el caso, los organismos creados casi espontáneamente en Santa Ana, que serían uno de los filones más ricos de la continuidad proletaria del Partido una vez que, años después, los pequeños burgueses mostraron su verdadera fibra traicionera. A la cabeza de los organismos santanecos se encontraban entonces camaradas tan firmes y abnegados, glorias del movimiento comunista, como Ponce y Roca, cuya actividad trascendería las fronteras nacionales y cuya conducta sería a través de la vida –y lo sigue siendo, en la vejez– ejemplo para las nuevas generaciones de revolucionarios latinoamericanos. Dagoberto tenía un entusiasmo desbordante y desde aquella reunión desplegó una labor formidable. No había contacto que dejara sin atender, no había puerta que no tocara en la reorganización. En veces era temerario y había que contenerlo. Nadie lo reconocería hoy, metido en los vericuetos de la politiquería universitaria, padre de familia honorable, lleno de hijos que ni siquiera son burgueses sino altos empleados de la burguesía. Como contacto entre Dagoberto y yo funcionaba la Amparo Casamalhuapa, que llegaría a ser su mujer. Pero, como dice el tango, de las mujeres mejor no hay que hablar. Debido a la vigilancia decidimos no hacer reuniones grandes y organizamos células de tres y hasta cuatro personas. Las reuniones eran eminentemente operativas. Nada de estudiar largos materiales o considerar el caso del

camarada A que le había quitado la mujer al camarada B. Y se hacían en lugares escogidos de antemano, por sus condiciones de seguridad, evitando las casas particulares, salvo casos extremos. Nuestros lugares de reunión eran la puerta del cementerio (la del sector tan antidemocráticamente llamado “de los Ilustres” cuando la verdad es, dicho sea de paso, que allí se encuentran enterrados, con sus excepciones, los hijos de puta y los sinvergüenzas más grandes que ha dado El Salvador), el interior de la Iglesia de Candelaria, la Finca Modelo y los alrededores de la *Cervecería Polar*. Los meses comenzaron a pasar sobre nuestros esfuerzos reorganizativos y los primeros frutos surgieron. Nuestro pueblo es una cantera inagotable, tiene condiciones revolucionarias innatas, es corajudo, extrovertido sobre todo en política, audaz y optimista. Lo que hay que tener es una línea correcta, pues una vez que nuestra línea prende en la masa, no hay pierde. Que el trabajo de reorganización partidaria tuviera éxito a tan poco tiempo de la matanza más espantosa que recuerda nuestra historia y bajo el terror salvaje del martinismo habla claramente de ello.

Cuando el trabajo de la Dirección se regularizó fui encargado de hacer un nuevo informe acerca de la insurrección y su fracaso. Yo me preparé bien, estudié de nuevo los hechos, revisé mis conclusiones, etc. Sin embargo, cuando rendí el informe en reunión extraordinaria, ampliada, Dagoberto me sorprendió por el nivel argumental de su crítica. Sin duda él tenía un nivel bastante superior a cualquiera de nosotros y sus análisis eran más profundos, sus argumentos más acabados y mejor expuestos y no tengo razones para ocultar que me apabulló, pese a que yo no era una mansa paloma para discutir. Sin embargo él cargaba la mano contra el bajo nivel de la Dirección del Partido que se hizo cargo de la insurrección, lo cual era lo mismo que criticar a una persona por ser negra o flaca. Claro, nuestro nivel había sido bastante bajo, pero ese fue un hecho de la realidad. El nivel del desarrollo social de El Salvador también lo era, el nivel de la burguesía y el nivel del ejército también lo eran. La insurrección fue un fenómeno concreto, resultado de las hondas contradicciones existentes en una sociedad arcaica, semifeudal, criminal e injusta. Las fuerzas populares fueron víctimas de su propia inexperiencia es cierto, pero también de un sistema en plena expansión que inauguraba los métodos más salvajes para la dominación del mundo: el sistema mundial del imperialismo yanqui. Echarle la culpa de todo a los dirigentes comunistas que no hicieron una insurrección exitosa era y sigue siendo un punto de vista parcial, propio de mentalidades reaccionarias o pequeño burgueses, de intelectuales separados de la realidad que después

de los hechos vienen a dar los análisis más sesudos del mundo pero que no sirven a nadie para dar un paso adelante. Y de lo que se trata en la historia es de dar pasos adelante, grandes y pequeños. A pesar de que Dagoberto me ganó entonces la discusión y yo sólo me defendí y defendí al Partido de la parte exageradamente negativa de sus críticas, aceptando nuestras debilidades objetivas, las cosas se desnivelaron entre nosotros. Las discusiones y las diferencias se trasladaron de lo histórico al trabajo diario, a la metodología organizativa, estilo de trabajo y aspectos programáticos. Dagoberto, por su temperamento silencioso y tímido no estallaba de frente conmigo, pero su futura mujer, la Amparo Casamaluapa, lo hacía por partida doble y siempre salía adelante que nosotros. Yo le recomendaba a Dagoberto que no contactara a los obreros en las fábricas ya que como profesional se hacía demasiado notable, que ese trabajo le correspondía a un obrero como yo, capaz de pasar desapercibido a los ojos del enemigo. Además, a todos nos constaba que Marroquín era chequeado por la policía. Pues la Amparito dijo que eso era una maniobra mía, de tipo sectario, tendiente a tener todo el trabajo de reclutamiento centralizado en mis manos. Como no se atendieran mis recomendaciones, la policía tuvo pronto pruebas de los contactos de Dagoberto con los obreros y lo hostigaron aún más. Un día, para colmo de males, un judicial que nos conocía bien, un cuilio gordo y negro llamado Cevallos, nos sorprendió en una reunión en la Finca Modelo y tuvimos que huir corriendo cuando él salió disparado a traer refuerzos. Cuando pudimos vernos, Dagoberto informó que lo habían llamado de Casa Presidencial y le habían comunicado que disponía de 8 días para abandonar el país y que, de no hacerlo, nadie iba a responder por su vida. Dagoberto decidió irse a México, aunque algunos no estuvimos de acuerdo. En todo caso, se acordó que la ausencia iba a ser por unos meses, mientras se lo borraban los militares de entre las cejas. Pero Martínez no se conformó con la salida de Marroquín. La acción enfilada en contra nuestra no era broma y las provocaciones comenzaron a abundar. Una vez llegó a verme un excamarada llamado Chico Campos, por cierto debe haber sido en la noche de Año Nuevo de 1938 y me dijo que José Centeno (que como ya dije había ido a estudiar a la URSS y se había quedado en Cuba) estaba en San Salvador y quería verme. Yo caí de baboso y le dije que lo llevara al día siguiente a la Iglesia de Candelaria, para contactar. Llegué media hora antes y los esperé media hora más. No llegaron. Pero en cambio llegaron dos policías que me chequearon cabalmente. A los días, Campos llegó a buscarme de nuevo, con excusas diversas, diciendo que a saber dónde estaba Centeno, que había desaparecido.

Yo lo corté y le dije que lo que yo iba a decirle a Centeno era que se cuidara, porque la cosa estaba más que jodida y que yo no me metía en asuntos políticos ni que me pagaran con diamantes. Otra vez, Campos me llegó a decir que se estaba organizando un complot contra el Gobierno, incitándome para que yo participara. Le repetí que no tenía interés en esas cosas, que ya había luchado mucho y que me había cansado de sufrir. Pero entonces ya estaba seguro de que Campos era un provocador policial, porque la mujer que le lavaba la ropa me contó que en un pantalón le había descubierto al canalla ése una cartuchera de pistola con el sello de la policía. Claro que, entre provocación y provocación, ocurrían complots verdaderos contra el Gobierno, pues había mucha indignación por la situación económica, por la represión y por las veleidades fascistas de Martínez. Un día llegó a verme Julio Acosta, que había estado entre los 34 comunistas presos al tiempo que yo en la Policía, y a quien sí le tenía confianza. Julio Acosta había sido cuñado del camarada Lagos, joven comunista que murió fusilado por culpa de su mamá en 1932. Este camarada Lagos fue capturado por la Policía en Chalatenango, pero no existía prueba contra él pues había cuidado mucho su clandestinidad. Su tuerce fue que cuando la mamá llegó a verlo a la cárcel (al día siguiente lo iban a sacar libre) se puso a llorar, gritando: “Yo te decía que no te metieras en nada”. Con esta expresión decretó la muerte de su hijo. Pues bien, Julio Acosta llegó y me dijo que estaba metido en un complot muy serio contra Martínez, en que participaban altos oficiales del ejército, profesionales, estudiantes, etc. Yo sabía que Acosta tenía experiencia conspirativa pues estuve en su casa en el 32 y allí organicé actividades con Julio Fausto Fernández; tomé en serio sus noticias y decidí asistir disfrazado a una de las reuniones. La reunión fue en la casa de Acosta. Llegaron varios oficiales del ejército, algunos uniformados, y comenzaron por entregar algunas pocas armas semiautomáticas y parque. Decían que el golpe no iba a ser en nombre de partidos ni de ideologías, que había que terminar con la tiranía e instaurar un gobierno democrático y antifascista. Nos dijeron que todo estaba listo y solamente querían discutir con nosotros para que nos hiciéramos cargo de algunas tareas. Querían que “nuestra gente” asaltara el Cuartel de Policía o que matáramos al Coronel Merino y sembráramos confusión incendiando varios edificios del centro de San Salvador. No estuve de acuerdo. En primer lugar, no podíamos usar los cuadros del naciente partido, los pocos simpatizantes revolucionarios, etc., en una acción como la de asaltar la Policía o de matar a Merino, que para el caso era lo mismo ya que para asegurar a Merino había que asaltar la policía. No contábamos con suficiente personal y

las armas que teníamos no servían ni para tomarse la policía de Santiago Texacuangos. Tampoco concordé con sembrar el terror entre los particulares sin un fin político claro. Confieso que también me repugnaba participar en la muerte de Merino, el cual, dentro de sus posibilidades, se había portado decentemente con todos nosotros. No había aún acuerdo cuando aquella reunión terminó. A los días Julio Acosta fue a decirme que los oficiales habían sido delatados y que Martínez los había expulsado a México. Los civiles no fuimos alcanzados por la represión. Parece que la denuncia provino de un militar que vio cómo los complotados sustraían armas y por ahí los trabaron, pero sin poder controlar los contactos externos. Que si no, nos lleva el diablo a los demás.

En otra ocasión llegó a verme un cohetero llamado Chacón.

–“Hoy si es verdad que cae Martínez –dijo–. Se trata de tronárselo en su propia hacienda, la que está en la carretera de Zacatecoluca”.

Me agregó que sabía dónde estaba el arsenal que se iba a abrir al pueblo en cuanto se anunciara la muerte del General y que, si yo quería, él me lo podía mostrar. Fui cauteloso. Chacón no me inspiraba confianza y le dije que yo no podía decidir nada mientras no supiera algún nombre entre los complotados que me inspirara confianza. Chacón me dijo:

–“Robles, de la Imprenta Nacional, es uno de los principales. Contacte con él”.

Pero yo averigüé sobre Rosales y resultó que era hermano carnal del barbero del General Martínez, que presumía de ser nazi y siempre andaba con una svástica de oro bajo la solapa del saco o bajo una de las puntas del cuello de la camisa.

–“Huevos, Tula –me dije– esto huele a podrido desde lejos”.

Y me le hice el loco a Chacón. Fue en esos días que llegó a mi casa a pedir posada una muchacha con un niño agónico. La acogimos y le dimos de comer y de dormir, pero el niño murió y lo enterramos con contribución colectiva. Ella se quedó unos días y una vez me preguntó si no tenía otro pariente llamado como yo. Cuando dije que el único Miguel Mármol que conocía era el que miraba en el guacal de agua todas las mañanas, explicó que me lo preguntaba porque ella había estado de cocinera en Casa Presidencial y se dio cuenta de que frecuentemente llegaban a ver al General Martínez un grupo de señores encabezado por un alemán cuyo nombre no recordaba por

enredado. Lo que hacían juntos era espiritismo. Un día fueron hasta la cocina y la agarraron a ella para médium. La durmieron y la usaron para convocar el espíritu de Miguel Mármol, el comunista que se había salvado varias veces de la muerte.

“Cuando se presentaba el espíritu de don Miguel Mármol –agregó la muchacha– el Presidente y los otros señores peleaban con él, y discutían a gritos, porque dicho espíritu era violento y soberbio y sabía muchas cosas”.

Por cierto que en la época a que se refería la ex-cocinera de Casa Presidencial yo había padecido de pesadillas y la más común era la que se refería a un encuentro con el General Martínez que siempre terminaba en grandes choques verbales. Desde luego, todo esto no fue más que una coincidencia, pero eso sí, extraña. Como muchas cosas que me han pasado en la vida a las que nunca les he hallado el hilo y de las que decido olvidarme porque, por una parte, sus soluciones no dan de comer y por otra, porque para qué le vamos a buscar tres pies al gato. Con ser comunista y tener comprensión de los problemas de la sociedad me conformo. Cuando el pueblo haga su revolución vendrán tiempos buenos para escarbar en los misterios de la naturaleza y de la muerte. Lo único, que estos ojos que se comerán los gusanos ya no van a poder ver esos tiempos.

Como el control policial se hizo insoportable, yo planteé al Partido mi salida del país por unos meses. Y dije a los camaradas que sería bueno ir a México a reunirme con Dagoberto y aprovechar el tiempo en algún estudio político serio y provechoso. Pero como la Amparito Casamalhuapa me traía entre ceja y ceja, dijo que yo tenía madera de traidor, que de seguro ya estaba trabajando para la policía y que mis intenciones de irme tras Dagoberto eran negras, de vigilancia y control policial. Tuvimos un choque tremendo. Para colmo de males, la Carmela, mi ex-mujer, andaba ya con otro hombre y quería encontrar una excusa para su conducta. Le fue a decir a la misma Amparo que ella creía también que yo era policía. La Amparo volvió a poner el grito en el cielo y no hubo arreglo posible. Yo me sentía hondamente herido por aquellas calumnias y aunque recibía apoyo y confianza de un sector grande entre los obreros del Partido, había momentos en que me daban ganas de mandar todo al carajo en vista de la ingratitud de quienes tan mal me consideraban. Por otra parte, una nueva generación de intelectuales universitarios había agarrado patio en el Partido: Tony Vassiliu, Matilde Elena López, Toño Díaz y otros. Todos ellos habían sido influenciados por Dagoberto

Marroquín y a los obreros sobrevivientes del 32 no nos bajaban de estúpidos e ignorantes. No aceptaban nada positivo en nuestra actuación y las relaciones entre nosotros se hicieron tensas y degeneraron hasta llegar a la ruptura y al mutuo aislamiento. Por una parte quedamos los obreros encabezados por Ismael Hernández, Modesto Ramírez y por mí mismo, que nos dirigimos a reorganizar los contactos con la vieja guardia. Dicho trabajo fue señalado por los intelectuales como paralelo y fraccional, y me acusaron a mí de ser el más responsable, el instigador directo. Al grado de que al sector obrero del Partido se le llamaba “fracción marmolista”. Finalmente fui convocado a una reunión en el Barrio La Esperanza para aclarar la situación y las futuras relaciones en el seno del Partido. Como asistentes a dicha reunión recuerdo a Amparo Casamalhuapa, Toño Díaz, Tony Vassiliu, Carlos Alvarado, Manuel González y otros. La reunión se convirtió en un tribunal en mi contra. Fui interrogado y llamado a dar cuentas sobre la organización campesina, que ellos desconocían por completo y que, a decir verdad, había avanzado poco en los últimos años, sobre reuniones sin control de la dirección del Partido, etc. Al final fui acusado abiertamente de fraccionalismo. Yo hice ver que todo funcionaba irregularmente, que no teníamos estatutos, programa, normas disciplinarias; que no habíamos celebrado congreso y que la integración de la dirección había sido emergente y arbitraria. Nominalmente yo seguía perteneciendo al CC pero el organismo no funcionaba. Había nuevos miembros del CC que yo ignoraba. Tony Vassiliu me dio la razón cuando algunos comenzaban a ridiculizarme. Alguien dijo que había que borrar las diferencias e iniciar un trabajo armónico, eficaz, como correspondía a un partido que debía ser la vanguardia de la clase obrera y del pueblo de El Salvador. Pero la Amparito Casamalhuapa volvió a derrumbar el clima de paz al intervenir más brava que una chinchintora, diciendo que a mí no se me había convocado para discutir temas de organización o de línea, sino simplemente para aclarar de una vez por todas si era agente provocador de la policía o no.

–“Porque para mí sí que es policía” –terminó diciendo.

Yo contuve mi cólera y hablé:

–“Yo perdí a mi madre porque no pude ayudarla ni atender su salud, por estar dedicado a la causa de los trabajadores; he vivido siempre en la miseria y por la miseria perdí también a mi mujer y a mis hijos; tuve el honor de comer el pan amasado con sangre de los trabajadores rusos; he derramado mi sangre y he sufrido las peores

prisiones, ¿cómo podría ser un traidor? Si alguien tiene pruebas en mi contra, que las muestre. Pero les digo una cosa: si Uds. no estuvieran conscientes de que no soy policía, si no estuvieran claros de que sigo siendo –con todos mis defectos y errores– un camarada, no me habrían convocado para esta reunión”.

Algunos criticaron a la Amparo por la forma en que había planteado la cuestión, pero el mal ya estaba hecho y no se pudo llegar a un acuerdo. Los comunistas salvadoreños quedamos divididos en tres grupos, que trabajaron paralelamente. Un grupo que dirigía Toño Díaz, pero no el médico sino un obrero de ese nombre. Un grupo que quedó funcionando en torno a la Amparo Casamalhuapa. Y el grupo nuestro al cual los otros llamaban “marmolista”. Así pasaron muchos meses en que fue imposible restablecer la unidad, problema que los obreros no perdimos nunca de vista y que considerábamos un objetivo previo a la existencia del verdadero Partido comunista en el país. Por otra parte ninguno de los tres grupos creció lo suficiente para imponer una línea central y atraer a los demás. Después de un largo proceso, las realidades comenzaron a imponerse en la cabeza de todos: en el mundo el fascismo crecía y era urgente como nunca la unidad de los revolucionarios para superar los defectos propios de nuestro atraso y nuestra etapa infantil. No fue un proceso fácil, tuvo *zigs-zags* y retrocesos que me hacen recordar con cólera aquellos tiempos. Un tipógrafo del Partido, hijo de don Benjamín Cisneros, que había estado en la URSS en una excursión de trabajadores norteamericanos, hizo un viaje a México y con él enviamos un informe de nuestra situación al PC Mexicano, pidiendo ayuda y consejos. Cisneros regresó con una nota para cada grupo, firmada por la dirección del PC Mexicano, en que se exhortaba a la unidad de los comunistas salvadoreños dispersos. En esos momentos el área de trabajo y el nivel de organización de nuestro grupo era el más alto de los tres. Pero era el grupo de la Amparo el que reivindicaba el nombre de Partido Comunista Salvadoreño. Sin embargo varios camaradas de ese núcleo se desprendieron y vinieron al nuestro. Con el grupo de Díaz llegamos a un acuerdo para una acción conjunta en la finca San Benito, una huelga que no llegó a hacerse porque la patronal cedió. A Toño Díaz lo capturaron por un manifiesto *“Sobre la Democracia Integral”*, pues la policía consiguió el borrador e hizo un examen caligráfico que identificó a Toño. Por cierto que años después, estando ya Toño fuera del Partido, entre los cargos que nos hacía a los comunistas estaba el de que los “marmolistas” lo habíamos entregado entonces a la policía para llevar a cabo nuestro plan de copar la Dirección del Partido, eliminando la oposición por huevos o por

candelas. El grupo de la Amparo me seguía teniendo en observación y de eso se encargaban camaradas que han seguido militando en el Partido hasta hoy y con los cuales nos reímos de aquellas ocurrencias, como Pedro Grande, que entonces me llevaba cortito pero se convenció de mi verdadera naturaleza. Tony Vassiliu también comenzó a visitarme, pero el afán de él sí era unitario. Un día me llevó el borrador de un manifiesto para el campesinado, a fin de tener mi opinión, y objeté un párrafo que me pareció provocador. Tony estuvo de acuerdo pero por motivos fuera de su alcance el manifiesto salió con aquellos conceptos extremistas. El primer resultado fue de siete campesinos presos, traídos a pie desde San Miguel, por haberseles encontrado el manifiesto. Fui a la policía a interceder por ellos. Hablé con el mayor Marroquín el día que me tocaba presentarme, a pesar de que tenía meses de no cumplir y prácticamente había dejado de funcionar aquella norma y le hablé del descontento rural. El me dijo que tenía presos a siete camaradas míos y me mostró el manifiesto decomisado. Le dije que ese manifiesto no era de los comunistas y que esos campesinos eran desconocidos, inocentes, no comunistas.

—“Lo que ese manifiesto prueba—dije— es que de nuevo el descontento en el campo está tomando caracteres explosivos.

¿Van a aglomerar más cólera en la gente? Ustedes tratan a la patria como los ignorantes a la mata de ruda. El que corta un cogollito de ruda por joder, se quema las manos y hace que la ruda se seque; quien la corta con fines medicinales hace que la mata de ruda se dé más galana y él remedia su mal de salud. Ya es necesario hacer reformas profundas en el campo, si no quieren quemarse las manos y marchitar la mata. Y no se sigan ensañando en los inocentes, que es lo que más cólera da a la gente. Estos siete presos han dejado por lo menos a 21 familiares furiosos, que van a influenciar a 100 más. ¿No quieren comprender Uds. la lección del año 32? Los comunistas si la hemos aprendido”.

Marroquín intervino en favor de los campesinos, los declararon culpables de una falta de policía y salieron en 4 meses. Entonces fueron a verme y a dar gracias por mi gestión.

Mientras tanto, entre los tres grupos comunistas crecían las posibilidades de la unidad. Hasta que surgió una proposición de unificarnos en un Comité Central integrado equitativamente por las tres fracciones, dirigido por un Secretario General neutral, como paso previo para la unificación de las bases. Todos los grupos aceptaron a un camarada hondureño cuyo nombre me reservaré por razones de seguridad, para el cargo de Secretario General. Asimismo se aprobaron diversos requisitos para el ingreso de nuevos militantes, para dificultar la infiltración enemiga. El camarada hondureño que pasó a ocupar interinamente la Secretaría General había sido formado por Víctor Angulo, estudioso salvadoreño del marxismo, y era un hombre tenaz y prudente, con dotes intelectuales. Mi candidato había sido Moisés Castro y Morales, pero tenía el problema de estar muy hostigado por la policía. Nos dispusimos a iniciar el trabajo conjunto y yo estaba que no cabía en mí del entusiasmo: se abría una nueva etapa y mis sueños iban a mil kilómetros por hora. Pero los días siguientes fueron como una baldada de agua helada: muchos detalles me convencieron de que yo seguía siendo objeto de desconfianza. En las reuniones en que estaba presente, sólo se hablaba de la situación internacional, de la guerra, y no se trazaban planes para el trabajo diario. De estos planes me enteraba cuando se ponían en práctica. Yo protesté por aquel proceder impropio de comunistas, que antes que nada deben ser francos y directos, pero se me respondía con evasivas o se ignoraban mis planteamientos. Esto me fue resintiendo y apartando del trabajo. Llegó un momento en que no me citaron más a las reuniones partidarias. Entonces me sentí verdaderamente amargado y no tuve ya fuerzas para impedir el aislamiento. Yo comprendo que en aquellos momentos los camaradas tenían alguna razón para sospechar. En la policía nos habían impuesto nuevamente la obligación de presentarnos periódicamente. Debíamos hacerlo cada 15 días, los sábados por la tarde. Que era precisamente cuando pagaban el sueldo a los policías y a los orejas. Inclusive después de que tomaban nota de nuestra presencia, el mayor Marroquín se ofrecía para llevarnos a nuestras casas en su auto o nos invitaba a beber cerveza, cosas que no aceptábamos nunca. Era una maniobra para desprestigiarnos ante nuestros camaradas. Y ello a pesar de que el Partido había decidido que nos presentáramos quincenalmente a la policía, porque no había condiciones para hacer vida clandestina. Nos hallábamos, pues, en un círculo vicioso. Y lo que a mí me caía encima era la ley de Caifás: al que está jodido, joderlo más. No tenía ni el consuelo de los salvadoreños con el alma partida, ponerse a beber guaro hasta morir, porque nunca me gustó el vicio

del alcohol. Y con las mujeres yo estaba escaldado. De manera que me tocó soplarme en soledad mi martirio espiritual, en un período que recordaré siempre como el más sombrío de mi vida. Nunca me importaron los golpes del enemigo. El enemigo pudo hacer conmigo lo que le viniera en gana y jamás me doblegó moral ni políticamente. Ni torturas, ni cárceles, ni fusilamientos, ni amenazas, ni insultos, podrían hacer que yo pidiera piedad al enemigo de clase. Por el contrario, sus golpes han servido para darme más fuerza, más cólera, más deseos de luchar. Sin embargo, los golpes y las incomprendiones provenientes de mis hermanos, de mis camaradas, siempre me han llegado por la vía rápida al corazón. En verdad esas heridas son las únicas que me dejaron cicatrices. Los balazos y los machetazos son señales que me llenan de orgullo, pero esas de que hablo son cicatrices en el alma y quizás hasta en la ideología, y por eso prefiero ocultarlas, sepultarlas allá donde nadie las mire. Allá donde no puedan hacer daño.

Conforme pasaron los días me fui serenando y pensé que aquella situación terminaría por aclararse. Muchos revolucionarios han sido víctimas de malos entendidos, de calumnias y trampas colocadas por el enemigo para minar su moral. La fe en lo justo de la causa revolucionaria, la confianza en el triunfo final de la verdad, la firmeza en los principios, deberían seguir siendo los pilares de mi vida aunque tuviera que quedar aislado del Partido quién sabe hasta cuando. Y de todos modos, si en el seno del Partido no estaban creadas las condiciones para poder dar mi aporte a la lucha, había otros medios y otras formas de actuar en favor de los trabajadores salvadoreños.

Seguramente que en un momento u otro de la vida, si marchaba por un camino correcto, me encontraría con los verdaderos comunistas y con los verdaderos revolucionarios, en la misma trinchera. Para mientras, podría aprovechar mi situación en el gremio de los zapateros. El movimiento de todos los gremios se agitó en aquellos días a causa de la gran emigración de trabajadores salvadoreños hacia la Zona del Canal de Panamá, donde se iniciaban las obras de ampliación de las instalaciones militares para proteger aquel paso estratégico en las condiciones de la Segunda Guerra Mundial. Tuve numerosos contactos con obreros que salieron para Panamá, dándoles ideas y medios para que lograran construir sus organizaciones democráticas y revolucionarias en aquel país, donde, a pesar de todo, las condiciones políticas eran más favorables que entre nosotros. Durante mucho tiempo asistí por carta a varios compañeros salvadoreños que mantuvieron en Panamá la labor revolucionaria entre la masa emigrada. Un día que fui a

comprar cuero a una tenería, un camarada del Partido con quien todavía mantenía contacto, me informó que estaba circulando una hoja llamando a la organización de los zapateros en el seno de un centro llamado “Reconstrucción Social Salvadoreña”, al parecer apoyado por el Gobierno para convertirlo en apéndice del Partido Oficial que Martínez había organizado para darse respaldo político y que se llamaba “Pro-Patria”. “Reconstrucción Social Salvadoreña” intentaba ser el germen de una central gremial única, por la cual el gobierno pudiera controlar en el futuro al movimiento obrero salvadoreño. Pero lo importante, y alarmante, era que el llamamiento había despertado entusiasmo entre los zapateros del país –primer gremio convocado– que miraban en “Reconstrucción” la primera oportunidad de organizarse desde el 32. Empecé a hacer mis investigaciones y pude comprobar que el apoyo para la iniciativa del Gobierno era enorme entre la masa, causaba inclusive júbilo. Traté de aclarar a los compañeros con los que pude tomar contacto, que se trataba de una maniobra del régimen destinada a ampliar su base social y mantener el movimiento obrero bajo control, en favor de las clases dominantes. No convencí a nadie, ni siquiera a compañeros que en el pasado habían sido muy influenciados por el Partido.

–“Del lobo un pelo –decían– sino podemos organizamos como revolucionarios, organicémonos aunque sea con apoyo del oficialismo y ya veremos cómo ir cambiando el carácter de la organización hasta que llegue a servir a los trabajadores”.

O sea, un hecho era claro: los zapateros irían a organizarse en “Reconstrucción Social”. Yo creí que mi deber era estar con la masa, pero para no cometer errores que luego costaran caros, reuní a los camaradas Porfirio Huiza, Ismael Hernández y Félix Panameño, a fin de tomar una posición común frente al naciente organismo. Decidamos asistir a la primera reunión para ver con nuestros ojos el panorama, oler con nuestras narices el clima de la organización. La reunión en que se suponía se iba a constituir “Reconstrucción”, se llevó a cabo un domingo por la tarde, en un local situado donde hoy se encuentra el Cine Apolo, en San Salvador, y cuando llegamos el local estaba repleto y en la puerta había colocado un gran letrero en que se leía “*Reconstrucción Social Salvadoreña*”. En el interior había grandes retratos de Martínez y letreros con sus pensamientos: “*La Democracia es amor*”, “*El trabajo es deber de todos los hombres*”. Una mesa presidencial dirigía la reunión, sin que nadie la hubiera elegido: ellos se encaramaron diciendo que eran los organizadores. Llevaba la voz cantante el doctor Manuel Escalante

Rubio, yerno de Martínez; y lo secundaban el zapatero reformista Gumercindo Ramírez, que fue mi maestro en el oficio, y un barbero de la Policía, Mijango, que si no torturaba a los presos era porque los torturadores no lo dejaban, ya que ganas le sobraban. Escalante Rubio, con un discurso lleno de demagogia y nada convincente, abrió la reunión, diciendo que un grupo de personas preocupadas por los problemas sociales había hecho un llamamiento para crear *“Reconstrucción Social Salvadoreña”* y que este llamamiento se había dirigido primeramente a los zapateros porque era evidente que nuestro gremio estaba sufriendo más que otros las consecuencias de la crisis traída por la guerra mundial. Lo de la crisis era verdad. Al dirigirse el grueso de la producción capitalista mundial y principalmente la de los Estados Unidos a cubrir las necesidades bélicas, un desbarajuste temporal había hundido importantes rubros de la industria de consumo. Nuestra rama, que se nutría con materiales importados (hilo, cuero fino, chinches, clavos) sufrió el impacto de la tremenda alza de precios y por ello se habían hecho diversos planteamientos al Gobierno (precios topes, reglamentación salarial, etc.). Rubio dijo muy solemnemente que frente al hecho de la apertura de fuentes de trabajo en Panamá, incluso en lo referente a artesanías como la del calzado y otras, el Gobierno podría ayudar a quienes quisieran emigrar, a fin de garantizarles las mejores condiciones de vida y de trabajo, contratación segura y a prueba de engaños, etc. Gumercindo apoyó a Escalante y muy risueño, como un pastor protestante, insistió en escuchar la opinión del gremio sobre la propuesta del Gobierno: enviar zapateros a Panamá para aliviar en El Salvador el exceso de concurrencia artesanal en un mercado tan chiquito. Un profundo silencio se hizo en la sala. Yo le metí un codazo a Ismael y le dije bajito:

–“Ya nuestros compañeros están pagando el precio de su ingenuidad. La proposición ha caído como una baldada de agua fría. ¡Bonito está que la única solución para los trabajadores salvadoreños consiste en irse para el extranjero!”

Gumercindo y Mijango siguieron jodiendo con que esperaban opiniones de la masa. Escalante Rubio, ya nervioso, dijo que qué pasaba con los zapateros que era el gremio más hablantín, que por qué callaban, que si les habían comido la lengua los ratones. Al final, un obrero alistador llamado Vicente, cuyo apellido no recuerdo, pidió la palabra. Era tímido y sencillo, pero dijo lo que todos queríamos oír:

“Por primera vez después de 1932 estamos reunidos los zapateros salvadoreños –dijo–. ¿Y cómo nos encontramos? Pues, basta vernos los unos a los otros. Sucios, malvestidos, algunos hasta descalzos, todos descuarranchados y con caras de hambre. Yo pensé que aquí íbamos a discutir cómo mejorar nuestra situación, que es desesperada. ¡Y nos salen con que nos tenemos que ir a Panamá! Yo creo que los zapateros no tenemos nada que ir hacer a Panamá. Allí lo que necesitan son albañiles, electricistas, carpinteros, mecánicos, plomeros, maestros de obra. Yo soy muy bruto y no puedo decir más. Pido a los compañeros que tengan facilidad de palabra y que conozcan nuestros problemas, que vengan a hablar por nosotros”.

Pedí la palabra. Gumercindo trató de negármela, pero la masa protestó, súbitamente enardecida. Subí a la tarima y hubo aplausos, pero Escalante tocó un timbre pidiendo silencio. Fui moderado.

–“Sin duda las intenciones de “Reconstrucción” son honorables y sanas –dije– pero no resuelven los problemas del gremio. La crisis que la guerra ha traído a ramas de la producción como la nuestra, peor en países como El Salvador donde el calzado se produce artesanalmente es catastrófica. Nuestros problemas sólo podrán ser resueltos por nuestra organización. De modo que si el Gobierno quiere ayudarnos, que comience por concedernos libertad organizativa, ¡sin tutelas de ninguna clase!”

Los aplausos fueron enormes: ¡había dado en el mero clavo! No nos habíamos equivocado: aún en el seno de la maniobra oficial, las condiciones políticas unidas a las condiciones económicas, hacían posible un trabajo de perspectivas revolucionarias. Seguidamente habló Porfirio Huiza. Fue más contundente que yo, menos cauteloso. El entusiasmo de la masa era enorme y los de la mesa presidencial estaban que se los llevaban los diablos. Lástima del Porfirio Huiza, porque la verdad es que era un gran orador. Digo lástima, porque con el tiempo se apartó del Partido y, a la vejez viruela, terminó siendo prudista. Después habló Ismael Hernández. El Ronco Félix estaba afligido y nos decía que no habláramos, que nos iban a dar la jodida del siglo. Yo me volví a encaramar en la tarima y afirmé que la iniciativa de una organización libre estaba lanzada, que al gobierno le quedaba dar las garantías del caso y que para empezar estábamos convocados para el próximo domingo, para seguir deliberando. Ahí mismo se fue abajo la tal “Reconstrucción”, pues quedó desprestigiada ante los ojos de los

trabajadores honestos. Aunque sobrevivió por algún tiempo, siempre fue un organismo claramente señalado, que nunca más engañó a nadie. Nuestra fuerza fue tal que el siguiente domingo no se nos negó el local para reunimos, aún sabiéndose que se trataba de fundar una organización de hecho independiente. En esa ocasión la asistencia fue aún mayor y más entusiasta. En una semana había prendido la idea de la organización gremial independiente y ya desde la segunda reunión se levantó hasta su nombre: “Alianza Nacional de Zapateros”. Dicha “Alianza” agruparía a los dueños de talleres y a los trabajadores, cosa que no era contraproducente para los intereses de la mayoría porque había que partir de la defensa de los intereses de otra rama artesanal, dejando para más adelante las reivindicaciones de los operarios propiamente tales. En esa misma reunión se constituyó la primera Junta Directiva, por votación unánime. La prisa era significativa. Fui nombrado Presidente en calidad de dueño de taller pequeño. Secretario de Organización, Porfirio Huiza, dueño de chinchero. Secretario de Propaganda, Felicitó Martínez (Licho), operario. Secretario de Asuntos Sociales, Ismael Hernández, operario. Del Tesorero sólo recuerdo que era operario. Dejamos fijadas Asambleas Generales a realizar en las tardes de los domingos. El ambiente fue tan favorable que en dos meses tuvimos estructurada la Alianza a nivel nacional. La policía se mostraba cautelosa con nosotros: ejercía vigilancia en nuestras reuniones pero no tomaba medidas represivas directas. Nos garantizaba el hecho de reunimos en el local de “Reconstrucción”, organismo que quería seguir guardando las apariencias para tratar de atraer a otros gremios. Escalante Rubio y Gumercindo andaban con la cola entre las patas, pero aceleraban sus contactos con otros sectores obreros para tratar de mitigar la cuña que nosotros significábamos. Por mi parte me convertí en el conferencista de los zapateros de El Salvador. En el local de Alianza (o sea, el de “Reconstrucción”) historié sobre el movimiento obrero nacional, sobre su florecimiento y decaimiento. Tenía que ser muy cauto para tener tranquila a la Policía y al mismo tiempo darle a los compañeros una imagen real de la tradición que teníamos a nuestras espaldas, de los sacrificios y luchas a los que deberíamos responder con nuestra acción. Las condiciones internacionales habían cambiado mucho y ello se reflejaba en estas posibilidades que se abrían en nuestro país. La victoria del fascismo había dejado de ser un sueño de rápida realización en la cabeza de Martínez y éste comenzaba a coquetear con los norteamericanos. Por nuestra parte, advertíamos a los trabajadores sobre las perspectivas que abriría para la clase obrera internacional la derrota del fascismo por los Aliados, principalmente en el

frente oriental, donde el toro que más meaba era el Ejército Rojo. Asimismo comenzamos a aprovechar la euforia antifascista para reorganizar nuestros contactos con la clase obrera de otros países. Y las contradicciones que esta situación produjo en el régimen se hicieron sentir en muchos hechos palpables. Por ejemplo, con ocasión de la evacuación de Dunquerque, enviamos un saludo a los trabajadores ingleses. La Embajada Británica envió nuestro mensaje y de Londres nos contestaron agradeciendo la solidaridad en nombre del Rey y nos comunicaron que el Primer Ministro nos enviaría una bandera inglesa para nuestro local. Al saber ésto, Escalante Rubio maniobró para que fueran los obreros que se iban a Panamá, entre los cuales “Reconstrucción” había logrado enrolar a algunos zapateros, quienes recibieran la bandera, excluyéndonos a nosotros. Cuál no sería mi sorpresa cuando el Mayor Marroquín me citó a su oficina policial para informarme de esa maniobra y para aconsejarme que asistiéramos en masa al acto y tomáramos nosotros, aunque fuera a puro huevo, la bandera que nos correspondía. ¿Qué intereses hablaban por Marroquín? Lo cierto es que tiempo después Martínez se tuvo que quitar de encima al Coronel Merino y al Mayor Marroquín, pues se les señalaba su adhesión al fascismo y su anti-norteamericanismo. No hay que desestimar tampoco que Marroquín haya actuado a veces en favor nuestro por remordimiento ya que él era cuñado de Serafín G. Martínez, el camarada que fusilaron junto a mí en 1932 y a quien yo le quité el sombrero. En lo personal sigo pensando que aquellas actitudes raras eran manifestaciones de los antagonismos internos del régimen frente a la lucha entre fascismo y democracia a nivel mundial. En la noche señalada, el embajador inglés y el *attaché* militar llegaron a entregar la bandera a nuestro local y los zapateros que se iban a Panamá trataron de intervenir para recibirla ellos. Pero como ya estábamos avisados, los topamos rápidamente y la cosa no pasó de un forcejeo. Sin embargo, el camarada que recibió la bandera estaba muy nervioso y esta se le zafó de las manos, yéndose con todo y asta tarima abajo. Los diplomáticos no pudieron ocultar su cólera, aunque se pasaron sus pañuelos blancos por las narices, pero así y todo el acto fue exitoso y pudimos probar al Gobierno que teníamos excelentes relaciones con la Embajada Inglesa. Escalante Rubio fue a informar a la Embajada Americana que los ingleses estaban apoyando a los comunistas salvadoreños.

Los aliancistas dimos un paso adelante al plantear la organización de una Cooperativa, necesaria para auxiliar a los zapateros más pobres y a los desempleados, que eran un chorro.

Esto llegó a oídos de la Policía y Marroquín me citó de inmediato. Me recibió en privado y dijo que había oído lo de la Cooperativa, que le parecía obra digna de apoyo y que quería colaborar, ya que se trataba de beneficiar a los necesitados.

–“Deseo colaborar –agregó– con 500 colones, que entregaré sin compromiso para ustedes, sin recibo ni documentos, aquí entre nos. Que los más necesitados usen ese dinero y si pueden que lo devuelvan y sino, que no”.

Me sentí entre la espada y la pared, aunque tenía costumbre de eludir las trampas de la policía en lo individual. Es que entonces era representante de un frente legal de masas y tenía que ver los pro y los contras de cada situación, aunque no me gustara. Le dije a Marroquín que necesitaba la opinión de mis compañeros para aceptar cualquier dinero, no importaba que fuera sin compromiso o viniera de quien viniera. Agregué que si los demás compañeros aceptaban, tomaríamos el dinero en calidad de préstamo, que la transacción debería hacerse ante Ismael Hernández, Porfirio Huiza y otros, y constar en documento. En tal documento debería decirse que el préstamo tenía fines sociales y sería devuelto en cuotas de treinta colones mensuales. Marroquín insistía

–“¿Para que tanta gente? Entre nosotros nos podemos arreglar. No sospeché ninguna trampa”.

Pero yo no me bajé del caballo. Planteé la proposición a los compañeros y ellos concordaron con aceptar el préstamo en las condiciones que yo había establecido. Los camaradas dijeron que el hecho de no aceptar aquel dinero podía ser utilizado por el Gobierno para acusarnos frente a la masa de no velar por sus intereses y crear roces. Huiza, yo y cinco operarios fuimos a firmar el documento y a coger la plata, que se repartió entre los zapateros más necesitados, para que trabajaran con él. Este hecho, que no ocultamos, llegó a oídos del Partido y fui duramente criticado. Los camaradas me mandaron a decir que eso estaba pésimamente mal, que era recibir limosna del enemigo. Yo creo que los camaradas tenían razón, lo único que no eran ellos los que estaban dando la cara en el frente de masas y permanecían enconchados en una clandestinidad excesiva. Yo tenía que dar la cara a la masa y al hostigamiento policial. Creo que la trampa de Marroquín era seria, que presentaba muchos aspectos negativos, pero en aquellos momentos no estábamos aún en condiciones de rechazar tajantemente la oferta, ello habría

sido abrir un nuevo frente contra el sector más duro del enemigo: el instrumento represivo, directo, la policía. Pero no quiero exagerar. Admito aquella transacción como un error, como una metida de pata. Pero también aclaro que si hubo deshonestidad de parte de alguien, no hay por qué confundirse, el deshonesto fue Marroquín, por sus intenciones corruptoras. No iban a ser 500 pesos los que iban a manchar mis manos. Siempre he sido orgulloso, me aprecio demasiado como para que se me cruzara por la cabeza que entre el enemigo y yo todo se iba a arreglar con un puñado de pesos. Para esa gracia, me habría vendido de muchacho, sin exponerme tantas veces a la muerte y al sufrimiento. Y si cuento estas cosas y me extiendo sobre ellas es para que se vea que en la vida de un revolucionario no sólo hay heroísmos, historias de grandes batallas, acciones épicas, sino que muchas veces la calidad de comunista hay que defenderla más encarnizadamente frente a los golpes oscuros y miserables de la vida diaria, frente a las bajezas y los lodos que las circunstancias le ponen a uno en el camino. La posibilidad de untarlo a uno de mierda es calculada por el enemigo de clase y debe ser evaluada por nosotros con toda honestidad y serenidad. No por egoísmos mezquinos y por vicio de immaculadéz pequeño-burguesa, sino porque es un elemento calculable, que juega su papel en la lucha y del cual muchas veces dependen los avances o retrocesos de una organización, de un Partido. Sobre todo frente a pueblos como los nuestros, en que la personalidad individual sigue siendo tan determinante a causa de nuestra enfermedad organizativa permanente. Sobre todo frente a masas como las nuestras a quien tanto demagogo ha engañado tantas veces. Si, en los últimos años del martinismo todo era aguado y hediondo, como el lodo o la mierda. Para mí fue un alivio que terminara aquella etapa en que la dictadura jugaba con nosotros a base de promesas engaña bobos, planes fantásticos, ofrecimientos de crédito ilimitado en las palabras pero inexistente en la realidad. No voy a aburrir a nadie narrando nuestras interminables reuniones con los representantes de las casas importadoras, la Municipalidad de San Salvador, el Banco Hipotecario, las Cajas de Crédito, etc. El mismo Gobierno se fue encargando de terminar con las ilusiones que se levantaban en dichas reuniones con su perenne conducta antiobrera y antipopular. Repito que para mí fue un alivio que terminara aquella etapa conciliadora, porque, entre otras cosas, el Partido, con todo y lo marginado que me tenía, no cejaba en hacerme una fuerte presión cada vez que se decía que el Banco o el Gobierno o la burguesía iba a dar plata para nuestra cooperativa. Lo cual desde luego era correcto. Nuestras vacilaciones frente a aquella situación solamente tienen la excusa

del período en que se dieron. Eramos los sobrevivientes, pero más que todo los derrotados. Estábamos traumatizados y sólo mediante esfuerzos inauditos y una fe enorme en el destino revolucionario nuestro, fue que atravesamos aquella etapa sin errores irremediables, sin claudicaciones verdaderamente vergonzosas. Pero muchas veces hicimos concesiones excesivas, agachamos la cabeza más de la cuenta, conciliamos con el enemigo de clase aunque fuera en cosas de procedimiento o de forma. En mi caso, a aquella desmoralización contribuía la actitud de mi Partido, actitud “gallo-gallina”, como decimos los salvadoreños, que me hacía militar marginadamente y me llenaba de confusión y resentimientos.

La Alianza fue, a pesar de todo, una experiencia positiva. En primer lugar, pudo organizarse a nivel nacional, como ya dije, y cobró gran fuerza en San Salvador, Santa Ana, San Miguel, San Vicente y Zacatecoluca. Fue la primera experiencia organizativa independiente de los obreros salvadoreños después del 32, quitó el miedo a los gremios y dio perspectivas para el frente sindical. A partir de esa experiencia se fundaron organizaciones obreras disfrazadas o abiertas: sociedades de artesanos, asociaciones de ayuda mutua, juntas de vecinos y trabajadores. Incluso se realizó en Usulután un Congreso Nacional de Sociedades de Trabajadores que alarmó mucho al régimen. Alianza no participó en dicho congreso por cautela, ya que éramos considerados como el gremio más politizado e influenciado por los comunistas. Los barberos crearon su sociedad y obtuvieron aumento en las tarifas y descanso dominical. Los obreros de la fábrica de tejidos “Martínez y Saprissa” se organizaron para crear una alcancía colectiva, pero en la cabeza de todos estaba la idea de evolucionar hasta el Sindicato. Yo trabajé con ellos. En fin, muchas fueron las organizaciones renacientes que aprovecharon la experiencia aliancista. Pero en la medida en que hicimos sentir nuestra presencia y fuerza al Gobierno, éste reinició un trato cada día más duro contra nosotros y los trabajadores en general. Las amenazas, las presiones, los intentos de soborno, dejaron campo a las acusaciones falsas, las detenciones, los maltratos. A pesar de ello, algunos comunistas de entonces, inclusive algunos que luego traicionaron y llegaron a activar en los sindicatos de la ORIT, seguían provocándonos y acusándonos de las mayores traiciones. Había en el seno del Partido (independientemente de la mayoría que nos marginaba pero sin meterse todos los días con nosotros) un grupo al que yo he llamado “cavernario”, encabezado por el compañero Pérez y un estudiante de Economía, Gilberto Lara, que no nos daban agua con su acusadera. Era de la gente que ni trabaja ni deja trabajar. Ahora Larita tiene más de veinte años

de estar entregado al gobierno y a la reacción. Pérez no, el viejo Pérez sigue en el Partido, es un buen compañero, pero más sectario que yo, que ya es decir.

Conmigo particularmente la cosa se ponía aún peor. La reacción no me acababa de perdonar la sobrevivencia. La burguesía sabía que yo iba a seguir siendo un testigo directo de sus crímenes y que los tiempos podían cambiar y yo podría volverme peligroso de nuevo. De modo que se enfilaba contra mí la artillería. Escalante Rubio, sabiendo que el gobierno estaba limitado por la situación internacional para liquidarme, comenzó a mal informarme ante la Embajada Americana, que era ya una especie de supergobierno en nuestro país. Los terratenientes de Santa Ana pidieron directamente a Martínez que se tomaran medidas drásticas conmigo, inmediatamente. Y es que en este terreno las clases dominantes y los gobiernos a su servicio se equivocan raras veces: pueden perdonar al más gritón de los revolucionarios, pueden perdonarle todo a cierto tipo de revolucionario si se arrepiente, lo que no perdonan jamás es tener antecedentes que ligen a una persona con la actividad armada ni tener una personalidad que la pueda convertir en elemento de movilización de masas. Esto explica por qué hasta en la actualidad hay comunistas que son perseguidos y hay otros que no lo son. Es que realmente hay comunistas peligrosos y otros que no lo son. Lo divertido en aquel proceso de recrudescimiento de los ataques burgueses en mi contra, era que mientras más me jodía el enemigo, más me jodían los camaradas cavernarios. No me bajaban de colaboracionista, cobarde y sucio desorientador. Y como en el seno del Partido no se me criticaba en la debida forma, yo más me entuturutaba. Hasta se llegó a hacer conciencia en mi contra a la gente nueva que llegaba al Partido, al grado de que para algunos jóvenes comunistas yo llegué a causar el mismo miedo que un cuilio. Por mi parte traté de ser siempre consecuente con el Partido y comprender los problemas de nuestro escasísimo desarrollo político. Inclusive puedo decir que fue acatando una decisión partidaria que logré que Alianza se retirara del seno de “Reconstrucción Social”. La cosa fue así: el Partido, por sobre los ataques del sector “cavernario” y las sospechas infundadas, me citó para hablar. Recuerdo que me recibieron los camaradas Ponce y Roca y me informaron que el Partido había decidido que el gremio de zapateros se retirara de la agrupación martinista y me dieron dos meses de plazo para lograrlo, agregando que si al cabo de ese tiempo no había resultados en aquel sentido, yo sería expulsado definitivamente del Partido.

Para esa actividad se me ofreció la colaboración de los comunistas de la capital. Yo acepté la tarea y comencé a estudiar la forma de sacar a Alianza de "Reconstrucción" sin romper la continuidad de la lucha de los zapateros. Felizmente se presentó una coyuntura propicia.

Como Alianza tuviera gran éxito en Santa Ana, citamos a una asamblea para informar a los zapateros de San Salvador. Nuestros éxitos habían sido tales que hasta el General Martínez nos envió un telegrama felicitándonos por la labor social. Era un cínico el teósofo de San Matías.

A la Asamblea concurrieron también representantes de otros gremios, invitados por los zapateros. Debido al tono intencionalmente agitativo de las intervenciones, el Dr. Rubio, invitado honorariamente en la mesa directiva, se paró y declaró suspendida la reunión, en tono violento y amenazante. Yo, que también estaba en la mesa, como Presidente de Alianza, me opuse y entre el Dr. Escalante Rubio y yo se armó una gresca fenomenal. Me acusó a gritos de ser comunista, agitador peligroso, asesino rojo; y yo no me quedé callado, lo acusé de nazi-fascista y le saqué sus nuevas funciones como Cónsul *ad-honórem* de la dictadura sangrienta del Paraguay. La cosa llegó a un nivel tal que el tipo trató de darme un pescozón, pero mis compañeros estuvieron listos y lo contuvieron. Por su parte, la delegación de tejedoras de la fábrica "Martínez y Saprissa" la emprendieron a sombrillazos contra el mentado doctor y una de ellas le quebró la sombrilla en el lomo. Llegó la policía y la Asamblea se acabó. Pero el grito de los trabajadores fue unánime: ¡Alianza no tiene ya nada que hacer en el seno de "Reconstrucción Social"! Así cumplí con el encargo del Partido por mis propios medios y la ayuda del gremio. El Partido no dio la ayuda ofrecida y por el contrario, una vez que estuvimos fuera de la agrupación martinista el Partido le evitó toda ayuda a Alianza y esta, que ya no tuvo ni local de reunión comenzó a debilitarse hasta casi morir. Todo esto ocurría ya en las postrimerías de la dictadura martinista y se entrelazaba con las diversas conspiraciones que se organizaban para acabar con la negra vida del régimen anticomunista de los trece años.

XI

LAS JORNADAS DE ABRIL Y MAYO DE 1944: EL DERROCAMIENTO DE LA DICTADURA DE LOS TRECE AÑOS

La Unión Nacional de Trabajadores y el “romerismo”. La restauración del terror: el golpe militar de Osmín Aguirre y Salinas. Mármol en el seno de la “revolución” de Guatemala. Reflexiones finales.

La rebelión militar-civil del 2 de abril de 1944 contra la dictadura de Martínez, sorprendió a los salvadoreños. La conspiración que había preparado aquellas acciones había sido subterránea, como correspondía a las condiciones de supervigilancia, terror y recelo que existieron en El Salvador durante la etapa abierta en 1932, junto a la tumba de treinta mil obreros y campesinos. Cuando sonaron los primeros tiros de las “tartamudas” rebeldes en San Salvador, en la tarde del día 2, los militantes aliancistas, los vecinos y los amigos corrieron hacia mí en busca de información, pero yo estaba en la mera luna, no sabía qué decir. No sabía si se trataba de un movimiento revolucionario o si era un truco del gobierno o si lo que había era una lucha a tiros entre camarillas militares. El Partido Comunista había tenido información sobre la conspiración y había ayudado con recomendaciones, consejos y afianzamiento de contactos, a los diferentes grupos participantes, pero a mí me habían tenido en ayunas, no me habían informado de nada. Así que decidí ser cauteloso para no meter la pata. A quienes miraba llorar de placer en las calles porque “ya había llegado la libertad” les recomendaba que disimularan su entusiasmo, que no todo estaba claro, que no había que irse de boca. Sin embargo, muchos datos positivos surgieron pronto. Tuve un gran alegrón Cuando Matilde Elena López, una intelectual progresista que ahora es catedrática de la Universidad, anunció el derrocamiento del General Martínez por una radio local que estaba en poder de los rebeldes. Asimismo escuchábamos al gracejo de Chencho Castellanos Rivas diciendo lo mismo. Este tal Chencho era un locutor de la *Mejoral* que se la llevaba de artista: terminó siendo un gran sinvergüenza, oreja, que llegó a vender por dinero una emisora clandestina ambulante en la época de la resistencia contra Lemus (1960). Todo el mundo hablaba por aquella radio, la YSP, como si la revolución ya estuviera en el poder. Incluso escuché cuando dos camaradas de la Alianza de Zapateros, Luis Felipe Cativo y Antonio Garay, exhortaron al pueblo para apoyar la rebelión, en nombre del gremio y de la Alianza. Mientras tanto, el combate en la capital era nutrido. Había un tiroteo de once

mil diablos entre el Primer Regimiento de Infantería y el Cuartel de la Policía Nacional y entre el Sexto de Ametralladoras y el cuartel El Zapote. La aviación estaba con los rebeldes y los cazas trataron de bombardear la Policía, pero por pura chabonería las bombas fueron a caer a dos cuadras del objetivo, incendiando dos manzanas del centro de San Salvador. En ese incendio se fueron al diablo los almacenes de Bailete y Llovera, el Teatro Colón, que era el teatro más hediondo a meados del mundo, y otros comercios. El Casino Salvadoreño quedó intacto entre los escombros, como símbolo de que a la oligarquía no le iba a hacer nada “la revolución” de Abril. Los heridos y los muertos menudeaban en las calles por las balas desperdigadas y las ambulancias de la Cruz Roja no daban a basto para acarrear a tanta gente. Las comunicaciones telefónicas y el alumbrado eléctrico se interrumpieron. Como es de suponer, la ola de bolas era tremenda, pero nadie sabía nada con exactitud: se decía que los rebeldes habían tomado las comunicaciones y que tenían a favor casi todos los cuarteles del país, que sólo la Policía y El Zapote, o sea el Primer Regimiento de Artillería, resistían. Los borrachos se habían vuelto valientes y en todas las esquinas gritaban:

–“Muera el tirano Martínez, muera el Pecuecho hijo de la gran puta, mueran todos los diputados, viva la Revolución”.

Todo el mundo quería ayudar a derrocar a Martínez pero nadie sabía cómo, ni a quién dirigirse para preguntar. El tal Chencho Castellanos anunció que Martínez había muerto, ajusticiado en la carretera a La Libertad. Los policías habían sido concentrados en su cuartel y los ladrones hacían su agosto. La misma noche del 2 de abril, con dudas y esperanzas y bajo el zumbido de las balas, concurrí al Parque Centenario, donde se había convocado, nadie sabe aún por quien, a la “ciudadanía consciente”, para recibir armas de los cuarteles rebeldes y pasar a participar en el combate. Allí nos reunimos unos quinientos a seiscientos hombres dispuestos a luchar contra las fuerzas del martinismo. En perfecto orden nos dirigimos a los cuarteles rebeldes para reclamar armas y municiones. Pero todo sería inútil. Fuimos al Primer Regimiento de Infantería que aún se fajaba con la Policía, y luego a la Caballería, a Casa Mata, pero el resultado fue el mismo: naranjas de Chinandega. Era falso que en los cuarteles se quisiera armar al pueblo y eso le daba a “la revolución” un carácter muy limitado. Pero no era hora de ponerse a denunciar estas cuestiones, sobre todo porque no teníamos contacto con las masas capitalinas. Ansiosos de instrucciones y de dirección nos dirigimos hacia la YSP, donde se había hecho el llamado a la rebelión y donde decían

que estaba el doctor Arturo Romero, señalado como máximo dirigente civil de la rebelión. Cuando llegamos a la YSP éramos ya unos mil hombres entusiasmados. Pero no se pudo obtener ninguna respuesta y cada quien tuvo que volver a su casa con la cara larga por el desaliento. La balacera continuaba y en cualquier esquina podía encontrarse uno con un rafagazo de metralla o con un bombazo. Desde entonces supe que aquella rebelión iba a terminar en el mayor de los fracasos. Ya era conocido que entre los jefes militares de la misma estaba Tito Calvo, el masacrador del año 32 en Sonsonate e Izalco. Pronto se supo que Martínez no había muerto y que se había hecho cargo de organizar el contraataque contra los alzados. Estos se estaban cagando del miedo, porque no habían contado con ponerse cara a cara con el dictador. El plan para matar a Martínez había fracasado estúpidamente. El viejo iba todos los domingos a descansar al puerto de La Libertad y los alzados habían planeado tronárselo cuando regresara a San Salvador, en plena carretera. Pero Martínez fue avisado telefónicamente de que habían comenzado los balazos en San Salvador y simplemente cambió de carro y se vino chiflado para la capital. Pasó en medio de la emboscada sin que nadie lo viera. Y a base de coyotes se impuso a todos los vacilantes que querían rendirse frente a la “revolución”, organizó la resistencia y por teléfono desmoralizó a los “heroicos” Calvo, Alfonso Marroquín, etc. El Brujo de San Matías, como también llamaban a Martínez, tenía los huevos en su puesto y además una aureola mística, mágica, que lo ayudaba horrores. Lo cierto es que se paseó en toda la rebelión, jugó *ping-pong* con ella. La confusión cundió entre las filas rebeldes: el carácter antidemocrático de los militares les impidió apelar a la única fuerza que podía haber definido la situación favorablemente, o sea, al pueblo, a las masas de la capital, y Martínez se puso simplemente en el centro de la telaraña, seguro de que todos iban a ir cayendo en sus garras. Todo era cuestión de horas más, horas menos. El día 3 de abril llegó a verme a mi casa (donde estaban reunidos varios aliancistas y algunos camaradas del Partido, todos como yo sin orientación precisa) un sargento de la guarnición del aeropuerto, para decirnos que allá había posibilidades de apoyo para la rebelión, que ya estaban de acuerdo todos los soldados y clases y que lo único que no sabían era a la orden de quién ponerse. El sargento llegaba a buscar dirección e instrucciones. Decidimos pasarle la información al doctor Romero. Francisco Pineda Coto, el caricaturista que se haría famoso en el país por crear el personaje de “Juan Pueblo”, fue el correo que llevó la información por escrito. Volvió más que desconsolado.

Había contactado al propio Dr. Romero, quien leyó el mensaje y se echó a llorar, diciendo que ya todo era imposible, que la ayuda llegaba demasiado tarde, que todo el mundo estaba a la desbandada y los jefes militares querían rendirse para salvar el pellejo. ¡Con esta clase de jefes, aliviado iba a estar el pueblo salvadoreño! Yo me puse como la gran puta de bravo, pero ¿qué podíamos hacer nosotros, sin contactos con la conspiración, sin armas, etc.? Lo que no sé es cómo se habían imaginado los líderes del 2 de abril la forma de recibir el apoyo del pueblo. No tuvieron valor para armarlo y rechazaban hasta la ayuda de los sectores del mismo ejército que querían pelear de verdad. Los líderes del 2 de abril no se habían preparado para pelear de verdad, creyeron que iban a derrumbar al gobierno por teléfono, con el solo requisito de tronarse a Martínez. Y la verdad es que quien jodió por teléfono a “la revolución” fue Martínez. Es cierto que nosotros fallamos en el 32 por falta de un plan adecuado, entre otras cosas, pero entonces se trataba de una insurrección clasista y no solamente de desbarrancar a un gobierno odiado y sustituirlo por otro menos malo, dentro de las leyes burguesas. La guarnición de la Aviación, no obstante carecer de dirección rebelde, se alzó y paró el avance de las tropas leales a Martínez que avanzaban de Cojutepeque a San Salvador, pero finalmente fue copada por un fuerte núcleo de infantería proveniente de Zacatecoluca y hubo una matazón tremenda. Martínez se dirigió a la ciudadanía diciendo que tenía controlada la situación, que un pequeño grupo de criminales se habían levantado contra la ley y que iba a proceder con todo rigor para restablecer por completo el orden. Decretó el Estado de Sitio y la Ley Marcial en todo el país. Los últimos bastiones rebeldes se fueron rindiendo poco a poco. El “heroico” jefe militar de la rebelión, Coronel Tito Calvo, que andaba para arriba y para abajo en un tanque, corrió a pedir asilo a la Embajada Americana, pero el Embajador se lo negó. Al salir de allí y antes de que pudiera llegar a su tanque, lo capturaron. A los pocos días le tocó paredón. Las embajadas se llenaron de asilados, sobre todo la del Perú, pues la embajada más solicitada, la de México, cerró sus puertas a piedra y lodo ya que el embajador Méndez Planearte, era uña y carne con el dictador. Los borrachitos dejaron de gritar mueras a Martínez, después que los cuillos asesinaron a algunos de ellos que por andar en plena zumba no se habían dado cuenta de que la rebelión había sido derrotada. Martínez anunció la instalación de los Tribunales Militares que se encargarían de recetar plomo a medio mundo. Los fusilados comenzaron a caer. Martínez habría pasado a la historia como el único hombre que tuvo huevos en El Salvador en abril de 1944, de no haber sido por la actitud ante la tortura y la

muerte de algunos de los sublevados, fundamentalmente del civil Víctor Marín. Para tratar de sacarle las listas de los conspiradores en la policía le sacaron un ojo y le quebraron los brazos y las piernas, le arrancaron las uñas de pies y manos y le trituraron los testículos. Cuando lo fusilaron lo tuvieron que apoyar en un burro de madera. Y cómo no sería de macho el hombre, que cuando se le acercó un cura frente al paredón y le dijo que venía a reconfortarle el espíritu, Marín contestó:

–“Es el cuerpo el que me flaquea, padre, no el espíritu...”.

Ese fue el hombre que más en alto puso el honor de los salvadoreños en la “revolución” de abril. Los demás dirigentes (con algunas excepciones que tampoco son para desmayarse de emoción, como en el caso del Coronel Cola de Mico Aguilar, Jefe del Sexto de Ametralladoras, que sí peleó con ganas) pecaron de cobardes, de traidores, de calzones flojos, de ingenuos o de pendejos. Esa es la verdad, aunque en El Salvador todavía haya reservas para aceptarla. Luego vendría el pueblo, en las jornadas de mayo y en la resistencia contra el osminato, a demostrar que lo que faltaba no era coraje, sino claridad frente a los problemas nacionales. Pero para mientras, Martínez reaccionó como un tigre herido. La fusilatina fue de a peso. Y la cagazón de los militares no les valió de nada a los que fueron capturados o se entregaron. Martínez tenía un corazón de cuero de lagarto.

En plena ola de sangre fui obligado a presentarme a la Dirección General de Policía. Rudecindo Monterrosa, el Director, estaba que se lo llevaban los diablos de la cólera pero al mismo tiempo se mostraba nervioso y dudante. La tensión para los verdugos era también intensa, pues tras la cortina de asesinatos comenzaba a verse el síntoma del final de la dictadura. El interrogatorio era para averiguar cuál había sido la participación de Alianza de Zapateros en el levantamiento. Negué todo nexo con el mismo, con lo cual no hacía más que decir la verdad, independiente de mis intenciones y de mi adhesión del día de los tiros. Le sostuve a Monterrosa que los que hablaron por radio en nombre de Alianza no habían sido Cativo y Garay, que todo había sido una maniobra muy lógica por parte de los insurrectos que trataron de aprovechar el prestigio de nuestra organización.

–“Ustedes son unos ingratos –me dijo con tono amargado el Director de Policía– les hemos dado garantías para el trabajo y la organización, les hemos dado crédito económico y nos pagan apoyando a los anárquicos. Lo he llamado, Mármol, porque el gobierno quiere que Alianza devuelva el dinero que se le ha prestado”.

Yo me encabroné y le dije cómo nos habían impuesto el préstamo contra nuestra voluntad, para tratar de sobornarnos y desprestigiarnos y le señalé que todo se estaba pagando religiosamente de acuerdo a lo firmado.

–“Pero si Uds. quieren el resto del dinero ahora mismo, voy a ir a mi casa y voy a vender todo lo que tengo para cancelar la deuda de los zapateros con el régimen” –terminé diciendo.

Parece que no esperaba esa respuesta pues me dijo que estaba bien, que se olvidara todo y que no se pagara una cuota más.

–“Sólo voy a rogarles una cosa –agregó– que no sean ingratos, que no sigan estando en contra del Gobierno de mi general Martínez”.

A mí me hervía la sangre al recordar a Farabundo Martí, a Luna, a Zapata, a Feliciano Ama, a nuestros 30 mil muertos del año 32, a mí mismo y a mis sufrimientos durante todo el martinismo. ¡Y todavía nos decían que no fuéramos “ingratos” con el régimen! Monterrosa me dijo que podía asegurar a Cativo y a Garay que no iban a ser perseguidos pues mis explicaciones aclaraban el asunto. Al parecer el gobierno estaba atormentado cagándose en la pequeña burguesía y trataba de mediatizar a la clase obrera, de no provocarla. Y por parte del pueblo todos como idiotas: los obreros por un lado, en la luna; los sectores radicales de la pequeña burguesía por otro, aguantando bala y leña, pero necios en su miedo de mezclarse con el pueblo. Pero no fue por mis explicaciones que me salvé de la cárcel o el destierro. El gobierno sabía a la perfección que como dirigente de Alianza había entrado en buenas relaciones con el Embajador de Inglaterra y con el de los Estados Unidos, entonces aliados de la clase obrera a nivel mundial en la tarea de derrotar al nazi-fascismo.

Quizás valga la pena contar aquí cómo fue que entré en relaciones con el Embajador Americano, que tan decisivo papel jugaría en el derrumbamiento de Martínez. Como ya dije, Escalante Rubio me había mal informado en la Embajada Americana, acusándome de comunista, antinorteamericano, etc. El Embajador me citó un día para charlar a solas. Después de consultar con la directiva de Alianza fui a verlo, y él, en tono amable, pero intencionado, lo primero que me preguntó fue por qué era yo enemigo de los Estados Unidos.

–“Al contrario –respondí– estoy con los Estados Unidos porque hombro con hombro con la Unión Soviética, combate al enemigo público número uno de la humanidad, al nazi-fascismo imperialista alemán, italiano y japonés”.

El Embajador era un zorro y no se quedó ahí. Poco a poco me fue llevando a los problemas nacionales y comenzó a preguntarme sobre diversos personajes del gobierno de Martínez, las contradicciones en el ambiente político nacional, etc. Al preguntarme mi opinión política sobre Martínez y su gobierno, yo le expuse sin reticencia lo que sabía y pensaba: le denuncié la práctica de los plebiscitos inexistentes con los que Martínez se hacía reelegir con apariencia legal; hablé de las simpatías nazi-fascistas de Martínez; de que en el aeropuerto militar de Ilopango habían sido vistos en diversas épocas, grupos de pilotos y militares japoneses y de que la policía salvadoreña encubría una estación de radio clandestina instalada por los nazis en Villa Delgado y que comenzaría a operar cuando les conviniera, aunque por el momento se dedicaba a comunicaciones secretas; de que Martínez había hecho llegar al Estado Mayor del Eje un plan táctico de desembarco de tropas en las costas norteamericanas y de que también se suponía que submarinos nipones se abastecían de combustible en el puerto natural salvadoreño de Mizata. Todo ello interesó sobremanera al Embajador. Antes de despedirme le dije que yo tenía el problema de que la policía martinista no me perdía paso, que me seguía más cerca que mi sombra, y entonces él me dijo que si me sucedía algo que le mandara un aviso personal y que él intervendría en mi favor. Entiendo que en algo me favoreció esta situación, que hoy da hasta risa por lo irreplicable, pero que reflejaba las contradicciones políticas y sociales sumamente complejas de entonces.

La represión desatada por la dictadura fue contraproducente para sus intereses continuistas. Martínez no calculó correctamente el estado de ánimo de las masas que ya estaban hasta la coronilla de la opresión y que habían despertado del pesado letargo en que las sumiera el horror del 32, por medio de la difusión del pensamiento antifascista mundial. Los avances del Ejército Rojo habían golpeado positivamente la imaginación colectiva y Stalin era respetado y querido. El pueblo se dispuso hacer frente al martinismo, acicateado por los crímenes y atropellos de la Policía y la Guardia Nacionales. Lamentablemente la falta de dirección era casi absoluta por lo menos en los primeros momentos. Los rebeldes estaban cayendo a diario frente a los pelotones de fusilamiento y los tribunales militares emitían nuevas condenas a muerte y a largas penas de prisión. Por cierto que tuvo actuación en esto como Procurador General Militar de la República el capitán y doctor Héctor Muñoz Barillas, que tanto me perjudicara durante mi última cárcel, y un tal Dr. Paredes, que era auditor de Guerra, aunque no era abogado, sino según me dicen, médico pediatra, es decir, de niños. Por eso le dicen de apodo

“Herodes”. Y la ley marcial no distinguía: se disparaba contra todo lo que se movía. Los organismos gremiales dejaron de funcionar, los dirigentes de todos los sectores fueron estrictamente controlados. Y el Partido Comunista era un pequeño grupo sin ligazón con el pueblo. Algo había que hacer sin embargo, para no dejar librado al espontaneísmo el furor popular. De manera que bajo la persecución y el terror, un grupo de comunistas nos reunimos en casa de Pedro Grande para considerar la situación, las necesidades a que había que responder con algo más que la preocupación. Tras un intenso debate llegamos al criterio unánime de que habría de crearse el instrumento adecuado para canalizar la acción popular contra la tiranía o sea un partido político de masas, de amplia orientación democrática, que pudiera organizar en sus filas a la mayoría de los trabajadores del país. Sería un partido no sectario, antifascista y antidictatorial. El momento era bueno porque otros sectores sociales hablaban de organizarse para luchar, sobre todo los estudiantes, la pequeña burguesía urbana, etc. y era prudente tratar de construir, con perspectiva a largo plazo, un partido que tuviera al frente a la clase obrera organizada. Era claro que una organización así sólo podría comenzar a construirse en la clandestinidad. De aquella primera reunión salió incluso el nombre del proyectado partido: Unión Nacional de Trabajadores (UNT). En reuniones posteriores se examinó la conveniencia de que participáramos o no en los trabajos organizativos preparatorios de la UNT personas como Luis Díaz o yo, pues unos decían que éramos demasiado notorios e íbamos a dar un aspecto sectario al asunto y otros que, por el contrario, nuestra presencia garantizaría la confianza de los trabajadores organizados. Luis Díaz, que fue el Primer Secretario General del Partido, había vuelto al trabajo revolucionario después de desaparecer por algunos años. Se nombró una comisión nacional de organización de la UNT que quedó integrada por el estudiante Amílcar Martínez, unos de los jóvenes más radicalizados de aquel sector por entonces; el periodista Benjamín Guzmán, que luego de su etapa antimartinista terminó entregado en brazos del alcoholismo y de los gobiernos de turno; y los obreros Pedro Grande, Luis Díaz y yo mismo, Miguel Mármol. La situación se caldeaba minuto a minuto. Los estudiantes llamaron a una huelga general nacional, llamada “huelga de brazos caídos”. En su dirección se destacaron Reinaldo Galindo Pohl, Ministro de Educación en tiempos de Osorio; nuestro actual camarada Raúl Castellanos Figueroa; el Dr. Fabio Castillo y otros. Todo el país se paralizó. El comercio cerró, los bancos cerraron, las escuelas y los colegios, los restaurantes y las casas de citas, las iglesias y las pulperías, todo. Martínez enviaba camiones

atestados de policías con ametralladoras para traer a los empleados públicos a trabajar por la fuerza, pero estos se escondían en otras casas y era imposible localizarlos. De esto se ha escrito bastante, no hace falta que yo detalle. Yo quiero solamente dar aquí una visión muy a la ligera de nuestro trabajo en pos de la continuidad organizativa revolucionaria, la visión del limitado trabajo comunista en medio del maremágnum de la lucha final contra Martínez. Desde el seno de la clandestina UNT en organización, impulsamos a la clase obrera de las principales ciudades del país sobre la consigna siguiente:

“Unidad nacional de todas las fuerzas populares y democráticas del país contra la tiranía martinista sobre la base de la huelga general nacional de brazos caídos hasta derrocar a la dictadura. Trabajadores: a organizarse políticamente en las filas de la UNT”.

La huelga nacional dio el tiro de gracia a la dictadura, la dejó sin puntos de apoyo. Hasta los americanos se dieron cuenta de que con Martínez no iban a ninguna parte y le quitaron su apoyo. La excusa fue la muerte de un estudiante salvadoreño-norteamericano llamado Chepe Wright, asesinado por error en la puerta de su casa por un esbirro. Era evidente que Martínez tenía que irse para el carajo y el Embajador Americano fue a Casa Presidencial a decírselo. El 9 de mayo de 1944 el teósofo ametrallador abandonó la Presidencia y salió para Guatemala, dejando en su lugar al Ministro de la Guerra, el pusilánime y flojo General Andrés Ignacio Menéndez, apodado “Cemento Armado”. Así terminaron los trece años más negros de la historia salvadoreña de este siglo.

El General Maximiliano Hernández Martínez era una personalidad rara y complicada. Un aborto de nuestra sociedad atrasada y contradictoria, un criminal y un místico al mismo tiempo. Un ignorante montés y un estudioso de cuestiones filosóficas; un adorador de la disciplina y el orden, que no se detraía ante el peor crimen para lograr sus propósitos. Un brujo nazi. Un indio acomplejado, resentido, que a pesar de haber sido despreciado siempre por los oligarcas, fue su instrumento ideal para masacrar y oprimir a nuestro pueblo. Un animal mistado de culebra y coyote. Las anécdotas de su vida no tienen fin. Era vegetariano, no probaba la carne y se alimentaba de legumbres, huevos y leche. Nunca aceptaba medicinas de farmacia, sólo hierbas, frutos, semillas, y sus famosas “aguas azules”. Estas aguas eran aguas ordinarias que Martínez mantenía bajo el sol en botellones de distintos colores en el patio de Casa Presidencial y a las cuales les otorgaba cualidades

curativas y mágicas. Sus sobalevas bebían aquellas aguas con devoción, para que el “Maestro” los considerara. El viejo prefería que lo llamaran “Maestro” antes que Presidente o General o Excelencia. Y se creía tan maestro que todos los domingos daba conferencias por radio desde el Paraninfo de la Universidad, dirigidas a toda la República, sobre todos los temas que se le ocurrían, sobre la democracia, los parásitos intestinales, la teosofía, la magia negra, el deporte, los árboles frutales, la higiene corporal, la guerra mundial, los cálculos en los riñones, la paz interior del hombre, etc. Recetaba a sus íntimos contra cualquier enfermedad, diciendo que sus conocimientos sobre medicina le venían de la gran corte de médicos invisibles con quienes se comunicaba en sesiones espiritistas. Una vez que se desató una epidemia de viruela en San Salvador, se negó a aplicar las medidas preventivas modernas y ordenó en cambio que se cubrieran los faroles del alumbrado público con papel celofán de diversos colores ya que los rayos de luz coloreada bastarían para limpiar del aire la peste maligna. Por supuesto, murió más gente que la que debía. Cuando su hijo menor enfermó de apendicitis se negó a que lo viera un médico y se puso a tratarlo con las “aguas azules”. Vino la peritonitis y el niño murió entre dolores terribles. El “Maestro” dijo que simplemente había que resignarse porque los médicos invisibles no habían querido ayudar. Pero con su propia salud no jugaba: siempre había un ayudante que probaba su comida para evitar que lo envenenaran. Afirmaba que no es un pecado tan grande matar un hombre como matar a una hormiga, porque el hombre reencarna en otro ciclo vital pero la hormiga desaparece para siempre. De ahí que no lo desvelaran nunca los 30 mil salvadoreños que hizo matar en 1932. Según él, todos reencarnarían de inmediato. Por otra parte el General nunca se echaba un trago de guaro o de cualquier bebida alcohólica y no se le conocieron nunca queridas ni parrandas. Su esposa era una mujer vulgar, doña Concha, y era el centro de los chistes y anécdotas picantes de aquella época, sobre todo presentada bajo el aspecto de su gran ignorancia. Martínez era un militar al estilo antiguo, salido de las filas y no de la Escuela Militar; zamarro, amargo, bilioso, a quien costaba hacer reír y a quien se temía por sus cóleras incontrolables. Nunca tuvo amigos, sólo aduladores e incondicionales. Tacaño y mezquino, ridículo y antipático, cuesta creer que haya sido el dictador que más tiempo nos tuvo a los salvadoreños del mero pelo. Pero en realidad la oligarquía y el imperialismo nunca necesitaron genios brillantes para someter a los pueblos, sino simplemente hijos de puta sin escrúpulos, desmadrados y capaces de todo. Su espíritu vengativo lo llevó a la ruina en abril y mayo del 44, pues en lugar de maniobrar políticamente sobre la base

de una indiscutible victoria militar, se dejó arrastrar de nuevo a la fusilatina, cosa que rebalsó el vaso de la paciencia popular. Entonces no le valieron los médicos invisibles ni su comunicación con los espíritus: los gringos le zafaron la varita, la oligarquía supo que ya no era el mejor instrumento para defender sus intereses y el régimen se vio solo ante el pueblo. La caída de Martínez marcaría el inicio del derrumbamiento de las dictaduras de Guatemala y Honduras. Sólo Somoza, en Nicaragua, sobreviviría a aquella etapa esperanzadora de 1944. El imperialismo norteamericano había logrado desplazar de Centroamérica a los imperialismos inglés, francés, alemán, etc., y estaba en capacidad de imponer nuevos métodos de dominación local. Para el caso de El Salvador, el mantenimiento de la dictadura militar necesitaba un cambio en las personas. Martínez ya no servía más.

Habiéndose ido Martínez las fuerzas reaccionarias, intactas en su organización y poder, maniobraron en todos los terrenos para mediatizar el triunfo popular y mantener el sistema explotador. La UNT, por su parte, convocó a un Pleno Nacional como un medio de salir a la luz pública consultando a las masas. El Pleno tuvo por objeto examinar minuciosamente la situación creada en el país y acordar la línea a seguir para unificar al pueblo en torno de un programa democrático. Asistieron representantes de todos los comités de la UNT que se habían logrado organizar en todo el país. Sin embargo el Pleno adoleció de diversas fallas y vacíos. Trece años de dictadura, trece años de nula práctica política, nos habían marcado a todos. La inactividad siempre cobra su precio en oro. De ahí que el pleno no fuera capaz de analizar lo ocurrido en el proceso que culminó en abril y mayo de 1944. O se achacaba toda la acción a dos o tres héroes que muy pronto iban a enseñar el verdadero color del calzoncillo o se aceptaba que todo había obedecido a la actividad espontánea del pueblo salvadoreño. No se pudo saber cuáles fueron los elementos que construyeron la sólida unidad nacional que terminó con el régimen, cómo operó el proceso de unificación de los diversos sectores sociales, qué sector aportó más a la lucha. No se hizo un examen de fondo del aspecto militar en el fracaso de abril. No era suficiente decir que Martínez era un tipo huevudo y los rebeldes unos cuculmecas. Por parte de los comunistas tampoco se profundizó acerca de nuestro papel en la conspiración, si el Partido participó como organización o si sólo participaron algunos comunistas en lo individual; cuáles fueron las condiciones de la participación del Partido o de los comunistas individuales al lado de los otros sectores; cuál fue su parte de responsabilidad en su fracaso; qué papel se jugó en la huelga de mayo, detalladamente. La UNT comenzó a caminar pero con anteojeras de caballo,

sin conocer los elementos del proceso que estaba desarrollándose en el país y la perspectiva abierta. Caminar como los ciegos, tentando paredes y ventanas, por falta de clarificación de los hechos que tenemos a mano como necesidad previa para dar el próximo paso, ha sido siempre la enfermedad infantil de la izquierda salvadoreña y parece que lo sigue siendo. En aquel pleno no se examinaron las múltiples contradicciones que produjeron la fuerza que se encauzó en la huelga. ¡Cómo se iba a atinar en la niebla del porvenir! Se tomó al Gobierno de Martínez como algo abstracto, encarnación de los males del infierno, pero no se analizó su origen social ni cómo creó desde su inicio las peores contradicciones en el seno de la sociedad salvadoreña y de sí mismo. Los intelectuales que tomaron la iniciativa en el debate llenaron las reuniones de verborrea, de idealismo trasnochado, de poses heroicas frente al micrófono y gastaron ríos de saliva en el elogio de la democracia, del futuro, de la fraternidad entre todos los hombres, sin ninguna distinción; de la libertad, del fin de la noche de la tiranía, de la bandera azul y blanco, de los próceres, de Alfredo Espino, del Volcán de Izalco y de la flor del maquiligüe. Nadie se preguntó por qué los revolucionarios del país habían perdido trece años de historia, desunidos, odiándose entre sí, acusándose de cobardía, desviación de la línea correcta, traición, inmoralidad; sospechándose, conspirando unos contra otros, sin caer en la cuenta, ni querer caer, de las posibilidades de trabajo común que siempre se abren para los verdaderos revolucionarios en las circunstancias más peliagudas. Otro gallo habría cantado si la UNT hubiera reconocido que el Gobierno de Martínez no fue sólo “un manchón nacional” sino un nidal donde chocaban las más opuestas fuerzas sociales, lo cual producía situaciones que, aun limitadamente, habrían podido ser aprovechadas por los intereses populares. El zorro de Martínez con su habilidad disfrazada por su cara de indio agudizó la lucha de clases desde que era Ministro de la Guerra, provocando al pueblo en una y mil ocasiones. Ya desde el poder masacró a los campesinos y obreros, para colocarse como el hombre fuerte que la oligarquía y el imperialismo reclamaban. Pero como se le fue la mano en la represión, estuvo mucho tiempo sin ser reconocido diplomáticamente por los mismos gringos, lo cual creó tensiones y un gran resentimiento en el propio Martínez. Tampoco logró nunca el General la unidad permanente del Ejército. En febrero del 32, Osmín Aguirre y Salinas, el siniestro Peche Osmín, fue substituido de la Dirección de Policía acusado de conspirar. En 1934, los servicios secretos descubrieron la conspiración encabezada por el propio Ministro del Interior, General Salvador Castañeda Castro, que fue también

destituida En esta ocasión pagó d pato un mexicano de apellido Vargas, fusilado en la Penitenciaría. En 1935 hubo dos intentos de insurrección: el comandado por el General Antonio Claramount, eterno candidato a la Presidencia, que tenía el apoyo del dictador de Guatemala, Jorge Ubico; y el del General “Buñuelo” Castañeda, del que ya hablé. Posteriormente hubo el levantamiento encabezado por el teniente Baños Ramírez, que fue fusilado. El Coronel Ascencio Menéndez, conocido como “Cabro Loco”, fue expulsado hacia Francia por conspirar, cuando era nada menos que Subsecretario de la Guerra. La rebelión del 44 fue la última de las acciones militares contra Martínez. ¿Y qué hicimos nosotros mientras tanto? La UNT no quiso examinar esto. Y esto sin hablar de otras contradicciones que hubo siempre en el Ejército. La contradicción entre jóvenes y viejos, entre oficiales de fila y de escuela, etc. Martínez se echó también encima a la alta jerarquía de la iglesia al maniobrar y lograr que el Vaticano nombrara Arzobispo de El Salvador a un humilde curita seglar que sólo oficiaba en la Iglesia de La Merced, el peche Luis Chávez y González, que todavía sigue al frente de la iglesia salvadoreña. Martínez tenía un gran ojo político y logró imponer al curita en el Arzobispado, quien por su parte se convirtió en uno de los políticos más hábiles de la historia salvadoreña, uno de los mejores cuadros —a pesar de su aspecto de chinga quedito y mátalas callando— con que ha contado la oligarquía y el imperialismo en nuestro país. Pero todos los otros obispos que se estaban orinando por coger el Arzobispado se convirtieron en enemigos del dictador y comenzaron a denunciar su teosofía. Importantes sectores de la naciente industria entraron en choque con Martínez. Por ejemplo, los poderosos textileros que se sintieron lesionados por la competencia del Estado al instalar Martínez las fábricas de “Mejoramiento Social”. Martínez se echó en contra al sector industrial porque además trató siempre de limitar el desarrollo de la industria con la excusa de proteger las artesanías, pero en el fondo para cuidar los intereses feudales de la oligarquía terrateniente. Pero hasta los grandes cafetaleros que lo llevaron al poder chocaron con Martínez porque éste trató en más de una ocasión de cogerse el negocio del café. Eran contradicciones de tiburones, pero operaban como bombas de profundidad. Los sectores populares no las aprovecharon en ningún sentido: ni siquiera notaron que existían. La Banca Nacional y el alto comercio desesperaron de Martínez al prolongarse la vigencia de los precios topes, y el congelamiento de salarios hundió a los trabajadores más aún. Esta medida emparejó en el descontento a los campesinos, artesanos y empleados. El pueblo abominaba del método de gobernar contra la ley y los derechos humanos, de los que

tanto comenzó a hablarse para atacar a Hitler y al fascismo mundial. Estados Unidos recelaba del fascismo de Martínez. Las jornadas de abril y mayo conjugaron todos estos elementos contra el régimen y lo hundieron. Pero este análisis no se hizo en el pleno de mayo de la UNT: por eso es natural que comenzaran los tropezones. Lo mismo pasaba con el Partido. Fue hasta mucho después, por ejemplo, que supe que el Dr. Arturo Romero había sido miembro del Partido, encargado por el CC de descubrir y unificar los grupos conspiradores; que el Partido había decidido en concreto que los camaradas participaran en la rebelión antimartinista como individuos y no como militantes comunistas; que sin embargo de los deseos del Partido, nuestra organización como tal había sido encargada por los dirigentes del 2 de abril de la tarea de imprimir la propaganda y repartirla, hecho que influyó negativamente en la mentalidad de los militares conspiradores más reaccionarios, ambiciosos y temerosos del pueblo, quienes apresuraron el golpe y lo asestaron en condiciones que no eran al parecer las mejores. En todo caso, a tientas y empujones, los comunistas tratamos de organizamos una idea de lo que tendríamos que hacer, una vez que la UNT funcionó públicamente. El Partido se reunió y tomó resoluciones de carácter urgente:

1°) Propiciar activamente la política de “unidad nacional” con todas las fuerzas del país que aspiraran a la democratización, política que suponíamos nos iba a permitir el desarrollo de la lucha de masas y el crecimiento de nuestro Partido. Ello suponía una doble línea: una línea de masas, abierta; y otra línea clandestina, de organización de aparato, con militancia secreta.

2°) Imprimir a la UNT una línea ágil, consecuente con el momento político, caracterizado por el despertar de las masas, y con las necesidades de crecimiento del PC, sobre la base de un programa reivindicatorio que interesara a los trabajadores del campo y la ciudad.

3°) Colaborar con la pequeña burguesía radical en la creación y orientación de un partido burgués progresista, cuyo Candidato Presidencial fuera el Dr. Arturo Romero.

4°) Normar las relaciones entre la UNT y el partido burgués progresista para desarrollar con éxito la campaña electoral.

5°) Atender el movimiento huelguístico en demanda de la destitución de jefes y capataces hostiles, ligados a la dictadura.

6°) Reorganizar sobre criterios revolucionarios el movimiento sindical del campo y la ciudad.

7º) Abrir una intensa campaña de reclutamiento clandestino para el PC, que llevara a sus filas a los luchadores más valiosos del movimiento de masas del país y crear los organismos partidarios allí donde no existieren.

Con el derrocamiento de la dictadura y el surgimiento de un gobierno provisional mediatizado por la reacción pero sujeto a las presiones del pueblo y los sectores progresistas, retornaron al país todos los exiliados políticos, entre ellos muchos revolucionarios y algunos comunistas. Nuestra política de “unidad nacional” entusiasmó a la mayoría de los camaradas que volvieron. Decidimos reorganizar la junta directiva de la UNT incorporando a cargos de responsabilidad a los compañeros más capacitados que habían regresado. La nueva Dirección quedó integrada así: Secretario General, Alejandro Dagoberto Marroquín (comunista); Agitación y Propaganda, Carlos Alvarado (comunista); Finanzas, Luis Díaz (comunista); Administración y organización, Miguel Mármol (comunista); Director del periódico “*Vanguardia*”, Abel Cuenca (revolucionario no militante del Partido). Grande fue la labor de la UNT en los cinco meses de relativa libertad que se abrieron con la caída de Martínez.

En nuestras filas existía una confusión enorme acerca del carácter de la UNT. ¿Era un partido político o una central obrera? ¿Un partido autónomo y amplio de los trabajadores o un frente de masas del Partido Comunista Salvadoreño? Un compañero hondureño que militaba entonces en el movimiento democrático salvadoreño, Medardo Mejía, insistía mucho en señalar aquella situación, pero con su expresión aumentaba el problema: decía que la UNT no era ni chicha ni limonada, ni partido ni central única. Y surgió entonces otra fuente de confusión. La pequeña burguesía y algunos sectores de la burguesía progresista que habían impulsado la insurrección del 2 de abril, organizaron el Partido Unión Demócrata (PUD), para respaldar la candidatura presidencial del Dr. Romero. Todo esto había sido una idea a impulsar por los comunistas pero aquellos sectores, aunque habían recibido alguna influencia nuestra, se nos fueron solos y bien adelante en ese trabajo. El Dr. Romero era el “hombre-símbolo” de la rebelión de abril y sin duda alguna el líder más popular de El Salvador. Sufrió mucho al ser capturado y macheteado por una patrulla martinista después del fracaso inicial de abril y estuvo a punto de ser fusilado. Estas aventuras, su fama de persona bondadosa, de médico para los pobres, lo hicieron el ídolo de un pueblo que esperaba milagros. Romero conservó esa aureola por muchos años, a pesar de haberse ausentado del país y haber abandonado la lucha, hasta que demostró con los hechos (al rehusar ser Rector de la Universidad en 1958, cargo para el cual había sido

electo después de una gran batalla dada por la izquierda universitaria) que no era un dirigente a la altura de las necesidades del pueblo salvadoreño. Parece que fue personalmente honesto toda su vida, pero de dirigente popular tenía sólo la fama, la simpatía de las masas basada en las esperanzas que abriera la lucha de abril y mayo del 44. Su misma militancia en el Partido Comunista es algo que yo no entiendo todavía. Sé que militó en la Juventud Comunista de Francia cuando estudió medicina allá. Y luego supe el dato de que militó también en El Salvador y que recibió del Partido la tarea de coordinar a los grupos conspiradores antimartinistas, como ya dije. Posiblemente aquella fue la única tarea de Partido que desempeñó porque ya en la época del PUD se me hace muy cuesta arriba que fuera un militante del Partido. En todo caso, por los medios al alcance de la UNT, los comunistas contribuimos decisivamente a elevar ante las masas el prestigio del Dr. Romero. Pero la creación del PUD como organización democrática de la burguesía, que inmediatamente tuvo respaldo político masivo, aumentó la confusión acerca de la naturaleza y el papel específico de la UNT y propició el oportunismo en diversas formas. Miguel Angel Orellana, por ejemplo, un inescrupuloso dirigente ferrocarrilero, se puso al frente de su sindicato (UTF), de importancia básica e influencia decisiva en la UNT, y trató de crear los "sindicatos del Partido Unión Demócrata", lo que equivalía a poner el movimiento obrero a la cola de la burguesía dirigente del romerismo. Los comunistas introdujimos desde el principio a varios camaradas en las filas del PUD, pero éstos se mostraron débiles, no respondieron a la política del Partido y terminaron por ser dóciles seguidistas del romerismo, sin luchar por dar a este movimiento popular, tan teñido de ideología burguesa y pequeño-burguesa, la firmeza de las posiciones proletarias, por lo menos en los aspectos en que ello fuera posible. Estábamos claros de que los camaradas no debían tratar de sectarizar al PUD, pero sí debían ser un elemento de vanguardia en su seno, luchando porque las posiciones de la clase obrera fueran radicalizando al romerismo. Pero nuestros camaradas ni pío dijeron en el seno del PUD y más bien llegaron a impugnar las posiciones del Partido y de la UNT en las discusiones internas, apoyando a los sectores más reaccionarios del pudismo. Por su parte, los sectores reaccionarios del PUD, desataron sus maniobras contra las fuerzas democráticas consecuentes de su partido y del resto del país. Ellos echaron a rodar la especie de que la UNT tenía su "gallo tapado", su candidato secreto para Presidente de la República que sería revelado a última hora para dividir al romerismo y al pueblo. Incluso se difundió que este candidato sería Dagoberto Marroquín, cosa falsa. En el seno

de una política caudillista como la salvadoreña, ésta era una acusación de traición al pueblo. Las contradicciones entre la UNT y el PUD, causadas por estas maniobras, se hicieron tan gordas que se convino en llevar a cabo una reunión conjunta para llegar a acuerdos posibles. Ahí polemiqué recio con el cafetalero don Agustín Alfaro Morán. No se logró nada concreto. Y a esas alturas, la extrema derecha fascista tenía bastante avanzada su conspiración para retornar al poder y liquidar a todo el movimiento popular, obrero, pequeño-burgués y burgués.

El 20 de octubre fue derrocado en Guatemala el último reducto de la dictadura ubiquista. El júbilo reinó en toda Centroamérica y “revolución” fue la palabra del día. Por lo tanto la reacción fascista salvadoreña, con su aparato de poder intacto, no tenía que esperar más para dar su zarpazo. En la UNT recibimos la información de que para el día 25 de octubre se proyectaba el golpe contra el gobierno interino. Unificados por aquel peligro, la UNT y el PUD alertaron al gobierno y al pueblo por todos los medios. Pero en la noche del 21 de octubre, cuando el pueblo de San Salvador estaba reunido en el Parque Libertad, celebrando el triunfo guatemalteco, la reacción salvadoreña e internacional, representadas por el criminal Coronel Osmín Aguirre, que había sido nombrado de nuevo Director de Policía (lo había sido en el 32), llevó a cabo con gran facilidad el anunciado golpe de Estado. Esa facilidad se explica por la complicidad del Gobierno de Menéndez, que dejó hacer a la reacción lo que quiso. “Cemento Armado” pasó a la historia como ejemplo del presidente-cagón, calzones flojos y objetivamente traidor. La primera medida que anunció el cambio de gobierno fue el ametrallamiento de la manifestación pro-Guatemala reunida en el Parque Libertad, con elevado saldo de muertos y heridos. A la masacre siguió la persecución contra los romeristas del PUD y de la UNT en todo el país, sin distinción de clases sociales ni posiciones ideológicas. Fue una lección, desgraciadamente no aprovechada, para la burguesía progresista, la pequeña burguesía radical y los trabajadores. Los asesinados, presos, torturados y exiliados se pusieron de nuevo a la orden del día. Osmín Aguirre mostró al pueblo el odio de la oligarquía y de los yanquis de la manera más despiadada. El hecho de que un canalla como ése se vaya a morir en la cama dirá mucho de lo irresponsables que somos los salvadoreños. Es cierto que tiene un cáncer en la garganta que lo ha dejado hablando con lápiz y papel, pero, si ese es castigo, es castigo de Dios y el pueblo no debe esperar que Dios le haga los mandados. Yo me escapé por un pelo. Un cordón de Guardias sitió el lugar donde vivía, pero con ayuda de los vecinos los engañé y burlé el cerco. Estuve a punto de echar bala

porque un vecino tenía en su pieza dos pistolas 45 y me dijo que si yo quería, él se fajaba a mi lado. Pero no hubo necesidad. Aquella noche dormí en el cementerio “La Bermeja”. Después fui donde Pedro Sosa que no estaba vigilado y allí hice los contactos para irme al campo. Salí por veredas de San Salvador, atravesé Santa Tecla conduciendo una carreta de bueyes con la que me había esperado un camarada campesino y me instalé en un lugar llamado Los Achiotes, en el Cantón Los Amates.

Allí recibí las noticias, el panorama de la situación nacional. Las organizaciones democráticas habían sido desmanteladas rápidamente, el PUD y la UNT prohibidos. Se intentó organizar una “huelga nacional de brazos caídos”, pero esta no prosperó. A base del más absoluto terror, el régimen osminista iba dominando la situación y consolidándose. Osmín declaró que su gobierno solamente trataría de limpiar el país de comunistas y que luego haría elecciones libres. El Dr. Romero había salido desde antes del golpe hacia Estados Unidos para hacerse una operación facial en las cicatrices de los machetazos que sufrió bajo Martínez y por las cuales los reaccionarios lo apodaban “Chajazo”. Los exiliados salvadoreños se concentraron en Guatemala y recibieron el apoyo del Gobierno recién instalado allí. Se formó un gobierno salvadoreño en el exilio presidido por el Dr. Miguel Tomás Molina. El panorama era de una absoluta descoordinación: de nuevo nos habían agarrado con los calzones en la mano, discutiendo mierdas. En Los Achiotes tuve que vivir en una cueva que los campesinos del Partido me habían construido y el camarada Valiente, que dirigía aquella base, me llevó papel y una máquina de escribir de otro siglo que consiguió en algún museo, para reorganizar mi contacto con las masas. Los sábados por la noche recibía a los campesinos en los matorrales alejados de mi cueva y discutíamos las noticias, los planes de agitación y adelantábamos los contactos con el movimiento clandestino nacional que lentamente se iba reorganizando bajo el terror. Los pequeños hijos del camarada Valiente me llevaban la comida y los periódicos y eran los únicos que sabían dónde estaba mi cueva, además de quienes la construyeron. Mi vida en la cueva era dura por la humedad y el frío, hasta que aprendí a hacer fuego sin que se aglomerara el humo y me ahogara. Pero la naturaleza de la zona era un alivio en mi soledad. Los pájaros me distraían bastante, los carpinteros, las chiltotas, las palomas mustungonas y las urracas. Algunas de estas aves me perdieron el miedo y venían a mi cueva a buscar migas.

Escribí mucho en este período: recuerdos y otros materiales que entregué al Partido y que terminaron perdiéndose. Un día llegó a verme Ismael Hernández, de parte del CC, para darme instrucciones sobre la propaganda. La que yo hacía desde la cueva era efectiva, llegaba a las masas, pero el Partido creía que yo debía rectificar algunos lineamientos. Por ejemplo, se me ordenó suspender la propaganda en favor del Dr. Miguel Tomás Molina, presidente en el exilio. Ismael me contó que la Dirección del Partido estaba parcialmente bajo asilo diplomático y que la resolución sobre las rectificaciones en mi trabajo las habían tomado los camaradas refugiados en la Embajada del Perú. A Ismael se la había comunicado el Dr. Antonio Díaz. Los pocos romeristas del PUD que se habían quedado en el interior, los sectores más avanzados del movimiento estudiantil y obrero, por su parte, vieron claro que no había posibilidades de lucha legal contra Osmín y que había que pasar a hacer la lucha armada.

Al principio, aquella lucha armada tomó forma de terrorismo individual. Una bomba aquí y otra allá, un policía muerto aquí y otro allá. Romero llegó a Guatemala y el exilio se unificó para intentar una acción armada mayor contra la dictadura, para lo cual ayudó la Junta de Gobierno guatemalteca, proporcionando un rápido entrenamiento y armas. Los militares anti-martinistas que Osmín había echado a Guatemala, tomaron la dirección operativa en calidad de “especialistas” de lo que sería una invasión a El Salvador por el lado de Alhuachapán. Aquello fue un caos desde el principio. En primer lugar el gobierno salvadoreño tenía abundantísima información sobre todo lo que preparaban los exiliados en Guatemala y tomó medidas con gran anticipación para aplastar la invasión.

En segundo lugar la enorme mayoría de los exiliados salvadoreños no tenían ni idea de lo que era combatir y el nivel político andaba por los suelos.

En tercer lugar, los militares salvadoreños que dirigieron la acción eran unos incapaces y unos pusilánimes, cachimbonazos para planificar una acción en el mapa (y ni para eso porque dicen que el tal Coronel Félix Osegueda medía las distancias en el mapa sin tomar en cuenta las curvas de nivel), magníficos para citar a Clausewitz, pero nulos para dirigir la marcha de cien hombres durante un kilómetro.

En cuarto lugar, la descoordinación entre los invasores y la resistencia clandestina era total.

En quinto lugar, el apoyo guatemalteco no llegó hasta el final por miedo a las complicaciones internacionales.

En sexto lugar la invasión esperaba demasiado de la burguesía de Ahuachapán: esta burguesía les dio las espaldas a los estudiantes y profesionales con fusiles que venían de Guatemala y que “olían como comunistas”.

La invasión fue un fracaso y una carnicería. La Guardia Nacional se dedicó de nuevo a practicar el tiro al blanco contra enemigos inexpertos. Los sobrevivientes volvieron a Guatemala muertos de hambre y de sed. En San Salvador las acciones se limitaron a una balacera en un barrio. Lo cual no quiere decir que los que murieron allí no sean dignos de nuestro respeto y emoción. Al contrario. Creo que los salvadoreños tenemos una deuda con el Dr. Paco Chávez Galeano, que se fajó solo contra un contingente de policías y se echó al pico a más de quince antes de caer acribillado. Hombres como éste mantuvieron la fe del pueblo salvadoreño en la lucha. Y los hombres que en la actualidad quieren que esa fe sirva para algo, deberán parecerse a Paco Chávez Galeano, por lo menos al Paco Chávez del día de su muerte. Diferenciémonos de Chávez por ser nosotros marxistas, parezcámonos a Chávez por los huevos que demostró. Marxismo y huevos: esa es la fórmula de la revolución. Por lo menos de la revolución salvadoreña, no sé de las demás. Para acabar de joder, Romero se fue a Costa Rica y lanzó un manifiesto renunciando a su candidatura. La gente se desmoralizó pues aunque el PUD estaba prohibido se esperaba que su líder mantuviera la lucha. Romero jugó el papel de un enganchador.

Pobrecito, él no tenía la culpa de ser tan débil. Pero habría sido mejor que lo hubiera pensado bien antes de meterse en cosas de hombres.

La primera reunión que pudimos hacer los comunistas después del golpe de Osmín se realizó el 30 de marzo de 1945. Fue presidida por Julio Fausto Fernández y por el camarada que había sido Secretario General del CC unificado. Yo abandoné mi refugio y asistí a la reunión bien armado de proposiciones. Había tenido tiempo suficiente para meditar. Para entonces ya había tomado posesión el nuevo Gobierno “Constitucional” de la República, presidido por el General Salvador Castañeda Castro, “Mica Polveada”, que llegó sólo a las elecciones, en las cuales de todos modos los votos debieron emitirse a punta de fusil, aunque la situación se endulzó con el reparto de trago, quezadillas y horchata en los lugares de votación. En la reunión del Partido se leyó un informe presentado por el núcleo de Dirección, se estudió la situación, la perspectiva y se tomaron diversas resoluciones. En él se hacía un análisis extenso de las relaciones entre la UNT y el PUD y del papel jugado

por el Partido. Se señaló el error fundamental de haber descuidado la labor partidaria, de haber descuidado el crecimiento y el fortalecimiento orgánico del Partido, a causa de que nos volcamos exclusivamente en la labor de masas, en la labor cajonera de la campaña electoral o en los problemas surgidos entre el PUD y la UNT. Así no se pudo garantizar la labor independiente de la clase obrera en el seno del naciente frente popular. No cabe duda de que el trabajo de masas era principal, pero también es cierto que no era el único y que al descuidar el trabajo propio de Partido habíamos renunciado a recoger en forma permanente los frutos del trabajo masivo. No debimos haber visto el trabajo de masas como un fin en sí, sino como un medio para construir los instrumentos revolucionarios. Hablo en concreto de las condiciones existentes en 1944-45 en que no teníamos ni partido ni organizaciones ni nada. Se criticó también haber prescindido demasiado tiempo de la reunión de autocritica, balance y análisis de la situación después del golpe, lo cual hizo que cada quien caminara por su cuenta en forma absolutamente liberal. También se dijo que no todos los camaradas habían estado a la altura de las circunstancias. Unos, por dedicarse al juego de las mutuas acusaciones, sin obtener fruto alguno. Otros, por plantear ante el pueblo consignas y frases, proyectos de organización, opiniones políticas, etc., absolutamente incorrectas, que llevaron confusión a la masa, que fueron aprovechadas por el enemigo, que no convencían a nadie y que más bien hacían pensar en que los comunistas estábamos maniobrando quién sabe en qué sentido, frente a las narices del pueblo. Otros más, por rehusar toda colaboración, como Julio Fausto Fernández, a quien no se le vio el cacho a pesar de las repetidas convocatorias sino hasta esta reunión del 30 de marzo. Al parecer ya le había agarrado la cagadera que lo llevaría a la traición. Se criticó la actitud de Moisés Castro, Matilde Elena López y Tony Vassiliu, al no defender la línea de la UNT en el seno del PUD, donde ellos militaban por encargo nuestro. Los tres fueron dóciles y acomodaticios frente a los líderes de la burguesía en el seno del romerismo. El informe calificaba de oportunista la actitud de Valladares, el dirigente ferrocarrilero, por haber apartado a la UTF de la UNT. También se criticó duramente la actividad provocadora, anarquizante y pequeño-burguesa de Pedro Geoffroy Rivas, quien desde el periódico *“Tribuna Libre”* desató una furibunda campaña anticlerical, jugosamente aprovechada por la reacción. El anticlericalismo de Geoffroy fue atribuido a una consigna de la UTF, aunque dicho poeta no era miembro de nuestro Partido ni nunca lo fue. Los comunistas no somos anticlericales por principio y en El Salvador no hicimos campaña contra los curas ni en 1932,

cuando tan criminalmente se nos atacaba desde todos los púlpitos. Asimismo se señalaron actividades provocadoras en el seno del estudiantado, sobre todo en el sector que editaba el periódico “El Líder” que se dedicó a insultar a todos los militares sin distinción ni tino. Las resoluciones que se tomaron en aquella reunión fueron:

- a) Reorganizar al Partido; preparar y realizar el nuevo Congreso para elegir los organismos directivos y concretar la nueva estructura orgánica a nivel nacional,
- b) Reagrupar al movimiento sindical dispersado por el osminato.
- c) Publicar un periódico sindical para apoyar la resolución anterior,
- d) Emitir un documento de análisis sobre lo ocurrido en los últimos meses para orientar al pueblo frente a las insidias de la derecha del PUD que echaban a los comunistas la culpa del golpe osminista.
- e) Suspender la actividad de la UNT.
- f) Dar ayuda económica a Dagoberto Marroquín y a Carlos Alvarado que estaban viviendo en situación difícil en el exilio.

El pueblo salvadoreño tragó amargo con el Gobierno de Osmín. No sólo por la falta de libertades, los asesinatos, las torturas, las masacres contra la juventud estudiosa, la inseguridad de saber que los hombres más inescrupulosos, salvajes, incultos y desmadrados del país tenían la sartén por el mango, sino también por la terrible situación económica. La libra de azúcar llegó a valer un colón, o sea, cuarenta centavos de dólar. Los diversos cereales se fueron a las nubes. Y si bien el aspecto de las libertades tuvo un ligero alivio cuando se instaló, como ya dije, el nuevo gobierno “constitucional” del General Mica Polveada, el aspecto económico siguió igual. Un sentimiento de haber sido engañado después de apaleado cundía en el pueblo. En efecto, la mano dura de Osmín había cumplido con el papel que le asignara la oligarquía y el imperialismo: disolver el partido romerista y eliminar toda oposición democrática. Castañeda Castro llegó solo a la recta final de las elecciones y su triunfo no tuvo la menor gracia para el pueblo que seguía siendo romerista, sólo que con más hambre. Antes y después de las elecciones, los radios disparaban todo el día una canción que daba dolor de cabeza: *“Castañeda es el hombre que nos debe gobernar...”*. El maíz, el arroz y los frijoles llenaban las bodegas de los grandes comerciantes acaparadores que se embolsaron millones de colones en especulaciones fraudulentas con la complicidad de los

dos regímenes: el que salió y el que entró. Hasta los campesinos de Usulután, departamento que fuera conocido como “el granero de la república”, lloraban la escasez. Y quien conozca la forma de vida del salvadoreño podrá entender lo que significa la falta de maíz, arroz y frijoles entre nosotros. Faltando esos productos, lo único que queda para comer es, ni más ni menos, mierda. La escasez fue tal, que a pesar de las condiciones de terror menguante, en el campo se comenzó a hablar de la posibilidad de asaltar las haciendas de los ricos en busca de víveres. Yo logré colar unos artículos en el periódico “Pueblo”, e inclusive en “La Prensa Gráfica”, de los hermanos Dutriz (a quien sólo Viera Altamirano supera en sinvergüenzura), que ha sido uno de los diarios más reaccionarios de El Salvador, financiado por la Embajada Americana, culpable de instigar más de una represión directa contra el pueblo, y que tiene por lo tanto su historia de sangre y crímenes. En ellos arremetía contra los terratenientes acaparadores de granos y contra la flojedad del Gobierno frente a ellos. Aquellos artículos atrajeron la atención de las autoridades y comenzó de nuevo una intensa persecución en mi contra. Los cuerpos represivos me localizaron en Santa Ana, donde se editaba el periódico “Pueblo”, dirigido por Efraín Ríos. No pudieron capturarme porque fui advertido a tiempo. Pero el Partido recibió la información de que había instrucciones oficiales para asesinar me y por ello, y en vista de los escasos recursos con que se contaba para sostener cuadros clandestinos, el CC y el Frente Sindical, decidieron que me alejara del país por un tiempo prolongado y para cumplir con tal objetivo se me nombró delegado salvadoreño ante el Congreso de Fundación de la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG). En el hermano país se iniciaba el proceso conocido como la “revolución guatemalteca” y en él estaban jugando un papel de vanguardia los comunistas salvadoreños exiliados allá. En aquellos días, el compañero Amílcar Martínez se encontraba en la capital guatemalteca y había reunido a todos los exiliados para informar sobre la situación salvadoreña y las actividades del Partido. Allí informó Amílcar que el Partido había decidido mi traslado a Guatemala y mi nombramiento como Delegado al Congreso de la CGTG. Luego, el propio Amílcar vino a El Salvador para trasladarme a Guatemala por la vía clandestina. El negro era entonces muy arrecho y muy activo, aunque un poco atarantado en ocasiones.

Cuando llegó el momento salimos de San Salvador y cruzamos la frontera. Es decir, Amílcar me indicó el lugar para cruzar y él entró a Guatemala legalmente, quedando de esperarme en un lugar determinado del territorio guatemalteco. En cuanto crucé la línea divisoria comenzaron para mí los

sobresaltos. Cuando salté una especie de tapia que había allí, señalando la línea, sonó muy cerca un disparo de fusil. Me tiré al suelo de cabeza. Desde hacía unos minutos llovía cada vez más fuerte. Como no pasó nada más, con gran cuidado y silencio, me levanté de aquel suelo cenagoso y me alejé poco a poco hacia el interior de Guatemala, caminando en cuatro patas. Me interné en la maleza y subí por una altura que quebraba hacia un río en forma de paredón. El río se miraba allá abajo, a unos quince metros, y todo el terreno era pedregoso, pura roca. Me guarecí de la lluvia bajo un árbol de esos que llaman “papelillos”, bastante frondoso. Fatigadísimo (no había comido ni dormido desde el día anterior por las prisas de la salida), me quedé dormido. Sólo desperté, sobresaltado, cuando una gran vaca amarilla llegó a husmear a mis pies. La vaca se asustó y se internó entre los matorrales, mugiendo escandalosamente. Poco después aparecieron por el lugar donde desapareció la vaca, cuatro o cinco toros furiosos, como buscando a quien ensartar a cornadas. Tiraban cachazos al suelo, resoplaban con mocos y saliva y rastrillaban los cascos, mirándome y avanzando contra mí como endemoniados. Yo pensé: “Lo que son las cosas. Yo, que me salvé del terror reaccionario en varios países, voy a terminar aquí, corneado por cinco toros o desbarrancado en un río que ni nombre tiene”. No me podía subir al papelillo porque estos árboles son de tronco liso y las ramas les comienzan a brotar a gran altura. Ni que hubiera sido gato. Me quedé paralizado, sudando helado, y los toros se acercaban. No se me ocurrió otra cosa que invocar a San Francisco de Asís. Y yo no sé si me valió el santo o si les di risa a los toros por la tembladera, pero lo cierto es que se detuvieron, dieron la vuelta y se fueron al carajo, tirando cornadas y arrancando maleza. Respiré hondo, di gracias por las dudas a San Francisco y, decidiendo dejar el descanso para luego, me dirigí al lugar que me había señalado Amílcar para juntarnos. Como a los diez minutos de caminar, me di de narices con una patrulla fronteriza guatemalteca. Fui capturado. Les dije que acababa de atravesar clandestinamente la frontera porque la dictadura de El Salvador había tratado de impedir que yo asistiera al Congreso de los trabajadores de Guatemala para el que era delegado y que esperaba de las nuevas autoridades guatemaltecas un trato mejor para mí. El jefe de patrulla era un indio zamorro, policía rural del viejo estilo, y quería entregarme a la Guardia salvadoreña, pero un sargento le dijo:

—“Jefe, no vayamos a cometer un error grave. Este hombre es honrado y va para un Congreso amparado por el Gobierno”.

El jefe entró en razón y me soltaron, indicándome el camino hacia Asunción Mita, donde las autoridades me podrían ayudar para seguir viaje a la ciudad de Guatemala. Después de salir de aquel apuro me encontré con el negro Amílcar esperándome a la orilla de un río, en un caballo pelenque. Monté en las ancas bajo un aguaje torrencial. A la medianoche llegamos a Asunción Mita con agua hasta en los huesos. La cena fue un par de tortillas y una paila de frijoles parados. No buscamos a ninguna autoridad y al día siguiente salimos hacia Guatemala en bus.

Desde que llegué a la capital guatemalteca fui absorbido por la febril actividad organizativa de la clase obrera. Las perspectivas eran tan buenas que no puse mayor resistencia cuando se me comunicó que debería quedarme. El Congreso fue un éxito a pesar de que el bajo nivel político era aprovechado por la reacción para sus maniobras. Después del Congreso, entré a colaborar en la Escuela “Claridad”⁴, centro de educación política y sindical, fundada y orientada por compañeros salvadoreños, en el seno de la cual se nuclearon los revolucionarios guatemaltecos más avanzados. La escuela tenía su propio periódico, llamado asimismo “Claridad”, en el que comencé a escribir regularmente. Muchos camaradas que luego han llegado a ser dirigentes del Partido y del movimiento obrero de Guatemala, recibieron sus primeras orientaciones en esa escuela. Los camaradas salvadoreños que iniciaron aquella labor fueron Virgilio Guerra, Daniel Castañeda, Graciela García, Moisés Castro y Morales, Matilde Elena López y otros, aunque no necesariamente había entre ellos criterios unánimes. Pero sería extenso relatar aquellas contradicciones. Incluso quiero aclarar que sobre esta etapa de mi vida en Guatemala me limitaré a contar lo que me pasó a mí, sin entrar a enjuiciar ni a detallar los fenómenos guatemaltecos. Ello daría de por sí para un libro gigante. Y esa es tarea de los camaradas guatemaltecos, principalmente. Hay que tomar también en cuenta la situación guatemalteca actual, en la que siguen participando o influyendo muchas de las personas que podría mencionar y hay que tener cuidado de no dar información útil para los enemigos del pueblo de Guatemala, encaramados en el poder desde 1954 y desde entonces emborrachándose en la más espantosa orgía de sangre.

⁴ En 1919, un grupo de intelectuales franceses, entre ellos Anatole France y Henri Barbusse, fundaron el grupo “Clarté!” (*Claridad*), como respuesta a la debacle de la posguerra, crisis que tocó todos los ámbitos de la sociedad occidental. “Clarté!” se dedicó a publicitar su proyecto, mediante una serie de manifiestos en los que convocaban a los intelectuales de América Latina y del mundo a seguir su ejemplo y formar una “Internacional del Pensamiento”.

“Claridad”: en relación al “Primer Manifiesto del Grupo Francés “Claridad”, fue también el nombre del periódico (1920), y luego de la editorial fundada en Buenos Aires por la fracción de Izquierda del Partido Socialista Argentino, conocida como “tercerista”, liderada por Enrique del Valle Iberlucea.

La situación de Guatemala era ambigua. El Gobierno había permitido una serie de libertades democráticas que en el régimen anterior ni se soñaban. Las fuerzas radicalizadas de la pequeña burguesía, del estudiantado, los intelectuales, etc. eran la voz cantante del poder, pero frente al movimiento obrero, y frente al marxismo y el comunismo, había reservas y rechazo en las esferas oficiales, en donde la ideología reaccionaria y las tradiciones dictatoriales que dejó el General Ubico seguían siendo lo principal. Además, existían presiones de parte de los sectores oligárquicos, del imperialismo, que deseaban, si no una vuelta al ubiquismo, por lo menos un gobierno que protegiera fielmente sus intereses de acuerdo a los nuevos tiempos. Por parte del pueblo, lo que había era una ingenuidad y una inocencia casi totales. La falta de práctica política hacía difícil clarificar a los trabajadores y a las masas populares las maniobras más claras de la reacción y los gringos. La conciencia organizativa entraba en las cabezas de los trabajadores muy lentamente. Pero de todos modos las perspectivas para el trabajo revolucionario eran excelentes. Guatemala se había colocado a la vanguardia de Centroamérica, aunque fuera en la forma del tuerto en el país de los chocos. Las condiciones de trabajo eran sin embargo, para nosotros, difíciles. La actividad entre la masa trabajadora necesitaba de cuadros con experiencia y a éstos había que contarlos con los dedos de las manos. Eso hacía que cada cuadro tuviera que atender un volumen de trabajo diario, verdaderamente enorme, entre consultas de sindicalistas, de trabajadores individuales, de núcleos políticos, etc. Era tal la cantidad de consultas que yo debía atender, por ejemplo, que me fue imposible trabajar en mi oficio. De todas maneras, lo que alcanzaba a ganar en aquellas condiciones era poquísimo. Pero al quedarme totalmente sin trabajar ¿de qué iba a comer? El movimiento estaba muy tierno para pagar cuadros profesionales, no textiles, sector muy importante en el seno del naciente movimiento obrero de Guatemala. Bien pronto pudimos conocer las desastrosas condiciones de trabajo en que aquellos vivían. Sometida a una explotación intensiva, sin que se hicieran efectivas las pocas prestaciones sociales que entonces concedía la ley, sin conciencia de clase y sin idea de las formas de lucha legal, aquella masa, sin embargo, reaccionó positivamente frente a nuestras primeras prédicas. Desde el primer momento tratamos de influir sobre ella con base en experiencias reales, vividas, que pusieran al descubierto la lucha de clases y desenmascararan al sector patronal. Sobre todo, subrayábamos la importancia de la organización, de la creación del instrumento que dejara en las manos de los propios trabajadores la defensa de sus intereses. Esquematzamos y detallamos el concepto de conflicto

laboral, la táctica para obtener la victoria en los conflictos y las maniobras diversas que la patronal solía usar para desbaratarnos. En ese sentido nos fue muy útil la experiencia del movimiento obrero salvadoreño. Todas mis proposiciones las ilustraba con ejemplos de las luchas libradas en El Salvador, sobre todo porque los movimientos obreros de ambos países habían tenido un desarrollo bastante parecido, conservando, desde luego sus particularidades nacionales, al nacer por allá por los años de la primera guerra mundial, al haber tenido un gran auge en los años 20 y 30, al haber sido destruidos y sumergidos en la noche de las largas dictaduras y al haber resurgido en 1944. Recuerdo que los obreros guatemaltecos se reían mucho cuando yo les contaba de un conflicto en la fábrica de hilados “Martínez y Saprissa”, en El Salvador, poco tiempo después de la caída de Martínez. Los trabajadores de dicha fábrica se declararon en huelga por aumentos de salarios bajo la asesoría de nuestra UNT. El conflicto estaba prácticamente ganado y el propietario de la fábrica, un español, pidió hablar con la masa que estaba reunida en los telares, esperando la firma de los acuerdos. Nosotros recomendamos a los trabajadores que cuando llegara el patrón nadie hablara una palabra, por nada de esta vida, y que dejaran hablar a sus representantes, o sea nosotros, los asesores de la UNT. Se decidió que la masa sólo hablaría en caso de considerar que no estuviéramos cumpliendo con nuestro deber. Todos los trabajadores expresaron su acuerdo:

–“Muy bien, muy bien”.

Pero ocurrió que cuando llegó el patrón, se dirigió a la masa en forma paternal y pidió que lo dejaran hablar, decir un discurso, sin intermediarios. Los obreros contestaron:

–“Sí, don Paco. Cómo no, don Paco, hable”.

El viejo, que era un avaro explotador, habló melosamente:

–“Mis queridas obreras y obreros, mis queridas muchachas y muchachos: yo quiero que me digan aquí si soy malo o bueno con ustedes, si los trato mal o les falto el respeto. Díganme si soy ingrato con ustedes, que son parte de mi familia”.

Las obreras se adelantaron a responder:

–“Ud. es muy bueno, don Paco”.

Y siguió diciéndoles el patrón:

—“¿Díganme si es cierto o no que siempre los recibo en mi despacho de buena gana para oír cualquier problema que quieren plantearme?”

Y las obreras:

—“Sí, don Paco, Ud. siempre nos recibe en forma agradable”.

Total, que don Paco se echó al bolsillo a la masa, formada en su mayoría por mujeres, y luego pasó a la ofensiva, para denunciar a los agitadores que aconsejaban a los obreros en contra de sus queridos patronos. Por aquellas blandenguerías se perdió el conflicto y no hubo aumentos para nadie, sólo despidos y mano dura. Los trabajadores guatemaltecos a su vez, contaban de otras experiencias parecidas.

Los textiles guatemaltecos avanzaron muchísimo en todos los aspectos y ya para el año 46, el sector estuvo capacitado para llevar a cabo una importante huelga en la fábrica de tejidos de punto y media “La Estrella”, propiedad del palestino Encarnación Abullarach. Esta huelga fue un éxito sonado, desde todos los puntos de vista. Bien preparada, organizada y dirigida, no pudo ser quebrantada por la patronal. Y ello, a pesar de que el gobierno presionó en contra nuestra, sacando la muletilla de que con el clima que producía la huelga se le hacía el juego a la extrema derecha, que conspiraba febrilmente para derrocar a Arévalo, el “socialista espiritual”. Los partidos políticos llamados “revolucionarios” (ya que el gobierno de Arévalo era “el gobierno de la revolución de Octubre”) nos criticaron duramente e incluso la Confederación General de Trabajadores nos negó apoyo. No se diga nada de la prensa burguesa, que nos fustigó y nos insultó, pidiendo a grito pelado la represión, denunciándonos a los no guatemaltecos para que el gobierno nos expulsara del país. A pesar de todo, llegamos hasta el final del movimiento, manteniendo el criterio de la independencia de intereses de la clase obrera en las condiciones del régimen arevalista. Nuestra huelga triunfó y los obreros de “La Estrella” obtuvieron un 25% de aumento. Pero el gobierno de Arévalo contraatacó de inmediato, temeroso de que las huelgas se extendieran por el éxito obtenido. La represión se desató, desbaratando mucho de lo que se había conseguido hasta entonces. Algunos compañeros fueron expulsados hacia El Salvador. Al compañero Sierra González, que se había destacado en el conflicto, lo confinaron en un campo de concentración en el centro de la selva del Petén. Yo tuve que sumirme en la clandestinidad. Lombardo Toledano, desde México, se dirigió a Arévalo en nombre de la Confederación de Trabajadores de la América Latina (CTAL) preguntando sobre si yo estaba preso, muerto o perseguido, y solicitando garantías para mí. Los otros

revolucionarios salvadoreños fueron perseguidos y algunos capturados y expulsados del país, aunque no por mucho tiempo, porque ellos se volvieron a meter. De todos modos, aquel primer pescozón arealista, era la culminación de una experiencia positiva, digna de analizarse. Yo la escribí, pero se perdieron los materiales en ocasión de una nueva represión arealista, la de 1947. La clandestinidad fue penosa, pero terminó en un plazo intermedio. Los sectores progresistas del gobierno lograron que el clima se aligerara y que hubiera más margen, por lo menos temporalmente, para las actividades del movimiento obrero. Para legalizar mi actuación organizativa abierta y tener las garantías necesarias, el Sindicato Gremial de Zapateros de Guatemala me eligió Secretario de Organización. Así pude redoblar mi trabajo. Dirigí el periódico *“El Sindicalista”*, asesoré a los Sindicatos de las fábricas de calzado *“Incatecu”* y *“Cobán”*, las más grandes de Centroamérica, y asimismo a los sindicatos de las industrias de velas y jabón, del pan, de costureras, etc. No hubo en aquella etapa grandes huelgas en esos sectores, pero los conflictos parciales abundaron frente a las demandas elevadas a los patronos por los trabajadores. Un conflicto muy significativo, que tuvo repercusión nacional, fue el de la lucha por restituir a su trabajo a la compañera Concepción-Castro, que había sido despedida injustamente de la fábrica textil *“Nueva York”* de Salvador Abullarach. El conflicto fue largo y reñido y sirvió para elevar el sentimiento de solidaridad de todos los trabajadores del país, así como un factor que recalcó la necesidad de que operaran en la realidad, y no sólo en el papel, las leyes laborales que se habían dictado en las nuevas condiciones políticas. Lástima que esta jomada no fue recogida por escrito, porque fue una página brillante en la historia del movimiento obrero guatemalteco. Asimismo fue muy interesante la labor que mi sindicato desarrolló en defensa de la industria del calzado, la que significó un ejemplo para todos los demás gremios. En esta actividad el sindicato pudo unificar a los dueños de taller, a los teneros y peleteros y logró que el gobierno dictara medidas proteccionistas para la industria que beneficiaban en último término a los trabajadores, por ejemplo, la elevación de los aforos para el calzado importado. Asimismo se evitó que la empresa *“Incatecu”* fabricara calzado de cuero y se le limitó a la fabricación de calzado de hule y de goma, vulcanizado, protegiendo así a mil quinientos zapateros a quien la producción de zapatos de cuero por la *“Incatecu”* habría dejado sin trabajo, ya que para la extensión de sus actividades al cuero la empresa sólo habría incorporado a unos cien obreros. Arévalo intervino para afirmar que al Gobierno no le parecía adecuada nuestra posición en este caso, ya que

contradecía la necesidad de industrializar el país, cuestión básica para el desarrollo nacional. Y si la cosa se mira superficialmente, sería fácil decir que el gobierno tenía razón, que era progresista, y que nosotros éramos retrógrados. Nuestro Sindicato contestó a Arévalo que la medida que imponía el momento como base indispensable para un desarrollo industrial progresista de Guatemala, era la Reforma Agraria. Por cierto que este problema, que terminaría por decidir la suerte de la “Revolución Guatemalteca” fue planteado públicamente por primera vez en aquella ocasión. Mientras la masa campesina no tenga capacidad de consumo –decíamos en nuestros manifiestos– la industria no tendrá posibilidades de prosperar, porque dependerá de un mercado demasiado pequeño. Si sólo veíamos la cuestión desde el punto de vista de la industria ¿qué esperanza podía tenerse en un mercado donde sólo el 6% de la población usaba zapatos? La campaña que hicimos en torno a este problema, fue grande y atrajo la atención de todo el país. En todo este guirigay mi situación había mejorado mucho y mis condiciones de trabajo eran más normales. Pasé a ser cuadro profesional del Sindicato con un sueldo de treinta dólares al mes. No era un sueldo para presumir, pero por lo menos me evitaba el hambre total.

A pesar de toda aquella actividad organizativa, reivindicativa y propagandística de tipo sindical, no perdíamos de vista que teníamos planteada una tarea de mayor envergadura: la creación del Partido Comunista de Guatemala, que pudiera ponerse a la cabeza de los trabajadores en aquel proceso nacional tan interesante y tan lleno de perspectivas positivas. En los últimos tiempos había habido dos intentos frustrados de camaradas guatemaltecos y salvadoreños para fundar y poner a funcionar el Partido. Sierra González y yo nos sumamos a un tercer intento. Nombramos un comité ejecutivo, comenzamos a hacer reuniones y juntamos algunos fondos por medio de cotizaciones, rifas, etc. Yo fui el Secretario de Actas. Pero este intento también fracasó. Ante este nuevo fracaso, recuerdo que Moisés Castro y Morales y el hondureño Amador decían, que era imposible crear el Partido Comunista en Guatemala, que no había nivel, que había que esperar algunos años y que mientras tanto debíamos desarrollar sólo la actividad sindical. Por el contrario, otros camaradas, ante aquél tercer fracaso, decidimos insistir con más fuerza aún en la creación del Partido, con nuevos métodos. Disponíamos de un pequeño núcleo de comunistas salvadoreños experimentados y abnegados, de algunos sobrevivientes de la organización comunista guatemalteca de los años 20, pero comprendimos que el campo sindical guatemalteco, por razones de la estructura de la clase obrera del país, no era suficiente para crear el Partido

Comunista. Eso decía la voz de la experiencia, si uno paraba bien la oreja, dejando los sectarismos. Decidimos pues, hacer proselitismo muy cauteloso entre los partidos políticos en el seno de la “revolución guatemalteca”, partidos de la pequeña burguesía radical, y también en núcleos progresistas de la burguesía, del movimiento estudiantil, empleados de comercio, burocracia estatal, etc. Con Castañeda, Efraín Ríos y Sierra González, nos constituimos en grupo generador para aquél trabajo. Acertamos. En el movimiento político encontramos los frutos sembrados por la Escuela “Claridad”, pues muchos de los militantes de los “partidos revolucionarios” habían recibido sus primeras luces políticas en aquel centro de capacitación. Nuestra labor fue particularmente intensa en el seno de los partidos “Acción Renovadora” (PAR), que dirigía José Manuel Fortuny, estudiante de Derecho y Periodista; y “Renovación Nacional” (PRN), que dirigía José Orozco Posada, abogado. De estos grupos políticos y del grupo avanzado que surgió en la CGTG provino la base que, andando el tiempo, se transformaría en el esqueleto del Partido Guatemalteco del Trabajo (Comunista). En aquella circunstancia fueron reclutados, poco a poco, camaradas como Mario Silva Jonama, Alfredo Guerra Borges, Méndez Zabadúa, Hugo Barrios Klee, Bernardo Alvarado Monzón y José Manuel Fortuny. En la medida que el trabajo de organización comunista fue haciéndose menos vacilante y más exitoso, el asedio contra nosotros creció. La prensa burguesa, los curas, la radio reaccionaria, vomitaban acusaciones e insultos. El anticomunismo se puso de moda y los camaradas salvadoreños fuimos el blanco predilecto de la reacción derechista. Bien pronto salió a relucir la bandera de la “leyenda negra del comunismo en el año 32 en El Salvador”. Fue entonces que apareció el libro calumnioso de Schlésinger, dirigido a aislarnos y a lograr que el vacilante gobierno de Arévalo tomara medidas, expulsándonos del país o encarcelándonos. La campaña llegó a tomar un agudo carácter chovinista, antisalvadoreño y en ella participaron inclusive dirigentes sindicales, confundidos por su bajo nivel político o comprados por la reacción. Llegó un momento en que el contenido de la campaña era tan absurdo que se decía públicamente que todos los vicios que afligían a Guatemala habían llegado de El Salvador. Para los dirigentes de esta campaña la prostitución en Guatemala era “salvadoreña”, lo mismo que la vagancia, el robo, el alcoholismo, las chinches y las pulgas. Es difícil no amilanarse en circunstancias así y, sobre todo, no reaccionar con posiciones igualmente chovinistas. Se nos urgió por parte del Ministerio de Instrucción Pública, que para evitar provocaciones extremas era mejor que clausuráramos la Escuela “Claridad”, pero nosotros

rechazamos aquella sugerencia. Algunas semanas más tarde, la escuela fue cerrada por la fuerza. El Gobierno de Arévalo hacía concesiones serias a la reacción y llegó incluso a suspender el derecho de sindicalización a los trabajadores del campo, una verdadera regresión, sin lugar a duda. El conocido político burgués Mario Méndez Montenegro, que llegaría a ser un fiel cuadro del imperialismo y sin embargo terminaría “suicidado” por él, y que entonces era Director de la Guardia Civil (policía guatemalteca), nos citó a los activistas salvadoreños a su despacho y nos ofreció buenos empleos con la condición de que abandonáramos la lucha. Dijo que con los hondureños, nicaragüenses y costarricenses exiliados en Guatemala no había problema porque se dedicaban a trabajar para ganarse la vida, que era lo correcto y lo revolucionario. Agregó suavemente que si no aceptábamos sus proposiciones seríamos expulsados del país. Le contestamos que habíamos llegado a Guatemala no para ganarnos la vida sino como revolucionarios y que costara lo que costara íbamos a seguir siendo revolucionarios. Y que entre el empleo-soborno y la expulsión, escogíamos la expulsión. Nos fuimos, pero pronto supimos que sus amenazas no eran broma. Moisés Castro y Morales fue expulsado hacia Honduras en forma humillante y cruel, pues aun siendo enfermo de una pierna, cojo, tuvo que salir del país a pie. El gobierno hondureño, que no era ni presumía de revolucionario, recogió a Moisés en la frontera y lo llevó a Tegucigalpa en avión. Daniel Castañeda y Virgilio Guerra fueron capturados y estuvieron varias semanas en prisión, sin acusación legal. Graciela García, alma y corazón de la escuela “Claridad”, pionera de las luchas revolucionarias en Centroamérica, fue perseguida y presionada hasta límites insoportables y decidimos que se fuera a México. Yo maniobré para que la represión no me alcanzara, integrándome a los aparatos legales del movimiento obrero lo cual me ponía *ipso facto* al amparo de la ley y entonces era más difícil echarme mano. Cuando la CGTG decidió crear su Comisión de Acción Política (CAP) fui elegido Secretario General. Y por medio de este organismo pude entrar en contacto con las más altas autoridades del Gobierno, con Arévalo mismo, que se reunió con nosotros para buscar una fórmula que evitara choques profundos entre la política gubernamental y la lucha obrera. En esas reuniones nos dimos cuenta de las complejidades de la política guatemalteca y de las difíciles condiciones en que se mantenía el equilibrio de fuerzas en que se basaba la supervivencia del gobierno. El mismo Arévalo nos dijo que el 47% del Ejército estaba en contra suya y nos hizo patentes sus reservas frente a los embates de las fuerzas reaccionarias que se aprovechaban del fanatismo religioso y del atraso de las grandes mayorías

guatemaltecas. Arévalo decía que no aceptaba el apoyo abierto de la clase obrera para no asustar a los terratenientes o a los gringos. “Sería asustar con el petate del muerto –decía– porque la revolución no tiene todavía suficiente fuerza”. Debido a nuestras demandas, Arévalo prometió darnos el Código del Trabajo, que no existía en Guatemala, para el 1° de Mayo de 1947. Y nos prometió que su promulgación sería anunciada en forma radical, como una medida básica para la ampliación de la base social del régimen, como una medida revolucionaria, y nosotros nos comprometimos a apoyarla con el mayor entusiasmo en la misma manifestación en cuyo acto de cierre se anunciaría por Arévalo el Código. Arévalo insistía en que estaba dispuesto a ir tan lejos como el pueblo lo exigiera en la adopción de las medidas revolucionarias, pero que no había que hablar de lucha de clases porque la reacción en el seno del Ejército era un serio obstáculo. Nos dijo que las fuerzas antinacionales y pro-oligárquicas en las Fuerzas Armadas estaban encabezadas por el Coronel Francisco Javier Arana y que por eso él, Arévalo, tenía el plan de enviarlo con un cargo diplomático a Chile, para que los militares chilenos, más avanzados social y políticamente, lo “glostoraran” y le quitaran lo machetón. Arévalo necesitaba nuestro apoyo en la lucha interna, eso era claro. Pero llegó el 1° de Mayo con su manifestación y su mitin y el Código del Trabajo no fue promulgado aún. La cosa se desarrolló como sigue: en abril de 1947, junto con Víctor Manuel Gutiérrez, prestigioso maestro que se había hecho marxista a partir de la Escuela “Claridad” y que llegaría a ser uno de los más grandes dirigentes de la clase obrera guatemalteca antes de caer asesinado en la represión anticomunista desatada por el régimen gorila que aún oprime a Guatemala; Hortensia Hernández Rojas y Antonio Sierra González, estuve en México y en Cuba, como delegado de la CGTG ante los Congresos de la Confederación de Trabajadores Mexicanos y la Confederación de Trabajadores Cubanos. Aunque la represión de Prío Socarrás impidió la celebración de este último, pudimos estar algunos días en Cuba y regresar a Guatemala para informar a los compañeros nuestras impresiones sobre el movimiento obrero cubano. El movimiento obrero cubano era un movimiento fuerte, combativo y emprendedor, fiel a los principios del internacionalismo proletario; fraternal y hospitalario. Comparé La Habana de entonces con la que vi en 1930 la corrupción era la misma, pero el movimiento obrero había avanzado muchísimo. Los delegados de la clase obrera guatemalteca nos dimos cuenta del gran respeto que los trabajadores cubanos tenían por cuadros dirigentes comunistas como Jesús Menéndez, Blas Roca, y otros. Siempre pensando en el lugar donde dejé el ombligo, tanto en México como

en Cuba, hice gestiones para obtener preparación para cuadros comunistas y sindicales de El Salvador. Merced a estas gestiones, el dirigente panificador Salvador Cayetano Carpio pudo ir a Cuba a recibir un curso sindical. Regresamos a Guatemala para celebrar el 1° de Mayo con el esperado plato fuerte de la promulgación del Código del Trabajo. Pero al nomás entrar al país nos encontramos con una sorpresa de otro tipo: Víctor Manuel Gutiérrez y yo estábamos procesados como reos ausentes, acusados de estar preparando un levantamiento de campesinos en la finca “Cerro Redondo”. La denuncia resultó falsa e insostenible, pero yo quedé pendiente de investigación en el Juzgado de Cuilapa.

El primero de Mayo de 1947 fue imponente por el volumen de trabajadores que participaron en la manifestación de la capital y nos dejó completamente agotados a los organizadores, que echamos los bofes en aquella labor. Todo el país se movilizó y envió sus delegaciones a la ciudad de Guatemala, sin contar las diversas celebraciones locales que se extendieron de frontera a frontera. Desde Escuintla llegaron, a pie por su propia voluntad, 15 mil trabajadores agrícolas portando sus carteles en un recorrido de 60 kilómetros. Los trabajadores de Chiquimula eran 11 mil y portaban carteles que decían: “Venimos tan poquitos porque los demás se quedaron cuidando la milpa”. En total, la CGTG concentró en la capital a más de 100 mil trabajadores urbanos y agrícolas de todo el país. La CGTG obsequió ese día a la masa un folletito mío titulado “*Orientación Sindical*”. Pero el Código del Trabajo no fue promulgado en aquella ocasión. Después del 1° de Mayo nos reunimos con Arévalo nuevamente, en un ambiente nada cordial. De entrada nos comenzó a reclamar por el hecho de que nuestras consignas en el desfile habían sido sectarias, extremistas y contraproducentes. Nos dijo que los servicios secretos de la Embajada yanqui eran más poderosos que la Policía de Guatemala y habían informado al Embajador con anticipación que en el desfile se iban a producir dos cosas: el anuncio sorpresivo del Código de Trabajo y el apoyo de la masa obrera a esa medida, desde posiciones radicales de izquierda. Por eso se abstuvo de asistir al acto, pese a que fue invitado, como todo el Cuerpo Diplomático, por el Presidente.

—“El Coronel Arana —nos decía Arévalo— al ver vacío el sitio del Embajador me reclamó sumamente asustado y más asustado aún se puso cuando leyó las pancartas de los trabajadores que desfilaban”.

La reunión con Arévalo terminó en un tono friolento: nos culpaba por haber descubierto su “hábil” maniobra, cuando en realidad lo único que habíamos hecho fue cumplir un compromiso contraído con él. Arévalo era un político burgués, anticomunista rematado, que lo único que quería era quedar bien con Dios y con el Diablo a cada momento y en cada problema. Después de aquella reunión, Arévalo maniobró con el fin de excluir de los partidos que lo apoyaban, a los dirigentes más avanzados. Lo mismo trató de hacer en la CGTG pero le salimos al paso. Le creó a José Manuel Fortuny una crisis política en el PAR, pero nosotros lo apoyamos reeligiéndolo en el cargo que le habíamos dado en la Comisión de Acción Política de la CGTG, lo que significaba un voto de confianza de la clase obrera y él pudo sortear la crisis en su partido, cuya ala más arevalista y derechista no vio prudente chocar con el movimiento sindical. La carrera posterior de Arévalo confirmó esto que digo: en la actualidad es un peón desenmascarado del imperialismo norteamericano, del tiburón que él denunció de palabra, mientras trataba de dormir a las sardinas. Dadas las condiciones de la lucha de Guatemala y dada la debilidad de las fuerzas revolucionarias organizadas, la CGTG tuvo que adoptar cada vez más un papel político, entrar incluso en el juego partidista. De acuerdo con las conversaciones sostenidas con el Gobierno, se dispuso que la clase obrera organizada tendría derecho a ser representada en el Congreso de la Nación. La CAP de la CGTG propuso cuatro candidatos a diputados para tal fin. Esto pasó a ser discutido en una reunión especial efectuada en el Palacio Nacional, con participación de todos los sectores del gobierno y dirigida por el Ministro de Defensa, Coronel Jacobo Arbenz. En esa reunión, el reaccionario Coronel Arana, Jefe de las Fuerzas Armadas, dijo que los sindicatos no necesitaban diputados en el Congreso, que quien los necesitaba era el Ejército. Y sin más ni más propuso que las curules ley enviado por el Ejecutivo normando la sindicalización en el país. El Congreso pidió la opinión de los trabajadores organizados para lo cual la comisión congresional encargada de dictaminar sobre el proyecto de ley, se reunió con los representantes de las dos centrales obreras existentes en Guatemala en el amplio local del Sindicato de Acción y Mejoramiento Ferrocarrilero (SAMF). Porque para entonces, el movimiento obrero guatemalteco estaba ya dividido en dos centrales: la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG), revolucionaria, en cuyo seno se cohesionaban distintas corrientes políticas e ideológicas, pero en la que prevalecían las posiciones revolucionarias y socialistas; y la Federación Sindical de Guatemala (FSG), reaccionaria, pro-imperialista, pro-oligárquica, contrarrevolucionaria, enemiga furibunda de la

CGTG. En aquella ocasión la FSG se pronunció por una ley que impusiera la sindicalización forzosa a todos los trabajadores de Guatemala y se aferró a esa posición rotundamente. Mi camarada y compatriota Virgilio Guerra, metió las cuatro patas en este caso, apoyando la sindicalización forzosa. Es que aquél método cuadraba bastante bien a su carácter autoritario y no notó que la proposición de la FSG era una maniobra reaccionaria que contaba con crear fricciones entre el Estado y el movimiento sindical. Cuando en nombre de la CGTG, Antonio Sierra y yo nos pronunciamos por la libre sindicalización, por la organización voluntaria e independiente del proletariado, la rechifla de los adversarios fue tremenda, pero no nos lograron callar. El ya diputado José Manuel Fortuny, a quien hasta esa noche conocí personalmente a nivel de conversación ya que hasta entonces sólo lo conocía de vista, que formaba parte de la Comisión Congressional, con gran energía, pidió respeto para nosotros, los representantes de la CGTG y cordura y moderación, advirtiéndole a los de la FSG que la Comisión se retiraría si no se actuaba con compostura. Como el desorden reaccionario continuó, Fortuny clausuró la reunión. Posteriormente, Fortuny me invitó al local del PAR y allí le expliqué las razones de nuestra posición, diciéndole entre otras cosas, que en las condiciones de Guatemala en que los patronos tenían todavía controlado en su favor a un 70 por ciento de los trabajadores y nosotros apenas influenciábamos a un 30%, la sindicalización forzosa iba a permitir a la patronal controlar todo el movimiento obrero y tragarnos inclusive a nosotros en nombre de la mayoría supuestamente democrática.

–El sindicalismo libre –dije a Fortuny– es el único medio que nos permitirá captar al pueblo trabajador sobre la base de su conciencia. En el sistema de la libre sindicalización el sindicato es aula que enseña, educa y culturiza, que eleva el nivel político y revolucionario del trabajador, que lo libera de verdad.

Fortuny estuvo de acuerdo y finalmente en el seno del Congreso se ganó la batalla en pro de la libre sindicalización, con lo cual quedó restringido el campo de maniobras de la reacción.

Por otra parte continuábamos en el trabajo de organización del partido marxista-leninista. La agrupación comunista seguía creciendo y llegó a tener su propio nombre: “*Vanguardia*”. Tratando de elevar la calidad de sus filas, siempre nos orientamos a reclutar a los mejores hombres que estaba produciendo el proceso de la “revolución guatemalteca”.

En los primeros días de setiembre de 1947 nos reunimos en la casa del poeta salvadoreño Pedro Geoffroy, que entonces era un ajuate marxista, extremista hasta para desayunar; los guatemaltecos Mario Silva Joname y Méndez Zabadúa, y los salvadoreños. Daniel Castañeda, Efraín Ríos y yo, para fijar la fecha de la fundación formal del grupo comunista, que incluso con el nombre de “Vanguardia”. venía funcionando informalmente. Convenimos en el 15 de setiembre, día de la Independencia de Centroamérica del yugo español. Para ello se acordó que se presentarían dos informes, un informe político, sobre la situación nacional e internacional, y un informe sobre el trabajo sindical en Guatemala. A mí me tocó elaborar el informe sindical. Se planteó también invitar a Fortuny para que perteneciera a la naciente organización comunista, ya que era uno de los elementos políticos más avanzados del país. Sin embargo, la reunión no se hizo. Veamos lo que ocurrió. Comenzaron a correr rumores de que el 13 de setiembre se llevaría a cabo un golpe de estado reaccionario contra Arévalo y que una de las primeras medidas que tomaría la reacción en el poder sería liquidar a todos los salvadoreños revolucionarios. La CAP de la CGTG hizo saber al gobierno todos estos rumores y datos y Arévalo tomó medidas para defender su régimen, por los medios represivos a su alcance. Lo único malo fue que no se limitó a emprenderla contra los derechistas conspiradores, sino también contra el movimiento obrero democrático. El mismo 13 fuimos encarcelados cinco compañeros guatemaltecos y cinco salvadoreños. Tal proceder del Gobierno confundía a la clase obrera y a la opinión pública. Yo entendía que el régimen se veía obligado a hacer concesiones ante las fuertes presiones de la derecha, pero no era para tanto. Lo que pasaba es que Arévalo ponía de su parte, como anticomunista que era, como enemigo de la clase obrera que fue y sigue siendo. Al tercer día de encierro, incomunicado y sin acusación legal, me puse a protestar en forma violenta. El centinela dio parte a la superioridad. El Gobierno permitió que nos visitaran Fortuny y Gutiérrez, en su calidad de diputados. A ellos les dijimos que los salvadoreños seguíamos siendo amigos del Gobierno, que no queríamos dramatizar con nuestra situación y que creíamos que se debía evitar cualquier manifestación pública en favor nuestro, pues ello haría el juego a la reacción. El Poder Ejecutivo puso a consideración de sus miembros si se nos expulsaba del país o no. Resolvió expulsarnos del país. El único opositor a tal medida –a decir del camarada Fortuny– fue el Coronel Jacobo Arbenz, quien dijo, refiriéndose a mí, que yo no me merecía el trato que se me daba en Guatemala, por causa de los manejos de la fracción aranista, puesto que lo que yo merecía era una estatua hecha con el material de mi

apellido, o sea, una estatua de mármol, por mi labor de contribuir a despertar a la clase trabajadora. Arbenz propuso que se nos expulsara con los gastos pagados por el Gobierno, por cuatro meses, a fin de que pudiéramos descansar de tanto ajeteo. Todos los Ministros estuvieron de acuerdo con Arbenz, y hasta el mismo Coronel Arana, por no salir derrotado del todo, apoyó la medida. Aceptamos salir hacia México, por cuatro meses. Desde entonces creció mucho el cariño de los obreros por Arbenz. La estancia en México fue quizás el único descanso que he tenido en mi vida. Pasados los cuatro meses, fui el primero de los salvadoreños en regresar a Guatemala de aquel “exilio”, a pesar de las dilaciones que me opuso la embajada guatemalteca en México. Al regresar, la CGTG dispuso que trabajara en el frente campesino. Me convertí por un tiempo en el oidor de los indígenas, atendiendo hasta cuatro y cinco delegaciones a la vez, inclusive hablando dialectos diferentes. Era difícil entenderme al principio con los indígenas, porque aunque hablaran español sus maneras de pensar son distintas que las del ladino y sus intereses no son iguales que los de los demás guatemaltecos. Pero me las ingení, con intérpretes, mapas, dibujos, señales, etc., para romper aquella barrera. Puedo decir que pronto me convertí en un hombre de confianza del campesinado indígena guatemalteco. Recuerdo a los indígenas de San Rafael Petzal y a los de Rabinal con especial cariño revolucionario. Después de esta labor regresé a El Salvador llamado por el Partido. Milité allí dos años y en el 51 volví a Guatemala, desde donde no salí hasta después de la caída de Arbenz en 1954. Pero de ésta época no hablaré en estas mis memorias. Tal vez más adelante, si la vida me da la oportunidad. Se trata de un período bastante conocido, del cual los camaradas guatemaltecos han dado versiones definitivas. Mi aporte no sería novedoso y además tendría que tocar hechos y personas que todavía influyen la realidad guatemalteca y no quisiera que el enemigo utilizara frente a problemas actuales, el tipo de enfoques que me he permitido hacer a lo largo de toda mi intervención sobre cuestiones de un pasado ya lejano, que puede ser revelado al ojo crítico y autocrático sin riesgo y, por el contrario, con mucho provecho para los revolucionarios. Por ello tampoco no hablaré de los últimos años de mi vida revolucionaria en mi país. Mi Partido es aún clandestino y sufre la persecución de los servicios del régimen militar y de la CIA. Sobre Guatemala sólo quisiera agregar que durante permanecí en su territorio dí toda mi actividad y mi fuerza a la causa inmortal del proletariado, sin pedir nada en cambio. A lo más que llegué en los escalafones fue a conserje de un banco, con un sueldo de cincuenta quetzales al mes.

Bueno, creo que ya es hora de terminar. En verdad, nunca me ha gustado acaparar la guitarra, como decimos en El Salvador. También es cierto que este es un desahogo a medias, porque, repito, hay cosas que, aunque me pica la lengua, todavía no se pueden decir públicamente. Sobre todo, un montón de cosas de mi vida más reciente. Ya más de alguno las dirá o las escribirá cuando yo esté muerto.

Al reflexionar sobre mi vida, sobre todo en la parte de ella que he expuesto en sus términos más generales; al mirar hacia atrás y contemplar mi juventud, mi actividad política, mis miserias y mis alegrías, un sentimiento medio raro de insatisfacción y al mismo tiempo de contento me llena la cabeza. De insatisfacción, por lo que no me permitieron hacer nuestras limitadas fuerzas y capacidades en lo tocante a desarrollar la lucha popular, por la parte de culpa que me toca en los fracasos frente al enemigo que todavía se harta del sudor y la sangre de nuestros trabajadores; de contento, porque a pesar de las debilidades de cada quien, un grupo de inexpertos ignorantes empeñamos la batalla de la clase obrera en El Salvador y fuera del Salvador, fuimos pioneros de la revolución que irremediamente vendrá a transformar nuestros países de una vez por todas. En lo personal, siento que se me acerca el final de la jornada, aunque espero que dicho final dure más de veinte años. Ya me siento cansado y golpeado por dentro y los años me pesan demasiado. Y no es que sea muy viejo. Es que cada día lo viví con todas mis fuerzas y no me dí tiempo de descanso. Y las angustias y las hambreadas también dejaron sus huellas. Creo, pues, que ha llegado la hora del relevo. Un dirigente cansado y golpeado se llega a convertir en peso muerto para el movimiento revolucionario si no tiene el coraje y la honradez de reconocer a tiempo esa realidad. No sólo en peso muerto, sino en un obstáculo, un obstáculo ridículo. En medio de la corriente, el tronco mojado no ayuda a flotar sino que acaba de hundir. A mí no me duele reconocer esto, porque nunca he entendido la dirección como poder ni la militancia a niveles de dirección como "lucha por el poder". Cuando los dirigentes comprenden que su situación no es de privilegio sino de obligación mayor, de sacrificio y de responsabilidad, muchos problemas internos desaparecen. Además, yo siempre he creído que es la juventud la que debe ocupar la primera fila en la lucha. Un partido de viejos, tendría que ir a hacer la revolución en los asilos. Y en mi país hay suficientes jóvenes capacitados y fervorosos que bien pueden sustituirnos con ventaja a todos los tatitas. Y todo ello como una cosa natural, como una ley de la vida, no como "lucha de generaciones" que llega en veces a substituir en la cabeza de algunos, la lucha de clases. Pero esto, no es un canto de cisne, como diría

Rubén Darío, ni una despedida. Eso quisiera más de alguno. Y no sólo en la policía, la guardia nacional o el movimiento sindical de la ORIT. No estoy diciendo que abandonaré la lucha revolucionaria por mi edad o mi cansancio. Creo únicamente que estas circunstancias me imponen otro lugar menos destacado en la organización que dirige la lucha popular de mi país. Renuncio únicamente a mi papel de dirigente, dando un paso hacia las filas de atrás para repartir allí mi experiencia, mis pocas conclusiones seguras de viejo militante y mis últimas fuerzas. Frente al enemigo de clase, en favor de los intereses del pueblo salvadoreño y de la clase obrera internacional.

El Salvador ha cambiado mucho desde 1925 o desde 1932. Y, entonces, ¿por qué ha sido que nosotros hemos sobrevivido como dirigentes hasta ahora? ¿Por qué se ha dado el caso de que los zapateros y albañiles y panaderos hemos seguido dirigiendo al nuevo proletariado industrial de El Salvador? Yo creo que esto ha obedecido, más que todo, a que comenzamos siendo dirigentes en una etapa de la historia que no ha terminado, como dicen los profesores en las escuelas de cuadros, una etapa que no se ha cerrado. Es la etapa preparatoria y posterior de 1932, la etapa de la larga dictadura martinista, la etapa de la frustración guatemalteca, la etapa de la demagogia osorista-lemusista y del PRUD (que no he expuesto en estas páginas), etc. Esta etapa se mezcla, con todos sus guirigayes, con la nueva etapa que se abrió para América Latina con la Revolución Cubana. Por la situación mundial, se trata de una etapa prerrevolucionaria indudable. Pero lo que a nosotros nos ha caído encima últimamente ha sido una confusión tremenda, que se ha reflejado en la línea de nuestro Partido frente a problemas fundamentales de nuestro país, en nuestras propias vacilaciones y cegueras. Creo que es más necesario que nunca hacer las diferencias del caso entre lo viejo y lo nuevo, lo que ya ha sido superado por la realidad, que no se duerme jamás, y lo que todavía vive y se puede aprovechar de la experiencia de los últimos 40 años de la historia revolucionaria salvadoreña. Yo he dejado expuestos los hechos y algunas de mis opiniones, pero ello no es suficiente. Hay que hacer el análisis partidario a fondo, con el marxismo leninismo en las manos, en los anteojos, en los ojos, en el corazón y en el lugar del valor. Sólo así podrá saberse en cada momento si estamos caminando bien, sólo así podremos comenzar a desenredar la hebra de nuestros fracasos y de nuestras concepciones erradas. Porque, la verdad es que no estamos caminando bien, ni mucho menos, y en algunos aspectos vamos hacia atrás, como el cangrejo. Lo que pasa es que abusamos con la “autocrítica para la propaganda” y no nos gusta poner a menudo el dedo en la llaga.

Y esto no es un defecto exclusivamente “guanaco”, salvadoreño: es una enfermedad internacional. Una autocrítica profunda no es siempre bien vista y en las publicaciones parece preferirse a quien dice que todo anda de lo mejor. Hay que aceptar que esta forma de proceder tampoco es exclusiva de los viejos, que fácilmente podemos ser acusados de conservadores y que en la mayoría de los casos lo somos de verdad. Muchos sectores nuevos, jóvenes, en el movimiento revolucionario mundial se siguen negando a profundizar en la experiencia histórica con su propia cabeza y quieren simplemente recibir recetas ya hechas para la acción revolucionaria. Estos compañeros se equivocaron de puerta, no se debieron haber metido al Partido o a las organizaciones revolucionarias, sino a un seminario o a un convento. Serían unos curas excelentes. Muchos jóvenes de grandes capacidades se pierden por la haraganería mental, política y moral de querer ser revolucionarios sin vivir como revolucionarios, sin sacrificarse, sin pagarle a la vida por la experiencia, sin arriesgarse a meter las cuatro patas, sin meterse en camisa de once varas pensando con la cabeza de uno, la cual no sólo debe servir para encasquetarse el sombrero o para aguantar los garrotazos de la policía. Para comer camarones hay que mojarse las nalgas, dice el refrán. Y eso es verdad, por lo menos para el pueblo, ya que los ricos comen camarones sin esforzarse, pues otros se mojan por ellos. Sólo la vida, la dura práctica, da capacidad de pensar independientemente y hace a los verdaderos revolucionarios. La vida fácil. la comodidad y las líneas políticas que sólo sirven para vegetar, para disimular con palabrería babosa la traición a la revolución, sólo sirven para aflojar las canillas al hombre. Y aún la sola práctica no basta. Esto de mecatearse sirve también para lo teórico. Para ser un marxista hay que meterse de verdad en la cabeza a Marx, Engels, Lenin, Mao Tse-tung, no simplemente leer una que otra revista al año y salir cacareando, como las gallinas cuando ponen un huevo, sobre el descubrimiento de un rótulo atractivo, de una palabrita nueva para engañar tontos. Los “marxistas” de revista y de periodiquito, abundan. Lo que hay que hacer es estudiar duro y militar duro y abrir los ojos a la realidad. Continúa ahora, que ya hay una experiencia histórica riquísima en cuanto a la revolución socialista y que los libros útiles salen de las imprentas por toneladas. Con toda esta literatura y con un pedacito de la experiencia actual, las cosas en el año 32 habrían sido distintas para nosotros. Y esto no es llanto ni justificación. Es poner las cosas en su lugar. Por mí. ni alego. Pero para los camaradas de mi generación, si exijo respeto, y el mejor trato que se les puede dar es ubicarlos en el tiempo y en las circunstancias en que les tocó actuar. Los comunistas

salvadoreños de mi generación fueron hombres que se desempeñaron en hechos históricos que estaban mis allá de sus capacidades y sin embargo actuaron con honor, impulsaron la revolución, supieron morir por sus ideas con serenidad. Los comunistas de mi generación se forjaron en un medio completamente enemigo y no en una época chula como la actual, en la que adonde apunte uno la nariz huele ya a socialismo. Se forjaron en la lucha contra un enemigo salvaje y cruel y en la lucha contra nuestro bajo nivel político, contra nuestras concepciones infantiles de organización y militancia, contra nuestras pobres interpretaciones de la realidad, en la lucha contra el sectarismo extremo, tanto a nivel individual, como de Partido y aún de Internacional Comunista. No hay que olvidar que cuando fundamos el Partido, la Internacional era presa de una línea sectaria, la que indicaba echar “clase contra clase” despreciando las alianzas y las maniobras tácticas. Los comunistas de mi generación se formaron en lucha permanente contra nosotros mismos, contra nuestra ignorancia y debilidad ideológica. Y hay que decir que no en todos los casos ganamos la pelea. Pero a pesar de todo, digan lo que digan, yo creo que esa generación de comunistas fue mejor que la actual porque peleó con todas las desventajas, sin casi ninguna de las ventajas actuales, y sin embargo pudo tener fuerzas para depositar la bandera roja de la revolución en manos de las actuales juventudes, sin que estas tengan que avergonzarse de recibirla. Esa bandera está manchada y rota, es cierto, pero las manchas son de nuestra sangre y las roturas son de nuestras caídas. Eso en lo nacional. En lo internacional, que se oiga y se comprenda bien esto de una vez por todas, la nuestra fue una generación de comunistas que se sacrificó, con plena conciencia de ello, con claridad absoluta de lo que hacía, en aras del fortalecimiento, desarrollo y consolidación del primer estado proletario de la tierra, de la gloriosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, inicio del mundo socialista y base para la revolución mundial paulatina. Dimos la batalla contra las burguesías de cada uno de nuestros países para evitar que el enemigo de clase internacional, el sistema mundial del imperialismo, pudiera concentrar sus fuerzas contra la patria de Lenin. Las burguesías se entretuvieron con nosotros, nos asesinaron, nos golpearon, nos encarcelaron, se ensañaron contra nuestros partidos, pero la Unión Soviética se convirtió en la fuerza dominante del panorama mundial. Cada clase sabe cómo hace su guerra y si el imperialismo tiene su estrategia, que en veces da a chupar con el dedo, a muchos que se creen revolucionarios, nosotros, los proletarios del mundo, tenemos también la nuestra. Sólo a quien tenga demasiado metidos en la cabeza los conceptos nacionalistas

burgueses puede ocurrírsele que esto era “ponerse al servicio de una potencia extranjera”. La cuestión no es de naciones, de rusos y salvadoreños, sino de clases, de internacionalismo proletario, de la fraternidad universal de los explotados contra los explotadores. Eso es lo que nos hace saber que un obrero japonés es más hermano nuestro que un millonario salvadoreño. Conmigo, cuando me fusilaron, no estuvo a mi lado Alfonso Rochac o don Rafael Guirola o don Tomás Regalado, por muy salvadoreños que fueran, sino que estuvo un camarada ruso, un trabajador soviético de quien ni siquiera el nombre supimos. A lo mejor era polaco. O húngaro. Pero para nosotros permanece con el nombre que usaba al morir: “el ruso”. Así que a mí muy poco me tienen que decir en este terreno. El sacrificio por la URSS, hecho por todos los comunistas del mundo, valió la pena, aunque los pequeños burgueses y los socialchovinistas viejos y nuevos frunzan la cara y traten de burlarse de nosotros. Por mí pueden seguir burlándose otros cien años más y pueden fruncir hasta el culo si les da la gana. La revolución mundial es una tarea de muchos años, no un trabajo para una sola generación. Si la cosa fuera tan sencilla no habría sido Stalin quien hubiera ido a compartir el mausoleo con Lenin sino Trotsky. Y ya saben todos que al fin y al cabo el mismo camarada Stalin tuvo que salir de ese lugar sagrado porque a pesar de sus enormes méritos cometió errores muy graves que le mancharon las manos y que nos afligieron a todos los comunistas del mundo. Es que desde luego es mucho más sencillo gritar “Viva la Revolución Mundial para esta semana” que organizar una célula en un barrio virgo. Nosotros, a pujidos y empujones, cumplimos con nuestra tarea, que era ambiciosa y audaz, como es ambiciosa y audaz la tarea de hacer la revolución latinoamericana que hoy se plantean nuestros camaradas más jóvenes. Por eso yo creo que en cada *sputnik*, en cada plan económico victorioso, en cada aniversario de una fecha gloriosa de la URSS, están también presentes los aportes de nuestros camaradas salvadoreños y guatemaltecos y chinos y africanos y franceses y de todo el mundo, que lucharon y murieron por el ideal del comunismo. Y, al revés, cada una de esas victorias de la URSS debe ser una fuerza acumulada más, que en el momento adecuado se pondrá al servicio de la revolución salvadoreña o guatemalteca o africana (como se puso al servicio de la revolución china o la cubana) y de cada país del mundo. Esta es una cuestión de principio que no admite discusión y que está más allá de cualquier táctica de momento. Y en la práctica vemos cómo funciona: ayer Ho Chi Minh fue un baluarte asiático de la solidaridad con la URSS en el seno de la Internacional Comunista y en los campos de batalla de Indochina y hoy la URSS proporciona

al pueblo de Vietnam el armamento necesario para enfrentar la agresión norteamericana; Julio Antonio Mella dio su vida por el comunismo después de haber sido el abanderado de la solidaridad del pueblo cubano con la joven URSS que se apretaba el cinturón y tenía millones de problemas y ahora la fortaleza de la URSS es el más grande apoyo internacional de la revolución que se dio en la Isla de la Libertad. Claro, en todo esto hay también problemas muy fregados, líneas cruzadas, intereses contradictorios más o menos temporales entre los propios hermanos de lucha, desconciertos de momento, metidas de pata, trabas, pero el fondo del avance es éste. El socialismo no ha retrocedido una pulgada en sus conquistas mundiales, aunque tenga mil y más problemas aún. Poco a poco, pero seguramente, se avanza. No quisiera pasar a otros temas sin decir que yo creo que en la tarea de hacer efectiva la solidaridad combatiente y concreta de la clase obrera mundial, un papel de primer orden le tocó cumplir a la Internacional Comunista, a la Tercera Internacional fundada por Lenin para dejar atrás a los pericones liquidacionistas y tataratas de la Segunda Internacional. Esta es una verdad más grande que una casa. Sinceramente, no sé qué habría sido de la URSS en los años veinte y treinta sin el aporte de la Tercera Internacional. La Internacional ayudó en gran medida a hacer posible que la URSS acumulara fuerzas básicas para la gran batalla que se daría contra el nazifascismo en forma tan heroica y tan positiva para la humanidad. El espíritu combativo que animó la época heroica de la Tercera Internacional, su disciplina, su conciencia internacionalista-proletaria, su alto espíritu de lucha no ha muerto y renacerá cada vez que sea necesario. Hoy lo encontramos en Vietnam, para citar un solo ejemplo. Aunque también es necesario decir que hay síntomas de acomodamiento en algunas zonas del movimiento revolucionario mundial. Muchos errores podrán ser achacados, por otra parte, a los comunistas de la época de la Tercera Internacional, y hasta en la URSS se ha criticado ya, duramente, ese período; pero lo que no se nos puede echar en cara es haber caído en la división a nivel internacional, haber perdido la vigilancia revolucionaria frente al enemigo, haber vacilado ante las dificultades o haber renunciado al punto de vista proletario sobre el mundo y la revolución. El propio camarada Lenin consideraba todas estas cosas como las pepitas de los ojos del comunismo, es decir como las cuestiones que debíamos cuidar lo mismo que a las pepitas de los ojos. Me dirán que soy sectario y pasado de moda, pero yo digo que uno de los grandes males del movimiento comunista y revolucionario mundial es el debilitamiento de la concepción centralista que hoy carcome las filas del proletariado mundial. Las concepciones nacionalistas han hecho presa de

algunas patrias proletarias y en algunos partidos se aspira a hacer prevalecer intereses de zonas o de grupos. Todo esto es resultado directo de la influencia de las ideas burguesas y pequeño-burguesas en nuestros destacamentos de vanguardia. Y ello, a pesar de que el mismo imperialismo nos podría dar lecciones de cómo la unificación de criterios a nivel de dirección internacional se debe perseguir a toda costa mientras más grande sea la batalla. Desde luego, tampoco me chupo el dedo, no soy un niño de teta y mi ignorancia de las cosas no es tanta, como para no saber que los tiempos cambian. Sé que los excesos del centralismo burocrático condujeron al camarada Stalin y a la URSS a graves violaciones de la legalidad socialista, a errores históricos de gravedad todavía incalculable. Todo eso lo sufrieron en su carne y lo pagaron con su sangre muchísimos comunistas ejemplares y ello no es para hacer changoneta, para borrarlo con un chiste o para hablar paja y más paja. También comprendo que la independencia de los partidos crece con el desarrollo de cada uno y que los problemas internacionales son actualmente demasiado embrollados como para que la idea de la Internacional Comunista se mantuviera igualita a como se concebía en 1930. Mucho tenía que cambiar en el movimiento comunista internacional a medida que pasara el tiempo e inclusive considerando sólo los líos que nos dejó la desviación del camarada Stalin. Pero, no sé por qué, se me hace en veces que nos vamos del otro lado. Y eso, creo yo, que no soy ningún sabio pero que tengo como todo el mundo tres o cuatro dedos de frente, porque no ha habido propiamente una crítica proletaria del stalinismo. Incluso la crítica que hizo el camarada Jrúschov a mí personalmente me parece que fue insuficiente en un montón de aspectos: cumplía los requisitos de una crítica política necesaria sobre todo para las necesidades de liberar una serie de fuerzas sociales y políticas internas en la Unión Soviética, como han dicho algunos camaradas con los que he conversado aquí en Praga, pero casi todo el mundo está de acuerdo en que habría sido bueno profundizar más. Ningún comunista sincero y serio se iba a poder quitar de encima decenas de años de su vida y de su modo de pensar, como quien se quita una camisa que, por razones de trabajo, se ha ensuciado y hay que lavar. Y lo que ha quedado en el aire, lo que se ha manejado en nuestros países sobre todo, y ya esta no es culpa del camarada Jrúschov o de los camaradas soviéticos, sino de todos los comunistas del mundo, es una crítica pequeño-burguesa del stalinismo, pese a quien le pese. La crítica al stalinismo ha sido dejada como cosa de escritores y artistas, cosa de universitarios, de catedráticos. Y eso no le sirve a la revolución, que nunca ha hecho negocio alimentándose con leyendas, positivas o negativas. Como

tampoco le sirve a la revolución seguir en la veneración exagerada del camarada Stalin, como si nada hubiera pasado nunca, que es lo que hacen actualmente en ese terreno algunos sectores influenciados por los camaradas chinos. Y eso ha traído una serie de resultados a cual más rejodido. Porque con las posiciones pequeño burguesas pasa que uno no sabe nunca hasta dónde van a ir a parar. Cuando comienzan a desarrollarse agarran una aviada que no atinan. Como resultado de todo esto, lo que más ha sufrido, según mi opinión, y no creo equivocarme mucho, es el principio general de la crítica y la autocrítica a nivel de partido y de partidos, principio sin el cual es mejor irse enterrando de una vez. Hay muchos ejemplos de esta situación anormal, nada sana. Se exagera, para el caso, el principio de “no intervención” en los asuntos internos de los partidos hermanos. De un principio que sirve mucho para que los estados del mundo no se destrocen entre sí y pueda garantizarse la paz mundial, se ha hecho un principio partidario, lo cual no es adecuado. En nombre de la “no intervención”, por ejemplo, se ha depuesto la crítica mutua entre los partidos. Y por falta de esta crítica mutua, las discrepancias crecen descontroladamente y cuando se conocen públicamente es porque ya hay ruptura y entonces ya no se puede hablar de crítica mutua sino de ataque mutuo. Independientemente de quien tenga la razón y la culpa o de quien haya tirado la primera piedra (y en este sentido yo mantengo al respecto la posición de mi partido, que ha criticado duramente, en reiteradas oportunidades, las posiciones chinas) a mí me duele, como comunista, lo que está pasando entre China y la URSS. Hasta ahí se puede llegar, y no hay garantías de que estemos frente al último ejemplo de una situación de ese tipo. Si la crítica mutua se hubiera procesado correctamente, posiblemente no se habría llegado tan lejos.

Pero el miedo a que digan que estamos peleándonos, hace que terminemos agarrándonos a balazos. Eso de que un partido comunista no pueda criticar profundamente a otro es para mí una idea propia para asociaciones de señoritas católicas. Hay quienes dicen que eso es lo mejor porque si los partidos grandes comienzan a criticar a diestra y siniestra, los que van a salir perdiendo son los partidos pequeños. Quién sabe. Pero incluso aceptando que puede existir ese peligro, yo creo que ante los problemas de la revolución internacional no hay opiniones chiquitas y opiniones grandes sino opiniones justas y correctas y opiniones injustas e incorrectas. Hay partidos que tienen más medios que otros para difundir esas opiniones y hacerlas más eficaces, pero más tarde o más temprano la verdad acaba por imponerse. No se debe perder de vista el papel constructor de la crítica. La organización comunista se

construye y se desarrolla a base de crítica o se construye y se desarrolla mal, o no se desarrolla, simplemente. Y los partidos son como los hombres, que nacen, aprenden a caminar, crecen y se desarrollan, maduran y se independizan. Uña crítica consecuente debe saber hacer las diferencias del caso entre un partido que está en la lactancia, un partido adolescente, un partido que ya puede salirse de la tutela paterna y formar su propio hogar, casarse y ser hombre independiente. Pero así como uno no sería tan criminal como para dejar salir solo a la calle a un hijo que apenas tiene nueve meses, porque lo destriparían los carros, tampoco el movimiento comunista internacional puede darse el lujo de abandonar, de no dar la crítica, a partidos recién nacidos, que aún se chupan el dedo, como algunos que hay. Y lo peor es que esto no tiene nada que ver con la edad física del partido, porque los hay que, desgraciadamente, pasan ya de los treinta y los cuarenta años de edad física, pero ideológica y organizativamente todavía andan gateando y cagando pañales. Hay que restablecer la crítica mutua a nivel nacional entre los partidos comunistas. Es una necesidad urgente para restablecer la disciplina proletaria internacional. Y desde luego esas críticas deben hacerse en el momento adecuado, en las formas adecuadas y por los canales adecuados: no se trata de abrir el canal de la crítica común para que goce el enemigo. La crítica entre partidos no es un tema que por necesidad debe ir a la prensa, ni siquiera a la prensa comunista. Pero hay que darle vida a esa práctica, de manera urgente. Eso evitará, entre muchas otras medidas, que sigan produciéndose las rupturas que tanto nos afligen en el actual panorama mundial. O que la crítica mutua sea un simple problema en ocasión de cada congreso de partidos comunistas. El imperialismo nos está asestando golpes serios y pareciera que nosotros nos quedamos de lo más tranquilos. Seguimos renunciando, en gran medida, al arma de la crítica y la autocrítica que es lo mismo que renunciar a la gran experiencia histórica del comunismo mundial desde Marx hasta nuestros días. Recuerdo yo que mis viejos camaradas eran durísimos en la crítica. A mí me hicieron hasta llorar en más de una ocasión. Pero una cosa era ley: los camaradas más duros en la crítica y la autocrítica eran los más celosos por la causa, los camaradas que mejor soportaban la crítica adversa y que mejores experiencias extraían de ella, eran los camaradas más fieles a nuestra causa. Y avanzamos todos juntos, no al ritmo del más lento, sino del más rápido, dentro de nuestra debilidad. Esto debe volver a funcionar, a nivel de partidos, con todas las modificaciones que hay que hacer, de acuerdo a las cosas que han cambiado por el tiempo, y ante las maniobras del enemigo. ¿Que quién soy yo para hablar así, como dando

lecciones a todo el mundo? Bueno, sencilla y humildemente, un viejo comunista entre millones de comunistas, que se ha jugado el pellejo, y no sólo una vez, por la revolución, por el movimiento comunista, y que no está hablando en estos momentos para filósofos, para intelectuales profundos, sino única y exclusivamente para revolucionarios comunes y corrientes, francos y sencillos. Nadie en particular es dueño del movimiento comunista internacional, como nadie, en particular, es dueño del marxismo. Y las ideas comunistas no son una parra de rosas finas o un paquete de pomos de perfumes delicados o una jaula de pajaritos extranjeros que necesitan mimos y remilgos. Por el contrario, las ideas comunistas nacen y crecen en el seno de la dura lucha social y única y exclusivamente pueden vivir en la lucha constante. Si eso no es la dialéctica, yo estoy en la luna. Creo que ya pasó el momento aquél en que para ser comunista consciente había que aferrarse a la idea de que somos perfectos, de que todo anda color de rosa en el campo de la revolución, de que no hay problemas de ningún tipo entre nosotros y de que toda la caca está del lado del enemigo. Pensar así no sirve. Porque nunca entiende uno nada cuando las cosas salen mal, cuando uno se da de hocicos en la dura realidad. Y no sirve sobre todo en países donde las cosas se ven prietas como la noche y ese es el caso de El Salvador y la inmensa mayoría de los países de América Latina. Por andar haciendo tan sólo cantos al socialismo, nuestros partidos han tenido dificultades para meterse de verdad, como una cuña de la misma carne, entre las grandes masas de nuestros pueblos. Nosotros por un lado con nuestros discursos sobre el futuro y la gente en derredor, pensando en otras cosas. No dudo de que es importante que el pueblo sepa que en un estado obrero se cumplió en el 200 por ciento el plan quincenal, pero lo más importante es que sepa cómo hay que organizarse en su país y por qué y para qué. Y hay que comenzar con lo que tenemos a mano, no hacernos excesivas ilusiones con el nivel de la conciencia revolucionaria de nuestras capas populares. El nivel en El Salvador es relativamente bueno, a pesar de todo, pero ni pensar, por ejemplo, que Marx sea más popular o respetado que la Virgen del Perpetuo Socorro. Ni olvidarse, por prejuicios nacionalistas burgueses, que el salvadoreño promedio es individualista, apegado al principio de la pequeña propiedad personal –aunque sólo tenga un perraje y un taburete–, jodido y curcucho a fuerzas de complejos de inferioridad que nos devanan los sesos y nos llenan de mates de “puros machos” y de arrechuras que nada valen. Hay que aceptar que el campo principal de la lucha ideológica de un partido es la cabeza y el corazón de los hombres de su país, pero tal como son, no como los libros dicen que

son. El enemigo sabe perfectamente esto y por eso es que trabaja tanto en la Universidad, las escuelas, las iglesias, los sindicatos amarillos y oficialistas, los diarios, las revistas, los libros, la televisión, la radio, las procesiones, el deporte usado como medio para distraer a la gente de los verdaderos problemas o para ser opuesto como una fiesta o un espectáculo a los grandes actos políticos que necesitan la asistencia del pueblo; los procesos judiciales contra los militantes revolucionarios, las conferencias, los Cuerpos de Paz, los misioneros extranjeros, los “paquines”, etc., etc. Esa batalla, claro está, sólo puede darse de la manera más ventajosa desde el poder. El enemigo da esa batalla hoy de manera ventajosa. Nuestro cusuco consiste en que nosotros tenemos que darla en desventaja con el fin de acercarnos cada vez más al poder, para tomar el poder. La pregunta que le surge a uno en la cabeza, como me ha surgido varias veces en la vida de militante es: ¿no será tiempo de ir pensando en cambiar nuestros métodos de ligazón con las masas? No olvidemos que ya el imperialismo y las oligarquías latinoamericanas tienen aprendida de memoria la lección quemante de la Revolución Cubana. No se engañan más. Pero en el caso de nuestro país la cosa es complicada y la cuestión de los métodos de lucha hay que sudarla: la participación en las elecciones, por ejemplo, no nos ha acercado un metro al poder hasta ahora y nuestro trabajo en las organizaciones de la pequeña burguesía y la burguesía ha terminado generalmente llevando nuestra agua al molino de quien menos esperábamos. La cara de mártir, es decir, solamente la cara de mártir, no es argumento para nuestras masas tan permanentemente martirizadas. Nosotros tenemos la razón, pero no tenemos el respaldo popular necesario. Independientemente del aparato de fuerza y de represión de las clases dominantes de El Salvador, que es bien concentrado, independientemente de los medios del imperialismo que nos explota, ¿cuáles son las debilidades mayores nuestras que permiten que exista todavía esa situación? ¿Qué nos ha pasado y qué nos sigue pasando? ¿Por qué será en cambio que los cubanos tuvieron tanto éxito y lo siguen teniendo? Y no estoy hablando simplemente del problema de la lucha armada frente a la lucha de masas. La cosa es más recoveca. Pero a los comunistas, a pesar del tiempo transcurrido, nos debería llamar mucho más la atención el hecho de que en América Latina, la primera revolución socialista haya sido desatada por revolucionarios que no eran comunistas por lo menos durante la lucha que los llevó al poder y que haya sido llevada a la etapa socialista por un partido o por una organización que no era como los demás partidos comunistas de América Latina. ¿Será cierto eso que dicen los muchachos que “los comunistas tradicionales” no

servimos para tomar el poder? Quienes dicen eso agregan que nunca un "partido tradicional" pudo tomar el poder pues el mismo partido ruso de Lenin dejó de ser un partido socialdemócrata tradicional al basarse en la alianza obrero-campesina para encabezar la insurrección victoriosa y hacer el socialismo en un país atrasado. Y repito que no creo que todo consista solamente en meter al Partido a la lucha armada o en disolver el Partido en guerrillas o en hacer política únicamente con miras a la insurrección. Claro, yo en lo personal ya me veo muy viejo para andar otra vez en los ajeteos de una insurrección, mucho menos en una guerrilla de monte. Yo personalmente sé que ya no sirvo para tomar el poder. ¿Pero, es que acaso ya no hay suficientes jóvenes comunistas en el país? Ya he dicho que sí. Lo que pasa es que las condiciones nacionales son muy estrechas en El Salvador y contribuyen al desarrollo lento. En ese sentido yo creo que son muy interesantes los puntos de vista de algunos camaradas jóvenes de El Salvador que plantean hacer la lucha antimperialista y antioligárquica a nivel centroamericano. Es verdad que tenemos un organismo regional que es la Conferencia de los Partidos Comunistas de Centroamérica y México, pero hasta ahora sus actividades han sido puramente formales y un poco estiradas, de intercambio de información entre representantes una vez al año o allá cuando San Juan baja el dedo. Nuestra tradición centroamericanista es un hecho y aunque las burguesías y los gringos siempre han atizado la división, la verdad es que somos una sola nación, partida en cinco pedazos por los intereses explotadores. En mi corazón no siento diferencias entre Guatemala y El Salvador, por ejemplo. En ambas patrias combatí como si fuera una sola. Tal vez por ahí está la salida, quién sabe. Máxime ahora que en Guatemala y en Nicaragua, las cosas están que arden. Esta es tarea de la juventud, de eso no me cabe la menor duda. Y si por una vía o la otra nuestra juventud toma el poder político en cualquier país centroamericano, yo no me quedaría sin dar mi aporte, de ninguna manera. Aunque ya no pueda tirar tiros o agarrarme a cumazos con la policía. Lo que yo podría es dar mi experiencia, en la lucha y después de la lucha. No para dirigir a los que se están fajando de verdad, sino para que ellos tengan puntos de comparación con el pasado y no cometan los errores tremendos que nosotros cometimos. En Cuba hay viejos comunistas que han podido hacer eso, sobre todo porque nadie les podía negar que tenían una vida dedicada de verdad a la lucha revolucionaria, que no se trataba de nuevas caras bonitas, de oportunistas que hubieran tratado de engancharse a la carreta del vencedor una vez que pasaron las horas de los semillazos. No es para ponerse a llorar pues, porque uno no pueda ya agarrar el fusil y salir

carrereando por los cerros. Que chillen los que pudiéndolo hacer y debiéndolo hacer, se quedan como vacas echadas mirando pasar el tren. Y lo que digo para la “lucha fusil en mano” es válido para la lucha legal. No hay trabajo político revolucionario que sea despreciable para un comunista, así se trate de barrer y trapear el local donde se va a reunir la célula. Ahora bien, volvamos a lo que nos ocupaba. No hay que hacerse el tonto, el comunista aislado no existe. El trabajo del comunista se da dentro de un partido. Todos estos problemas no los podemos plantear individualmente sino, por el contrario, como problemas de partido. Y si ello nos lleva a hacer transformaciones en el partido, no debemos tener miedo de hacerlo. Dentro de la concepción leninista del partido hay un gran campo para hacer adaptaciones a cada realidad nacional, cambios, etc. Pero casi todo el mundo habla de transformar el partido y los pasos prácticos que se dan son pocos. Lo que sí hay que evitar es que las transformaciones del Partido del proletariado sean hechos con vistas a agradar a los burgueses y a los pequeños burgueses que siempre hallan modo de meterse en nuestras filas y nos babosean de plano con su palabrería interminable. Es decir, no hablo de una transformación revisionista del partido. Se trata de una tarea fregada y difícil, desarrollada bajo la acción directa del enemigo, que nos lleva de nuevo a nuestra falta de preparación, a nuestras insuficiencias ideológicas, a nuestro gran atraso. Pasa que algunas veces los dirigentes comunistas latinoamericanos somos comunistas con opiniones de peso sólo porque somos dirigentes y no porque seamos marxistas de verdad. Habernos comunistas latinoamericanos que no somos marxistas en el cabal sentido de la palabra. Lo cual no es para sufrir vergüenza, quizás todo lo contrario, de acuerdo con el papel que hemos jugado, jugamos y jugaremos en nuestra historia. Adherimos al marxismo, aceptamos la línea política del Partido, acuerpamos tal línea del movimiento comunista internacional (y por todas esas cosas somos capaces de dar la vida, muertos de risa) pero no tenemos la preparación teórica adecuada. Muchas veces llamamos marxismo al sentido común o a la simple viveza para analizar un problema. Y por eso nos enredamos tanto cuando nos enfrentamos a problemas que deben ser resueltos primeramente en Ja cabeza, como este del que he venido hablando, el de las posibles transformaciones en nuestros partidos para enfrentar los nuevos tiempos. Sé que pueden decirme:

–“Bueno, camarada, entonces los obreros estaremos jodidos para siempre porque según lo que usted dice sólo los teóricos son marxistas y entonces el Partido va a ser un problema de los intelectuales”.

No es así la cosa, como es claro el marxismo-leninismo es unidad de teoría y de práctica. Pero no está demás que reconozcamos que nos falla la pata teórica y que este es un problema que los obreros deben tomar como suyo, porque suyo es el partido comunista. Pongamos mi caso, para no ir muy lejos. ¿Por qué digo yo que soy marxista? Porque con unas cuantas verdades fundamentales del marxismo leninismo en la cabeza, trabajo en política como cuadro de un partido que trata de basar su acción y su línea política en los principios del marxismo-leninismo. Mi partido es mi gran lazo de unión con el marxismo leninismo y si mi partido se desvía de esos principios yo me quedo en el aire porque mi conocimiento personal del marxismo es muy general y no cubre todos los aspectos de la vida y del mundo que me preocupan. Claro que hay aspectos en que me defiendo mejor. Para el caso, los problemas que se refieren a la organización del movimiento sindical urbano y rural. Pero yo no he leído "El Capital" a no ser en resúmenes que andan por ahí. No he leído ni el veinte por ciento de lo que escribió Lenin. Conozco mal la historia del mundo. Desde luego, hay que confiar en que cuarenta y pico de años de experiencia en la práctica organizativa revolucionaria me han dejado muchas cosas en la cabeza. Pero sé que ello no es suficiente. Bien clarito lo entendí cuando pasé un curso de capacitación sindicalista y revolucionaria en China hace algunos años, por encargo de mi partido. O sea: yo soy un marxista-leninista que sabe que desconoce la mayor parte del marxismo-leninismo y que tiene en la cabeza muchos problemas que los camaradas dicen que no se compaginan con el marxismo-leninismo, muchos enfoques y puntos de vista que dicen los camaradas que son increíbles en un comunista de mi edad, como es el caso de ciertas apariencias, supersticiones, resabios que parecen religiosos, etc. Yo creo que en este caso particular, sin embargo, se trata de otro problema. Yo no creo en Dios ni en los santos ni en el diablo ni en el Cadejo ni en la Siguanaba, pero como salvadoreño que soy los llevo en la punta de la lengua y se me salen a cada rato. No creo que haya que darle a esto tanta importancia. En El Salvador uno dice "Ave María Purísima" por joder, como quien dice "Vaya babosada" o "Por la gran chucha" o "Me aparto, revira contra". No tiene que ver con la ideología de uno. Y en cuanto a las cosas que uno llama sobrenaturales ya di antes mi criterio al respecto. La práctica es la madre de la verdad y yo hablo solamente de lo que vi, de lo que me pasó, de lo que le consta de vista y oídos al deponente, como dicen en nuestros tribunales de justicia. Si alguien cree que eso es magia o superstición, allá él. Lo que hay que hacer es la revolución y después platicamos. Y esto no tiene mucho que ver con que mi caso sea el de un trabajador, el de un obrero. Todo

el mundo conoce lumbreras intelectuales que son más cachurecas que una beata, más supersticiosos que un brujo. Los obreros somos los que más necesitamos estar claros con el marxismo. Para no tener que depender de nadie, para no estar a la espera del pequeño burgués que venga y nos enseñe cómo luchar y cómo liberarnos. Cuando el pequeño burgués se proletariza, santas pascuas. Pero entonces ya no es pequeño burgués porque ya es uno de nosotros, un proletario. Pero mientras siga siendo pequeño burgués, su lucha a nuestro lado será lucha de buena gente, de hombre honrado, de amigo, de corazón o de huevos. Y la buena gente cambia, los hombres honrados se pueden corromper, los amigos lo enganchan o lo traicionan a uno, el corazón y los huevos se marchitan con el tiempo. Sólo el sufrimiento del explotado permanece. Y en el pequeño burgués que se proletariza ese sufrimiento se llama disciplina. Hasta que se acabe la explotación. El explotado no participa en la revolución por gusto o por moral sino por necesidad material. Por eso es mejor que seamos los obreros los que vayamos a beber directamente en las aguas de la teoría marxista, aunque nos cueste el doble de esfuerzo y de tiempo. Sin desprestigiar los aportes de afuera, ya que el mismo camarada Lenin los alababa mucho.

Y aquí pongo punto final a mis palabras, antes de agarrar cara de doctor o cura. Sólo me queda pedir perdón por el desorden de mis frases y por lo rústico de mis expresiones. Estas son enfermedades que no se me acaban de curar, son crónicas, y creo que aunque yo me muera de otras dolencias, también estas me las llevaré a la tumba con todo y cartuchera. Y también, para terminar precisamente, quisiera declarar algunas cosas. Quisiera declarar por ejemplo, que de toda esta mi larga vida que he dejado retratada, mis mejores recuerdos son de los momentos que seguían al inminente peligro de muerte, esos momentos en que uno se da cuenta de que ha nacido otra vez. Y seguidamente los viajes, el viaje a la URSS en 1930, por ejemplo. Y quisiera declarar también que entre los hechos de mi vida, el que más me enorgullece, el que yo considero como un privilegio, el mayor de mi vida, es el de haber luchado hombro con hombro con camaradas como Agustín Farabundo Martí, el hombre símbolo del comunismo en El Salvador. En mi lecho de muerte, que no necesariamente tendrá que ser una cama de enfermo, mis mejores pensamientos estarán dirigidos a Martí y tantos otros camaradas que cayeron en el camino de la liberación. Pero no quiero declarar solamente mis orgullos y mis cariños revolucionarios. No creo que sea una falta de educación, una malcriadeza, el que a la hora de la despedida hable también un poco de mis odios. Mi gran odio en la vida es para el imperialismo

yanqui y para los que lo representan en El Salvador, los oligarcas criollos que nos han masacrado y explotado. Y así como el tipo de virtud que yo más estimo es la solidaridad de los hombres frente a la adversidad, el tipo de hombres individuales que yo más detesto es el de los oportunistas metidos en nuestras filas. Los odio más que a los traidores declarados porque con estos por lo menos uno ya sabe a qué atenerse y uno por uno los odio quizás más que a los enemigos clasistas, ya que estos existen por una ley de la sociedad. Enemigos personales no tengo, sólo enemigos políticos. Claro que uno tiene sus antipatías, gente que a uno le cae mal por gusto, y también es cierto que yo, como dice la canción mejicana: “no soy monedita de oro / para caerle bien a todos”, pero esas son pequeñeces de la vida que se borran en la actividad cotidiana. Lo que sí es verdad es que el mayor amor de mi vida fueron mis hijos. De mis hijitos solamente sobreviven Hilda Alicia (a quien llaman Angelita, por querer de su abuela) y mis varones de la cosecha reciente: Miguelito, de dos años y siete meses, y el otro a quien todavía no le sé el nombre, porque ha nacido hoy que estoy fuera del país, asistiendo al XXIII Congreso del PCUS. A María Elena pude sepultarla yo mismo, no así a Oscar y a Francisquito, que murieron mientras yo andaba de huida, clandestino. Antoñita también murió, cuando ya tenía cinco años y también estaba yo ausente. Y Berta Lilliam, que murió en el año 54 y me dejó un nieto. Yo estaba en Guatemala y no pude despedirme de ella. De estas cosas no me gusta hablar porque luego se me vienen las lágrimas y un viejo llorando no se mira bonito. Acepto que me cuesta verme viejo porque dentro de las circunstancias tan duras de mi vida yo procuré cuidarme mucho para que mi salud y mi fuerza fueran de la Revolución. Este sí es un buen consejo para los jóvenes. La vida del revolucionario es una vida de lucha constante que no se aviene con la vida desordenada: la vida del revolucionario de verdad es una vida de moderación en todo sentido. Yo procuré mantenerla siempre así: huí de andar bebiendo guaro en las cantinas y procuré ser calmo con las mujeres. Hay que cuidar así el cuerpo y el temple del espíritu, porque la lucha política requiere nervios duros y afilados, por años y años. Yo pude conservar mi vigor y aun ahora de viejo sigo siendo un hombre en todo el sentido de la palabra, aunque desde luego, a partir de los cincuenta años no me han faltado mis pastillas de Testitón para fortificarme, pastillas que son una mezcla preparada de gallo y toro y que valen cincuenta centavos. El cansancio de que he hablado antes es de otro tipo, es algo así como sentir toda la vida pasada que le cae de repente a uno como un derrumbe de montaña, entre la cabeza, los hombros y el corazón.

Pero ese cansancio no me hace perder de vista mis responsabilidades revolucionarias ni cejar en la lucha por ver realizado mi mejor anhelo: la revolución socialista en El Salvador. Este es un anhelo que yo sé que se cumplirá más tarde o más temprano en todos los países del mundo. Pero lo que yo quiero es ver el socialismo entre nosotros. Con verlo funcionar una semana me bastaría. Y el domingo por la noche, digamos, ya me podría morir contento.

Praga, verano de 1966.

APÉNDICE

Cartas de Miguel Mármol

CARTA DECLARATORIA DE HUELGA DE HAMBRE DIRIGIDA AL DIRECTOR GENERAL DE LA POLICÍA NACIONAL, CORONEL JUAN FRANCISCO MERINO ROSALES

Sr. Director General de la Policía Nacional, Coronel don Juan Francisco Merino Rosales. Presente.

Sr. Director:

En vista de no recibir notificación en casi un año de estar recluso;

Considerando en los fundamentos de nuestra Constitución Política que es arbitrario que no se me deje deliberar por medio de la Honorable Corpre Suprema de Justicia ni dirigirme al Señor Ministro de Gobernación, General Tomás Calderón;

Considerando haber cancelado ya cualquiera que haya sido mi participación en la revolución democrático-burguesa de 1932 al haberseme ejecutado en la noche del 26 de enero de ese mismo año en las jurisdicciones de la Villa de Soyapango, si es que a eso se atribuye mi detención; En vista de continuar como en el primer día, esposado, incomunicado de rigor, con una alimentación insuficiente en cantidad y calidad, y carente de la higiene indispensable y necesaria (icaracterísticas de prisión semifeudal propia no más que para nuestra hampa empedernida!); de no mejorarme el rancho aun cuando en reiteradas veces se lo he solicitado al señor Inspector General de Policía, mayor Francisco Marroquín, rancho por el que cuatro veces he escapado a morir de dolor de estómago, cosa que puedo comprobársela con el personal de esta misma sección de policía;

En vista de lo expuesto, señor Director, desde hoy –12 de noviembre– me declaro en huelga de hambre en demanda de libertad para mí y demás camaradas aprehendidos desde el 20 de agosto y a fines de 1934, huelga que no cejaré en tanto yo y los otros compañeros no seamos liberados. Ojalá, Sr. Director, que una reflexión serena y concienzuda no vaya a dar lugar a una tiznada más en lo negro de nuestra historiología política.

De Ud. su Atento y Seguro Servidor, Miguel Mármol.

Cuadra de Oficiales, Sección de Investigaciones Especiales, Policía Nacional,
San Salvador, 12 de noviembre de 1935.

**CARTA DE DESPEDIDA DE MIGUEL MÁRMOL AL AUTOR
DESPUÉS DE FINALIZADA LA SERIE DE ENTREVISTAS Y SESIONES
DE TRABAJO QUE SIRVIERON DE BASE AL RELATO
AUTOBIOGRÁFICO**

Praga, 10 de junio de 1966.

Roque:

Regreso al territorio patrio satisfecho de que tomastes muchos apuntes de pasajes de mi vida, seguro de que esos pasajes no se perderán.

Creo que quedamos claros con el trabajo que realizarás; que se trata exclusivamente de mis memorias. Pero claro está, como parte que soy del pueblo, de la clase obrera y de mi Partido, quiera o no quiera, mis declaraciones tendrán que trascender y preocupar a mi Partido mismo.

Propósito es –quedamos entendidos– destacar de lo relativo a mi vida, a mi hacer, todo aquello positivo que aporte y enseñe. Y, en donde corresponda, el papel que jugamos los obreros como clase, no como artesanos. Relevar las virtudes de mi Partido en vez de soterrarlo con críticas no justas y mordaces. Abultar los períodos revolucionarios vividos en el país a partir de 1914, esto es, a partir de la Primera Guerra Mundial a esta parte; por las que mi pueblo y mi Partido han liberado grandes batallas.

Señalar –a la vez– tanto los errores y debilidades del pueblo, como de la clase obrera y de mi Partido, no para desdeñárseles ni empequeñecerseles, sino para educar con las experiencias habidas, y con todo eso dejar una huella para futuros investigadores.

En todo lo narrado no hay la autocrítica mía, no porque me crea infalible o porque no lo intente, sino porque hasta hoy no he podido desentrañar la punta ni el final de mis debilidades y errores, pero dejo ese veredicto a los críticos e investigadores que todo remueven y ordenan.

La abundancia de detalles que son una recopilación de hechos vividos, creo no son para insertarlos en un documento que se supone sea un tanto serio y preciso. Nomás deben servir –a juicio mío– para la investigación amplia y minuciosa, analítica y crítica, ya que todos ellos relacionan hechos de todo un proceso y dan luces para deducir y hacer juicios.

El hecho que en algunas ocasiones mi nombre haya tenido resonancia, creo sea cosa curiosa si físicamente soy bajito de estatura y mucho más bajito intelectualmente. Esa arrogancia de a veces, sin ser un letrado, sin ser un académico, no debe ser mal interpretada. Para desventaja mía no tuve colegiatura, ninguna disciplina cultural. Emergido de la pobreza y enredado en las lides de una lucha absorbente y azarosa desde temprana edad, no me quedó tiempo de superarme en ninguna de las aulas del saber. Mi privilegio ha sido tener sentido común, desarrollado mucho más con los ajetreos de la lucha.

Para la formación de los compañeros que llegan a la lucha solo con el deseo nato, sólo con el corazón ardiente y el alma incendiada, pero carentes de educación y de cultura, quizás convenga destacar mi extracción social y mi terruño, con sus modos y costumbres: decir de mi formación hogareña, mis inclinaciones de niño, carácter, emociones y determinaciones. Cuáles mis inquietudes de joven, la preocupación por los problemas económicos, sociales y políticos cuando era todavía muy lampiño. La perseverancia; el desafío a la muerte, la indiferencia a la vida y a la felicidad; cuando hay que ser firme cuando no habrá que vacilar. Organizar el combate aún en la derrota. No perder la perspectiva aun cuando el adversario domine la situación o aun cuando reine el terror.

Esto es todo lo que a últimas se me ocurrió decir.

Roque: haré todos los esfuerzos por remitirte todo lo que yo creo conveniente y necesario Y exprésote mis deseos porque salga un buen trabajo a plazo no muy largo

Bueno pues, que mejores pronto; muchos éxitos y felicidades.

Miguel Mármol

CARTA DE MIGUEL MÁRMOL AL AUTOR DESDE MÉXICO

México, Df, 20 de julio de 1966.

Estimado Roque:

Te escribí de los tres lugares que he hecho escala; pero a decir de Toño esas cartas no habían sido recibidas al salir de casa. Te escribí apresurado precisamente para que se conociera de mis experiencias.

Vuelvo a escribir para comunicarte que muy pronto me iré de aquí. Tanta tardanza y tanto enredo se debe al descuido de N...

Cuéntoles a ti y a tu esposa que me vino otro varón. No sé que nombre lleva, sólo he sabido por referencia pues a mí no me han escrito. Estoy ansioso por conocerlo.

Tengo otros apuntes que te llegarán a tus manos cuando alguien pase por acá. Son detalles que no te di completos sobre mis progenitores y demás parientes cercanos (pie creo sería bueno consignados de alguna manera, porque además hago una ligera interpretación sobre los caracteres.

Estimado Roque, es cosa que siempre me preocupa el YO de que se me ha criticado en otras veces. Entiendo que el YO es relativo en los más casos; no totalmente absoluto. El YO se presta a varias interpretaciones y a varios usos; uso arbitrario y uso razonable, por ejemplo.

Por arbitrario, por mero ego, el YO en algunos casos es rígidamente individualista; de ahí es que hayan hombres egoístas y ególatras. Hay por eso el YO mando. YO ordeno. A MI se debe, etc. Pero hay el YO expresión de cosas subjetivas y objetivas que hacen imperativa la acción colectiva; el hacer mancomunado. Mis ansiedades, anhelos, tenacidad y resignación en la consecución de combatir el mal social para bienestar colectivo es virtud de miles y millones de almas que se empeñan en el mismo hacer sin tomar en cuenta su yo personal, sin creer que es obra meramente suya, sino que participa en algo que es obra de muchos otros. El yo relativo, razonable, es orientado y estimulado por lo que otros han hecho y siguen haciendo; por lo que otros han escrito y siguen escribiendo. Hay pues, él YO condicionado a la acción colectiva. Por eso que el verdadero revolucionario es frágil y consecuente, sensible y fuerte, férreo e intransigente en condiciones álgidas. El revolucionario hace suya la Revolución y la Revolución es suya, pero en la parte en que sé yo contribuye. Este mi razonar tal vez contribuya al enfoque de mi relato, pues que en la lucha sólo fui una vez más cuyo YO ha sido vehemente, apasionado.

Espero que me escribas. Puedes hacerlo por medio de mi amiga para que ella me pase cualquier correspondencia. No sé si M. te entregó mi carta última en la que dejé una serie de opiniones a consideración vuestra.

Sigo creyendo que con tu empeño interesado habrá de salir un buen documento. Procuraré, como dije, dar nombres y fechas para que sea más legítimo el relato. Aunque si eso se vuelve difícil siempre creo que lo narrado por mí tendrá validez, será una fuente de investigaciones en todo caso. Recuerdos a mis conocidos en ésa, y que tú, tu esposa y chipíelos, sean felices. Mis saludos también para JM y demás.

Me despido una vez más con todo cariño, tu afectísimo

Miguel Mármol

BIBLIOGRAFÍA

“REVOLUCIÓN COMUNISTA. GUATEMALA EN PELIGRO”. Jorge Schlésinger, Editorial Unión Tipográfica Castañeda, Avila y Cía., Guatemala, 1946.

“LA POBLACIÓN DE EL SALVADOR”, Rodolfo Barón Castro, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1942.

“EL PERIODISMO EN EL SALVADOR”, Italo López Vallecillos, Editorial Universitaria, San Salvador, El Salvador, 1964.

“LAS CONSTITUCIONES DE EL SALVADOR”, (–Historia de la integración racial, territorial e institucional del pueblo salvadoreño”). Ricardo Gallardo, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1961.

“EL MÍNIMUM VITAL Y OTRAS OBRAS DE CARÁCTER SOCIOLÓGICO”, Alberto Masferrer, Colección “Los Clásicos del Istmo”, Ediciones del Gobierno de Guatemala, 1950.

“PATRIA”, Alberto Masferrer, Editorial Universitaria, San Salvador, El Salvador, 1960.

“DICCIONARIO HISTÓRICO-ENCICLOPÉDICO DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR”, Tomo III (San Salvador SAN)”, Miguel Angel García, Imprenta Nacional 1958, San Salvador, El Salvador.

“HISTORIA MILITAR DE EL SALVADOR”, Gregorio Bustamante Maceo, 2ª Edición, Ministerio del Interior, Imprenta Nacional, 1951. San Salvador.

“ANÁLISIS DE UNA DICTADURA FASCISTA LATINOAMERICANA”, David Luna, Editorial Universitaria, San Salvador, 1961.

“EL SALVADOR”, Roque Dalton. (Monografía). Editora Nacional de Cuba. 1965.

“¿REVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN? Y LA CRITICA DE DERECHA”, Roque Dalton, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

“APRECIACIÓN SOCIOLÓGICA DE LA INDEPENDENCIA”, Alejandro Dagoberto Marroquín, Editorial Universitaria, San Salvador, 1964.

“PLAN DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL 1968-1972”, Consejo Nacional de Planificación y Coordinación económica, San Salvador, 1968.

“LA TENENCIA DE LA TIERRA EN EL SALVADOR”, Rafael Menjívar, Editorial Universitaria, San Salvador, 1963.

“THE COMMUNIST REVOLT OF EL SALVADOR, 1932”. Andrew Jones Ogilvie, Tesis, Harvard College, Cambridge, Massachusetts, 1970.

“MATANZA: EL SALVADOR’S 1932 COMMUNIST REVOLT”, Thomas Anderson, Connecticut, 1970.

ARTÍCULOS

“ESTRUCTURA DE CLASES EN EL SALVADOR A FINES DE LA COLONIA”, Revista Universidad de El Salvador, 1961.

“EL SALVADOR, EL ISTMO Y LA REVOLUCIÓN”, Roque Dalton, Revista “Tricontinental”, La Habana, 1969.

“COMPONENTES CULTURALES DE LA AMÉRICA CENTRAL”, Richard N. Adams, American Anthropologist, 1956.

“AÑOS DE LUCHA HEROICA”, Alberto Gualán, “Revista Internacional”, Praga, 1965.

“LOS CAMBIOS SOCIALES Y LA POLÍTICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR”, por José Sánchez, “Revista Internacional”, 1965.

DOCUMENTOS OFICIALES DE PARTIDO Y OTROS TEXTOS

“BIOGRAFÍA DE AGUSTÍN FARABUNDO MARTÍ”, San Salvador, 1967.

“PROGRAMA GENERAL DEL PCS”, San Salvador, 1965.

“PROGRAMA AGRARIO DEL PCS”, San Salvador, 1965.

“INFORME AL Vº CONGRESO DEL PCS”, Parte Económica, 1965.

“PLATAFORMA ELECTORAL PRESIDENCIAL DEL PARTIDO ACCIÓN RENOVADORA”.

“LAS TRANSFORMACIONES QUE EL PAÍS NECESITA”, Comisión Nacional de Educación del CC del PCS, San Salvador, 1966.